ZENOBIA & CO.

ESCRITORAS, ARTISTAS E INTELECTUALES EN LA ÓRBITA DE ZENOBIA CAMPRUBÍ

Mª Luz Bort Caballero
(Ed.)

BIBLIOTECA DE ESTUDIOS
JUANRAMONIANOS

Zenobia & Co.

ESCRITORAS, ARTISTAS E INTELECTUALES EN LA ÓRBITA DE ZENOBIA CAMPRUBÍ

BIBLIOTECA DE ESTUDIOS
JUANRAMONIANOS

Zenobia & Co.

ESCRITORAS, ARTISTAS E INTELECTUALES EN LA ÓRBITA DE ZENOBIA CAMPRUBÍ

Mª Luz Bort Caballero
(Ed.)

Editorial Universidad de Huelva EUHU

DIPUTACIÓN PROVINCIAL Đ HUELVA

uhu.es PUBLICACIONES
BIBLIOTECA DE ESTUDIOS JUANRAMONIANOS
11

DATOS EDICIÓN

Primera edición en formato ebook: septiembre 2024
Primera edición en formato papel: septiembre 2024

© Servicio de Publicaciones
Universidad de Huelva

© Mª Luz Bort Caballero (Ed.)

I.S.B.N. (papel): 978-84-19397-36-2
EI.S.B.N. (pdf): 978-84-19397-37-9
EI.S.B.N. (epub): 978-84-19397-38-6

Depósito legal: H 341-2024

PAPEL

Papel
Cartulina Modigliani Bianca 260 g /
Offset industrial 90 g

Encuadernación
Encuadernación PUR

Printed in Spain. Impreso en España.

Diseño, Maquetación y Ebook
Maquetacción

CEP

Zenobia & Co. Escritoras, artistas e intelectuales en la órbita de Zenobia Camprubí / M.ª Luz Bort Caballero (ed.). -- Huelva : Universidad de Huelva, 2024

378 páginas ; 24 cm. – (Biblioteca de Estudios Juanramonianos ; 11)

ISBN (papel): 978-84-19397-36-2
EISBN (pdf): 978-84-19397-37-9
EISBN (epub): 978-84-19397-38-6

1. Camprubí de Jiménez, Zenobia, 1887-1956 – Discursos, ensayos, conferencias. -- 2. Mujeres intelectuales – España – Siglo 20º – Discursos, ensayos, conferencias. -- I, Bort Caballero, María Luz. -- II. Serie. -- III. Universidad de Huelva

929 Camprubi de Jiménez, Zenobia
396 (460)"19"(042)

Obra sometida al proceso de evaluación de calidad editorial por el sistema de revisión por pares.

Publicaciones de la Univesidad de Huelva es miembro de UNE

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutivo de delito contra la propiedad intelectual.

Clique para mayor información

Cátedra Juan Ramón Jiménez

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE HUELVA

EL EBOOK LE PERMITE

Citar el libro

Navegar por marcadores e hipervínculos

Realizar notas y búsquedas internas

Volver al índice pulsando el pie de la página

Comparte #LibrosUHU

Únete y comenta

Novedades a golpe de clik

Nuestras publicaciones en movimiento

Suscríbete a nuestras novedades

ÍNDICE

Zenobia & Co.: Introducción al volumen
Mª Luz Bort Caballero 9

Parte 1. Escritoras, artistas e intelectuales en la órbita de Zenobia Camprubí (1887-1936)

Zenobia Camprubí. Claves de su personalidad y actividad
Emilia Cortés Ibáñez 21

Un satélite llamado Zenobia
Pepa Merlo Calvente 49

El horizonte madrileño de Zenobia Camprubí: filantropía, cultura y feminismo
Isabel Pérez-Villanueva Tovar 65

Centro y periferia: la tensión biográfica de Josefina de la Torre
Marina Patrón Sánchez 91

Parte 2. Zenobia Camprubí y las redes intelectuales femeninas en el exilio

Miradas oblicuas: Violencias y mitos en torno a mujeres de la Guerra Civil de las Españas
José M. Naharro-Calderón 121

El género como experiencia en la Segunda República y el exilio. Comunidades de mujeres en el mundo de Zenobia
Josebe Martínez Gutiérrez 165

La escritura intimista como forma de configuración del exilio femenino
Mar Trallero Cordero 181

Zenobia en el exilio: su correspondencia tiene la palabra
Emilia Cortés Ibáñez 197

La participación de Zenobia Camprubí en el ambiente cultural cubano. Su relación con el Lyceum Lawn Tennis Club de La Habana (1937-1939)
Alicia Alted Vigil y Roger González Martell 223

Querer y deber: la complicidad de Zenobia Camprubí y Gabriela Mistral en tierras americanas
Francisca Montiel Rayo 247

Memoria de una amistad: Zenobia Camprubí y Ernestina de Champourcin
María Payeras Grau 281

"Las amigas molestas": mujeres, trabajo y hogar en el exilio de María Teresa León
Lorena Paz López 307

Zenobia Camprubí a través de los recuerdos de Carmen de Zulueta y Zulueta a través de sus recuerdos de Zenobia
Nélida Devesa-Gómez 325

"Inclúyame, cuente conmigo": Graciela Palau de Nemes y Zenobia Camprubí
Mª Luz Bort Caballero 351

Zenobia & Co.: Introducción al volumen

Mª Luz Bort Caballero

"Por la tarde, después de puesto el sol, el agua estaba templadísima y todo el mar entre mí y la playa reflejaba las grandes nubes llenas de luz. Mar afuera, las olitas diminutas era[n][1] una rosa y una verde. Por la noche la luna, en la concavidad de las rompientes, antes de deshacerse en espuma, le transía a uno como las notas penetrantes de violín"

Carta de Zenobia Camprubí a Olga Bauer.
La Habana, 31 de agosto de 1937.[2]

Zenobia Camprubí nunca estuvo sola. Y no precisamente, como ya se ha repetido en muchas ocasiones, porque estuviera al lado de Juan Ramón Jiménez desde 1916. No estuvo sola ni antes, ni durante, ni después de su determinación definitiva de acompañar al poeta. Esta dedicación al poeta por decisión propia ha confundido a algunos, incluso ha encumbrado otro aspecto de Zenobia Camprubí, ya que también se dedicó a forjar y a mantener a una amplia red de amistades que fue soporte, ayuda, amparo y principios de otros proyectos propios y también de su matrimonio. Así lo muestran las publicaciones sobre su vida, su legado y la vasta correspondencia epistolar de Zenobia que sale a la luz. No obstante, no basta con tener acceso a estas obras, hay que leerlas para comprender la totalidad de su figura y la relación con otras protagonistas del momento. Esas relaciones de amistad y, en particular, la amiganza entre mujeres, conformaron actos de paridad que confirman la unión de la urdimbre intelectual femenina del convulso siglo XX.

Para Zenobia, toda esa red de amigas era otra empresa que requería apoyo, organización y ejecución. De ahí, el título del volumen: "& Co." que refiere a ese conjunto de mujeres, escritoras, artistas e intelectuales

[1] Zenobia olvida la concordancia del plural en alguna conjugación verbal, [correcciones propias]. Esos errores lingüísticos son frecuentes en la redacción de Zenobia Camprubí por la exposición desde joven a una formación bilingüe.

[2] Zenobia Camprubí, *Epistolario III. 1936-1951*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2022, pp. 49-50.

que, de alguna manera o en alguna ocasión, establecieron algún vínculo o se "asociaron" con ella. Tampoco es baladí el uso de la abreviatura anglosajona, pues Zenobia estuvo marcada toda su vida por el bilingüismo y su pensamiento transcultural que abarcaba ambas orillas del Atlántico. Quizás, el mar fuera también para Zenobia unión entre esas orillas, elemento transitorio y cíclico que, mediante sus cartas y sus proyectos, la mantenía aliada con lo que compartía de sus tres mundos: el español, el americano y el del exilio.

Una nueva investigación sobre Zenobia Camprubí

Desde 2021, la Cátedra Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Huelva financiada por la Diputación Provincial de Huelva a cargo de su directora, Rosa García Gutiérrez, viene impulsando una nueva línea de investigación dedicada a la figura de Zenobia Camprubí. Esta coincidía con mi contrato posdoctoral de la Junta de Andalucía en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Huelva. Rosa García, mi tutora posdoctoral entonces, me confió esta primera investigación centrada en Zenobia y sus redes con otras intelectuales de la época.

Mi vínculo con Zenobia Camprubí venía desde mi Trabajo Fin de Máster en el marco del Máster en Literatura europea y Enseñanza de Lenguas de la Universidad de Huelva en 2012, que consistió en la realización de la primera traducción al español de los escritos de juventud de Zenobia en revistas norteamericanas. Esta investigación se desarrolló durante mis primeros años de estadía en EE. UU., lugar al que me había mandado la Facultad de Humanidades de la onubense en 2011 para trabajar como profesora de español en la Universidad de Harvard. Todo confluía en Zenobia: traducciones que eran tránsito de ambas lenguas, marca identitaria de su figura y, Boston y Harvard como enclaves geográficos que se relacionaban con la Zenobia joven y sus antepasados familiares. Por último, el círculo de lazos y convergencias con ella se completó con mi admisión y mudanza a la Universidad de Maryland, College Park, para realizar mis estudios de doctorado en 2013. Maryland fue habitáculo de mi relación de amistad con Graciela Palau de Nemes, última superviviente amiga del matrimonio hasta 2019 y profesora emérita de la Universidad de este lugar. Asimismo, esta nueva institución americana, al igual que para Zenobia y Juan Ramón en otra época, se convirtió para mí, en la ocupación de mis días durante casi 7 años como profesora de lengua y culturas españolas y doctoranda de literatura española en la Facultad de Lenguas, Literaturas y Culturas cuyo edificio, precisamente, lleva el nombre del poeta.

Además, Zenobia Camprubí fue la antesala para mis estudios de doctorado. Mi primer estudio sobre ella me abrió la puerta a un conjunto de intelectuales que fueron las verdaderas revolucionarias del siglo XX: todas las escritoras de la Edad de Plata que, posteriormente, como ella, partieron al exilio. A ese entramado histórico, cultural y literario me dediqué para estudiar a dos poetas españolas exiliadas en México en mi tesis doctoral que fue defendida en la Universidad de Maryland en 2019. Así, casi 75 años más tarde y, por otros motivos muy distintos a la huida forzada del matrimonio Jiménez-Camprubí, se crearon otras conexiones que provenían del enclave onubense relacionado con el continente americano y con Zenobia y Juan Ramón en el trasfondo.

Las páginas que conforman este volumen son el resultado del proyecto que se planteó desde la Cátedra Juan Ramón Jiménez, a partir de una carencia existente en la bibliografía dedicada a Zenobia Camprubí. Proponen presentar resultados desde una nueva perspectiva apenas estudiada: la de su formación, primero, y su influencia, después, en entornos marcadamente femeninos pertenecientes tanto al ámbito privado como al público. Este enfoque sobre la figura de Zenobia Camprubí implicaba indagar en las referencias femeninas que determinaron su primera formación en el entorno familiar, en las actividades que desempeñó en las instituciones de mujeres, algunas marcadamente feministas, de principios de siglo XX, y en los vínculos que mantuvo con las redes de escritoras, artistas e intelectuales de la Edad de Plata y de su etapa vital ulterior, ya en el exilio.

Un estudio así sobre la figura de Zenobia Camprubí se presenta como esencial para completar un perfil que va más allá de su fundamental relación con Juan Ramón Jiménez y de las aproximaciones críticas que han destacado particularmente su papel central en la vida y en la obra del escritor. Era necesario, por tanto, ahondar en las raíces de la conciencia social, del desarrollo personal intelectual y de la formación como mujer moderna de Zenobia Camprubí desde su adolescencia y juventud en el contexto de la influencia recibida por las mujeres de su familia. En segundo lugar, establecer un itinerario de su participación en la España de los años veinte y treinta en programas e instituciones junto con toda una red de intelectuales que promovieron la apertura de las mujeres a la participación social y a los impulsos literarios, culturales y educativos más relevantes de la Edad de Plata. Y, por último, trazar la relación que, sobre todo de manera epistolar, Zenobia conservó con este y otros grupos de mujeres tras el exilio, así como su implicación social y educativa desde su emplazamiento en otras orillas.

Este libro recoge gran parte de los estudios de dos encuentros que se llevaron a cabo para el desarrollo de este proyecto. El primero se cele-

bró durante los días 13 y 14 de diciembre de 2021, contó con el apoyo de la Cátedra de la Provincia de la Universidad de Huelva financiada por la Diputación Provincial de Huelva, gracias a la concesión del micro proyecto titulado "Zenobia & Co.: Escritoras, artistas e intelectuales en la órbita de Zenobia Camprubí" (convocatoria de 2021) conjuntamente con la Cátedra Juan Ramón Jiménez y con la colaboración de la Casa-Museo Zenobia-Juan Ramón Jiménez y COIDESO (Centro de Investigación en Pensamiento Contemporáneo e Innovación para el Desarrollo Social de la Universidad de Huelva). El segundo se realizó durante los días 19 y 20 de octubre 2022: "Zenobia & Co. (II): Escritoras, artistas e intelectuales en el exilio de Zenobia Camprubí". Este fue impulsado por la Cátedra Juan Ramón Jiménez con la colaboración del Departamento de Filología de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Huelva y de la Casa Museo Zenobia-Juan Ramón Jiménez.

Parte 1. Escritoras, artistas e intelectuales en la órbita de Zenobia Camprubí (1887-1936)

Zenobia Camprubí encarnó desde muy joven un modelo de mujer moderna que ya se *leía* a finales del siglo XIX, una base sobre la que construyó su actividad pública en la España de los veinte y los treinta a favor de la visibilización de los problemas y las necesidades de las mujeres en la educación, de la profesionalización femenina o de su participación en política. Con una educación bilingüe en casa, regentada por una abuela y una madre que siempre enfatizaron el aprendizaje de lenguas y la lecto-escritura, Zenobia desarrolló precozmente una inquietud intelectual y una vocación cultural y literaria incentivadas por sus estancias en EE. UU. Su identidad bicultural le proporcionó una perspectiva abierta del mundo, una concepción transatlántica que la enriqueció intelectualmente.

Posteriormente, Zenobia se trasladó a Madrid y entró en contacto con algunas mujeres que ponían en marcha una conciencia feminista muy vinculada a las reformas educativas del krausismo. El espacio social público como exclusivo del hombre empezaba a desestabilizarse. La Residencia de Señoritas y el Lyceum Club Femenino, desde el entorno de la Institución Libre de Enseñanza y la Junta para la Ampliación de Estudios (JAE), destacaron por el papel que desarrollaron en la sociedad de su tiempo en defensa del acceso de las mujeres a los estudios universitarios y, en general, en el impulso de modelos diferentes de educación femenina menos discriminatorios y más igualitarios. En ambas instituciones, Zenobia desempeñó un papel muy importante. También, formó parte de otros servicios de asociaciones destinadas a la ayuda so-

cial donde compartió labores con otras compañeras intelectuales. Además, estuvo inmersa en proyectos de emprendimiento mercantil como su tienda de Arte Popular o su negocio de alquiler de pisos y colaboró con la JAE en la decoración de la Casa de las Españas en la Universidad de Columbia en Nueva York.

Bajo este contexto de cambios y progresos socioculturales del primer tercio del siglo XX, se enmarcan los trabajos que componen la primera parte del volumen. En el primero, la biógrafa de Camprubí, Cortés Ibáñez, establece las dinámicas familiares de la infancia de Zenobia, sus primeros vínculos de amistad, los viajes trasatlánticos que determinaron su juventud y, por tanto, las inquietudes que luego impulsaron su conciencia crítica. Desmenuza la vasta red de lazos que, desde joven, Zenobia fue tejiendo con otras intelectuales y con otras figuras apenas conocidas en el marco cultural de principios del siglo XX, sus compromisos educativos y su actividad polifacética. Merlo Calvente se adentra en el análisis crítico de la posición de las mujeres intelectuales en muchas parejas que se dieron con los escritores de la Generación del 27 sobre todo y se detiene en las dotes poéticas con las que Zenobia inició su escritura creativa de juventud. Pérez-Villanueva Tovar se dedica al desarrollo de la conciencia crítica social y educativa de la Zenobia joven y su asociacionismo en las instituciones conformadas por las mujeres intelectuales que determinaron el cambio y la apertura al progreso. Ahonda en las iniciativas de Zenobia con fines humanitarios: la ayuda de los más vulnerables y la protección de la infancia, así como el papel fundamental que desempeñó en los cargos y en la agenda social de estas organizaciones de activismo feminista. Esta primera parte concluye con el ensayo de Patrón Sánchez centrado en la vida y obra de la artista y poeta femenina insular, Josefina de la Torre, figura que forma parte del panorama intelectual femenino del Madrid del primer tercio del siglo XX y coincidente con Zenobia en las actividades del Lyceum Club y con otras redes de intelectuales de la Residencia de Estudiantes.

Parte 2. Zenobia Camprubí y las redes intelectuales femeninas en el exilio

Con el estallido y posterior desenlace de la Guerra Civil española, ese compromiso político que las mujeres adquirieron con la llegada de la Segunda República las obligaría a tomar decisiones como la de abandonar el país ante las represalias que pudiera tomar el bando vencedor.

Es probable que Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez fueran de las primeras parejas de intelectuales que decidieran salir de España después de producirse la sublevación militar del 18 de julio. La idea

inicial del exilio del matrimonio Jiménez-Camprubí era residir solo en los EE. UU., aunque estuvieron primero en Puerto Rico y Cuba, luego en varios estados de Norteamérica y finalmente en Puerto Rico de nuevo.

El 22 de agosto de 1936, el matrimonio salió de Madrid, pasó por Valencia, Figueras, La Junquera, París y Cherburgo donde embarcaron para Las Américas sin saber que no volverían a España con vida. Así, sucedió después el éxodo masivo de 1939 que completaba la huida de la mayor parte de las compañeras de Zenobia del Lyceum y de otras instituciones. Separada de muchas de sus amigas y de las redes de artistas de la vanguardia del pensamiento femenino español de los años veinte y treinta, Zenobia procuró mantener la relación epistolar con muchas de ellas. Además, esas relaciones mantenían lo que habían construido en la España de la República, lazos fuertes de sororidad y compañerismo, conservaban la pasión por España en la distancia y la nostalgia de lo que hicieron juntas.

Esta segunda parte del volumen sigue la cronología histórica determinada por la transformación contextual, social y política que supuso la Guerra Civil y las consecuencias que esta conllevó como el exilio y la dictadura que se desencadenó después. Se organiza desde el análisis crítico de cuestiones y temáticas generales que, tanto el conflicto como el destierro, supusieron para la intelectualidad femenina hasta temas específicos que relacionan a Zenobia con otras intelectuales en el exilio y que destacaban, en su mayoría, por la unión mediante la correspondencia epistolar. Esta parte comienza con el minucioso trabajo de Naharro-Calderón que sirve como marco inicial a un aspecto fundamental muy poco considerado por los estudios críticos: la narración de la historia en femenino. Funciona dentro del volumen como reivindicación ante la ausencia de estudio de memorias mediante testimonios y cartas de mujeres en torno a la guerra civil, travesías hacia el exilio y experiencias traumáticas de violencia y represión por el conflicto de la guerra de las Españas y su eco mundial. Igualmente, el ensayo de Josebe Martínez plantea un interesante estudio crítico sobre la noción de "comunidad" como idea de subcultura en la Residencia de Señoritas, en el Lyceum Club y como grupo intelectual determinado por el exilio republicano de 1939. El trabajo de Trallero Cordero ahonda en el sacrificio de las intelectuales durante el exilio relegando su trayectoria creativa en aras de la supervivencia y buscando refugio en una escritura de corte intimista: cartas con amigas y familiares o textos autobiográficos que, pocas veces, traspasaba el ámbito privado. La editora de los epistolarios de Camprubí, Cortés Ibáñez, muestra un panorama de las redes que Zenobia mantenía por esta vía en la cual era bastante prolífera. Este ensayo incluye

numerosos detalles de los fines de sus cartas y aporta una variada nómina de las amigas y compañeras con las que Zenobia se carteaba. El estudio de Alted y Gónzalez se centra en las relaciones que Camprubí tejió en el Lyceum Lawn Tennis con intelectuales y artistas del panorama cubano durante la estancia de Zenobia y Juan Ramón en el exilio en La Habana. Zenobia también se implicó en las actividades de esta institución relacionadas con el servicio comunitario y en las programaciones culturales del mismo. El estudio de Montiel Rayo muestra, mediante un exhaustivo análisis de las cartas y detalles de archivo, la complicidad entre Gabriela Mistral y Zenobia Camprubí. En sus cartas compartían la admiración a Juan Ramón Jiménez y establecieron una confabulación especial entre ambas que, después del fallecimiento de Zenobia, Mistral reivindicaría su valía y labor por siempre. En la misma sintonía, Payeras Grau analiza la relación entre Zenobia y Ernestina de Champourcin. En alguna ocasión previa a la Guerra coincidieron en los ambientes culturales madrileños y, ambas, con Juan Ramón Jiménez como motivo de sus cartas y a través de comentarios de apoyo en sus relatos autobiográficos, se trazó un vínculo de afecto y amistad que perduró en el exilio. Paz López estudia los artículos de revista de María Teresa León en su destierro en Argentina y se detiene en las menciones de León sobre Zenobia en las que destaca su admiración por ella, por su valía, su previa unión en el ambiente madrileño del Lyceum y el paralelismo entre ambas que reivindica el trabajo de las mujeres en el exilio a la vez que se observan los cambios socioculturales experimentados por las mujeres en el medio siglo con la segunda ola del movimiento feminista. Devesa-Gómez, mediante los recuerdos de Carmen de Zulueta, escritora española exiliada en EE. UU, rastrea las menciones del matrimonio en sus memorias, las descripciones sobre Zenobia y estudia el ensayo de esta intelectual que lleva por título "Zenobia en mis recuerdos", en el que, de nuevo, se homenajea y se reivindica la obra y figura de Zenobia ensalzando lo que fue e imaginando lo que podría haber sido. El último ensayo del volumen cierra el ciclo de relaciones y afinidades de escritoras, artistas e intelectuales de Zenobia Camprubí en el exilio. Resalta la creación de redes de amistades entre mujeres como unión y apoyo y como forma imprescindible de resistencia y de revolución. Retrata uno de los vínculos que Camprubí estableció en los últimos años de su vida y estadía en Maryland: Graciela Palau de Nemes. A través de la revisión del epistolario de ambas y de la memoria oral de Palau de Nemes se reconstruye la relación entre las dos y se destaca la labor de esta última, que continuó con la difusión y reivindicación de la vida y obra de Camprubí hasta el final de sus días.

***

Gracias al apoyo recibido por las instituciones que han hecho posible este proyecto y a los trabajos de las expertas en Edad de Plata y exilio que lo componen, este libro se presenta como indispensable, como esa arista que necesitaba completar el perfil de Zenobia Camprubí: sus relaciones con otras mujeres artistas, intelectuales, educadoras o emprendedoras de su tiempo y el papel que desempeñó como impulsora de ciertos círculos o redes en la órbita del feminismo. Como se ha reseñado, la primera parte se ocupa de la infancia, adolescencia y juventud de Zenobia Camprubí tanto en la península como en sus estancias en Norteamérica, un periodo temporal que abarca desde 1887 hasta 1936 aproximadamente. La segunda parte se centra en la madurez de Zenobia, desde la salida de España hasta el final de su vida en 1956, un periodo complejo y diverso en el que la experiencia del exilio y las diversas residencias en países de Las Américas determinaron nuevos círculos, contactos, redes y desempeños profesionales para Zenobia. Asimismo, este volumen forma parte del estudio de la memoria de las antecesoras que conformaron el pensamiento y la cultura del siglo XX español, contribuye a la necesidad actual de reivindicar el legado intelectual femenino que aún está por completar y, por supuesto, compone ese fragmento de la memoria colectiva del exilio republicano español que destaca el papel fundamental que tuvieron las mujeres. Estos trabajos estudian el acervo vital, creativo, testimonial y epistolar de Zenobia Camprubí y recaban en las redes de cooperación y diálogo de las escritoras, artistas e intelectuales de la Edad de Plata y del exilio posterior que, paradójicamente, conformaron una generación *dorada* en esa época *plateada*. Fueron los vínculos indispensables que establecieron el precedente de nuestro pensamiento feminista: testigos, testimonios, protagonistas, referentes y amistades *llenas de luz* que *transían* por nuestro panorama histórico, cultural y literario y resuenan como *notas de violín*.

Mª Luz Bort Caballero

Parte 1

Escritoras, artistas e intelectuales en la órbita de Zenobia Camprubí (1887-1936)

Zenobia Camprubí. Claves de su personalidad y actividad

Emilia Cortés Ibáñez
Biógrafa de Zenobia Camprubí

Infancia en Cataluña

Zenobia Camprubí, buena representante de la Edad de Plata, fue hija de dos continentes, de dos educaciones, prácticamente de dos culturas, y estaba habituada a comunicarse en varias lenguas, puntos estos que ya marcaron el camino de su vida. Catalana de nacimiento, fue en esta región donde transcurrieron los primeros quince años de su vida: Malgrat de Mar, Barcelona, Sarriá, Tarragona, lugares marcados por los sucesivos traslados laborales del ingeniero Raimundo Camprubí, cabeza de familia, que, en último lugar, los llevaron a Valencia.

En estos primeros años, Zenobia Camprubí vivió en la Casa Juliá del Paseo de Gracia construida por el famoso Guastavino. No será este el único lugar levantado por el arquitecto valenciano que Zenobia visite: muchos años después, la Biblioteca de Boston; y ya en Nueva York: Ellis Island, Grand Central Station y la catedral Saint John the Divine, iglesia a la que Zenobia acudía y que estaba tan cerca de la casa de las Garmendía, donde ella y Juan Ramón vivieron durante su estancia en Nueva York.

Afortunadamente, Zenobia fue muy aficionada a escribir desde niña; ello nos permite conocer detalles de su existencia. Es muy directa cuando se refiere a su educación:

> […] se me educó en una tradición americana de siete generaciones que databa de los colonos hugonotes franceses y holandeses establecidos en Nueva York. Por supuesto tuve tradición española pero muy bien mezclada con la moralidad intransigente de mis ancestros neoyorquinos. Cuando voy a un museo colonial, raramente salgo sin contemplar las zapatillas de una tía abuela o la miniatura de un tío abuelo o la silla de algunos antepasados. Tengo la agradable sensación de pertenecer al paisaje.[1]

[1] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud. Escritos. Traducciones*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Sevilla, Fundación Lara, 2015, p. 165.

Tuvo una infancia feliz. Sus primeros ocho años transcurrieron al lado de su abuela materna Zenobia Lucca, también puertorriqueña y educada en Nueva York como su hija Isabel Aymar, madre de Zenobia. Las dos, madre y abuela, fueron decisivas en la educación de Zenobia. A los tres años y al lado de su abuela, aprendió a leer y, a los catorce, publicó los primeros relatos en inglés que recogían historias contadas por la abuela e historias vividas por la familia paterna, todos ellos militares de varias generaciones. La niña fue educada en casa con profesores particulares y guiada por la abuela y la madre, con quienes hablaba en inglés y francés y compartía lecturas; también estudiaba piano. La abuela dejó huella en el alma de Zenobia:

> Abuela, ¿fue la extraordinaria cualidad de tu encanto lo que me ha seguido durante toda mi vida con tanta fuerza? Sólo tenía 8 años cuando me dejaste y todavía pienso en ti. No parece que te evoque por motivos externos a diferencia del resto de mis recuerdos, sino que pareces emanar desde dentro y me desarrollo en tu propia atmósfera. […] Cuando las luces se apagaban y yo me había dormido llorando, tú volvías cada noche en tu bruma gris, la bruma de las historias de Mitología Griega que tú me contabas, donde los espíritus deambulan en la penumbra en busca uno de otro pero sin poder hablar.[2]

La madre y la abuela eran mujeres educadas, refinadas, creaban clima. La huella que dejaron en Zenobia durará mientras viva:

> El recuerdo favorito de mi infancia es mi abuela y la habitación que compartía con ella. Más bien debería decir la habitación a la que mi abuela me había invitado. Había una chimenea y en la repisa dos candelabros de cristal, cubiertos de prismas de cristal que lanzaban sobre la pared los más maravillosos colores y, cuando el sol los atravesaba, los proyectaba. […] El fuego era el imán en las noches de invierno, -el corazón de la habitación- pero, cuando el sol entraba por la ventana del sur, la gloria de la habitación era el esplendor de los candelabros.[3]

La afición de la familia a la lectura era notoria. Acostumbraban a reunirse en las veladas a leer. Así, Zenobia mencionaba: "Le leí a mamá" o "Epi nos leyó a mamá y a mí". La lectura era una constante en

[2] *Ibídem*, p. 159.

[3] *Ibídem*, pp. 160-161.

madre e hija. Gracias a la abundantísima correspondencia entre ellas, se puede hacer seguimiento de lo que leían, siempre en la lengua original.

El calor y el cariño de su madre siempre lo sintió:

> La enorme cama de mi madre era una bahía acogedora de paz. Sus suaves brazos me habían llevado amorosamente a la cama y me apretaban contra el protector calor de su firme cuerpo. Aquí todos los terrores cesaban y me sentía serenamente atrincherada detrás de una inexpugnable barricada contra todo daño.[4]

Zenobia fue una niña despierta, inteligente, activa, voluntariosa, disciplinada, pero cuando a los diez años -vivían en Sarriá-, su profesor propuso a sus padres que estudiara bachillerato, ellos no consideraron la propuesta porque ese no era el tipo de educación que querían para su hija. Ni siquiera Zenobia se sintió atraída por la idea de hacer estudios reglados. Su padre le compró una máquina de escribir y Zenobia aprendió rápido su manejo; no podía imaginar que sería una herramienta imprescindible en su futuro. Recibió una educación no para ganarse la vida sino una educación ´social´, tal y como era habitual en estos años. Zenobia lo explicó muy bien; en 1936, escribe:

> […] las muchachas españolas de esa época aprendían idiomas y varias asignaturas "de adorno" pero todo esto no les servía para nada fundamental sino sencillamente para lucirse ante sus amistades o enemistades.
>
> […] todavía en España se consideraba un poco despectivamente que la mujer de las clases acomodadas trabajase en cualquier actividad remuneradora. Es decir, que estas familias consideraban mal que una muchacha se ganase la vida.[5]

Además, Zenobia recoge lo que su madre pensaba: "a los chicos debía dárseles carrera y a las chicas medios de subsistencia".[6]

Durante su infancia hizo sus primeras amistades: hijas de las amigas de su madre, como Montserrat Miró de Loring, las dos familias veraneaban en Malgrat; María Muntadas de Capará, con quien compartía juegos en Sarriá. Con ella hizo sus primeras funciones de prestidigitación, acompañadas por Epi, el hermano menor de Zenobia,

[4] *Ibídem*, p. 161.

[5] *Ibídem*, p. 318.

[6] Zenobia Camprubí, *Epistolario III. 1936-1951*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2022, p. 529.

y por otra amiga, Carmen Suquet. María fue una amistad para toda la vida: las dos compartían la misma institutriz inglesa y juntas mostraron sus primeras actividades de compromiso social. Crearon ´Las abejas industriosas´, una sociedad de dos personas enfocada a ayudar al débil y necesitado, una réplica de los Roperos que tanto éxito van a tener en estos años.

María, tres años menor que Zenobia, fue pintora, poeta y concertista, expuso su obra a partir de 1922 y tuvo una academia de pintura. En los años 50, organizaba reuniones literarias en su casa y en 1956 tuvo lugar una exposición antológica de su trabajo en el Artistic Circle de Sant Lluch. La hija de María pasará temporadas con los Jiménez, a quienes llamaba ´papás adoptivos´.

Como ya se ha mencionado, Zenobia fue una mujer con muchas relaciones amistosas, y todas ellas fueron personas que destacaron, en absoluto anodinas; las unía a ella el tener interés por las mismas cosas. Cuando Zenobia tenía quince años, la familia se trasladó a Valencia y esta fue una etapa triste, sombría para ella; no obstante, percibía la ciudad que la rodeaba, su folclore, costumbres e historia, que plasmaría tiempo después en el artículo sobre Valencia en *The Crafstman*.[7] Aquí, en Valencia, no tenía amigas de su edad; ella misma definió muy bien este periodo:

> […] Esos dos años de mi vida fueron el colmo del *ennui* y uso la palabra francesa porque abarca tanto más que el aburrimiento español. Yo estaba fastidiada, triste, encogida, rara. Es verdad que estaba en la edad del pavo o de la pava pero había muchas cosas más.[8]

Esas "cosas más" formaban parte del ambiente que se respiraba en casa. La relación entre sus padres no funcionaba bien. Fue un matrimonio por amor, pero eran dos personas que procedían de familias y de educación muy diferentes y habían evolucionado de manera divergente. Su concepto de matrimonio era distinto. Isabel, de familia muy rica y la única niña de la casa, había sido criada entre algodones. Era de suponer que Raimundo, único en su familia que, tras varias generaciones de militares, no lo fue, tuviera una educación espartana; además solo tuvo hermanos. Raimundo esperaba de su mujer que fuera

[7] "Valencia, the City of the Dust Where Sorolla Lives and Works", *The Crafstman*, New York, vol. XVIII, núm. 2, pp. 206-218. Este artículo está incluido en Zenobia Camprubí, *Diario de juventud*, *op.cit.* pp. 93-102.

[8] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud, op. cit.*, p. 124.

el eje y el alma de la casa, una mujer fuerte. Isabel no era así, además era independiente económicamente, por el patrimonio recibido de sus padres en EE.UU. A todo esto, hay que añadir el desencuentro que se produjo entre ellos en Valencia, que llevó a Isabel a coger a sus hijos, marcharse a Nueva York y a dejar a su marido en España.

La unión y la proximidad entre Zenobia y su madre existió siempre y aún más desde que llegaron a Nueva York. A partir de aquí, se cambiaron los papeles y, poco a poco, fue Zenobia quien cuidó y protegió a su madre. Isabel tenía una salud algo delicada y un temperamento un tanto especial y, llegadas a Norteamérica, Zenobia entendió que compaginaría el cuidado y atención a su madre con un tipo de vida propio de su edad y del ambiente en el que se movía.

Adolescencia en EE.UU.

Nada más llegar a Nueva York en 1904, a quien primero conoció fue a su prima Hannah Crooke. Eran dos almas muy parecidas: inquietas, trabajadoras, independientes:

> Hannah, más independiente y aventurera, ansiaba labrarse un porvenir por sí misma. Puesto que era la única mujer, que conozco, de mi familia con este tipo de disposición y, puesto que me habían educado de una forma muy antigua, el valor y la buena disposición para trabajar de inmediato inflamaron mi imaginación y fueron un gran incentivo en mi vida.[9]
>
> […] quedé atrapada por el espíritu independiente y trabajador de mi prima Hannah que me dio mucha inspiración para mi propia vida y siempre fue un incentivo optimista para mí.[10]

En Nueva York la vida cambió totalmente para ella. Las relaciones y amistades que su hermano mayor José había establecido, al residir varios años en este país, fueron también amistades de madre e hija. Ante Zenobia se abrió un mundo nuevo, un mundo de libertades que ella absorbió. Desde el principio tuvo multitud de conexiones, de amigos, actitud esta que mantendría durante toda su vida: solo hay que leer sus Diarios o su epistolario para notarlo. En Nueva York, Zenobia se convirtió en una joven independiente. Asistió a clases en la Universidad de Columbia, cursos equivalentes a Magisterio; acostumbró a viajar

[9] *Ibídem*, p. 280.

[10] Carta de Zenobia a Philip Werner Amram, 10 de febrero de 1954 (Zenobia Camprubí, *Epistolario IV. 1951-1956* [en prensa]).

sola, visitó a amigas y familiares y pasó temporadas en casa de ellos, alternando con etapas en casa con su madre, a la que cuidó y atendió. Salía mucho con su grupo de amigos, jugaba al tenis, montaba a caballo, en bicicleta… Mientras tanto, durante sus desplazamientos en tren, la lectura siempre la acompañaba, así como la redacción de artículos que fueron apareciendo en prestigiosas publicaciones norteamericanas.

Ya desde el comienzo de esta nueva vida, mostró su interés por la infancia y asistió a una guardería en Flushing, donde ayudaba con los niños. En 1907, en su *Diario de juventud*, hay alusiones constantes a este tema: "corté papel de muñecas para el Día de los Niños", "pasé dos horas en la guardería", "Corté muñecas de papel para la guardería", "Compré patrones para los vestidos de verano de los niños", "Compré una docena de vasos para los niños", "Compré 12 yardas de tela para los vestidos de los niños".

Aquí estableció amistades que le duraron toda la vida, con las que tenía aficiones o intereses en común. Olga Lingard, aficionada a escribir, enviaba sus poemas a Amy Lowell para que le diera su opinión sobre los mismos; interesada por el teatro, formó parte de la Compañía teatral de Annisquam; y con Zenobia, tradujo la comedia de Jacinto Benavente, *La fuerza bruta*.[11] Al lado de su amiga Delia Wheelwright se relacionó con las socias del *Sewing Circle*,[12] que fue el equivalente a nuestros Roperos que tanto proliferaron en España, en estos años.

En 1905 conoció a Lydia Bush-Brown Head -de familia de pintores y escultores-, prestigiosa diseñadora y artista textil, muy conocida en los años veinte. Tuvo una buena amistad con Zenobia; los padres de Lydia tenían una casa en Newburg y Zenobia, en ocasiones, dormía en su casa. Se reencontraron durante el viaje de novios de los Jiménez y, en los últimos años de vida de Zenobia, Lydia estuvo muy cerca de ella. Entre otras muchas instituciones a las que esta artista pertenecía, estaba el National Arts Club de Nueva York, club en el que Zenobia y Juan Ramón pasaron las dos primeras noches de su matrimonio.

Ruth Draper fue una importante actriz norteamericana, famosa por sus monólogos. Zenobia la conoció en 1912 y asistió a su actuación -*Monólogos*- en el Flushing Lyceum. Muchos años después, en 1944, Zenobia, en Washington, intentó "encontrar un local adecuado porque

[11] Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez, *Diario de dos recién casados*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Huelva, Universidad de Huelva-Fundación Zenobia-Juan Ramón Jiménez, 2012, p. 45; y Zenobia Camprubí, *Epistolario II, 1895-1936*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2020, pp. 351-355.

[12] Zenobia Camprubí, *Epistolario II, op.cit*., p. 354.

aquí se está muy mal de teatros"[13] para que actuara Ruth; y en 1945 pasó unos días en Nueva York con ella. Cornelia Chapin fue escultora reconocida, ganadora de numerosos premios y medallas, que expuso en Norteamérica y en París. Su hermana, Katherine Biddle, poeta, ensayista, libretista, colaboradora en *Harper´s Magazine, Scribner´s Magazine,* etc., tras la muerte de Zenobia, escribió a Juan Ramón: "Era una mujer noble, brillante y maravillosa que siempre llevaba consigo una fuerza y naturaleza deslumbrante de vitalidad y valor allá donde iba".[14] Mildred Adams (Kenyon), hispanista, escritora, traductora, crítica literaria, periodista que trabajó en el *New York Times* y en el londinense *Economist*, tradujo a Ortega y Gasset, vivió y escribió en España al comienzo de los años treinta, y estuvo muy involucrada en el tema de los refugiados españoles.[15] Precisamente, Ruth Draper, Mildred Adams, Cornelia Chapin y Katherine Biddle fueron cuatro de las nueve madrinas que acompañaron a Zenobia para ser aceptada como socia del Cosmopolitan Club de Nueva York en 1947.

Muna Lee, novelista, poeta, traductora, activista panamericana especializada en Relaciones Internacionales y feminista, fue la primera esposa de Luis Muñoz Marín, el que sería gobernador de Puerto Rico. En 1942 Zenobia escribe a Muna: "Eres una de esas personas que va por la vida pensando siempre en los demás e intentando hacer cosas buenas para ellos. En esta ocasión nos has dado un día felicísimo y casi pienso que has dado, al río de nuestra vida, una nueva vuelta".[16] Muna fue quien aconsejó a Zenobia cómo debía escribir "Juan Ramón y yo", artículo que le había solicitado *Américas*, y que apareció en 1954. A propósito de este consejo Zenobia escribió:

> Estoy muy agradecida a Muna Lee por sugerirme la única forma en que yo quisiera escribir los recuerdos que usted me pide. Hasta ahora nunca he querido aceptar invitaciones a escribirlos en otro tono. […] Pero me ha caído tan en gracia la idea de Muna Lee y de usted que, en cuanto termine con la clínica y los exáme-

[13] Zenobia Camprubí y Olga Bauer, *Epistolario 1932-1956*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Huelva, Biblioteca de Estudios Juanramonianos, 2017, p. 210.

[14] Alfonso Alegre Heitzmann, *Juan Ramón Jiménez, 1956. Crónica de un Premio Nobel*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2008, p. 379.

[15] Mildred Adams perteneció al *American Friends of Spanish Democracy*, al *Spanish Refugee Relief Campaign* y al *New World Re-Settlement Fund for Spanish Relief*. Es autora de *García Lorca: dramaturgo y poeta* (1977).

[16] Zenobia Camprubí, *Epistolario III*, *op. cit.*, p. 362.

> nes, voy a poner manos a la obra, aun cuando no sea más que para dejar las cuartillas en el cajón de mi escritorio.[17]

Otra amiga fue Clara Livingston, piloto nº 200 con licencia y piloto de helicópteros nº 11 del mundo; en la década de los 40, se alistó en el Cuerpo de Mujeres del Ejército. En Dorado, Puerto Rico, construyó su propio aeropuerto.[18] Elsie de Wolfe era decoradora y Zenobia visitó su piso durante el viaje de novios y dijo: "El piso de Miss de Wolfe me da una sensación de éxito, orden y limpieza".

Este variado grupo de mujeres es una muestra del espíritu de Zenobia, marcado durante toda su vida por la curiosidad. Durante su estancia en Washington, pertenece a las Mujeres Geógrafas, Sociedad que promueve la investigación y exploración realizada por mujeres, a las que brinda oportunidades y fomenta compartir ideas. En palabras de Zenobia: "todas hacen algo, la mayoría viaja y publica. Me siento muy ignorante pero en un ambiente gratísimo. Hoy día es casi mi única actividad social".[19] A este grupo de Mujeres Geógrafas también perteneció Frances Carpenter -Mrs. Chapin Huntington-, graduada en el Smith College, folclorista y fotógrafa, que acompañó a su padre en sus viajes como secretaria y, en colaboración con él, fue autora de diversas publicaciones.[20]

La Rábida como eslabón

Las inquietudes y actitudes ante la vida que, desde un principio, unieron a Zenobia y Hannah Crooke, siguieron en el tiempo; las dos fueron mujeres de negocios con gran interés por la decoración, como así demostraron cuando, en 1909, se instalaron en La Rábida:

[17] Carta a la directora de *Américas*, 29 de abril de 1953 (Zenobia Camprubí, *Epistolario IV. 1951-1956* [en prensa]).

[18] Actualmente su casa es un lugar histórico, enclavado en Dorado Beach.

[19] Zenobia Camprubí y Olga Bauer, *op.cit.*, p. 384.

[20] Es autora de *The Foods We Eat*, New York, American Book Company, 1925 y *The Clothes We Wear*, New York, American Book Company, 1926, entre otras muchas obras. Con posterioridad recogió los artículos de su padre sobre la vida en Washington bajo el título *Carp's Washington* (1960). Se casó con W. Chapin Huntington, de la Embajada americana en París. En 1951 entregó la Colección Carpenter a la Biblioteca del Congreso, compuesta por una gran cantidad de fotografías y negativos, muchas tomadas por ella y su padre. Las fotografías recogen los viajes que realizaron, así como aspectos geográficos y de la vida diaria.

> […] estamos planeando asentarnos en La Rábida, donde tenemos una casilla de campo, bien construida, nueva, a prueba de lluvia y viento, que vamos a amueblar de manera completamente rústica, con artesanía, materiales y decoración local. Cualquier cosa civilizada allí se podría considerar sacrílega. En las tiendas buscamos cosas rústicas.[21]

Después vinieron las tiendas de decoración de las primas, una en Nueva York y la otra en Madrid. Y aunque el periodo de estancia en La Rábida fue corto, mostró líneas vitales en la personalidad de Zenobia. Su compromiso social e interés por la infancia se activaron cuando vio a los hijos de los trabajadores y se volcó en ayudarles:

> Cuando llegué a La Rábida en abril de 1909 todavía era bastante joven y frívola y me costó bastante desligarme de Nueva York. Así es que intenté sacar provecho de mi sacrificio haciendo algo útil y me atreví a enseñar a niños […] de esa zona olvidada, en la lectura, escritura, cuentas y lavándoles la cara y en algunas otras cosas.[22]
>
> Los niños de Andalucía eran tan intensamente vivos e inteligentes como poco instruidos en las normas de la escuela […]. Las primeras clases se dieron sentados en la pegajosa alfombra de agujas de pino pero antes del final de la primera semana los niños me habían facilitado una mesa larga y dos bancos largos para los estudiantes en ambos lados. Yo sabía que estaría solo 11 meses con ellos y decidí abrir sus mentes lo más posible en hábitos de curiosidad e investigación que nunca volviesen a un completo olvido.[23]

La pedagogía de Zenobia era novedosa para la época como le manifestó a su pretendiente y amigo Henry Lee Shattuck:

> Mi escuela está simplemente floreciente. […] Cada día vienen dos o tres nuevos alumnos y no hay suficiente sitio en mi mesa. […]
>
> […] Los libros son *muy* malos y todo el sistema de educación es ridículo. Si no hubiese otras cosas más egoístas que me gustan más, me encantaría tener o más bien empezar una gran escuela, y usar mi propio método y escribir algunos libros de lectura para ellos. […] he comprobado que los niños no tienen ni idea de las

[21] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud*, *op. cit.*, pp. 189-190.

[22] *Ibídem*, p. 225.

[23] *Ibídem*, p. 220.

> letras que han escrito; no saben qué palabra han escrito y, cuando les lees la palabra, no saben lo que significa. […] Los primeros libros de lectura tampoco son mejores, sin ilustraciones y con un papel horrible. Las historias infantiles están escritas en un estilo ampuloso, calculado para impresionar al niño con la gran erudición del escritor. […] Otra objeción a las historias infantiles es que buena parte de ellas es mucho más adecuada para la papelera que para ser leída. Los niños siempre recuerdan cariñosamente el día que rompí un libro: "¡Oh, la señorita, rompió un libro porque era feo!, ¡un cuadro tan bonito en la cubierta!". Uno se dice a sí mismo, ¿cómo sería posible crear un país más desigual, peor gestionado y más *caótico* que España?[24]

Después de esto, no es extraño que Zenobia conociera al catalán Pablo Vila, fundador y director en Barcelona de la Escuela Horaciana de Enseñanza y, que, con anterioridad había sido maestro del anarquista Francisco Ferrer i Guardia, fundador de la Escuela Moderna, escuela de libre pensamiento, opuesta a los métodos tradicionales, que preconizó la coeducación de sexos y clases sociales y una gran libertad; guardó similitudes con el método Montessori. Precisamente, en 1915, Zenobia visitó la Escuela Montessori de Eladi Homs.

La estancia en La Rábida, aunque corta, fue fructífera no solo porque conoció y se entregó a su paisanaje sino porque descubrió su paisaje, como muestra su espíritu viajero. Zenobia, su madre y Hannah viajaron y conocieron Andalucía, resultado de ello son todos los textos que ha dejado escritos.

Juventud, matrimonio y vida en Madrid

De Nueva York a La Rábida y, de aquí, se fue a Madrid. Indudablemente, Zenobia tenía un espíritu abierto para poder asimilar todos estos fuertes cambios. En un principio, guardó la esperanza de volver a EE.UU. con sus padres y fijar allí su residencia pero, ante la negativa del progenitor, ella fue muy consciente de que su existencia se desarrollaría en España y se implicó de manera muy activa en la vida de la capital, sin olvidar viajar y conocer diferentes ciudades, al lado de amigas como Josefina Díez Lassaletta, investigadora e historicista de la encuadernación, encuadernadora artesanal, a la que se llegó a calificar de "celebridad mundial".

[24] Zenobia Camprubí, *Epistolario II*, *op. cit.*, pp. 169-170. El subrayado es de Zenobia Camprubí.

Este periodo madrileño, que se inició en el último trimestre de 1910, cuando regresaron de su verano en Cataluña -habían dejado La Rábida el 22 de marzo-, y terminó con la salida al exilio, es el más rico, productivo y feliz de la vida de Zenobia. Ella ya estaba formada, había absorbido nuevas corrientes, nuevas ideas, nuevas actitudes, nuevas maneras de vivir; es una mujer de mentalidad abierta y enormemente activa, resolutiva.

La relación paternofilial no era todo lo acorde que debiera: "exasperaba a mi padre por mi afición a los ´intelectuales´ y porque, cuando la señora de compañía no estaba a mano, salía sin ella".

Zenobia ponía al servicio de la sociedad, de quien lo necesite, lo que sabía. Comenzaba con lo más próximo, con su participación en los Roperos:

> Casi toda la obra social realizada hasta entonces se hacía en casas particulares, con un sacerdote de preceptor. […] "Roperos" se llamaban los talleres formados por las señoras para coser ropas que luego distribuíamos a los pobres. Las señoras iban llegando a los salones de la presidenta del ropero y acomodándose en forma de poder escuchar las palabras del padre espiritual, que les dirigía una alocución encaminada a encauzar sus pensamientos hacia la caridad, la perseverancia y el desarrollo de la obra. Terminada la plática, el sacerdote se iba y se repartía el trabajo, unas prendas para llevarlas las señoras a sus casas, donde debían ser confeccionadas; las otras, las más sencillas, para hacerlas allí mismo. Nunca se me olvidarán aquellas sábanas. Cada dos señoras recibían una sábana, o sea dos tiras de lienzo que había que unir a lo largo. Nos sentábamos una a cada extremo y cosíamos hacia el centro acercándonos. Yo estoy segura de que las demás asociadas cosían mucho mejor que yo, […], porque yo nunca llegué al centro de mi sábana sin encontrar que una de las tiras estaba más tirante que la otra y que la única solución era fruncir la tira más holgada. Así pues, para unir veinte sábanas, que una sola de nosotras podía haber cosido en una hora a máquina sin fruncidos, nos reuníamos una tarde entera cuarenta mujeres y un sacerdote. Después de este trabajo agotante, pasábamos todas al comedor a participar de una suculenta merienda.[25]

Realizó una gran labor dentro del Comité Femenino de Higiene Popular, del que fue su secretaria:

[25] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud*, *op. cit.*, pp. 326-27.

> La Asociación Matritense de Caridad[26] intentó varias veces unificar el esfuerzo de la beneficencia pero como me dijo en una ocasión su presidente: "Es inútil, cada una de estas señoras está enamorada de su propia obra y quiere administrar la caridad ella y a su manera."
>
> Convencida del efecto contraproducente de la mayor parte de las obras benéficas de las señoras en Madrid, me fui retirando de todas aquellas en que había tomado parte y dedicando mi atención a aquellas dedicadas especialmente a mejorar la higiene general que estaba muy necesitada de esta mejora.
>
> […]
>
> Contra estas malas condiciones luchó el Comité Femenino de Higiene Popular cuya fundadora es la esposa del Doctor Tolosa Latour.[27] […]
>
> Durante muchos años se ofrecieron premios en metálico a las mujeres que tuvieran, dentro de las peores condiciones para ello, las casas más limpias y los niños mejor cuidados.[28]

Su preocupación por el panorama social era constante y no perdía ocasiones de conocer más sobre él. De ahí, su amistad con Cebriá Montoliu, humanista cuyo objetivo central fue la reforma integral de la sociedad. En palabras de Zenobia, "trabaja por la mejora de las clases trabajadoras en Barcelona" y establecía colonias de obreros. Precisamente, fue Cebriá quien puso en contacto a Zenobia con Pablo Vila en octubre de 1915, aprovechando un viaje a Cataluña para ver a la familia paterna. Visitó el Instituto de Cultura y Biblioteca Popular de la Mujer, fundado en 1909, primer centro en Europa dedicado exclusivamente a la formación cultural y laboral de las mujeres.[29]

[26] La Asociación Matritense de Caridad fue creada en Madrid por Ventura García Sancho, marqués de Aguilar de Campoo y alcalde de la ciudad, en 1899; se situó en Escalinata, 8 con el objetivo de disminuir la mendicidad de la capital, aumentada por la inmigración y por la repatriación de personas de las colonias. Tenemos noticia de su actividad: "La Asociación Matritense de Caridad tiene acogidos más de 1.000 pobres; distribuye 150 comidas diarias a vergonzantes, madres lactantes y bebés, durante nueve meses del año: sostiene los talleres del Centro Instructivo y Protector de Ciegos y, con la venta de participaciones de la Lotería Nacional, facilita medios de vida a 400 impedidos" (*ABC*, 22-12-1926, p. 22). El Asilo de la Montaña de Príncipe Pío era dependiente de la Asociación Matritense.

[27] Elisa Mendoza Tenorio, famosa actriz dramática que se retiró en 1889 para casarse con el Dr. Tolosa Latour y dedicarse a obras benéficas acompañando a su marido. El matrimonio fue precursor de la protección a la infancia en España.

[28] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud*, *op. cit.*, pp. 323-324.

[29] Véase Julia Varela, *Mujeres con voz propia. Carmen Baroja y Nessi, Zenobia Camprubí*

En 1916, cinco años después de instalarse en Madrid, Zenobia se casó con Juan Ramón y, en contra de lo que siempre se dice -que Juan Ramón la tenía sujeta, atada, dominada…-, Zenobia era una mujer libre y lo manifestaba en la gran actividad que desarrollaba. En 1919, al lado de Caroline Brown Bourland -del Smith College-, María de Maeztu y Rafaela Ortega fundó La Enfermera a domicilio. Magda Donato recogió en *El Imparcial* la génesis de La Enfermera,[30] aunque incurrió en alguna inexactitud. Zenobia fue la tesorera. Seguro que los estudios que hizo de Enfermería en 1915 le sirvieron para esta empresa; la segunda parte de estos tuvo lugar en 1916, pero Zenobia no los llevó a cabo porque estaba inmersa en otra empresa mucho más importante: su matrimonio.

Desde su regreso de Nueva York, Zenobia siempre mantuvo muy buena relación con la Embajada americana y con el mundo de la diplomacia, así como con el profesorado extranjero que venía a Madrid a trabajar en la Residencia de Estudiantes, en la Residencia de Señoritas, en el Instituto Internacional o en los Cursos de Verano. Por ello, no es extraño que forme parte del Comité para la concesión de Becas en el extranjero a estudiantes españolas, vinculado a la JAE:

> Esta Junta se constituyó durante la gran guerra. María de Maeztu, una de las primeras mujeres españolas que se doctoraron en Filosofía y Letras, fue su creadora. A ella personalmente se habían dirigido las universidades americanas aunque, creo, Susana Huntington, a quien tanto queremos y estimamos, en lo que vale, algunas de las que hoy nos reunimos aquí, debió influir en este asunto. Nuestra presidenta fue Dª. María Goyri, […]; vocales, la Doctora Arroyo de Márquez, oculista, y D. José Castillejo, […]; y la secretaria, para algo me había de servir el inglés, fui yo. Nos ofrecieron becas Wellesley, Vassar y otros *colleges*.
>
> […]
>
> También me visitó para pedirme una beca Victoria Kent que entonces estaba a punto de terminar la carrera de leyes. Esta muchacha a pesar de su apellido no sabía inglés. Quiero insistir en que el inglés en esta época no entraba en la mayoría de los casos en la formación cultural de muchachas y muchachos en los institutos, lo corriente era el estudio del francés.

Aymar y María Teresa León Goyri, Madrid, Ediciones Morata, 2011, pp. 47 y ss.

[30] Magda Donato, "Una gran obra humanitaria" *El Imparcial*, Madrid, 30 abril 1919, p. 3.

> Por más que quise animar a Victoria Kent a que asistiese a estudiar el proceso de los tribunales juveniles del juez Lindsey,[31] fracasé ante la dificultad del idioma.
>
> Esta muchacha con tan pocos ánimos para aprender inglés se había estudiado toda la carrera de leyes sin tener seguridad ninguna de que al terminarla la pudiera ejercer. "Sin embargo", me decía muy animosa, "yo tengo fe completa en mis compañeros. Ellos me ayudarán a conseguirlo". No fue necesaria la ayuda de sus compañeros porque nadie se opuso a sus proyectos. En España ninguna mujer ha encontrado oposición por parte de los hombres para participar en actividad intelectual alguna.
>
> Únicamente los prohombres de la Real Academia Española, algunos de los cuales no sabían escribir correctamente a sus señoras, se opusieron sistemáticamente al ingreso de algunas escritoras, como por ejemplo Dª. Emilia Pardo Bazán que escribía mucho mejor que la mayoría de ellos.[32]

En enero de 1928, Zenobia fue invitada por Virginia Gildersleeve, decana del Barnard College, como profesora visitante, pero Zenobia, sintiéndolo mucho, no aceptó, inmersa en temas distintos: estaba abriendo Arte Popular Español, su madre estaba delicada -de hecho, murió en el mes de agosto-, sin olvidar la falta de interés de Juan Ramón por los viajes. Esta no sería la única oferta de Barnard College; en enero de 1936, la decana en ese momento, Carolina Marcial Dorado, le escribe: "Vamos a ver si esto entra en franca mejoría y puede venir usted o Connie en representación de Arte Popular y del Patronato unos meses. Ahora con la inseguridad política, España no parece interesar al público".[33]

Zenobia, siempre inquieta y emprendedora, decidió iniciar una biblioteca circulante para prisiones y se puso en contacto con Perrie Jones, directora de las Bibliotecas del Estado de Minnesota, solicitando información, y Perrie le envía el "Plan para la dirección de bibliotecas de prisiones". Un año después, Zenobia le escribe:

[31] Ben B. Lindsey, destacado jurista en el sufragio femenino, control de natalidad, educación sexual, caridad, derechos laborales, etc.

[32] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud*, *op. cit.*, pp. 319-320. Todo lo relacionado con el Comité de Becas está recogido por Emilia Cortés Ibáñez, "Cartas de Zenobia Camprubí y María de Maeztu. Inicios del Comité para la Concesión de Becas", en *100 años de la JAE. Centenario de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas*, Actas del II Congreso Internacional de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en su centenario, José Manuel Sánchez Ron y José García-Velasco (eds.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes-Fundación Francisco Giner de los Ríos, 2010, vol. 2, pp. 577-593.

[33] Zenobia Camprubí, *Epistolario II*, *op. cit.*, p. 682.

> […] Cuando le escribí la primera vez, tenía el apoyo de un grupo de mujeres (después hombres y mujeres) que querían instalar una biblioteca circulante de prisiones en el edificio del Ministerio de Justicia. La primera persona a la que consulté fue D. Fernando de los Ríos, entonces Ministro de Justicia -ahora, de Instrucción Pública- quien, con su gran cultura y entusiasmo por todo lo que signifique extender la cultura, enseguida me animó a hablar con la Srta. Kent.[34] Así lo hice y la Srta. Kent nos pidió formar un comité para ser oficialmente nombrado por el Ministro; antes de que tuviésemos nuestro nombramiento oficial, no podíamos hacer nada. Esperamos día a día el nombramiento, a través de toda la administración de Miss Kent, y continuamos todavía esperando. Como soy una persona muy ocupada, soy consciente de que la única vía para poner el plan en funcionamiento era sentarse durante tres horas cada día en la oficina de Miss Kent y todos los días había el mismo problema, me di cuenta de que el plan estaba fuera de cuestión porque yo no tenía tiempo de ocuparme de él.
>
> Finalmente, Miss Kent dimitió de su cargo y en su lugar han puesto a un nuevo oficial [Francisco Delgado Iribarne] para reorganizar todo el sistema. Esperamos poder poner en funcionamiento nuestro plan pero no es el momento oportuno. Una de las cosas más interesantes para nosotros eran las hojas que usted nos mandó, en las que a las reclusas se les pide cooperar en seleccionar libros y se les solicitan sus sugerencias. Le di a Miss Kent una de estas hojas.[35]

Zenobia se embarcó en nuevas empresas. Hubo otra de gran calado al lado de María de Maeztu: el Lyceum Club, cuyo surgimiento ella explica muy bien:

> La primera persona que vino a hablarme de fundar un Club de Mujeres fue Victoria Kent, a quien no había visto desde sus días de estudiante. Me pareció excelente la idea. Creía yo que el resultado más trascendente de su creación debería ser el borrar diferencias de orientación y prejuicios de clase, por medio del común interés intelectual. Pero no me hacía ilusiones. Temía que los prejuicios fueran demasiado arraigados para borrar las diferencias. Con Victoria Kent me mostré escéptica, aun cuando le ofrecí mi concurso para lo que pudiera servir sin más condición

[34] Victoria Kent, diputada de las Cortes Constituyentes por Madrid y directora General de Prisiones (1931-1934).

[35] Zenobia Camprubí, *Epistolario II*, *op. cit.*, pp. 762-763.

> que no ocupar ningún cargo. En contra de mi voluntad, las circunstancias, luego, me obligaron a aceptar la secretaría general. [36]

En la carta de Zenobia a María de Maeztu, fechada en Madrid el 1 de mayo de 1926, se muestra el germen del Lyceum:

> Nos reunimos el lunes a las 5.30 en Fortuny, 53, si no nos echa usted a la calle, para redactar el acta resumiendo los acuerdos de las asambleas anteriores, para enviar los datos necesarios a la Dirección de Seguridad. […]
>
> Lo esencial es que los estatutos estén aprobados y la casa tomada. Escribí al Lyceum en el momento de irse ustedes de la casa, pidiéndoles que tramitaran a la mayor brevedad posible nuestro ingreso en su asociación internacional.[37]

Después de haber recordado el clima de los Roperos, Zenobia continúa:

> Enfocado así el ambiente, comprenderán ustedes lo mal que había de parecer un club de señoras sin padre espiritual y sin entronización de ninguna imagen religiosa en el local.
>
> […]
>
> Pero cuando la furia subió de punto fue cuando la sección social hizo público que fundaba "La Casa del Niño", una guardería modelo, alegre, clara, limpia, para niños de 2 a 5 años a cuyo frente estaba la señora del doctor Bastos y que, aparte de las señoras del Lyceum, sería atendida por enfermeras diplomadas. ¡Tener enfermeras en vez de encargar de los niños a una orden religiosa! Ya fue la bomba final. Nos atacaron en la prensa, y hasta desde el púlpito.[38]

Una de las figuras destacadas en Madrid en los años 20, gran amiga de Zenobia, fue Olga Gunzburg de Bauer, judía rusa. Es de suponer que no se conocieron antes de 1920, es decir antes del matrimonio de Olga con Ignacio Bauer y la llegada a Madrid de esta. Eran dos mujeres de una educación y sensibilidad muy similar cuya amistad se prolongó a lo largo del tiempo. Y esta amistad nos permite conocer otra de las actividades de Zenobia: colaboradora de la Librería Ínsula durante

[36] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud*, *op. cit.*, p. 325.

[37] Zenobia Camprubí, *Epistolario II*, *op. cit.*, p. 671.

[38] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud*, *op. cit.*, p. 327.

su exilio en Washington. Con Olga compartió muchas aficiones: música, literatura, viajes -Marruecos, marzo 1932- y una extensa correspondencia. Seguramente, a través de Olga, conoció a la pianista, también rusa, Ania Dorfmann que dio conciertos en España en los años 30 y con la que Zenobia coincidió años después en Nueva York, cuando Ania trabajaba en la Juilliard School.

Zenobia había empezado a exportar cerámica a EE.UU. en 1912, envíos que, poco a poco, se ampliaron a otros objetos y libros. Además, se asoció con Inés Muñoz,[39] trabajo y sociedad que las llevó a abrir la tienda de Arte Popular Español en 1928:

> [al] arte popular español, se le había dedicado excepcional atención en la Institución Libre de Enseñanza. […] A mí me interesaron especialmente los bordados y lamentando el contraste entre los viejos modelos conservados en los museos o en colecciones particulares y el trabajo ramplón y embastecido de las actuales lagarteranas emprendí una tarea de retorno a las antiguas y perfectísimas labores. En el año [19]12 se asoció a mí la Srta Inés Muñoz, sin la cual mis esfuerzos no hubieran perdurado […].
>
> En este momento organizamos una modesta industria con la idea de crear una escuela de bordado en alguno de los pueblos en donde este arte se cultivaba y de exportarlo al extranjero. Yo me ocupaba de la parte técnica: que consistía en buscar modelos, tejidos, hilos, colores, etc. y ella se ocupaba de distribuir las labores en los Estados Unidos, entre decoradores profesionales. […]. Al fin, mi asociada se instaló en Madrid con el propósito de abrir conmigo una tienda. Ya no nos limitamos a los bordados y deshilados que fueron nuestro primer interés sino que nos extendimos a todas las manifestaciones del arte popular: forja, alfarería, vidriería, filigrana, trajes, juguetes, encaje, tejidos, esteras, etc.
>
> Era dificilísimo luchar contra un gusto pervertido […].[40]

Precisamente, en Arte Popular, Zenobia dio trabajo a Constancia de la Mora cuando se separó de su primer marido, Bolín. También a Olga Bauer cuando la CIAP y la Banca Bauer quebraron. Ignacio Bauer dio clases en un Instituto de Ceuta y Olga trabajó en Arte Popular Español. Zenobia también creó cinco talleres de bordado: Madrid, Calzada de Calatrava (Ciudad Real), Caleruela (Toledo) y dos en Moguer. Este

[39] Años después, Inés Muñoz traducirá *Nada* de Carmen Laforet: Carmen Laforet, *Nada, a Novel…*, translated by Inés Muñoz, London, Weidenfeld, 1958. *Nada*, Premio Nadal, 1944, fue publicada por Destino en 1946.

[40] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud*, *op. cit.*, p. 330.

interés de Zenobia por los bordados entra de lleno en la línea de la ILE. Precisamente, Cossío había organizado una exposición de bordados populares y encajes, en Madrid, en mayo de 1913, en la Casa Lissarraga & Sobrinos, que recogió en *Elogio del arte popular*. Zenobia exportó muchísimas de estas labores a EE.UU., también a Francia, donde Mathilde Pomès fue su agente exclusiva:

> Hoy no le escribo la carta de negocios que le enviaré mañana desde "Arte Popular" porque esa la quiero escribir a máquina y con copia que queda en nuestro registro para poderme referir en cualquier momento a todas nuestras conversaciones. Pienso hacerle un envío esta semana y otro la que viene.[41]

Muchos años después, ya al final de su vida, el 30 de agosto de 1956, Zenobia escribió a su sobrino Paco, explicándole cómo ha dispuesto sus bienes y le dice:

> […] Por si aún queda algo, trato de constituir un premio de bordados de acuerdo con el Instituto de Valencia de D. Juan o del Museo Romántico, que se han acreditado de buen gusto y a cuyos fundadores conocí.[42]

Zenobia fue fiel a sus querencias. Se manifestó de manera clara como mujer de negocios y una de sus actividades en este terreno fue el alquiler de pisos amueblados. No eran de su propiedad, los alquilaba, amueblaba y vestía con ropa de cama y mesa y los volvía a alquilar -en gran parte a extranjeros- por días o temporadas:

> Estoy poniendo un nuevo piso[43] para un matrimonio medio argentino, medio español, muy simpático, que ha tomado un piso muy cerca de casa, en el 21 de esta calle. Debo tenerlo todo concluido del martes en ocho [días] porque comencé el martes pasado y hay muchas cortinas y visillos, para hacerlo todo en quince días. Todas las mañanas las dedico a comprar no sólo para esta casa sino para algunos encargos de casas antiguas. Este año me

[41] Con fecha 15 de junio de 1931 (BN).

[42] Zenobia Camprubí, *Epistolario IV. 1951-1956* [en prensa].

[43] Zenobia decoraba y amueblaba pisos -la mayoría de ellos en el barrio de Salamanca- que después alquilaba a clientes españoles y norteamericanos. Germaine, esposa de Jorge Guillén, escribe a Zenobia el 13 de diciembre de 1932, desde Valladolid, para preguntar si tenía algún piso libre y le dice: "*Vos appartements son si différents des autres!*". Carolina Marcial Dorado, de Barnard College, se dirigió a Zenobia en varias ocasiones para pedirle una casa o un piso, según sus necesidades.

> ayuda una señorita en el asunto de los pisos, haciendo listas e inventarios, porque me era imposible ya atender a tanto. Creo que para el año que viene tendré el asunto arreglado de manera que no tendré que intervenir más que en los contratos y en ocuparme de reposiciones y de instalaciones nuevas, y no tendré que bregar para nada directamente con los inquilinos.[44]

Ya en el exilio, en agosto de 1939, establecidos en Miami y durante una de sus estancias cortas en Litchfield en casa de Hannah Crooke, escribía a Olga: "no me puedo estar quieta, voy a hacer algo por el estilo de lo que hacía en Madrid con los pisos".[45] No lo hizo, pero mostró su disposición y necesidad de actividad después de su aburrida e inactiva etapa cubana.

Amplió su campo de acción y se embarcó en el trabajo de decoradora. Comenzó con la decoración del Parador de Gredos, el primero de la Red de Paradores Nacionales que se inauguró el 8 de octubre de 1928. El encargo de hacerlo le vino del marqués de la Vega Inclán, Comisario de Turismo. Federico de Onís, desde Nueva York, reclamó su ayuda y le pidió que decorase la Casa de las Españas de la Universidad de Columbia; quiso que todo lo que pusiese fuera español. Zenobia e Inés estuvieron enviando muebles, alfombras, cortinas, juegos de té, vasos, etc., y haciendo listados de precios. Federico de Onís quedó muy contento con el trabajo de Zenobia y la nombró representante oficial del Instituto de las Españas para sus "relaciones oficiales y tramitación de asuntos con los diferentes departamentos del gobierno". La inauguración de la Casa tuvo lugar el 21 de febrero de 1933.[46]

De la mano de su buen amigo Juan Guerrero le vino la decoración del Parador de Ifach, en Calpe (Alicante), un hotel, no Parador como el de Gredos. Zenobia cuidó cada detalle:

> La sala, había yo propuesto que fuera isabelina pero la idea del trato que se le da a los muebles en los hoteles y, a última hora, el saber que va una chimenea de madera antigua en la habitación me hace cambiar de opinión. Creo que unas mesas del XVII (que después del hierro fundido es lo más resistente que se pueda emplear) estarían allí muy bien. Y como las butacas inglesas de

[44] Zenobia Camprubí, *Epistolario II*, *op. cit.*, p. 664.

[45] Zenobia Camprubí y Olga Bauer, *op. cit.*, p. 130.

[46] Para todo lo relacionado con la decoración de la Casa de las Españas véase Federico de Onís, Zenobia Camprubí y Juan Guerrero, *Epistolario (1921-1949). La Casa de las Españas. Revista Hispánica Moderna*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Huelva, Editorial Niebla, 2019.

> muelles resultan muy caras hay un tipo de sofá y butaca que ya ha empleado el Turismo y que va muy bien con los muebles del XVII. […]
>
> El dormitorio policromado y barroco, fondo claro, blanco o amarillo o verde. Cortinas muy alegres. Alfombras o esteras claras.
>
> Las mantelerías del comedor de grano de arroz, tosco y de color agarbanzado. La vajilla, de color paja y orla azul fuerte. No afino más hasta saber lo que les parece de todas estas proposiciones. […] Si tiene algún emblema especial bonito que vayan a utilizar en el papel de cartas, etc., podríamos ver si se adaptaba a la vajilla. En vez de fruteros pensábamos emplear fuentes planas redondas. Ya sabe usted que hay unos cuencos muy característicos de la región que podríamos emplear como lavafrutas. La cristalería no podría ser de Mallorca porque resulta cara para esto pero en Mataró hacen unas muy sencillas y baratísimas en azul, del mismo tono de la orla de la vajilla.[47]

El Parador de Ifach se inauguró el 25 de mayo de 1935. De estos tres edificios que decoró Zenobia, solo visitó el de Gredos. A Onís le pidió fotografías, estaba deseando ver cómo había quedado la Casa, su trabajo lo hizo sobre plano. A Ifach tenía pensado ir, "espero no tardaremos mucho en hacer una escapada", pero esa escapada nunca llegó. Esta nueva línea de trabajo, que a Zenobia le encantaba, no tendrá continuidad; ella lo explicaba muy bien: "cuando empezábamos a ver otras posibilidades de aplicación en las casas particulares, en instituciones públicas, etc. de nuestra industria, sobrevino la guerra civil que ha paralizado tantas cosas en España".[48]

La Guerra Civil trastocó todo. Durante los últimos días de su estancia en España, Zenobia se dedicó a los niños y colaboró en las colonias infantiles, en el convento de la travesía de la calle Fúcar, dirigidas por Constancia de la Mora. En agosto, la Junta para Protección de Menores concedió a los Jiménez la tutela de doce niños. Sobre esta Junta, Zenobia dijo: "La tengo junto al corazón porque es una obra de amor y de paz en medio de la guerra y del odio porque, con la Cruz Roja, es la obra más noble, más serena y desinteresada que se realiza actualmente en España".[49] Y terminaba: "Cuando el derrumbe de nuestros fondos particulares y una importante oferta de trabajo nos hizo venir a los Estados Unidos, a

[47] Zenobia Camprubí, *Epistolario I. Cartas a Juan Guerrero Ruiz., 1917-1956*, Graciela Palau de Nemes y Emilia Cortés (eds.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006, p. 24.

[48] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud*, *op. cit.*, p. 331.

[49] *Ibídem*.

través del periódico *La Prensa* de Nueva York, pudimos crear un fondo en este país con el que seguir manteniendo los niños por cuatro años".[50] Su interés y preocupación por la infancia persistieron durante toda su vida. Cuando salió de España, en plena guerra, pensó abrir una guardería en el sur de Francia.[51] La vemos en la guardería de La Habana, también visitando a los niños españoles en el *Méxique*, rumbo a Morelia. Sus amigos José Weissberger -con quien compartió, además, el interés por las antigüedades- e Irene Lewisohn, ambos judíos y a quienes frecuentará en Nueva York, también estaban interesados por la infancia. Durante la Guerra Civil española, Weissberger trabajó estrechamente con la Child Welfare Association, en su base de Nueva York; en 1937, por encargo de esta Asociación y del American Friends Service Committee (cuáqueros) se llevó a EE.UU. unos mil dibujos de niños con el tema de la Guerra Civil, dibujos que fueron expuestos en los almacenes Lord & Taylor´s de Nueva York, en 1938, además de en otras ciudades.[52]

Con parte de estos dibujos, Weissberger publicó *They still draw pictures. A collection of 60 drawings made by Spanish children during the war*, Introduction by Aldous Huxley, New York, The Spanish Child Welfare Association of America for the American Friends Service Committee, 1938. En 1940, después de un viaje a Nueva York, escribió a su amiga Pilar de Zubiaurre:

> En Nueva York estuve en las oficinas de *Foster Parents* y vi que las colonias de niños españoles ya dibujan y pintan labores de campo en vez de aeroplanos de bombardeo. Pero ¿cuánto durará eso? Estos niños carecen de libros españoles. Les voy a mandar algunos tomos, pero son mil trescientos. ¿Crees que les mandarían algunos de México? […]. Que no les manden nada político ni tendencioso. *Foster Parents* es apolítico.[53]

El *Foster Parents Plan* fue creado para ayudar a los niños españoles que se habían visto afectados por la Guerra Civil; se les trasladó a

[50] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud*, *op. cit.*, p. 334.

[51] Zenobia Camprubí, *Diario 1. Cuba (1937-1939)*, Graciela Palau de Nemes (ed.), Madrid, Alianza Editorial-Ediciones Universidad de Puerto Rico, 1991, p. 59; *Epistolario 1*, *op.cit.*, pp. 62, 79-80, 93, 120, etc.; y *Epistolario III*, *op. cit.*, pp. 38 y 45.

[52] Exposición recogida por *Time*, 30-5-1938. Colecciones de estos dibujos hay en la Universidad de San Diego, California, en la Universidad de Columbia, Nueva York, y en la Biblioteca Nacional de Madrid (véase Manuelle Peloille, «Note de lecture sur *Lo que yo he visto de la guerra: los dibujos infantiles de la colección Brauner 1937-1938*», *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine*, 3, 2008).

[53] Zenobia Camprubí, *Epistolario III*, *op. cit.*, p. 235.

campos en Francia donde fueron atendidos -cuidados médicos, comida, vestido, etc.

> [Madrid], julio de 1913
>
> Mr. y Mrs. Byne vienen a vivir a esa pensión -Villanueva 5- en que yo vivo. Julio, 1913. Madrid. Niebla, Moguer, La Rábida… Miss Camprubí…
>
> ¿ ?
>
> Debe usted conocerla al momento.
>
> ¿ ?
>
> Mañana a las nueve en la conferencia del señor Cossío, Fortuny, 8, Hotel. Residencia de Estudiantes.
>
> Al entrar, aun en el doble fondo momentáneo de la biblioteca y el jardín, en los cristales de la mampara, ya la veo.
>
> Morena broncínea y una rayada risa azul verde oro por ojos. Vestida de hilo azul plomo. Sombrerillo infantil de piqué blanco. Un poco escondida, borrosa.
>
> Cuando, riendo como una florecilla, me da la mano fina, el Destino, que yo no había visto antes a mi lado se pone el sombrero y da una vuelta y se va.[54]

A partir de este momento, a los dos les quedó un largo, complicado y doloroso camino hasta llegar a Nueva York el 2 de marzo de 1916. Es innecesario decir que los inicios de Zenobia y Juan Ramón están unidos de manera indisoluble a la figura de Rabindranath Tagore. En 1913, Zenobia tuvo acceso a *The Crescent Moon* gracias al préstamo que le hace del libro Gretchen Todd, alumna de Caroline Bourland en el Smith College y entonces en el Instituto Internacional. Zenobia tradujo algunos poemas. El proceso de traducción de Tagore seguía un camino paralelo al de la amistad y enamoramiento de la pareja; un proceso que *Monumento de amor* ha permitido conocer con todo detalle, lo extremadamente doloroso que resultó para los dos. Varias fueron las personas que vivieron de cerca el proceso, desde las Cossío, madre e hija que querían que se conociesen, pasando por los Byne, los Martínez Sierra, María Martos, Pilar de Zubiaurre, Elisa Ramonet, Marie Lack, Consuelo Jevenois… Muchos de ellos ayudaron, colaboraron en el mismo. Mención aparte merece Isabel Aymar, madre de Zenobia

[54] Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí, *Monumento de amor. Epistolario y lira. Correspondencia 1913-1956*, María Jesús Domínguez Sío (ed.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2017, p. 7.

quien, desde el principio, conocía los sentimientos y la actitud del poeta y no lo quería para su hija. Fue un amor que se gestó con mucho sufrimiento, que dio años de felicidad a la pareja y que, en los últimos años los consumió en un dolor inmenso. Responsable de este gran dolor fue la enfermedad que Juan Ramón arrastró durante toda su vida -su neurastenia- y que fue en aumento a medida que envejecía. Ello fue la clave de todo.

No obstante, la unión entre ambos fue muy productiva en cuanto a su trabajo conjunto. Hay una labor importantísima realizada por Zenobia que, a simple vista, no se aprecia. Desde que se casaron, Zenobia trabajó diariamente en la obra del poeta; se dice que era ´su secretaria´, con un cierto tono de desdoro hacia esta palabra y hacia la figura de Zenobia. Ella era verdaderamente el alma de la pareja y de la obra de Juan Ramón: su tesón y su fuerza mantuvieron al poeta en un estado brillante de producción. Su preocupación constante por Juan Ramón, por las editoriales -que tanto amargaron la vida de Zenobia al final-, por la correspondencia del poeta -llevada por ella porque él ya no se encontraba en situación de hacerlo-, por la concesión del Premio Nobel, por la preparación de la *Tercera Antolojía* -cuando veía que el cuerpo ya no la acompañaba para organizarla como el poeta le indicaba-, por la organización de la Sala de Puerto Rico…

Aunque a lo largo de este trabajo he recogido las palabras de Zenobia, quiero terminar con las que otras personas expresaron sobre ella. Eugenio Florit escribió a Zenobia el 8 de julio de 1956 mientras ella está en Boston viviendo su penúltimo ingreso en el hospital:

> […] me entero de que está usted en el hospital. Quiera Dios Nuestro Señor aliviarla y curarla. Usted sabe -tiene que saberlo- la admiración sin límites que le profeso. Usted, a quien siempre he considerado como una de las mujeres más admirables por su talento, su gracia y su vida heroica. Ese heroísmo suyo, en salud y en enfermedad es el que le ha dado la bellísima sonrisa de un deber cumplido. Qué pocos hombres y mujeres pueden sonreír de ese modo. No quiero seguir molestándola con mis elogios, pero quiero que éstos le lleguen y, si fuese yo tan afortunado, la conforten un poquito. (Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez, Puerto Rico).

Después de esta carta, Zenobia solicitó su ayuda, le pidió que dejase lista la *Tercera Antolojía*, tarea que Florit cumplió. Cuatro meses más tarde Zenobia ya había muerto, y Consuelo Jevenois, su amiga belga de toda la vida, escribió a la puertorriqueña Adriana Ramos Mimoso, amiga de Zenobia en sus últimos años:

> Conocí a Zenobita cuando éramos las dos jovencitas. La vi enamorarse de Juan Ramón locamente y dedicarle su vida, su inteligencia, su magnífica y rara personalidad y así ha sido durante cuarenta años y hasta que la muerte los ha separado.[55]

Bibliografía

Alegre Heitzmann, Alfonso, *Juan Ramón Jiménez, 1956. Crónica de un Premio Nobel*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2008.

Camprubí, Zenobia, *Diario 1. Cuba (1937-1939)*, Graciela Palau de Nemes (ed.), Madrid, Alianza Editorial-Ediciones Universidad de Puerto Rico, 1991.

Camprubí, Zenobia, *Epistolario I. Cartas a Juan Guerrero Ruiz., 1917-1956*, Graciela Palau de Nemes y Emilia Cortés (eds.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006.

Camprubí, Zenobia, *Diario de juventud. Escritos. Traducciones*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Sevilla, Fundación Lara, 2015.

Camprubí, Zenobia, *Epistolario II. 1895-1936*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2020.

Camprubí, Zenobia, *Epistolario III. 1936-1951*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2022.

Camprubí, Zenobia, *Epistolario IV.1951-1956* [en prensa].

Camprubí, Zenobia y Bauer, Olga, *Epistolario 1932-1956*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Huelva, Biblioteca de Estudios Juanramonianos, 2017.

Camprubí, Zenobia y Jiménez, Juan Ramón, *Diario de dos reciencasados*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Huelva, Universidad de Huelva-Fundación Zenobia-Juan Ramón Jiménez, 2012.

Cortés Ibáñez, Emilia, "Cartas de Zenobia Camprubí y María de Maeztu. Inicios del Comité para la Concesión de Becas", en *100 años de la JAE. Centenario de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas*, Actas del II Congreso Internacional de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en su centenario, José Manuel Sánchez Ron y José García-Velasco (eds.), Madrid,

[55] Carta, 14 de noviembre de 1956, de Consuelo Jevenois a Adriana Ramos Mimoso (Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico).

Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Fundación Francisco Giner de los Ríos, 2010, vol.2, pp. 577-593.

Donato, Magda, "Una gran obra humanitaria", *El Imparcial*, Madrid, 30 abril 1919, p. 3.

Jiménez, Juan Ramón y Camprubí Zenobia, *Monumento de amor. Epistolario y lira. Correspondencia 1913-1956*, María Jesús Domínguez Sío (ed.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2017.

Federico de Onís, Zenobia Camprubí y Juan Guerrero, *Epistolario (1921-1949). La Casa de las Españas. Revista Hispánica Moderna*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Huelva, Editorial Niebla, 2019.

Varela, Julia, *Mujeres con voz propia. Carmen Baroja y Nessi, Zenobia Camprubí Aymar y María Teresa León Goyri*, Madrid, Ediciones Morata, 2011.

Un satélite llamado Zenobia

Pepa Merlo
Universidad Internacional de Valencia

> Hubo tiempos en que se confundieron lamentablemente los papeles de esposa y musa, colmando de exigencias a una sola persona, vituperándola si no las satisfacía todas (pues no se había definido aún el papel de compañera que tan natural nos parece ahora).
>
> Ernestina de Champourcin.

Un satélite es un cuerpo celeste que orbita alrededor de un planeta. Generalmente, los astrónomos lo caracterizan como más pequeño y acompaña al planeta en su órbita; pero, a veces, a pesar de su pequeñez, ocurre que el satélite se impone y termina adoptando la consideración de planeta. Así, en los últimos tiempos la Luna y la Tierra ya se definen como un sistema de dos planetas que orbitan juntos, un sistema binario, dotando de cierta independencia al satélite, igualándolo respecto al planeta que acompaña. Desde un punto de vista metafórico, la mujer se situaría en la posición de ese satélite que gira alrededor de una pareja de la que se da por hecho su grandeza y su poder, que brilla con luz propia frente a ese otro cuerpo cuyo reflejo se debe a la luz que roba de un astro ajeno, y cuyo campo de atracción la mantiene a ella en órbita. Un satélite no puede tener razón de ser sin su planeta. No de otro modo se ha definido, por ejemplo, a María Teresa León en relación con Rafael Alberti, a Concha Méndez en relación con Manuel Altolaguirre, o a Zenobia Camprubí en relación con Juan Ramón Jiménez, y es claro que se las ha mencionado por el aval que ellos representaban. Existen porque sus parejas existieron. Cómo, si no, se ha tenido en cuenta, hasta bien entrado el siglo XXI, la obra narrativa de Mª Teresa León o la obra poética de Concha Méndez. En un tiempo de reivindicación y de visibilización de poetas y creadoras, resulta complicado considerar la figura de Zenobia Camprubí más allá de Juan Ramón, sin ni siquiera contar en su haber con una obra creativa, y termina siendo más fácil acogerse a la apreciación machista y paternalista de que "detrás de un gran hombre, siempre hay una gran mujer". ¿Cuántas, a pesar de su obra poética, algunas incluso podríamos decir, ingente obra poética, narrativa, dramática, pictórica o

musical, cayeron en el olvido sin la sujeción de un nombre masculino, sin el campo gravitatorio que él le hubiese propiciado para que su nombre permaneciera a lo largo de la historia?

No han estado en el panorama hasta hace relativamente poco, por ejemplo, figuras como Ángeles Santos, Remedios Varo y ni qué hablar de Delhy Tejero, Marisa Zamora o la propia María Blanchard… A veces, incluso, ni con el beneplácito de una figura masculina ha permanecido el nombre femenino. Prueba de ello es la pintora surrealista Victorina Durán, que realizó los maravillosos figurines para *Los medios seres* de Ramón Gómez de la Serna o para *El hombre deshabitado* de Rafael Alberti y de la que poco o nada se ha escrito. Rosa García Ascot perteneció a aquel grupo de plata musical que resultó ser el "Grupo de los Ocho", pero de ellos suele mencionarse a siete, los hermanos Halffter, Ernesto y Rodolfo, Juan José Mantecón, Fernando Remacho, Julián Bautista, Gustavo Pittaluga o Salvador Bacarisse, dejando huérfano de compositora a aquel grupo.

El concepto par, "igual o parecido a otro", "simétrico a otro órgano igual", y con el que se cimientan términos como "pareja" y "compañeros" no tendría cabida en el vocabulario si, tal y como señalaba Ernestina de Champourcín, el papel de compañera en la pareja se ha equiparado a esposa y musa, dos consideraciones que restan independencia y entidad propia a la parte femenina. La esposa no es la persona casada, es la "persona casada, con relación a su cónyuge", dice el Diccionario de la Lengua Española de la RAE, y no olvidemos que el término en femenino plural en su cuarta acepción define también a la "pareja de manillas unidas entre sí con las que se aprisionan las muñecas de alguien". Sin embargo, no es el planeta el que empequeñece al satélite, es la visión desde fuera, la perspectiva ajena y lejana del sistema binario la que establece tamaños y grados de dependencia. Para Manuel Altolaguirre, la relación con Concha Méndez fue sin duda complementaria y mucho más natural de lo que se esperaría en la sociedad del momento. Concha fue socia financiera, fue directora de la colección junto a él, hasta tal punto que cuando el poeta malagueño decide casarse, anuncia el evento a los amigos con la frase: "*Héroe* se casa"[1], creando un vínculo en el que ambos son la revista y la revista son ellos, dos planetas independientes que orbitan juntos. Es el resto, es la mirada externa y siempre lejana, la que establecerá una relación desigual, una relación de dependencia, de grandeza de uno frente a la pequeñez del otro, comenzando por sus propios amigos. Morla Lynch escribe:

[1] Carlos Morla Lynch, *En España con Federico García Lorca [Páginas de un diario íntimo, 1928-1936]*, Sergio Macías Brevis (prol.), Sevilla, Renacimiento, 2008, p. 120.

> Me trae la gran noticia desconcertante. […] Manolito Altolaguirre […] se casa con Concha Méndez. […] Se ha generado, sin duda, en esa atmósfera de la imprenta y de la revista, en que la buena Concha, con la más sana de las intenciones, se incorporó de "mono azul", de boina y de pantalones. El enlace concertado es consecuencia de esa combinación de literatura, bohemia y hogar. El hecho encierra, quizá, un argumento explicable y lógico, pero hay algo en él que no se puede evitar: la impresión de que Manolito se casa con su tía o su mamá. Es una determinación injustificada y sin objeto.[2]

Las crónicas posteriores convertirán a Concha Méndez en la sombra de Manuel Altolaguirre, por mucho que su trabajo caminara a igual ritmo que el de su compañero. Sombra como editora, sombra como poeta, un satélite pequeñito que gira alrededor de su planeta. Pero las cosas se ven distintas dependiendo del punto de vista por el que se opte y Concha miraba, ya sabemos, del lado más estrecho del cono, del lado preciso por donde la realidad, contrariamente, se agranda:

> Ya instalada en el cuarto -la imprenta- nadie la pudo mover. Era yo quien la manejaba; la manejaba vestida con un mono azul de mecánico; era difícil y cansado. […] Cuando salía a la calle con aquel mono, la gente se quedaba extrañadísima; no recuerdo haber visto en todo Madrid a otra mujer vestida con pantalones. En esa época Altolaguirre trabajaba en una antología de poesía romántica española, en cuya selección yo le ayudé.[3]

Era la *Minerva*. Fundida al corazón de una máquina que se la traga y la hace desaparecer: "Ya no se puede hablar. La imprenta es la que manda y domina".[4] Una máquina minerva puesta en marcha por otra *Minerva*, por la diosa de la sabiduría, de las artes, de la guerra, "la diosa de las mil obras" tal y como Ovidio describió a la hija de Júpiter, encarnada en una mujer de apariencia mucho más apacible de lo que su carácter viajero y luchador demostró ser. A pesar de Manuel Altolaguirre que declaraba su amor por ella a Jorge Guillén: "Tengo imprenta. Mejor que las otras. Me ayudará a imprimir Concha Méndez, a quien quiero muchísimo",[5] Concha tendrá que sobrellevar una sociedad que no

[2] *Ibídem*, p. 249.

[3] Paloma Ulacia, *Concha Méndez. Memorias habladas, memorias armadas*, Madrid, Mondadori, 1990, p. 87.

[4] Carlos Morla Lynch, *En España con Federico, op. cit.*, p. 241.

[5] Manuel Altolaguirre, *Epistolario. 1925-1959*, James Valender (ed.), Madrid, Residen-

entiende su modo de actuar y hasta a los propios amigos de la pareja que la tolerarán por ser eso, por ser la pareja del poeta Altolaguirre, pero no la aceptarán por sí misma. Escribe Julio Neira: "Y, sin embargo, tantos elogios recibió Manuel de sus amigos por su faceta de editor y tipógrafo, como olvido, cuando no menosprecio, recibió Concha."[6]

Menosprecio sin duda hacia la consideración que, aún más si cabe por el hecho de no escribir, se ha tenido también en muchas ocasiones al referirse a la figura de Zenobia Camprubí como ejemplo perfecto de satélite. Tal vez fue esa la preocupación de Isabel Aymar, madre de Zenobia, de que se convirtiera en la sombra del poeta. No podría concebir el hecho de que su hija abandonara sus capacidades creativas para convertirse en esposa atenta. Como bien relata Emilia Cortés, Isabel cree que "el poeta es un perturbado, neurasténico, vanidoso, egoísta, falso, de imaginación desordenada y carácter sumamente débil": "¿Cree usted, María, que después de casada sería posible que mi hijita, que no es robusta, siguiera escribiendo con él y encantándolo, habiendo tenido que ocuparse de cosas que no ha hecho en la vida y que, rendida por trabajos materiales e inquietudes, llegara a todo?".[7] Así Isabel Aymar le plantea sus dudas a su amiga María Serra en enero de 1916.

Tampoco era la filosofía propia de una madre común en los primeros años del siglo XX, aunque ella no era el ejemplo de madre al uso. Sabía de la afición de su hija a la literatura que desde los catorce años publicaba relatos en la revista neoyorquina *St. Nicholas Ilustrated Magazine for Boys and Girls*,[8] revista que terminó galardonándola en 1904 con la insignia de Oro por el trabajo *When Grandmother went to school*. En 1908, se matriculó en el *Teacher's College* de la Universidad de Columbia para cursar estudios de literatura inglesa y composición. Musa de poeta, sí, pero activa en la vida cultural neoyorquina cuando estaba en Nueva York, de la vida cultural madrileña cuando estaba en Madrid, en un

cia de Estudiantes, 2005, p. 242.

[6] Julio Neira, *Manuel Altolaguirre. Impresor y editor*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2008, p. 235.

[7] Emilia Cortés, *Zenobia Camprubí. La llama viva*, Madrid, Alianza Editorial, 2020, pp. 110-111.

[8] Publica en aquellos primeros años en los que se inaugura el siglo XX: El relato corto *A Narrow Escape*, ("Una escapada milagrosa", 1902), *Malgrat* relato biográfico (1902), *The Garret I have Known* ("El desván que he conocido" 1903), *A dog hero* ("El perro héroe",1903), *When Grandmother went to school* ("Cuando mi abuela asistía a la escuela", 1904), *A letter from Palos* ("Una carta desde Palos", 1910), Valencia. *The City of the Dust. Where Sorolla lives and Works* ("Valencia. La ciudad del polvo. Donde vive y trabaja Sorolla", 1910) recogidos en Zenobia Camprubí, *Diario de juventud. Escritos. Traducciones*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Sevilla, Fundación Lara, 2015.

momento fundamental de cambio social, donde avistar un gran futuro era algo más que un sueño utópico, se divisaba un camino luminoso en la participación de la mujer en la vida cultural y política.

En octubre de 1920, junto a María Goyri y María de Maeztu, Zenobia fundó el Comité para la Concesión de Becas a Mujeres Españolas en el Extranjero. Fue secretaria de una Institución tan importante como el Lyceum Club, que, en 1926, creó junto a María Maeztu, María Goyri, María Zambrano, Victorina Durán, Gabriela Mistral, Victoria Ocampo, María Martínez Sierra, Clara Campoamor, Victoria Kent, Concha Méndez, etc. Unas eran profesoras de la Residencia y otras organizadoras, como el caso de Zenobia, que se ocupaba de diferentes actividades y eventos, así como de la importante labor de ser el enlace fundamental del Instituto Internacional, organismo estadounidense que proporcionó las relaciones de intercambio entre estudiantes de ambos países, además de aportaciones económicas clave, por parte del llamado Comité de Boston, cruciales para el mantenimiento de instalaciones y la solvencia de los sueldos. La figura de Zenobia fue primordial, de igual manera, en la creación de la Asociación de mujeres Españolas Universitarias que propiciaría el primer congreso feminista realizado por la *International Federation of University Women* en 1928, del Lyceum Club y otros organismos paralelos como el *National Council for the Unmarried Mother and Child* o la *British Federation*, la Liga de las Naciones sobre Derechos de la Mujer, etc. Traductora, escritora, lingüista, defensora de los derechos humanos… Su primera conferencia la imparte en Puerto Rico y el tema es clave: "La mujer española en la vida de su país". Esposa por decisión propia y, a pesar del deseo materno contrario, y algo más que musa en la consideración de Ernestina de Champourcin:

> A veces he pensado en la influencia de Zenobia en algunas ideas expuestas por el poeta en el tema del trabajo, ya que ella le dio desde el comienzo de sus relaciones un ejemplo continuo de tenacidad y perseverancia en todo lo que emprendía, aunque no buscara la altura poética tangible de Juan Ramón. Aunque fue siempre en su campo un trabajador nato, ¿no consolidó sencillamente ella, con su modo de ser y obrar, esa tendencia, poco materializada en otros escritores de auténtica valía?[9]

No sólo consolidó tenacidad y perseverancia: "¡Pobre Juanito mío! Quisiera coger tu cabeza contra mi corazón y dejarte llorar allí como

[9] Ernestina de Champourcin, *La ardilla y la rosa (Juan Ramón en mi memoria)*, Huelva, Ediciones de la Fundación Juan Ramón Jiménez, 1997, p. 131.

un niñito para desahogarte de todas tus inquietudes y ansiedades."[10] "La americanita" dedicará su vida a calmar las múltiples y variadas ansiedades de "Juanito", sobre todo en aquellos momentos en los que Juan Ramón necesita más apoyo: "Vivo en un estado de gran inquietud. Pidiéndole a Dios angustiosamente que podamos soslayar esta nueva crisis de J.R. El pobre es tan bueno que, en medio de su ansiedad extrema, me pide perdón por las molestias y la inquietud que me causa. [...] Estoy cansadísima física y moralmente".[11] Sin embargo, fundamental fue el hecho de que el encuentro de ambos marcará el rumbo del poeta de Moguer.

En junio de 1913, Juan Ramón le escribió una carta a su hermano Eustaquio en la que le comentaba que *Laberinto* estaba listo y que se ponía a la venta el 25 de ese mes, anunciándole también que *Libros de amor* saldría en septiembre. El primer libro se publicó, para el segundo el poeta se abstuvo de que nadie lo viera. Tal vez, por los comentarios que la propia Zenobia le envió en una carta a Juan Ramón sobre *Laberinto,* libro que el poeta le había regalado la misma tarde en la que fueron presentados en la Residencia de Estudiantes durante una conferencia de Manuel Bartolomé Cossío el 5 de agosto de 1913. En la carta, Zenobia le confesó que lo leyó porque se trataba de un libro escrito por él, pues de otro modo no sólo no hubiera aguantado hasta el final, sino que lo hubiera arrojado a la Castellana por la ventana. Le parecía mentira que hubiese escrito aquello, que le había provocado rabia contra él y que debía procurar que nadie lo leyera en lugar de difundirlo. Algunos han visto el desprecio de Zenobia hacia el libro en el trasunto erótico del poemario, pero resulta un tanto extraño viniendo de una chica con una educación nada convencional y una familia nada usual. En otras ocasiones se ha mencionado que el desprecio de Zenobia no lo provoca tanto el tema erótico en sí, como los celos que le motivaron el poemario, al tratarse de un libro escrito con anterioridad a conocerse.

Sea como fuere, Zenobia siempre mantuvo un malestar hacia esa obra y, probablemente también lo hubiese tenido hacia *Libros de Amor* que Juan Ramón se precipitó a retirar de la imprenta y que no vio la luz hasta entrado ya el siglo XXI (2007). Ricardo Gullón recogió cómo:

> cuando opina de *Laberinto*, dice sin rodeos que no le gusta. Y es curioso comprobar cómo se mantiene fiel a la impresión juvenil,

[10] Mª Jesús Domínguez Sío, *Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez. Monumento de Amor. Epistolario y Lira. Correspondencia (1903-1936),* Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2017, Carta 365, p. 640.

[11] Emilia Cortés, *Zenobia Camprubí. La llama viva*, *op. cit.*, p. 247.

> pues en 1953 o principios del 54 le pedí un ejemplar de esa obra […] y su contestación no pudo ser más tajante y expeditiva -¿y para qué quiere usted un libro tan malo? […] Pasaron semanas, meses, y nunca me dio el ejemplar solicitado. Juan Ramón pensaba -o pensó algún tiempo- como su mujer, pues hallándose en Estados Unidos sacó de la Universidad de Maryland el ejemplar de *Laberinto* conservado en la Biblioteca y jamás lo devolvió, poniéndole en la segunda hoja una nota que dice: "Este libro de mi peor época juvenil es muy malo y no debe leerse. Juan Ramón Jiménez. 1945".[12]

El propio Juan Ramón le escribió a Zenobia en una carta: "Para mí has sido revelación de lo mejor y en mis libros está esta revelación por todas partes. No hay más que leer lo que escribía luego y antes de conocerte".[13] El influjo del satélite parece que pesó lo suficiente como para alterar mareas y ciclos en el planeta o al menos alguna que otra impresión. Fue, sin duda, el viaje a Nueva York, persiguiendo a Zenobia, el que cambiaría su objetivo poético, enterrando todo lo anterior. En el poema LXXXVIII de *Estío*, el poeta escribe: "Con todos los corazones/ ya enterrados/ que me amaron".

Isabel Aymar obliga a su hija a embarcar hacia América con la intención de separarla del poeta de Moguer:

> Lo que he sufrido y sufro no es decible, aunque en todo esto no tengo más que un regret[14] [sic] y un remordimiento. Primero: no haberme venido con mi hija a los E.U., cuando hará dos años me suplicó que la trajera acá. Aparentemente dejé aquel viaje por temor a los submarinos[15] -en realidad porque mi marido se oponía […] Haber permitido que la lástima que me inspiraba un ser que creía y creo perturbado haya sido causa de falta de dureza en mí, que tal vez le hubiera alejado de mi hija, por más que, más clara no pude estar con él, diciéndole lo que era y es verdad -que preferiría ver a mi hija muerta a verla esposa suya […] Conozco a J.R. bien a fondo y también conozco a mi hija. Al primero hasta le tenía cariño. Su neurastenia, su sufrimiento, todo apelaba el instinto materno en mí hasta que su vanidad, su intenso egoísmo

[12] Ricardo Gullón, *Estudios sobre Juan Ramón Jiménez*, Buenos Aires, Losada, 1960, p. 43

[13] Ricardo Gullón en "Estudio Preliminar", en *Monumento de Amor*, *op. cit*, p. 10.

[14] En inglés: "arrepentimiento".

[15] Se refiere a los submarinos alemanes que hundían los trasatlánticos de los aliados. A este respecto cuenta Mª Jesús Domínguez Sío cómo el 24 de marzo de 1916 hundieron el Sussex en el Canal de la Mancha cuando el matrimonio Granados regresaba de Nueva York del estreno de *Goyescas*.

> y sobre todo su falsedad destruyeron mi cariño por él, aunque no mi lástima […] ¿Cree usted […] que después de casada sería posible que mi hijita, que no es robusta, siguiera escribiendo con él y encantándolo, habiendo tenido antes que ocuparse de cosas que no ha hecho en su vida y que rendida por trabajos materiales e inquietudes llegara a todo?[16]

El 2 de marzo de 1916 Zenobia Camprubí se casó con el poeta onubense que llegó hasta Nueva York siguiendo sus pasos con la férrea intención de poder llorar sobre su pecho para siempre las dudas presentes y las inquietudes futuras: "Mi esposa Zenobia es la verdadera ganadora de este premio, su compañía, su ayuda, su inspiración de cuarenta años han hecho posible mi trabajo"[17], escribió en su discurso de recepción del Premio Nobel. Zenobia acababa de morir. Para Juan Ramón aquel viaje supuso su mejor poemario como él mismo confesaría a Ricardo Gullón: "Lo creo mi mejor libro. No se pone viejo".[18]

La duda que planteaba Isabel Aymar sobre la capacidad de su hija de seguir escribiendo después de casada con Juan Ramón tiene una única respuesta contundente: la escritura creativa, esa para la que se había estado preparando, pasaría a un oscuro plano, tan oscuro como inexistente. Juan Ramón encontró en su esposa el motivo principal de sus poemarios. No hay más que echar un vistazo a las dedicatorias que hace a Zenobia en cada libro.: "A mi mujer Zenobia Camprubí Aymar, a quien quiero y debo tanto, estas canciones que le gustan y tantas de las cuales ha anticipado y confirmado ella con su espíritu, su bondad y su alegría", es la dedicatoria de *Canción* que se publicó en la editorial Signo en 1935. "A Zenobia, con mi mejor esencia y existencia", aparece en *Sonetos* (Losada, Buenos Aires, 1949). En *Animal de fondo*: "A Zenobia, cuyo deseo me trajo el viaje de este libro, con mucho agradecimiento" (Riverdale, agosto, 1949). En *Estío* (Losada, 1944): "A ti Zenobia, después de 40 años; la única razón de mi vida, la única luz de mi esperanza". En la edición "La cometa" de *Platero y yo* de 1952: "A Zenobia, en el aniversario de su viaje a Boston; con un abrazo que dure toda nuestra vida". En la edición de Aguilar de 1953: "A mi queridísima Zenobia, este segundo y más vivo de color que el primero; uno la hoja verde y la flor roja el otro. Los dos para

[16] Archivo Juan Ramón Jiménez y en Mª Jesús Domínguez, *Zenobia Camprubí y la Edad de Plata Española*, Emilia Cortés Ibáñez (Coord.), Universidad Internacional de Andalucía, 2010, p. 192.

[17] En "Homenaje a Juan Ramón Jiménez", *La Torre. Revista General de la Universidad de Puerto Rico*, 1957, Año V, nº 19-29, Julio-diciembre, p. 13.

[18] Ricardo Gullón, *Estudios sobre Juan Ramón*, *op. cit*, p. 42.

ti". "A la sombra transparente de Zenobia", "A Zenobia de mi alma", (en *Antolojía Poética*. Biblioteca Nueva, 1957); y en una libreta de apuntes y direcciones, se puede leer: "A Zenobia de mi alma, este último recuerdo de su Juan Ramón, que la adoró como a la mujer más completa del mundo y no pudo hacerla feliz". J.R. sin fuerzas ya. [sin fecha].

Para muchos y para muchas, Zenobia fue el satélite perfecto, la esposa, la cuidadora, la musa, opciones prioritarias que no hacen sino constatar la inferioridad del astro celeste, la dependencia como satélite. Se ha creado un constructo muy determinado y muy difícil de salvar en un momento en el que se reivindica a aquella mujer, su coetánea, la creadora. Zenobia ha sido la esposa cuidadora, la sufridora del poeta raro, pero Zenobia fue también la artífice de llevar el neopopularismo al espacio físico en el trabajo de interiorismo que realizó para los Paradores, fue capaz de convertir en algo tangible lo que los poetas y las poetas de su generación hicieron en el verso. Codo a codo con Juan Ramón realizó las traducciones al castellano de los escritos de Rabindranath Tagore, un trabajo al alimón: "Zenobia traducía del inglés y Juan Ramón corregía el texto y le daba la forma"[19] contaba Ricardo Gullón. Un tándem perfecto en el que Zenobia se movía como pez en el agua, y en el que se sintió segura. Sin embargo, abandonó la prosa con la que había iniciado sus años juveniles y, por lo que se conserva, está claro que nunca se planteó la poesía, más allá de algunos versos sueltos simpáticos que no son sino el fruto de un juego eventual y que se resumen aquí:

Voy deprisa por el mundo
Llena de risa y de amor
A todo el que me lo pide
Risas y besos doy.

Pero si alguien me pidiere
Mi alegre corazón
Ríe que ríe, riendo
Vuelvo la espalda y me voy.

Y es que el corazón alegre
En triste corazón troqué
Cuando labios y ojos
A sonreír comencé.

Zenobia (De muchacha)[20]

[19] *Ibídem*, p. 19.

[20] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud*, *op. cit*, p. 337.

EL CENTINELA MUERTO

Con tu cuerpo, centinela,
estás la puerta guardando.
Cuerpo tendido y sonrisa,
parece que estás soñando.

Cara de niño y sonrisa,
pareces un ánjel[21] blanco.
Por los caminos del sol,
ya no volverás cantando.[22]

CON LOS PIES DESNUDOS

Con los pies desnudos
y el cabello suelto,
oía la música
en mi pensamiento.

Sentía la música
latiéndome dentro
y (latió) también latía
mi corazón muerto.[23]

AQUELLA VOZ

Nos damos las manos con frenesí:
-¡Sí, eres tú! -¡Sí, soy yo, sí!
Y son los jóvenes nuevos, que fueron niños ayer.
¡Oh qué alegría, poder volverlos a ver!

¡Y allá en la sombra de aquel rincón,
sólo el recuerdo de aquella voz![24]

BRINDO POR TI

Brindo por ti, amor
Brindo por mi amor por ti, amor
Brindo por las hazañas que haré, amor
Para mostrar que mi amor es verdadero amor. [25]

*

[21] Escribió "Ánjel" con "j"; quien sabe si una falta de ortografía que Juan Ramón toma en un juego mutuo o si ella imita el modo juanramoniano.

[22] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud*, *op. cit*, pp. 337-338.

[23] *Ibídem*, p. 338.

[24] *Ibídem*.

[25] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud*, *op. cit*, p. 344.

Es el actor no la acción,
lo que cuenta en cada actuación.

Los poetas en este mundo son más raros
que los artistas, aunque los últimos sean más bellos.
No soy un poeta, como ves
sino Zenobita Camprubí.[26]

TENER UN HIJO

Qué cosa hermosa hubiera sido tener un hijo.
Despertar de la siesta con la sorpresa tierna de su [falta]
Tenderse serena a soñar en el placer de su éxito, abrazo
logrado.
Tenderle un puente cuando vacilara al borde del abismo.
Llevar su alma en pos de un alto anhelo
Seguirle con los ojos hasta verle lejos
Espiarle ansiosa espiando su regreso.
Apartar de su lado la acechanza.
Reír, llorar, vivir con él en todo.
Gozar la vida en su más puro gozo
¡No conocer jamás esta desesperanza!
Tener un hijo.[27]

Viajera, como lo fueron todas las mujeres de su época, atravesaría varias veces el Atlántico, Estados Unidos, Cuba, Puerto Rico. Parte de su vida estaba allí, su abuela y su madre procedían de una familia burguesa portorriqueña, la otra aquí. Recorrió Europa, Suiza, país al que volvió en varias ocasiones de la mano de su madre, Isabel Aymar y, por supuesto, España, de soltera, pero sobre todo una vez casada. Única hija entre tres varones, los ejemplos femeninos familiares a seguir nada tenían que ver con los preceptos de aquella España católica. Zenobia decidió por cuenta propia inflar su tamaño para estar a la altura de un planeta, Juan Ramón, al que había librado según él mismo confesaba de pesos, cheques, medidas, cargaremes, réditos, gravámenes, hipotecas, fianzas…, de ese lenguaje de los hombres del que él decía no entender ni una sola palabra; ella se ocupaba de los compromisos sociales del poeta a los que el poeta no acudía y, sobre todo, ella era la hacedora del silencio que imponía en la casa del enfermo del ruido, obsesivo hasta tal punto de realizar todas las mudanzas que fuese necesario si algo le molestaba. De la calle Velázquez, 96, le echó el chirrido de las ruedas del tranvía, de la casa de Conde de Arana, unas cubanas y su pianola,

[26] *Ibídem*, p. 351.

[27] *Ibídem*, p. 360.

de Lista, el sonido del arrastrar de muebles de un vecino, de la calle Padilla, un taller cercano de carpintería, o incluso las bandadas de los gorriones… Era Zenobia la que velaba el silencio. Se ocupaba de mantener a las visitas lejos de Juan Ramón, se ocupaba de que nada empequeñeciera al planeta. Sin embargo, y a pesar de todo, ella llevó una vida activa en la vida cultural del país que ni las rarezas del poeta de Moguer consiguieron detener. En el Lyceum o en la Residencia de Señoritas, lecturas, salidas, viajes, una vida activa en proyectos culturales y sociales junto a las figuras femeninas fundamentales del momento; una vida que en nada se asemeja a la que se supone la vida de la mujer subyugada al marido.

El problema principal reside en intentar ver a Zenobia como una poeta frustrada por la sombra de Juan Ramón y ni siquiera plantearse que quizás ella se enriquecía con la vida política y social e incluso poética, pero no como poeta.

No soy un poeta, como ves
sino Zenobita Camprubí[28]

Si Juan Ramón se convirtió en el prócer de las poetas más variadas de la época, si era raro el artículo en prensa sobre un nuevo poemario escrito por una mujer que no refiriese en algún momento "con marcada influencia juanramoniana", "de tintes juanramonianos", "siguiendo la estela del maestro Juan Ramón", etc; si son múltiples los poemarios que llevaban un prólogo o un poema prólogo firmado por Juan Ramón: Marina Romero, Carmen Conde, Alfonsa de la Torre, Dolores Catarineu, Pilar de Valderrama o la propia Ernestina de Champourcin que declaraba "buscaba un camino dentro de mí, para mí, y lo hallé en él". El etcétera de apoyo y ayuda de Juan Ramón a las poetas del momento es incontable, por lo que con más motivo hubiese sido apoyo de Zenobia y de sus versos de haberlo querido ella así.

Con su voz delicada y ligeramente nasal, con ese punto metálico que arrastran al hablar quienes son capaces de cambiar de registro y de posición el aire en el sistema fonador, quienes traen con la naturalidad de la infancia el bilingüismo en su mochila, "Zenobia era la envoltura de una personalidad única y fascinante"[29] que llegó a formar junto a Juan Ramón un sistema binario, gravitando a la par, en la misma órbita a pesar de ser él un depresivo melancólico y a pesar de no ser ella poeta.

[28] *Ibídem*, p. 351.

[29] Ernestina de Champourcin, *La ardilla y la rosa, op. cit.*, p. 136.

Bibliografía

Altolaguirre, Manuel, *Epistolario.1925-1959*, James Valender (ed.), Madrid, Residencia de Estudiantes, 2005.

Camprubí, Zenobia, *Diario de juventud. Escritos. Traducciones*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Sevilla, Fundación Lara, 2015.

Cortés, Emilia, "Zenobia y Juan Ramón escriben su diario de dos recién casados", en *Diario de un poeta recién casado. Nuevas lecturas*, Soledad González Rodenas (ed), Huelva, Biblioteca de Estudios Juanramonianos, Universidad de Huelva, 2022.

Cortés, Emilia, *Zenobia Camprubí. La llama viva*, Madrid, Alianza Editorial, 2020.

Cortés, Emilia, *Zenobia Camprubí. Epistolario II (1895-1936)*, Madrid, Fundación Caja Sol/ Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2020.

De Champourcin, Ernestina, *La ardilla y la rosa (Juan Ramón en mi memoria)*, Huelva, Ediciones de la Fundación Juan Ramón Jiménez, 1997.

Dominguez Sío, Mª Jesús, *Zenobia Camprubí y la Edad de Plata Española,* Emilia Cortés Ibáñez (Coord.), Universidad Internacional de Andalucía, 2010.

Domínguez, Sío, Mª Jesús, "La cumplida muerte de Juan Ramón: norma Krausista", *Cuadernos de Zenobia y Juan Ramón*, nº 7, Madrid (otoño 1992), pp. 27-65.

Domínguez, Sío, Mª Jesús, *Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez. Monumento de Amor. Epistolario y Lira. Correspondencia (1903-1936),* Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2017.

Gullón, Ricardo, *Estudios sobre Juan Ramón Jiménez*, Buenos Aires, Losada, 1960.

Gullón, Ricardo, *Monumento de Amor. (Cartas de Zenobia Camprubí a Juan Ramón Jiménez),* Ediciones de la Torre. Publicaciones de la Universidad de Puerto Rico, Serie A, nº 2, Sala Zenobia/Juan Ramón Jiménez, 1959.

Merlo, Pepa, *Con un traje de luna. Diálogo de voces femeninas de la primera mitad del siglo XX*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, Col. Vandalia, 2022.

Merlo, Pepa, *Peces en la tierra. Antología de mujeres poetas en torno a la Generación del ´27*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, Col. Vandalia, 2010.

Morla Lynch, Carlos, *En España con Federico García Lorca [Páginas de un diario íntimo, 1928-1936]*, Sergio Macías Brevis (prol.), Sevilla, Renacimiento, 2008.

Neira, Julio, *Manuel Altolaguirre. Impresor y editor,* Madrid, Residencia de Estudiantes, 2008.

Palau de Nemes, Graciela, "La guerra civil en el <<Diario>> de una exiliada: Zenobia Camprubí de Jiménez", en *Actas X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Barcelona, 21-26 de agosto 1989, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1992, pp. 141-148.

Ulacia Altolaguirre, Paloma, *Concha Méndez. Memorias habladas, memorias armadas*, Madrid, Mondadori, 1990.

Villar, Arturo del, "Diario de Zenobia Camprubí recién casada", *Nueva Estafeta* 1 (diciembre 1978), pp. 45-54.

Villar, Arturo del, *Zenobia. Vivir con Juan Ramón,* Madrid, Los libros de Fausto, 1986.

El horizonte madrileño de Zenobia Camprubí: filantropía, cultura y feminismo

Isabel Pérez-Villanueva Tovar
Universidad Nacional de Educación a Distancia

Fue la suya una decisión hermosísima:
vivir al lado del fuego y ser la sombra.
María Teresa León, *Memoria de la melancolía*

Zenobia Camprubí resultaba una figura singular en la España de su tiempo. Ella misma se había sentido así en La Rábida, donde se había instalado con su familia siguiendo el destino del padre, ingeniero de Caminos, después de una larga estancia en los Estados Unidos: "Aquí la gente piensa que soy una extravagante a la que le encanta que se le perdone todo por su originalidad", escribe a su amiga Mary de Lagercrantz el 22 de mayo de 1909.[1] Otro tanto sucedió en Madrid.

De Norteamérica a Madrid

De padre español y madre puertorriqueña, la ascendencia materna de Zenobia Camprubí Aymar, comentada por ella misma en un escrito de juventud, parece casi novelesca por la diversidad y la originalidad del conjunto: "Soy americana —escribe—. Mi madre lo fue antes que yo y, como fui educada en casa, se me educó en una tradición americana de siete generaciones que databa de los colonos hugonotes franceses y holandeses establecidos en Nueva York. Por supuesto —añade— tuve tradición española pero muy bien mezclada con la moralidad intransigente de mis ancestros neoyorquinos. Cuando voy a un museo colonial, raramente salgo sin contemplar las zapatillas de una tía abuela o la miniatura de un tío abuelo o la silla de algunos antepasados. Tengo la agradable sensación de pertenecer al paisaje".[2] Los neoyorquinos Ay-

[1] Zenobia Camprubí, *Epistolario II, 1895-1936*. Edición de Emilia Cortés Ibáñez, Madrid, Fundación Cajasol y Residencia de Estudiantes, 2020, "Tarjeta postal a Mary de Lagercrantz", 22 mayo 1909, p. 153.

[2] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud. Escritos. Traducciones*. Introducción, selección, edición, traducción y transcripciones de Emilia Cortés Ibáñez, Sevilla, Fundación

mar entroncaron en Puerto Rico con una familia isleña franco-italiana de origen corso,[3] y allí se conocieron el ingeniero español Raimundo Camprubí e Isabel Aymar, los padres de Zenobia.

En esa peculiaridad insiste Juan Ramón Jiménez. Zenobia era para él —en palabras de Juan Guerrero Ruiz— "agradable, fina, alegre, de una inteligencia natural, clara", y con "esa gracia especial que se adquiere con los viajes, con la gran educación social del país norteamericano donde está educada; que sabe varios idiomas, ha viajado, ha visto muchísimo, ha leído también mucho, y con todo es muy joven". Era, añade, "una muchacha educada a la manera norteamericana".[4] De su correspondencia se desprende que tenía un criterio personal carente en gran medida de ideas preconcebidas y opinaba de todo con naturalidad. Para muchos, era "la Americanita". Los hermanos Camprubí Aymar hablaban en inglés entre ellos y con su madre, y en su casa se tomaba roast beef y pudding y se cenaba a las 6 de la tarde. La propia Zenobia se expresaba de forma diferente, "retardando la frase en español porque la pensaba primero en inglés", y tenía actitudes y gestos que la distinguían: "caminaba distinto, como con airosa prisa; se movía distinto, con seguridad de movimiento".[5]

Hay muchos testimonios de sus sentimientos en las cartas de ese periodo: "Cómo *añoro* América", le dice a Helen Rotch en enero de 1911. "Voy a ser una americana siempre", le asegura en abril.[6] Pero también queda constancia de sus esfuerzos por adaptarse a los hábitos españoles, especialmente cuando comprendió que no tenía más remedio porque su familia no volvería a vivir en Estados Unidos: "cumpliendo las costumbres", para asistir a misa por la mañana temprano, recurría, en vez de al sombrero, a la mantilla, "que me hace sentir —dice— como si hubiese olvidado algo o más bien como si hubiese dejado una parte de mi atuendo".[7]

José Manuel Lara, 2015, "Relatos inéditos": "I'Am an American", p. 165. Puede verse también Graciela Palau de Nemes, *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez. La poesía desnuda*, Madrid, Gredos, 2ª ed. completamente renovada, 1974, pp. 511-512, y Emilia Cortés Ibáñez, *Zenobia Camprubí. La llama viva*, Madrid, Alianza, 2020, pp. 19-28.

[3] Véase Emilia Cortés Ibáñez, *Zenobia Camprubí. La llama viva*, *op. cit.*, pp. 17-28.

[4] Juan Guerrero Ruiz, *Juan Ramón de viva voz*, Madrid, Ínsula, 1961, pp. 36-37.

[5] Graciela Palau de Nemes, *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez. La poesía desnuda*, *op. cit.*, pp. 501-502.

[6] Zenobia Camprubí, *Epistolario II, 1895-1936*, *op. cit.*, "Carta a Helen Rotch", 6 enero 1911, p. 193, "Carta a Helen Rotch", 2 abril 1911, p. 203.

[7] "Carta a Henry Lee Shattuck", 1 mayo 1911, *ibídem*, p. 205.

Porque, de hecho, a Zenobia le sorprendían, y en muchas ocasiones le desagradaban, las costumbres españolas, y muy especialmente las que constreñían a las mujeres: por ejemplo, "el tener que andar con dama de compañía", frente a la libertad de ir y venir solas que tenían las mujeres, incluidas las de su clase, en los Estados Unidos.[8] No comprendía que las jóvenes madrileñas de los sectores más acomodados, como ella misma, tomasen tan poco el aire y no hicieran deporte: por el paseo de la Castellana —observa— sólo andan después de ponerse el sol y "el único ejercicio que hacen es caminar lentamente con sus mayores, así que es muy difícil que incluso el más leve tono rosado se deslice por sus caras". Y se asombraba de que, incluso cuando estaban a punto de casarse, caminasen "al lado de sus novios hablando entusiasmadas con la madre, la hermana y otra media docena de señoras que van detrás observando todo con cuidado", sin tener con ellos mayor comunicación.[9]

Sociable y atractiva, viva y cordial, Zenobia no tardó en integrarse en ciertos núcleos muy activos de la sociedad madrileña. Entró pronto a formar parte de la que llegó a ser la red femenina más densa del primer tercio del siglo XX en Madrid, una red con múltiples ramificaciones, en muchas de las cuales participó. Se dieron sin duda esas "afinidades profundas" de las que habla José Moreno Villa[10] entre la joven, tras instalarse en Madrid con su familia en la primavera de 1910, siguiendo nuevamente el destino de su padre, y algunas instituciones del entorno.

Por su caracterización cosmopolita, por su bagaje cultural —dual, pero de marcada impronta norteamericana—, era natural que Zenobia Camprubí se acercara a las instituciones educativas y culturales más internacionales que había a comienzos de siglo en Madrid. Le resultaría muy familiar, desde luego, el Instituto Internacional para Señoritas en España, fundado y sostenido por un conjunto de universidades femeninas de la costa este de los Estados Unidos. Y le agradaría sin duda la Residencia de Estudiantes, con el carácter británico del grupo masculino, conformado en 1910, y el tono norteamericano del femenino —la Residencia de Señoritas—, inaugurado en 1915. Tampoco le resultaría ajena la apertura al exterior de la Institución Libre de Enseñanza, inspiradora directa, a través de la Junta para Ampliación de Estudios e

[8] Graciela Palau de Nemes, *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez. La poesía desnuda*, *op. cit.*, pp. 524-525.

[9] Zenobia Camprubí, *Epistolario II, 1895-1936*, *op. cit.*, "Carta a Helen Rotch", 10 noviembre 1910, p. 183.

[10] José Moreno Villa, *Vida en claro. Autobiografía*, México-Madrid-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1976, p. 73.

Investigaciones Científicas, de algunas instituciones, incluido el conjunto residencial, con el fin de transformar la educación, la ciencia y la cultura en España, en el marco de la instrucción pública, con un planteamiento reformista y liberal.[11] Por lo demás, ninguna de las sedes de estas instituciones estaba lejos del número 8 del paseo de la Castellana, domicilio de los Camprubí.

Zenobia Camprubí mostró, desde el principio, claras afinidades con los planteamientos educativos de la Institución Libre de Enseñanza y las iniciativas relacionadas con su ideario. No parece probable que conociese entonces el pensamiento de Giner de los Ríos y sus colaboradores de la Institución, pero es posible que estuviese familiarizada con los puntos de vista de la pedagogía moderna, sobre todo los de Pestalozzi y Fröbel, que tuvieron una gran influencia tanto en el ámbito institucionista como en los Estados Unidos. Criticó con severidad la enseñanza convencional que se impartía en Palos —"Los libros son *muy* malos y todo el sistema de educación es ridículo"—, y a finales de 1909, puso en marcha en La Rábida "una escuela rural coeducacional para niños pobres", organizada "al aire libre", en la que se ocupaba de los alumnos en pequeños grupos. "Para decir la verdad —escribe—, no hay mucha disciplina en la clase, pero aprenden rápidamente a leer, escribir y las cuatro reglas, y todo de manera extremadamente alegre. No hay disgustos o castigos y hay superabundancia de alegría". Con un niño que tenía "una fea disposición" y era, sin embargo, "el más inteligente de todos", aplicó un procedimiento indudablemente moderno, "una *entrevista privada*", que resultó muy efectiva: "desde el día siguiente ese niño ha estado consiguiendo premios y adelantando a todos en el trabajo".[12]

Zenobia entabló una estrecha relación con Susan Huntington, entonces directora del International Institute for Girls in Spain. De su mano, entró en la Institución Libre de Enseñanza, con la que estaba relacionado el Instituto desde su llegada a Madrid. Allí conoció a algunos de sus más destacados representantes, como Manuel Bartolomé Cossío y su mujer, Carmen López-Cortón. Cossío le dio su opinión sobre unas pinturas que le interesaban, y le enseñó cómo distinguir las originales

[11] Véase Isabel Pérez-Villanueva Tovar, *La Residencia de Estudiantes, 1910-1936. Grupo universitario y Residencia de Señoritas*, Madrid, Acción Cultural Española, Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Residencia de Estudiantes, 2011, pp. 21-133.

[12] Zenobia Camprubí, *Epistolario II, 1895-1936*, *op. cit.*, "Carta a Mary Lagercrantz", 21 noviembre 1909, p. 163; "Carta a Henry Lee Shattuck", 28 diciembre 1909, p. 170; "Carta a Helen Rotch", 5 diciembre 1910, p. 184.

de las copias, con lo que se ganó —escribe Palau de Nemes— la "estimación" de la joven.[13]

La Residencia de Estudiantes y Juan Ramón Jiménez

Fue en la Residencia de Estudiantes, fundada en 1910 en un pequeño chalet de la calle de Fortuny, al lado del lnstituto Internacional, donde se conocieron Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez. El encuentro se produjo con ocasión de una conferencia, titulada "Geografía de España y su relación con la literatura", que dio Cossío en el segundo Curso de Vacaciones para Extranjeros, organizado, entre el 25 de junio y el 5 de agosto de 1913, por el Centro de Estudios Históricos, dependiente, como la Residencia, de la Junta para Ampliación de Estudios.[14] Arthur Byne, arquitecto, dibujante y fotógrafo, y su mujer, la historiadora del arte Mildred Stapley, hispanistas y marchantes de arte para algunos compatriotas millonarios, indujeron a Zenobia, de la que eran amigos, a matricularse en el curso. Juan Ramón Jiménez había tenido noticia por primera vez de Zenobia al oírla en casa de sus vecinos, el matrimonio Byne, a los que visitó varias veces.[15]

Zenobia se acercó más a la Residencia por su relación con Juan Ramón Jiménez. Éste se instaló en el hotel de Fortuny 14 en el otoño de 1913, en la habitación que había sido biblioteca en el primer periodo residencial, pasando dos años después, al trasladarse el grupo residencial a los Altos del Hipódromo, a ocupar un cuarto en el segundo pabellón de la calle del Pinar. Allí permaneció hasta enero de 1916, cuando viajó a Estados Unidos para casarse con Zenobia.[16] A su regreso a Madrid, en julio, tras una breve estancia en el Hotel de Roma y antes de mudarse a un piso del número 16 de la calle del Conde de Aranda, el matrimonio utilizó durante quince días "el cuartito de Juan Ramón en la Residencia, que le pareció a Zenobia un dormitorio de muñecas".[17] Por lo de-

[13] Graciela Palau de Nemes, *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez. La poesía desnuda*, *op. cit.*, pp. 520-521.

[14] Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, *Memoria correspondiente a los años 1912 y 1913*, Madrid, 1914, p. 308.

[15] Graciela Palau de Nemes, *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez. La poesía desnuda*, *op. cit.*, pp. 501 y 508-509.

[16] Isabel Pérez-Villanueva Tovar, *La Residencia de Estudiantes, 1910-1936. Grupo universitario y Residencia de Señoritas*, *op. cit.*, p. 351.

[17] Graciela Palau de Nemes, *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez. La poesía desnuda*, *op. cit.*, pp. 613-614. Isabel Pérez-Villanueva Tovar, *La Residencia de Estudiantes, 1910-1936. Grupo universitario y Residencia de Señoritas*, *op. cit.*, p. 351.

más, allí, en la Residencia de Estudiantes, cuando apenas se conocía en España a Tagore, del que Zenobia tradujo varios escritos, algunos con Juan Ramón, consiguieron un ejemplar de *Gitanjali*. Y Gretchen Todd, alumna de Caroline Bourland en el Instituto Internacional, les procuró otro de *The Crescent Moon*.[18]

Zenobia acudió con mucha frecuencia a las conferencias y a los actos culturales que se celebraban en la Residencia de Estudiantes, incluso después de su traslado a la calle del Pinar, en los Altos del Hipódromo. Junto a Juan Ramón Jiménez, se encuentra, desde su creación en 1924, entre los miembros de la Sociedad de Cursos y Conferencias, entidad colaboradora de la Residencia para la organización en su sede de actividades culturales abiertas al público.[19] Junto a profesores e intelectuales, artistas, apellidos significados de la aristocracia y hombres de negocios, había una inusual presencia femenina en esta Sociedad, con amigas tan cercanas a Zenobia como Olga Bauer.

Otro tanto ocurrió en el caso de la Residencia de Señoritas, abierta en el otoño de 1915 bajo la dirección de María de Maeztu Whitney, en el núcleo de Fortuny que albergaba con anterioridad a la sección masculina. Zenobia tuvo también allí una relación formal, porque fue secretaria del Comité para la concesión de becas a mujeres españolas en el extranjero, a raíz del ofrecimiento de diversos centros femeninos norteamericanos de educación superior de financiar la estancia en los Estados Unidos de algunas estudiantes españolas. El Comité se constituyó a mediados de 1920 bajo la presidencia de María Goyri, doctora en Filosofía y Letras, filóloga, investigadora —muchas veces lo hizo junto a su marido, Ramón Menéndez Pidal— y profesora del Instituto-Escuela, centro de enseñanza secundaria creado, como la Residencia, por la Junta para Ampliación de Estudios. Actuaron como vocales María de Maeztu y la oftalmóloga Trinidad Arroyo. Formó asimismo parte del Comité José Castillejo Duarte, catedrático de Derecho Romano y secretario de la Junta para Ampliación de Estudios.

Los problemas a los que tuvo que enfrentarse la Comisión fueron muchos, empezando por la dificultad de encontrar jóvenes españolas que supiesen inglés y estuvieran dispuestas a emprender un viaje que

[18] Graciela Palau de Nemes, *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez. La poesía desnuda*, *op. cit.*, p. 542. Juan Ramón Jiménez tuvo alguna relación con Todd, a la que escribió una carta y regaló unos "grillos enjaulados" (véase Pilar Piñón Varela, *Go West Young Woman! Redes transatlánticas e internacionalismo cultural. Las mujeres como protagonistas del intercambio académico entre España y los Estados Unidos (1919-1939)*, Tesis doctoral, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2015, pp. 183 y 287).

[19] "Sociedad de Cursos y Conferencias", *Residencia*, I, 1, enero-abril 1926, p. 67.

se consideraba entonces una auténtica aventura.[20] El diario de una de estas becarias, Carmen Castilla, durante su estancia en Smith College en el curso 1921-1922, permite apreciar el valor de lo que fue una singular experiencia colectiva, la de un pequeño grupo de jóvenes que contribuyeron a abrir un nuevo camino —el de los Estados Unidos— para las mujeres españolas.[21]

El arte popular y las antigüedades

La inclinación hacia la artesanía española, que valoró desde el primer momento, fue temprana en Zenobia. A finales de 1911, envía ya a Helen Rotch, en los Estados Unidos, una fotografía suya calzada, en Andalucía, con las alpargatas del tipo de las que "todos los campesinos llevan".[22] Pero su interés por el arte popular y las antigüedades no puede considerarse ajeno a la Institución Libre de Enseñanza. A partir de un estudio pionero de Juan Facundo Riaño —*The Industrial Arts in Spain*[23]—, publicado en Londres en 1890, fue la Institución la que difundió en España el gusto por las antigüedades al modo británico, y fue también la Institución, y singularmente Manuel Bartolomé Cossío, quien valoró el arte popular, "arte de humildes, arte de refinados", según su definición.[24] De hecho, Zenobia realizó una primera incursión como anticuaria con Carmen López-Cortón: ambas —recuerda Palau de Nemes— vendieron con gran éxito a los norteamericanos "bordados, encajes y cosas antiguas".[25]

[20] Pilar Piñón Varela, *Go West Young Woman! Redes transatlánticas e internacionalismo cultural. Las mujeres como protagonistas del intercambio académico entre España y los Estados Unidos (1919-1939)*, *op. cit.*, pp. 183 y 287. Véase también Zenobia Camprubí, *Diario de juventud. Escritos. Traducciones*, *op. cit.*, "Conferencias dadas por Zenobia": "La mujer española en la vida de su país": "Junta de Becas para Mujeres Españolas en los Estados Unidos", pp. 319-320.

[21] Carmen Castilla, *Diario de viaje a Estados Unidos. Un año en Smith College (1921-1922)*. Introducción, edición crítica y notas de Santiago López-Ríos Moreno, Valencia, Universitat de València (Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans), 2012.

[22] Zenobia Camprubí, *Epistolario II, 1895-1936*, *op. cit.*, "Carta a Helen Rotch", 5 diciembre 1910, p. 185.

[23] Juan Facundo Riaño, *The Industrial Arts in Spain*, Londres, Chapman and Hall, 1890.

[24] Manuel B. Cossío, "Elogio del arte popular" [1913], en *De su jornada (Fragmentos)*, Madrid, s.e., 1929, p. 329.

[25] Graciela Palau de Nemes, *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez. La poesía desnuda*, *op. cit.*, p. 521.

Zenobia reconoció el papel de la Institución Libre de Enseñanza en la valoración de la artesanía en España,[26] en ocasiones de forma directa, como en la exposición de bordados que organizó Carmen López-Cortón en mayo de 1913, y a veces mediante su influencia, como en el caso del trabajo de las hermanas Alfaya sobre los bordados segovianos. Las labores de aguja artesanas fue un asunto que suscitó interés también entre hispanistas norteamericanos como Mildred Stapley, cuyo libro *Tejidos y bordados populares españoles* apareció en 1924.[27]

Tenía Zenobia un espíritu emprendedor, comercial, y además necesitó dinero en muchas temporadas de su vida. En 1912, su interés por el arte popular español, del que ya había dado muestras, adquirió mayor consistencia y, sobre todo, proyección exterior, pensando especialmente en la exportación a los Estados Unidos, al asociarse con Inés Muñoz. Juntas, a comienzos de 1928, abrieron una tienda, Arte Popular Español, en el número 10 de la calle de Santa Catalina, trasladada, cinco años después, al número 3 de la calle Floridablanca, una zona muy próxima a los dos hoteles, Ritz y Palace, donde podían alojarse sus potenciales clientes. Zenobia se ocupó de "la parte técnica" —buscar modelos, tejidos, hilos, colores—, y su socia, de distribuir las labores en los Estados Unidos. Pusieron en marcha para ello "una modesta industria", promoviendo talleres en zonas elegidas —dos en Moguer, tres en Madrid, Calzada de Calatrava (Ciudad Real) y Caleruela (Toledo)—, con el fin de recuperar la técnica tradicional, lejos de las labores bastardeadas y bastas que se solían hacer entonces, muy en la línea de lo que querían hacer la Institución Libre de Enseñanza y sus seguidores. La tienda se extendió a la forja, cerámica e incluso a muebles y tejidos. La presentación de la tienda se realizó con tarjetas redactadas en inglés: Jiménez & Muñoz / Shop of Modern Peasant Work / Drawnwork & Embroidered Linens / Furniture / Glass - Pottery - Brass / Ironwork / Leather - Baskets / Textiles / Etc.[28]

La tienda dio trabajo, en momentos de apuro económico, a dos amigas de Zenobia, Constancia de la Mora y Olga Bauer. Las dificultades

[26] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud. Escritos. Traducciones*, *op. cit.*, "Conferencias dadas por Zenobia": "La mujer española en la vida de su país": "Arte Popular Español", p. 330.

[27] Véase Isabel Pérez-Villanueva Tovar, "Educación y cultura en Segovia más allá de las aulas (1896-1936)", en José Luis Mora y Miriam Sonlleva (coords.), *Educación, cultura y sociedad. Génesis y desarrollo de un proyecto reformista*, Segovia, Real Academia de Historia y Arte de San Quirce, 2020, pp. 51-55.

[28] Pueden verse en la Casa Museo Zenobia Juan Ramón Jiménez (Moguer).

económicas acecharon con frecuencia su continuidad.[29] La tienda fue la base de algunos trabajos de decoración que le fueron encargados a Zenobia, como el hotel de Ifach, inaugurado en mayo de 1935.[30] En 1933, se le pidió, tras unas obras de reforma interior realizadas ese verano, que se ocupara de amueblar la Casa de las Españas, sede del Instituto de las Españas en Nueva York, junto a la Universidad de Columbia, centro impulsado a partir de 1920 por la Junta para Ampliación de Estudios para la difusión en Estados Unidos de la cultura hispánica, que dirigió Federico de Onís, filólogo de la escuela de Menéndez Pidal. Zenobia utilizó muebles, lámparas, alfombras, cortinas y demás objetos "del más puro estilo español, adquiridos en España".[31]

Dando muestras una vez más del carácter pionero de sus iniciativas, de la modernidad de sus empresas, Zenobia se ocupó también de acondicionar y amueblar pisos para alquilar a extranjeros de paso por Madrid. A comienzos de julio de 1931, habló a Mathilde Pomès del trabajo que le daban los pisos: "el 1º de julio se me van siempre buena parte de los de invierno, y tengo que poner la cosas en condiciones de recibir las nuevas hordas".[32]

Los Roperos

Nada más llegar a Madrid, en los años diez, comenzó a colaborar, como católica practicante que era, con diversas organizaciones caritativas de carácter femenino vinculadas a la iglesia católica. Los "roperos", que seguían el modelo de los Círculos de Costura (Sewing Circles) norteamericanos y británicos, eran talleres formados por mujeres para confeccionar ropa que se distribuía a los pobres. Zenobia describe con viveza uno de esos talleres de costura, celebrado en una casa particular —la de la presidenta del ropero—, al que asistieron, el día al que se refiere, unas cuarenta mujeres. Antes de comenzar, un sa-

[29] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud. Escritos. Traducciones*, *op. cit.*, "Conferencias dadas por Zenobia": "La mujer española en la vida de su país": "Arte Popular Español", pp. 330-331. Véase también Emilia Cortés Ibáñez, *Zenobia Camprubí. La llama viva*, *op. cit.*, pp. 141-145, y diversas cartas de Zenobia Camprubí, *Epistolario II, 1895-1936*, *op. cit.*, a partir de la p. 689.

[30] Emilia Cortés Ibáñez, *Zenobia Camprubí. La llama viva*, *op. cit.*, p. 159.

[31] Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, *Memoria correspondiente a los años 1920 y 1921*, Madrid, 1922, pp. 101-103, *Memoria correspondiente a los cursos 1933 y 1934*, Madrid, 1935, p. 199.

[32] Zenobia Camprubí, *Epistolario II, 1895-1936*, *op. cit.*, "Carta a Mathilde Pomès", 8 julio 1931, pp. 731-732.

cerdote, el "padre espiritual", les dirigía unas palabras encaminadas a hacerles pensar en "la caridad, la perseverancia y el desarrollo de la obra". Después, y ya solas, se repartían el trabajo, separando unas prendas para confeccionarlas en casa y otras, las más sencillas, para coserlas allí mismo. Y entre estas últimas, las sábanas formadas por dos tiras de lienzo que había que unir entre dos asociadas, tarea nada fácil, recuerda Zenobia, para que una no quedara más tirante que la otra. La velada terminaba con "una suculenta merienda", ya que este tipo de reuniones eran también, desde luego, actos de carácter social, y constituían una forma habitual de relacionarse las mujeres de los sectores más acomodados.[33]

Zenobia participó en los roperos más importantes del momento. En el de Santa Victoria, presidido por la reina Victoria Eugenia —de ahí su nombre—, con el fin de "proporcionar ropa y abrigo a los que carecen de ellos",[34] que fue el más aristocrático de todos —con participación también, junto a la nobleza, de mujeres de las clases altas—, y se difundió muy pronto en numerosas capitales de provincia, en las que, al igual que en Madrid, se subdividió en parroquias, que contaban con una presidenta local.[35] Colaboró asimismo en el de Santa Cecilia,[36] y en los Talleres de caridad de Santa Rita de Casia,[37] muy populares en España desde los años veinte, tras su reorganización en Madrid por el agustino Salvador Font, que tuvieron una perspectiva más amplia que los primeros y se esforzaron por diversificar la ayuda que ofrecían.[38]

[33] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud. Escritos. Traducciones*, *op. cit.*, "Conferencias dadas por Zenobia": "La mujer española en la vida de su país": "Comité Femenino de Higiene Popular", pp. 322-323, "Lyceum Club Femenino", pp. 326-327.

[34] José Fernández Bremón, "Crónica general", *La Ilustración Española y Americana*, LIII, 1, 8 enero 1909, p. 2.

[35] Ropero de Caridad de Santa Victoria, *Reglamento*, Sevilla, Tip. de "El Correo de Andalucía", 1915.

[36] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud. Escritos. Traducciones*, *op. cit.*, "Diarios de juventud. Inéditos": "1911. Marzo, 20. lunes; Abril, 1. Sábado", pp. 82 y 86, "Conferencias dadas por Zenobia": "La mujer española en la vida de su país": "Lyceum Club Femenino", pp. 326-327.

[37] "Zenobia Camprubí: Su actividad", en la página web de la Casa Museo Zenobia Juan Ramón Jiménez. Véase Salvador Font, *Historia del origen y desarrollo de los talleres de caridad de Santa Rita,* Madrid, Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, 1908.

[38] Véase también "Conferencia dada en la Real Academia Nacional de Medicina, por el Académico de número doctor D. Antonio Espina y Capo, el día 9 de marzo de 1920", *Anales de la Real Academia Nacional de Medicina*, Tomo XL, Cuaderno 1º, 30 marzo 1920, pp. 606-607.

No debieron de ser experiencias muy gratas para ella ni le dejaron un buen recuerdo. Cuenta con ironía el caso de María Gayón, marquesa de Comillas, dama de la reina María Cristina, que en la iglesia de las Calatravas de la madrileña calle de Alcalá daba prioridad a los necesitados que, como ella, fueran catalanes. Como es natural, el engaño generalizado no tardaba en imponerse, y al cabo de un rato —escribe Zenobia— "nadie quería ser ya castellano".[39]

Se convenció, después de trabajar en varias asociaciones caritativas, de que por falta de "coordinación o centralización" entre ellas, se llegó a formar "un grandísimo elemento parasitario que, a cambio de adulaciones hipócritas a las señoras que le visitaban o favorecían de alguna forma, conseguía vivir gratuitamente con mucho menos esfuerzo que una familia normal trabajadora". Surgió "el pobre profesional" que conseguía que se le pagaran la casa, los alimentos, la ropa, las medicinas y demás gastos y "hasta negociaba con los objetos suministrados". Fueron inútiles los esfuerzos, como el de la Asociación Matritense de Caridad, presidida por Francisco García Molinas, médico, diputado del Partido Liberal y senador, para unificar y racionalizar la acción de estas asociaciones por el empeño de las organizadoras de mantener su impronta personal en la administración de la caridad.[40]

Filantropía femenina

Especialmente desarrollado en Estados Unidos y en Gran Bretaña, el asociacionismo femenino con fines humanitarios comenzó a adquirir alguna fuerza en las grandes ciudades españolas en los años iniciales del siglo XX. Las asociaciones femeninas de carácter altruista fueron movimientos de notable alcance, ya que supusieron un primer intento, protagonizado por grupos organizados de mujeres, de actuar en el espacio público mediante el ejercicio de virtudes que se les atribuían tradicionalmente para ser aplicadas en el ámbito privado que se consideraba que les era propio. Era, por tanto, una forma de suavizar la tajante separación entre el espacio público y el privado, y entrañaba, en definitiva, una revalorización de las virtudes vinculadas a lo íntimo, al hogar, proyectadas al exterior. En circunstancias políticas extremas, la escritora Sofía Casanova hizo "un alegato reivindicativo de los valores

[39] Zenobia Camprubí, *Epistolario II, 1895-1936*, *op. cit.*, "Carta a Henry Lee Shattuck", 1 mayo 1911, pp. 205-206.

[40] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud. Escritos. Traducciones*, *op. cit.*, "Conferencias dadas por Zenobia": "La mujer española en la vida de su país": "Comité Femenino de Higiene Popular", pp. 322-323.

privados y reproductores de la cultura y la moral, parte esencial de cada nación".[41] Este tipo de actividad era una innovación en España: Concepción Arenal, en los años sesenta del siglo XIX, se quejaba de la escasísima iniciativa en este campo de las mujeres españolas a las que exhortaba a asociarse —y no solo para rezar— siguiendo el ejemplo de lo que se hacía en otros países más avanzados.

Un asunto muy interesante es la relación entre las prácticas filantrópicas y el activismo feminista —entendiendo el término como el deseo de conseguir la igualdad entre hombres y mujeres—. Porque son dos tipos de compromisos que, en círculos acomodados, restringidos, desde luego, se dieron a la par. La atención a los niños necesitados —el cuidado a su salud y la lucha contra la mortalidad infantil— solía ser el objetivo central de esa actividad, que implicaba también, de forma más indirecta, a las mujeres indigentes.[42] El caso de Zenobia Camprubí se ajusta a este modelo, que suma el compromiso altruista y el empeño feminista. Aunque ella utiliza la palabra "beneficencia" para designar sus acciones en este campo,[43] algunas estaban más cerca de la caridad y otras de la filantropía.

Ante el "efecto contraproducente" que achacaba a las obras en las que había participado hasta entonces, dirigió su atención a aquellas otras dedicadas "especialmente a mejorar la higiene personal que estaba muy necesitada de esta mejora",[44] reforzando así directrices de la medicina social. En esta iniciativa de carácter altruista, participaron muchas militantes feministas, como ella, y no fueron pocas las relacionadas con la Residencia de Señoritas, empezando por su directora, María de Maeztu.

Zenobia Camprubí colaboró con el Comité Femenino de Higiene Popular, sociedad benéfica de mujeres, sin vinculación con la iglesia católica, que se proponía paliar la miseria y la insalubridad en los barrios obreros de Madrid, divulgando los principios de la higiene. Se trataba, como decía el primer artículo de sus Estatutos, de "infundir en la

[41] Pedro Ochoa Crespo, "Sofía Casanova entre Polonia, Rusia y España. Género, espacio público y nacionalismo durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918), *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 38, 2016, p. 296.

[42] Véase Françoise Battagliola, "Philanthropes et feministes dans le monde réformateur (1890-1910)", *Travail, genre et sociétés*, 22, 2009/2, pp. 145-154.

[43] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud. Escritos. Traducciones*, *op. cit.*, "Conferencias dadas por Zenobia": "La mujer española en la vida de su país": "Comité Femenino de Higiene Popular", p. 323.

[44] *Ibídem*, pp. 322-323. Véase también Francisco García Molinas, *La mendicidad en Madrid: sus causas y sus remedios*, Madrid, R. Velasco, 1916.

conciencia del pueblo obrero el amor a cuanto aconseja la verdadera higiene, especialmente a aquellas sencillas prácticas de aplicación útil y necesaria en todo hogar doméstico".[45] Como era habitual en este tipo de actividades, aunque pretendían atender a las familias en su conjunto, daban preferencia a la protección del niño, el elemento más débil, mediante la enseñanza de prácticas sencillas de aplicación en el hogar doméstico. Para ello organizaron concursos que premiaban la limpieza de las casas. Unas "visitadoras" enviadas por el Comité —Zenobia lo fue— recorrían las viviendas y elegían las que les parecían más higiénicas y cuidadas, anteponiendo en igualdad de condiciones las más necesitadas. Los niños, a los que se premiaba también, pasaban un concurso en el que debían mostrar su destreza para lavarse. Otro tanto se hacía entre madres lactantes, para verificar el estado del niño y la habilidad de la madre para vestirlo y desvestirlo. Los premios se entregaban en un acto celebrado solemnemente en el Ayuntamiento de Madrid, con participación del alcalde: eran en metálico para los adultos, y a los niños se les regalaban, además de juguetes, útiles de higiene. Se organizaron también conferencias didácticas. Con el tiempo, se abandonaron los métodos competitivos, fueron desapareciendo los premios a los hogares, y se fundó la Casa de Higiene del Niño, que prestaba servicios de baños y duchas, corte de pelo y uñas. Administraba también comidas y ofrecía educación primaria a los que no tenían plaza en centros públicos.

El Comité Femenino de Higiene Popular fue ideado por Elisa Mendoza Tenorio, una actriz de teatro, muy conocida antes de casarse con el doctor Manuel Tolosa Latour, médico pediatra que dedicó su vida a la protección de la infancia.[46] Se constituyó en marzo de 1911, bajo la presidencia de una escritora singular, Sofía Casanova, a la que sustituyó a principios de 1916 Milagros Sanchís, casada con el médico Rafael Tolosa Latour y, en consecuencia, cuñada de Elisa Mendoza.[47] Zenobia trabajó allí en la tesorería.[48] La empresa atrajo a las mujeres e hijas de destacados médicos —las de Ramón y Cajal, por ejemplo—, pero sobre todo reunió a las escasas médicas que ejercían su profesión en Madrid: la ginecóloga Concepción Aleixandre —vicepresidenta del Comité—,

[45] Comité Femenino de Higiene Popular, *Estatutos y Reglamento*, Madrid, Imprenta de Antonio Álvarez, 1911, p. 5.

[46] Juan Félix Rodríguez Pérez, "Manuel Tolosa Latour (1857-1919) y Elisa Mendoza Tenorio (1856-1929): precursores de la protección a la infancia en España", *El Futuro del Pasado*, 5, 2014, pp. 355-378.

[47] "Comité femenino de higiene popular" (Estatutos y Reglamento), *Gaceta de Instrucción Pública y Bellas Artes*, XXIII, 1.069, 15 marzo 1911, pp. 106-107.

[48] "Concurso de higiene", *El Día*, 7 febrero 1913, s. p.

la también ginecóloga Rosario Lacy, Trinidad Arroyo, la primera mujer que abrió una consulta de oftalmología en Madrid —vicepresidenta del Comité en 1916—, y la doctora Josefina Landete, una de las primeras odontólogas. También fue miembro del Comité la oftalmóloga Elisa Soriano, que vivió en la Residencia de Señoritas y trabajó como médica de la marina mercante, algo insólito entonces. María de Maeztu ayudó al Comité Femenino de Higiene Popular dando conferencias, como la que dedicó, en 1914, a la escuela y el niño.[49]

La prensa madrileña prestó bastante atención a las actividades del Comité Femenino de Higiene Popular, como ocurrió, por ejemplo, con el reparto de premios del distrito del Hospital, de 50, 25 y 15 pesetas, distribuidos en tres categorías —"a las viviendas más limpias de obreros que ganan, como máximo, 3 pesetas diarias", "envolturas de niños" y "aseo de niños"—, entregados en el Ayuntamiento en un acto presidido por la mujer de Canalejas, junto a otras personas entre las que se encontraba el alcalde de Madrid, José Francos Rodríguez. La presidenta del Comité, Sofía Casanova, habló sobre la historia de los premios y elogió a las mujeres premiadas, de las que dijo que "podrían aprender nuestros ministros de Hacienda, toda vez que, teniendo cada una de ellas cinco o seis hijos, y aun algunas diez, viven con jornales escasos".[50]

Otro ejemplo elocuente de la atención a esas actuaciones por parte de la prensa fue la noticia publicada por *El Imparcial*, el 27 de noviembre de 1913, sobre la finalización de la labor realizada por las señoras del Comité —Sofía Casanova, presidenta, doctora Aleixandre, vicepresidenta, las mujeres de Ramón y Cajal y de Tolosa Latour, Carmen Rojo, Pilar Ramón y Cajal, Elisa Soriano, Zenobia Camprubí y Bela de Lutoslawski— encargadas de recibir a las madres y a los niños que se habían presentado para optar a los premios de higiene. Se habían visitado muchas viviendas del distrito, "hallando casos de extraordinario encomio y en general de enorme pobreza". La carencia de recursos suficientes impidió dar todos los premios merecidos, circunstancia que se dio a conocer a los

[49] M.ª Isabel Arandojo Morales y Josefa Centeno Bride, "El Comité Femenino de Higiene Popular y su aportación a la enfermería", en Carmen Sánchez Macarro, Antonio Claret García Martínez y Manuel Jesús García Martínez (coords.), *Los Colegios Profesionales de Enfermería, su función social e institucional*, Salamanca, Colegio Profesional de Enfermería de Salamanca, 2017, pp. 427-434. Zenobia Camprubí, *Diario de juventud. Escritos. Traducciones*, *op. cit.*, "Conferencias dadas por Zenobia": "La mujer española en la vida de su país": "Comité Femenino de Higiene Popular", pp. 323-324. Juan Félix Rodríguez Pérez, "Manuel Tolosa Latour (1857-1919) y Elisa Mendoza Tenorio (1856-1929): precursores de la protección a la infancia en España", *op. cit.*, p. 375.

[50] "Comité Femenino de Higiene Popular", *Gaceta de Instrucción Pública y Bellas Artes*, XXIII, 1.068, 10 marzo 1911, p. 98.

"vecinos pudientes" por si querían otorgar alguno. El reparto público de los concedidos se haría al día siguiente, el viernes 28 de noviembre, en el Ayuntamiento, con asistencia del alcalde y la presidencia de la condesa de Bugallal, mujer del ministro de Hacienda.[51]

Asociación de Mujeres Españolas y Lyceum Club

Zenobia participó al mismo tiempo en agrupaciones feministas, empezando por la Asociación Nacional de Mujeres Españolas, formalizada en octubre de 1918. La Asociación se planteaba como una unión de mujeres aconfesional, respetuosa con la libertad y la pluralidad de creencias de sus afiliadas tanto en cuestiones religiosas como políticas, y sin discriminación por el origen social, aunque la inmensa mayoría de sus miembros procedían de las clases medias.

En primer lugar, reclamaban educación y trabajos dignos para las mujeres, y no excluían reivindicaciones igualitarias: pronto solicitaron el derecho al sufragio activo y pasivo. La reforma del Código Penal, el desempeño de cargos públicos por parte de las mujeres, la supresión de la prostitución, la investigación de la paternidad, por ejemplo, estaban en su punto de mira, además de un conjunto de medidas para la protección de los hijos de obreras. Zenobia Camprubí fue elegida vocal de la primera Junta directiva. En la Asociación Nacional de Mujeres Españolas figuraba también María de Maeztu, junto a una larga nómina de mujeres del entorno de la Residencia de Señoritas, cercanas a Zenobia.[52]

El Lyceum Club, presidido por María de Maeztu, se fundó en 1926. Las primeras vicepresidentas fueron Victoria Kent e Isabel Oyarzábal, y Zenobia Camprubí ocupó el cargo de secretaria. Se gestó en el edificio del Instituto Internacional de la calle de Miguel Ángel, compartido entonces con la Residencia de Señoritas: muchas de las jóvenes residentes se inscribieron en la sociedad, junto a mujeres de la generación anterior, entre las que se contaron Carmen Baroja, Carmen Monné, Rosa Spottorno, María Martos y Pilar de Zubiaurre.

La asociación, que nacía siguiendo el modelo conformado en Londres en los años iniciales del siglo, se proponía, según su Reglamento, "defender los intereses morales y materiales de la mujer". Quería

[51] "Comité Femenino de Higiene Popular", *El Imparcial*, 27 noviembre 1913, p. 5.

[52] Juan Aguilera Sastre, "Para una historia de las asociaciones femeninas en España. La Asociación Nacional de Mujeres Españolas y la Unión de las Mujeres de España: similitudes y discordancias (1918-1921)", *Feminismo/s*, 37, enero 2021, pp. 131-160.

también "fomentar el espíritu colectivo" y "organizar" todo tipo de actividades —desde obras de carácter social a excursiones, e incluso fiestas—. Desplegó una considerable y variada actividad a partir de sus diferentes secciones: social, musical, artes plásticas e industriales, literatura, ciencias e internacional, dirigida esta última por Zenobia Camprubí.[53]

Para "la exquisita traductora de Rabindranath Tagore" —puede leerse en el periódico *La Libertad*—, "el Lyceum Club Femenino Español" es "resultado inevitable de nuestra vida moderna". Se trata de "un centro activo en el cual puede encontrar apoyo y colaboración cualquier esfuerzo de ideal elevado que afecte al bienestar colectivo de la mujer". En el futuro —añade Zenobia— puede llegar a ser "una colectividad de mujeres útiles y cultas que, sin distinción de religión, nacionalidad, política ni clase, esté dispuesta a servir cualquier causa noble".[54] María Teresa León, por su parte, afirmó que "el Lyceum Club no era una reunión de mujeres de abanico y baile. Se había propuesto adelantar el reloj de España".[55]

Se sostuvo con las cuotas de las afiliadas, y, a pesar de contar hasta 1931 con la reina Victoria Eugenia en la presidencia de honor, sufrió ataques feroces de los sectores más conservadores —de "la pacatería y cierta parte del clero", en palabras de Zenobia Camprubí—.[56] Cundió la alarma tanto ante la nueva imagen de mujer que el Club impulsaba, como por su carácter aconfesional. Ricardo Baeza, que veía el Lyceum como un "organismo eficacísimo para la elaboración integral de un nuevo espíritu femenino" frente al "arcaico y ya caduco" imperante en España, precisa en *El Sol* que se acusaba a sus miembros de "estar abiertos a todas las creencias", de "facilitar todo género de lecturas, desde 'El Corán' hasta el 'Ripalda'", y de emprender solapadamente "trabajos demoledores contra la sociedad y la familia católica". La campaña para acabar con el Lyceum culminó con las críticas en *Iris de Paz*, "órgano ofi-

[53] Lyceum Club Femenino Español, *Reglamento*, Madrid, Imp. Ramona Velasco, 1929, pp. 3-4.

[54] "Las fundadoras del Lyceum Club Femenino Español", *La Libertad*, 14 diciembre 1926, s. p.

[55] María Teresa León, *Memoria de la melancolía.* Prólogo de Benjamín Prado, Sevilla, Renacimiento, 2ª ed., 2021, p. 433.

[56] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud. Escritos. Traducciones*, *op. cit.*, "Conferencias dadas por Zenobia": "La mujer española en la vida de su país": "Lyceum Club Femenino", p. 326.

cial de la Archicofradía del Inmaculado Corazón de María y del Comité Ejecutivo de la Obra de la Buena Prensa".[57]

La sociedad tuvo que soportar también las burlas de aquellos que consideraban risible todo intento femenino de superar su papel tradicional. El Lyceum empezó a ser conocido como "el club de las maridas" —muchas de las asociadas estaban, como Zenobia, casadas con hombres muy conocidos—, y se contaba que Jacinto Benavente, al ser invitado a pronunciar una conferencia, había contestado que a él no le gustaba hablar "a tontas y a locas".[58]

En el Lyceum convivieron muy distintas posiciones feministas y desde luego también políticas, que fueron cambiando con el paso del tiempo. Caro Baroja se refirió a su evolución en los años inmediatos a la guerra hacia posturas más radicales en lo ideológico, unidas a concepciones feministas más beligerantes. "Empezó a estar dominado por las mujeres de algunos políticos republicanos y socialistas —escribe—. Varias de las fundadoras se espantaron y dejaron de ir".[59]

Fue frecuente la doble militancia en organizaciones feministas y benéficas, y en ocasiones fueron las propias asociaciones de mujeres las que abordaron actividades filantrópicas: el Lyceum creó y sostuvo, bajo la dirección de Consuelo Bastos -casada con su tío, el doctor Bastos-, La Casa del Niño, "una guardería modelo, alegre, clara, limpia, para niños de 2 a 5 años", apunta Zenobia Camprubí, atendida —subraya— por "enfermeras diplomadas" en vez de por integrantes de una orden religiosa.[60]

La enfermera a domicilio

Mucho más personal fue la creación de La enfermera a domicilio, que fundaron en 1919 Caroline Bourland, María de Maeztu y Rafaela Ortega y Gasset, responsable de los aspectos domésticos en la Residencia de Señoritas. Isabel Oyarzábal, feminista y colaboradora de la Residencia de Señoritas, firmó con el seudónimo de Beatriz Galindo, el 10 de mayo de 1919, un artículo en *El Sol* en el que dejaba ver que conocía

[57] Ricardo Baeza, "'El blanco y el negro' (Una lanza por el 'Lyceum')", *El Sol*, 21 agosto 1927, p. 12.

[58] Isabel Pérez-Villanueva Tovar, *María de Maeztu. Una mujer en el reformismo educativo español*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1989, pp. 112-114.

[59] Julio Caro Baroja, *Los Baroja (Memorias familiares)*, Madrid, Taurus, 2ª ed. corregida y aumentada, 1978, pp. 64-65.

[60] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud. Escritos. Traducciones*, *op. cit.*, "Conferencias dadas por Zenobia": "La mujer española en la vida de su país": "Lyceum Club Femenino", p. 327.

bien el proyecto de las fundadoras, mujeres que le resultaban muy cercanas. Los criterios principales —y más novedosos— fueron, escribe, "el sentido práctico" y la falta de "toda vanidad y pretensión" con que se abordó la iniciativa, planteada como un "ensayo" para el que pide la contribución de todas las personas deseosas de "hacer el bien", como una "nueva y modesta institución" que pudiera servir de ejemplo a la Administración para "la solución de un gran problema social, o sea el reparto equitativo de la beneficencia burocrática". La falta de recursos, junto a la ignorancia más absoluta de los preceptos higiénicos imprescindibles para llevar una vida sana en "las familias pobres", provocaba entonces una mortalidad superior a la normal en los países cultos, así como una "multitud de muchachos raquíticos o ciegos, de adultos decrépitos". Entendiendo que "la mayor enseñanza es la que muestra cómo deben hacerse las cosas, comenzando por hacerlas", se decidió que una enfermera visitase asiduamente "uno de los barrios más pobres y numerosos de Madrid", para enseñar a las madres el cuidado de los hijos, la atención que requieren los recién nacidos, y prestar los primeros auxilios en caso de enfermedad, proporcionándoles gratuitamente los elementos necesarios. E Isabel Oyarzábal resume certeramente las carencias de los barrios obreros, "que la desidia y la ignorancia de nuestros gobernantes permiten que se acumulen sin remedio": la ausencia en las casas de ventanas, agua suficiente, baño y otros elementos indispensables. Los gobernantes desconocían todo lo que atañía a la salubridad pública, como las consecuencias de que los tuberculosos y los enfermos de sífilis viviesen en promiscuidad con sus familias.

Aunque no había todavía —sigue diciendo Isabel Oyarzábal— más que una enfermera titulada gracias a la nueva iniciativa, tendría que haber una "legión" de ellas, bien organizadas, para que, además de visitar, alentar y curar a los enfermos, pusieran en conocimiento de las autoridades "las plagas ocultas que corroen la vida nacional". Con una buena organización, estas enfermeras podrían también orientar y guiar la beneficencia pública y privada, clasificando los problemas por su origen, falta de higiene, enfermedad o hambre. El trabajo de un grupo bien coordinado de enfermeras, cuyo auxilio podrían solicitar los propios enfermos, así como los médicos de los hospitales, las clínicas y las casas de socorro o los párrocos, resultaría de esa manera muy eficaz para atender los males que sufrían en las grandes ciudades "el empleado modesto, el obrero, el menesteroso". "Es de suponer y esperar —concluye Isabel Oyarzábal— que la 'Enfermera a domicilio' verá no

duplicado, centuplicado su número, y que tan magna y noble empresa logrará el éxito apetecido y deseado".[61]

Un artículo de Magda Donato explica con más detalle el comienzo de la iniciativa. A Caroline Bourland le sorprendió la cantidad de ciegos que había en las calles de Madrid, aunque es posible que no hubiera más que en otros países, sino que no tuvieran más medio de vida que la mendicidad. En cualquier caso, comprendió que se debía a "la miseria" y se sintió obligada a hacer algo para remediarla. Junto a María de Maeztu y Rafaela Ortega y Gasset, y contando además con un grupo de amigas —entre ellas, Zenobia Camprubí y Carmen Taboada, procuradora de las enfermeras del Instituto Rubio—, "con pocos fondos, pero mucho entusiasmo y mucha inteligencia", fundó La enfermera a domicilio. En principio, se trataba de tener a sueldo a unas cuantas enfermeras del Instituto Rubio que visitasen los hogares "más míseros" para enseñar a las madres los elementos imprescindibles de puericultura y a la vez, en caso de enfermedad, atendiesen a los más abandonados. No tardaron en darse cuenta de que su labor resultaba "absurda e imposible" en los casos más graves, porque "no se predica la higiene a los que viven en chozas inmundas y para quienes la compra de un jabón significaría un día de ayuno"; además, la choza solía estar vacía por haber salido a "pedir" desde los más pequeños hasta los mayores, incluidos los enfermos. Se percataron de que la miseria "llegada a un grado total" rechazaba los paños calientes, "y su tarea bienhechora ascendió un grado en la escala social". Ahí, en esa franja, pudo actuar con resultados eficaces: ejemplo, el caso de una anciana portera que apenas ganaba para la comida y mantenía a su nieta, que padecía un "tumor blanco". La anciana se privaba de comer para pagar al médico que tenía que venir a darle masajes diariamente, labor que luego hizo la enfermera de manera gratuita.

Creada para el cuidado de la infancia, la obra extendió sus beneficios a los mayores: la enfermera llevaba reconstituyentes para los débiles, recogía las recetas que dejaba el médico y mandaba hacerlas en las mejores farmacias. Recibía todos los días una relación de visitas que se conocían por diversos conductos. Cuando las necesidades excedían sus posibilidades de atender a los enfermos, se ponía en contacto con otras obras, como roperos, Casa de Higiene Infantil o colonias escolares. Magda Donato solicitaba una cuota mensual, con la idea de tener una o dos enfermeras en cada barrio para paliar "la espantosa miseria de la capital". Había todavía pocas suscripciones cuando escribió el artículo,

[61] Beatriz Galindo, "La nueva institución de 'Las enfermeras a domicilio'. Una obra humanitaria que debe realizarse pronto", *El Sol*, 10 mayo 1919, p. 2.

quizá porque la iniciativa era poco conocida, pero las que la idearon tenían "la firme esperanza" de que el público acogiese "con interés la obra que ellas crearon con tanto entusiasmo.[62]

No parece que esta fundación lograse ampliar mucho su actuación por sí sola, pero buscó otras vías para reforzar su acción, sumándose a alguna iniciativa importante de otras asociaciones femeninas dedicadas a la acción social. Participó así en la financiación de una colonia infantil, junto al Comité Femenino de Higiene Popular, que asumía la mayor parte del trabajo y de la responsabilidad, con el apoyo de otras organizaciones como la Asociación Matritense de Caridad, entidades bancarias, aportaciones privadas de "damas y caballeros de la aristocracia" y también de "modestas familias". Contribuyeron además los reyes y el Obispo de Madrid-Alcalá. La colonia, que prolongaba las realizadas antes durante varios años, se llevó a cabo en el verano de 1922, en el sanatorio marítimo de Oza, en Coruña, con asistencia de 52 niños de ambos sexos, necesitados de fortalecer sus "anémicos cuerpecitos, evitando así (pues que prevenir es curar) la terrible enfermedad de la tuberculosis". Habían sido elegidos de entre los centenares que iban a asearse a la Casa de Higiene —solo la falta de medios impedía que fueran muchos más—, e irían "perfectamente higienizados y uniformados". Los acompañaba la Junta del Comité Femenino de Higiene Popular. La colonia duraba 2 meses, del 17 de julio al 17 de septiembre, y la Junta se ocupaba del viaje a Coruña y de la entrega de los niños a sus familias, tras su regreso a Madrid, en la Casa de Higiene. Los niños eran seleccionados por médicos, como Garrido-Lestache y García Iglesias.[63] Su "aumento de peso" demostró sobradamente "los adelantos" que se habían obtenido en ellos durante su permanencia en el sanatorio de Oza.[64]

Por otra parte, en enero de 1921, La enfermera a domicilio costeó la comida extraordinaria, de la que dio cuenta la prensa madrileña, con la que el Comité Femenino de Higiene Popular obsequió a los niños con motivo de la fiesta de Reyes. Se invitó a José Ortega Munilla a actuar como presidente.

Cuidado de niños en la calle Velázquez

En los primeros días de la guerra, y hasta su salida de Madrid, Zenobia llevó a cabo con Juan Ramón Jiménez una acción de carácter be-

[62] Magda Donato, "Una gran obra humanitaria", *El Imparcial*, 30 abril 1919, p. 3.

[63] "Colonia infantil", *El Sol*, 16 julio 1922, p. 4.

[64] "Noticias", *El Imparcial*, 19 septiembre 1922, p. 5.

néfico. En el verano de 1936, alojaron y atendieron a doce niños, que les habían sido confiados por la Junta de Protección de Menores, en un piso alquilado, el bajo del número 69 de la calle de Velázquez, con los muebles indispensables. Contaron también, para que pudieran jugar, vestidos de bañadores verdes y azules, con el jardín de un palacio incautado enfrente de su casa. Los niños tenían entre cinco y doce años, salvo uno —Paquito García Abril— de tan solo dos. El matrimonio Zenobia-Juan Ramón se comprometió directamente en su cuidado: "La verdad es que los chicos han desplazado toda nuestra vida anterior y nos absorben por completo —escribe Zenobia— (El hombre que toda su vida buscó el silencio vive en el más completo estruendo y estrépito). Hasta a mí se me parte en algunos ratos la cabeza".[65] Tras su salida de España, harán todo lo posible para que los niños continuasen debidamente cuidados.[66]

La Protección de Menores era la iniciativa que más valoraba Zenobia entonces: "La tengo junto al corazón porque es una obra de amor y de paz en medio de la guerra y del odio", "porque, con la Cruz Roja, es la obra más noble, más serena y más desinteresada que se realiza actualmente en España".[67] Con ella llevaron a cabo, en fin, la última de las muchas acciones benéficas, con especial atención a los niños, que emprendió Zenobia Camprubí durante su estancia de más de veinticinco años en Madrid, y que se sumaron a las de carácter cultural, artístico, comercial y feminista que desarrolló al tiempo.

Bibliografía

Aguilera Sastre, Juan, "Para una historia de las asociaciones femeninas en España. La Asociación Nacional de Mujeres Españolas y la Unión

[65] J. M. A., "Juan Ramón Jiménez y su esposa han instalado un piso para atender a doce chiquillos abandonados", *Mundo Gráfico*, XXVI, 1293, 12 agosto 1936, s. p. He aquí los nombres de los otros once: José Nebrera Álvarez, Joaquín y Antonio Castillo Martínez, Jesús Álvarez Fernández, Juan Sanz Vallejo, Alfonso López Irazusta, Enrique Hernández Berguizez, Narciso Hernández Conde, José Antonio de la Fuente, Luis Alpenseque Martín y Manuel Colina Jiménez. Véase también Zenobia Camprubí, *Epistolario I. Cartas a Juan Guerrero Ruiz, 1917-1956*. Edición de Graciela Palau de Nemes y Emilia Cortés Ibáñez, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2006, Carta a Juan Guerrero Ruiz y a su mujer, Ginesa Aroca García, 11 agosto 1936, pp. 35-37.

[66] Emilia Cortés Ibáñez, *Zenobia Camprubí. La llama viva*, *op. cit.*, pp. 165-166.

[67] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud. Escritos. Traducciones*, *op. cit.*, "Conferencias dadas por Zenobia": "La mujer española en la vida de su país": "Conclusión", pp. 331-332.

de las Mujeres de España: similitudes y discordancias (1918-1921)", *Feminismo/s*, 37, enero 2021, pp. 131-160.

Arandojo Morales, M.ª Isabel y Centeno Bride, Josefa, "El Comité Femenino de Higiene Popular y su aportación a la enfermería", en Carmen Sánchez Macarro, Antonio Claret García Martínez y Manuel Jesús García Martínez (coords.), *Los Colegios Profesionales de Enfermería, su función social e institucional*, Salamanca, Colegio Profesional de Enfermería de Salamanca, 2017, pp. 427-434.

Baeza, Ricardo, "'El blanco y el negro' (Una lanza por el 'Lyceum')", *El Sol*, 21 agosto 1927, p. 12.

Battagliola, Françoise, "Philanthropes et feministes dans le monde réformateur (1890-1910)", *Travail, genre et sociétés*, 22, 2009/2, pp. 135-154.

Camprubí, Zenobia, *Diario de juventud. Escritos. Traducciones*. Introducción, selección, edición, traducción y transcripciones de Emilia Cortés Ibáñez, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2015.

Camprubí, Zenobia, *Epistolario I. Cartas a Juan Guerrero Ruiz, 1917-1956*. Edición de Graciela Palau de Nemes y Emilia Cortés Ibáñez, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2006.

Camprubí, Zenobia, *Epistolario II, 1895-1936*. Edición de Emilia Cortés Ibáñez, Madrid, Fundación Cajasol y Residencia de Estudiantes, 2020.

Caro Baroja, Julio, *Los Baroja (Memorias familiares)*, Madrid, Taurus, 2ª ed. corregida y aumentada, 1978.

Castilla, Carmen, *Diario de viaje a Estados Unidos. Un año en Smith College (1921-1922)*. Introducción, edición crítica y notas de Santiago López-Ríos Moreno, Valencia, Universitat de València (Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans), 2012.

"Colonia infantil", *El Sol*, 16 julio 1922, p. 4.

"Comité Femenino de Higiene Popular", *Gaceta de Instrucción Pública y Bellas Artes*, XXIII, 1.068, 10 marzo 1911, p. 98.

"Comité femenino de higiene popular" (Estatutos y Reglamento), *Gaceta de Instrucción Pública y Bellas Artes*, XXIII, 1.069, 15 marzo 1911, pp. 106-107.

Comité Femenino de Higiene Popular, *Estatutos y Reglamento*, Madrid, Imprenta de Antonio Álvarez, 1911, p. 5.

"Comité Femenino de Higiene Popular", *El Imparcial*, 27 noviembre 1913, p. 5.

"Concurso de higiene", *El Día*, 7 febrero 1913.

"Conferencia dada en la Real Academia Nacional de Medicina, por el Académico de número doctor D. Antonio Espina y Capo, el día 9 de marzo de 1920", *Anales de la Real Academia Nacional de Medicina*, Tomo XL, Cuaderno 1º, 30 marzo 1920, pp. 587-617.

Cortés Ibáñez, Emilia, *Zenobia Camprubí. La llama viva*, Madrid, Alianza, 2020.

Cossío, Manuel B., "Elogio del arte popular" [1913], en *De su jornada (Fragmentos)*, Madrid, s.e., 1929, pp. 327-330.

Donato, Magda, "Una gran obra humanitaria", *El Imparcial*, 30 abril 1919, p. 3.

Fernández Bremón, José, "Crónica general", *La Ilustración Española y Americana*, LIII, 1, 8 enero 1909, p. 2.

Galindo, Beatriz, "La nueva institución de 'Las enfermeras a domicilio'. Una obra humanitaria que debe realizarse pronto", *El Sol*, 10 mayo 1919, p. 2.

García Molinas, Francisco, *La mendicidad en Madrid: sus causas y sus remedios*, Madrid, R. Velasco, 1916.

Guerrero Ruiz, Juan, *Juan Ramón de viva voz*, Madrid, Ínsula, 1961.

J. M. A., "Juan Ramón Jiménez y su esposa han instalado un piso para atender a doce chiquillos abandonados", *Mundo Gráfico*, XXVI, 1293, 12 agosto 1936.

Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, *Memoria correspondiente a los años 1912 y 1913*, Madrid, 1914.

Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, *Memoria correspondiente a los años 1920 y 1921*, Madrid, 1922.

Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, *Memoria correspondiente a los cursos 1933 y 1934*, Madrid, 1935.

"Las fundadoras del Lyceum Club Femenino Español", *La Libertad*, 14 diciembre 1926.

León, María Teresa, *Memoria de la melancolía.* Prólogo de Benjamín Prado, Sevilla, Renacimiento, 2ª ed., 2021.

Lyceum Club Femenino Español, *Reglamento*, Madrid, Imp. Ramona Velasco, 1929.

Moreno Villa, José, *Vida en claro. Autobiografía*, México-Madrid-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1976.

"Noticias", *El Imparcial*, 19 septiembre 1922, p. 5.

Ochoa Crespo, Pedro, "Sofía Casanova entre Polonia, Rusia y España. Género, espacio público y nacionalismo durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918), *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 38, 2016, pp. 279-302.

Palau de Nemes, Graciela, *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez. La poesía desnuda*, Madrid, Gredos, 2ª ed. completamente renovada, 1974.

Pérez-Villanueva Tovar, Isabel, "Educación y cultura en Segovia más allá de las aulas (1896-1936)", en José Luis Mora García y Miriam Sonlleva Velasco (coords.), *Educación, cultura y sociedad. Génesis y desarrollo de un proyecto reformista*, Segovia, Real Academia de Historia y Arte de San Quirce, 2020, pp. 39-63.

Pérez-Villanueva Tovar, Isabel, *La Residencia de Estudiantes, 1910-1936. Grupo universitario y Residencia de Señoritas*, Madrid, Acción Cultural Española, Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Residencia de Estudiantes, 2011.

Pérez-Villanueva Tovar, Isabel, *María de Maeztu. Una mujer en el reformismo educativo español*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1989.

Piñón Varela, Pilar, *Go West Young Woman! Redes transatlánticas e internacionalismo cultural. Las mujeres como protagonistas del intercambio académico entre España y los Estados Unidos (1919-1939)*, Tesis doctoral, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2015.

Riaño, Juan Facundo, *The Industrial Arts in Spain*, Londres, Chapman and Hall, 1890.

Rodríguez Pérez, Juan Félix, "Manuel Tolosa Latour (1857-1919) y Elisa Mendoza Tenorio (1856-1929): precursores de la protección a la infancia en España", *El Futuro del Pasado*, 5, 2014, pp. 355-378.

Ropero de Caridad de Santa Victoria, *Reglamento*, Sevilla, Tip. de "El Correo de Andalucía", 1915.

"Sociedad de Cursos y Conferencias", *Residencia*, I, 1, enero-abril 1926, pp. 66-72.

Centro y periferia: la tensión biográfica de Josefina de la Torre

Marina Patrón Sánchez *
Universidad Complutense de Madrid

* Esta investigación ha podido llevarse a cabo gracias a un contrato predoctoral de Personal Investigador en Formación de la Universidad Complutense de Madrid.

Desde hace unos años, Josefina de la Torre Millares (Las Palmas de Gran Canaria, 1907 – Madrid, 2002) es una de las autoras más citadas del periodo conocido como la Edad de Plata de la Literatura Española (Mainer, 1983). Y si bien la canaria es sobre todo conocida como poeta, fue mucho más: escribió once novelas populares bajo seudónimo, fue actriz de teatro, cine, radio y televisión y adaptó guiones para estos mismos medios; trabajó como reportera para las revistas cinematográficas *Primer plano* y *Cámara*; publicó la novela *Memorias de una estrella* (1954) en la que denunciaba la frivolidad y los abusos que sufrían las mujeres en el mundo del cine; y, recientemente, hemos descubierto que también fue la jefa de prensa y propaganda de una empresa de construcción y decoración catalana,[1] así como la directora del salón de modas de la diseñadora vasca Asunción Aguirre.[2] La vida y la obra de Josefina de la Torre se desarrolló en paralelo al siglo XX y se vio sometida a todos sus avatares: dos guerras mundiales, la llegada de la II República, la Guerra Civil, la dureza de la posguerra, la dictadura y la Transición; y, aunque De la Torre no se exilió, no permaneció ajena a los condicionamientos del exilio interior, como hemos analizado en otro trabajo.[3] A pesar de todas estas dificultades, Josefina de la Torre encontró la manera de mantenerse fiel a su vocación y de trabajar y ser independiente sin un

[1] Así figura en una tarjeta de visita conservada en el Fondo Josefina de la Torre (FJT) en la Casa-Museo Pérez Galdós de Las Palmas de Gran Canaria. La propia Josefina se refiere a este empleo en varias cartas enviadas a su hermano Claudio y a su madre Francisca entre 1950 y 1951, que apenas desempeñó unos meses debido a que la empresa tenía importantes problemas de liquidez.

[2] Así se recoge en Kathy Dunn, Aguirre's Collection. *Spain's American Weekly Guidepost*, 22 de marzo de 1968.

[3] Marina Patrón Sánchez, "El exilio interior de Josefina de la Torre", en Ángeles Egido, Matilde Eiroa, Encarnación Lemus y Marifé Santiago (dirs.) y Luiza Iordache y Rocío Negrete (coords.): *Mujeres en el exilio republicano de 1939. Homenaje a Josefina Cuesta*, Madrid, Gobierno de España, Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática, 2021, pp. 789-801.

hombre a su lado, pues la canaria no se casaría hasta casi los cincuenta años, con el pianista canario Braulio Pérez en enero de 1954.

En este trabajo vamos a analizar los años de formación y juventud de Josefina de la Torre que se van a desarrollar entre Las Palmas de Gran Canaria y Madrid para descubrir su configuración como artista y su toma de conciencia como mujer moderna durante las primeras décadas del siglo XX hasta el estallido de la Guerra Civil. Es, precisamente, en estas dos ciudades en las que va a gestarse su identidad como mujer y como autora, dando lugar a una tensión biográfica a la que muchos isleños tuvieron que hacer frente: pues, si bien De la Torre se definía como "insular por los cuatro costados",[4] deseaba vivir en Madrid para desarrollarse como artista múltiple y alcanzar un mayor reconocimiento. Y, a pesar de que consiguió construir un hogar en la capital, echaba de menos su isla y volcó esta nostalgia en sus poemas en los que no dejó de evocarla.

Para llevar a cabo este análisis recurriremos a los escritos autobiográficos inéditos de la propia Josefina de la Torre, algunos de ellos conservados en el Fondo Josefina de la Torre (FJT) en la Casa-Museo Pérez Galdós y otros, como sus diarios, que permanecen bajo custodia familiar. Su consulta nos ha permitido conocer de primera mano la experiencia y la formación de la canaria. Con este trabajo buscamos mostrar cómo fueron esos años esenciales de aprendizaje y desarrollo de la artista, al mismo tiempo que damos cuenta de esa tensión geográfica que condicionó su vida y su escritura. De esta manera, arrojaremos nueva luz sobre la vida y la obra de Josefina de la Torre, ampliando el campo de estudio de esta autora.

Una infancia feliz (1907-1924)

Josefina de la Torre Millares nació en el seno de una de las familias más destacadas de Las Palmas de Gran Canaria. Por un lado, su familia paterna tuvo un papel decisivo en la construcción del Puerto de La Luz, que transformó la ciudad en una importante y moderna metrópoli en la que el capital internacional, sobre todo el inglés, fue esencial para el crecimiento de la economía. Por otro, la rama materna estaba plagada de músicos, escritores y dramaturgos que, siguiendo la costumbre burguesa, convirtieron los salones de sus casas en centros de cultura. De la Torre fue la menor de seis hermanos y, muy pronto, se convirtió en la estrella de la casa, sorprendiendo a todos con su especial sensibilidad

[4] Antonio Puente, "Josefina de la Torre, el último rostro del 27", *La Provincia. Diario de Las Palmas*, 25 de noviembre de 2000, p. 44.

artística, a pesar de que la precocidad era marca de la casa.[5] "Todos, o casi todos los recuerdos de mi niñez, son felices. Me sabía mimada y querida. Y todos festejaban mis gracias de niña, haciendo augurios para el porvenir", recordaba la propia poeta en una entrevista concedida al periódico isleño *La Provincia* el 30 de agosto de 1984.

El hogar de los De la Torre Millares se va a distinguir por la educación que van a recibir sus hijos. Tanto Claudio como Bernardo, los únicos varones, van a ser enviados a Gran Bretaña para que puedan completar sus estudios; mientras que las hijas, Paquita Sofía, María Rosa, Elisa y Josefina también van a recibir una esmerada educación con acento británico. Este hecho estaba sin duda motivado por la destacada presencia de ingleses en la isla con los que Bernardo de la Torre, el cabeza de familia, mantenía importantes relaciones comerciales, pero también porque toda la "gente de bien" de aquella época tenía una institutriz británica para cuidar a los niños.[6] Esta se veía además completada con una profunda formación musical, en la que cada hermana se especializó en un instrumento o disciplina. Además de piano, Josefina aprendió canto y guitarra.

Desde su más tierna infancia, Josefina de la Torre va a sorprender a familiares y amigos con sus especiales dotes artísticas. Cuenta su hermana María Rosa en sus memorias que, al volver sus padres de uno de sus viajes a Londres, todos los hermanos habían preparado un espectáculo de bienvenida. Sin embargo, "lo que más llamó la atención de nuestros padres fue, como siempre, por su extraordinario sentido artístico y musical y su precocidad, la actuación de Josefina, entonces ´La Pepa´. Cantó, con poquísimos años, el aria de *La Traviata*, recitó, bailó e hizo innumerables imitaciones. Era una criatura realmente excepcional".[7]

Y más adelante añade todavía sorprendida: "¡Qué criatura tan dotada! Con tan pocos años, 13 o 14 o acaso 15, cantaba desde las frases finales de la ópera *Madame Butterfly*, el adiós a su hijo apretándolo entre sus brazos […], hasta los tangos de moda, *El zorro gris, La cumparsita, Esta noche me emborracho* (y también lloraba el público)".[8] La pequeña Jose-

[5] La especial sensibilidad de la familia Millares para la música y la literatura es tal que se ha acuñado el término «millarismo» para definir esta «transmisión de aptitudes y cualidades [artísticas] de una generación a otra» en Reverón Alfonso, Juan Manuel, *Vida y obra de Claudio de la Torre*, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones Idea, 2007, p. 44

[6] Constancia de la Mora, *Doble esplendor*, Madrid, Gadir Editorial, 2004, p. 9.

[7] María Rosa de la Torre Millares, *Recuerdos de niñez y juventud (1903-1924)*, Las Palmas de Gran Canaria, Anroart Ediciones, 2007, p. 45.

[8] *Ibídem*, p. 209.

fina sentía verdadera fascinación por el teatro, el canto y la actuación. Por eso, siempre que había algo "aceptable" en el teatro,[9] solían llevarla y cuando regresaban a casa, repetía todo lo que había escuchado. A este respecto, escribe también María Rosa: "Papá abonaba una platea [en el Teatro Pérez Galdós], siempre la misma, la n. º 2, entrando a la izquierda, y nos llevaba a todos, pero yo recuerdo a Josefina con sus trencitas y sus calcetines escuchando embelesada. Así luego ella imitaba a todos los artistas".[10]

Sin embargo, más poderosa que su pasión por el teatro va a ser su amor a las letras. La propia Josefina de la Torre confesó en diversas ocasiones que desde muy niña sintió muy "apasionadamente las cosas del espíritu"[11] y que escribió su primer poema a los siete años. Este acontecimiento es relatado en su diario inédito de 1917: "Una tarde, de pronto, sin darme cuenta hice un poema. Bajé corriendo a escribirlo y se lo dediqué a Alonso Quesada. Fue mi primer verso y se titulaba «La sombra de la maja»".[12] Años después le escribiría a su hermano Claudio: "Sospecho que debí inspirarme en la música de Granados, que por entonces cantaba la hermana mayor con su voz hermosa y cálida".[13] Este primer acercamiento de Josefina de la Torre a la creación poética pone de relieve algo que se va a mantener a lo largo de toda su vida: la imposibilidad de concretar en qué consiste la poesía, pero a la que va a recurrir constantemente, tanto para explicar el mundo que la rodea como para explicarse a sí misma.

[9] Juan Manuel Reverón señala que muchas de las representaciones teatrales que se ofrecían en la isla por esa época se debían a las compañías que iban de gira por América. Gracias a esta especial circunstancia, los canarios pudieron gozar de la actuación de las más prestigiosas figuras dramáticas del momento, así como de los grandes artistas líricos de la ópera y la zarzuela. En Juan Manuel Reverón Alfonso, *Vida y obra de Claudio de la Torre*, *op. cit.*

[10] María Rosa de la Torre Millares, *op. cit*, p. 90. Este dato vuelve a poner al descubierto la destacada posición económica y social que ostentaban los De la Torre Millares, más allá de la afición que podrían sentir por el arte, pues, como muy bien señala Anna María Iglesia, tanto la ópera como el teatro eran un acontecimiento social en el que se ponían en escena las relaciones de poder entre la clase urbana privilegiada y era también el espacio de los intercambios tanto económicos como afectivos, es decir, se hacían negocios y se concertaban matrimonios. En Anna María Iglesia, *La revolución de las flâneuses*, Girona, Wunderkammer, 2019.

[11] En el periódico *La Provincia* (12 de junio de 1994).

[12] Los diarios de Josefina de la Torre se encuentran bajo la custodia de su familia. Nosotros pudimos acceder a ellos gracias a la generosidad de Selena Millares, gestora de los derechos de Josefina de la Torre, quien nos permitió consultarlos para llevar a cabo nuestra investigación sobre la artista canaria.

[13] Este texto inédito se conserva en el FJT bajo la signatura JMSL-198.

Con estos primeros versos comenzaba su amor por la poesía, que ya no abandonaría nunca. Sentía tal pasión por las letras que incluso dictaba a sus hermanas para que transcribieran los versos que se le ocurrían o para que recogieran para ella composiciones que le gustaban. Así podemos verlo en varios de los poemas conservados en el FJT, como el titulado "¡Adiós para siempre la niña bonita…!" donde podemos leer: "A mi hermano Néstor [Claudio] le dedica este verso su hermana Pepa. Yo, Paquita, lo he escrito, mientras ella lo dictaba"; o en el poema "Cuando un muchacho que me gusta" que se encuentra inacabado porque, tal y como declara la transcriptora: "No recuerdo más". A su temprana vocación se van a unir además las reuniones, tertulias y representaciones que van a tener lugar tanto en su casa como en la de su tío Luis Millares Cubas, célebre novelitas y dramaturgo.[14] Josefina de la Torre creció rodeada de pintores, escritores, músicos y poetas que alentaron su vocación y ella pudo desarrollarla sin encontrar apenas dificultades.[15]

Esta precocidad literaria le llevará también a ordenar un poemario con once años titulado *Poesías ingenuas*.[16] Estaba previsto que llevara un prólogo de sus tíos Luis y Agustín Millares, que finalmente no fue incluido. Esta primera compilación está compuesta por treinta y nueve poemas en los que destacan el gusto por la canción y los elementos populares del romancero, tanto en los temas elegidos como en la imitación del estilo, seguramente influenciados por la educación musical de la jo-

[14] Félix Ríos, "Los teatros artísticos: la propuesta dramática de Claudio y Josefina de la Torre", en Durán Angulo, Javier, (Dir.) y Salerno, Cecilia, (Coord.), *Actas del Seminario Josefina de la Torre Millares. La última voz del 27*, Tenerife, Nueva Gráfica, 2008, pp. 38-39.

[15] Este hecho no es anecdótico, pues, a diferencia de otras mujeres de su generación, Josefina de la Torre va a poder estudiar y desarrollar su intelecto sin apenas encontrar resistencias; a diferencia del caso, por ejemplo, de Concha Méndez, cuya familia se opuso a su formación y a su vocación poética y tuvo que enfrentarse a ellos, tal y como se recoge en sus memorias en Paloma Ulacia Altolaguirre, *Concha Méndez. Memorias habladas, memorias armadas,* Sevilla, Editorial Renacimiento, 2018. Un caso semejante al de De la Torre sería el de Ernestina de Champourcin, cuya familia con raíces aristocráticas, culta y liberal, le proporcionó una educación internacional que le permitió dominar desde muy pequeña el inglés y el francés y sus primeras incursiones en la literatura fueron también muy aplaudidas por sus padres. En Rosa Urtasun, "Introducción", en Champourcin, Ernestina de y Conde, Carmen, *Epistolario (1927-1995)*, Madrid, Editorial Castalia, 2007, pp. 7-54.

[16] Este poemario ha sido estudiado por Fermín Domínguez Santana, "Memoria de la infancia en la primera poesía de Josefina de la Torre y Domingo López Torres", en García-Aguilar, Alberto y Castells-Molina, Isabel, (eds.), *Josefina de la Torre y su tiempo*, Berlín, Peter Lang, 2021, pp. 103-122 y, en más profundidad, por nosotros, en Patrón Sánchez, Marina, "La configuración de la voz poética de Josefina de la Torre a través de sus primeros poemarios", *Impossibilia. Revista Internacional de Estudios Literarios*, 2022, pp. 129-154.

ven poeta. Lo primero que llama la atención es que todos los poemas están titulados y fechados (práctica que luego abandonará), lo que nos permite datar su escritura entre 1916 y 1918, y que la gran mayoría están dedicados a miembros de su familia o amigos. Este hecho nos permite relacionar estas composiciones con la poesía de circunstancia y de salón, pues tal y como señala Marta Palenque este gesto era propio de la "poesía en sociedad", es decir, aquella concebida para ser leída en las reuniones a las que acuden los homenajeados y que generalmente son laudatorias de su persona,[17] tal y como es el caso de muchos de los versos de este primer poemario de De la Torre. *Poesías ingenuas* se presenta como un compendio de recuerdos y afectos infantiles, de juego, experimentación y aprendizaje, concebido más como entretenimiento para leerlo y regalarlo a su familia en las reuniones que celebraban en su casa que como un ejercicio literario serio. Y quizás, debido a esto, Josefina de la Torre no volvió a considerar publicarlo una vez superada esta etapa, por eso ha permanecido inédito hasta su aparición en el primer volumen de las *Poesías completas* de la canaria en 2020.

Durante estos primeros años de escritura poética de De la Torre se estaba produciendo en Canarias lo mejor del modernismo insular gracias a la pluma de Alonso Quesada (seudónimo de Rafael Romero), Tomás Morales y Saulo Torón, grandes amigos de Claudio de la Torre,[18] el hermano predilecto de Josefina, y que también eran asiduos de las reuniones que se celebraban en su casa. Ellos fueron los primeros lectores de sus versos y "los primeros animadores" de su actividad poética.[19] La canaria sintió una profunda admiración por ellos y les dedicó varios poemas: a Quesada "La sombra de la maja", a Morales "Alrededor, junto a la lámpara" (publicado el 9 de abril de 1920 en el periódico *La Jornada* de Las Palmas) y a Saulo Torón, con quien mantendría una amistad de por vida, el poema "Tristeza y Soledad".[20] Es por esto por lo que sus

[17] Para diferenciar estos dos tipos de poesía seguimos lo establecido por Marta Palenque, *El poeta y el burgués (Poesía y público, 1850-1900)*, Sevilla, Ediciones Alfar, 1990, pp. 43-44: mientras que la poesía de salón se escribiría con una finalidad fundamentalmente lúdica, era improvisada y tenía un carácter anecdótico y en la que sobre todo destacó como autor Antonio Grilo; la poesía de circunstancias tenía como objetivo agasajar o felicitar a alguien, pero su composición era más reflexionada y se podían encontrar "versos de *calidad*".

[18] Eugenio Padorno, "Josefina de la Torre, ¿Última voz del modernismo canario?", en Durán Angulo, Javier, (Dir.) y Salerno, Cecilia, (Coord.), *Actas del Seminario Josefina de la Torre Millares. La última voz del 27*, Tenerife, Nueva Gráfica, 2008, pp. 21-36.

[19] Declaraciones de la autora recogidas de una entrevista concedida a José Javier Durán para *La Provincia* de Las Palmas el 30 de agosto de 1984.

[20] Josefina de la Torre Millares, *Poesía completa*, Volumen I, Madrid, Torremozas, 2020, pp. 62-63.

versos y su presencia van a ser la primera gran influencia en la poesía de Josefina de la Torre.

No obstante, el primer poema que publicó la joven artista estuvo dedicado a otro isleño: "A la muerte de don Benito [Pérez Galdós]" aparecido en el periódico *La Jornada* el 20 de enero de 1920. La precocidad poética de la joven artista no había pasado desapercibida y el 2 de septiembre de 1917, Margarita Nelken la dio a conocer en un artículo del periódico *El Día* de Madrid titulado "Una poetisa de ocho años". En el texto autobiográfico inédito titulado *Diario de mi vida* (bajo custodia familiar), Josefina de la Torre recuerda esta publicación con una emoción indescriptible, ya que no dejaba de sorprenderle el interés de la escritora por sus versos: "Yo le había escrito alguna vez y le enviaba poemas. Ella encontrándome un mérito que yo desconocía, escribió y publicó trozos de mis primeros poemas. Así me dio a conocer". A partir de este primer reconocimiento, la presencia de la niña poeta va a ser una constante en la prensa, sobre todo canaria. Durante toda su vida, Josefina de la Torre fue una gran coleccionista de recuerdos y ella misma se preocupó por conservar todas estas noticias que empezaron a publicarse en su infancia y continuó hasta sus últimos años, ordenándolas en distintos álbumes que ahora se conservan en el FJT y que nos han permitido reconstruir sus múltiples y variadas actividades durante estos años.

Y es que, en paralelo a su actividad poética, Josefina de la Torre debutaría también muy tempranamente como intérprete: con tan solo trece años participó en el concierto que organizó su tío, el célebre barítono Néstor de la Torre, en 1920 junto a sus hermanas María Rosa y Elisa.[21] Dos años después volvemos a encontrar a las tres hermanas subidas a un escenario tomando parte en el concierto organizado por la Filarmónica de Las Palmas en el verano de 1922 en homenaje al compositor francés Camille Saint-Saëns, fallecido en diciembre del año anterior. "Como era natural, siempre se contaba con nosotros para estos casos", recordaba María Rosa en sus memorias[22] pues las tres hermanas eran muy conocidas y requeridas por sus dotes musicales. En la primera parte de este concierto, Josefina tocó el piano y en la segunda parte apareció en la orquesta de los segundos violines: "Esto fue una verdadera «osadía», pues yo solo rascaba el violín, que por entonces estaba aprendiendo a tocar", recuerda la escritora en su diario. Sin embargo, consiguió salir airosa y su actuación fue muy celebrada en la prensa.

[21] Alejandro Coello Fernández, "Josefina de la Torre y las artes escénicas: apuntes de una trayectoria vital sobre las tablas", en García-Aguilar, Alberto y Castells-Molina, Isabel, (eds.), *Josefina de la Torre y su tiempo*, *op. cit.*, p. 126.

[22] María Rosa de la Torre, *Recuerdos de niñez y juventud (1903-1924)*, *op.cit*. p. 121.

Durante estos años su nombre no va a dejar de aparecer en los periódicos, tomando parte en los más diversos conciertos, recitales y actos sociales, así como publicando poemas esporádicamente, lo que da cuenta de su paulatina consolidación como una de las figuras públicas más reconocidas de Las Palmas. Así, si nos asomamos a uno de sus álbumes de recortes, vemos a una Josefina de la Torre con 17 años participando en el concierto benéfico celebrado en el Círculo Mercantil de Las Palmas el 6 de agosto de 1924; o en enero de 1925, tras participar en un festival benéfico celebrado en el Teatro Cuyás, la crítica escribió sobre ella: "no es posible pedir mayor dominio escénico, mayor sentido de la plástica y del donaire, más completa intuición artística: todo en ella fue un derroche de elegancia, de intención, de frescura de voz" (FJT s.s.). El éxito que De la Torre tenía en estas actuaciones era tal que muchas veces tenía que repetir las piezas que acababa de interpretar a fuerza de ovaciones, como le ocurrió durante el concierto de clausura de la exposición del escultor Manuel Ramos el 24 de mayo de 1926. Su popularidad iba en aumento hasta el punto de que el 28 de marzo de 1927, el periódico *El Liberal* de Las Palmas reseñó el concierto organizado por la profesora de piano Cesarina Serrano en el Teatro Circo Cuyás de la siguiente manera: "La Srta. De la Torre, ya *conocida por todos*,[23] tuvo un triunfo más que añadir a los tantos recibidos. Con verdadera maestría en canto y música ejecutó los números del programa a ella encomendados, viéndose en la necesidad de aumentarlo por los aplausos recibidos".

Los viajes a Madrid (1924-1932)

La fama que Josefina de la Torre estaba cosechando en su isla no tardó en llegar a la capital. Margarita Nelken volvió a alabar a "la poetisa niña" en otro artículo en *La Esfera* en 1924, precisamente el año en el que De la Torre viajó por primera vez a Madrid y donde por fin pudo conocerla. Ese año, su hermano Claudio recibió el Premio Nacional de Literatura por su novela *En la vida del señor Alegre* y se organizó un viaje de la familia a la capital para celebrarlo todos juntos. Gracias a uno de los escritos autobiográficos de Josefina que se conservan en el FJT (JMSL 167), podemos reconstruir gran parte de esta primera experiencia viajera de la poeta y de los acontecimientos que vivió. En Madrid no solo entabló amistad con Margarita Nelken, sino también con Enrique Díez-Canedo, Clemencia Miró, Dámaso Alonso, Cipriano Rivas Cherif

[23] El destacado es nuestro.

y Juan Chabás, del que se enamorará casi desde el primer instante y con el que mantendrá una intensa relación epistolar hasta 1930. En este viaje también visitarán Sevilla, donde estuvieron acompañados por Pedro Salinas. Rodeada de este ambiente tan propicio, Josefina de la Torre no dejó de escribir poemas y de interpretar canciones para sus nuevos amigos. "Era feliz", confiesa sencillamente.

De vuelta en Madrid, sigue visitando museos, dando paseos por la Casa de Campo, ofreciendo recitales en el taller de su primo Néstor y acudiendo a cafés donde se celebraban charlas y se leían poemas. De la Torre se integró sin problemas en la vida cultural y transitó por los espacios públicos y privados con bastante soltura a pesar de su juventud, aunque siempre bajo la supervisión de su hermano Claudio. A pesar de que los círculos intelectuales, por norma general, estaban cerrados a las mujeres, estas podían acceder a ellos si lo hacían acompañadas por un hombre, aunque, en esos años, tan solo había dos tertulias abiertas a las mujeres: la Cacharrería del Ateneo y la Granja del Henar.[24] Como ha estudiado Moreno Lago "adentrarse en la cultura del «café» y las tertulias suponía participar activamente en el desarrollo de las vanguardias y las nuevas corrientes artísticas",[25] y De la Torre no perdió la oportunidad de formar parte de ellas, ampliando de esta manera sus influencias canarias.

Tras su vuelta a Las Palmas, De la Torre comenzó un intercambio epistolar con Juan Chabás, que duraría hasta el final de su relación en 1930. Con él estuvo a punto de casarse, pero la oposición de su familia, su propia juventud y las dudas la disuadieron de hacerlo. No obstante, Chabás fue el primer gran amor de la canaria y además le ayudó con la publicación de sus dos primeros libros de poemas, *Versos y estampas* (1927) y *Poemas de la isla* (1930). Este último, sin embargo, tuvo problemas de distribución, pues el final de la relación coincidió con los últimos retoques de la edición y Chabás, con el corazón destrozado, se desentendió de él por completo.[26]

De nuevo en casa, Josefina de la Torre va a reincorporarse a la vida pública con renovadas fuerzas. En 1927 se producirán dos grandes hitos en su carrera como artista: el primero es la publicación de su poema-

[24] Shirley Mangini, *Las modernas de Madrid. Las grandes intelectuales españolas de la vanguardia*, Barcelona, Península, 2001, p. 148.

[25] Eva Moreno Lago, *Hijas de España: vidas y autobiografías de las intelectuales de la Edad de Plata*, Madrid, Dykinson, 2021, p. 113.

[26] Las cartas que Juan Chabás envió durante estos años a Josefina de la Torre fueron conservadas por la poeta durante toda su vida y actualmente se encuentran custodiadas por su familia. Las cartas de De la Torre a Chabás se han perdido.

rio *Versos y estampas* como octavo suplemento de la revista malagueña *Litoral*, fundada por Manuel Altolaguirre y Emilio Prados, y costeada por ella misma.[27] El hecho de ser publicado en esta revista "da noticia de la inclusión de De la Torre en la, entonces incipiente, generación del 27".[28] Esta inclusión vendría a refrendarse además por ir acompañado de un prólogo de Pedro Salinas, titulado "Isla, preludio, poetisa", en la que le otorgaba el sobrenombre de "muchacha-isla" que ostentaría con orgullo toda su vida. De esta manera, aunque De la Torre seguía en Las Palmas, no dejaba de dirigir su mirada hacia Madrid, desde donde le llegaban noticias gracias a Claudio y Chabás. Allí su libro estaba cosechando excelentes críticas por su originalidad, pues en él mezclaba prosa y verso como también había hecho Juan Ramón Jiménez en *Diario de un poeta recién casado* (1917). En una entrevista concedida en 1984, la propia De la Torre reconoció que este libro estuvo muy influenciado por la lectura del poeta de Moguer y su *Platero y yo*:

> Tomás Morales y Alonso Quesada me animaron, ya yo en aquellos tiempos admiraba mucho el modernismo de Morales, su capacidad descriptiva de la ciudad, el puerto, los bazares de los hindúes, pero también me veía como una poetisa con un espíritu clásico, que no llegaba a la exuberancia modernista de él, en definitiva, me acercaba mucho más al humanismo poético de Juan Ramón Jiménez.[29]

Con este primer poemario, Josefina de la Torre se convirtió en una de las voces canarias emergentes[30] y en él se rastrea de una forma clara la influencia del modernismo canario.

El segundo hito que va a tener lugar este año está relacionado con su actividad como intérprete: la fundación del Teatro Mínimo, también llamado Teatro de Cámara de Josefina de la Torre, en su casa de la playa de Las Canteras. Los teatros caseros no eran ninguna novedad en la familia Millares que llevaba organizando representaciones teatrales y conciertos en su hogar desde la época del abuelo de la poeta, Agustín

[27] Manuel Altolaguirre, *Epistolario 1925-1959*, Edición de James Valender, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2005, p. 103.

[28] Fermín Domínguez Santana, "Memoria de la infancia en la primera poesía de Josefina de la Torre y Domingo López Torres", en García-Aguilar, Alberto y Castells-Molina, Isabel, (eds.), *Josefina de la Torre y su tiempo*, *op. cit.*, p. 106.

[29] Declaraciones de la autora recogidas de una entrevista concedida a José Javier Durán para *La Provincia* de Las Palmas el 30 de agosto de 1984.

[30] Ernesto Giménez Caballero, *Revista literaria ibérica. Revista de las Españas*, 31 de diciembre de 1927.

Millares Torres, que fue notario, historiador, músico, periodista y dramaturgo. Josefina también había participado en *El Teatrillo*, organizado en casa de su tío Luis Millares. Por eso, a sus veinte años, De la Torre decidió hacer lo mismo acompañada por sus hermanos. Los teatros de cámara, familiares e íntimos en domicilios particulares de importantes intelectuales y escritores fueron una práctica habitual en el primer tercio del siglo XX, como lo atestiguan el Teatro Íntim de Adriá Gual, "el primer hombre de teatro español equiparable a los grandes creadores europeos";[31] El Caracol de Rivas Cherif en la Sala Rex; El búho de Max Aub; El Teatro Fantasio de Pilar de Valderrama y Rafael Martínez Romarate, que adaptaron su casa para albergarlo y en el que sus hijos eran los principales actores, junto a otros familiares y amigos;[32] o El Mirlo Blanco de la familia Baroja, que utilizaron su salón-comedor para llevar a cabo las representaciones.

El Teatro Mínimo se inauguró el 10 de agosto de 1927 con la obra *El viajero* de Claudio de la Torre[33] en la que participó toda la familia con un vestuario diseñado el primo Néstor de la Torre. Además de esta obra, hasta la última puesta en escena de la que tenemos constancia en 1936,[34] en el Teatro Mínimo se representaron, aunando "intensidad interpretativa con sencillez escénica", obras internacionales como *Hacia las estrellas*[35] de Andreiev; *La Gran Catalina* de Bernard Shaw y *Jinetes hacia el mar* de John Singe;[36] así como otras firmadas por Claudio como *Ha llegado el barranco*. Este teatro familiar no solo va a suponer un primer acercamiento de Josefina de la Torre de manera profesional al mundo de la actuación, profesión de la que ya no se va a desligar, sino que además supuso todo

[31] César Oliva, *Teatro español del siglo XX*, Madrid, Editorial Síntesis, 2004, p.66.

[32] *Ibídem*, p. 69.

[33] Esta obra ya se había estrenado el 20 de junio de 1926, precisamente, en el teatro El Mirlo Blanco, siendo el director de la obra y uno de los personajes Cipriano Rivas Cherif, muy amigo de los hermanos De la Torre.

[34] Por lo que hemos podido averiguar, la última representación del Teatro Mínimo tuvo lugar el 12 de enero de 1936, en la que se llevaron a escena *La Estrella, el Tiempo, el Reloj y el Gallo* de Claudio de la Torre, *Las sombras pasan* de Josefina de la Torre y *Noche de ánimas* de Mercedes Ballesteros.

[35] El programa de esta representación se conserva en el FJT bajo la signatura JMSL 36 y en él se da cuenta de las representaciones teatrales (que en un mismo día podían ser varias, como en este caso, que además de la obra de Andreiev, se representó *Ha llegado el barranco* de Claudio) y de los conciertos musicales ofrecidos por las hermanas De la Torre, sobre todo de autores rusos.

[36] Rafael Fernández Hernández, "Lazos dialógicos de Claudio y de Josefina de la Torre", en Durán Angulo, Javier (dir.) y Salerno, Cecilia, (coord.), *Actas del seminario Josefina de la Torre Millares. La última voz del 27*, Tenerife, Nueva Gráfica, 2008, pp. 89-108.

un revulsivo para la escena teatral de Las Palmas de Gran Canaria y fueron varios los medios que destacaron su "labor fermentadora" intentando renovar el teatro de la época. Su fama se extendió más allá de la isla y llegó hasta Madrid. Precisamente, el diario *La Voz* se hizo eco de su fundación el 21 de octubre de 1927 y, un año después, el diario *El País* de Las Palmas, en un artículo firmado por J. el 14 de octubre, señalaba que el Teatro Mínimo "no limita sus actividades a las meramente escénicas, sino que en él reciben idéntico y fervoroso culto la música y la poesía" y añadía que "en la última representación, Josefina de la Torre puso a unos *Romances Gitanos* de García Lorca la expresión cálida y las inflexiones matizadas que requiere la sollamada esencia romántica de los poemas. Hubo también canto y música". Tal y como señala Reverón Alfonso el Teatro Mínimo fue escenario de actividades artísticas, lugar de recitales poéticos, sitio de reunión, de tertulias literarias y de conciertos.[37]

La consagración como poeta

Tras otra breve visita a Madrid y a París en 1927, De la Torre volvió a centrarse en la poesía para publicar en 1930 su segundo poemario, *Poemas de la isla*, que supondría su consagración como poeta. Este libro está considerado como "el conjunto de poemas más vanguardista de la poesía canaria"[38] ya que posee un tono más depurado con unos versos abstractos e intelectualizados que evidencian la influencia de las vanguardias y de la Generación del 27, a cuyos miembros había estado frecuentando durante estos años. Y es que, a pesar de que algunos críticos han querido alejar su poesía de la Generación del 27, nosotras opinamos como Martín Fumero, quien sostiene que Josefina establece "un enriquecedor diálogo entre la tradición y la vanguardia".[39] *Poemas de la isla* fue su última obra poética en Las Palmas, ya que sus dos poemarios posteriores, *Marzo incompleto* (1968) y *Medida del tiempo* (1989) sería escritos en Madrid, aunque, paradójicamente, publicados en editoriales canarias.

En la década de los treinta, Josefina de la Torre no solo era una reconocida poeta, sino también una admirada intérprete y uno de los personajes públicos más importantes y admirados de Las Palmas. Esto era así hasta el punto de que, a finales de 1930, fue invitada por

[37] Juan Manuel Reverón, *Vida y obra de Claudio de la Torre*, *op. cit.*, p. 109.

[38] José Manuel Martín Fumero, *Las "otras voces" de la lírica insular de vanguardia,* Tesis Doctoral, Universidad de la Laguna, 2010, p. 428.

[39] *Ibídem*, p. 352.

Federico León, presidente del Círculo Mercantil,[40] para que colaborara en la organización de los actos en homenaje a Benito Pérez Galdós a los diez años de su muerte. La Velada Galdosiana[41] tenía previsto celebrarse el 8 de enero de 1931 y en ella la poeta tuvo un papel muy activo como organizadora y se ocupó, además, de reclutar a otras mujeres para que aparecieran en las representaciones teatrales. El periódico *La Crónica*, con ese tono galante que la prensa de la época adoptaba al hablar de mujeres eminentes y sobre todo jóvenes, recoge la noticia de una de estas reuniones organizativas, señalando que "la poetisa Srta. Josefina de la Torre […] presta no solo su inteligencia, sino la alegría que comunica a estas reuniones con su simpatía y hermosura". Además de su labor organizativa, De la Torre participó en dos de las cuatro partes en las que estaba dividido el espectáculo celebrado en el Teatro Pérez Galdós: primero en la parte musical, cantando "Yo quiero a un hombre con toda el alma" del Maestro Caballero y "El Barberillo de Lavapiés" de Barbieri; y después, en la segunda parte, interpretando el papel de "Rosario de Trastámara" en *La de San Quintín*.

El destacado papel que tuvo Josefina de la Torre en este importantísimo homenaje fue tal que todo el evento se retrasó una semana porque cayó enferma con fiebre alta. "Alguien —no recuerdo quién—", escribe la poeta en unas cuartillas (FJT s.s.) "opinó que el acto debía celebrarse sin mí. Y fue nuestro gran amigo Luis Ley,[42] quien dio la batalla por mí, alegando que, puesto que yo había sido la promotora y luchadora de la idea, se debía esperar a mi restablecimiento". Y así fue. En cuanto Josefina se recuperó de la enfermedad, se llevó a cabo el homenaje previsto. Este hecho da cuenta de la alta estima, la influencia y la consideración de la que gozaba De la Torre en su isla, aun siendo una mujer tan joven, pero con una trayectoria artística tan destacada y consolidada.

Mudanza a Madrid y estancia en París (1932-1934)

Hasta el estallido de la Guerra Civil, Josefina de la Torre no va a dejar de tomar parte en todas las actividades culturales que se le presentaron. En junio 1931, Claudio de la Torre se mudó a los estudios de

[40] El acta de la reunión en la que se establece este nombramiento fue publicada en prensa y debidamente recogida en el álbum de Josefina de la Torre.

[41] El programa de este homenaje se conserva en el FJT bajo la signatura JSL 09-22.

[42] Luis Ley Wood (1902- 1965) fue un destacado hombre de negocios y comerciante de la isla, amigo de la familia.

la Paramount Films, en Joinville-Le Pont, para sustituir al escritor catalán Josep Carner i Ribalta.[43] Esta nueva ubicación de la productora se había inaugurado en 1929 como una "sucursal" europea, coinvirtiendo así esta pequeña población francesa en el Hollywood del viejo continente.[44] Con la llegada del cine sonoro, la industria de Hollywood se sintió amenazada por la posible pérdida de su mercado internacional, ya que en varios países de Europa se comenzaron a producir películas en sus propias lenguas en detrimento de las americanas. Es por esto por lo que se fundó este estudio de la Paramount en Francia: primero para rodar versiones múltiples de las mismas películas en distintas lenguas, pero ante el fracaso de las mismas, se reconvirtieron en estudios de doblaje. En París, Claudio encabezó la delegación española para realizar trabajos de adaptación como encargado del Departamento de Escenificación,[45] luego como supervisor de producción, y, por último, como director de cine.[46] Josefina no tardaría mucho en ir a visitarle junto a su madre[47] y quedaría fascinada por la nueva industria emergente y el propio Dick Blumenthal, productor asistente de Robert Kane, director general de la Paramount en París,[48] le enviaría una carta el 10 de agosto de 1931 en la que agradecía su visita a los estudios y le expresaba su deseo de volver a verla pronto (FJT JSML 19).

Gracias a que se conservan varias páginas de su diario del año 1931 (FJT sin signatura), podemos conocer la inquietud que atenazaba a De la Torre durante esta época: tan solo ansiaba encontrar un trabajo y sentirse útil. A pesar de la intensa vida social que llevaba en Las Palmas, Josefina de la Torre necesitaba más, estaba insatisfecha con su vida.[49]

[43] Alejandro Ávila Bello, *Historia del doblaje cinematográfico*, Barcelona, Editorial CIMS, 1997, p. 63.

[44] Christian Brieu, Laurent Ikor y J. Michel Viguier, *Joinville, le cinéma: le temps des studios*, Paris, Ramsay, 1985, p. 8.

[45] Esteve Riambau y Casimiro Torreiro, *Guionistas en el cine español. Quimeras, picarescas y pluriempleo*, Madrid, Cátedra / Filmoteca Española, 1998, p. 546.

[46] Reveron Alfonso, *op. cit*, p. 197.

[47] Enrique Ramírez Guedes, "Josefina de la Torre: una estrella fugaz", en Mederos, Alicia (coord.), *Los álbumes de Josefina de la Torre. La última voz del 27*, Madrid, Gobierno de Canarias y Residencia de Estudiantes, 2001, p. 45.

[48] Harry Waldman, *Paramount in Paris. 300 Films Produced at the Joinville Studios, 1930-1933, With Credits and Biographies*, Maryland, Scarecrow Press, 1998, p. 53.

[49] En esta misma situación debieron encontrarse muchas de sus contemporáneas, como Constancia de la Mora, para quien la vida de una joven de buena posición social y económica no era suficiente: "Deseaba tener algo en qué ocuparme, alguna cosa en qué consumir mis energías. No tenía nada en qué pensar y de ninguna manera podía sentirme satisfecha con la vida que mis padres me habían trazado: salir de compras por

Quería convertirse en una artista profesional, ganar dinero y ser independiente, pues era la única manera que tenía de probarse a sí misma su valía y comprobar si de verdad tenía ese talento que tanto le elogiaban, más allá de círculos familiares y sociales escogidos. La niña prodigio, convertida ahora en toda una mujer moderna, necesitaba salir al mundo. Pero su madre y Claudio se oponían.[50] A Josefina no le quedaba más remedio que aprender a convivir con su frustración y sus anhelos mientras esperaba a que cambiaran de opinión.

"Una y mil veces más no quiero ser niña de lujo ni mujer inútil",[51] escribe la artista en su diario inédito. "No he tenido la suerte de otras mujeres, de encontrar un buen marido. No soy rica y no puedo vivir a costa de mis hermanos. Quiero por lo tanto ganarme la vida. ¿Cómo? En lo que yo puedo y sé. Concierto o teatro. Y no hay que pensarlo más porque los años se van", se lamenta. Pero tampoco quiere resignarse y escribe con decisión:

> Siento que a mis 24 años no es conveniente ya dejarlo todo a la espera y al mañana. Hay que actuar con decisión, de forma inmediata, junto al "hoy". Nunca dar lugar al arrepentimiento tardío. Se me dijo que si en julio no solucionaba mi vida, podía irme a Joinville con Claudio. Estamos en agosto y aún no hay horizonte de esa solución. ¿Por qué no dejar a mi instinto, a mi impulso, a mi indudable destino? ¿Tendré que luchar así eternamente?

Con esta declaración queda claro que De la Torre quería empezar una carrera en el mundo del cine o del teatro, ya que, de momento, el matrimonio para ella no era una opción, pues aún no había encontrado al candidato idóneo, y no quería depender de nadie más que de ella misma. Resulta llamativa esta situación de la poeta, pues si bien su familia alentó desde niña su vocación artística, ahora no se mostraban demasiado entusiasta ante la perspectiva de que se dedicara profesio-

---

las mañanas, de paseo en coche por las tardes, luego a tomar el té y al cine o al teatro y algunas noches a la ópera, donde teníamos abonado un palco durante la temporada" en Constancia de la Mora, *op. cit*, p. 85.

[50] Al fallecer el patriarca Bernardo de la Torre en 1929, Claudio de la Torre se había convertido en el cabeza de familia y en el responsable de su hermana pequeña, la única que seguía soltera.

[51] No debería sorprendernos encontrar la misma queja en las memorias de Carmen Baroja quien también sufrió a lo largo de su vida los tormentos de la insatisfacción: "Tenía de joven la obsesión de mi inutilidad y de que el tiempo pasaba sin hacer yo nada de provecho" Carmen Baroja, *Recuerdos de una mujer de la Generación del 98*, Amparo Hurtado, (ed.), Barcelona, Tusquets, 1998, p. 57.

nalmente a cumplir sus sueños. Como señala Alba Gómez García, las actrices siempre fueron las peor paradas por los prejuicios conservadores existentes en torno a la figura de los comediantes, ya que su conducta liberal era incompatible con las atribuciones conyugales y maternales del modelo de mujer tradicional y no era una ocupación a la que debiera dedicarse una joven de su posición.[52] Ante la inquietud de su hermana, Claudio le escribió el 31 de agosto de 1932 que comprendía su ansiedad, pero que no pensara en el cine: "Nunca, por lo menos, tendrás mi consentimiento", anunciaba tajante. Claudio le prohibía ser actriz de cine, pero le ofrecía aprender el oficio de ayudante de dirección o que se convirtiera en escritora o técnico de cine, pero, antes de que Josefina pudiera hacerse ninguna ilusión, se apresuraba a indicarle que no era un buen momento para que fuera a París. "Me parece que aún debieras intentar de nuevo la experiencia de Madrid, pero en grande, a ver si encuentras un buen marido, que es lo que más me gustaría". Así que Claudio le propone tomarse el año para que lo busque y si no lo consigue, como él cuenta con hacerse un nombre en la industria, su hermano Bernardo y ella podrán irse con él a Joinville.

Y, aunque Claudio le ofrece ir a Madrid, es con deberes y limitaciones, por supuesto:

> Me escribirás, por lo menos, cada semana, dándome cuenta día por día, de lo que haces. Nada de vida idiota de señorita detrás de un novio. Vida de mujer que, si además se encuentra "todo un hombre", mucho mejor. Pero, esto, por añadidura. Lo principal es tu trabajo. […] Nada de salir con pollos sola. Pero sí ir sola, si nadie te acompaña, a ver en sus casas a tus amigos, tés particulares, etc., etc. Elije bien las amistades. Y, de resto, trabajar.

Aunque Claudio quería que su hermana cultivara sus dotes artísticas, siempre en un plano interior, ponía mucho cuidado en recordarle que su principal tarea como mujer era casarse y tener hijos, lo que seguramente provocaría mucho estrés en la joven que vería como un fracaso su soltería. Sin embargo, Josefina decidió aprovechar el ofrecimiento de su hermano y el 15 de octubre de 1932 viajó de nuevo a la capital con su madre, lo que le causó un gran regocijo, pues allí le surgía "la vida ´mía´, la que me gusta y la que deseo, con oportunidades, ocasiones…".

Gracias a las anotaciones en su diario podemos conocer las actividades que desarrolló allí y los éxitos que cosechó, que vendrían a refrendar

[52] Alba Gómez García, *Vivir del teatro. Los exilios de Josita Hernán*, Madrid, Bala Perdida Editorial, 2021, p. 35.

su decisión de convertirse en una artista profesional. Uno de estos actos va a ser el recital de poesía y canto que ofrece el 12 de noviembre en uno de los espacios públicos más destacados del momento para las mujeres: el Lyceum Club. Poco después repite la hazaña en la Residencia de Estudiantes: el 3 de diciembre vuelve a dar un recital en el que recibe grandes ovaciones e incluso los estudiantes la esperan a la salida para recibirla entre aplausos. A pesar de estos grandes éxitos, tanto su madre como Claudio siguen mostrándose inamovibles en su oposición a que la benjamina de la familia profesionalice su talento: "Me ha dicho Óscar Esplá que cuando quiera me presenta en el Calderón como cantante de ópera. Me quedé ilusionadísima, pero Mamá y Claudio me lo han echado abajo. No quieren nada con las tablas", escribe en su diario desolada.

Tras una breve estancia en Las Palmas, Josefina y su madre vuelven a Madrid en febrero de 1933 y se mudan a la moderna Colonia Parque-Residencia en los Altos del Hipódromo, cerca de la Castellana.[53] A su llegada a la capital, Josefina de la Torre no pierde el tiempo y corre a reunirse con sus viejos amigos. Así, no tarda en ver a Salinas, a quien enseña sus nuevas composiciones, y participa en numerosos actos y eventos culturales, como en el recital de la artista cubana Dalia Iñíguez en el Lyceum Club en febrero de 1934, donde coincide con Zenobia Camprubí, a quien admiraba profundamente.[54] Sin embargo, en marzo de ese año su vida dará un vuelco: por mediación de Claudio, Josefina se trasladará brevemente a París para ser primera actriz de doblaje: "Y así, de la noche a la mañana, se decidió que fuese yo a París a doblar a Dorothy Wieck en su película *Han robado el hijo de Miss Fane* [sic]". Allí conocerá al actor Gabriel Algarra, al director Julio Fleischner y a Luis Buñuel, con quien comenzará una relación sentimental que se verá truncada por el embarazo de Jeanne Rucar, la pareja de Buñuel con la que llevaba conviviendo siete años, lo que forzó su matrimonio. A pesar de esta nueva desilusión sentimental, la canaria se reveló como una gran actriz de doblaje, lo que le sirvió para conseguir un puesto a su vuelta como secretaria de la Paramount para traducir diálogos del inglés. Este trabajo supone una inmensa alegría para Josefina, tal y como se lo cuenta por carta a su amigo Saulo Torón el 18 de junio de 1934:

[53] Gabriele Morelli, *Historia y recepción de la antología poética de Gerardo Diego*, Valencia, Pretextos, 1997, p. 181.

[54] La propia poeta lo confesó en el escrito que envió al número 4 de la revista *Capela. Boletín de Información Personal de un Hombre que Vive en el Campo* en abril de 1959 en el que recuerda cómo conoció a Zenobia Camprubí, Constancia de la Mora e Ignacio Hidalgo de Cisneros.

> Ya sabrás que estoy trabajando mucho […] con Claudio en las oficinas de Paramount. Entramos a las 9 y media hasta la 1, y luego, de tres y media a 7. Yo estoy haciendo la traducción del diálogo inglés y la adaptación al español sobre la película. Estoy ganando un gran sueldo y no te imaginas lo contentísima que estoy y lo que me encanta tener las horas ocupadas y mi tiempo distribuidos, y saber que soy útil y sirvo para algo.[55]

El año de 1934 le trajo también a la poeta otras dos grandes alegrías: su inclusión en la segunda edición de la antología *Poesía española. Antología (Contemporáneos)* de Gerardo Diego en 1934,[56] que la situaba como miembro de pleno derecho de la nueva generación poética y en la de *Poètes espagnols d'aujourd'hui* editada el mismo año por Mathilde Pomès,[57] en las que ella es la única mujer que aparece dos veces, reivindicando así su estatus de poeta nacional e internacional.[58] En la antología de Diego, De la Torre, que junto a Ernestina de Champourcin representaban la poesía escrita por mujeres,[59] aprovechó este espacio que se le brindaba para presentarse como la artista total que era y defender su breve pero intensa trayectoria artística:

> Escribí mi primer poema a los siete años y desde entonces he seguido escribiendo. He sido siempre muy aficionada a la música y desde muy pequeña he cantado. Mis estudios de música fueron: violín, piano y guitarra. […] He cantado en muchos conciertos y veladas benéficas de mi tierra. Recuerdo la celebrada en memoria de Pérez-Galdós. Se puso en escena *La de San Quintín;*

[55] Las cartas enviadas a Saulo Torón están digitalizadas y pueden consultarse en abierto en su Archivo de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria: Archivo Saulo Torón. Disponible en: https://mdc.ulpgc.es/cdm/landingpage/collection/asautor.

[56] Para un análisis pormenorizado de esta antología, remitimos a Garrote Bernal (2021).

[57] Gracias a una serie de cartas conservadas en el FJT y en la Biblioteca Nacional de España sabemos que Josefina de la Torre y Mathilde Pomès compartieron una bonita amistad que se prolongó a lo largo de los años.

[58] Fran Garcerá, "«Me gusta dibujar. Juego al tennis. Me encanta conducir mi auto»: Josefina de la Torre, poeta de la Edad de Plata", en Torre Millares, Josefina de la, *Poesía completa*, Volumen I, *op. cit.*, 2020, p. 27.

[59] Como señala Raquel Fernández, Diego hubo de lidiar con ciertas "presiones" para que no incorporara a mujeres en su *Antología* de 1934. Al incluir solo a dos poetas, se mantenía la impresión de que se encontraban en los "márgenes de la excepcionalidad". Sobre la incorporación de estas dos autoras a la antología, recomendamos la lectura del artículo de Fernández Menéndez "«Umbrales» de la antología: autoría y género en las poéticas de Ernestina de Champourcín y Josefina de la Torre", *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, núm. Extraordinario 5, 2019, pp. 120-137.

> representé el papel de "Rosario". En 1932, en Madrid, he dado dos recitales, en el Lyceum Club Femenino y en la Residencia de Estudiantes. He tenido en mi casa durante tres años un escenario de cámara: mi *Teatro Mínimo*, del que fue director mi hermano Claudio. […] En este teatrito debuté como recitadora. […] A fines de este año [1927] se publicó mi primer libro *Versos y Estampas*. Así como dirigió Claudio aquel teatro, me guio en mis trabajos literarios siempre. Mi segundo libro, *Poemas de la isla*, se publicó en 1930. Actualmente tengo terminado otro, inédito.[60]

También aprovechó para identificarse como una mujer moderna que conducía, practicaba deporte y sabía cómo divertirse: "Me gusta dibujar. Juego al tenis. Me encanta conducir mi auto, pero mi deporte predilecto es la natación. He sido durante dos años Presidenta del primer Club de Natación de mi tierra. Otras aficiones: el cine y bailar".[61] Como señala Garrote Bernal: "Más que poético, su vanguardismo era vital".[62] Mediante esta inclusión, Josefina quedó ya para siempre ligada al 27, pues esta antología, que tuvo un enorme éxito editorial, forjaba la identidad de una "incipiente generación de autores en gran parte desconocidos o familiares solo en ámbitos reducidos" y fijaba un momento preciso de la historia cultural del país, abriendo "una puerta certera al conocimiento de la poesía española contemporánea".[63]

La vida en la capital se presentaba muy prometedora para Josefina de la Torre. Como ella misma le confesaba en una entrevista a Lula de Lara (1934) todos sus planes eran: "Trabajar, recitar, cantar, escribir, representar obras teatrales en cuantas ocasiones pueda. Mi mayor entusiasmo es la escena". Así, el 21 de febrero de 1935 organizó un concierto con el célebre Cipriano Rivas Cherif titulado *Concierto 1900. Evocaciones fin de siglo* en el Teatro Escuela de Arte del María Guerrero. Todas las críticas fueron favorabilísimas y destacaban el ambiente conseguido, el magnífico traje de la cantatriz y de sus acompañantes y el talento y la manera de cantar de De la Torre, que tuvo que repetir casi todas las interpretaciones a fuerza de ovaciones.

Un mes más tarde, De la Torre se unió de nuevo al Teatro Escuela de Arte de Rivas Cherif para participar en la representación de *Gas* de

[60] Gerardo Diego, *Poesía española contemporánea. (Antología)*, Madrid, Taurus, 1991, pp. 616-617.

[61] *Ibídem*, p. 617.

[62] Gaspar Garrote Bernal, "Open de poesía: Josefina de la Torre en la Antología de contemporáneos de Gerardo Diego, 1934", en García-Aguilar, Alberto y Castells-Molina, Isabel, (eds.), *Josefina de la Torre y su tiempo*, *op. cit.*, p. 90.

[63] Gabriele Morelli, *op. cit.*, p. 32.

Georg Kaiser, en lo que podría considerarse un paso más hacia la profesionalización de su vocación como actriz. El estreno se llevó a cabo el 2 de marzo de 1935 y estuvo dirigida por Felipe Lluch Garín y contó con música de Enrique Casal y figurines de Victorina Durán. Josefina de la Torre, que interpretó a "La madre", recibió muy buenas críticas por su actuación. El propio Rivas Cherif escribió a Arturo Mori, crítico teatral de *El Liberal*, una carta de agradecimiento por las críticas que publicó en este mismo periódico, en la que destacaba que De la Torre era "tan inteligente y sensible actriz como poetisa y cantante".

Finalmente, 1936 empezó para Josefina como un año muy prometedor. El viernes 24 de enero, a las diez y media de la noche, ofreció un concierto en la Residencia de Estudiantes para la Fundación del Amo, acompañada por Enrique Casal al piano. Las críticas que recibió fueron elogiosísimas desde diversos periódicos: en *Blanco y negro* (2/2/1936) se destacó el "gran éxito" de "la bella y notable artista"; y *ABC* (29/1/1936) señaló que "la joven y bella cantante hizo gala de una voz preciosa y de un arte exquisito". La propia De la Torre escribió en su diario el día 25 de enero que había tenido un gran éxito: "El local completamente lleno. Aplausos y bravos entusiastas". El 24 de abril de ese mismo año, Teresa Díez Canedo, le escribía en nombre del Lyceum Club para invitarle a participar en una exposición de libros escritos por mujeres que estaba organizando la Sección Hispano Americana del Club. Esta invitación demuestra la alta consideración como poeta que tenía De la Torre dentro de esta importante asociación. Además, el 18 de junio de 1936, el diario madrileño *El Sol* dio cuenta de su asistencia al homenaje que se le ofreció a Ernestina de Champourcin en esta misma institución, junto a otras grandes autoras como María de Maeztu, Magda Donato, Victoria Kent, Margarita Muntaner, Halma Angélico, Elena Fortún, Clemencia Miró y Carmen Conde, entre otros asistentes; lo que viene a refrendar la importante posición pública que ostentaba en la sociedad intelectual madrileña.

Sin embargo, el estallido de la guerra va a interrumpir la meteórica carrera de Josefina de la Torre, que huirá de la capital para buscar refugio con su familia en Las Palmas. Su ciudad natal sin duda le ofrecía más seguridad que Madrid, pues desde el principio de la contienda estuvo dominada por los sublevados. Allí, De la Torre tendrá que reinventarse para poder sobrevivir y no podrá evitar cumplir con el Servicio Social que, no obstante, le permitirá seguir participando en la vida cultural de la isla. Además, fundará junto a su familia la editorial La Novela Ideal en la que publicará once novelas populares que le aportarán cierta fama como novelista. Pero la canaria no dejará de soñar con volver a Madrid, por eso, recién terminada la contienda, los De la Torre

volverán a la capital, que ya nunca será la misma ciudad que dejaron al marcharse. A pesar de todo, Josefina de la Torre, conseguirá por fin debutar profesionalmente como actriz y dedicará el resto de su vida a intentar hacerse un nombre como escritora y como intérprete para cumplir con esas expectativas que tantos habían depositado sobre ella. Y, aunque nunca dejó de luchar por ello, no consiguió alcanzar las cotas de reconocimiento a las que aspiraba. Esto se convirtió en una de sus grandes frustraciones vitales, como ella misma recogió en su diario el 12 de junio de 1948, a las que se añadían no haber sido "una novia enamorada, una madre entregada, una novelista de prestigio y una poeta reconocida, una gran cantante y actriz…".

Conclusiones

Carmen Laforet escribía sobre los canarios que estos "sienten la curiosidad de habitantes de un pequeño paraíso, que desean comparar con el ancho mundo de los continentes".[64] Y, mientras que muchos vuelven enseguida a "su mundo de montañas limitadas por el mar", ya que fuera de estos límites "no se hallan"; otros se van de verdad, "se acomodan a sitios donde su palabra, su obra, su inquietud tiene un área de expansión más rápida, pero podría asegurarse que éstos, si no están en la isla, la llevan dentro y su manera de mirar las cosas, de recoger ampliamente las inquietudes, es una manera de estar allí". Este fue el caso de Josefina de la Torre, que, si bien disfrutó de una infancia y una adolescencia inigualables en su ciudad natal de Las Palmas de Gran Canaria, pronto empezó a soñar con cruzar el mar y viajar a Madrid, donde sus poemas y sus escritos podrían tener una mayor difusión. Tras su primer viaje a la capital en 1924 comenzaría una relación intermitente entre las dos ciudades que se mantendría a lo largo de los años. Y si bien se mudó a Madrid de manera permanente en 1934, volvió a Las Palmas en 1937 para refugiarse de la guerra. Tras su vuelta a la capital en 1939, estaría sin visitar su isla más de treinta años: allí viajaría en 1971 acompañando a su segundo marido y gran amor, el actor Ramón Corroto. Desde entonces, no dejaría de visitar Las Palmas para veranear y visitar a la familia que allí residía. A pesar de que siempre se la recibió con los brazos abiertos, desde la prensa se señaló su desarraigamiento de las islas, igual que le sucedió a Galdós, algo que ella misma se ocupó de confirmar: "pienso que los años pasan, y que poco a poco uno se va desarraigando de las constantes de su vida.

[64] En Juan Manuel Reverón, *op. cit*, pp. 138-139.

El desarraigo es normal, ya yo echo mucho de menos mi Madrid de los Austrias y el Rastro de los domingos", y es que ya llevaba muchos años viviendo allí, con "muchos recuerdos que ya me atan [a la ciudad] para toda la vida".

Como hemos visto, la identidad de Josefina de la Torre se fraguó a caballo entre las dos ciudades que fueron los ejes geográficos de su vida: Las Palmas y Madrid. En la primera nació, creció y desarrolló su vocación artística, convirtiéndose en su juventud en una de las personalidades más destacadas y reconocidas. En la segunda conoció a los poetas e intelectuales que condicionarían el desarrollo de escritura, así como a otras mujeres modernas con las que compartir inquietudes y anhelos, y tomó conciencia de su voluntad de convertirse en una artista independiente económicamente y entregada a su vocación. Y si bien pronto fue consciente de que ese sueño solo podría cumplirse en Madrid, no dejó de evocar en sus poemas a su isla adorada, como dan cuenta sus poemarios *Versos y estampas* y *Poemas de la isla,* a los que se unirían después *Marzo incompleto* (1968) y *Medida del tiempo* (1989) y colaboró asiduamente con el Hogar Canario, fundado en Madrid en 1954, sin olvidar nunca que ella era una isleña en Madrid.

Bibliografía

Altolaguirre, Manuel, *Epistolario 1925-1959*, Edición de James Valender, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2005.

Ávila Bello, Alejandro, *Historia del doblaje cinematográfico*, Barcelona, Editorial CIMS, 1997.

Baroja y Nessi, Carmen, *Recuerdos de una mujer de la Generación del 98*, Ed. Amparo Hurtado, (ed.), Barcelona, Tusquets, 1998.

Brieu, Christian; Ikor, Laurent y Viguier, J. Michel, *Joinville, le cinéma: le temps des studios*, París, Ramsay, 1985.

Coello Hernández, Alejandro, "Josefina de la Torre y las artes escénicas: apuntes de una trayectoria vital sobre las tablas", en García-Aguilar, Alberto y Castells-Molina, Isabel, (eds.), *Josefina de la Torre y su tiempo*, Berlín, Peter Lang, 2021, pp. 123-143.

Diego, Gerardo, *Poesía española contemporánea. (Antología)*, Madrid, Taurus, 1991 [1934].

Domínguez Santana, Fermín, "Memoria de la infancia en la primera poesía de Josefina de la Torre y Domingo López Torres", en Gar-

cía-Aguilar, Alberto y Castells-Molina, Isabel, (eds.), *Josefina de la Torre y su tiempo*, Berlín, Peter Lang, 2021, pp. 103-122

Dunn, Kathy, *Aguirre's Collection. Spain's American Weekly Guidepost*, 22 de marzo de 1968.

Fernández Hernández, Rafael, "Lazos dialógicos de Claudio y de Josefina de la Torre", en Durán Angulo, Javier (dir.) y Salerno, Cecilia (coord.), *Actas del seminario Josefina de la Torre Millares. La última voz del 27*, Tenerife, Nueva Gráfica, 2008, pp. 89-108.

Fernández Menéndez, Raquel, "«Umbrales» de la antología: autoría y género en las poéticas de Ernestina de Champourcín y Josefina de la Torre", *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, núm. Extraordinario 5, 2019, pp. 120-137.

Garcerá, Fran, "«Me gusta dibujar. Juego al tennis. Me encanta conducir mi auto»: Josefina de la Torre, poeta de la Edad de Plata", en Torre Millares, Josefina de la, *Poesía completa*, Volumen I, Madrid, Ediciones Torremozas, 2020, pp. 7-32.

Garrote Bernal, Gaspar, "Open de poesía: Josefina de la Torre en la Antología de contemporáneos de Gerardo Diego, 1934", en García-Aguilar, Alberto y Castells-Molina, Isabel, (eds.), *Josefina de la Torre y su tiempo*, Berlín, Peter Lang, 2021, pp. 81-102.

Giménez Caballero, Ernesto, *Revista literaria ibérica. Revista de las Españas*, 31 de diciembre de 1927.

Gómez García, Alba, *Vivir del teatro. Los exilios de Josita Hernán*, Madrid, Bala Perdida Editorial, 2021.

Iglesia, Anna María, *La revolución de las flâneuses,* Girona, Wunderkammer, 2019.

Lara, Lula de, "Josefina de la Torre", *La Crónica*, Las Palmas de Gran Canaria, 17 de junio de 1934, p. 33.

Mainer, José Carlos, *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1983.

Mangini, Shirley, *Las modernas de Madrid. Las grandes intelectuales españolas de la vanguardia*, Barcelona, Península, 2001.

Martin Fumero, José Manuel, *Las "otras voces" de la lírica insular de vanguardia,* Tesis Doctoral, Universidad de la Laguna, 2010. En https://riull.ull.es/xmlui/handle/915/9779 (6-3-2024)

Mora, Constancia de la, *Doble esplendor*, Madrid, Gadir Editorial, 2004.

Morelli, Gabriele, *Historia y recepción de la antología poética de Gerardo Diego*, Valencia, Pretextos, 1997.

Moreno Lago, Eva, *Hijas de España: vidas y autobiografías de las intelectuales de la Edad de Plata,* Madrid, Dykinson, 2021.

Nelken, Margarita, "La poetisa niña Josefina de la Torre Millares", *La Esfera*, 14 de junio de 1924, p. 26.

Nelken, Margarita, "Una poetisa de ocho años: Josefina de la Torre Millares", *El Día,* Madrid, 2 de septiembre de 1917, p. 6.

Oliva, César, *Teatro español del siglo XX,* Madrid, Editorial Síntesis, 2004.

Padorno, Eugenio, "Josefina de la Torre, ¿Última voz del modernismo canario?", en Durán Angulo, Javier, (Dir.) y Salerno, Cecilia, (Coord.), *Actas del Seminario Josefina de la Torre Millares. La última voz del 27*, Tenerife, Nueva Gráfica, 2008, pp. 21-36.

Palenque, Marta, *El poeta y el burgués (Poesía y público, 1850-1900)*, Sevilla, Ediciones Alfar, 1990.

Patrón Sánchez, Marina, "El exilio interior de Josefina de la Torre", en Ángeles Egido, Matilde Eiroa, Encarnación Lemus y Marifé Santiago, (dirs.) y Luiza Iordache y Rocío Negrete (coords.): *Mujeres en el exilio republicano de 1939. Homenaje a Josefina Cuesta*, Madrid, Gobierno de España, Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática, 2021, pp. 789-801.

Patrón Sánchez, Marina, "La configuración de la voz poética de Josefina de la Torre a través de sus primeros poemarios", *Impossibilia. Revista Internacional de Estudios Literarios*, 2022, pp. 129-154.

Puente, Antonio, "Josefina de la Torre, el último rostro del 27", *La Provincia. Diario de Las Palmas*, 25 de noviembre de 2000, pp. 44-45.

Ramírez Guedes, Enrique, "Josefina de la Torre: una estrella fugaz", en Mederos, Alicia, (coord.), *Los álbumes de Josefina de la Torre. La última voz del 27*, Madrid, Gobierno de Canarias y Residencia de Estudiantes, 2001, pp. 45-49.

Reverón Alfonso, Juan Manuel, *Vida y obra de Claudio de la Torre*, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones Idea, 2007.

Riambau, Esteve, y Torreiro, Casimiro, *Guionistas en el cine español. Quimeras, picarescas y pluriempleo*, Madrid, Cátedra / Filmoteca Española, 1998.

Ríos, Félix, "Los teatros artísticos: la propuesta dramática de Claudio y Josefina de la Torre", en Durán Angulo, Javier, (Dir.) y Salerno,

Cecilia, (Coord.), *Actas del Seminario Josefina de la Torre Millares. La última voz del 27*, Tenerife, Nueva Gráfica, 2008, pp. 37-46.

Torre Millares, Josefina de la, "Josefina de la Torre recuerda a Connie de la Mora", *Capela. Boletín de Información personal de un hombre que vive en el campo*, Badajoz, abril de 1979, pp. 2-3.

Torre Millares, Josefina de la, *Poesía completa*, Volumen I, Madrid, Torremozas, 2020.

Torre Millares, Josefina de la, *Poesía completa*, Volumen II, Madrid, Torremozas, 2020.

Torre Millares, María Rosa de la, *Recuerdos de niñez y juventud (1903-1924),* Las Palmas de Gran Canaria, Anroart Ediciones, 2007.

Ulacia Altolaguirre, Paloma, *Concha Méndez. Memorias habladas, memorias armadas,* Sevilla, Editorial Renacimiento, 2018.

Urtasun, Rosa, "Introducción", en Champourcin, Ernestina de y Conde, Carmen, *Epistolario (1927-1995)*, Madrid, Editorial Castalia, 2007, pp. 7-54.

Waldman, Harry, *Paramount in Paris. 300 Films Produced at the Joinville Studios, 1930-1933, With Credits and Biographies*, Maryland, Scarecrow Press, 1998.

Parte 2

Zenobia Camprubí y las redes intelectuales femeninas en el exilio

Miradas oblicuas: Violencias y mitos en torno a mujeres de la Guerra Civil de las Españas

José María Naharro-Calderón
University of Maryland, College Park

[In memoriam *Josefina Cuesta Bustillo, maestra para tantas miradas*]

> La derrota es creadora en la historia como el fracaso individual lo es en el pensamiento, en el arte más perenne. ¿Qué sería de la historia si de ella se extrajesen las derrotas? Por ellas se da testimonio de la historia, tal como debería ser; de la conciencia que quiere corregir el simple acontecer ciego y casual, la fatalidad de la historia, según la necesidad elemental e inhumana. Y en ellas se esconde, a veces, el secreto del porvenir. […] Pues esta sonrisa piadosa e irónica, nacida de la mirada que ve el conjunto de los asuntos humanos, es el tesoro que aportan los cargamentos vencidos de la historia. La mirada que descubre en la cumbre de la fortuna, la desgracia; y en el abismo de la derrota, la victoria y el triunfo. Porque la vida pasa y el arte queda.[1]

Se refería la autora del epígrafe a las posibles lecciones que podríamos extraer de los desastres de la historia dentro de una tradición de prevención y *memoria* positivas que nos entroncaría con Georges Santayana o Maurice Halbwachs, y que luego han continuado explorando Paul Ricoeur, Elizabeth Jenin o Ricart Vinyes, entre otros. Sin embargo, otros ejemplos de la historia a través de su tratamiento por las políticas de memoria públicas nos muestran un rostro diferente. Los principios de la Ilustración como modelo universal hicieron creer que el ejemplo educativo transmisor de valores comunes serviría para igualarnos como ciudadanos, lo cual fue negado, entre otros momentos, por el imperialismo colonialista que condujo a la Primera Guerra Mundial, y sus derivas totalitarias que se manifestaron en la Segunda, de la que la Guerra Civil de las Españas fue un banco de pruebas fundamental. Para prevenir, en teoría, la repetición de aquellos desastres, se instauraron

[1] María Zambrano, "Sentido de la derrota", *Sentido de la derrota: Selección de textos de escritores españoles en Cuba,* Jorge Domingo y Roger González, (eds.), Barcelona, Gexel, 1998, pp. 240-241.

en la Europa posterior al segundo cataclismo global, políticas de memorias públicas conducentes a edificar nuevos muros de contención ejemplificadores de teóricos comportamientos democráticos. Pero de nuevo, los ejemplos culturales y memoriosos no han servido para prevenir nuevos conflictos bélicos, lo cuales tilda irónicamente como *La maldad bienvenida*, el artista conceptual catalán, Francesc Torres.[2] En España, una nación particularmente tardía en la implementación de dichas políticas de memoria, con dos leyes complementarias de 2007 y 2022, se filtra la paradójica creencia, por lo menos en el discurso de estado, de que dichas políticas pueden ser plenamente fructíferas para erradicar usos y abusos de dichos pasados negativos o *sucios*.

No obstante, a pesar de las posibles formas desfasadas del archivo museístico, urbanístico, educativo, y/o cultural, en tiempos ecológicamente anacrónicos para su implementación y por su borrado de fuentes e impedimentos de recepción, algunas memorias pueden transmitir muestras de ejemplos de resistencia antifascistas, que sí son pertinentes para nuestro presente. Así, es necesario seguir ahondando en el amplio espectro, por ejemplo, de las aportaciones de mujeres inicialmente olvidadas por el foco de la historia, sin ocultar las paradojas que se dan en cualquier tipo de intervención humana.

En estas páginas, buscaré exponer diversos ejemplos de cómo una serie de mujeres de diversas naciones, orígenes, clases, inquietudes intelectuales, y privilegios o carestías materiales, se vieron abocadas, determinadas, marcadas o vacunadas por las circunstancias traumáticas del conflicto de la guerra de las Españas, y su prolongación mundial, para significarse, plantear y transmitir su mirada, su testimonio, su lucha, su tragedia, y sobre todo su resiliencia en momentos tan críticos. Significaron respuestas a una crisis institucional, social, económica, religiosa, militar, territorial, continental, ideológica, genérica, y otros etcéteras, que certifican la pertinencia de sus ejemplos a pesar de los obstáculos de formalización y transmisión a los que me he referido. Estas mujeres fueron, en tantos casos, víctimas de una doble violencia generalizada por el conflicto bélico y la represión, y por su condición identitaria, al ser pioneras en la ruptura, en muchos casos, entre condicionamientos aherrojados para su género. Sus ejemplos plantean miradas oblicuas ante estos episodios de violencias múltiples a las que fueron sometidas o a las que se enfrentaron, y que intentaré cartografiar a través de realidades y mitos, con todas las limitaciones de un territorio abierto a múltiples prospecciones y puntos de vista.

[2] Ver Judt. Francesc Torres, *La maldat benvinguda*, https://elbornculturaimemoria.barcelona.cat/es/la-maldad-bienvenida/ 26 de diciembre de 2023.

Representaciones pioneras de Francisco de Goya y Lucientes en *Los desastres de la guerra*

No fueron, desde luego, estas mujeres las primeras en ser representadas en torno a situaciones de opresión y caos, si pensamos en los ejemplos antibélicos expuestos por la tragedia *Elena* de Eurípides que alteraba el teórico origen y desarrollo de la guerra de Troya; y sobre todo ante la muestra española, solo dada a la luz en 1863, con el título apócrifo de *Los desastres de la guerra* (1810-15) de Francisco de Goya y Lucientes. En estos aguafuertes son las mujeres víctimas fundamentales de lo que parece una caza sistemática a su molesta presencia denunciadora de la brutalidad de la especie expresada por sus contrapartidas masculinas. En títulos tan significativos como -*Ya no hay tiempo, Amarga presencia, Ni por esas, Murió la verdad, Carretadas de cementerio-*, las escenas muestran a mujeres en situaciones límites, entre cadáveres y soldados del ejército francés, tanto con atuendos de tropas metropolitanas como coloniales, que ejercen todo tipo de vejaciones sobre ellas, entre otras, violaciones o inminentes. Goya, cuya lúcida mirada ilustrada radiografía al ser humano en su complejidad múltiple, también nos entrega otro grupo de representaciones -*Populacho, ¡Qué valor!, Y son fieras*- en las que percibimos a otro grupo femenino en actitudes defensivas u ofensivas, hasta de inusitada violencia como en el despectivo *Populacho*, en el que distinguimos a un sujeto masculino que empala a un ser caído, atado por los pies y deformado en el rostro, apenas esbozado, para así acrecentar los rasgos de deshumanización. Mientras, varias figuras hembras con rasgos cadavéricos y mortuorios, o blanden un palo para descargar su furia sobre el sujeto sufriente, o bien contemplan la escena desde diversos ángulos, con sádica aprobación, enmarcadas también junto a una figura clerical en claro tono de aprobación. Una escena similar se repite, pero ahora ante un par de húsares franceses y lo que parece la cabeza posterior de un mameluco, a los que algunas mujeres, -una de ellas lleva en el brazo izquierdo a su infante, probablemente muerto –lancean o se muestran dispuestas a apedrear. Goya rompe el supuesto estereotipo machista del sexo débil, en particular en ¡*Qué valor!*– cuando exalta aquí el papel combatiente de una solitaria amazona empinada sobre un montículo de cadáveres masculinos, mientras dispara al mando de un cañón contra un enemigo fuera de campo. Así situaría a las mujeres no dentro de una clasificación debatible, planteada por Judith Butler, respecto de la fluidez del género, sino como miméticamente insertas dentro las manifestaciones de máxima violencia de la especie, atribuidas a lo que hoy se califica como *manosfera*.[3]

[3] Francisco de Goya & Enrigue Lafuente Ferrarim, *Los desastres de la guerra de Goya:*

La guerra civil de Las Españas como manifestación radical del nuevo papel de la mujer como actante entre barreras de raza

El golpe de estado nazi-fascista el 17 de julio de 1936 contra la Segunda República española acelera la creciente equiparación en el papel actante de las mujeres que había tomado un impulso decisivo a partir de los decretos de igualación en derechos políticos, en varios países occidentales, en particular en España, como consecuencia de la consecución del voto femenino, gracias a la decisiva determinación de la diputada Clara Campoamor. El conflicto rápidamente internacionalizado por la presencia de tropas y pertrechos procedentes de Alemania, Italia y la Unión Soviética, también contó con la importante contribución de voluntarios internacionales, particularmente del lado de la segunda República. Y entre este grupo, aparece como una muestra excepcional, la figura de la enfermera afroamericana Salaria Kea (1911-1991), que acudió a España con el *American Medical Bureau*, dirigido por el luego represaliado por el Macartismo, Dr. Edward Barsky. La unión entre criterios de género y de raza fue rápidamente recogida por el poeta, intelectual del grupo de la *Harlem Renaissance*, Langston Hughes, como corresponsal en el conflicto español para diversos diarios como el periódico *Call-post* y la revista *Globe* de Cleveland, y el diario *The Afro-American* de Baltimore. "[The American Medical Bureau] in their selection of doctors, nurses and assistants have not drawn the color line and at least one of the nurses has come to Spain under their asupices. And there are some colored ambulance drivers".[4] Salaria, la cual contraería matrimonio en España con el conductor irlandés de ambulancias John O'Reilly, era una mujer de decidida solidaridad internacional que luego declaró en el documental dedicado a la Brigada Abraham Lincoln, *The Good Fight*, que "I [was] not going to sit around and let this happen. even if it mean[t] my life. This is my world too". Pero a su regreso a los Estados Unidos certificó, como los otros voluntarios afroamericanos que lograron sobrevivir y contar su solidaria experiencia española, que la discriminación no solo genérica sino racial continuaba en pie en su patria de origen: "I had no problems in being black except when I came

Y sus dibujos preparatorios, Barcelona, Instituto Amatller de Arte Hispánico, 1952. Judith Butler, *Senses of the Subject*, Nueva York, Fordham University Press, 2015.

[4] Langston Hughes, "Hughes finds Moors Used as Panws by Fascist in Spain", *The Afro-American*, 30/10/1937, p. 2. "The American Medical Bureau] en su selección de médicos, enfermeras y ayudantes no han trazado la barrera racial y al menos una enfermera de color, Salaria Kea, ha venido a España bajo sus auspicios. Y hay varios conductores de ambulancia negros". Ver W. Jason Miller, *Langston Hughes*, Nueva York, Reaktion Books, 2020.

to America. I was put at the bottom."[5] Y como lo hizo remarcar diversas veces Langston Hughes, aquellos prejuicios se encontraban implícitamente anclados en una concepción capitalista de clase que se extendía a un fascismo basado en la raza:

> Negroes of America are tired of a world divided superficially on the basis of blood in color, but in reality on the basis of poverty and power—the rich over the poor no matter what their color. We Negroes of America are tired of a world in which it is possible for any group of people to say to another: You have no right to happiness, or freedom, or the joy of life. We are tired of the world where forever we work for someone else and the profits are not ours.[6]

Sin embargo, en otras instancias, los reportajes de Langston Hughes, que duraron seis meses, se disfrazaban a veces de *irónica* crónica de sociedad, como para mantener el interés de las lectoras, como cuando informaron sobre el flechazo y casamiento de Salaria con el conductor de ambulancias irlandés, John O'Reilly, junto a la visita de Thyra Edwards del *Comité de Trabajadores Sociales*, interesada por los problemas de mujeres y niños:

> [Salaria Kea] came to Spain in April and has worked at Villa Paz. She's known to hundreds of American boys for her patience, smile, and her wit. She's a very charming person, and the bride groom, known as Pat, discovered that as soon as she landed in Villa Paz, he was so much in love with her that he began writing poetry about her, but being a shy Irish man he was afraid to tell her about it. The other nurses however read the poetry and told Salaria. Instead of the usual wedding march, a chorus of young Spanish girls sang "Joven Guardia" and other songs. She is considered by her colleagues to be very efficient and competent […] . In other social notes from Spain this week, we might include the visit of Mrs. Edwards of Chicago the social in the case meaning a delegate from the Social Workers Committee for the aid of Spanish Democracy. […] Miss Edwards especially interested in the problems of the women and children in war torn Spain and she's bringing back to America a report of her investigations here. [7]

[5] *The Good Fight: The Abraham Lincoln Brigade in the Spanish Civil War*, Kino International Corp, 2008.

[6] Cit. en José María Naharro-Calderón, (ed.), *Spain's 1939 Exiles in the Americas and Maryland: Eighty Years, Alive in Our Hearts*, Madrid, Iberoamericana, 2022, p. 33.

[7] [Salaria Key] *vino a España en abril y ha trabajado en Villa Paz. Es conocida por cientos de muchachos norteamericanos por su paciencia, su sonrisa y su inteligencia. Es una persona muy*

Mitos de la revolución en visiones foráneas

En otros casos, la mirada polifacética y compleja de una mujer implicada en el cuidado ajeno como Salaria y las trágicas consecuencias de la guerra en un hospital de campaña cercano al frente, contrastan con las impresiones de idealismo revolucionario que rodearon, fabricaron, y/o imaginaron muchos voluntarios extranjeros de la primera hora que vinieron a aquellas Españas revolucionarias, y entre los que se encontraban mujeres como una militante de ideas trotskistas, la londinense, de familia australiana, Mary Low. Una semana más tarde, llegó tras los pasos de su compañero, el poeta cubano Juan Breá cercano al dirigente del POUM, Andreu Nin. Su mirada inicial de militante en la población fronteriza de Portbou al final de la primera quincena de agosto de 1936, se dejó cautivar y hasta sexualizó su emoción por las hileras de jóvenes catalanes enfundados en monos con camisas arremangadas sobre bronceados brazos: "I remember now the strong emotion of walking down between the files of these young Catalans in the blue militia overalls and shirtsleeves rolled up on the tawny arms, with easy, friendly greetings. We saluted with a clenched fist as readily as shaking hands".[8] La evocación de su marcha de Port-Bou hacia Barcelona contrasta con el tiempo del desencantado discurso ante el fracaso de la experiencia revolucionaria, el miedo por su propia vida amenazada por los estalinistas, y su marcha de España por la misma vía a finales de año, frente a aquella primera visión de la revolución en aquel precioso pueblo. "I was reluctant to leave Port Bou. I saw the revolution here for the first time, and the town was so lovely".[9]

---

simpática, y el novio, conocido como Pat, se dió cuenta de ello en cuanto se estableció en el hospital de Villa Paz [antigua residencia real, cerca de Colmenar Viejo]. Se enamoró hasta tal punto que empezó a escribir poemas inspirados en ella pero como era un irlandés bastante tímido, no se atrevió a manifestárselo. Las demás enfermeras, sin embargo, leyeron sus poemas y se lo contaro a Salaria […] En vez de la habitual marcha nupcial, un coro de jovencitas españolas cantó, entre otras canciones, "Joven Guardia" […] *Sus colegas la consideran muy eficaz y competente* [llegó a hervir huevos con vino o sopa en bolsas de agua caliente] […] *Otras notas sociales de esta semana en España deben incluir la visita de la señorita Thyra Edwards, de Chicago, en este caso tomando por "social" la visita de una delegada del Comité de Trabajadores Sociales para la ayuda de la Democracia Española. La señorita Edwards está especialmente interesada en los problemas de las mujeres y los niños en la España devastada por la guerra y trasladará a Norteamérica un informe de sus investigaciones en tierras españolas.* Langston Hughes, "New York Nurse Weds Irish Fighter in Spain's War", *The Afro-American,* 11/12/193, p. 2.

[8] Mary Low & Juan Breá, *Red Spanish Notebook*, San Francisco, City Lights Books, 1979, p. 14.

[9] *Ibídem.*

Algo similar ocurre con la focalización de otra de las enfermeras voluntarias venidas de Estados Unidos entre el grupo de Edward Barsky, Lini de Vries, de origen sefardita-holandés.

Así en Port Bou, rompe algunos de sus estereotipos políticos comunistas y señala que: "Yo tenía la idea de que los anarquistas eran destructores, desordenados y opuestos a cualquier forma de organización. Pero este lugar de abastecimiento en la frontera estaba bien establecido".[10] Sin embargo, su mirada no puede apartarse de ciertos tópicos culturales antiespañoles al uso. Recoge un puñado de arena al entrar en España y la aprieta con firmeza. Cuatro siglos antes Isabel había expulsado a sus antecesores, quienes luego residentes en Holanda, ayudaron a liberar el país de la dominación española en el siglo XVII. Y por ello, los tópicos y estereotipos sobre la España reaccionaria pueblan sus páginas: inquisición e imperialismo ["Todos los niños holandeses leen la *Historia de la República Holandesa* de Motley y saben lo que es la tortura y la Inquisición. ¿No se parecía Franco al Duque de Alba?"], romanticismo autóctono ["Los chóferes nos dedicaban insinuadoras sonrisas embozadas, combinando el deslizamiento por las curvas con el coqueteo"], idealismo turístico e imaginarios revolucionarios de independencia afines a los estadounidenses ["Recordaban Haarlem, el sitio de Leiden. Habían vencido tras 75 años de esfuerzo: rompieron los diques y arrasaron a los españoles. Combatíamos: La misma iglesia. Igual Inquisición. Familias semeéstes a las del Duque de Alba. Queríamos derrotarlas y no nos atemorizaba morir en el intento".[11] Estos rasgos que podían encajar bien para la visión estadounidense de una España tradicionalista derrotada tras la guerra cubano-estadounidense-española de 1898,[12] realzaron y justificaron la elección por Barsky de Lini De Vries para regresar al final de su estancia a EE. UU., como portavoz para intentar cambiar la actitud anti-republicanas españolas durante la Guerra]: "Vaya usted: es rubia, parece aria y tendrá menos oposición por parte de los anticomunistas y antijudíos".[13]

Sin embargo, en el relato que rodea a la experiencia de Salaria Kea, probablemente más apegado a la realidad de los prejuicios de clase y de raza, no se oculta que al llegar el *American Medical Bureau* a Port Bou, en abril de 1937, el pueblo ya es un lugar tocado por la guerra total de la

[10] Lini M. De Vries, *España 1937: Memorias*, Xalapa, México, Universidad Veracruzana, 1965, p. 98.

[11] De Vries, *op. cit.,* pp. 88 y 95.

[12] Ver Kagan.

[13] De Vries, *op. cit.,* p. 160.

aviación y la destrucción, sin recuerdo de lo que pudo significar la revolución, aunque no se descarte la solidaridad del comité de recepción.

> It was April third when the party reached Port Bou, Spain. A huge delegation of Spanish men, women and children came down to welcome them. A small boy left the crowd and came over to Salaria. Taking her hand he complained softly,
>
> - "Why didn't you come yesterday?"
> - "Why yesterday?" Salaria asked him.
> - "Because yesterday the Fascists came in their planes and dropped bombs. My mother and my father and my small brothers died. We had no doctors and nurses to care for them after the bombs struck. Stay here. If the fascists return with bombs maybe all of us would be killed if you don't stay here.[14]

Es detalle que también destaca De Vries, pero sin olvidar nuevos tipismos de lo que califica como España combatiente entre Port-Bou, el gobierno organizado, Figueras y sus heridos, las Ramblas o Gaudí.

Mitos de la mujer combatiente republicana

El mito de la mujer soldado fue explotado negativamente por el bando franquista, en particular dentro de la *Causa General*. Milicianas soldados como la teniente Remedios Jover Cánovas, del Estado Mayor de la Tercera División, XV Cuerpo del Ejército del Ebro, o Encarnación Luna, comisaria de la 11ª División, cuya foto apareció en el diario *Ahora* el 23 de julio de 1938, al mando de una formación de hombres, alternaron con imágenes de otras mujeres con aspectos de campesinas montadas en un asno con una carabina al ristre: "Miliciana roja exigiendo la documentación en un camino, según fotografía aparecida en el diario *Ahora*, de 2 de octubre de 1936", o "Milicias rojas y turbas [mujeres principalmente] armadas por el Frente Popular recorren las calles".[15]

[14] The Negro Committee to Aid Spain, "A Negro Nurse in Republican Spain", Collum, Danny Duncan, Victor A Berch, and Abraham Lincoln Brigade Archives, *African Americans in the Spanish Civil War: "This Ain't Ethiopia, but It'll Do"*, Nueva York, G.K. Hall, 1992.

[15] Ver Anexo, 308 Número S. C, ["Fuerzas de la 11ª División comunista del Ejército rojo desfilando bajo el mundo de una mujer, que ostenta el grado de Comisario político, según fotografía del diario de zona roja *Ahora* de 23 de julio de 1938"] y Anexo III, Núm 5 y 48. Ministerio Fiscal, *Causa General: La dominación roja en España, Avance de la información instruída por El Ministerio Público*, Madrid, Ministerio de Justicia, 1944. Ver también

Señaladas todas en aquel singular compendio de *horrores* anti republicanos, contrastan con las figuras idealizadas de las milicianas, fundamentalmente en la retaguardia, sobre todo a partir de 1937, de las que vamos conociendo detalles significativos sobre las circunstancias de aquellas fotografías, -en la mayoría posadas-, pero que escondían la biografía de mujeres resistentes y militantes, las cuales en muchos casos acabaron en el exilio, al ser unívocamente denunciadas por aquellas imágenes.[16]

Mary Low es un relevante vector de sensaciones vivas de los primeros meses de la revolución, al moverse, mientras lleva su uniforme de miliciana, entre los círculos feministas de la izquierda revolucionaria barcelonesa, particularmente cercana al POUM y a las filas anarco-sindicalistas de *Mujeres Libres* entre las que se hallaba Lucía Sánchez Saornil.[17] Low destaca cómo mientras se hablaba de guerra y revolución, sólo se escuchaba, de vez en cuando, alguna voz de mujer entre los hombres. Y nos relata la trágica desaparición de una de sus compañeras que terminó su vida en el frente de Aragón, a pesar de que su participación no fuera lo militarmente destacada de lo que se quería inferir gracias a aquellas fotografías orquestadas igualitariamente en el bando republicano, y luego manipuladas por la *Causa general*.

> I tried hard to persuade Margaret Zimbal [Putz] to go to the front with an ambulance instead of with the militias, she seemed so needlessly young and fair for death […] afterwards she wrote to us sometimes from the mountains, but she was acting as a scout, creeping at night over the dark hills on the borders of Nomansland, not knowing how far from the enemies advance post she might be. [When killed] everyone sent delegations to the funeral and used it as a political platform for women's manifestoes.[18]

"Fotograma de la película Milicianas", *Virtual Spanish Civil War, https://www.vscw.ca/es/*; "Mujeres soldado: El Ejército Popular de la República", https://mujeresenguerra.upf.edu/la-mujer-en-la-guerra-de-espana/mujeres-soldado-el-ejercito-popular-de-la-republica/ 16 de octubre de 2022.

[16] Gonzalo Berger, *Milicianas: La historia olvidada de las combatientes antifascistas*, Madrid, Arzalia ediciones, 2022.

[17] Ver también Susana Bayó Belenguer, "Mary Low: A Trotskyist with the POUM in Barcelona, *Bulletin of Spanish Studies*, nº 95: 9-10, 2018, pp. 311-324.

[18] Low, *op. cit.*, pp. 176-179. Se refiere a la publicación *Spanish Revolution* (21 oct.-23 dic. de 1936).

El mito de la miliciana-soldada posee ángulos diversos como el de su negación, en palabras de una costurera del barrio de Gracia, Otília Castellví: "Sinceramente […] nunca me tentó ir al frente, si bien muchas otras chicas iban […] Durante nuestro movimiento revolucionario, así como mi primera juventud, mi rebeldía era más sentimental que teórica".[19] Consecuentemente, Mary Low refiere múltiples anécdotas sobre cómo aquellas mujeres se tuvieron que enfrentar a prejuicios muy arraigados entre una sociedad patriarcal que perseguía una revolución amputada de la presencia femenina. Y hasta en milicianas extranjeras, supuestamente más liberadas de prejuicios tradicionales, se justificaba el casamiento, en época de uniones libres, para tener mejor consideración cuando sus compañeros estuvieran ausentes en el frente. En consecuencia, Low aprovecha para cargar contra matrimonio y divorcio, como instituciones complementarias que justificaban la protección masculina frente a la independencia socioeconómica que liberaba a las mujeres de aquellas ataduras.[20] Por otro lado, señala cómo la longeva carga religiosa afectaba a los tabúes sexuales de mujeres que rechazaban el amor carnal con combatientes extranjeros debido a aquellos prejuicios. O bien, se explaya contra la carga familiar de maridos, padres y hermanos cuando a través de *Mujeres Libres*, se intenta organizar un regimiento urbano de mujeres, las cuales durante bastante tiempo se presentaban para la instrucción, armadas de tacones y pendientes.

> The regiment was composed in large part of these runaways. We used to meet at 7 o'clock in front of the local, [Hotel Falcón] with a winter morning mist still rolling up the Ramblas and round the trunks of the trees, strapped into our new blue wooden uniforms with divided skirts and stand there blowing on our hands and

[19] Otília Castellví, *De las checas de Barcelona a la Alemania nazi*, Tr. Roser Vilagrassa, Barcelona, Acantilado, 2008, pp. 38 y 42.

[20] Sin embargo, el bando franquista se ensañó tras la guerra con la supuesta liberalidad en torno al "'matrimonio por uso´, al considerar legalmente viuda a la mujer que hubiese vivido con militar o miliciano muerto en campaña, siempre que aquel la hubiere tenido en concepto de compañera durante un plazo superior a 10 meses, o menor si de resultas de la unión hubiese quedado embarazada […] el resultado de esta innovación legislativa no pudo ser otro que un extraordinario número de duplicidad de situaciones matrimoniales en que, por imperio de los preceptos rojos, la nueva y arbitraria inscripción cancelaba el matrimonio legítimo preexistente, sobre el cual debía prevalecer; como consecuencia de ello, a las oficinas rojas acudían, con pretensiones encontradas, mujeres que alegaban su derecho a los beneficios de viudedad correspondientes a un mismo miliciano. Los casos de bigamia -favorecidos por la nueva legalidad roja, que prescindía de toda formalidad seria, incluso para el reconocimiento de matrimonio ´inter vivos´- fueron también fenómeno corriente en la España dominada por el Frente Popular". *Causa general*, *op. cit.*, p. 261.

> most of us hoping that our families wouldn't catch us. I've seldom seen such spirits. They were so glad and gay and seemed like children. While we waited for the members of the Directive Committee to come and lead us to the barracks they skipped on the Harbor pavement and played little girl games, singing and holding hands and dancing in their pointed shoes. (It was a long time before we could make them all understand that they must go to drill in flat heels and leave their earrings at home.) […] We used to go to the barracks, which were a long way out from the center of the town. On the way, in the tram or the metro, the militia boys used to chaff us. We sang the "Internationale" very loudly and try to convince them that our uniform was as serious as their own. Sometimes they ended by being impressed. They would stand whispering gravely together and looking at us seriously out of their thick-lashed eyes.[21]

En ese sentido, el relato de Mary Low puede a veces destilar una mezcla de exotismo y condescendencia, que también se refleja en el discurso referido por parte de militantes de *Mujeres Libres*, tras el que probablemente se escondía Lucía Sánchez Saornil, retratada junto a ella en aquellos días, ataviadas respectivamente de los característicos monos y petos de trabajo proletario.[22] Pero Low describe la voluntad inquebrantable de aquellas mujeres para hacerse con los mecanismos de las armas de fuego, a pesar de la inexperiencia y la novedad ante los instructores masculinos, a fin de lograr una competencia técnica que a pesar de todo nunca llegaron a utilizar en los frentes de batalla, ni en la defensa urbana.

> The first day we were there the sergeant walked quietly to the back of the gallery while we stood facing the targets and shot behind our backs without warning. Everybody screamed. Louise Gomez came out for me to the front and said: -if that ever happens again, that is the end of the Woman's Battalion. It never did happen again. […] After the shooting on the drilling we used to have machine gun practice. Just supposing one of these things fell into your hands and you couldn't work it, as the instructor, with his cap completely pushed over one eye, used to explain. It

[21] *Ibídem*, pp. 186-187.

[22] "I knew one of the girls on the editorial committee. She was deep-bosomed and sweet, and talking to her you could see that she had realized more than the average woman what freedom could mean. ´They are so eager´, she explained, and so determined to be free. But most of them don't even know what freedom means. They're not stupid, only untrained to think, uneducated except in the art of pleasing. But they are awfully courageous, and full of determination. It's wonderful raw material". *Ibídem*, p. 185.

> was the only thing which was really difficult we had no mechanical turn, and spent a long time learning to take all the parts of the machine to pieces and put them correctly together again, and besides, the machine was so hard and heavy for us. But we did learn. In the end, I think that we could have assembled the parts of a machine gun in the dark, without a clank to show the enemy where we were hidden, and fire it off as a surprise. I remember we were very proud of this, and mentioned it in the next manifesto we issued.[23]

Pero del relato de Low, se incide fehacientemente cómo el machismo o una hidalguía solidaria mal entendida conducían a una indisciplina irracional y a un malsano y estúpido heroísmo, tantas veces *admirablemente* criticado por voces extranjeras más duchas en la praxis y dolor del arte de la guerra, que habían conocido, particularmente, durante la brutalidad del primer conflicto mundial.

> - We are coming to learn to fight, I said, with some pride. We are a battalion.
> - Well it's no use, he [un militante francés] said quickly. I wouldn't have a woman at the front at all, if I had the choice. I have been there and I know.
> - Why? don't you think we're capable or not brave enough
> - It's not that, he said, far from it. There may have been something in that at first, when crowds of untrained girls went there without knowing what they were going to, and so forth but that was due to the confusion. . Of course everything had been organized since then. Oh, I haven't a word against the militia women at the front for their courage, or what they can do, or any of that. Oh no.
> - Then what are you driving at, why do you object? He gave a tired sigh.
> - You see, he said it makes everything all together too heroic. Especially for the Spaniards. They are conscious of being males every moment of the day and night, you know what I mean. They haven't got rid of their old fashion sense of chivalry yet, however silly they may think it is. If one of you girls get caught by the enemy, fifteen men immediately risk their lives to avenge her. All that kind of thing. It cost lives and it's too much effort.

[23] *Ibídem*, p. 125.

- Then they must get over it, somebody said. And they never will unless we go on as we are doing.[24]

Un caso excepcional de cómo las cartas se giraron en favor de la presencia de mujeres en situaciones ejecutivas de combate nos la refiere otra militante internacionalista, la argentina de familia rusa y anarquista, Mika (Feldman) Etchebéhère, la cual llegó a comandar una columna en el frente de Guadalajara, tras la muerte de su compañero, el vasco francés nacido en Santa Fe, Argentina, Hipólito. Retratada también por Juan Breá, durante su visita a aquella parte del frente, y luego erróneamente dada por muerta por la propia Low, Mika también se unió en un segundo momento de su estancia española a *Mujeres Libres* en Barcelona, entre marzo y abril de 1937, cuya revista publicaría su foto y dos de sus narraciones cortas. A mediados de 1938, Mika abandonó el frente en torno a Madrid, para luego refugiarse al final de la guerra en el Liceo Francés de la capital durante cinco meses. Tras su regreso a Francia, Argentina, y finalmente retorno al país galo donde pasó el resto de su vida (1992), tras aquellos combates en Sigüenza, Guadalajara y Madrid, nunca perdió su condición de capitana de la 70ª Brigada Mixta de la XIV División. Y en ese desempeño, mostró, apodada como *madrecita*, versiones ejemplares de una excepcional matrilocalidad y matriarcado militares, para controlar un machismo e indisciplina infantiles en el frente que ella atenuaba con amorosas dosis de comprensión y cuidado hacia sus tropas:

> Comprendo que voy ganando en serenidad, que comprendo cada vez mejor a estos hombres capaces de pegarse por un trozo de carne o de estropear su calzado para obtener otro más bonito, pendencieros cuando han bebido y, al mismo tiempo, valientes hasta la temeridad en el combaten […] Mientras hablo despacio, con una voz casi maternal, voy arrimando los hombres al parapeto, contándolos a medida que se enderezan […] Por una parte, los celos y el coraje son en España virtudes o defectos nacionales. Aquello de "te mato porque te amo" o "me hago matar por vergüenza", forman parte del código de honor de esta tierra …
>
> - ¿Invocando qué vínculos pueden permitirse sus milicianos de tener celos de usted?
> - En primer lugar yo soy la madre de todos, luego tienen derecho a ser los únicos para el querer. Por otra parte y este aspecto es más sutil, yo soy la mujer de todos ellos. Intocable, colocada en un altar. Pero si por cualquier razón voy a ver a

[24] *Ibídem*, p. 188.

> otros hombres [el compañero coronel], ya no estoy en el altar, ando por el llano como las demás mujeres. Como ellas, puedo pecar. En una palabra, llego a ser capaz de provocar en los mismos malos pensamientos.[25]

Hasta se topó con los oídos sordos a sus consejos ante un grupo de mujeres encerradas en la catedral de Sigüenza en septiembre de 1936, acostumbradas a sólo seguir las recomendaciones masculinas: "Mis discursos para conseguir que se vayan a lugares menos peligrosos chocan con negativas. Rodeadas de sus míseros trapos, de escupideras y jarros, las mujeres han rehecho un ínfimo cacho de vivienda que se resisten a dejar. En vano les describo el refugio. Seguro que será para los niños, la sacristía, bastante alejada, menos fría, más recogida que esta gran nave glacial y amenazadora [catedral de Sigüenza]. Ninguna mujer se levanta".[26]

Este machismo generalizado contra al que tuvieron que enfrentarse aquellas mujeres venidas de fuera como voluntarias a favor de la España republicana es también contrastado por Lini De Vries en el hospital de campaña de Colmenar Viejo dirigido por Edward Barsky, en el que tuvo que negociar gracias al ejemplo más progresista de los brigadistas estadounidenses y alemanes, la cooperación de otros combatientes heridos, no solo españoles, en tareas supuestamente solo reservadas a las mujeres. Y describe gráficamente cómo el debate llega a tener el eco encendido y análogo del frente de batalla hasta que se logra imponer la cooperación de todos los hombres, no por un sentido de solidaridad común, el cual supuestamente guiaba aquel combate, sino por la posible descompensación competitivamente masculina frente a los voluntarios trasatlánticos del norte, más abiertos a realizar labores domésticas.

> Sabía que ningún español se prestaría a realizar el trabajo de las mujeres. Tampoco lo haría ningún otro europeo, salvo los alemanes del batallón Thaelman [sic]. […] Los españoles os [voluntarios de la Lincoln] respetan, no se sentirán avergonzados de ayudarnos si vosotros también lo hacéis […] Parecía el frente del Jarama: las palabras surgían quemantes y duras como tableteo de ametralladoras: Los combatientes habían venido a pelear y no a ocuparse de un quehacer de mujeres. ¡Finalmente limpiaron![27]

[25] Mika Etchebéhère, *Mi guerra de España: Testimonio de una miliciana al mando de una columna del POUM*, Barcelona, Alikornio, 2003, pp. 245-6-7 y 252.

[26] *Ibídem*, p. 94.

[27] De Vries, *op. cit.*, pp. 142-45.

Violaciones y la abyección del silencio *solidario*

Las mujeres de aquella lucha no solo tuvieron que toparse con prejuicios y lugares comunes arraigados profundamente en la *manosfera* de la época, sino que también sufrieron, en tantos casos, silenciosa, resignada, y abyectamente las vejaciones y hasta las violaciones de sus homónimos masculinos, los cuales se comportaron como los peores de sus enemigos. Como se ha podido teorizar para la homofobia, tras aquellos episodios funcionó el síndrome de la claustrofobia de la invisibilidad del armario -*closetness*, término de Sedgwick- para normalizar bajo el ocultamiento, aquel crimen, racionalizado por la víctima bajo el síndrome de una abyección abnegada, responsable y solidaria.[28] En apariencia, la regimentación ideológica de los ideales revolucionarios de militantes como Marion Merriman Watchel, una de las escasas féminas oficialmente enroladas en las Brigadas Internacionales, le impidió denunciar y verbalizar entonces su terrible experiencia del estupro por un correligionario extranjero de las Brigadas: por pudor lesivo, por miedo, por un sentido autodestructivo de silencio, en contraste con otras brutalidades del momento. Recuerdo cómo escuché estremecido aquel relato, contado delante de ella por el biógrafo Warren Lerrude en un cine de la ciudad de Reno, en 1986, en la presentación del libro de la historia de su marido, Robert Hall Merriman, originario de aquella ciudad, primer comandante de la Brigada Lincoln en España, desaparecido en la batalla de Belchite. La narración escrita logra transmitir el miedo, el oprobio, el estremecimiento, la culpabilidad y la chapa de silencio que maniató a la víctima durante décadas. Los códigos de resistencia, de heroísmo y de completa entrega de la conciencia personal a la revolucionaria del Partido Comunista en el que militaba el matrimonio, que controlaba piramidal y estalinistamente los movimientos de sus correligionarios, también explican aquel largo túnel y viacrucis para aquella anciana de entonces, la cual todavía percibía la realidad con unos expresivos ojos de determinación revolucionaria.

En el discurso de la recolección de aquel episodio finalmente revelado, en una época en la que tantas mujeres callaban todavía bajo las presiones de la *omertá* del silencio de los tiempos, leemos sobrecogidos el intento desesperado e inútil de la víctima para extraer, para limpiar, para erradicar, para casi autolesionarse y amputar su cuerpo de aquella irreparable transgresión para su conciencia. No obstante, se impuso

[28] Eve Kosofsky Sedgwick, *Epistemology of the Closet*, Berkeley, University of California Press, 1990.

la praxis, la subordinación de la *sujeta* femenina a las obligaciones del patriarcado representado por la responsabilidad colectiva de su marido como jefe de la Brigada, y ante todo, por el envoltorio de control militar y militante de lo que representaba el espíritu revolucionario de un comunismo sin tacha. Así Marion Merriman respondió en una doble abyección del silencio a la subordinación como mujer y como militante, dos veces barrida de los horizontes de perfección que la teórica ideología de la ilusión transformadora de la sociedad en pleno conflicto entre el supuesto bien revolucionario e igualitario y el mal discriminador y opresivo, no podía permitirse. Y así, eximida posteriormente por la *suerte* de no haber quedado embarazada tras la violación, se impuso la travesía del desierto de la negación, ocultamiento, pero imposible olvido de todo aquello.

> That evening we checked into the hospital at Socorro Rojo. Weary from the long, if enjoyable, day, I fell quickly to sleep. But, suddenly and sharply, I was wide awake. The man whose look I'd noted at dinner was holding me down, one hand clamped over my mouth. I fought him, clawing, kicking. I couldn't scream. He raped me. I kicked him away. He fled the room. I was stunned, I sobbed, terrified. I climbed from the bed, slowly, and pull the blankets around me. I ran down the hall to the bathroom. There was no warm water. I filled the bathtub with icy water. I scrubbed and scrubbed, shivering from the cold and the fright. Crying, shivering, I scrubbed for hours. I couldn't cleanse myself, however hard I tried. I felt filthy, thoroughly filthy. I washed and washed, and I cried into the cold, early morning darkness. The next morning I didn't know what to do. What could I do? Should I try to find a way back to Albacete? Should I somehow get a hold of Bob? Should I try to reach Ed Bender? What should I do? I had to calm myself. This is a war, I told myself men are dying and maimed. This is my burden. As horrible as the rape was, the worst that could happen would be a pregnancy. If that happened, I steeled myself, I would go to the hospital's doctors or to Paris and have an abortion. What should I tell Bob? I asked myself, over and over. I searched and searched for the answer and finally concluded: I must not hurt Bob with this. If I tell him, a reasoned Bob might kill the man. Or one of the other Americans would, for sure. That would be great trouble. No, this must be my secret burden. I cannot tell anyone ever. What has been done cannot be undone. I went down to the commissary where the two officers were eating breakfast. One was, as always cheerful and friendly. He seemed confused when I didn't sit with them. The rapist was brazen, arrogant. We continued the mission. I ignored the rapist, but I could not get the rape of my mind. But I went on with my work. When I went back to Albacete three days

> later, I said nothing about the rape. The war filled Bob's mind. I could not trouble him further, and I did not. Nor was I pregnant.[29]

Y la anarcosindicalista Sara Berenguer describe cómo la agresión sexual no conocía ideologías, cuando intentaba reposar en un local de la agrupación durante los hechos de mayo de 1937 en Barcelona:

> Cuando al cabo de unos instantes, alguien vino a relevar al que descansaba en la otra cama, oí cómo le decía el recién llegado: -No te la mires más. ¡Échate encima! Aquella voz retumbó en mis oídos como una explosión. No me moví, esperando el gesto para defenderme con las uñas y los dientes si era necesario. Nada me daba miedo. Y tampoco nada pasó. Estaba bien dispuesta a defender mi libertad de mujer y no estar a merced del capricho de un hombre, fuera quien fuese.[30]

Relatos como los de estas mujeres progresistas certificaban cómo el feminismo consciente lograba finalmente abrir una brecha en la complicidad y ficción silenciosas de supuestos itinerarios revolucionarios intachables que la izquierda había logrado sostener durante largo tiempo, en particular, en torno a la idealización del conflicto de España en 1936-39. Las verdades de aquellos episodios que rompían con el pasado de una ilusión –en palabras de Furet–[31] sin embargo, seguían contrastándose con la forzada abyección de la *maldad roja* retratada en la *Causa general*. Algunos episodios incidían y se regodeaban en la denuncia de violaciones y muertes de mujeres del bando franquista atribuidos a ambos sexos de la España *derrotada y culpable*. No sólo habían sido sometidas a los peores horrores, sino que estos además venían adobados con detalles de pillaje antirrevolucionarios del tipo del reparto de los despojos de Cristo.

> El 27 de octubre de 1936, en un ataque realizado por las fuerzas marxistas contra una posición nacional en el Puerto de Somiedo (Asturias), fueron hechas prisioneras tres enfermeras del ejército nacional, cuya personalidad consta; el comandante rojo Jenaro

[29] Marion Merriman, Warren Lerude & Mazal Holocaust Collection, *American Commander in Spain: Robert Hale Merriman and the Abraham Lincoln Brigade*, Reno, University of Nevada Press, 1986.

[30] Sara Berenguer, *Entre el sol y la tormenta*, Barcelona, Seuba Ediciones, 1988, p. 90.

[31] François Furet, *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XXème siècle*, París, Calmann-Lévy, 1995.

> Arias Herrero (a) "el Patas ", jefe del sector, las condenó a muerte, sin formación de procedimiento alguno, diciendo a sus milicianos que aquella noche podían quedarse con las enfermeras y hacer con ellas lo que mejor les pareciera; en la misma noche fueron violadas por los milicianos en una casa del pueblo, e hicieron producir en el exterior del edificio diversos ruidos para ahogar los gritos de las víctimas. Al día siguiente, de madrugada fueron asesinadas a tiros por unas mujeres voluntarias que, una vez cometido el crimen, las despojaron de sus vestidos, repartiéndoselos entre ellas.[32]

Las nuevas *pietàs* de las lentes picassianas

A estas dosis de abyección urdidas por la propaganda para la desafección y la *damnatio memoriae* republicanas, se le unen, a su vez, otras narraciones en las que la caída al Hades por parte de mujeres-víctimas es continua y repetitiva. Las representaciones artísticas posteriores al segundo conflicto mundial no dejan lugar para la duda de que el cuerpo de las mujeres fue sometido a una doble transgresión, a caballo entre los horrores de la lucha y las violaciones. Así la representación del trauma de las víctimas de la guerra total actualizada por *Guernica* (1937) de Pablo Picasso incide en otras muestras de aquella época como la escultura -*Cabeza de Montserrat gritando* (1942) de Juli González, *Europa* (1953) de Josep Maria Subirachs-, el grabado y el dibujo – *La femme tondue* (1946) de Anton Prinner, *Campos de concentración 1939-1944* de Josep Bartolí-, o la pintura –*Los vencidos* (1956) de Marc Aleu-.[33] En todo momento se plasma la torsión y pulsión negativas de figuras femeninas yacentes, heridas o violadas por el desastre o los sujetos masculinos. Pero en todo caso, dentro de un discurso de superación del trauma, de olvido, de necesidad de volver a una vida sin tribulaciones aparentes, en testimonios de sobrevivientes del campo de concentración de Ravensbrück como Neus Català, o Mercedes Bernal, deportada de Perpinyà afloran tras su *liberación* por parte de las tropas bajo la bandera de los Estados Unidos, o el relato sin aspavientos, o las vejaciones como ganado o bestias del zoológico nuevamente apiñadas en vagones *ad hoc* y las violaciones, mientras que también contrastan las actitudes positivas de soldados de origen hispano frente al resto.

[32] *Causa general*, *op. cit.*, p. 226.

[33] *¿Qué humanidad? La figura humana después de la guerra 1940-1966*. Barcelona, Museu Nacional d'Art de Catalunya, 2023, pp. 77, 78, 81, 83, 85.

> Tomaron posesión del campo tropas americanas. Un muchacho de Texas, hijo de madre española, a Sabina, Lola y a mí nos colmó de comida, de apoyo moral y envió nuestros mensajes, que llegaron a nuestras familias. De los otros, solo puedo decir que, en servicio, eran escrupulosamente correctos […]
>
> Fuimos liberadas por los americanos. No se portaron nada bien; eran tan salvajes como los mongoles; no puedo hablar bien ni de los unos ni de los otros. Fueron horribles. Nos metieron en vagones de ganado cuando fuimos al campo. Venían a tirarnos chocolates u otras golosinas y luego, con el fusil, hacían bajar a las que se les antojaba. No guardo ningún recuerdo agradable de mi liberación.[34]

A las memorias físicas y psíquicas de las violaciones y otros oprobios sufridos por aquellas mujeres, podemos añadirles la representaciones fotográficas y fílmicas que impactaron en la imagen de muestras artísticas como las mencionadas. Así, el foto reporterismo que tuvo en la Guerra Civil de las Españas uno de sus primeros escenarios incidió continuamente en las imágenes de mujeres sometidas a estas violentas torsiones del conflicto bélico, particularmente a través de la guerra total de los bombardeos aéreos, nueva fuente de sufrimiento indiscriminado para la población civil, ligada a partir de ahora indeleblemente a la destrucción de las armas. Aparecieron así en algunas fotos, nuevas *pietàs* naturalizadas, como la universalmente reproducida de Agustí Centelles, tras el bombardeo de Lleida del 3 de noviembre de 1937,[35] o en el Vallecas bombardeado de 1936 fotografiado por Robert Capa, cercano con su objetivo a la víctima de "That ugly old woman too old to kiss"[36] y apoyado en el axioma de la necesaria proximidad del objetivo a su representamen: "If your pictures aren't good enough, you're not close enough.[37] Estos sufrimientos incorporados emblemáticamente por Pablo Picasso a través de la figura de la mujer que alza sus brazos al cielo en su universal *Guernica,* fueron recogidos poco después cubistamente por Max Aub[38] en la clausura del cuento titulado *El cojo*, en torno a la debacle

[34] Neus Català, *De la resistencia y la deportación: 50 testimonios de mujeres españolas,* Barcelona, Memorial Democràtic, 2015, p. 74 y 125.

[35] *Lleida 3nov 1937*/https://www.vscw.ca/16 de octubre de 2022.

[36] https://albavolunteer.org/wp-content/uploads/2013/06/capa_robert_2604_1992.jpg 17 de octubre de 2022.

[37] *Robert Capa, Slightly out of Focus,* Nueva York, Henry Holt and Co., 1947, p. 195.

[38] "Una lengua de la modernidad sin cortapisas y con los 'simulacros' adecuados para representar/imaginar una destrucción total, lo que decía Torres Campalans del cubismo de Picasso [el cual] nunca pintó lo que tenía delante sino lo que decían las cosas

de Málaga de 1937, y el sacrificio del personaje de la Rafaela, la cual muere dando a luz en una postura similar a la de la figura picassiana, anestesiada mortalmente mediante una epidural de las balas :

> Y la Rafaela de pie, con el pañuelo mordido en la boca, estaba dando a luz. Le parecía que la partían a hachazos. El ruido de los aviones, terrible, rapidísimo y las ametralladoras y las bombas de mano: a 30 m […] Rafaela solo sentía los dolores del parto. Le entraron cinco proyectiles por la espalda y no lo notó. Se dio cuenta de que soltaba el tronco y que todo se volvía blando y fácil. Dijo Jesús y se desplomó, muerta en el aire todavía.
>
> - Yo la conocía, es Rafaela […] - Yo soy escribano. Quería que fuese chica.
> - Uno: lo es.
> - El escribano: - y que se llamará Esperanza.
> - Y uno cualquiera: ¿Por qué no?[39]

En el testimonio en catalán de Manel Valldeperes, se significa el desastre definitivo de la retirada desde Catalunya, con figuras de mujeres desfiguradas y reacciones anudadas a síndromes miméticos de desenfrenado llanto que se confunde con la risa por parte de sus cónyuges: "Una dona embarassada, terriblement desfigurada per les trepijades de la massa enfollida pel pànic, agonitza al marge del camí, besant la terra que ha de servir-li de mortalla. Al seu costat, un home plora a sanglost profunds i intermitents i després esclata en una riallada sollorosa, llarga i violenta. Violenta com el seu rostre demacrat, violenta com la seva figura d'espectre vivent".[40] Y por ello, algunas testigos como Otília Castellví, entre los bombardeos de la aviación aliada en la Alemania nazi, transmiten la catástrofe de la noche aérea, como una nueva leche negra a lo Paul Celan o W.G. Sebald donde el cuerpo va hundiéndose en lenta agonía en mitad de las aguas luctuosas de una pesadilla universal: "El dolor humano a mi alrededor era tal, que tenía la sensación de estar asfixiándome en un elemento más denso y desagradable que las amargas aguas de un océano tempestuoso".[41] La densidad destructora de di-

---

que tenía delante. El cubismo fue una escritura, un alfabeto, una pintura para leer. Algo híbrido había ahí entre la literatura y la pintura". Max Aub, *Josep Torres Campalans*, Barcelona, Plaza y Janés, p. 332.

[39] Max Aub, *Enero sin nombre*, Barcelona, Alba, 1994, p. 61.

[40] Manel Valldeperes, *Ombres entre tenebres*. *L'exode de Catalunya,* Buenos Aires, Edicions de la Revista de Catalunya, 1941, p. 40.

[41] Castellví, *op. cit.*, p. 213.

chas experiencias lleva a una sobreviviente del campo de concentración como Neus Català a comparar los pájaros de los bombardeos aliados a los cuervos mortuorios del campo de Ravensbrück.

Así, el miedo y la memoria irracional de la destrucción impactan de forma consistentemente repetitiva en la conciencia de aquellas mujeres, de las cuales, algunas eran solo niñas, incapaces de explicarse las razones objetivas para aquellos episodios. Este es el caso paradigmático de Gabriela, la protagonista de la mítica película del exilio español, *En el balcón vacío* (1961-62), con el guion de su compañera, María Luisa Elio.[42] *En el balcón vacío* representa una tupida red de traumas en los que vive anclada la polifacética personalidad de Gabriela Elizondo, la niña que actúa arropada por la visión de la Gabriela adulta la cual recuerda desde el exilio mexicano, la llegada de la guerra, la desaparición de su padre y la fractura de la unidad familiar, el paso al otro lado, de la zona sublevada a la gubernamental, los bombardeos, la huida a Francia, el hacinamiento de los refugiados, el contacto con las niñas francesas, la anagnórisis de la pérdida de las raíces culturales, el vacío del exilio mexicano, la búsqueda de los recuerdos a través de la madre muerta y finalmente la vuelta soñada a la casa familiar española donde la Gabriela adulta se cruza con la Gabriela niña para darse de bruces con la irreconciliación de las imágenes de su pasado y de su presente.[43]

Durante los bombardeos, un plano largo muestra a Gabriela escondida y acurrucada al fondo de un pasillo y en el subsiguiente primer plano, veremos su cabeza entre las manos. Éste nos la presenta de nuevo cortada verticalmente, mientras la voz en off apunta a la imposibilidad de decodificar con su ética infantil ("el diablo, el *Coco*, había sido buena") el lenguaje de las bombas, conmutándose de una tercera a una primera persona, para resaltar cómo aquel trauma ha transcendido al presente del destierro, y cómo el cuerpo en su mínima expresión es incapaz de albergar y diluir el dolor psíquico que afecta a toda la psiquis.

> La niña tenía miedo. Era un miedo tan grande que no la dejaba moverse. ¿Qué haría la niña con ese miedo que la pesaba tanto? […] Llevaba también mucho rato pensando por qué tenía miedo y no sabía. Ella sabía cuando había sido mala de qué tenía miedo […] No era hoy el Diablo lo que la asustaba, porque ella había sido buena, ni tampoco el "Coco" que se esconde para asustar a los niños malos. No. No era esto lo que la asustaba porque ella había sido buena. ¿A qué tenía entonces tanto miedo la niña si sabía que a los niños buenos no se les castiga? Pero yo seguía encogida en

[42] *En el balcón vacío*, Jomi García Ascot, Guión de María Luisa Elío, México, 1961-62.

[43] Para un análisis detallado de esta película, ver mi *Entre alambradas y exilios.*

> aquel pasillo con un miedo tan grande en un cuerpo tan chico para guardarlo, mientras las bombas deshacían la ciudad.[44]

Mujeres entre la *retirada* y los campos de concentración

Como se colige de lo ya observado, es muy problemático establecer una sintomatología y modelo para discursos concentracionarios de *republicanas* de *Las Españas* en los campos franceses, los cuales destacan por la diversidad de sus manifestaciones en un clima general de penalidades físicas y psíquicas de encierro, carestía y esperanzas tras la derrota. Las mujeres, o bien sufrieron encierros en campos de internamiento, o peores persecuciones en los de concentración nazis, mientras se preocupaban sistemáticamente por la suerte de padres, cónyuges e hijos. Para rastrear su presencia en estos espacios, podemos encontrar memorias serializadas publicadas inicialmente en la prensa mexicana como *Éxodo*: *diario de una refugiada española* (1940) de Silvia Mistral, obras de teatro -*Morir por cerrar los ojos* de Max Aub -, o guiones cinematográficos -*Campo francés* y relatos como *Enero sin nombre* del mismo-, documentales de propaganda y denuncia -*Au pays du vin-Un peuple attend/Refuge-A People is Waiting* de Jean-Claude Dreyfus/Jean-Paul Le Chanois-, donde el papel en la producción de las mujeres es muy relevante, películas de ficción -*La mujer del anarquista* de Marie Noëlle y Peter Sehr-, memorias autobiográficas de mujeres que también vivieron la realidad de los campos -*Trescientos hombres y yo: Estampa de una revolución* de Ana Delso, u *Hotel in Flight* de Nancy Jonhstone-, o archivos fotográficos como el de Manuel Moros. Este último casi clandestinamente captado en la frontera Port Bou-Cerbère en febrero 1939, recoge lo que luego Max Aub certificó como algo indescriptible, que ni siquiera la fotografía lograría captar al desconocer la profundidad de campo que poseía la literatura: "una confusión -la auténtica pagaille- de la que no puedes hacerte idea. Sólo los fotógrafos, y a esos les faltará la profundidad".[45]

Y entre las escenas que sorprendieron a las refugiadas, estaba la presencia de tropas calificadas como senegalesas, que el propio Moros retrató pacíficamente mientras observaban la cartelera cinematográfica del pueblo de Collioure, pocos días antes de que se produjera la avalancha de republicanos españoles sobre Francia en febrero de 1939.[46]

[44] *En el balcón vacío*, *op. cit.*

[45] Max Aub, *Enero sin nombre,* p. 278.

[46] *Février 1939: La retirada dans l'objectif de Manuel Moros,* Perpiñán, Mare Nostrum - MUM/E, Memorial Democratic, Generalitat de Catalunya, La Région Languedoc-Rousil-

Aquel gentilicio que se utilizó como estereotipo étnico para englobar a todas las tropas coloniales francesas procedentes del sur del Atlas o África subsahariana, señalaba también las contradicciones del discurso republicano respecto del imaginario de *los moros que trajo Franco* y la manipulación de la imagen de los subsaharianos en textos franquistas. Aunque las intenciones de los guardianes *senegaleses* pudieran ser pacíficas, subyació el miedo al otro de piel oscura, a los imaginarios de otros africanos, los *moros* del terror franquista, sobre todo en torno a refugiados infantiles como los que custodiaba la británica Nancy Johnstone, la cual no ocultó dichos prejuicios:

> I saw a shadowing figure creeping about among the children. It was our Senegalese guard. He had an adoring expression on his coal-black face, and he was peering into the faces of the sleeping children. I was in a quandary. If a child woke up and saw that face, it would think at once the Moors had got it, and probably die of screaming hysteria. Yet it seemed rude to tell a man bristling with revolvers that his face would have that effect. Luckily the Senegalese had finished his round and crept silently away without any damage being done. I resolved to warn the children in the morning.[47]

No cesaron los episodios de abusos por parte de las tropas coloniales u otras contra mujeres inicialmente encerradas en los campos de concentración, teóricamente para los hombres, tras la retirada de los republicanos españoles a Francia. Y así dibuja una de esas violaciones Aub en su "El limpiabotas del Padre Eterno" tras la que pueden subyacer prejuicios racistas y la hipérbole en la cifra de la venganza anónima contra aquellos soldados de las tropas coloniales francesas:

> Selma Moussa no se trataba con nadie. Alto, Delgado, de piel muy oscura, orgulloso y corto de genio, echaba de menos a todas horas su choza, su mijo, su sol, su casa. Vio a Rocío agachada, recogiendo balbas y se le echó encima, como una fiera. Nadie acudió al pronto: no era la primera vez y alguno había perdido la vida por intervenir en lo que no le importaba. A la luz lechosa de la luna nadie distinguía que se trataba de un estupro. Sintiólo en su carne Antonio y pensó mal del Málaga. Bastó recorrer 100 m para desengañarse, que llevaba a la niña, en alarido, aullando su mal. El negro se recortaba sobre el claror de las espumas,

lon, Conseil General des Pyrénées Orientales, 2008-2009, p. 13.

47 Nancy Johnstone, *Hotel in Flight* Nueva York, Longmans, 1940, pp. 357-358.

> abrochándose el pantalón del uniforme. Antonio fue hacia él, no le dio tiempo de recoger el mosquetón: le segó la garganta con su navaja barbera […] Almudena fue evacuada al día siguiente a un albergue para mujeres, nada tuvo que ver el traslado con el suceso de la noche: era normal y burocrático, […] Antonio Meneses y cinco compañeros se juramentaron para hacer pagar el atentado a los senegaleses. Cada noche, hasta que los trasladaron al campo de Gurs, degollaron a uno a uno y lo enterraron en la playa. Sumaron 58.[48]

Josefina Cuesta calificó de *responsabilidad social*[49] la respuesta por parte de las mujeres ante la desorganizada retirada de febrero de 1939. Representaron ojos certificadores y fuentes protectoras y proveedoras para la deshecha unidad familiar en tantos momentos trágicos ante la separación de los hombres forzados a dirigirse a los campos de concentración de las playas, mientras que el resto del grupo familiar era dirigido a lugares de recepción de tipos muy variados dependientes de las autoridades locales en el interior de Francia, alejados de la frontera española. Se cumplía así un protocolo establecido en el siglo XIX, para evitar la injerencia política de los exiliados en el país de origen. Y, por lo tanto, las mujeres fueron una primera línea activa de resistencia que buscaba mantener la unidad familiar a pesar del patriarcado. En el compendio de testimonios reunido por Isabel Oyarzábal, o en las memorias de Valldeperes no queda duda ante la ardua protección y defensa de aquellas mujeres a favor de hijos, padres y cónyuges.

> The women refused, with shrieks, to let their men-folk - many of them old and sick, others mere boys - be taken from them […] The women, herded together on one side of the French road, and rushed to meet their relatives. Mothers, who had not hoped to see their sons alive, clung to young bodies wearing the Republican uniform. Married couples, whom the war had separated for months, clung desperately to one another, but the Senegalese soldiers jerked or kicked them apart. The wounded who were able to stand received no help, no mercy, but were treated just like the other men.[50]

[48] Aub, *Enero sin nombre*, *op.cit*., pp. 281-82.

[49] Josefina Cuesta, "Memorias del exilio en femenino", en Ángeles Egido, Matilde Eiroa, Encarnación Lemus, Marifé Santiago (dirs.), Luiza Iordache y Rocío Negrete (coords.), *Mujeres en el exilio republicano de 1939 (Homenaje a Josefina Cuesta),* Madrid, Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado, 2021, p. 27.

[50] Isabel Oyarzábal, *Smouldering Freedom: The Story of the Spanish Republicans in Exile*, London,Victor Gollancz, 1946, pp. 37-38.

> Era difícil vèncer la resistència de les dones, les quals es negaven a separar-se dels marits o dels fills grans, sense saber, abans què seria d'ells. I moltes es disposaren a seguir la seva sort: però fou inútil. L'ordre era terminant.
>
> La violencia intemperant dels gendarmes es manifesta una vegàda més:
>
> -Allez, allez! […] Però les dones protesten, criden, s'imposen. -Deixeu-nos.
>
> Les poques dones que queden són les que s'han resistit a anar cap a l'interior del país.[51]

Pero no todas las mujeres lograron sobreponerse a la dura experiencia del exilio, y como certifica Silvia Mistral, algunas abandonaron aquella ruta tras cruzar la frontera, a pesar de los repetidos avisos para que cambiaran su decisión.

> Después de atravesar Port-Bou: las mujeres han cesado de llorar y todas llevamos el pensamiento repleto de Francia de la trilogía "Liberté, Egalité, Fraternité" […] Tres muchachas empiezan a llorar. Quieren regresar a Port-Bou. Ninguno de nuestros razonamientos es suficiente para impedirles la partida: se van a media mañana […] Abandonadas las mujeres en las rutas de Francia, pierden la confianza y suspiran por el hogar perdido.[52]

Además, la presencia de los vástagos hizo de los campos para mujeres lugares quizás más insoportables, a pesar de una menor represión: "Los campos de las mujeres eran más trágicos que los de los hombres, donde no había niños ni ancianos. Sin esta carga familiar, la vida en el campo no se hacía tan dura".[53] En ellos, destacaba la lucha por la intimidad y el lugar propio, mucho más necesario para las mujeres, tradicionales ordenadoras de los lugares íntimos. Otília Castellví describe de nuevo pormenorizadamente estos instantes en los que se puede romper el estereotipo de mayor solidaridad femenina para describir cómo se podía dar en las barracas de los campos de mujeres una sórdida lucha por conservar un perímetro de identidad y autonomía mínimas.

[51] Vallderepres, *op. cit*., pp. 61 y 65.

[52] Silvia Mistral, *Éxodo: diario de una refugiada española*, México, Editorial Minerva, 1940, p. 50.

[53] Castellví, *op. cit*., p. 140.

> A primera hora de la mañana la barraca al completo se puso en movimiento. Nos ordenaron que un par de mujeres fuera a la barraca utilizada como cocina para recoger el desayuno de todas. Éstas volvieron al poco con un cubo lleno de un caldo que pretendía ser café. Repartieron a cada una un panecillo que debía durarnos todo el día; pero yo me lo comí en cinco minutos. Luego Isabel y yo nos entretuvimos marcando nuestro dominio con piedras y trocitos de madera. Nos habíamos apropiado de un metro y medio de terreno para las dos tras un enfrentamiento encarnizado, pues la mayoría consideraba que tanto espacio era un lujo. Nosotras no discutíamos mucho, pero nos negábamos con obstinación a ceder un solo centímetro. Cierto que muchas infelices disponían del espacio justo para descansar sus huesos. Algunas ni siquiera podían extender las piernas al echarse al suelo. Otras dormían de costado para aprovechar mejor el sitio. Y algunas madres hasta ponían a dormir a sus hijos sobre los fardos. Pero nosotras no teníamos la culpa de semejante situación, y si hubiéramos cedido el medio metro que nos sobraba, sólo habría servido para que llevaran a otra persona a la barraca. Además había mujeres que tenían tantas maletas y bultos, que ocupaban más espacio que una familia entera. De modo que por todas estas razones no abandonamos nuestros límites, y éramos las únicas de la barraca que por la mañana encontrábamos dos palmos de arena libre de gente o paquetes para poder ponerse de pie.[54]

A su vez, fue la mano inocente de una mujer, en tantas instancias de la resistencia en Francia, correa de transmisión machistamente menos expuesta a la sospecha, la que permitió a Jean-Claude Dreyfus/*Jean-Paul Le Chanois*, introducir clandestinamente una cámara en el campo de concentración de Argelès-sur-Mer, para certificar por primera vez en su documental incompleto *Au pays du vin-Un peuple attend/Refuge-A People is Waiting*, la situación concentracionaria de los republicanos españoles en Francia:

> Years later I met a girl whose mother had helped me transport my hidden camera under the vegetables she was carrying in her bag. The living conditions were dreadful: thousands of men guarded by Moroccans in February and March without food, shelter, or medical care. Later, I went to a hospital in Perpignan where men were left lying on the steps, or lying on the floor in the wards. I also visited the places where women and children were sent; it was the most hostile area in France and they were

[54] *Ibídem*, pp. 105-106.

> locked up in derelict farms or houses in ruins. The women sang the most heart-rending songs.[55]

Por ello, son las palabras y la presencia femenina las que certifican más dramáticamente lo que pudieron significar aquellos campos de concentración de las playas, improvisados, aleatorios, ajenos al derecho, que cierta historiografía todavía tiene reticencias a llamarlos por su nombre. Me refiero a la descripción de Silvia Mistral en *Éxodo* que complementaría con exactitud un pie de la foto revelador de lo que significó todo aquello, obra de Manuel Moros:[56] una nada enmarcada por la arena, el mar, el gélido cielo destapado por la tramontana y el peso de la derrota bélica e ideológica para los republicanos españoles.

> En Argelès es más fácil entrar que salir. Una playa inmensa y nada más. Ni caseta, ni agua, ni comida, ni enfermeros, ni medicinas. Sólo la arena y el mistral. Y los senegaleses. Altos y negros, semejan niños a los que se ha dado un fusil y un uniforme y una orden de matar. Nadie puede imaginar cómo es esta playa con el frío y en la noche. No hay una venda para los heridos ni un poco de agua hervida para los enfermos. NADA. 75.000 o 100.000 hombres duermen bajo el rocío, sin mantas muchos de ellos. Por la mañana algunos amanecen secos, congelados por el frío.[57]

Pero es ante todo, la clandestinidad de algunas de las imágenes de los campos, como la tela de araña alambrada que retrata Moros en (¿1940?),[58] tras la que se dibujan mujeres y niños de blanco, la que apunta así a la falta de dignidad humana y al grado de "ignominy, corruption and *laissez-faire*" cercano a la infamia de Dachau según lo escribió Koestler,[59] y lo corroboran las imágenes clandestinas que Dreyfus/*Le Chanois* logró filmar al burlar la prohibición de filmar dentro de los campos.

[55] Cit. Anaïs Naharro-Murphy, "Portrayal of Displacement: A Spanish Civil War Film and The Propaganda Machine", en José María Naharro-Calderón (ed.), *Spain's 1939 Exiles in the Americas and Maryland: Eighty Years, Alive in Our Hearts*, *op. cit.*, p. 277.

[56] *Février 1939*, *op. cit.*, pp. 86-87.

[57] Mistral, *op. cit.*, p. 82.

[58] *Février 1939*, *op. cit.*, p. 93. Reproducida en la portada de mi *Entre alambradas y exilios*, ver su tratamiento en pp. 165 y ss.

[59] Arthur Koestler, *Scum of the Earth*, 1941, Londres, Eland, 1991, p. 104.

Mujeres en los barcos de las américas

Por ello, los *exilios* de estas mujeres obligan a mantener la alerta ante lo no dicho, lo no sabido, lo no mostrado entre aquel panorama, frente a ciertos esencialismos masculinos. Como muestra el *Sinaia*, barco símbolo de la libertad de la primera expedición de exiliados de 1939 a México, en aquel imaginario mitificado de la salvación, no suele tener cabida que la financiación mayoritaria para fletarlo provino no del SERE, sino del "National Joint Committtee for Spanish Relief" presidido por la Duquesa Atholl, que la política de embarque de las expediciones republicanas fue problemática y sectaria, o que las mujeres y los niños conformaron una parte fundamental del pasaje. Este colectivo femenino e infantil emerge a su llegada a Veracruz en las fotografías de los hermanos Mayo, aunque brille por su ausencia en el diario que fue publicado a bordo, si no es como responsable de los pequeños o por referencia a los hombres. Por ejemplo, Susana Gamboa, encargada mexicana de la expedición, figura como la esposa de Fernando Gamboa; o Juana Francisca, cónyuge de José Bardasano Baos, expone sus dibujos en el barco junto a "la lista de los caballeros del lápiz".[60]

Sin embargo, hay otros momentos en los que la presencia de las peripecias y sufrimientos de las mujeres cobra una especial relevancia entre un microcosmos aleatorio de refugiados globales y transnacionales que se encaminan hacia la nueva tierra de promisión americana, entre las diversas categorías sociales que viajaron en los barcos del exilio. En ellos, la estratificación de los menesterosos se reproduce en las bodegas cercanas al infierno de las calderas frente al privilegio del *palomar* de los privilegiados. Y así los testimonios fluyen de acuerdo a los diferentes espacios de la emisión de los discursos navegantes y en función de las vicisitudes de narraciones que se columpian entre la Europa ocupada por la bota nazi-fascista y el África colonial en el que domina la sospecha hacia el indígena, la traición y la insolidaridad hacia y entre diversos grupos de refugiados o la ejemplaridad de mujeres y hombres comprometidos con sus semejantes. Se trata de vía crucis entreverados de la resistencia en las peripecias femeninas cuyos rostros no logran evacuar el trauma ordinario de la "madre dolorosa" entre las refugiadas marcadas por diversas heridas:

> Las esposas, sentadas sobre las maletas, tratan de sonreír a sus inquietos maridos, mas su triste sonrisa subraya la angustia que expresan los ojos. […] Ellas tienen niños… Y además, las muje-

[60] *Sinaia: Diario de la primera expedición de republicanos españoles a México*, Facsímil Tezontle, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 1999, s/p.

> res son mujeres… Nosotros los hombres en resumidas cuentas … ellas tampoco tienen ninguna comodidad: ni retrete, ni cuarto de vestirse, ni agua […] el recuerdo de la vida recién pasada, les acosa todavía como una pesadilla. No saben, no pueden desprendérselo; su carne y su espíritu llevan la huella de indecibles torturas. A veces su sonrisa hace daño: no les ilumina el semblante, no llega nunca a ahuyentar la indefinible tristeza de sus ojos.[61]

Entre la justificación y la negación de la violencia

Las situaciones límites que vivieron tantas mujeres en aquellos años en mitad de violencias inusitadas para nuestra privilegiada mirada de occidentales preservados casi *milagrosamente* desde la mitad de los años 40 de violencias bélicas, aunque no de represiones dictatoriales para el caso de los españoles o portugueses o países del telón de acero, etc., nos debe hacer reflexionar sobre cierta obsesión con la memoria de aquellos acontecimientos. En los últimos años, he intentado acercarme críticamente a ciertos estereotipos que prevalecen en torno a un tipo de memoria que calificaré de *sucedáneo de la sanación*. En particular, se refleja en la última ley española de Memoria democrática de 2022. Estas políticas de memoria colectiva instauradas en España desde 2007 están plagadas de retórica sobre la evocación de males como el Holocausto, y la denuncia de totalitarismos nazi-fascistas-franquistas, sin mencionar los estaliniano-sino-comunistas (Gulag, Camboya, revolución cultural china, URSS), o los golpes de estado antidemocráticos promovidos también por supuestas fuerzas de izquierda en octubre de 1934, en Asturias y Catalunya. Sin que se puedan equiparar estos procesos al estilo del revisionismo de Ernest Nolte y la polémica alemana *(Historikerstreit)* con Jürgen Habermas, la no mención de estos casos antidemocráticos de izquierdas en la España republicana podría apuntar a un uso parcial de las políticas memoriosas de Estado. Además, como leyes, no garantizan inmunidad o vacunación contra sus teóricos males, mientras que pueden actuar a favor de sesgos y discursos políticos arrojadizos contra adversarios del presente, mientras que fosilizan a corto plazo respuestas parciales a acontecimientos de relevancia relativa para nuevas generaciones. En otras palabras, establecen "relatos administrativos […] los que sean, y son peligrosos porque bajo la apariencia de verdad cortan el debate y estabulan la memoria".[62] Corresponde a un giro memorioso

[61] Manuscrito anónimo.

[62] Elizabeth Jelin & Ricard Vinyes, *Cómo será el pasado. Una conversación sobre el giro memorial*, Barcelona, Ned Ed, 2021, p. 43.

desde la reconciliación constitucional que algunos tildan de *equiparador*[a] hacia el antifascismo rememorativo y retórico –no olvidemos su inicial conformación estaliniana en los años 1930 y su repetición como plataforma ocultadora antioccidental durante la Guerra Fría– lo cual emerge hoy entre la rama frentista del PSOE y sus socios –*levantar un muro*- en términos del presidente español actual, Pedro Sánchez.[63]

Por ello, el recorrido de algunos de los testimonios de estas mujeres plantea la ambivalencia entre los justificadores y/o los críticos. Los primeros asumen episodios de transgresión de los derechos humanos que no se podrían defender en la actualidad en el marco de leyes de memoria. Puede ser el caso de Sara Berenguer, una militante anarcosindicalista que nos refiere su particular fascinación iniciática ante cadáveres de personas ejecutadas durante el terror revolucionario. Berenguer describe el privilegio socioeconómico de aquellas víctimas que se refleja en su cutis, el recuerdo de las noticias y discursos de la represión contra obreros y semejantes, lo cual podía justificar aquella violencia.

> Mi madre tenía una amiga enfermera que trabajaba en el hospital clínico, llamada Adelina, que solía venir a casa y contaba los acontecimientos del hospital. Un día en que yo me encontraba con ellas, relató las llegadas diarias al Hospital Clínico, de las ambulancias que recogían a los fascistas que encontraban muertos Como no había visto nunca un muerto y el adjetivo de fascista me intrigaba, preguntándome en la inexperiencia de mi juventud como podían ser, sentí curiosidad por verlos ¿Quiénes eran? De manera que decidí ir al siguiente día a la "morgue", saliendo de casa más temprano, para estar a la hora prevista en el Comité Revolucionario[…] En la morgue las mesas eran de mármol blanco, más altas que las corrientes. Pasé por delante para ver detenidamente aquellos hombres, cuyas vestimentas eran de valor. Manos finas, rostro blanquecino por la Muerte. No obstante, guardaban un lustre que nunca habían tenido ningún obrero, quizá ni en su niñez. Los que vi en los pocos días que fui eran calvos. Unas veces vi dos y otras uno. La estancia del depósito estaba vacía de hálito humano a no ser el mío. Yo mismo me sorprendía, no sentía miedo ante su presencia. Sí, los miraba… Los miraba sin verlos, porque a través de aquellos cadáveres, se me representaban imágenes de las cuales había oído hablar en mi adolescencia con amargura, recordando vagamente la tragedia de Casas Viejas, las personas que habían sido quemadas vivas en el interior de las barracas donde estaban, las mujeres que escaparon de aquellas llamas, siendo herida una joven y la otra que

[63] *Ibídem*, p. 49.

> llevaba la ropa ardiendo abatida por las balas de aquellos malvados guardias. De los obreros, a los cuales se les había aplicado la ley de fugas, de las torturas a los presos y cuántas cosas más también venían en mi memoria los comentarios de mi padre y sus compañeros de trabajo, cuando iba a llevarles la comida a la obra, hablando de las atrocidades que se hacían diariamente. Era muy joven, pero aquellas conversaciones me calaron hondo. No me impresionaban, a pesar de encontrarme sola, pues detrás me parecía ver la miseria y la tiranía ejercida sobre el pueblo año tras año. Fui pocas veces, porque a la salida del hospital, un compañero del comité que me vio, me preguntó si tenía algún enfermo, y al explicarle por qué había ido, quedó perplejo y me aconsejó que no fuera más. Me pareció lógico lo que decía y no volví.[64]

Otras mujeres, sin embargo, muestran desde el principio de sus autobiografías, un rechazo palmario hacia lo que el paso del tiempo y los acontecimientos pudieron certificar como excesos reprobables, como situaciones imposibles de asumir a pesar de supuestos beneficios desde la lógica de enfrentamiento de clases.

> Si se describieran con imparcialidad y franqueza las revoluciones similares que ha habido a lo largo de la historia se daría una idea clara de que en estos casos ningún ideal, por grande y noble que sea, puede dominar el odioso pillaje y el despreciable crimen, ni sobreponerse a ellos.
>
> Mientras los idealistas exponían su vida con entusiasmo "la sarna" de la humanidad aprovechaba estos sacrificios para matar, robar, y deshacer con pies encenegados lo que otros habían inspirado.[65]

Para otras, la violencia revolucionaria les hizo tomar posiciones contrarias a su defensa republicana inicial, como en el caso de la defensora del voto femenino en 1931, Clara Campoamor. Sus palabras justificaban así la desilusión que las muestras de la violencia en la guerra de España le habían inoculado a su postura anteriormente progresista.

> Si el futuro tiene que depararnos el triunfo de los ejércitos gubernamentales, este triunfo no traerá consigo un régimen democrático, pues los republicanos ya no cuentan en el grupo gubernamental. El triunfo de los gubernamentales sería el de las masas proletarias, y, como estas están divididas, serán otras nuevas

[64] Berenguer, *op. cit.*, pp. 36-37.

[65] Castellví, *op. cit.*, p. 35.

> luchas las que decidirán si se quedarán con la hegemonía los socialistas, los comunistas o los anarcosindicalistas. Pero el resultado solo puede ser una dictadura del proletariado, más o menos temporal en detrimento de la República democrática.[66]

Con otra óptica, Ana Delso se quejaba amargamente de los enfrentamientos cainitas entre comunistas estalinistas y anarcosindicalista que dividieron a los exiliados españoles en Francia, y en particular a episodios de terror entre facciones antifascistas que se dieron en el sur del país en los meses tras la liberación de los aliados entre 1944 y 1945. Produjeron rechazo y recelo entre las autoridades francesas incapaces de controlar el orden público de algunos pueblos y ciudades australes.

> Después de la liberación, haciendo uso de la autoridad adquirida durante la Resistencia, los estalinistas franceses y españoles se apresuran a acabar el trabajo que los nazis no han tenido tiempo de finalizar. Entregándose a una nueva cacería, se dedican, tras la huida del ejército alemán y de la policía de Vichy, a batir las prisiones donde la Gestapo hizo encarcelar a anarquistas, trotskistas, socialistas, asesinando en el acto a la mayoría de ellos. Después harán creer que estos crímenes fueron cometidos por la policía francesa y alemana. Familias enteras de refugiados españoles fueron liquidados en el sur de Francia. E incluso llegaron a quemar sus casas. El expediente de la Resistencia no es únicamente de color rosa.[67]

¿Regresar a la vida?

A pesar de que la ilusión de la liberación llevase a algunas de aquellas sobrevivientes como Neus Català a loar la labor de los soviéticos durante el conflicto, mientras afeaba el papel de los estadounidenses –"no tuve la alegría de abrazar a un soldado del país que había soportado el principal peso de la Segunda Guerra Mundial"-,[68] otra escritora catalana, que conoció un exilio menos dramático que el de su compatriota, Mercè Rodoreda, probablemente escribió uno de los relatos más nihilistas sobre lo

[66] Clara Campoamor, *La revolución española vista por una republicana*, Luis Español (ed.), Sevilla, Espuela de Plata, 2018, p. 211.

[67] Ana Delso, *Trescientos hombres y yo. Estampas de una revolución*, Madrid, Anselmo Lorenzo, 1998, p. 148.

[68] Català, *op. cit.*, p. 70.

humano después de Auschwitz. Tras lo que para Theodor Adorno había eliminado la posibilidad de escribir poesía, en *Nit i boira*, en referencia al eufemístico código de los nazis para tapar la *Solución Final*, una conciencia con claros rasgos femeninos no espera la vida o la liberación del camo, sino la lógica del hundimiento que también describió otro deportado como Primo Levi.

> Cuantos más mueren aquí, más me gusta. Es un gozo tan profundo, tan complejo, que no puede describirse […] ser invisible. Invisible como una cosa. Los ojos sólo resbalan por ella, la dibujan. Ser casi una cosa, como el día del retrato para aquel hombre sin cara que odié tanto […] Si salgo de aquí vivo, ¿cómo seré? Siempre me parecerá que llevo a pasear un río de cadáveres. Que sólo puedo engendrar hijos con aquellos ojos inmensos de famélicos, con los sexos monstruosos colgados en el delgado circo de los muslos.[69]

Esta tesis de la deshumanización extrema no es una simple deriva fictiva, sino que se ve ratificada por testimonios femeninos del campo de Ravensbrück, como el de Rita Pérez, deportada de Burdeos: "la primera vez que me entraron ganas de llorar fue en Ravensbrück y, ¡por tanto, ya había de qué llorar en muchas ocasiones! … Pero … Nos habían endurecido de tal forma que ya no éramos humanas para nada. Yo digo: *hemos perdido toda sensación de humanidad y* es verdad… Que después, cuando sales de todas esas atrocidades …"[70]

Otras sobrevivientes, como Celia Llaneza, aportan también la ambigüedad de aquellas situaciones y relatan cómo sobrevivieron en las fronteras de sentimientos como el miedo. Lo describen con la sensación minimalista de la verdad ante la fragilidad humana, mientras rompen la cuarta pared de heroísmo que teóricamente rodea a todo sobreviviente de situaciones extremas:

> El miedo existe siempre. Yo tengo que decir, con toda honradez, que siempre he tenido miedo, como todo el mundo, pero en dos ocasiones he tenido miedo espantoso, hasta llegar a preguntarme cómo iba a salir de aquella situación. El miedo es como un montón de arena. Todo el mundo pasa por él; hay quien coge más, hay quien coge menos. Lo importante es saber soportarlo,

[69] Mercè Rodoreda, "Noche y Niebla" en *Parecía de seda y otras narraciones,* Tr. Clara Janés, Barcelona, Edhasa, 1981, p. 29. Ver Primo Levi, *Los hundidos y los salvados,* Tr. Pilar Gómez Bedate, Barcelona, El Aleph, 2005.

[70] Català, *op. cit.,* p. 345.

> saber sobreponerse en un momento determinado a ese miedo. Saber controlarse.[71]

Confesión que no es exclusiva de las mujeres, sino que también se encuentra, más ecasamente, en algunos testimonios masculinos como el de Francesc Paramón: "En aquella época pasé mucho miedo. Contrariamente a mucha gente que, después de pasadas las cosas presumen de valiente, a mí no me avergüenza confesarlo".[72]

La propia Neus Català, vuelve a dar prueba de cómo la experiencia militante frente a la de la resistencia menos comprometida por principios ideológicos podían modificar las reacciones de los sobrevivientes. La liberación, que también poseía rasgos de ambivalencia, parecía romper el espejismo en el que se había manifestado la lucha y la resistencia dentro del campo, bajo un tipo de síndrome de Estocolmo, de una nostalgia de la resistencia a lo abyecto.

> Era libre, y por primera vez lloré lágrimas, no de rabia sino de sentimiento… Ni quería salir del campo; no me atraía la libertad, tenía miedo al regreso. De hecho, en las semanas, días, horas que presidieron la liberación, las viví en sueños. Verles derrotados [los nazis] me daba tanta energía que ni en la muerte pensaba. Habíamos participado con inmensos peligros en la victoria y eso era lo más importante.[73]

Ahora bien, dicha ambivalencia por la liberación también venía determinada por la diversidad de las acogidas que recibieron muchas de aquellas refugiadas, sobrevivientes de los campos a su regreso a Francia. Se encontraron de nuevo en una sociedad liberada pero traumatizada por la ocupación nazi y dañada por la crisis económica y la escasez. Y por ello, el testimonio de Català, estuvo mediatizado por prejuicios vertidos por parte de franceses resistentes de la última hora, pero también por el reconocimiento de personas solidarias ante lo que aquellas mujeres habían vivido:

> En Francia, fuimos acogidas por unas indignas representantes de la Cruz Roja francesa, cuya bienvenida fue: "¡si os hubierais quedado en vuestros hogares lavando los pañales de vuestros mocosos, nada subiera ocurrido!". Si no nos las quitan de las ma-

[71] *Ibídem,* pp. 299-300.

[72] Antonio Soriano, *Éxodos: historia oral del exilio republicano en Francia 1939-1945*, Barcelona, Crítica, 1989, p. 112.

[73] Català, *op. cit*., p. 70.

> nos unos exprisioneros de guerra, las linchamos […] Nos trasladaron a Thionville. Nos esperaban unas soldadas francesas, con más humo que un tren (se alistarían a las doce menos cuarto). Nos querían hacer formar para albergarnos en un cuartel; de un manotazo las apartamos y ya no las vimos más. Llovía. Nos habían aguado de nuevo la fiesta del milagro. De nuevo entramos, cabizbajas, arrepentidas casi de volver […] Y el tren, va parando, y una banda municipal… ¡Era verdad! Jamás ningún concierto podrá maravillarme como aquel. Las mujeres, los hombres que no habían perecido en la guerra, todos los niños alrededor de la maestra y el alcalde en cabeza venían a saludarnos. Nos dieron todo lo mejor que tenían para comer, nos ofrecieron flores, nos abrazamos llorando. Ellos, esos nobles e ignorados campesinos, nos habían reconciliado con la vida.[74]

Fueron estas experiencias análogas de resistencia, lucha y rechazo por parte de la sociedad, conformada por prejuicios masculinos las que obligaron a aquellas mujeres progresistas, tanto en el exilio como en el interior, a doblar sus esfuerzos para sobreponerse a aquellos episodios de ocultamiento y negación, como nos lo señala un testimonio de la España franquista:

> Él se quedó sin trabajo de nuevo más de dos años y yo empiezo a ser maltratada…
>
> Conozco casos desgraciadamente de hombres que estaban en la cárcel, que no solamente no facilitaron la situación de sus familiares, sino que casados con mujeres jóvenes, les exigían que sin vender nada de la casa, les atendieran.
>
> Una mujer al salir de la cárcel, de cierta edad es difícil que reanude nada …
>
> Salí de la cárcel con un complejo de solterona enorme …
>
> La mayor parte de los hombres que han salido de la cárcel aún con cierta edad han podido reanudar su vida; pero una mujer de cierta edad no tenía ninguna probabilidad de reanudarla, empezando por su compañero y terminando porque aquella mujer pasada de edad ya no podía tener hijos.[75]

[74] *Ibídem,* p. 74.

[75] Fernanda Romeu Alfaro, *El silencio roto: Mujeres contra el franquismo*, Oviedo, 1994, p. 167.

El eterno retorno

Por ello, los lectores de hoy debemos apreciar la perspectiva irónica que le han podido dar a la convivencia pacífica actual, otras generaciones a través de experiencias de aquellas mujeres de la guerra de las Españas, sobrevivientes a más violencias europeas en supuestos países de acogida. El relato mnémico de Lydie Salvayre, *Pas pleurer* [No llorar] recoge las incongruencias entre los hiatos de la memoria de su madre, y le añade una serie de escollos y de anacronismos para poner patas arriba intentos de idealización de las experiencias de aquellas mujeres. Por ello, la autora salpimentó su narración con un lenguaje deslavazado, sintácticamente roto por los ideologemas de exiliadas españolas como su madre cuya memoria había degenerado, para así hacer saltar por los aires las convenciones ortodoxas del francés académico ante su vida reglada como emigrante. Así se recuerda cómo, a pesar de todo, aquellas mujeres aportaron una dosis clave de diferencia arraigada en aquel proyecto de cambio al que habían aspirado tantas españolas y sus correligionarias extranjeras entre 1931 y 1939 en la España republicana.

> Depuis que ma mère souffre de troubles mnésiques, elle éprouve un réel plaisir à prononcer les mots grossiers qu'elle s'est abstenue de formuler pendant plus de 70 ans, manifestations fréquentes chez ce type de patients, a expliqué son médecin, notamment chez les personnes quin ont reçu dans leur jeunesse une éducation des plus strictes et pour lesquelles la maladie a permis d'ouvrir les portes blindées de la censure. Je ne sais si l'interprétation du médecin est exacte, le fait que ma mère éprouve un réel plaisir à traiter son épicier de connard, ses fille (Lunita et moi) de culs serrés, sa kiné de salope et a proférer son couilles putain et merde des que l'occasion se presente. Elle qui s'était tant évertuée, depuis son arrivée en France, à corriger son accent espagnol, à parler en langage châtié et à soigner sa mise pour être toujours plus conforme à ce qu'elle pensait être le modèle français (se signalant par là même dans sa trop stricte conformité, comme une étrangère), elle envoie valser dans ses vieux jours les petites conventions langagières et autre.[76]

Lejos estamos hoy del comentario de Mary Low en 1936, por el que aquellas mujeres españolas eran víctimas de una educación de la resignación atribuible a la herencia mora.[77] Sin embargo, sí es posible evocarlo cuando lo observamos bajo la óptica de cómo los ejemplos de

[76] Lydie Salvayre, *Pas pleurer*, París, Seuil, 2014, p. 79.

[77] Low, *op. cit.*, p. 46.

aquellos exilios de 1936-39 se han transformado bajo una sociedad de diásporas, de flujos migratorios mixtos, muchos de ellos procedentes todavía de sociedades altamente patriarcales.[78] Y por ello, el ejemplo de mujeres emigrantes como Najat El Hachmi se hace eco de una memoria de generaciones desaparecidas y sus avances. Quizás ajenas hoy para las más jóvenes, la despreocupación ante dicha historia no debe ocultarles los prejuicios étnicos, sociales y culturales que todavía tienen que romper nuevas mujeres migrantes y sus descendientes, ahora desde el sur global:

> Yo también he tenido que hacer mucho más que mis compañeros no musulmanes y no emigrantes para demostrar que valgo lo mismo, también he tenido que conformarme con trabajos que los autóctonos no querían hacer, he vivido la segregación administrativa que supone no tener la ciudadanía plena, he visto insultar a personas cercanas a mí por su aspecto, he entrado en tiendas en los que me han dicho que no tenía dinero suficiente para comprar lo que vendían, he visto la cara de asco que provocaban las mujeres a las que quiero mucho por el simple hecho de llevar pañuelo. Y todavía me mandan a mi país cada dos por tres […] tras años de lucha contra el racismo biologicista que sentó las bases de las diferencias raciales, resulta que ahora se nos vuelve a colocar en compartimentos separados por la vía del activismo anticolonial […] si eres blanca, más vale que te calles porque eres una privilegiada que somete a las demás mujeres […] Mientras todavía hay niñas que no acaban la escolarización básica, otras a las que obligan a llevar pañuelo en preescolar sin que la administración rechiste, matrimonios forzados y numerosas víctimas de violencia de género sistemática, de acoso y presiones sobre sus cuerpos, mientras muchas chicas no pueden vestirse ni comportarse como quieren en los barrios donde los suyos son mayoría, mientras pasa todo esto, ciertos medios progresistas ponen el énfasis en las virtudes del Corán y del Islam y relativizan sus mensajes de discriminación. Si cuando tuve la crisis de identidad, en vez de acudir a mujeres que me hablaban de feminismo y papel castrador de la religión para sacudirme de encima siglos de opresión hubiera acudido a la redes y a los medios de comunicación habría tenido alcance a todas estas corrientes que me remitirían una y otra vez por la vía de la interseccionalidad, de la descolonialidad, del feminismo islámico, del fundamentalismo "fashion" y de la izquierda relativista, a la tribu, ahora, por lo que parece, terreno de innumerables virtudes. Despierten de una

[78] Karen Akoka, *El asilo y el exilio. Una historia de la distinción refugiado/inmigrante*, Barcelona, Fundació apip-acam, 2022.

> vez … el Islam es en su conjunto un sistema de dominación machista, una de las raíces más profundas del malestar que hemos vivido las mujeres que provenimos de tierras musulmanas. No hay nada que leer, nada que interpretar … Es demasiado tarde: ahora que sabemos que existe, solo queremos la Libertad absoluta.[79]

Así la autora nos remite a la necesidad de mantenernos alerta ante las miradas oblicuas de tantas mujeres que buscaron con determinación algo de lo que se disfruta hoy, pero se podría perder mañana en un *siempre todavía*.

Bibliografía

Akoka, Karen, *El asilo y el exilio. Una historia de la distinción refugiado/inmigrante*, Barcelona, Fundació apip-acam, 2022.

Aub, Max, *Enero sin nombre*, Barcelona, Alba, 1994.

Aub, Max, *Campo Francés*, *Obras Completas*, José María Naharro Calderón (ed.), Valencia, Biblioteca Alfons el Magnànim, 2008.

Aub, Max, *Josep Torres Campalans*, Barcelona, Plaza y Janés, 1985.

Aub, Max, *Morir por cerrar los ojos*, México, Tezontle, 1944.

Bayó Belenguer, Susana, "Mary Low: A Trotskyist with the POUM in Barcelona, *Bulletin of Spanish Studies*, nº 95: 9-10, 2018, pp. 311-324.

Berenguer, Sara, *Entre El sol y la tormenta*, Barcelona, Seuba Ediciones, 1988.

Berger Gonzalo, *Milicianas: La historia olvidada de las combatientes antifascistas*, Madrid, Arzalia ediciones, 2022.

Butler, Judith, *Senses of the Subject*, Nueva York, Fordham University Press, 2015.

Campoamor, Clara. *La revolución española vista por una republicana*, Luis Español (ed.), Sevilla, Espuela de Plata, 2018.

Castellví, Otília, *De las checas de Barcelona a la Alemania nazi*, Tr. Roser Vilagrassa, Barcelona, Acantilado, 2008.

Capa, Robert, *Images of War,* Nueva York, Paragraph Books, 1964.

[79] Najat El Hachmi, *Siempre han hablado por nosotras,* Barcelona, Destino, 2019, p. 91.

Capa, Robert, *Slightly out of Focus*, Nueva York, Henry Holt and Co., 1947.

Català, Neus, *De la resistencia y la deportación: 50 testimonios de mujeres españolas,* Barcelona, Memorial Democràtic, 2015.

Cuesta, Josefina, "Memorias del exilio en femenino", en Egido, Ángeles, Eiroa, Matilde; Lemus, Encarnación, Santiago, Marifé (dirs.), Iordache, Luiza y Negrete, Rocío (coords.), *Mujeres en el exilio republicano de 1939 (Homenaje a Josefina Cuesta),* Madrid, Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado, 2021, pp. 21-35.

De Vries, Lini M, *España 1937: Memorias*, Xalapa, México, Universidad Veracruzana, 1965.

El Hachmi, Najat, *Siempre han hablado por nosotras,* Barcelona, Destino, 2019.

En el balcón vacío, Jomi García Ascot, Guion de María Luis Elío, México, 1961-62.

Etchebéhère, Mika, *Mi guerra de España: Testimonio de una miliciana al mando de una columna del POUM*, Barcelona, Alikornio, 2003.

Février 1939: La retirada dans l'objectif de Manuel Moros, Perpiñán, Mare Nostrum.

MUM/E, Memorial Democratic, Generalitat de Catalunya, La Région Languedoc-Rousillon, Conseil General des Pyrénées Orientales, 2008-2009.

"Fotograma de la película *Milicianas*", *Virtual Spanish Civil War, https://www.vscw.ca/es/* 16 de octubre de 2022.

Furet, François, *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XXème siècle*, París, Calmann-Lévy, 1995.

Goya, Francisco y Enrique Lafuente Ferrari, *Los desastres de la guerra de Goya: y sus dibujos preparatorios*, Barcelona, Instituto Amatller de Arte Hispánico, 1952.

Halbwachs, Maurice, *La mémoire collective*, París Albin, 1950.

Halbwachs, Maurice, *Les cadres sociaux de la mémoire*, París, Albin, 1994.

Hughes, Langston, "Hughes finds Moors Used as Paws by Fascist in Spain", *The Afro-American*, 30/10/1937, pp. 1-2.

Hughes, Langston, "New York Nurse Weds Irish Fighter in Spain's War", *The Afro-American*, 11/12/193, p. 2.

Jelin, Elizabeth & Ricard Vinyes, *Cómo será el pasado. Una conversación sobre el giro memorial,* Barcelona, Ned Ed, 2021.

Johnstone, Nancy, *Hotel in Flight,* Nueva York, Longmans, 1940.

Judt, Tony, *Postwar: A History of Europe Since 1945*, Nueva York, The Penguin Press, 2005.

Kagan, Richard L, *The Spanish Craze: America's Fascination with the Hispanic World, 1779-1939*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2019.

Koestler, Arthur, *Scum of the Earth*, 1941, Londres, Eland, 1991.

La mujer del anarquista, Noëlle, Marie y Peter Sehr, 2008.

Levi, Primo, *Los hundidos y los salvados,* Tr. Pilar Gómez Bedate, Barcelona, El Aleph, 2005.

Lleida 3nov 1937/https://www.vscw.ca/16 de octubre de 2022.

Low, Mary y Juan, *Red Spanish Note,* San Francisco, City Lights Books, 1979.

Merriman, Marion, Warren Lerude y Mazal Holocaust Collection, *American Commander in Spain: Robert Hale Merriman and the Abraham Lincoln Brigade*, Reno, University of Nevada Press, 1986.

Miller, W. Jason, *Langston Hughes,* Nueva York, Reaktion Books, 2020.

Ministerio Fiscal, *Causa General: La dominación roja en España, Avance de la información instruída por El Ministerio Público,* Madrid, Ministerio de Justicia, 1944.

Mistral, Silvia, É*xodo: diario de una refugiada española*, México, Editorial Minerva,1940.

"Mujeres soldado: El Ejército Popular de la República", https://mujeresenguerra.upf.edu/la-mujer-en-la-guerra-de-espana/mujeres-soldado-el-ejercito-popular-de-la-republica/ 16 de octubre de 2022.

Naharro-Calderón, José María, *Entre alambradas y exilios: Sangrías de las Españas y terapias de Vichy*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017.

Naharro-Calderón, José María, https://blog.umd.edu/mondinaire/2023/10/26/exiliados-y-politicas-de-estado-en-la-franja-de-gaza-https-www-nortesme-2023-10-26-exiliados-y-politicas-de-estado-en-la-franja-de-gaza/

Naharro-Calderón, José María (ed.), *Spain's 1939 Exiles in the Americas and Maryland: Eighty Years, Alive in Our Hearts*, Madrid, Iberoamericana, 2022.

Naharro-Murphy, Anaïs, "Portrayal of Displacement: A Spanish Civil War Film and The Propaganda Machine", en José María Naharro-Calderón (ed.), *Spain's 1939 Exiles in the Americas and Maryland: Eighty Years, Alive in Our Hearts*, Madrid, Iberoamericana, 2022, pp. 275-280.

Oyarzábal, Isabel de, *Smouldering Freedom: The Story of the Spanish Republicans in Exile*, London, Victor Gollancz, 1946.

¿Qué humanidad? La figura humana después de la guerra 1940-1966, Barcelona, Museu Nacional d'Art de Catalunya, 2023.

Ricoeur, Paul, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, París, Seuil, 2000.

Rodoreda, Mercè, "Noche y Niebla" en *Parecía de seda y otras narraciones,* Tr. Clara Janés, Barcelona, Edhasa, 1981, pp. 20-35.

Romeu Alfaro, Fernanda, *El Silencio roto: Mujeres contra el franquismo*, Oviedo, 1994.

Salvayre, Lydie, *Pas pleurer*, París, Seuil, 2014.

Santayana, Georges, "Reasons in Common Sense", *The Complete Works*, Vol 7.2, Cambridge, MIT Press, 1986.

Sedgwick, Eve Kosofsky, *Epistemology of the Closet*, Berkeley, University of California Press, 1990.

Sinaia: Diario de la primera expedición de republicanos españoles a México, Facsímil Tezontle, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 1999.

The Good Fight: The Abraham Lincoln Brigade in the Spanish Civil War, Kino International Corp, 2008.

"The Negro Committee to Aid Spain, ´A Negro Nurse in Repulbican Spain´", en Collum, Danny Duncan, Victor A Berch, and Abraham Lincoln Brigade (eds.), *African Americans in the Spanish Civil War: "This Ain't Ethiopia, but It'll Do"*, Nueva York, G.K. Hall, 1992.

Torres, Francesc, *La maldat benvinguda*, https://elbornculturaimemoria.barcelona.cat/es/la-maldad-bienvenida/ 26 de diciembre de 2023.

Valldeperes, Manuel, *Ombres entre Tenebres. (L'exode a Catalunya),* Buenos Aires, Edicions de la Revista Catalunya, 1941.

Zambrano, María, *Los bienaventurados,* Madrid, Siruela, 1990.

Zambrano, María, *Sentido de la derrota: Selección de textos de escritores españoles en Cuba, (*ed.), Jorge Domingo y Roger González, Barcelona, Gexel, 1998, pp. 235-243.

El género como experiencia en la Segunda República y el exilio. Comunidades de mujeres en el mundo de Zenobia

Josebe Martínez
Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

Este capítulo plantea el estudio de movimientos sociales e intelectuales de la época de Zenobia Camprubí desde la experiencia de género. A partir de la noción de comunidad basada en Jan-Luc Nancy (1993 [1985]) y Jack Harberstam (2003) el capítulo ahonda en la acepción de comunidad desde la perspectiva de género como disidencia o comunidad otra. Este significado se analiza en dos planos: primero, en base a la idea de subculturas propuesta por Dick Hebdige (1979), que define los espacios de convivencia como la Residencia de Señoritas o el Lyceum Club, en los años que precedieron a la Guerra civil; y segundo, en el sentido de comunidad intelectual que determina la trayectoria inicial del exilio republicano de 1939.

Mujeres, tiempo y espacios

Como es bien sabido, la Residencia de Señoritas (1915-1936) fue el primer centro oficial creado en España para fomentar la formación superior de la mujer. Bajo la dirección de María de Maeztu, el grupo femenino de la Residencia de Estudiantes adquirió un desarrollo espectacular y contribuyó a difundir un nuevo modelo de mujer profesional e independiente. Por sus dependencias pasaron como profesoras, alumnas o colaboradoras algunas de las mujeres más destacadas de la cultura española de la época, entre ellas Victoria Kent, Josefina Carabias, María Zambrano, Maruja Mallo o María Goyri.

En este apartado queremos incidir en el significado histórico de su origen, y su función, junto al Lyceum Club, en el imaginario social. El origen remoto de La Residencia de Señoritas se encuentra en el proyecto expansionista norteamericano que, bajo la máxima del Destino Manifiesto, legitimó la especulación colonial más allá de las fronteras americanas. En esta ocasión no eran las premisas católicas, sino las doctrinas protestantes las que alimentaban la nueva máquina civilizatoria imperial, precisamente en tierras "salvajes" como África, Asia u Oceanía

o en territorios "papales" como España.[1] Países subdesarrollados que adherir a la fibra cultural estadounidense para engrasar las articulaciones de su comercio y su producción, además de contribuir firmemente, como franquicias, a su imperial visión del mundo. Son muchos los estudios dedicados a la génesis de la Residencia, y su asociación con las *Seven Sisters* norteamericanas, los *colleges* elitistas de mujeres que inauguraron toda una modernidad, al contribuir a la incorporación de la mujer al mundo laboral, a la educación y al progreso.[2] Los nuevos tipos de conocimiento que pretendían generar estas instituciones correspondían a la demanda de su tiempo, es decir, se hacían a petición del capitalismo industrial pero, por otra parte, supusieron una ruptura con las formas de adquirir conocimiento convencional. Así, la posición de las alumnas de, por ejemplo, la Residencia, queda, en el ámbito del aprendizaje, comprometida por el hecho de presentar una ambigua y precaria condición frente al saber: de alguna manera estas mujeres confrontaron la norma de no tener acceso al conocimiento, y por ello debieron luchar por adquirir un conocimiento prestigiado que, a su vez, desprestigiaba saberes que siempre le habían sido propios a su género. Y, de igual modo, estas mujeres luchaban por desenmascarar la arbitrariedad de la exclusividad masculina de esas disciplinas a las que deseaban acceder.

Las obras de algunas mujeres de esta época, como Margarita Nelken, Luisa Carnés o Isabel Oyarzabal nos muestran cómo ellas participaban en esta producción de saber y cómo trataban de incluir su propia resistencia dentro de las disciplinas. Su tarea era ardua, al luchar por tener acceso al conocimiento, tener que producir conocimiento y que este fuera a la par emancipatorio. De alguna forma ellas suponen una subversión intelectual y social que reta el significado mismo de saber y disciplina. Obviamente, por ejemplo, los modelos de la Residencia de Señoritas no cuestionaban los patrones disciplinarios universitarios, pero minaban sus cimientos tratando de crear, de alguna manera, lo que sería una pedagogía de oposición al estar alienadas de un conocimiento que no les pertenecía, pero fomentando ese saber para sí. Han de aprender las disciplinas de dominación y a la par boicotear el sistema dominante. Entonces estas mujeres están también en la contradictoria

[1] Monserrat Huguet, "Tradición misional y legado de las educadoras estadounidenses en España" en Cuesta, J., Turrión, M.J., Merino, M., *La Residencia de Señoritas y otras redes culturales femeninas*, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2015, pp. 71-116

[2] Para un pormenorizado estudio sobre la educación en España, ver Consuelo Flecha García, *Las primeras universitarias en España*, Madrid, Nancea, 1996. Y Raquel Vázquez Ramil, *La Institución Libre de Enseñanza y la educación de las mujeres en España: La residencia de Señoritas (1915-1936)*, Betanzos, Artes gráficas, 2001.

posición de formar parte de un grupo dominante (por su clase social) y, a la vez, potenciar un discurso contrahegemónico.

Por su parte, el Lyceum Club comparte los objetivos mencionados con la Residencia, y entronca en el proyecto que diseñaron este grupo de mujeres para formar parte de la esfera pública. Su filosofía radica en su interés por tomar parte en el mundo de la razón, y poder actuar como interlocutoras en el discurso político y social. Para ello han de descabalar jerarquías, contribuir a la deshomogenización de ese discurso y evitar la secular monopolización del mismo por una sola parte de la sociedad, la masculina.

El Lyceum Club Femenino de Madrid se fundó en 1926, a imagen del modelo inglés (Londres, 1905) creado por una comunidad de mujeres en torno a la escritora Constance Smedley, que previamente habían sido socias del Writer's Club, y habían percibido la necesidad de un espacio público propio. El Lyceum Club Femenino de Madrid iba a proporcionar a las mujeres en Madrid, como señala Mangini, tres posibilidades nuevas en la historia de la mujer. La primera, la posibilidad de cultivar una vida social y cultural de convivencia entre mujeres; la segunda, la de tener un espacio en el que pudieran demostrar sus talentos y capacidades en un foro propio; y la tercera, la posibilidad de intervención política y jurídica, al proponer cambios en la situación jurídica y social de la mujer.[3]

Es importante recalcar que el Lyceum nacería bajo la premisa de ser un lugar en el que poder dialogar, argumentar y participar; un espacio en el que poder practicar el concepto que manejaba María Zambrano entonces de "humanizar la historia": lograr que la razón se convirtiera en método adecuado para desvelar la realidad y realizarse, mediante un lugar para la comunicación y el argumento.[4] Este espacio de diálogo e iniciativa tenía como presidenta a María de Maeztu, que dirigía también la Residencia de Señoritas; su primera junta incluía dos vicepresidentas: la escritora y luego diplomática, Isabel Oyarzábal (que tomaría el relevo presidencial) y la abogada Victoria Kent. El 20 de octubre de 1931, la profesora Caroline B. Bourland, jefa del Departamento de Español en el Smith College en Northampton, Massachusetts, le envía, desde Madrid, al Rector de dicho *college*, una carta en la que plasma su impresión sobre el ambiente de las instituciones femeninas a las que nos referimos. En la misiva menciona una cena privada en la Residencia de Señoritas, a la que fue invitada por María de Maeztu, y en la que se encontraban también Victoria Kent y la escritora argentina Victoria Ocampo:

[3] Shirley Mangini, "El Lyceum Club de Madrid,un refugio feminista en una capital hostil", *Asparkia*, 17, 2006, pp. 125-140.

[4] María Zambrano, *Filosofía y poesía*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2001.

> Sunday night I had supper with María in her private dining room in company with Victoria Kent and Victoria Ocampo, an Argentine who edits a review. All of these ladies (even María) out-radical the radicals, their conversation was highly entertaining and made me feel as if free love and a completely communistic state were right around the corner.[5]

El crítico británico Dick Hebdige estudia, en uno de los libros imprescindibles de la Escuela de Birminghan, el significado de las subculturas juveniles en la Inglaterra inmediatamente posterior a la II Guerra Mundial. En su obra recoge tanto las características que unían a los elementos de dichas subculturas, como los indicios externos con los que esos grupos o comunidades se identificaban.[6] Si hiciéramos un estudio similar de los rasgos de expresión objetuales: pelo, ropa, hábitos, rituales, literatura en boga, etc… de la España de las vanguardias y la Segunda República podríamos interpretar el significado de una o varias formas de vida que se experimentan en el periodo español de la Edad de Plata. Algo que se podría denominar el nacimiento y devenir de las subculturas del momento.

La pérdida de las colonias, las guerras de Marruecos, la Semana trágica o el impacto de la Primera guerra mundial entre otras catástrofes humanas, no pudieron sino intervenir de forma cualitativa en el aceleramiento o radicalización de toma de posiciones; movimientos que tampoco resultaban ajenos a las determinaciones que se estaban llevando a cabo en Europa. El avance, giro, o vuelta secular, tuvo su expresión más clara en la proclamación de la Segunda República española (1931), culmen de pulsiones y estructuras de sentimiento ciudadanas que se venían fraguando ya desde el siglo anterior (ejemplo de ello está en la proclamación de la Primera República -1873-); y que habían configurado una serie de comunidades que disentían de la cultura hegemónica, incluso amenazando a esta en sus privilegios. Sin duda, una

[5] "El domingo por la noche cené con María en su comedor privado en compañía de Victoria Kent y Victoria Ocampo, una argentina que edita una revista. Todas estas señoras (incluso María) son más radicales que los radicales, su conversación fue muy entretenida y me hicieron sentir como si el amor libre y un estado completamente comunista estuvieran a la vuelta de la esquina." [Traducción de ed.] Carta de Caroline Bourland a William Neilson. Madrid, 20 oct. 1931. Office of the President: William Allan Neilson Papers, box 367, Smith College Archives. Citada por Santiago López-Ríos en "'These Ladies Out-radical the Radicals': María de Maeztu, Victoria Kent and Victoria Ocampo", *Bulletin of Hispanic Studies*, vol. 90, nº 3, 2013, p. 332.

[6] Dick Hebdigue, *Subculture: The Meaning of Style*, London and New York, Routledge, 1979.

de estas comunidades "otras" fue la compuesta por diversos grupos de mujeres, todo un elenco social que percibió su momento como tiempo y espacio de expresión hasta entonces vetados para ellas; y dentro de estos grupos una subcultura motora y nucleica la formarían los sectores feministas.

Los cambios históricos generaron cambios en el paradigma político y social que activaron nuevas vidas en lo cotidiano; vidas consuetudinarias que, a su vez, influían en la adopción de renovadas perspectivas sociales que movilizarían cambios históricos. Esta revolución de lo cotidiano lleva a las mujeres a enfrentarse a dos realidades, o a dos jugadas: por una parte, se han de diferenciar del mundo masculino (de sus maridos, de sus padres, de sus jefes…) por otra de sus madres, que son, por un lado, representantes de esa masculinidad, pero mujeres como ellas mismas. Es decir, hay una polarización de la experiencia de género, que se lleva a cabo desde una franja e identidad generacional. Me atrevería a señalar que es la primera vez que tal ruptura generacional y de género se establece en el Estado español: las jóvenes no solo quieren manifestar su autonomía sino diferenciarse de los que son sus predecesores, su "cultura madre" en este caso coincidente con el patriarcado mismo.

Estamos en la época de las vanguardias, del surrealismo y de la renovación artística; en una época de renovación en la relación con Europa y Norteamérica que pugna por la modernidad, por la industria y el desarrollo; en la época de la conciencia de clase, de los ateneos libertarios, de los felices veinte, del charlestón… y de la influencia soviética, y proletaria. Los grupos de mujeres se generaron engendrando a la par sus propias contradicciones de hábitos, valores, estatus, identidades, sin que ninguno de dichos grupos quedara exento de ambigüedades y amalgamas. No hay espacios sin contaminación, y hay elementos conservadores en los grupos más radicales. Lo más significativo es que los diversos grupos desnaturalizaron los conceptos de la "natural" condición de mujer o la maternidad, y llevaron a la vida cotidiana, con naturalidad, versiones identitarias consideradas antinaturales.

Había confluencias y divergencias sustanciales dentro de los diferentes grupos feministas, *Las Sinsombrero*, el *Círculo sáfico* de Madrid, el Lyceum Club o la propia Residencia de Señoritas serían ejemplos de grupos que se mezclaban y yuxtaponían; que generaban subgrupos, y que, a la vez, comunicaban y compartían miembros con la cultura normativa y heteropatriarcal. Conjuntos que contenían a elementos universales (heteronormativos), y elementos que, sin pertenecer a los subconjuntos lésbicos o radicales, apoyaban a estos en la constitución de una lucha feminista. Grupos de mujeres con devenires o circunstancias similares, que compartían una noción

de estilo y un origen: una dicotomía básica entre las subculturas que apoyan y la cultura normativa (utilizamos este término como traducción para *parent culture,* empleado por Hebdige).[7]

Debemos incidir, además, en que la dicotomía o la polaridad no es una, por ello no es fácil destacar o aislar, sino que los significados se adquieren por uniones de sujetos cuya propia identidad se adquiere en oposición a otros elementos de sentido social: las solteras, las casadas, las lesbianas, las madres solteras, las madres, las obreras, las burguesas, las amantes del amor, las políticas de uno u otro grado y grupo, las intelectuales, las profesionales, las sumidas en el orden patriarcal luchando desde dentro, las que lo boicotean, las monógamas, las perversas polimorfas… es decir, el binomio no consiste en dentro o fuera definitivo y permanente, sino fluctuante y coyuntural, que a su vez, genera elementos que establecen identidades de grupo con caracterizaciones performáticas similares, es decir, genera estilo. El significado del estilo no es una herramienta aparte, ni un sintagma banal en el contexto en el que nos movemos; por el contrario, es epítome de la conciencia de grupo a la que nos queremos referir. Como señala Hebdige, grupos que producen formas de hablar, de vestirse, moverse, etc.[8] Los símbolos externos son también referente obligado (que incluso han llegado a dar nombre al movimiento, como *Las Sinsombrero*), el pelo corto a lo *garçon,* el consumo de cigarrillos, o el monóculo utilizado por las mujeres sáficas en Europa, que dio lugar al famoso club Monocle de París, cuyas fotos nos ilustran hoy sobre los ambientes sáficos de esa época, son ejemplos visibles de la importancia simbólica de esos rasgos externos.

El momento histórico en el que nos movemos en este estudio generó sus propios grupos que respondían a problemáticas específicas de sus circunstancias históricas (acceso a la educación, demanda de profesionales o coyunturas políticas internacionales). Este momento histórico fue único para estas subculturas, sobre todo para la visibilización de grupos de mujeres, cuyas miembros formarían parte de las instituciones que venimos mencionando, mantendrían amistades nómades que construirían redes de afecto transatlánticas, y sus identidades políticas las llevarían, a gran número de ellas, a ser parte de la diáspora, de la España peregrina.

[7] *Ibídem.*

[8] *Ibídem.*

La comunidad

En *La communauté désoeuvrée* (1986) [*The inoperative Community*, 1993], su estudio sobre la sociedad moderna, Jean Luc Nancy analiza el funcionamiento de los distintos regímenes e ideologías imperantes a finales del siglo XX, en base a la idea de comunidad. Se centra, especialmente, en el régimen comunista y la civilización europea; del régimen soviético, incide en el examen del término 'comunismo' del que toma la idea de comunidad, que le sirve para cuestionar la deriva de la ideología comunista en el transcurso del siglo. Nancy observa, así mismo, que la nostalgia por la 'comunidad perdida' es uno de los mitos fundacionales en los que Occidente se sostiene, y en el que se basan los anhelos de su civilización. Por ello, Nancy desdeña el término como constitutivo del mito imposible del deseo fallido de lograr una prístina comunidad/arcadia perdida.[9] Este mito, que formaría parte medular del discurso hegemónico normativo, es cuestionado también por Jack Halberstam, quien supone que esa "comunidad normativa" de la modernidad, conservadora en sus valores y en los ritos que la sostienen (ya que estos son mecánicas de conservación de esos valores y esa nostalgia por la comunidad perdida) queda superada socialmente por la disidencia que ofrecen las subculturas, precisamente por su no pertenencia, por su carencia inmanente de algo (privilegio, heterosexualidad, capacidad, pobreza, etnia, orden…) que las aparta de la "comunidad normativa".[10] Lo que planteamos en este texto, es que esa "falta", al igual que la "pérdida" a la que apela J. L. Nancy, supone una 'carencia' que une en la disidencia y forma comunidades otras. La comunidad no está formada conservadoramente por la nostalgia remota de una pérdida, sino por la inmanente falta de haber perdido (ser perdedor o haber perdido algo) frente a la comunidad normativa.

J. Halberstam retoma la idea de Jean-Luc Nancy sobre el sentido prístino de comunidad como "comunión", surgida del ritual cristiano de comunión y expresa un sentido de algo que una vez tuvimos que ahora se ha perdido […][11] Nancy escribe: 'Lo que esta comunidad ha "perdido" – la inmanencia y la intimidad de una comunión– se pierde sólo en el sentido de que tal "pérdida" es constitutiva de la "comunidad" misma".[12]

[9] Jean-Luc Nancy, *The Inoperative Community*, Minnesota, University of Minnesota Press, 1993.

[10] Jack Halberstam, "What's that smell? Queer temporalities and subcultural lives" *International Journal of Cutural Studies*, vol. 6, nº 3, 2003, pp. 313–333.

[11] *Ibídem*, p. 313.

[12] Jean-Luc Nancy, *The Inoperative Community, op. cit.*, p. 52.

Halberstam coincide con Nancy al reconocer que esta concepción de comunidad puede tener el sentido nostálgico de volver a algún momento de unión fantaseado y la unidad revela las apuestas conservadoras en la comunidad normativa. Halberstam reivindica las subculturas disidentes de la norma como alternativas que se desarrollan en oposición a las instituciones de la familia, la heterosexualidad y reproducción, y que devienen como alternativas a nociones de comunidad basadas en el parentesco, como Halberstam misma reconoce.[13] Pero, podemos añadir, que estas disidencias pueden formar comunidades otras, basadas, precisamente en su 'falta' o 'carencia' inmanente de condiciones para formar parte orgánica de esa comunidad normativa.

Para teorizar sobre las subculturas y culturas alternativas, no debemos olvidar que hay un aspecto claro: no existe una identidad homosocial sino en el imaginario de la cultura hegemónica; la diversidad vital es consustancial al acto de vivir. Además, hay que reconocer que, cuando la disensión forma subculturas, estas refuerzan dentro de sus multiplicidades un común denominador.[14] De las imágenes de grupos, multiplicidades y conjuntos (y sus intersecciones) a las que se ha hecho referencia en los párrafos anteriores, se desprende la idea de que cada elemento disidente guarda relación con las otras disensiones formando un complejo orgánico que guarda una lógica de comunidad de sentido.

Hemos hecho hincapié en el momento histórico, y en los espacios en los que las mujeres de este estudio se reúnen y transitan, así como en los quehaceres en los que emplean su tiempo. Como hemos podido observar, los espacios difieren de los lugares normalizados socialmente para ellas: el hogar, la iglesia, los terrenos heterosexualmente compartidos… y los tiempos también disienten de la norma: pasan el tiempo de maneras muy diferentes a las expectativas heteropatriarcales, sobre todo aquellas que más se alejan de obligaciones heterosexuales como la reproducción. Incidiendo en el espacio, vamos a ver otra de sus características: nos hemos referido a lugares en los que se reunían y relacionaban las mujeres; mujeres en su mayoría jóvenes, pero también mayores, es decir, que eran espacios de encuentro intergeneracional en los cuales, lo que interesaba era el hecho de ser una mujer que intentaba intervenir en la cultura cívica. Se construyeron sitios donde subculturas de mujeres se apropiaban del uso del tiempo y el espacio comúnmente designado a los hombres.

[13] Jack Halberstam, "What's that smell? Queer temporalities and subcultural lives", *op. cit.*

[14] Dick Hebdige, *Subculture: The Meaning of Style*, *op. cit.*

Lo interesante de los grupos generados en torno a los círculos mencionados, y de los que formaba parte Zenobia Camprubí, es que dichas comunidades disentían visiblemente de la mecánica homosocial y enfrentaban su control. Cuando utilizamos comunidad frente a colectividad, queremos hacer hincapié en que es precisamente esta comunión alternativa, que no deja de ser contingente, nómada y a la deriva, como la historia nos ha mostrado de forma fidedigna, la que insospechada o sorpresivamente tiene un carácter genuino y perdurable.

Experiencia del exilio

En el campo de la intelectualidad, el transtierro provocó también la sensación de comunidad. El nacimiento de editoriales y centros culturales daba solidez a esta nación imaginaria, escindida del suelo patrio y plena de contradicciones políticas internas, trasplantadas de la guerra y no superadas. La dedicación a la causa republicana fomentó la pervivencia de esta comunidad heterogénea, que llegó a subsistir como un enclave nacional hipostasiado al que la nación desplazará definitivamente en el proceso de transición de los años setenta.

La numerosa comunidad intelectual del exilio identificó a éste con la encarnación del ciudadano moralmente ejemplar y leal a la causa democrática. El desplazamiento espacial provocó la sensación de comunidad y reforzó sus lazos creando un colectivo endogámico que se nutría a sí mismo, alimentándose con lo perdido en una consagración exclusiva a la causa, tanto más cuanto que se percibía a la nación como una entidad todavía conquistable. El nacimiento de editoriales, revistas, centros culturales y las conmemoraciones colectivas daban solidez a la idea de esta nación imaginaria fuera del suelo patrio, cuya identidad residía en la memoria, representada públicamente en la literatura. Esta comunidad imaginaria llegó a subsistir como parte de una nación abstracta, sin fronteras, que fue desplazada políticamente de forma definitiva en el proceso de la llamada transición española.

Según se ha señalado, la Segunda República conllevó, como régimen liberal, la feminización del discurso, dando cabida a la mujer en la esfera pública y promoviendo su acceso a la política y a la independencia económica y social. La guerra acrecentó este ingreso en la vida pública porque mezcló los espacios públicos y privados e incorporó a la mujer a la organización militar, al frente y a la fábrica. En el exilio, convergen factores generales y específicos que determinan un retroceso importante en la incorporación pública de la mujer: la precariedad económica, la adaptación al medio o la dedicación a la causa antifranquista afectan la situación de la mujer exiliada.

La mujer, aunque interviene de forma pionera en la creación del ámbito físico, no colabora de forma sobresaliente en la conformación del ideológico. Su labor pertenece y permanece en la infraestructura, en la base, en el terreno emocional y consuetudinario. Labor que paliaba la dependencia que todo el exilio sentía respecto de la nación perdida frente al desarraigo real, físico, evidente, que la comunidad experimentaba. La precariedad de su situación, sobre todo al comienzo, exigió su colaboración en la economía familiar, o su dedicación a las tareas domésticas cuando los hijos o el marido trabajaban fuera. Por otra parte, la adaptación al medio exigió gran esfuerzo; las mujeres eran, como decíamos, quienes tenían los pies en la tierra mientras los hombres se dedicaban a lo sublime, según resumen Enriqueta Tuñón y Concepción Ruiz Funes:

> [Ellos] decían: mi mujer decide lo que se come en casa, a qué escuela van los hijos. Yo decido si España entra en la ONU. Nosotras en casa teníamos el poder de decidir y de ejercer el control sobre los miembros de la familia, éramos —en realidad— las amas de casa. [...] Rara vez hablábamos de nosotras mismas y menos de nuestros problemas íntimos, la educación que habíamos recibido nos lo impedía. Siempre nos hemos expresado en plural, y el plural era él y los hijos. El mérito de salir adelante era de él. Si fracasaban en algún trabajo estaba justificado. Si nosotras trabajábamos fuera de la casa, esto no importaba. Si compartíamos algún trabajo, ellos eran la parte intelectual, nosotras hacíamos lo manual. Teníamos una fe ciega en ellos, pero quizá más ímpetu y ánimo, y decíamos con satisfacción: estoy ayudando a mi marido. Esto solo justificaba nuestro exilio, aunque estuviéramos en segundo plano. Nosotras éramos el soporte del exilio, aunque los que figuraban eran los políticos, los intelectuales, los que tenían un reconocimiento social y cultural.[15]

Aunque en el exilio había, por supuesto, mujeres con ideología política propia y, en muchos casos, mujeres militantes, las convicciones políticas no las eximían del papel tradicional de amas de casa, dado que, por una parte, la precariedad urgía, y por otra, el afianzamiento de la familia como tal se hacía más necesario ante la carencia de orden social propio, ante el desarraigo. El afán de perpetuar el modelo de "la mujer española", "la madre española", sustentaba en parte esta dedicación

[15] Concepción Ruiz Funes y Tuñón, Enriqueta, *Este es nuestro relato... Mujeres españolas exiliadas en México*, Ciudad de México, Ateneo Español de México, 1993, pp. 44-45.

familiar y este interés por el decoro que existía también en la tradición progresista. Como Pilar Domínguez Prats señala:

> Además de las tareas domésticas las mujeres realizan un trabajo emocional muy complejo en el seno de la familia con los niños, el marido, los ancianos... En el exilio encontramos a numerosas mujeres que realizan este trabajo emocional, pues deben cuidar de sus familiares afectados de múltiples maneras por la guerra: mutilados, enfermos, etc., aunque la tarea primordial de las mujeres en este campo era la atención a sus hijos.[16]

Veneranda Manzano, diputada socialista en las cortes de la República de 1933, afirmaba recordando el exilio: "Yo me quedaba por la mañana haciendo las cosas, claro, los muchachos, con muy poca ropa, tenía que lavarles las camisas y las cosas por la noche y madrugar para planchárselas, para que se fueran a trabajar bien vestidos. Tuve un trabajo ímprobo al que no estaba acostumbrada".[17]

La precariedad, como también deja claro Zenobia Camprubí en sus diarios, era una característica compartida en los años iniciales del exilio por la inmensa mayoría de los exiliados. Una carencia existencial y económica. Como me aseguraba en una entrevista, en la Ciudad de México, la escritora exiliada Mada Carreño hablando de los años cuarenta, la primera década de su exilio "después de muchos intentos fallidos y de conseguir su primer trabajo en un diario "tenía dinero para comer, y casi para vivir".[18]

Adaptarse a la nueva situación exigió un gran esfuerzo por parte de las mujeres, que hubieron de ocuparse en rehacer la casa y asentar la familia. Esto supuso, por un lado, una vuelta a las preocupaciones del hogar, a las tareas imprescindibles de gobierno y orden en la morada y, por otro, supuso la carencia de tiempo y de energías para acometer mayores empresas. Por otra parte, el medio social, aun en países

[16] Pilar Domínguez Prats, *Mujeres españolas exiliadas en México (1939-1950)*, México, Ateneo Español de México, 1992, p.10. Prats distingue en la forma de combinar el trabajo doméstico con el remunerado dos tipos de comportamiento en las exiliadas casadas: "el ama de casa tradicional, dedicada en especial a las tareas domésticas que podía combinar ocasionalmente con el trabajo a domicilio", constituían el grupo más numeroso en México, y "el ama de casa que podemos denominar 'moderna' [que] trabaja fuera del hogar y realiza su trabajo doméstico con ayuda de una sirvienta". *Ibídem,* p. 22. Estas últimas son las mujeres con mayores ingresos, más preparadas profesionalmente, que habían realizado ya actividades laborales en España.

[17] *Ibídem,* p. 3.

[18] Entrevista de la autora a Mada Carreño, septiembre de 1994.

modernos, no propicia la profesionalización de la mujer y no resulta fácil incluso para mujeres de gran talento sustentar la confianza en sí mismas como intelectuales, políticas o artistas. La exiliada Mada Carreño me lo explicaba así en la entrevista, respecto a su profesión de escritora y periodista:

> Nosotras, las mujeres, en general, empezamos a escribir vergonzosamente, en secreto, sin confiar en lo que hacíamos, y en el exilio no hicimos grandes esfuerzos por ser reconocidas. Escribir debe ser una profesión y nosotras nunca lo aceptamos como tal [...] Además, pasé mi vida perdiendo el tiempo, es un decir, dedicada a otros.[19]

Les costaba gran sacrificio salir adelante, los diarios y las cartas de Zenobia dejan constancia de ello, al igual que los testimonios de Nelken, Campoamor, Kent, De la Mora, Pamiés, Mistral, Chopitea o Carnés… y un largo etcétera. Sin embargo, estas experiencias componen, todavía hoy, solo fragmentos de memoria; ni sus vidas, ni su producción son parte de la obra sólida, y significativa, que ha supuesto la producción de los exiliados, la réplica dada por el exilio al franquismo, la producción semántica de la que se ocupan la historiografía y la crítica. En el presente, resulta imprescindible recobrar las entrevistas, los testimonios, la ficción, los diarios o las cartas de las mujeres que participaron en la Segunda República y que fueron exiliadas a raíz de la Guerra civil de 1936 e interpretar su significado político e intelectual como modelo ideológico que constituyó y amenazó el proyecto nacional. El análisis de sus trayectorias, según vemos en este ensayo, muestra cómo se articulan los códigos políticos y sexuales previos a la Guerra civil, y cómo se combinan sexualidad y resistencia en las vidas del destierro. Ahondar en el estudio de la experiencia de género dentro de la producción cultural de la Guerra civil y el exilio (del que mostramos la parte inicial en este trabajo) ayuda a cuestionar el carácter homosocial que los discursos históricos nos han transmitido de aquella realidad, contribuyendo con los estudios que actualmente investigan sus límites y márgenes. Las intelectuales, las escritoras, las pensadoras o las políticas a las que hemos aludido constituyen modelos de experiencia a reivindicar para una política de género tan necesaria en esa comunidad que imaginaron.

[19] *Ibídem.*

Bibliografía

Domínguez Prats, Pilar, *Mujeres españolas exiliadas en México (1939-1950)*, México, Ateneo Español de México, 1992.

Fagoaga, Concepción, "El Lyceum Club de Madrid, elite latente", en Bussy Genevois, Daniéle, (ed.), *Les Espagnoles dans l'histoire. Une sociabilité démocratique (XIXXX siecles)*, Saint-Denis, Presses Universitaires de Vincennes, 2002, pp. 145-67.

Halberstam, Jack, "What's that smell? Queer temporalities and subcultural lives", *International Journal of Cutural Studies*, vol. 6, nº 3, 2003, pp. 313–333.

Hebdige, Dick, *Subculture: The Meaning of Style*, London and New York, Routledge, 1979.

Huguet, Monserrat, "Tradición misional y legado de las educadoras estadounidenses en España", en Cuesta, J., Turrión, M.J., Merino, M. (eds.) *La Residencia de Señoritas y otras redes culturales femeninas*, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2015, pp. 71-116.

López-Ríos, Santiago, "'These Ladies Out-radical the Radicals': María de Maeztu, Victoria Kent and Victoria Ocampo", *Bulletin of Hispanic Studies*, vol. 90, nº 3, 2013, pp. 331-346.

Mangini, Shirley, "El Lyceum Club de Madrid,un refugio feminista en una capital hostil", *Asparkia*, 17, 2006, pp. 125-140.

Nancy Jean-Luc, *The Inoperative Community*, Minnesota, University of Minnesota Press, 1993.

Ruiz Funes, Concepción y Tuñón, Enriqueta, *Este es nuestro relato... Mujeres españolas exiliadas en México*, Ciudad de México, Ateneo Español de México, 1993.

Zambrano, María, *Filosofía y poesía*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2001.

La escritura intimista como forma de configuración del exilio femenino

Mar Trallero Cordero
GEXEL-CEDID

La aportación de la intelectualidad española del momento fue decisiva para los avances que hubo en España en el primer tercio del siglo XX, sobre todo en los años de la Segunda República. Las medidas educativas y sociales republicanas auguraban generaciones mejor formadas y capaces de generar progresos en todos los campos; los derechos políticos que se conquistaron con la victoria republicana de 1931 aceleraron el desarrollo que presagiaba el inicio del siglo XX. Destacaba el avance en la igualdad de derechos entre sexos con el establecimiento del sufragio femenino, la ley del divorcio y la del aborto. Esta última sólo en Cataluña, pero que constituía un primer paso importante a nivel estatal. La incorporación de la mujer en la educación formal fue plena a partir de 1910, cuando se permitió la libre matriculación de alumnas en la universidad y se constató el interés a partir de los años veinte, cuando las mujeres aprovecharon la oportunidad e iniciaban carreras para seguir vidas independientes y realizadas profesionalmente. Los pasos firmes que se llevaban a cabo hacia la consideración de la mujer como sujeto de pleno derecho, equiparándola legalmente al hombre, suponían una prueba inequívoca de la modernidad que experimentaba España en todos sus niveles.

Todas estas expectativas quedaron definitivamente frustradas con la victoria fascista de 1939. El célebre grito de Millán Astray "¡Muera la inteligencia!" fue toda una declaración de intenciones del nuevo régimen impuesto. Gran parte de estos intelectuales, hombres y mujeres con trayectorias ya consolidadas y otros con carreras apenas iniciadas, no tuvieron otra opción que buscar refugio fuera de España. Muchos hombres, y pocas mujeres, lograron más pronto o más tarde rehacer sus carreras profesionales y formar parte de la intelectualidad del exilio y, en el mejor de los casos, también de los países de acogida.

Recomponer las trayectorias vitales iniciadas en España no fue fácil para estos intelectuales, pero en muchos casos la solidaridad de colegas del país de acogida y también la red de ayuda mutua entre los mismos refugiados fueron decisivas para poder continuar la labor intelectual. La intelectualidad española que tuvo que buscar refugio en otros países

para evitar la represión franquista encontró otras tribunas desde las cuales proseguir con una obra que destacaría frente aquella que se podría desarrollar en el interior de España. Sin restar ningún mérito a los que efectivamente así lo consiguieron, esta afirmación es parcialmente cierta y, a pesar de que tradicionalmente lo sucedido a los hombres del exilio se ha asumido como lo ocurrido al exilio en general, las mujeres dedicadas a un trabajo intelectual o con pretensiones de ello no pudieron recomponer o encauzar sus trayectorias en el exilio como sí finalmente lo hicieron sus compañeros.

Cuando Faber, en su estudio sobre los intelectuales españoles en México, afirma que: "[E]xiled intellectuals […] have nothing left *but* their cultural activity: writing, studying, and publishing. […] [T]he exile ceases to live in the present. The moment of territorial separation signals a stopping of the clock",[1] toma en consideración únicamente a los hombres, con lo cual se produce una confusión de la parte por el todo, pues no sucedió lo mismo con las mujeres, ya que ellas se encuentran precisamente obligadas a vivir el presente para que ellos puedan sobrevivir. La consideración del exilio masculino como el universal induce a una tergiversación de la historia, puesto que la realidad que tuvieron que vivir las mujeres exiliadas fue completamente distinta a causa de los roles de género arraigados tanto en la cultura española como en la de los países que acogieron a estos refugiados. El matiz es importante, ya sea en la historia del exilio republicano en general, ya sea en la de la cultura española a partir de 1939. Las refugiadas españolas no detuvieron los relojes, sino que estuvieron muy pendientes de ellos porque a determinadas horas se comía y, para ello, a determinadas horas se tenía que trabajar en lo que fuera. Por tanto, aserciones como las que sostiene Faber y argumenta sobradamente son válidas en tanto que se refieren a un determinado exilio, el de los hombres, pero difieren de lo sucedido cuando tenemos en cuenta que las mujeres también formaron parte del exilio y que entre ellas también había intelectuales.

El dolor de la patria, la nostalgia de años y lugares ahora remotos, la dificultad de adaptación al nuevo país, etc., pueden ser lugares comunes y constitutivos de un exilio general, pero la gestión de todos estos elementos, y las consecuencias que de ello se derivan, varían en función del género, lo cual se advierte si nos detenemos en las trayectorias de

[1] "A los intelectuales españoles no les queda otra cosa que su actividad cultural: escribir, estudiar y publicar. El exilio cesa de vivir en el presente. El momento de la separación territorial significa detener el reloj." (Traducción de la autora). Sebastiaan Faber, *Exile and Cultural Hegemony. Spanish Intellectuals in Mexico*, 1939-1975, Nashville, TN, Vanderbilt University Press, 2002, p. 6.

mujeres exiliadas y no limitamos nuestro estudio a los varones como sujetos de la universalidad.

Las españolas intelectuales postergaron su actividad en aras de la supervivencia. ¿Cómo podían ellas también ponerse a estudiar, escribir y publicar? ¿Quién sufragaría los gastos? ¿Quién les daría de comer si las publicaciones tardaban en llegar o eran escasamente remuneradas? Un claro ejemplo de tal manifestación lo constituye María Dolores Arana, quien apartó las aspiraciones que albergaba como poeta para procurar una vida digna a sus dos hijos menores, y a su marido, quien prosiguió con sus inquietudes culturales a través de las tertulias de café de las que salían iniciativas como revistas y editoriales del exilio, y manifiestos políticos sobre el devenir de España y Europa.[2] La vida cotidiana no entendía de política ni de arte y cultura, el hambre no distinguía entre poetas y obreros, y estas mujeres se entregaron no a salvar España o la cultura, sino a sus familias, a toda una generación —y las que vendrían— de españoles fuera de España.

La escritura fue relegada a un acto íntimo y fugaz. Las responsabilidades domésticas que asumieron aquellas que se dedicaban de un modo u otro a las letras no anularon completamente la escritura, sino que la redujeron a una práctica intimista, ya fuera a través de cartas o diarios, mientras no encontraran la manera de volver a publicar. Con el estudio de los diarios de la poeta y novelista Rosa Chacel, Silvia Cárcamo constata que "los diarios revelan que en ciertos periodos la escritura de los mismos constituye la única posibilidad de expresarse, aunque la expresión consista en explicitar el fracaso de otros proyectos literarios que naufragan antes de llegar a término."[3] Las intelectuales españolas refugiadas constatan, a través de la escritura de diarios o cartas, un fracaso personal y colectivo. Se trata de una pérdida personal porque deben abandonar sus carreras iniciadas o proyectadas en España, y colectiva porque el talento de estas mujeres se pierde, no forma parte del desarrollo cultural y social de un proyecto político moderno que se inició con la Segunda República española. La aportación que hacían y, sobre todo que habrían hecho, ya que contaron con muy poco tiempo de desarrollo desde que se habían instaurado los derechos más elementales para las mujeres, se cortó en seco, se desterró y se prohibió cualquier

[2] Sobre el particular caso de María Dolores Arana y el paradigma del exilio femenino, ver: Mar Trallero Cordero, *María Dolores Arana. El exilio literario republicano español de 1939 desde una perspectiva feminista*, Universitat Autònoma de Barcelona, 2018, https://www.tesisenred.net/bitstream/handle/10803/663978/mtc1de10.pdf?sequence=1&isAllowed=y

[3] Silvia Cárcamo, "Intimidad y "exilio menor" en los diarios de Rosa Chacel", *Caracol*, nº 10, 2015, pp. 83-84.

alusión a ellas. No serían ejemplo para las niñas y jóvenes españolas, no constarían en el imaginario colectivo, su legado marcharía con ellas o se callaría como se las callaba a las que se quedaban.

Zenobia Camprubí, ajetreada siempre en España con distintos proyectos de índole cultural e intelectual —ya fueran propios o en colaboración con su marido el poeta Juan Ramón Jiménez—, confiesa la imposibilidad de continuar con tales empresas y se sirve así de un diario como manera última de verter sus inquietudes intelectuales: "Este pobre diario abandonado en sus comienzos se reanuda hoy por pura falta de ocupación. A mí, a quien se le ha pasado buena parte de la vida sin sentir, por la lucha diaria y a veces agobiante para solucionar dificultades de todo orden, pero sobre todo económico, esta pausa me desorienta".[4] En el contexto en el cual se encuentra, Camprubí no puede regresar a sus actividades profesionales. En el cuaderno traslada su frustración, que a la vez le sirve para encontrar tiempo para escribir, pero sólo a través de correspondencia o para sí misma. La escritura intimista como puede ser la redacción de un diario tiene una función terapéutica en el momento en que se produce, desahoga y consuela; sin embargo, cuando traspasa esa esfera íntima, y tiempo después se convierte en documento público, como el caso de los diarios de Zenobia Camprubí, el texto pasa a ser una fuente de literatura testimonial a partir de la cual poder extraer conclusiones sobre los fenómenos que la componen.

Al analizar este tipo de materiales, como también lo serán las distintas correspondencias que mantienen estas refugiadas con amistades y familiares, así como otros textos autobiográficos, observamos la gestión del fracaso que supone el mismo exilio para estas mujeres el tener que abandonar, en el sentido más amplio de la palabra, su casa y, especialmente, su carrera profesional. Se trata de un fracaso que trasciende el individuo, por ello se vuelve colectivo, donde la víctima no es sólo la mujer que lo padece, sino también la sociedad de la cual formaba parte. El hecho de que una persona de la talla de Zenobia Camprubí, así como de las demás intelectuales de la República, viera frustradas sus inquietudes y anhelos profesionales constituye una pérdida colectiva que todavía arrastramos en la actualidad. Camprubí no pudo desarrollar su propio oficio en el exilio y se limitó a ejercer de secretaria de su marido, incluso con competencias y destrezas que sobrepasaban las propias de tal cargo. Cuando estas atribuciones se lo permitían, escribía. El ejercicio de la escritura íntima le permitía gestionar ese fracaso personal

[4] Zenobia Camprubí, *Diario 1. Cuba (1937-1939)*, Graciela Palau de Nemes (ed.), Madrid, Alianza, 1991, entrada del 30 abril 1954.

que suponía la pérdida de su trabajo en España y las perspectivas de futuro que había imaginado. Anterior a su matrimonio con el poeta de Moguer, pero también tras la unión, Camprubí era una mujer muy activa, embarcada en múltiples proyectos sociales y culturales, dispuesta a ser siempre autónoma económicamente —"(lo que he ambicionado desde que gané mi primer dólar a la edad de 12 años)"—[5], como así lo demuestra la profesora Graciela Palau de Nemes al relatar todas las actividades y cargos desempeñados por Camprubí en España antes de la guerra, y explica por qué lo hace: "Esta larga relación se debe a mi deseo de demostrar que al salir Zenobia de España dejó atrás un modo de vida que encajaba perfectamente con sus ideas sobre el papel de la mujer en la sociedad".[6] La guerra frenó en seco todo este dinamismo, y aunque debía ocuparse de su marido y de aquello cotidiano, en su diario alude en ocasiones a la falta de actividad,[7] motivo de congoja, a lo que Palau de Nemes aclara que se refiere a la imposibilidad de continuar con la labor que desempeñaba en España: "El no tener oficio la desmoralizaba."[8]

Escribir también suponía sobrevivir para ellas, aunque lo relegaran a un segundo plano por priorizar las necesidades inaplazables de la vida cotidiana. Palau de Nemes, a partir de la idea de Christina Baldwin sobre el diario como instrumento de supervivencia, establece que, para Camprubí, el diario "[e]n el exilio se convirtió en un instrumento de supervivencia por el que Zenobia trató de reencontrar el perdido sentido de la vida a raíz del trauma de la Guerra Civil Española."[9] La dispersión del exilio se mitigaba con la correspondencia, que a la vez servía igualmente de herramienta de persistencia, como el diario. La misma Zenobia Camprubí pasaba horas redactando cartas, que le servía "para contrarrestar el desarraigo causado por su exilio".[10]

Clara Campoamor expresa el desasosiego que le produce el exilio en sus cartas a amigos. La derrota republicana, la aniquilación de todo aquello que ella misma se implicó en construir, y la distancia que la separa de su patria le causa un profundo sentimiento de angustia y tristeza:

[5] *Ibídem*, p. 219.

[6] Graciela Palau de Nemes en "Introducción" de Camprubí, Zenobia, *Diario 1. Cuba (1937-1939)*, *op. cit.*, p. 27.

[7] Un ejemplo lo podemos encontrar en la entrada del 5 de febrero de 1938.

[8] Graciela Palau de Nemes en "Introducción", *op. cit.*, p. 28.

[9] *Ibídem*, p. 13.

[10] Iker González-Allende, "Hermandad femenina en el exilio: escritura terapéutica en cartas inéditas de Zenobia Camprubí", *RILCE*, vol. 32, nº 2, 2016, p. 365.

> Pero la permanencia fuera es para mi dolorosísima. No es que, como me reiteran en su nombre, las cosas las veamos desde fuera peor de lo que son, sino que en realidad desde fuera vemos y medimos con negros, y creo que con ciertos tonos, los grandes y terribles fracasos de nuestra Patria y, lo que es peor, lo infecundamente trágico de nuestros positivos aciertos. Y ese tema, unido al del desgarramiento personal nos hace la vida amarga y dura, llegando a desear sumirnos de nuevo en nuestro[s] perímetros para adormecemos siquiera en nuestro empecinamiento crónico y acaso sin remedio.[11]

De nuevo la escritura íntima nos desvela el desgarro que supone en estas mujeres el exilio y la imposibilidad de ejercer como lo hacían en España. En el mismo sentido escribe Campoamor a María Telo, jurista a la que conoce por correspondencia: "Cuando veo cuál ha sido el resultado práctico de nuestras antiguas luchas y esfuerzos me pregunto si verdaderamente vale la pena hacer algo en la vida… Cierto que no hay otro país como el nuestro para el paso atrás y la vuelta al medievo".[12] Clara Campoamor, impulsora y adalid del sufragio femenino, consagrada a su trabajo de manera apasionada, luchadora incansable de las causas que consideraba justas, fue arrinconada durante sus distintas etapas en el exilio, sin poder continuar con una labor que actualmente celebramos y conmemoramos el 1 de octubre, fecha de la aprobación del voto femenino en 1931.

El sacrificio que supuso para estas mujeres postergar su actividad intelectual y dedicarse a tareas más mundanas y necesarias para la familia se convirtió en decepción cuando no encontraron la solidaridad del compañero. María Dolores Arana, poeta con intención de convertirse en profesora de instituto y así acercarse más a una profesión acorde con sus intereses, debió renunciar a todo ello al llegar a México y ocuparse en cuantos trabajos le ofrecieran: clases de piano, confección de muñecas, elaboración de perfumes… Mientras, su compañero Juan Ramón Arana —el apellido lo tomó de ella al tener que crearse una nueva identidad por su implicación en la defensa de la Segunda República— recorría los distintos cafés donde se celebraban las míticas tertulias de exiliados. El hijo de ambos, Federico Arana, describe en sus memorias la lista de trabajos que Arana desempeñó en los primeros años como refugiada:

[11] Neus Samblancat, "Clara Campoamor: Cartas desde el exilio", *Actas XIV Congreso AIH*, Vol. III, Nueva York, 2001, p. 524.

[12] *Ibídem*, p. 530.

> [P]rofesora de piano —para señoritas de quiero y no puedo, frecuentemente orilladas a escamotearle el pago—, fabricante casera de agua de colonia —cosa que sonaba bien en principio, pero suponía no sólo elaborarla, sino también embotellarla, etiquetarla, promoverla, venderla y cobrar las facturas—, caligrafía para los diplomas de alguna escuela, vendedora de toreros y manolas de hilo y alambre producidos en el taller de la señora Samper, traductora de escritos en francés para una revista editada por mi padre [...].[13]

Arana retomó su poesía mucho más tarde, superada la crianza de sus hijos y sin tener que cuidar de ningún marido, pero rememoraba con profundo desengaño a través de cartas a amigos:

> Admirado Cela, esta emigración, salvo las excepciones que confirman la regla, es ya una verdadera cloaca, el estercolero de España. Ahora me ha tocado a mí. Y si un hombre como mi marido es capaz de portarse con la bajeza propia de un ser primario y elemental, él que a todas horas andaba dictando normas de conducta y moral y llenándose la boca con esa España digna que tanto parecía preocuparle como lo demuestran las editoriales de "LAS ESPAÑAS" dígame que harán los demás.[14]

Arana escribe con despecho a su amigo Camilo José Cela, la pérdida que sufre es doble: su carrera y su compañero. Encontrará refugio en la escritura íntima, a través del relato de lo que le sucede y las emociones que la embargan, y más tarde con la poesía, a la que regresará animada por colegas y amigos, y que publicará en editoriales mexicanas. El exilio de una mujer como Arana es completamente distinto del que se ha divulgado sobre los refugiados republicanos intelectuales; sin embargo, está descrito en su correspondencia, en su poesía y también en las colaboraciones que hizo en prensa, y constituye paradigma del fenómeno en su vertiente femenina, pues en ella la separación de su carrera fue brutal y la recuperación se basó en la sororidad. Ésta fue lenta pero constante y sólida, hasta llegar a un reconocimiento del que apenas hay

[13] Federico Arana, *Yomorias, mimorias, memorias (Memorias de un refugacho)*, México, Ateneo Español de México, 2016, p. 27.

[14] Carta de María Dolores Arana a Camilo José Cela, 31 de enero de 1962. Archivo de la Fundación Pública Gallega Camilo José Cela, *Cfr.* Mar Trallero Cordero, "La correspondencia entre María Dolores Arana y Camilo José Cela", en *Lugares y figuras del exilio republicano del 39: los intelectuales "satélites" y sus redes transnacionales*, Fatiha Idmhand, Margarida Casacuberta Rocarols, Manuel Aznar Soler y Carlos Demas, (coords), Berlin, Peter Lang, 2020, p.215.

noticia porque también esto queda en el ámbito más íntimo cuando se trata de mujeres.[15]

En las cartas que Mercè Rodoreda escribe a su amiga y colega Anna Murià expone claramente estas dificultades por las que atraviesan las mujeres, en este caso agravadas por el contexto en el cual se encuentra la escritora catalana, el de la Segunda Guerra Mundial, y la necesidad imperiosa de continuar con la literatura. Las circunstancias que la rodean son completamente distintas, pero la preocupación e incluso la angustia es la misma. Rodoreda siente que ha tenido que vivir años improductivos en este sentido, para ella "inútiles", en los que no ha podido centrarse en la escritura debido a la guerra y a las dificultades económicas, pero regresar a ella le resulta urgente:

> La meva vida durant aquests anys te l'aniré donant a trossos en diverses cartes. He fet bruses de confecció a nou francs i he passat molta gana. He conegut gent molt interessant i l'abric que duc és herència d'una russa jueva que es va suïcidar amb veronal. A Limoges van quedar-se'm un ovari però el que no deixaré a França serà ni la meva energia ni la meva joventut... Sobretot, vull escriure, necessito escriure... Em requen tots aquests anys inútils, desmoralitzadors, però me'n venjaré. Els faré útils, estimulants ...[16]

Rodoreda, que tras un matrimonio impuesto pudo cambiar el rumbo de su vida gracias a su carrera como escritora, abandonó una Barcelona moderna donde la mujer era ciudadana de derechos, y donde ella había encontrado su lugar y reconocimiento como novelista. Era reconocida y se ganaba la vida con su trabajo, pero ello no fue suficiente para que su nombre se mantuviera en el exilio y pudiera continuar

[15] Como empleada en el Departamento de Documentación e Informe Presidencial del gobierno mexicano redactó discursos para el presidente, era persona de confianza por su amplia cultura y rigor intelectual, y así la reconocen compañeros con los que coincidió en esta última etapa profesional. (Entrevista de la autora al escritor mexicano Hugo Hiriart realizada el 17 de febrero 2012) en Mar Trallero, *María Dolores Arana. El exilio..., op. cit.*, p. 332.

[16] "Mi vida durante estos años te la iré dando a trozos en distintas cartas. He hecho blusas de confección a nueve francos y he pasado mucha hambre. He conocido a gente muy interesante y el abrigo que llevo es herencia de una rusa judía que se suicidó con veronal. En Limoges se me quedaron un ovario pero lo que no dejaré en Francia será ni mi energía ni mi juventud… Sobre todo quiero escribir, necesito escribir. Me pesan todos estos años inútiles, desmoralizadores, pero me vengaré. Los haré útiles, estimulantes…" (traducción de la autora). Carta de Mercè Rodoreda a Anna Murià, 19 de diciembre 1945 en Mercè Rodoreda, *Cartes a l'Anna Murià*, Barcelona, La Sal, 1985, p. 35.

su trayectoria, sino que ésta quedó truncada. No obstante, y a pesar del cuestionamiento al que todavía hoy se la somete por determinadas decisiones personales, pudo finalmente regresar a su profesión muy consciente de haber perdido un tiempo y un lugar que lo habían transformado todo en ella.

Si las mujeres pudieron retomar sus actividades intelectuales fue por la complicidad y la solidaridad que se dio entre ellas. Esta escritura íntima que nos muestra otra cara del exilio es también un medio a través del cual establecen relaciones, se conocen y se ayudan. Darse apoyo moral y recomendaciones para publicar en revistas o editoriales será en muchos casos fundamental para el regreso de estas mujeres a la esfera pública. Arana iniciará así su correspondencia con la traductora y ensayista Consuelo Berges, a quien no conoce, pero le basta la simple mención de la gran amiga que las une, la poeta Concha Méndez: "Concha me ha hablado de ti tantas veces y con tanto cariño que, por ser tú amiga suya, te considero yo también mía."[17] Igualmente, Clara Campoamor comprobará que su legado, a pesar de los intentos por desprestigiarla, ha llegado a nuevas generaciones de jóvenes juristas españolas tal como le cuenta la abogada María Telo, que tampoco la conoce personalmente: "En la Asociación de Mujeres Universitarias, en una de sus reuniones, estuvimos recordándola con una amiga suya, gran admiradora de Vd, pero de quien no puedo darle en este momento el nombre por fallarme la memoria."[18] Las amigas comunes, cada una en su ámbito de actuación, forman una red de sororidad que permite que las exiliadas sobrevivan y persistan en su empeño por contribuir al desarrollo intelectual de la sociedad de la cual forman parte.

María Zambrano no dejará escapar ocasión para animar a su amiga Concha Méndez, que sufrirá de depresión en su exilio mexicano: "Así que de todas maneras yo había pensado escribirte para decirte lo mucho que me alegro de que escribas cada vez mejor. Tienes poemas muy hermosos y creo que significan una gran liberación en ti."[19] Consciente de la dificultad de su amiga por publicar, así como la necesidad que para ella supone hacerlo, Zambrano la recomienda a sus conocidos y amistades en Italia, lugar donde permanece refugiada entonces: "Di tus libros a la señora Croce que está preparando una *Antología de la Poe-*

[17] Carta de María Dolores Arana, México D. F. 9 julio 1956. Copia facilitada por Tània Balló.

[18] Carta de María Telo a Clara Campoamor, 29 de diciembre 1958. En Neus Samblancat, *op. cit.*, p. 528.

[19] Carta de María Zambrano a Concha Méndez, 1 de julio 1945, en Mar Trallero, *La huella de la amistad en los exilios de Concha Méndez*, Texas A&M University, 2004, p. 77.

sía Europea Contemporánea. Le gustaron enormemente tus poemas, es la verdad. No tengo por qué decírtelo, si así no fuese. Tanto que me dijo en un primer tiempo que incluiría algunos".[20]

La correspondencia que se desarrolla entre ellas constituye una fuente historiográfica fundamental para poder incorporar matices relevantes a la historia del exilio español de 1939. La labor discreta y, por ello tan invisibilizada, que desarrollan las mujeres se observa claramente en estos documentos concebidos para un ámbito privado e íntimo. Al estudiar parte de la correspondencia de Zenobia Camprubí, el profesor Iker González-Allende apunta: "Estas cartas resultan relevantes porque muestran el importante papel que las mujeres realizaron durante el exilio como transmisoras de información y mantenedoras de la cultura nacional en las comunidades de desterrados republicanos."[21] Más adelante, González-Allende también destacará otra función importante que llevan a cabo estas mujeres a través de la comunicación postal: "[L]a importante labor de conexión y puente transatlántico que mujeres como Camprubí realizaban entre las comunidades de exiliados y España."[22] Un buen ejemplo de ello también queda patente en las cartas que se intercambian Camilo José Cela y María Dolores Arana, en las cuales el escritor gallego le pide revistas literarias que no se consiguen en España y le pregunta repetidamente por acontecimientos literarios que suceden en México. Para las mujeres españolas, la relación epistolar con exiliadas significará la posibilidad de tener referentes para imaginar las carreras que desean seguir.

Pese a las dificultades, la nostalgia y la pérdida irreparable que el exilio supone, la resiliencia y la capacidad de adaptación que demuestran estas mujeres explicará la supervivencia y la superación del colectivo de exiliados. La comunidad de refugiados de 1939 se mantuvo como grupo con identidad propia fruto de su labor política y cultural, ha conseguido pervivir hasta nuestros días y sus componentes constituyen referentes incluso para la generación actual. En ello, es clave el papel de las mujeres, cómo ellas asumen la responsabilidad de la vida cotidiana incluso con la postergación, y en muchos casos abandono, de sus labores intelectuales, lo cual posibilitará que los hombres prosigan sus actividades, aunque condicionadas por lo que supone el exilio y que, por ello, perdure su memoria a lo largo de todos estos años. En una carta abierta a Alfonso Reyes, al hablar de Goethe, Zambrano expone la clave de esta supervivencia:

[20] Carta a Concha Méndez, 21 de mayo 1959, en Mar Trallero, *Ibídem,* p. 76.

[21] Iker González-Allende, *op. cit.,* p. 365.

[22] *Ibídem*, p. 372.

> Saber tratar sí, con lo diverso, con los distintos planos de la realidad que al ser armonía ha de ser múltiple. Saber tratar con lo cualitativamente diferente: tender puentes entre los abismos existenciales […] Saber tratar con la mujer, el loco y el enfermo; saber tratar con el mundo que es siempre "lo otro" –el no yo–. Saber tratar con lo sagrado, poniéndose una máscara cuando hace falta callar a tiempo; saber de conjuros y de exorcismos; poder descender a los infiernos una y otra vez y hasta saber morir en vida todas las veces que haga falta. Saber tratar con los muertos y con sus sombras. Y sobre todo, sobre todo, saber tratar con "lo otro" en sentido eminente: "el Otro."[23]

Llegar a otro país y comenzar de nuevo significó para los que debieron abandonar España, en muchos casos, "descender a los infiernos". Las mujeres, al renunciar a todo aquello conquistado durante los pocos años republicanos, aprendieron a "morir en vida", pero se repusieron porque supieron entender y tratar "lo otro", y así renacieron de las cenizas de la guerra y la pérdida. Adaptarse no significó renunciar a ellas mismas, sino que precisamente era aquello necesario para seguir siendo, para sobrevivir a una derrota con la que no se conformaban. Clara Campoamor, en otra carta a su amiga Consuelo Berges, se mantiene firme en lo que ha hecho y ha sido, a pesar de la edad y de las contrariedades con las que se ha encontrado:

> Si bien tengo edad para considerarme entregada al derecho y al castigo de descansar, mi temperamento y mis energías me lo impiden. Salvo trepar las cuestas de esta mansa ciudad, que me fastidian a causa de la presión, o de echar a correr por las calles, la verdad es que me encuentro en las mismas disposiciones briosas que cuando tenía 30 años y, si en mi mano estuviera, volvería a fundar asociaciones, dar conferencias, luchar en el foro … todo lo que ha sido mi vida anterior.[24]

Esta perseverancia y este espíritu combativo que demuestran estas mujeres a través de los textos que escribieron desde un ámbito privado e íntimo nos llevan a concluir que, si bien su exilio partía de un fracaso y una pérdida, no puede decirse que efectivamente fue ese el resultado

[23] María Zambrano, "Carta abierta a Alfonso Reyes sobre Goethe", *La Gaceta del FCE*, Nueva Época, 289, México, 1995, pp. 25-27.

[24] Carta a Consuelo Berges, noviembre 1957 en Clara Campoamor, *Del amor y otras pasiones (artículos literarios)*, Beatriz Ledesma Fernández de Castillejo (ed.), Madrid, Fundación Banco de Santander, 2018, p. 5.

definitivo. Ellas supieron no dar la derrota por definitiva y no alargar el fracaso más de lo que suponía. El hecho de que hoy leamos sus textos, celebremos sus logros y, sobre todo, ejerzamos los derechos que ellas contribuyeron a establecer es la prueba definitiva de que no podamos hablar ya de fracaso. Estas mujeres constituyen hoy nuestros referentes, conocerlas con toda su complejidad e incorporarlas al relato universal del exilio es un homenaje debido y una exigencia de rigurosidad académica.

Bibliografía

Arana, Federico, *Yomorias, mimorias, memorias (Memorias de un refugacho)*, México, Ateneo Español de México, 2016.

Campoamor, Clara, *Del amor y otras pasiones (artículos literarios)*, Beatriz Ledesma Fernández de Castillejo (ed.), Madrid, Fundación Banco de Santander, 2018, https://content.e-bookshelf.de/media/reading/L-16909409-c50c7d4f2f.pdf (20-7-2023).

Camprubí, Zenobia, *Diario 1. Cuba (1937-1939)*, Graciela Palau de Nemes (ed.), Madrid, Alianza, 1991.

Cárcamo, Silvia, "Intimidad y 'exilio menor' en los diarios de Rosa Chacel", *Caracol*, nº 10, 2015, pp. 78-97.

Faber, Sebastiaan, *Exile and Cultural Hegemony. Spanish Intellectuals in Mexico, 1939-1975*, Nashville, TN, Vanderbilt University Press, 2002.

González-Allende, Iker, "Hermandad femenina en el exilio: escritura terapéutica en cartas inéditas de Zenobia Camprubí", *RILCE*, vol. 32, nº 2, 2016, pp. 354-87.

Rodoreda, Mercè, *Cartes a l'Anna Murià*, Barcelona, La Sal, 1985.

Samblancat, Neus, "Clara Campoamor: Cartas desde el exilio", *Actas XIV Congreso AIH*, Vol. III, Nueva York, 2004, pp. 521-535.

Trallero Cordero, Mar, "La correspondencia entre María Dolores Arana y Camilo José Cela", en *Lugares y figuras del exilio republicano del 39: los intelectuales "satélites" y sus redes transnacionales*, Fatiha Idmhand, Margarida Casacuberta Rocarols, Manuel Aznar Soler y Carlos Demas, (coords.), Berlín, Peter Lang, 2020, p. 215.

Trallero Cordero, Mar, *La huella de la amistad en los exilios de Concha Méndez*, Texas A&M University, 2004, https://core.ac.uk/download/pdf/147123604.pdf (20-7-2023).

Trallero Cordero, Mar, *María Dolores Arana. El exilio literario republicano español de 1939 desde una perspectiva feminista*, Universitat Autònoma de Barcelona, 2018, https://www.tesisenred.net/bitstream/handle/10803/663978/mtc1de10.pdf?sequence=1&isAllowed=y (20-7-2023).

Zambrano, María, "Carta abierta a Alfonso Reyes sobre Goethe", *La Gaceta del FCE,* Nueva Época, nº 289, México, 1995, pp. 25-27, https://www.ensayistas.org/filosofos/spain/zambrano/entrevistas/zambrano6.htm (20-7-2023).

Zenobia en el exilio:
su correspondencia tiene la palabra

Emilia Cortés Ibáñez
Biógrafa de Zenobia Camprubí

La salida de España como consecuencia de la Guerra Civil marcó un antes y un después en la vida de los exiliados. Para Zenobia Camprubí no fue una excepción y su correspondencia, siempre importante para conocer su vida, cobra un valor añadido a partir del exilio porque su alma, llena de zozobras, inquietudes y preocupaciones, necesitaba compartir estos estados anímicos. Es cierto que Zenobia ya vertía todo ello en sus espléndidos diarios, pero en las cartas su alma hablaba directamente con otra alma, a sabiendas de que va a ser escuchada, y, lo más importante, comprendida.

Zenobia fue una corresponsal enormemente prolífica, así lo demuestran los siete volúmenes ya publicados de sus cartas y uno más que está en la imprenta. Ante una Zenobia tan activa con la pluma, casi se impone hacer un cómputo de las misivas escritas que nos da la cifra de tres mil ciento veintinueve cartas, a las que hay que añadir las trescientas cartas incluidas en *Monumento de amor*. Con lo que tenemos un total de tres mil cuatrocientas veintinueve, gracias en parte a las copias que muchas veces hacía su autora, pero con toda seguridad escribió muchas más, a las que posiblemente nunca se pueda tener acceso. La etapa del exilio, más prolífica que la anterior a la Guerra Civil, comprende un total de dos mil seiscientas sesenta y una cartas.

En primer lugar, se recuerda que Zenobia, desde que conoció al poeta en la primera semana de julio de 1913, trabajó a su lado, colaboró con él, en un principio en las traducciones compartidas de la obra de Tagore, después sería en la obra personal de Juan Ramón -selección, ordenación, archivo, etc.- y en la correspondencia del poeta. Y esta colaboración fue desde el principio. La primera carta escrita por Zenobia, a instancias del poeta, fue con fecha 25 de agosto de 1915, dirigida a Editorial Macmillan de Londres, en la que pedía permiso de publicación de la obra de Tagore traducida al español. Previamente, Juan Ramón le envió el borrador y le aclaró: "Ahí tienes la carta para Londres. Te agradeceré que me la mandes, cuando puedas, traducida y firmada por ti, pues tú eres la que debes aparecer pidiendo el permiso, puesto que

eres la traductora".[1] Estas palabras del poeta aclaran otro punto más, también importante: que Zenobia es la traductora de Tagore, por si aún hay alguien que dude de dicha autoría.

Desde este momento, ella se ocupó de la correspondencia con Macmillan hasta el final de su vida porque Juan Ramón no dominaba la lengua inglesa; no sólo se encargó de la relación epistolar con esta editorial, también de gran parte de la correspondencia del poeta en español, tanto cartas de trabajo, como cartas de amigos. En 1948, Zenobia escribió: "El escribir cartas, o parte de ellas, es para J.R. la cosa más difícil del mundo; cosa de lo más comprensible si se piensa en todo lo que escribe fuera del género epistolar".[2]

Desde siempre, el poeta tuvo la mala costumbre de decir a Zenobia que añadiría unas letras, unas líneas a la carta escrita por ella, pero esas letras nunca llegaban; y en alguna ocasión la carta retenida en espera de unas palabras era enviada dos años después, algo que desesperaba a Zenobia. Sobre este punto, escribe a Federico de Onís: "Como J.R. ha tenido esta carta sobre el piano dieciséis días para añadirle dos palabras, al fin la he cogido y se la mando sin las palabras de J.R. Y todavía le choca a usted que me indigne con la costumbre de dejar toda carta para el ´mañana´ que nunca llega".[3]

También para Federico de Onís es el siguiente comentario de Zenobia:

> Desde luego nos parecía que hacía muchísimo que no sabíamos de usted. Ahora, cuando he ido al cuarto de trabajo de J.R. por su carta que me tenía confiscada, le he dicho: "Supongo que podré decirle a Onís que dentro de cuatro o cinco años recibirá carta tuya" y él me ha contestado: "No, no; sí que le voy a escribir esta vez, díselo, y dile que yo no tengo el menor disgusto, y que estoy muy contento con todo y que le agradezco mucho todo lo que ha hecho y que lo quiero siempre mucho". Y cuando me he venido todavía se quedaba diciendo cosas cariñosas para usted, muy efusivamente. Todas las piensa muy sinceramente (¡bueno es J.R. para decirle a nadie nada agradable cuando no lo piensa!) pero eso de que vaya a escribirle pronto… Tal vez un día que sople un

[1] Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí, *Monumento de amor. Epistolario y lira. Correspondencia 1913-1956*, María Jesús Domínguez Sío (ed.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2017, p. 440.

[2] Zenobia Camprubí, *Epistolario I. Cartas a Juan Guerrero Ruiz. 1917-1956*, Graciela Palau de Nemes y Emilia Cortés Ibáñez (eds.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006, p. 719.

[3] Federico de Onís, Zenobia Camprubí y Juan Guerrero, *Epistolario (1921-1949). La Casa de las Españas. Revista Hispánica Moderna*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Huelva, editorial Niebla, 2019, p. 70.

> airecito de primavera que él recuerde haber sentido una tarde en la Residencia, hablando con usted, se lance repentinamente sobre su mesa y le escriba a usted un libro entero, pero… una carta contestando a la suya… puede ser.[4]

Todo esto sirve como preámbulo para que no resulte extraño que Zenobia tuviera tan abultada correspondencia, gran parte de la misma se dio entrelazada a la del poeta. Una vez fuera de España, el número de cartas a amigas y familia se intensificó. No es de extrañar porque Zenobia y Juan Ramón, que habían salido para una estancia corta, de repente se encontraron fuera de casa, fuera de la familia y amigos y fuera de su país, aunque el anclaje de Zenobia en los EE.UU. fuera instantáneo, así lo reconoce ella misma, cosa que nunca ocurrirá con el poeta. Para Zenobia, Norteamérica era su segunda patria, se sintió a gusto. Le encantaban Washington, Boston y Nueva York; en estas ciudades se encontraban sus amigos y ella revivía su infancia y juventud. Algo que no le ocurría al poeta al que, además, el no hablar inglés lo llevaba al aislamiento, contra lo que Zenobia luchó todos los días de su vida.

Las cartas de Zenobia para amigas y familiares son cartas íntimas que recogen recuerdos del pasado -algunos de ellos acompañados de nostalgia- además de narrar su presente, su modo de vida, con la finalidad de aproximarse a su corresponsal, de hacer que esta se acerque a ella y, por unos minutos, sentir su compañía. Con las cartas, Zenobia suplía la ausencia de sus amigas y, mientras escribía, sentía la presencia de ellas, su calor y comprensión. Volcaba sus preocupaciones y sufrimientos, eran casi una conversación cara a cara. Las cartas muestran el motivo de la salida de España o la razón por la que Zenobia fue profesora de universidad.

En líneas generales, la etapa del exilio es una etapa de sufrimiento: por todo lo que se estaba viviendo en España, también por lo que la pareja vivió. Sin duda, a Zenobia, la actividad, la vena poética de Juan Ramón le dio muchas alegrías y felicidad (más por él que por ella), pero la neurastenia del poeta le hizo sufrir enormemente durante toda su vida, hasta el final. Así, en los últimos cinco años, las cartas recogen de primera mano los estadios y sufrimientos por los que atraviesan las enfermedades de ambos.

Las cartas les daban calor y compañía; por ello, la recogida diaria del abultado correo, y su lectura después, se convirtió en una tarea necesaria, imprescindible para la pareja. Leer la enorme cantidad de misivas que recibían y darles respuesta era un ´trabajo gustoso´ con el que

[4] *Ibídem*, p. 75.

disfrutaban. Era su conexión con la vida que les fue arrebatada y les impedía sentirse aislados. A Zenobia le gustaba escribir cartas, en muchas ocasiones era lo primero que hacía al levantarse. En la etapa de Puerto Rico, cuando su enfermedad estaba avanzada y le costaba conciliar el sueño, se levantaba a las 2 o a las 3 de la madrugada, tomaba el primer desayuno y se sentaba a escribir cartas.

Las misivas escritas en Cuba traslucen el sufrimiento por España. Las redactadas en Washington muestran a una Zenobia que vuelve a disfrutar de la vida y de lo que esta le ofrece; frente a las escritas en Puerto Rico que son dolor y sufrimiento, cartas redactadas la mayoría de las veces con el alma rota. Todas sus epístolas recogen algo muy importante: el avance de la obra de Juan Ramón.

A continuación, se presenta una muestra de esta correspondencia a un grupo de corresponsales, en su mayoría amigas entrañables. En estas cartas se percibe la naturalidad de Zenobia y los sentimientos, inquietudes y sufrimientos que la acompañan.

De las amigas que dejó en España dos son las que ocupan un lugar importante en su correspondencia: Olga Bauer y Elisa Ramonet. Olga Gunzburg de Bauer nació en San Petersburgo y era diez años menor que Zenobia. De familia rica judía, su padre y su abuelo, ambos barones de Gunzburg, fueron banqueros y la familia abandonó Rusia en 1918 para instalarse en París. Olga estudió enfermería y, antes de abandonar su país, trabajó en un hospital y en una casa-cuna. En 1921 se casó con el también judío Ignacio Bauer Landauer, de la Banca Bauer de Madrid, estrechamente relacionada con la Banca Rotchild, y se instalaron en Madrid. Formaban una pareja económicamente muy solvente, de un alto estatus social. Olga, inteligente y activa, hablaba ruso, francés, español, alemán, inglés y hebrero; Ignacio tenía dos doctorados y era autor de varias obras. En 1925 creó la CIAP -Compañía Iberoamericana de Publicaciones-, el mayor grupo editorial de España y Latinoamérica, financiado por la Banca Bauer, a la que Ignacio llevó a la quiebra en 1931 y a continuación a la CIAP. Se desconoce el momento exacto en que Olga y Zenobia se conocieron, pero debió de ser al poco de que se casasen los Bauer en 1921. Tal y como ya se señaló:

> No es posible que dos mujeres como ellas, sensibles, prácticas, de acusada personalidad y con muchas relaciones sociales, viviesen en Madrid sin conocerse. Años después, en carta escrita el 20 de noviembre de 1949, Olga le recordará a Zenobia los comienzos de su amistad: "[…] También le cuento [a mi padre] de la primera visita que hize [sic] a vuestra casa, a la llegada de

> Ania Dorfmann, y la primera vez que viniste con Juan Ramón a la nuestra".[5]

No es extraño que se hiciesen amigas. Olga escribía y esta afición la acerca también a Juan Ramón, que la animaba y aconsejaba. Sobre *Hermanos eternos*,[6] Olga le escribió al poeta:

> He empezado el libro y me he sumido en este mundo de encanto que siempre me descubre usted. Me deja usted ver más allá de los ojos y sentir más allá del sentimiento, y es un gozo tan grande que nunca se lo podré agradecer bastante. Sus conversaciones y su palabra escrita me han abierto horizontes desconocidos y me han dado más aliento para la vida, pero también más desesperación por darme cuenta mejor de mis limitaciones y por la imposibilidad de salir de mí misma (8 de junio de [1936]).[7]

Zenobia y Olga eran buenas amigas y amantes de la literatura y de la música, dos nexos que las unieron a distancia. Se recomendaban libros: comentaban los ya leídos y se referían los conciertos disfrutados.

Cuando la CIAP quebró, Zenobia le ofreció trabajar en su tienda de Arte Popular Español y Olga le agradeció su apoyo:

> Mucho pienso en ti y en Juan Ramón, y lo buenos que sois conmigo. No sé expresarme en la conversación y la horrible reserva que padezco me impide decir las cosas que siento. Por eso, quiero aprovechar (me de) esa [sic] carta para decirte la infinita gratitud que me llena el corazón hacia ti por todo lo que has hecho para [sic] mí, por tu enorme ayuda real y moral, por la fuerza que me has dado en los momentos difíciles. No sé si has podido darte cuenta de lo mucho que significas para mí pero, desde luego, has sabido atraerte una nueva y sincera admiradora. Miles de gracias por todo tu afecto y de [sic] haberme permitido de [sic] entrar en vuestra vida íntima que me ha dejado gozar de las alegrías del espíritu, como no lo he hecho desde años.[8]

[5] Emilia Cortés Ibáñez, "Introducción", en Zenobia Camprubí y Olga Bauer, *Epistolario 1932-1956*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), *op. cit.*, pp. 15-48 [21].

[6] *Hermanos eternos* corresponde al cuaderno nº 1 de *Presente*, Madrid, Imprenta Silverio Aguirre, 1933 (20 cuadernos).

[7] Emilia Cortés Ibáñez, "Introducción", *op. cit.*, pp. 21-22.

[8] *Ibídem*, p. 23.

No es la primera vez que Zenobia dio trabajo a una amiga, ya lo hizo con Constancia de la Mora. Ahora, con Olga lo hacía nuevamente, además intentó colocarla como traductora. Con los Bauer Zenobia viajó a Marruecos en 1932.

Olga se encontraba fuera de España cuando estalló la Guerra Civil. Ella y Zenobia se vieron por última vez, de manera impensada, en la Embajada de España en París, cuando los Jiménez estaban gestionando sus pasajes a Nueva York. A partir de este momento la amistad entre estas dos mujeres pasó a ser epistolar. Las vidas de ambas pasaron por distintos avatares y las cartas fueron un desahogo para ellas. Zenobia volcó gran parte de sus angustias en sus epístolas que serán comprendidas por Olga. En 1943 se creó la Librería Ínsula, Olga se encargó de las relaciones con las editoriales extranjeras y pidió ayuda a Zenobia para que colaborase con Ínsula ocupándose de envíos, cobros y reclamaciones con las editoriales norteamericanas, desde 1944 a 1947. La correspondencia entre ambas fue intensa; al leerla "da la sensación de que no se han separado, y ciertamente se puede decir que espiritualmente no lo han hecho".[9] En sus cartas, se cuentan noticias puntuales de índole privada o familiar y otras de ámbito general como la noticia del Premio Nadal obtenido por Carmen Laforet en 1944, o la I Feria Nacional del Campo en 1950. Todas las noticias que Olga transmitía a Zenobia sobre Madrid y España hacían que esta mantuviera el nexo con nuestro país. Olga, el 19 de octubre de 1952, escribió a Zenobia:

> Sostengo una correspondencia, no muy prolija pero seguida, con Juan Guerrero y nos parece que ha llegado el momento que empieces a escribir tus memorias. Leemos, los dos, con tanto gusto tus cartas que creemos que es indispensable que vayas dando forma a tus recuerdos. Pocas personas hay que han vivido tan intensamente esta nuestra época […]. Tú has conocido y conoces tantos mundos distintos y llegas a tratar a tantas personas, en el verdadero sentido de la palabra, que es casi un deber empezar a crear tu obra, que es la vida contemporánea, y legar a las generaciones venideras el conocimiento de nuestra época, tan atroz pero también tan generosa y tan heroica. No pierdas tiempo, pues, ¡ya que tienes mucho que contar![10]

A lo que Zenobia respondió el 6 de noviembre:

[9] *Ibídem*, p. 35.

[10] Zenobia Camprubí y Olga Bauer, *op. cit.*, p. 566.

> Me dices en tu última que yo debía escribir mis memorias […]. Si se tratara sólo de *la auto*[biografía], lo haría como solaz, de buena gana, máxime que tengo muchos librillos de notas, pero esto no interesaría a nadie y, si intentara la biografía de J.R., que es lo que pudiera interesar, me siento muy por debajo de mi tarea. En cuanto a la cantidad y variedad de personas interesantes que he conocido en mi vida, te sobra la razón y yo me siento más boba que nunca, teniendo tan buen material…[11]

Las dos amigas estaban al tanto de la vida de la otra: de las recaídas del poeta, de las operaciones y distintas fases de la enfermedad de Zenobia, sus cambios de lugar de residencia, sus diferentes casas, además de darse noticias de amigos comunes. Zenobia, en gran medida, descargaba las penas de su alma en estas cartas; Olga también, pero finalmente, a partir de 1951, vivió en Basilea, al lado de su familia y nunca se sintió atenazada por la soledad como Zenobia se sentía en numerosas ocasiones.

En 1954, Aguilar publicó el libro de Olga: *Cortesía y etiqueta modernas*, y la autora hacía la siguiente valoración a Zenobia:

> Mi librito es una cosa bien mala y me da vergüenza cuando tengo que releer algo.
>
> […]. Es una pena que cosas así tengan éxito rápido y demuestra la incultura de los lectores.[12]

La correspondencia entre Zenobia y Olga mostró una gran amistad, una comunión de sensibilidades y afectos que quedó muy bien recogida por Inés Muñoz, otra gran amiga de Zenobia, que en 1956 escribió a Olga:

> […] sólo quiero que sepas que pienso en ti y la pena que tendrás de estar tan lejos. Espiritualmente no lo estás pues siempre has estado cerca de Zenobia… aunque con diferentes religiones. No creo yo que la verdadera esencia de cualquier religión pueda variar mucho, y siempre me decía Zenobia cuánto admiraba tu *espiritual quality* 1956.[13]

Olga murió en Basilea en 1986, viuda y acompañada por sus sobrinas.

[11] *Ibídem*, p. 567.

[12] *Ibídem*, p. 760.

[13] Emilia Cortés Ibáñez, "Prólogo", *op. cit.*, p. 41.

Elisa Ramonet fue la otra gran amiga que la unía a su vida madrileña. Cinco años menor que Zenobia, Elisa era hija de la condesa de Venadito. Se conocieron en Madrid, gracias a la información que Elisa ofreció en 1956, ya fallecida Zenobia, en una entrevista periodística, en la que recuerda los inicios de esa amistad: "Mire usted, Zenobia es un ser luminoso. La conocí en el mes de abril de 1915, precisamente el mismo día que conocí a Juan Ramón. […] Iban a los tés del príncipe Alfonso, y en uno de estos -como ya le digo- nos presentaron".[14]

Elisa se casó en enero de 1913 con Antonio Abellán y Calvet, III marqués de Almanzora, capitán de Caballería, del que se separó. Zenobia tuvo la misma *Mademoiselle* que Elisa y sus hermanas, para sus salidas por Madrid.[15] En estos años no estaba bien visto que las jóvenes de buena familia salieran sin compañía. Después de separada, Elisa siguió usando el título de marquesa de Almanzora y sobre ello Zenobia escribió: "En disculpa de Elisa quiero decir que, como hay otra persona que se llama marquesa de Almanzora en Madrid, desde que lo sé, comprendo que ella use el título aun cuando no tenga derecho legal, porque claro que resultaría demasiado que fuera ella la ilegítima, después de las trastadas del marido".[16] Elisa era completamente diferente a la cosmopolita Olga, y las palabras de Zenobia lo confirmaban en varias ocasiones: "Yo siempre creí que Elisa podía haber sido religiosa pero ella, por lo que decía, creía que le faltaba algo".[17] Era una amistad distinta. Elisa fue quien guardó muchas de las pertenencias de los Jiménez cuando levantaron la casa de Padilla; cuidó cosas personales de Zenobia, como parte de sus joyas que le fue enviando por medio de las amigas puertorriqueñas que venían de visita a España. Zenobia le escribió:

> Hace un rato he ido a la universidad, contestando a la llamada de Connie, que llegó en el avión de esta mañana, y me he traído todo el tesoro que tú le confiaste: tres medallones, siete alfileres, cinco sortijas, un dedal de oro, un alfilerito de coral, una pulsera de perlitas, una medallita de la Virgen con cadenita rota, dos *pendentifs* de perlas con cadenitas, dos pulseras con colgantes, una cadena de eslabones grandes, una cadena de filigrana (oro) y un

[14] Zenobia Camprubí, *Epistolario II. 1895-1936*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2020, p. 533, nota 837.

[15] Precisamente, *Mademoiselle* de Gorsse ayudará a Zenobia y Juan Ramón en su relación.

[16] Zenobia Camprubí, *Epistolario I*, *op. cit.*, p. 1263.

[17] Carta de Zenobia a Victoria Hernández-Pinzón Jiménez, 1-11-[1955] (Zenobia Camprubí, *Epistolario IV. 1951-1956* [en prensa]).

> aro de matrimonio. Gracias, Elisa, poco me ha faltado para llorar porque cada cosa era un recuerdo.[18]

Elisa también le guardó y envió el Diario de juventud, al que Zenobia llamaba ´mensario´. Esta era una amistad más de ´andar por casa´. Zenobia enviaba azúcar, harina y café a Elisa en los primeros años del exilio, después fueron medias de nylon, termómetros, plumas Parker e incluso insulina cuando la madre de Elisa estaba enferma. Zenobia también enviaba a amigas puertorriqueñas con cartas de presentación para que Elisa las acompañara durante su estancia en Madrid y, así, a través de las viajeras, las amigas seguían sabiendo la una de la otra con opiniones de primera mano y Zenobia continuaba recibiendo parte de sus pertenencias que le iban trayendo.

A partir de la salida de Zenobia de España, la correspondencia entre ambas fue intensa. Se conservan ciento cincuenta y una cartas. En numerosas ocasiones, Elisa era su paño de lágrimas, cuando Zenobia tenía momentos angustiosos, los cuales se daban con cierta frecuencia: "Ya ves, Elisa querida, que, aun inconscientemente, en los momentos de más angustia, voy inconscientemente a ti, y no me lo tengas en cuenta con todo lo que yo estoy pasando y sigo pasando. Hay días que no puedo ni escribir".[19]

En España también quedaba Montserrat Miró Bordás de Loring, amiga de la infancia, de la etapa catalana; las dos familias veraneaban en Malgrat y las madres eran amigas. Solo se ha tenido acceso a dos cartas durante el exilio que son muestra del desgarro que se vivió:

> ¡Cuántas veces he pensado en escribirte y no sabía dónde encontrarte! […].
>
> Te quería decir que al último que vi de vosotros fue a Jorge (q.e.g.e.). Volvía yo, ya de noche, en el tranvía de Velázquez de mi guardería. Estaba cansadísima, de alpargatas y delantal. En el tranvía estaba Jorge. Le presenté a mis compañeras. Comprendí por las cosas que me dijo que no hablaba por mí sino por quien pudiera escucharnos. En la Puerta de Independencia se bajó. ¡Qué poco me figuraba que no lo iba a volver [a ver] más! Pero quién no tenía en aquellos momentos el corazón encogido. Yo lloraba amargamente todas las noches, cuando estaba en cama y apagadas las luces pero los niños me daban mucho consuelo. No

[18] Carta de Zenobia a Elisa, 15 de agosto de 1952 (Zenobia Camprubí, *Epistolario IV. 1951-1956* [en prensa]).

[19] Carta de Zenobia a Elisa, 24 de julio de 1956 (Zenobia Camprubí, *Epistolario IV. 1951-1956* [en prensa]).

> quería pensar más allá de ellos. Le pregunté a Jorge si os ibais a Malgrat, dijo que tal vez vosotros sí pero lo veía difícil para él. No quería preguntarle nada que no pudiese contestar en pleno tranvía, sobre todo dándome cuenta de que se veía obligado a fingir. Después que se bajó, traté de seguirle con la vista pero había tan poca luz que parecía que se lo habían tragado las tinieblas. […].
>
> Me parece un sueño cómo se cambió toda la vida y lo deprisa que se ha pasado. Los hijos de los amigos, que a veces vienen por aquí, tienen la edad de ellos cuando los dejé.[20]

Montserrat Miró se casó en 1920 con Jorge Loring Martínez, miembro de una muy conocida familia de Málaga, de la aristocracia mercantil e industrial; ingeniero y pionero de la aviación civil en España, se dedicó a la industria aeronáutica. En 1924 tenía una empresa constructora de aviones en unos terrenos en Carabanchel; los autogiros de Juan de la Cierva C-7 y C-12 fueron construidos en los Talleres Loring. Junto a los muros de esta fábrica fue fusilado en septiembre de 1936, al mes siguiente de haberlo encontrado Zenobia en el tranvía. Fueron padres de ocho hijos.

Cuando los Jiménez se instalaron en Cuba en 1936, Zenobia se incorporó a la vida social e intelectual de la isla, etapa que no la hizo especialmente feliz. Aquí trabó amistades de las que algunas continuarían durante el exilio, como las hermanas Lavedán, Hortensia, Amalia y Leonor, muy involucradas en la vida intelectual de la isla y en el Lyceum Club; vivían en el Vedado. Hortensia pertenecía a la Institución Hispanocubana de Cultura, fundada en 1926, que invitó a Juan Ramón a dar conferencias en Cuba; se casó con Jorge Aguayo de Castro, precursor de la biblioteca moderna en Cuba. El poeta fue testigo de la boda.

Los Jiménez abandonaron La Habana dirección Miami, adonde llegaron el 29 de enero de 1939. Una semana después alquilaban una casa, en la calle 2, y se instalaban en ella. La primera carta, escrita desde Miami, a la que se ha tenido acceso es del 9 de febrero y está dirigida a Leonor Lavedán; Zenobia estaba tan contenta de vivir en su casa, después de veintiséis meses de permanencia en el Hotel Vedado, que no podía evitar que el tema de su carta resultara doméstico:

> ¡Estamos al fin instalados en una casita y tengo cocina! Claro, que la reacción inmediata es tenerle pánico. Estoy deseando dar el salto mortal de hacer girar la llave del gas, aplicarle el fósforo

[20] Carta de Zenobia a Montserrat Miró, [12 de abril de 1953] (Zenobia Camprubí, *Epistolario IV. 1951-1956* [en prensa]).

> y observar las reacciones químicas producidas por la llama en los objetos que deposite en sartén o en olla. […]. Leonor, por favor, mándeme la receta del postre exquisitísimo con el que ustedes obsequiaban a J.R. y la consideraré una verdadera filántropa.[21]

Posiblemente este postre ″exquisitísimo″ fuera el que está recogido en el volumen *La cocina de Zenobia*, bajo el nombre de ″Dulce de Juan Ramón″, hecho con leche, huevos, azúcar, canela y limón, que Zenobia llamaba ″natillas″.[22] Numerosas veces, Zenobia se refería en sus cartas a recetas culinarias, siempre con el objetivo de preparar comidas apetitosas para el inapetente Juan Ramón. Llegó a intercambiar clases de español por clases de cocina. De ahí surge el famoso ″Souflé Wallace″, que aparece en muchas de sus cartas.

La vida de Zenobia había cambiado, ella misma lo decía; se había convertido en una perfecta ″ama de casa″:

> Además, hay tres cosas que entran de pleno en el régimen y que no sé hacer y una de ellas es freír patatas fritas de esas finitas que se venden en cucuruchos y no lo dice el libro de cocina americano que tengo y, si lo dijera, tampoco serviría porque las que venden aquí hechas J.R. dice que son una porquería. Pero me dice que nunca ha comido tan bien en la vida, de lo que no puedo ufanarme […].[23]

No solo se dedicaba a la cocina, también a la costura: "Anteayer me hice un vestido que tuvo gran éxito, tanto que me voy a hacer dos más del mismo modelo. Cuestan 50 centavos y, cuando venga por aquí, le regalaré uno […]".[24] Este tono doméstico de las cartas también se veía en "las ´tazas Lavedán″, milagrosamente irrompibles (por fortuna para mí las uso para cereales, huevos, compota, helados, etc., son mi medida justa)".[25] Se hacían encargos en las cartas y, gracias a ellas, se sabía que a Juan Ramón le gustaba la Colonia Guerlain. A través de las Lavedán, Zenobia enviaba té, café y azúcar a España. Camila, Hortensia y Aguayo los visitaron en Washington en 1945.

[21] Zenobia Camprubí, *Epistolario III. 1936-1951,* Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2022, pp. 131-132.

[22] Zenobia Camprubí, *Diario 1, op. cit.,* p. 319.

[23] Zenobia Camprubí, *Epistolario III. op. cit.,* pp. 148-149.

[24] *Ibídem* p. 149.

[25] *Ibídem* p. 166.

Sustancial en la vida de Zenobia fue Inés Muñoz, importante antes del exilio, pero mucho más durante el mismo. De ascendencia cubana, Inés fue su socia en el negocio de exportación de labores de artesanía, iniciado en 1912, y, a partir de 1928, también era su socia en la tienda de Arte Popular Español. Inés llegó a Nueva York en octubre de 1938 y, al igual que los Jiménez, nunca regresó a España. La mayor parte de la correspondencia entre ellas, antes de la Guerra Civil, fue de trabajo: envíos, precios, embarques… En 1948, cuando Zenobia y Juan Ramón fueron a Argentina, Inés les cuidó el piso de Dorchester House y la casa de Riverdale, además de atender el muy abultado correo de los Jiménez. Zenobia, desde ese país, escribió a Inés contando los éxitos de Juan Ramón:

> Nada de lo que pueda contarte puede describir la apoteósica ola en la que J.R. fue acogido por esta hospitalaria tierra. Te estoy escribiendo abajo en la sala porque arriba, los dos teléfonos de nuestra adorable *suite* están sonando tan constantemente que lo único que puedo hacer es ir de uno a otro. Además, la gente sigue invadiéndolo todo sin anunciarse. […]. Naturalmente, todos lo reconocieron porque, antes de desembarcar, los fotógrafos habían invadido el barco. […]. En cuanto pudieron subir al barco molestando a todos, a los mozos y al equipaje, se lanzaron al salón y casi matan a Juan Ramón abrazándolo y besándolo. Tuve que apresurarme hacia la puerta y gritar: "Estamos saturados, uno más y moriremos todos aplastados". Había una conferencia de prensa por la tarde cuando una mujer joven se metió entre los periodistas para proteger la vida de J.R., así que, cuando el primero preguntó: "En qué se ocupa usted ahora?", J.R. respondió rápido: "En seguros", lanzando una mirada a la joven y produciendo una gran hilaridad que inmediatamente rompió el hielo.[26]
>
> J.R. está autografiando montones de libros y álbumes con multitudes rodeándolo, con los bolsos de la gente clavándose en sus costillas; deberías verlo comer. ¿Dónde se ha ido la colitis?[27]

Zenobia no puede evitar que se trasluzca su propia felicidad por la felicidad del poeta: "Y ahora, por favor, no te desmayes. El éxito es contagioso y J.R. ha llegado a ser una mezcla de Gandhi y Frank Sinatra. Los niños en las escuelas ponen flores a sus pies y las señoras lo abrazan y besan con arrebatos de éxtasis".[28]

[26] Zenobia Camprubí, *Epistolario III, op. cit.,* p. 780.

[27] *Ibídem* p. 782.

[28] *Ibídem* p. 786.

> Losada está vendiendo libros sin cubierta y la gente tiene que encontrarla por su cuenta porque se ha agotado *todo* el stock. La gente dice que la lectura de J.R. el lunes va a ser "un loquero" porque tendrán que estar de pie en los patios escuchando a través de los altavoces y se espera que se ocupen todos los asientos en los primeros quince minutos. Todos queremos que J.R. acorte la conferencia o que se instale un puesto de la Cruz Roja en la esquina.[29]

Además, Inés es quien recibe numerosos encargos de Zenobia y siempre los cumple: "si tienes bastante dinero y energía ahorrados, ¿podrías encargar y pintar dos lejas más? Tenemos dos yardas cúbicas de libros, papeles y fotografías para llevarnos".[30] Inés es receptora de todo tipo de encargos, no solo de Zenobia, también del poeta:

> […] éste es un recado de Juan Ramón y quiero escribir lo mismo que él me diga. Te pide, por favor, que busques en su cuarto de papeles en Riverdale, en la librería de nogal que hay en el fondo de la derecha (librería con puertas), entre sus papeles manuscritos, un paquete bastante grueso que tiene escrito encima "Guerra en España", que lo abras y en sus primeras páginas encontrarás un artículo de Antonio Machado, impreso en un periódico, en que habla de la actitud de Juan Ramón durante la guerra. Si no lo encuentras allí, estará en cualquier otro sitio del mismo cuarto, en donde haya paquetes de manuscritos de J.R. de tamaño grande. Te suplica que lo mandes, por avión, cuanto antes, certificado. Te pide, además, que busques en el piso de Washington, en el ropero donde está la cama, en la tabla alta, un ejemplar del libro *El cohete y la estrella* de José Bergamín,[31] en un montón de libros encuadernados en tela, delgadito, de la Biblioteca "Índice". Éste, también te pide que lo mandes por avión como libro certificado, aun cuando cueste 2 ó 3 dólares. Muchas gracias. Ambas cosas son urgentes.[32]

La ayuda entre Inés y Zenobia fue mutua hasta el final.

Amiga de antes del exilio era Constancia de la Mora; resaltó antes del exilio porque fue una amistad que se comenzó a truncar en el periodo prebélico. El viaje a Italia, en noviembre de 1934, que hizo Zenobia

[29] *Ibídem,* p. 808.

[30] *Ibídem,* p. 795.

[31] José Bergamín, *El cohete y la estrella (con una caricatura lírica de J.B. por Juan Ramón Jiménez)*, Madrid, Índice, 1923.

[32] Zenobia Camprubí, *Epistolario III, op. cit.,* pp. 796-797.

con Constancia y su segundo marido, se evidencia como el broche de oro de dicha amistad. Zenobia ayudó a Constancia cuando se separó de su primer marido, el malagueño Manuel Bolín Bidwell, y se instaló en Madrid con su hija Luli -nacida en febrero de 1927-. Zenobia la involucró en el negocio de alquiler de pisos, le consiguió clases particulares y trabajo en la tienda de Arte Popular Español. Precisamente era Constancia quien el 4 de diciembre de 1936, desde Alicante, le daba noticias de la situación de Madrid y de la tienda:

> Pobre Madrid… pensar en nuestras casas, en Arte Popular, en nada de lo que allí se encuentra en estos momentos, es como pensar en la luna… Sin embargo, cuando estuve en Madrid la última vez, me di una vuelta por la tienda […]. Yo no tenía idea del género de tesoros que guardaba en el sótano…[33]

Los Jiménez mantuvieron una buena relación con el segundo marido de Constancia, Ignacio Hidalgo de Cisneros -casados en 1932, pero Constancia fue evolucionando hacia el comunismo, donde se instaló. En otoño de 1936, ella e Ignacio ingresaron en el PCE. Esta evolución enfrió la amistad con Zenobia, amistad que nunca volvió a su estado inicial: "Debo decir que aún le tengo cariño a Connie, aunque reconozco su inconstancia conmigo y su estrecho fanatismo en asuntos políticos".[34]

También se enfriaron los sentimientos de Constancia, que escribía:

> Zenobia parecía cambiada. Sus primeros entusiasmos republicanos se habían enfriado. […]; decía que estaba por encima de las luchas políticas y no quería tomar partido por uno o por otros. […]. Llegado el 16 de febrero [III Elecciones Generales, 1936] se mantuvo lo que ella consideraba «neutral» y no votó. […]. La política se había convertido en una cuestión vital en España y era imposible mantener el mismo grado de amistad con una persona, por mucho que se la quisiera, que no compartiese las mismas convicciones, los mismos entusiasmos, las mismas esperanzas. Aunque exteriormente se conservase igual, mi profunda amistad con Zenobia empezó a enfriarse.[35]

[33] Emilia Cortés Ibáñez, "Introducción", en Zenobia Camprubí, *Epistolario III*, *op. cit.*, pp. XIX-XLVII [XX].

[34] Zenobia Camprubí, *Diario 1. Cuba (1937-1939)*, *op. cit.*, p. 111.

[35] Constancia de la Mora, *Doble esplendor*, Madrid, Gadir Editorial, 2005, 2ª ed., p. 268.

Esta amistad se enfría mientras que la existente entre Constancia e Inés Muñoz cogió fuerza: "Por si fuera poco lo que ella [Inés Muñoz] ya se había buscado, la presencia de Connie le ha dado el último empujón. Rusia se le ha convertido en el Dios que no puede hacer mal. Hay gente que no aprende nunca".[36]

Cuando los Jiménez salieron de España, Zenobia encargó a Constancia que velase por sus niños que habían quedado al cuidado de su prima, Josefina Camprubí, su marido, y de su sirvienta Luisa Andrés, y envió dinero para los niños desde EE.UU. Zenobia se lamentaba de la falta de noticias de Constancia sobre este tema y le escribía:

> Hoy te escribo como un escape de mi angustia de no poderme ir inmediatamente a compartir el pan con cuantos vascos alcanzara. Esta llamada de Aguirre a los Gobiernos de Inglaterra[37] y Francia para que acojan a trescientas mil mujeres y niños, no debía haber un español en el mundo que no se sintiera transido por ella, como si fuera una espada de remordimiento, si no acude. El árbol secular y los fueros destruidos para mí son como un mazo en lo más íntimo. Como tú sentiste ya la llamada de la humanidad de otra manera, tal vez estos sentimientos míos te parezcan bufos. Cada uno es como es y a cada uno se le llega al corazón de un modo distinto. Yo sé que el mío está como no ha estado en la vida a un llamamiento general impersonal.[38]

Más adelante, cuando Constancia fue a EE.UU., en 1939, Zenobia escribía:

> Sigo sin haber visto a Connie [de la Mora] y ahora te digo "ni ganas", porque me parecería ver a un santón, según está de fanática, y me siento lo bastante americana para que me moleste que venga gente de fuera a perturbar un sistema que ya lo quisieran poder disfrutar en paz *ellos*. Y, después de lo que han hecho en España y el resultado que les ha dado, todavía quieren venir a meter su desorden aquí, en un país que los acoge y les da oportunidades de vida como ningún otro.[39]

[36] Zenobia Camprubí y Olga Bauer, *op. cit.*, pp. 135-136.

[37] El 20 de mayo de 1937 Inglaterra acogerá a 4.000 niños vascos, acto impulsado por el *National Joint Committee for Spanish Relief*. Queda recogido en detalle en Zenobia Camprubí, *Epistolario III, op. cit.*, pp. 38-39, nota 91.

[38] Zenobia Camprubí, *Epistolario III, op. cit.*, pp. 30-31.

[39] Zenobia Camprubí y Olga Bauer, *op. cit.*, p. 137.

Zenobia y Constancia no volvieron a verse. Hidalgo de Cisneros salió de España el 6 de marzo de 1939 y en diciembre el matrimonio estaba en México. Dos años más tarde, en 1941, se separarán.

En la correspondencia con España está incluida la de Carmen Conde, continuación de la que mantenían antes de la contienda. Conde ya había publicado en *Ley* y en *Obra en marcha* en 1927 y 1928; conoció a Juan Ramón el 30 de noviembre de 1929.[40] El 30 de octubre de 1937, desde La Habana, Zenobia le escribía una carta de agradecimiento por el texto "Fecundaciones líricas extra ibéricas" que, sobre Juan Ramón, Carmen había leído en Radio Murcia el 21 de septiembre de 1937:

> Yo no sé cómo decirle la emoción que he sentido al leer lo que usted dijo. Lo leía yo en voz alta a J.R. y, al llegar a lo que usted dijo de él, me interrumpía: "No, esto es demasiado, demasiado". Y al final me decía: "Me llena de remordimiento, yo no me debía de haber ido". Esto me lo dice constantemente y yo estoy segura de que, si no hubiera sido por mí, no lo hubiese hecho nunca. Él lo hizo por mí y yo, que no estoy en posesión del don de los dioses sino del pedestre sentido común, no lo siento nada y sé que hice lo que debía.[41]

A continuación, le habló de la salida de España de ella y del poeta:

> Cuando estalló el Movimiento, J.R. tenía en el Gobierno tres ministros conocidos, los llamó a los tres, uno por uno, y dejó su nombre porque quería pedirles que lo utilizaran en cualquier cosa en que pudiera servir. No sé si ellos creyeron que les llamaba para pedirles algo para él o, sencillamente, que todo el mundo andaba loco, el caso es que ninguno contestó. Por la mujer de Hidalgo de Cisneros averiguamos que para la Cruz Roja no éramos aceptables porque ni J.R. es médico ni yo enfermera. […].
>
> Pero ¿usted cree que el poeta sirve para un puesto diplomático importante? Yo no y él, tampoco. Los dos creemos que, libres, podemos hacer mucho más y yo no creo que J.R. pueda servir a su querida España, con la que sueña y dialoga dormido, de ninguna manera mejor que con su vocación de toda la vida. Que esto lo comprenda yo es lo más natural pero que usted lo diga valientemente, en el momento de pasión y dolor, no se lo agradeceremos nunca bastante.[42]

[40] Antonio Campoamor González, *Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí. Años españoles (1881-1936)*, Sevilla, UNIA, 2014, p. 785.

[41] Zenobia Camprubí, *Epistolario III, op. cit.*, p. 66.

[42] *Ibídem*, pp. 66-67.

Más adelante, el 7 de agosto de 1956, Zenobia escribía a su sobrino Francisco Hernández-Pinzón: "Carmen Conde (que quiere, a todo trance, que J.R. le meta al marido [Antonio Oliver] en la U[niversidad] P[uerto] R[ico] sin darse cuenta de que yo estoy en vísperas de una operación, que el rector anda por la América del Sur y que J.R. no tiene cabeza para nada)".[43] No es extraño que Carmen hiciera esta petición porque Juan Ramón consiguió puestos de trabajo para muchos intelectuales. Esta fue la última carta que le escribió Zenobia. Es de suponer que, por la fecha, no hubiese otra posterior.

Una de las corresponsales de Zenobia, también en el exilio, fue Pilar de Zubiaurre, amiga desde la juventud; amigos también sus hermanos pintores, Valentín y Ramón. Zenobia y Pilar fueron cofundadoras del Lyceum Club. Pilar fue la esposa de Ricardo Gutiérrez Abascal -casados en 1922-, famoso crítico de arte, conocido por el seudónimo Juan de la Encina, que en 1931 fue nombrado director del Museo de Arte Moderno de Madrid. Se exiliaron en México. Antes de que esto ocurriese, cuando Pilar aún estaba en España, Zenobia, por medio de Susan Huntington, supo que se encontraba en Valencia en la Casa de Cultura, con el Gobierno central. Le escribió y le contó su salida de España y todo lo que había hecho a favor de los niños desde que salió.

Zenobia y Pilar se encontraron en Nueva York en octubre de 1938, cuando la segunda iba camino de México con su marido y su hijo. Pasaron una semana en esta ciudad y Zenobia la acompañó a visitar la colección Frick, el Metropolitan Museum y The Cloisters, además de reunirse a comer con amigos comunes, como José Weissberger e Irene Lewisohn. Tras tres días en tren desde Nueva York, los Gutiérrez Abascal llegaron a México el 20 de octubre de 1938. La correspondencia entre estas viejas amigas es entrañable:

> No sabes la pena que tuve de verte tan poquísimo cuando estuviste aquí y sin calma ni apartamiento para poderte preguntar todas las cosas *importantes* que quería preguntarte. […]. Pilar, hija, qué gusto ver a Leopoldo hecho un hombre y tan simpático. Y veros a los tres por fin un poco tranquilos.[44]

Zenobia le daba noticias de amigas y conocidos comunes con los que se encuentra en Nueva York, la ponía al día de lo que les acontecía y, siempre, en el fondo, el sufrimiento: "El día antes de recibir la tuya recibí una de Olga [Bauer] del 25 de febrero que termina diciendo: ´no

[43] Zenobia Camprubí, *Epistolario IV. 1951-1956* [en prensa].

[44] Zenobia Camprubí, *Epistolario III, op. cit.,* p. 119.

hay más que tristezas por todas partes y el mundo es demasiado cruel para poder soportarlo mucho tiempo'".[45] Le contaba el discurrir de su vida, de su enfermedad y su deseo de viajar a España, a lo que Juan Ramón se negaba en todo momento. Deseo que Pilar, por su parte, cumplió en 1956. Esta es una correspondencia de dos excelentes amigas, amigas de toda la vida, con una sensibilidad muy próxima, recogida en una veintena de cartas.

También amiga de la juventud, y después exiliada en Oxford, fue Natalia Cossío, acompañada por su marido Alberto Jiménez Fraud. Los cuatro eran amigos desde antes de ser novios: Jiménez Fraud estaba al tanto de las citas amorosas de la pareja y del mal de amores de Juan Ramón. La correspondencia entre Zenobia y Natalia es muestra de una relación entrañable; como en cartas a otros corresponsales, Zenobia evoca tiempos pasados, felices, en contraste con el ahora en que redacta las cartas:

> Me ha hecho mucha gracia tu descripción de la primera vez que nos vimos. Tú eras una chica santa apenas llegada a la adolescencia y me acuerdo que el artillero que estaba tomando el té en casa decía entusiasmado: "¡Cómo me ha gustado esa chica tan ingenua y [¿buenaza?]".[46]
>
> Yo acababa de llegar a Madrid y era bastante joven todavía. Me habían ofrecido un Greco y tenía comprador y como verdadera «inocente» ¡fui a pedir el consejo de tu padre! […]. Tu padre me escuchó con gran atención y cuando terminé fue por su libro y lo abrió por donde estaba reproducido el cuadro y me dijo que no sólo era bueno, sino uno de los mejores y que lo único que tenía que decirme en contra era que era un mal para España despojarla de sus tesoros. Me desinflé como un globo de un alfilerazo. Me fui a casa recapacitando sobre este nuevo (para mí) punto de vista y nunca jamás en mi vida vendí nada que creyera institucionalmente valioso.[47]

Era inevitable que las dos amigas evocaran el pasado. Natalia viajó a España en 1954, por asuntos familiares, y le contó a Zenobia sus impresiones, el ayer y el hoy de lo que ve:

[45] *Ibídem,* p. 290.

[46] Alberto Jiménez Fraud, *Epistolario II. 1936-1952*, J. Valender, J. García-Velasco, T. Aguilar-Álvarez Bay y T. Arroyo (eds.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2017, p. 531.

[47] Alberto Jiménez Fraud, *Epistolario III. 1952-1964*, *op. cit.*, p. 188.

> No sé si sabes que estuve tres meses en España el año pasado. Me sentó malísimamente. La tensión arterial me subió y no acaba de bajar. Todo, todo repulsivo. J.R. no podría aguantarlo. Pobretería y locura, como titulaba aquellos artículos Pepe Moreno.[48] Todas las señoras -como dice Anita, la mujer de Lafora- embalenciagadas… Las arañas cuelgan de todos los techos… y las cucarachas aparecen en todas las cocinas… Tu Castellana y la mía han desaparecido. En tu calle de Lista se sientan al sol todas las niñeras y mamás que no pueden tenerlas… en sillitas de tijera y mirando a la pared de las casas de Acebal y demás amigos que vivíais por allí. Como en Alcorcón. Y aquellas calles tenían un tono… Pero, claro, los grandes hoteles le abruman a uno por todas partes y falta electricidad tres días a la semana.[49]

Como se lee, Natalia no evitaba mostrarse crítica con la situación en España:

> Nosotros no vemos el *Abc*, pero nos informan de viva voz los que a veces nos visitan. Otras veces son cartas, y alguien nos escribe que pronto se escribirá allí una *Historia de España para guardias civiles* y una *Literatura para patronas de casa de huéspedes*…
>
> Qué pena, qué pena que no estemos todos donde debíamos estar… ¡Tan agradable como estaba aquella Colina de los Chopos![50]

Teresa Manteca, esposa de Enrique Díez Canedo es otra de sus corresponsales. La amistad entre Juan Ramón y el poeta, traductor, crítico literario y diplomático Díez Canedo y Teresa arranca desde los primeros años del siglo; después llegó Zenobia, la amistad entre ambas, el Lyceum Club… Díez Canedo fue embajador en Argentina en 1936-1937, regresó a España y con su familia inició el exilio en México en 1938. Zenobia comparte con Teresa la amargura de la guerra:

> Teresa, ¡qué horrible es todo esto! Que tenga que sufrir tanta gente inocente. Que la brutalidad y la barbarie anden rampantes destrozando todo lo nuevo y lo hermoso. Ninguna guerra ha podido ser peor que esta. Todo el mundo sospecha y se asusta del

[48] José Moreno Villa, *Pobretería y locura*, México, Leyenda, 1945. Recopilación de artículos de Moreno Villa, publicados en *El Sol* de Madrid en los años inmediatamente anteriores a la Guerra Civil.

[49] Alberto Jiménez Fraud, *Epistolario III*, *op. cit.*, p. 170.

[50] *Ibídem* p. 194.

> vecino. Yo no tenía un momento de alegría más que con el cariño de mis niños, […].[51]

Se encontraron en Nueva York, al poco de salir Teresa de España:

> ¿Te acuerdas de nuestro paseo en los altos del autobús que nos llevó a "The Cloisters", aquella magnífica y soleada mañana de Nueva York a poco de llegar de España? No se me olvida nunca y tu alegría de todo a pesar de tus penas e inquietudes, que entonces eran tan grandes.[52]

A Teresa le comentó el motivo de dejar Miami e instalarse en Washington: "Sí, Teresa, arrancamos al fin porque nos agobiaba la soledad y el alejamiento de todo y todos, a pesar del cielo y el mar tan gloriosos que nos volverán a atraer a pasar temporadas […]".[53]

Cuando en 1944 murió Díez Canedo, Zenobia estaba ahí con sus condolencias. La relación entre los Jiménez y los Díez Canedo siempre fue excelente, también los unió el trabajo, y la correspondencia entre ellas giró en muchas ocasiones en torno a la obra de Juan Ramón. El 4 de agosto de 1943 Teresa escribía a Zenobia: "Tú no sabes Zenobia querida la estela que deja el nombre de Juan Ramón por todos sitios. Que muchos años disfrutéis juntos de esto".[54] El grado de amistad de los dos matrimonios queda plasmado ante el siguiente comentario: "No puedo dejar salir esta carta sin decirte que J.R., que os conoció mucho antes que yo, en cuanto le leí lo de tu música, saltó con: 'Claro, ¿cómo no voy a saber si fue a través de su música que E[nrique] D[íez]-C[anedo] se enamoró de ella?'".[55]

También tuvo amistad con Manuela Mota y Alfonso Reyes, narrador, ensayista, traductor, poeta y diplomático mexicano. La amistad entre los dos matrimonios arrancaba de la época en que los mexicanos vivieron en Madrid, de 1914 a 1924, años muy productivos para el diplomático. Después de salir de España, se encontraron en La Habana y Alfonso los visitó en Washington en 1943. A Zenobia le satisfacía conseguir puestos de trabajo para los amigos y así lo hizo también con

[51] Zenobia Camprubí, *Epistolario III, op. cit.*, p. 13.

[52] *Ibídem,* pp. 386-387.

[53] *Ibídem,* p. 386.

[54] Enrique Díez Canedo, *Juan Ramón Jiménez en su obra*, México, El Colegio de México, 1944, p. 77.

[55] Carta de Zenobia a Teresa, 23 de marzo de 1954 (Zenobia Camprubí, *Epistolario IV. 1951-1956* [en prensa]).

Reyes. En la Navidad de 1946, Zenobia fue feliz porque pudo disfrutar en Washington de la visita de los Reyes y de Teresa Díez Canedo, todos muy queridos por ella. La mayoría de las cartas de Zenobia están dirigidas a Manuela y a Alfonso y hacen referencia a temas literarios y a recados de Juan Ramón. También hay alguna de índole más doméstica que solo dirige a Manuela, en la que le hace algún encargo o le cuenta los buenos momentos de trabajo y las etapas difíciles de salud por las que atraviesa el poeta: "[…] sigue bebiendo de seis a siete vasos de leche al día y chupando uvas todo el día. De vez en cuando se olvida y se toma el huevo y la media libra de carne molida, que antes tomaba dos veces al día. Su correspondencia lo serena y siempre me dice lo que hay que contestar".[56] También le daba alguna noticia que la hace feliz como la concesión, por parte de la Universidad de Puerto Rico, de lo que será la Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez y algún deseo incumplido como su ansiado viaje a España.

En 1942, los Jiménez decidieron instalarse en Washington donde había una gran escasez de vivienda. Aquí vivía Gustavo Durán con su familia, conocido de los Jiménez desde la época de la Residencia de Estudiantes. Durán, figura polifacética de especial personalidad, fue compositor, escritor, militar, espía, diplomático y funcionario de las Naciones Unidas. Estaba casado -4 diciembre 1939- con la norteamericana Bonté Romilly Crompton y, al irse de vacaciones a New Hampshire, ante la escasez de viviendas, cedieron su piso de Dorchester House a los Jiménez durante tres semanas. Era septiembre y Zenobia y el poeta lo abandonaron en octubre. Zenobia les escribía: "Acabamos de despertar por primera vez en su piso y queremos darles los buenos días después de pasar una noche excelente". Zenobia llamaba a Bonté "bella desconocida" porque no la conocían todavía y Teresa de Díez Canedo le escribía a Zenobia sobre ella: "la señora de Durán es un encanto, qué suerte tuvo ese hombre y cuánto me alegra su dicha".

En el mes de noviembre, Durán, implicado en labores de inteligencia contra nazis, fascistas y falangistas, se trasladó a La Habana y les cedió su apartamento 416, del 4º piso de Dorchester, de manera indefinida. Este fue el hogar de Zenobia y Juan Ramón hasta que se instalaron en Riverdale en 1947. Así se establece una relación epistolar entre las dos familias, de la que, como en la mayoría de las ocasiones, se encargaba Zenobia; se cruzaron cartas en las que se trataba la colaboración del poeta y el músico en un programa de radio que preparaba Juan Ramón.

[56] Carta de Zenobia a Manuela, 5 de diciembre de 1954 (Zenobia Camprubí, *Epistolario IV. 1951-1956* [en prensa]).

Después de Cuba, los Durán pasaron una temporada en Argentina y, a su regreso, de nuevo en Washington, vivieron muy cerca de los Jiménez con quienes se relacionaron.

Se concluye este ensayo con un tema amable, muy querido por los Jiménez: el tema de los niños. En 1948, Zenobia y el poeta viajaron a Argentina. Desde que vivieron en Miami, conocían la existencia de la Escuela Experimental Gabriel Carrasco, en Rosario, muestra de innovación educativa, escuela activa en la que se ensaya una "nueva educación" desde 1935, y en la que se daba gran importancia al niño; su alumnado iba de 7 a 12 años de edad. Su directora era Olga Cossettini. Los Jiménez tenían noticia de esta escuela a través de una de sus maestras, Leticia Cossettini -hermana de Olga-, que, con anterioridad, les había enviado dibujos de los niños con Platero como protagonista. Juan Ramón, el 9 de julio de 1948, desde Nueva York, escribió a Leticia: "Los dibujos y acuarelas decoran en sus marcos las paredes de nuestro departamento de Washington, y son el encanto de todos los que los ven".[57] A continuación, le manifestaba su deseo de visitar la escuela y conocerla. La visita se produjo el 25 de agosto, a las 2 de la tarde. Se presentó un ballet basado en *Platero y yo*, que preparó Leticia; hubo concierto de la orquesta de pájaros niños, dirigidos por Leticia, además de teatro de títeres. Los Jiménez quedaron encantados con la visita.

Zenobia mantuvo correspondencia con Leticia, aunque desgraciadamente solo se ha podido acceder a una de las cartas, la del 6 de marzo de 1951, en la que le cuenta la profunda depresión del poeta y su inminente marcha a Puerto Rico. La respuesta de Leticia, de abril de 1951, tenía un tono muy similar; para comprender lo que dice, se debe recordar que, en 1951, Argentina estaba viviendo el enfrentamiento entre peronistas y antiperonistas:

> Vivo en el "paraíso perdido" -sobre las ruinas de cuanto ayudé a construir a lo largo de la vida-. Aún sigo en la escuela, pero pienso que este año la dejaré. Siempre hice una labor de creación y no puedo someterme a la cuadrícula, y a la línea roja, y a la fila y a la marcialidad del [paso] -porque concibo la educación tal cual se concibe en las tierras "[fértiles]" y en los altos cielos y tengo la maravillosa obsesión de algunos locos.[58]

Y continuaba informando sobre Olga:

[57] Carta de Juan Ramón a Fernando Chaco, publicada en *La Capital*, 1948.

[58] Carta de Leticia a Zenobia, 28 de abril de 1951, Casa Museo Zenobia-Juan Ramón Jiménez.

> Olga que estuvo todo este tiempo en la vieja casona de mis padres, está aquí en Rosario desde hace pocos días. Gana su pan haciendo seguros de vida, mientras tanto llegue la hora de hacer otras cosas más acordes con su capacidad y su magnífico espíritu. Hemos debido dejar la casa de la escuela, arrinconar los muebles, y estamos en una pensión transitoria, aquí en Aledi. Las circunstancias nos han traído a la realidad sin casa […].

Y a Zenobia, en particular, le dijo: "A usted la hemos pensado especialmente con su serena calma y su valor y su alegría, de mirar cerca y de mirar lejos por todos y por todo".

Bibliografía

Campoamor González, Antonio, *Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí. Años españoles (1881-1936)*, Sevilla, UNIA, 2014.

Camprubí, Zenobia, *Diario 1. Cuba (1937-1939)*, Graciela Palau de Nemes (ed.), Madrid, Alianza Editorial-Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1991.

Camprubí, Zenobia, *Epistolario I. Cartas a Juan Guerrero Ruiz. 1917-1956*, Graciela Palau de Nemes y Emilia Cortés Ibáñez (eds.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006.

Camprubí, Zenobia, *Epistolario II. 1895-1936*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2020.

Camprubí, Zenobia, *Epistolario III. 1936-1951*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2022.

Camprubí, Zenobia, *Epistolario IV. 1951-1956*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes [en prensa].

Camprubí, Zenobia y Bauer, Olga, *Epistolario 1932-1956*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Huelva, Biblioteca de Estudios Juanramonianos, 2017.

Cortés Ibáñez, Emilia, "Introducción", en Camprubí, Zenobia y Bauer, Olga, *Epistolario 1932-1956*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Huelva, Universidad de Huelva, 2017, pp. 15-48.

Cortés Ibáñez, Emilia, "Introducción", en Camprubí, Zenobia, *Epistolario III. 1936-1951*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2022, pp. XIX-XLVII.

Díez Canedo, Enrique, *Juan Ramón Jiménez en su obra*, México, El Colegio de México, 1944.

Jiménez, Juan Ramón y Camprubí, Zenobia, *Monumento de amor. Epistolario y lira. Correspondencia 1913-1956*, María Jesús Domínguez Sío (ed.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2017.

Jiménez Fraud, Alberto, *Epistolario II. 1936-1952*, J. Valender, J. García-Velasco, T. Aguilar-Álvarez Bay y T. Arroyo (eds.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2017.

Jiménez Fraud, Alberto, *Epistolario III. 1952-1964*, J. Valender, J. García-Velasco, T. Aguilar-Álvarez Bay y T. Arroyo (eds.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2017.

Mora, Constancia de la, *Doble esplendor*, Madrid, Gadir Editorial, 2005.

Moreno Villa, José, *Pobretería y locura*, México, Leyenda, 1945.

La participación de Zenobia Camprubí en el ambiente cultural cubano. Su relación con el Lyceum Lawn Tennis Club de La Habana (1937-1939)

Alicia Alted Vigil
Roger González Martell
Universidad Nacional de Educación a Distancia

Situación sociopolítica de cuba en los años veinte y treinta del siglo xx

En mayo de 1925, Gerardo Machado tomó posesión de la presidencia de Cuba. Ya por entonces, el país se estaba recuperando de la crisis de los precios del azúcar de 1920, lo que le permitió ofrecer mejoras económicas. Durante su primer mandato se construyeron grandes obras públicas, entre ellas el Capitolio de la Habana, la Carretera Central que unía la isla de un extremo a otro, una nueva sede para la Universidad de la Habana o la construcción del Presidio Modelo en Isla de Pinos (hoy Isla de la Juventud). Además, su gobierno favoreció los intereses de la oligarquía nacional y propició la penetración de capitales norteamericanos. Sin embargo, si algo caracterizó su gobierno fue la implantación de una política represiva contra líderes sindicales, comunistas, campesinos y estudiantiles, que se puso de manifiesto con la disolución de sindicatos progresistas, la ilegalización del Partido Comunista creado en 1925 y de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), la clausura de la Universidad Popular José Martí y de la Universidad de La Habana y el asesinato del líder estudiantil comunista Julio Antonio Mella en enero de 1929 que se había tenido que exiliar a México, entre otros. Con el apoyo de la Policía Nacional y el Ejército crecieron los asesinatos por motivos políticos.

Para intentar perpetuarse en el poder, el presidente Machado propició, en 1928, una reforma constitucional que le permitiría continuar gobernando durante seis años más. Sin embargo, una errática política azucarera, el principal renglón económico del país y los efectos de la crisis económica mundial de 1929 acarrearon varias consecuencias inmediatas negativas como un brusco descenso de la producción y del precio del azúcar, una disminución de los salarios, un aumento del desempleo, etc. El agravamiento de la situación social y económica de gran parte de la población incrementó la oposición al régimen a través de huelgas, sabotajes, manifestaciones, etc. A la altura de 1933 solamente

apoyaban al gobierno el ejército, las fuerzas represivas y la banca norteamericana.

En julio de 1933 se inició una huelga en el sector del transporte que derivó en huelga general y forzó al presidente Machado a huir del país. Se abrió entonces un periodo de inestabilidad política lo que, unido a la difícil situación económica, provocó un gran desaliento en la población. Hay que tener en cuenta además que la crisis económica mundial de 1929 repercutió duramente en la economía cubana y en 1936-1937 hubo otra recesión que ahondó más los efectos de aquella crisis, pues las estructuras económicas que sostenían al país estaban estancadas y la población seguía creciendo. Todo esto traía aparejada una situación de desempleo, que, en el caso de los residentes extranjeros en general y españoles en particular, se vio agravada por la promulgación de la Ley de Nacionalización del Trabajo o Ley del 50% de octubre de 1933 en la que se fijaba un 50% de trabajadores cubanos en las distintas fuentes de empleo y se autorizaba la repatriación forzosa de los extranjeros que no tenían trabajo. La Universidad de la Habana, único centro de educación superior en esos años, también sufrió las consecuencias de esa inestabilidad con períodos de cierre.

El ambiente cultural y literario cubanos en las décadas de 1920 y 1930

En los ámbitos cultural y literario, en contrapartida a la situación económica y política, empezó a destacarse, desde finales de la década de 1920, un movimiento de renovación poética que aglutinó trayectorias diversas y en el que destacaron figuras como Nicolás Guillén, Regino Pedroso, Eugenio Florit, Patricio Ballagas, Manuel Navarro Luna, José Lezama Lima y otros. Junto a esto, la existencia de distintas revistas, entre ellas *Social*, *Carteles* o *Bohemia*, que servían de escenario para los debates de la época. No hay que olvidar tampoco la labor de distintas personalidades de la cultura cubana como Fernando Ortiz, José María Chacón y Calvo y Camila Henríquez Ureña, quienes trataban de animar la vida cultural e intelectual, además de auspiciar la creación de distintas instituciones culturales que desarrollaron una intensa labor. Intentaremos sintetizar algunos de esos logros.

Resulta importante señalar el Grupo Minorista, creado entre 1923 y 1924, llamado de esta forma por la calificación de "minoritarios" a los jóvenes artistas e intelectuales que lo componían. Estos buscaban captar las nuevas tendencias de vanguardia que llegaban de Europa, a la vez que procuraban reafirmar la identidad cubana. Entre sus integrantes figuraban el narrador Alejo Carpentier, el periodista espa-

ñol emigrado a Cuba Martín Casanovas, Juan Marinello, el caricaturista Conrado Massaguer, el periodista e historiador Emilio Roig de Leuhsenring, la poeta María Villar Buceta o la periodista Mariblanca Sabas, por citar sólo a algunos. En 1927 el grupo dio a conocer un manifiesto que constituyó una declaración de principios con interesantes propuestas artísticas y políticas.

En el periodo histórico que estamos abordando, una institución que jugó un importante papel de difusión cultural fue la Sociedad Pro Arte Musical creada en 1918 con el objetivo de conseguir que destacados músicos y artistas pudieran actuar en Cuba. Fue una organización privada, sostenida por mujeres de clase alta y amantes de la música clásica. Su primera directora fue Teresa García Montes de Giberga, que se mantuvo hasta su muerte en 1930. Además de los conciertos, a partir de 1923 y hasta 1961 tuvo como órgano de difusión la revista *Pro Arte Musical*. Esta institución sirvió de base o inspiración para la creación de otras no menos importantes como la Escuela de Ballet de Alicia Alonso, la Escuela Nacional de Guitarra o el Patronato de Teatro. Bajo el auspicio de Pro Arte Musical en 1928 se inauguró el Teatro Auditorium, sede del trabajo cultural de la institución. Igualmente, en su seno albergaba la biblioteca y la Orquesta Filarmónica de La Habana. La actividad de esta institución se extendió hasta 1967. A pesar de que fue creada por un grupo femenino de clase alta, el empeño por ofrecer espectáculos de calidad a precios populares jugó un papel importante en la difusión cultural.

En noviembre de 1926 en el seno de la Sociedad Económica de Amigos del País, y a iniciativa de su presidente Fernando Ortiz, se creó la Institución Hispanocubana de Cultura, siendo uno de sus objetivos, según sus Estatutos: "procurar el incremento de las relaciones intelectuales entre España y Cuba por medio del intercambio de sus hombres de ciencia, artistas y estudiantes, creación y sostenimiento de cátedras y realización de propaganda, con el fin exclusivo de intensificar y difundir la cultura que nos es propia."[1]

La difícil situación del país en esos años finales de la década de 1920 y de principios de 1930 hizo decaer la actividad de la institución. Hubo un intento de revitalizarla con la aparición de la revista *Surcos* en agosto de 1930, pero en diciembre de ese mismo año su presidente e impulsor Fernando Ortiz tuvo que abandonar el país y prácticamente las actividades cesaron. Tras su regreso después de la salida del poder de Gerardo Machado comenzó una segunda etapa. Apareció la revista *Ultra. Cultura Contemporánea*, se eligió una nueva Junta Directiva, se

[1] Bases de la fundación de la IHC, recogidas en: Carlos del Toro González, *Fernando Ortiz y la Hispanocubana de Cultura*, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 1996, p. 17.

adquirió un local propio y se convirtió en una institución "más abierta y pública, pues amplió la participación de la clase media cubana, y, especialmente, de profesionales, intelectuales y artistas nacionales, creadores o intérpretes en diversos campos de la cultura. No podemos aseverar que tuviese un carácter popular, aunque sus actividades perseguían ese objetivo final".[2]

La Hispanocubana de Cultura no fue ajena a la participación femenina y como muestra de ello, en el año de su fundación organizó una Comisión Asesora Femenina, además algunas mujeres impartieron conferencias, como la española María Zambrano, la dominicana Camila Henríquez Ureña o la poetisa chilena Gabriela Mistral. Otras formaron parte de la directiva de la institución. Por ejemplo, en 1930-1931 ocupaban el cargo como vocales Pilar Morlón, Hortensia Lamar y Renée Méndez Capote. En su segunda etapa, a partir de 1936, la participación femenina fue más activa llegando a ocupar dos de las cuatro vicepresidencias que tenía.

El movimiento feminista cubano

Cuba no se mantuvo al margen del desarrollo del movimiento feminista en las primeras décadas del siglo XX. En 1912 se había creado el Partido Nacional Feminista encabezado por Amalia Mallén de Ostolaza que reivindicaba la obtención del voto femenino entre otros temas. Un año después, en 1913, surgió el Partido de las Sufragistas Cubanas, y ambos se fusionaron en 1914 para formar el Partido Nacional Sufragista. Gracias al empuje del movimiento feminista, en 1917 se aprobó la Ley de Patria Potestad por la cual la mujer no perdía la patria potestad sobre los hijos de un matrimonio anterior y en julio de 1918 se promulgó la Ley del Divorcio.

En ese mismo año de 1918 se fundó el Club Femenino de Cuba, un grupo heterogéneo formado por periodistas, maestras, intelectuales, etc. que desarrollaron una interesante labor en favor de los derechos de las mujeres. Entre sus actividades destacan la creación de escuelas nocturnas para obreras, la formación de niñeras, la lucha contra la mendicidad infantil y contra la prostitución, etc. También lucharon para la creación de la cárcel de mujeres de Guanabacoa, que mencionaremos más adelante, y realizaron labores de reeducación de las reclusas ofreciendo cursos de instrucción y de costura, entre otros.

[2] *Ibídem*, p. 38.

A iniciativa de esta organización, en 1921 se constituyó la Federación Nacional de Asociaciones Femeninas de Cuba con el objetivo de fomentar la unidad entre las distintas asociaciones femeninas que existían, como la Asociación de Católicas Cubanas, el Congreso Nacional de Madres, la Asociación Nacional de Enfermeras y el Comité de la Creche Habana Nueva. La Federación impulsó la organización de dos congresos femeninos, uno celebrado en 1923, primer acontecimiento de este tipo en Hispanoamérica, y el otro en 1925. Las mujeres asistentes a ambos presentaban una procedencia y formación muy plural y debatieron sobre aspectos importantes de las reivindicaciones femeninas, entre ellos el sufragio femenino.

En 1928 se celebró en La Habana la Sexta Conferencia Panamericana con la presencia de presidentes latinoamericanos. A pesar de que no estaba prevista la participación de delegadas a la cita, las protestas y campañas desarrolladas por mujeres de distintos países consiguieron que fueran escuchadas en una sesión plenaria. Como resultado se creó una Comisión Interamericana de Mujeres que significó un paso adelante en el reconocimiento de sus derechos, entre ellos el derecho al voto femenino. Hasta esos momentos, sólo Estados Unidos y Canadá tenían reconocido ese derecho. Poco después, se creó el Comité de Acción Cívica, dependiente de la Federación Nacional de Organizaciones Femeninas que hemos mencionado y, a este comité se sumó Elena Mederos, una de las fundadoras del Lyceum.

Este activismo feminista llevó a que, tras abandonar Machado el poder y durante el llamado Gobierno de los Cien Días, se aprobara un decreto, en febrero de 1934, por el que se otorgaba a las mujeres cubanas el derecho al voto, con lo cual se logró el establecimiento del sufragio femenino sin restricciones, una reivindicación por la que las mujeres cubanas llevaban muchos años luchando.

El exilio de la guerra civil española en cuba. El matrimonio Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí en la isla

En el clima de inestabilidad política y de crisis económica y social al que ya aludimos, la Guerra Civil española significó un detonante, no sólo por lo que representó en sí en momentos de auge del fascismo internacional, sino también por la influencia y aliento de los españoles llegados a Cuba como consecuencia del conflicto. La población cubana y gran parte de la colonia española en la Isla mostraron su solidaridad y simpatía hacia la causa republicana y posteriormente hacia los exiliados que llegaron a Cuba, sin embargo, esta realidad se vio contrastada

con la actitud oficial de los gobiernos de turno que tomaron medidas dirigidas a limitar las acciones de apoyo a la causa española.

A pesar del interés y ayuda por parte de instituciones culturales e intelectuales cubanos hacia los republicanos que arribaban, esto no significó para ellos una fuente de trabajo estable y además tenían que hacer frente a numerosas dificultades para el ejercicio profesional, lo que hizo que muchos utilizaran la Isla como lugar de tránsito y después continuaran hacia otros países en busca de mejores condiciones para establecerse. No obstante, una pequeña parte de los exiliados decidió quedarse, orientándose hacia la labor periodística y docente en escuelas privadas y, en la medida de las posibilidades, vinculados a instituciones culturales y académicas como la Institución Hispanocubana de Cultura, la Escuela Libre de la Habana, creada con el concurso de los propios exiliados, la Escuela de Verano de la Universidad de la Habana, el Lyceum y otras que les ofrecían la posibilidad de impartir cursos y conferencias.

Entre los españoles que llegaron a Cuba en los primeros meses de la guerra se encuentra el matrimonio Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí. Su salida de España se produjo en agosto de 1936. Se dirigieron primero a Estados Unidos. En Nueva York y Washington se relacionaron con círculos intelectuales interesados por la situación en España. En ambas ciudades el matrimonio participó en campañas de recaudación de fondos para ayudar a los niños españoles que era la gran preocupación de Zenobia. Pasaron después a Puerto Rico, país muy querido para ella por sus afinidades familiares, en donde debían cumplir unos encargos que le habían hecho a Juan Ramón relativos a la preparación de una antología de poesía destinada a las escuelas puertorriqueñas.

Desde aquí fueron a Cuba invitados por la Institución Hispanocubana de Cultura y además para sacar adelante la edición de esa antología de poesía y de otra de Tagore que había traducido Zenobia, dado que en esos momentos la Isla tenía una industria editorial que gozaba de un buen nivel de calidad. Llegaron el 1 de diciembre de 1936.

A pesar de que se les proporcionó una cálida acogida por parte de los intelectuales, escritores y artistas cubanos, Zenobia nunca acabó de sentirse a gusto. Tenía la vista puesta en Estados Unidos y Cuba fue para ella un lugar de paso. En su *Diario* habla de "aburrimiento" en relación con el país. Le gustaba el paisaje, los colores, la luz, pero no se adaptaba al ambiente, al clima: "El país es bello en un sentido pagano, pero le falta grandeza y diversidad y no ofrece lo suficiente para querer quedarse uno aquí [donde] no se puede hacer nada permanente sin de-

terioro y no podemos sobreponernos a la influencia del clima sin sufrir físicamente" (26 de enero de 1938).[3]

Se alojaron en el Hotel Vedado y tuvieron que hacer frente a continuas estrecheces económicas. Zenobia estaba marcada por su procedencia familiar, burguesía culta y con medios económicos, y se sentía dentro de una elite cultural en donde la mujer sin perder su feminidad y sus rasgos más tradicionales podía a la vez cultivar su intelecto y desarrollar un cierto sentido de independencia. Por ello, no quería vivir de las rentas familiares. Había sido siempre una mujer independiente y emprendedora, en Madrid había llevado junto con Inés Muñoz como socia una empresa de exportación de artesanía española (Arte Popular español) y había desarrollado una intensa actividad social y cultural y como traductora, además del apoyo a Juan Ramón.

En los días cubanos del matrimonio revistieron una importancia fundamental las relaciones en forma de redes que establecieron con otros intelectuales, hombres y mujeres, cubanos y españoles, que les ayudaron tanto desde el punto de vista de su supervivencia económica como para insertarse en el ambiente cultural y literario de la Isla, donde ejercieron una gran influencia.

Mantuvieron una especial relación con dos matrimonios españoles, tal y como se refleja en el *Diario* de Zenobia. En él menciona que iban a escuchar música en la casa del matrimonio de emigrados españoles Antonio Quevedo y María Muñoz radicados en Cuba desde 1919. El arquitecto Antonio Quevedo Sánchez abandonó su profesión al llegar a la Isla para dedicarse a impulsar la actividad musical y artística junto con su esposa María Muñoz Portal, que era una destacada pedagoga musical que impartía cursos y conferencias en diferentes instituciones. En 1922 fundó el Conservatorio Bach, y en 1928, junto a su esposo, la revista *Musicalia,* de especial relevancia en el campo de la difusión musical. Fue fundadora y promotora del movimiento coral en Cuba, con la creación en 1932 de la Sociedad Coral de la Habana. También fue una activa colaboradora en las actividades del Lyceum y Pro- Arte Musical.[4] En varios pasajes de su *Diario,* Zenobia evoca alguna de esas visitas en casa del matrimonio Quevedo o bien la asistencia a actividades a las que la invitaba María Muñoz. Así, por ejemplo, el 29 de junio de 1937 anotaba, haciendo a la vez referencia al difícil carácter de Juan Ramón:

[3] Zenobia Camprubí, *Diario I. Cuba (1937-1939),* Traducción, introducción y notas de Graciela Palau Nemes, Madrid/Puerto Rico, Alianza Editorial / Universidad de Puerto Rico,1991, p. 153.

[4] Miguel Iturria, "María Muñoz, de Musicalia a la Coral de La Habana", en *Españoles en la cultura cubana,* Sevilla, Renacimiento, 2004, pp. 91-98.

> … por la noche fui con J. R. a casa de los Quevedo, donde oímos un concierto de Beethoven por Schnabel y otro de Chopin por Cortot. A J. R. le dio el ataque nervioso porque no le gustó uno de los invitados y dos de ellos fumaban. Haber nacido con la disposición de J. R. es un terrible impedimento en la vida. Por siempre inadaptado a lo que le rodea, encuentra solamente alivio parcial en el aislamiento.[5]

También hay que destacar la amistad de Juan Ramón y Zenobia con el matrimonio de exiliados Luis Amado Blanco e Isabel Fernández. Luis Amado Blanco, de profesión odontólogo, se había adentrado en la poesía en su Avilés natal desde muy joven y tuvo a Juan Ramón como guía, maestro y revelación poética. En 1928 publicó en Madrid el poemario *Norte* y se lo envió a Juan Ramón, aunque no llegaron a conocerse personalmente. En La Habana ambos coincidieron y se hicieron buenos amigos. En el *Diario* de Zenobia hay frecuentes alusiones a los encuentros entre ambos matrimonios. Luis Amado Blanco dedicó varios artículos periodísticos y conferencias a Juan Ramón. Por su parte, Isabel Fernández de Amado Blanco había nacido en Asturias en 1910. Su familia había "hecho las Américas" pues tenían propiedades en Cuba. En julio de 1936, el matrimonio se había traslado desde Madrid, donde residían, a Avilés, para asistir a una boda familiar. Allí les sorprendió la guerra y decidieron partir hacia Cuba en octubre de 1936, lugar que se convirtió en una segunda patria.

Isabel tomó parte activa en la vida teatral cubana. Fue presidenta durante seis años de la comisión de montaje del Patronato del Teatro. Con Cuqui Ponce de León escribió y dirigió varias obras y en la temporada teatral 1946–1947 obtuvo el premio "Talia", por la dirección de la obra "El loco del año", original de Rafael Suárez Solís; hizo además la traducción de varias piezas teatrales representadas por el Patronato de Teatro. Formó parte del claustro de profesores de la Academia Municipal de Artes Dramáticas desde 1947 a 1950, ocupando la cátedra de Historia del traje en el teatro. Posteriormente se vinculó a la recién estrenada televisión, escribiendo pequeñas piezas dramáticas en un programa que duró dos años, y luego pasó a trabajar como coordinadora de modas en la tienda "Fin de Siglo" hasta el triunfo de la Revolución en 1959.

De 1962 a 1975 acompañó a su esposo, Luis Amado Blanco en sus funciones de embajador de Cuba en el Vaticano, sin perder nunca sus contactos y colaboraciones con publicaciones cubanas. Después de la

[5] Zenobia Camprubí, *Diario I. Cuba (1937-1939)*, *op. cit.*, pp. 59-60.

muerte de Amado Blanco en 1975, regresó a La Habana y trabajó varios años como profesora de protocolo en el Instituto Superior de Relaciones Internacionales "Raúl Roa". Fue además fundadora y coordinadora de modas de La Maison hasta su jubilación en 1989 casi con 80 años. Murió en La Habana el 5 de marzo de 1999.[6] Entre las varias menciones que anota Zenobia en su *Diario*, a modo de ejemplo podemos señalar la del miércoles 1 de septiembre de 1937:

> Anoche fuimos en coche hasta la Víbora para visitar a los jóvenes Blanco en su nuevo hogar. Se veía tan ordenado, tranquilo y acogedor. Pero ellos no parecían estar tranquilos. Ella me explicó que estaba terriblemente deprimida porque sus padres vivían en Asturias y acababan apenas de lograr que les dieran permiso para salir. Él se llevó a J.R. a un lado y le dijo que por las noches lo seguían hasta la casa unos fascistas de Oviedo. No es una experiencia muy placentera, pues la calle está absolutamente oscura y desierta. Además, él tampoco gana lo suficiente para mantener a su familia y la cantidad que tenían aquí está disminuyendo rápidamente. Con razón no se ven contentos, aunque estén entregados el uno al otro.[7]

O esta otra del 4 de diciembre: "Por la tarde, A[mado] B[lanco] y su esposa vinieron a tomar el té. Nos contaron del ataque a I[zquierda] R[epublicana] por la policía disfrazados de gánsters."[8]

Nos parece interesante destacar una última anotación de 10 de enero de 1939: "Después de cenar fuimos a casa de Luis Amado Blanco a conocer a Castelao. La persona que más nos gustó fue el padre de Isabel, que nos dio la impresión de ser un hombre con la cabeza muy clara, que ha visto mucho mundo y tiene de él pensamientos muy sanos".[9] Existen más alusiones en el *Diario* de Zenobia en relación con el matrimonio Amado Blanco, pero sin duda estos ejemplos nos sirven para dar muestra de las intensas relaciones establecidas entre ellos.

[6] Esta información sobre Isabel, que merece un estudio biográfico en profundidad, procede del archivo privado de Luis Amado Blanco que pudimos consultar en La Habana, y que ahora, gracias a gestiones con la viuda de Germán Amado Blanco y el archivo de la Fundación Pablo Iglesias, se pudo trasladar a España y se conserva en esta institución. Por otra parte, en 2001 vio la luz el libro: *Juan Ramón Jiménez, Primero y último*, a cargo de la Fundación Juan Ramón Jiménez, en una edición muy cuidada de Antonio Ramírez, José Luis Gozálvez y Diego Ropero, que recoge textos y documentación gráfica del archivo de Luis Amado Blanco y refleja la relación que hubo entre ambos.

[7] Zenobia Camprubí, *Diario I. Cuba (1937-1939)*, *op. cit.*, p. 87

[8] *Ibídem*, p. 125.

[9] *Ibídem*, p. 331.

El lyceum lawn tennis club de la Habana y la colaboración de Zenobia Camprubí en esta institución

El perfil social y cultural de Zenobia era similar al de una gran parte de las mujeres que pertenecían al Lyceum de la Habana, al que nada más llegar a Cuba se vinculó. Esta institución había tenido su referente en el Lyceum Club Femenino de Madrid que se había fundado en 1926 siguiendo el ejemplo del primer Lyceum creado en Londres en 1904. Después fueron surgiendo en otros países. Se constituían como asociaciones de mujeres que tenían como objetivos la defensa de sus intereses, el apoyo a sus reivindicaciones, su promoción cultural y profesional, el desarrollo de actividades de asistencia social, y todo ello en el marco de un lugar que les facilitaba el encuentro, la reflexión y la puesta en marcha de actividades que contribuían a hacer realidad esos objetivos.

Tanto en España como en Cuba (al igual que en otros países) integraban el Lyceum mujeres que pertenecían a una elite socioeconómica elevada, con un alto nivel de educación, algunas eran universitarias, profesionales cualificadas y ostentaban cargos públicos, aunque este perfil en esos años no era el más frecuente. Todas tenían un gran interés por la cultura. Había escritoras, periodistas, pintoras, etc. Eran, en suma, mujeres progresistas, renovadoras, independientes en un mundo todavía muy patriarcal y masculino, pero en donde las aguas profundas habían empezado a removerse.

Zenobia había sido una de las fundadoras del Lyceum madrileño que cuando se creó contaba con 115 asociadas. Presidido por María de Maeztu, la secretaría fue ocupada por Zenobia, quien también fue presidenta del Comité Internacional que agrupaba a representantes de los diferentes Lyceums. Por esto, no nos puede extrañar que nada más llegar a la Isla se vinculara al cubano y fuera considerada miembro honorario.

Como se ha visto, alrededor de 1928 en Cuba el movimiento feminista mostraba su avance en la persecución de conquistas sociales y culturales a través de organizaciones femeninas y feministas e instituciones como Pro Arte Musical. En ese contexto, apareció el Lyceum de la Habana. Berta Arocena, una de sus impulsoras, evoca cómo surgió la idea de su creación:

> Y si era costumbre mía reunir a menudo allí [su casa en el Vedado] a mis íntimas, aquella tarde la reunión tenía una característica diferente. El día anterior, Renée Méndez Capote, de vuelta de un viaje a España, me habló por teléfono. La palabra apasionada de Renée – ¿por qué no en una frase histórica, si el Lyceum

> de la Habana es un femenino orgullo del Continente? - después de relatarme la actividad y proyección del Lyceum madrileño, elevando el tono, se me hizo, sin embargo, más persuasiva y sugerente: '¡Qué hermosa obra de mujeres, Berta! ¡Y qué ilusión la mía de que se funde en Cuba un club semejante! Y, ¿por qué no intentarlo?'....
>
> Dicho y hecho, a la hora estaba Renée conmigo, trayéndome el reglamento y algunas fotos del Lyceum de Madrid.[10]

La periodista y escritora Renée Méndez Capote fue una destacada intelectual cubana, nacida en una familia de clase alta, que entre 1933 y 1934 asumió la dirección de Bellas Artes en la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes y también dirigió la Sección de Cultura General en la Dirección de Cultura. Por su vinculación a la Sociedad Hispanocubana de Cultura como miembro de la Comisión Asesora Femenina y vocal de la primera Junta Ejecutiva, visitó España en 1928, donde conoció la existencia del Lyceum de Madrid.

Por su parte Berta Arocena fue una periodista que intervino en la fundación del Club Femenino de Cuba en 1918. Su esposo, el periodista Guillermo Martínez Márquez perteneció al Grupo Minorista. En el período de la Guerra Civil apoyó la Asociación de Auxilio al Niño del Pueblo Español y publicó en la revista *Bohemia* los artículos "Porque el niño español no pase frío"[11] y "Por el cielo de Sitges ha pasado un avión"[12], en relación con la labor de Rosa Pastora Leclerc al frente de la Casa-Escuela Pueblo de Cuba en esa población catalana, financiada por la sección cubana de la Asociación Auxilio al Niño de Pueblo Español.

Un aspecto muy importante en relación con el Lyceum tiene que ver con la difícil situación existente en Cuba en esos años. Se había cerrado temporalmente la Universidad de la Habana y otros centros docentes, por lo que la labor del Lyceum cobró mayor relevancia a través de sus cursos, conferencias y otras actividades de difusión cultural y de ayuda social. Por otra parte, las mujeres que lo impulsaron, además de las inquietudes culturales y sociales, tenían lazos de amistad o familiares con los jóvenes intelectuales de la *Revista de Avance* y con el grupo Minorista lo que conectaba a la institución con lo más avanzado de su época. El grupo inicial lo constituyeron 14 mujeres y la Junta General de Constitución tuvo lugar el 23 de diciembre de 1928. La institución

[10] Berta Arocena, *Los veinte años del Lyceum. Un reportaje en dos tiempos*, La Habana, Editorial Lex, 1949, p. 8.

[11] En *Bohemia,* La Habana, año 29 núm. 44, 31 de octubre de 1937, p. 25.

[12] En *Bohemia,* año 30, núm. 22, 29 de mayo de 1938, pp. 31 y 49.

fue inaugurada el 22 de febrero de 1929 en una casona en el Vedado que sería su sede. Tuvo como órgano de difusión la *Revista Lyceum* que, en su primera etapa de 1936 a 1939, estuvo codirigida por Camila Henríquez Ureña y Uldarica Mañas. Una segunda etapa de la revista abarcó desde 1939 hasta febrero de 1955 y durante tres años estuvo dirigida por Isabel Fernández de Amado Blanco.

Según sus primeros estatutos, el Lyceum era una "asociación femenina", aconfesional y apolítica, que se sustentaba en torno a dos grandes ejes. Por una parte, la organización y promoción de actividades culturales y educativas y, por la otra, su labor social y benéfica. Las actividades culturales eran de entrada libre al público, es decir no sólo se limitaban a sus miembros, y con una política abierta de invitar a los intelectuales extranjeros que visitaban o residían en la Isla como Juan Ramón Jiménez, María Zambrano, Luis Amado Blanco, el dramaturgo Alejandro Casona, el arquitecto Martín Domínguez, Gustavo Pittaluga, Claudio Sánchez Albornoz, Ángel Lázaro, Concha Méndez, entre otros, junto a destacados intelectuales cubanos que abordaban diversos temas literarios, históricos, sobre la mujer, educativos, médicos, etc. además de la organización de actos de propaganda, lecturas y comentarios de libros, recitales poéticos, conciertos y recitales musicales, exposiciones y actos de homenajes.

El otro eje importante que encausó la acción del Lyceum fue la intensa labor de asistencia social y benéfica encabezada por Elena Mederos que, a juicio de Berta Arocena, era "la máxima líder del Lyceum".[13] También el matrimonio de Hilario González y Elena Mederos tuvo mucha relación con Juan Ramón y Zenobia durante su estancia en Cuba. Elena Mederos fue la impulsora de la creación, en 1933, de la sección de Asistencia Social (muy diferente a la sección de Beneficencia constituida en 1930) y la que estuvo detrás de la puesta en marcha de la Escuela Nocturna Gratuita para Adultos y de la Escuela de Servicios Sociales adscrita a la Facultad de Educación de la Universidad de La Habana. Entre los logros conseguidos en al ámbito social hay que destacar las importantes mejoras introducidas en la Cárcel de Mujeres de Guanabacoa en relación con actividades educacionales, sanitarias y culturales. Junto a todo esto se puso en marcha una biblioteca que se transformó en pública en 1942 y circulante en 1946, primera en el país con este carácter. Contaba con un departamento juvenil e infantil y desarrolló una

[13] Berta Arocena, *op. cit*. en nota 7, p. 29. Para un conocimiento más en profundidad de esta institución remitimos a los trabajos de Whigman Montoya Deler recogidos en la bibliografía.

intensa labor de lecturas y comentarios de libros y de préstamo de estos y de otros materiales como láminas y revistas.

Ya vimos como Zenobia se había ido insertando en el mundo cultural y literario cubanos, junto a su marido, desde su llegada. No puede extrañar pues su presencia en el Lyceum que se manifestó a través de diferentes formas. Las referencias que aparecen en el *Diario* a esta institución pueden servirnos de hilo conductor. Una de las primeras lleva fecha de 8 de marzo de 1937 con motivo de una recepción que organizaron a Ramón Menéndez Pidal de visita en La Habana desde febrero de ese año invitado por la Institución Hispanocubana de Cultura, y a la que asistió "por los dos" (Juan Ramón y ella).[14]

El 22 de abril Juan Ramón impartió en el Lyceum su conferencia "Política Poética", que ya había pronunciado días antes en la Hispanocubana de Cultura. Zenobia acompañó a su marido en sus intervenciones y asistió a otras actividades, pero junto a esta recepción podemos decir "pasiva" de cultura, desarrolló otra colaboración más activa en la línea de lo que le gustaba hacer. Desde el principio ayudó en la biblioteca. Con fecha de 28 de abril anota: "[Lillian y Elena] me pidieron que escogiera el moblaje para la representación en el Auditorium en beneficio de la biblioteca pública del Lyceum".[15]

Según la *Memoria 1937-1939*,[16] para entonces la biblioteca contaba con 8 000 volúmenes, de los cuales la mitad los había cedido Max Henríquez Ureña. En este sentido escribe el 27 de mayo:

> Fui al Lyceum por la tarde esperando escuchar al grupo social discutir los problemas de Cuba, pero la única que se presentó fue Elena Mederos, y, después de hablar con ella un momento sobre legislación social en favor del trabajo de las mujeres, fui a su biblioteca a ayudar a M.[aría] V. [illar] B.[erceta], [poeta] a clasificar libros del préstamo de Max Henríquez Ureña. La mayoría de los que clasifiqué pertenecían a Pedro [H. U.], me encontré cuatro tomos editados por J. R. de la colección de la Residencia o la de Calleja.[17]

Otra de las actividades en la que tomó parte Zenobia fue como miembro del jurado de concursos. Por ejemplo, participó en el jurado

[14] Zenobia Camprubí, *Diario I. Cuba (1937-1939)*, *op. cit*., pp. 6-7.

[15] *Ibídem*, pp. 32-33.

[16] *Lyceum y Lawn Tennis Club. Memoria 1937–1939*, La Habana, Imprenta La Verónica, [s.a.], p. 36.

[17] Zenobia Camprubí, *Diario I. Cuba (1937-1939)*, *op. cit*., p. 47.

del Concurso de Autores Cubanos convocado para premiar la mejor biografía inédita, que resultó desierto porque sólo se presentaron dos y "eran malísimas" (15 de mayo).[18] También fue miembro del jurado, junto a Emilio Ballagas y Elena López, del concurso de cuentos escritos por niños. El premio se publicó en el número 5 de la *Revista Lyceum*. Zenobia también participó en algunos homenajes y conmemoraciones que organizaba el Lyceum. Por ejemplo, el 19 de mayo señala:

> Fui a la conferencia de Lasso [Lazo] sobre las imprentas en Hispanoamérica. El primer libro apareció en México en 1556. La exhibición en el Lyceum fue muy interesante, especialmente un libro impreso en La Habana en 1857. Los grabados a color son mucho mejores que cualquier cosa que se haga aquí ahora. Este libro está dedicado a las plantaciones en la Isla. Después de la conferencia caminé a casa con don Ramón, acordándonos de nuestra caminata desde San Rafael a Cercedilla en 1919.[19]

Este acto fue organizado con motivo del Día del libro, 19 de mayo, fecha de la muerte de José Martí, y junto a la conferencia pronunciada por Raimundo Lazo sobre "El libro en Hispano-América" se celebró una exposición de libros hispanoamericanos. Como parte de las actividades de asistencia social, se impartieron cursos de diverso carácter. Así, desde marzo hasta abril de 1937 se dio un curso de cocina a cargo de Carmen San Miguel, y otro en 1938 en siete lecciones por la profesora Emilia Nin. Zenobia asistió a algunas de estas clases, según anota en su *Diario*: "… asistí a la conferencia de dietética en el Lyceum" (martes 29 de junio).[20] "El Lyceum comenzó una segunda clase de cocina. Esta vez trata de la refrigeración. Claro que estoy asistiendo y deseando vivir en un pequeño apartamento para practicar" (7 de setiembre).[21]

También fue a otros cursos, en particular a uno de María Muñoz sobre Historia Estética de la Música que se desarrolló en ocho lecciones entre octubre y noviembre de 1937, y evoca en su diario:

> Pasé una buena tarde en el Lyceum, primero escuchando a Camila leer «Las aceitunas», de Lope de Rueda, y después oyendo la segunda clase de María Muñoz de Quevedo. Hoy le tocaba hablar de los lieder y nos dio preciosos ejemplos de Schubert («Gretchen am Spinnrade»), la «Canción del organillero», etc., el

[18] *Ibídem*, p. 40.

[19] *Ibídem*, pp. 42-43.

[20] *Ibídem*, p. 65.

[21] *Ibídem*, p. 91.

> «Lorelei» de Schumann; el «Hopak» de Moussorgsky; las «Canciones de Bilitis» de Debussy (22 de octubre).[22]
>
> Una encantadora clase de María M. de Quevedo en el Lyceum sobre las Sonatas y maravillosas selecciones de Mozart y Chopin (25 de noviembre).[23]
>
> La última clase de María Quevedo, música moderna francesa y española. Me gustó el «Pastoral» de Poulenc, disfruté inmensamente oyendo el «Jeux d'Eau» de Ravel (2 de diciembre).[24]

Además de estos cursos, el Lyceum organizó otros de variados temas, como, por ejemplo, el de Horticultura y Jardinería de enero a abril de 1937 u otro sobre Historia de la Literatura y el Arte en España impartido por Camila Henríquez Ureña en 25 lecciones de febrero a octubre de 1937.

Hemos mencionado que, como parte de las actividades de asistencia social del Lyceum, se habían logrado mejoras en la Cárcel de Mujeres de Guanabacoa, como el nombramiento de una maestra para dar clases, nuevos materiales para las actividades educativas, implantación de fichas con datos sobre la salud, educación, etc., de las reclusas, aumento del presupuesto para medicinas, realización de actividades culturales y de recreo, exhibición de películas, entre otras. A tales fines, las integrantes del Lyceum prestaban su colaboración y visitaban la cárcel. En el *Diario* de Zenobia, aparecen varias anotaciones relacionadas con estas visitas a la cárcel de Guanabacoa como: "… luego voy a llevar toda la ropa de la que pueda deshacerme a las mujeres que salen de la cárcel y no tienen qué ponerse" (4 de marzo de 1937).[25]

> … por la tarde asistí a la conferencia de Mrs. Kates sobre reformas en las cárceles para mujeres. Ésta fue precedida por una reunión del círculo social y la directora de la cárcel de mujeres. Me inscribí con Mrs. Kates para tomar nota de los antecedentes penales de las mujeres. No tengo ninguna experiencia en esta clase de trabajo, y Mrs. Kates no sabe español, así es que pensé que haríamos una buena pareja (15 de diciembre de 1937).[26]
>
> Después pasamos la mañana en la cárcel, donde él [García] está enseñando a las mujeres a hacer cosas de fibra de plátano. Las

[22] *Ibídem*, pp. 104-105.

[23] *Ibídem*, p. 120.

[24] *Ibídem*, p. 124.

[25] *Ibídem*, p. 4.

[26] *Ibídem*, pp. 129-130.

> ocho o nueve mujeres con nosotras mostraron interés y la mitad casi mostró mucho interés. Después, con la cooperación de Carolina y el médico de las mujeres, preparamos los cuestionarios sobre la condición física, la conducta y la inteligencia. A los cuestionarios sobre la inteligencia hay que agregarles una prueba de una página. Tan pronto como estén listas las planillas, Mrs. Kates comenzará el trabajo, conmigo como asistente (2 de febrero de 1938).[27]
>
> Después del almuerzo fui a la cárcel de mujeres y asigné varias tareas de costura, crochet y tejido, como pedidos para llevar al norte de regalos. La situación moral de esta cárcel es asquerosa. No hay privacidad y una chica de dieciséis años, que está aquí por primera vez por un delito menor, es atacada en un cuarto lleno de prisioneros (21 de marzo).[28]
>
> Envié a las mujeres de la cárcel las cosas necesarias para comenzar la clase manual y el concurso por el mejor pijama y el mejor kimono (22 de marzo).[29]

Por último, sus sensaciones de una clase que ofreció en la cárcel, según aparece en la entrada de 28 de junio de 1938: "Me pareció que mi primera clase en la penitenciaría no tuvo mucho éxito. No pude mantener la atención de las 20 mujeres porque no estaba segura de mí misma. Cuando separé a las que no estaban interesadas y las dividí entre la clase de geometría y la de lectura y escritura, la última parte de la clase estuvo muy bien".[30]

Es evidente que Zenobia se interesó mucho en las mejoras de las condiciones de las reclusas y, además de su colaboración a través del Lyceum, trabajó como voluntaria en distintas tareas para aliviar la situación espiritual y material de las reclusas, pero su contacto con ellas y el ambiente que se vivía en la cárcel la convenció de que la situación política y social de Cuba no ayudaba por la corrupción y degradación física y moral que se respiraba. El 17 de junio de 1937, escribe en su *Diario*: "Carmelina [Guanche, la directora de la prisión de mujeres] también estaba allí […] y nos dijo cuál era el delito de la mayoría de sus casos y nos sentimos más indignadas que nunca por nuestro viciado sistema

[27] *Ibídem*, p. 157.

[28] *Ibídem*, p. 180.

[29] *Ibídem.*

[30] *Ibídem*, p. 125.

social. Cuba está definitivamente corrompida de acuerdo a cosas ya en desuso en otros países".[31]

En su afán por la atención y cuidado de los niños, que era algo que siempre estuvo presente en su vida, también se interesó por las clases que organizaba el Lyceum en atención a los menores más necesitados. El 12 de julio de 1938 menciona en su *Diario*: "J. R. no se siente bien. Por la tarde suspendí a Guanabacoa para ir de paseo con J. R., pero él no se sentía lo suficientemente bien. Por la noche fui con Yiya y Lucy a la clase de los niños en el Lyceum. Catorce eran de color, de un total de 16".[32]

Llama la atención el elevado número de niños racializados que señala y que evidencia el interés de esa institución por la educación infantil, sin importar la raza ni la procedencia social de sus asistentes, una parte provenía de clases sociales bajas y con muchas necesidades. También el Lyceum en su labor de asistencia social se interesó por el reparto de juguetes a niños sin recursos y a esta tarea contribuyó Zenobia, según se puede apreciar en estos dos apuntes poco antes del Día de Reyes: "Después del almuerzo fui al Lyceum y trabajé hasta las 7 p. m. preparando los juguetes para los niños pobres" (3 de enero de 1939).[33] "Fui al Lyceum a las 8 a. m. y trabajé con lo de los niños hasta las 11" (4 de enero).[34]

Los conciertos y recitales musicales formaron parte de las actividades del Lyceum. La Orquesta de Cámara dirigida por José Ardevol tuvo frecuentes actuaciones en sus escenarios, también hubo conciertos de piano y violín con la presencia de artistas cubanos y extranjeros. Zenobia acudió a algunos de ellos, como muestra su nota de 4 de enero de 1939: "Fui al Concierto con Mrs. Bowers. Dirigía Schering. Me hizo gracia el programa, que empezó con Beethoven, «Egmont», después Brahms y Debussy y terminó con composiciones negroides de Roldán y McDonald".[35]

Una última muestra de la diversa relación que mantuvo Zenobia con el Lyceum queda patente en su anotación de 23 de mayo de 1938:

> Acababa de sentarme a coser mi organdí lila cuando Elena me llamó para saber si le podía pasar algo a máquina y vino con el borrador para una proposición de unir los clubes del Lyceum y el Tenis construyendo una biblioteca pública para el Vedado al

[31] *Ibídem*, pp. 54-55.

[32] *Ibídem*, p. 231.

[33] *Ibídem*, p. 328.

[34] *Ibídem.*

[35] *Ibídem.*

> mismo tiempo. La he animado mucho en este asunto, aunque me doy cuenta de que no es una tarea fácil y le aconsejé que se dedicara sólo a esto en vez de perder el tiempo en todas las demás iniciativas de más dudoso uso práctico y moral.[36]

Se refiere a la fusión del Lyceum con el Lawn Tennis, una institución femenina creada en 1913 con el objetivo de fomentar la práctica de ese deporte, que se formalizó el 22 de febrero de 1939 pasándose a denominar a partir de entonces Lyceum Lawn Tennis Club. De esta forma, la nueva institución amplió su radio de acción a las prácticas deportivas, ofreciendo clases y organizando torneos.

A pesar de tener el calor y la amistad de los intelectuales cubanos, la situación económica no propiciaba la permanencia de Zenobia y Juan Ramón en la Isla. La Universidad de La Habana, único centro de educación superior, por entonces había cerrado sus filas en actitud defensiva para impedir la entrada de profesores extranjeros. Esto, unido a la problemática situación económica y política de esos años, hizo que Juan Ramón, como muchos otros exiliados, no se planteara permanecer de modo definitivo en el país. Además, Zenobia ansiaba retornar a Estados Unidos, lugar donde había residido y contraído matrimonio con Juan Ramón. Así, el 23 de agosto de 1938 embarcaron hacia Nueva York y permanecieron en esa ciudad hasta el 3 de diciembre en que regresaron de nuevo a La Habana. En una interesante carta escrita por Zenobia a Isabel Fernández de Amado Blanco, fechada en Nueva York entre el 10 y el 16 de octubre de 1938, le manifiesta su alegría por encontrarse en ese lugar, sin embargo, en una posdata a la carta escrita por Juan Ramón, éste matiza: "Zenobia tiene razón, sin duda, pero ¡Qué es todo esto, paisaje, ciudad, jente, vida, aire, ambiente, al lado de España! No me sería posible acostumbrarme nunca. Son 'momentos' pero luego viene lo eterno, casi vacío ...".[37]

A pesar de esta manera de pensar de Juan Ramón, poco después, el 28 de enero de 1939, decidieron volver a los Estados Unidos, pero la huella de ambos ha quedado impresa en la historia cultural cubana. A ellos, el reconocimiento por sus aportes.

[36] *Ibídem,* p. 207.

[37] Carta de Zenobia Camprubí a Isabel Fernández de Amado Blanco. Nueva York, 10 -16 octubre de 1938. Archivo personal de Luis Amado Blanco. La Habana. Recogida en: González Martell, Roger y Amado Blanco, Germán (eds.), *Juan Ramón Jiménez. Primero y último,* Moguer, Fundación Juan Ramón Jiménez, 2001, p. 118.

Bibliografía

AA. VV., "La mujer cubana: evolución de derechos y barreras para asumir puestos de dirección", *Revista Médica Electrónica*, (Matanzas), 39, 5, septiembre-octubre de 2017 http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1684-18242017000500019 (7-09-2022)

Alted Vigil, Alicia y González Martell, Roger, "Presencia española en Cuba en los años 1930-1940", *Revista Archivo General de la Nación* (Lima), 25, 2005, pp. 17-26.

Arocena, Berta, *Los veinte años del Lyceum. Un reportaje en dos tiempos*, La Habana, Editorial Lex,1949.

Binns, Niall, "La matanza de los inocentes. Intelectuales cubanas en defensa del niño español". https://www.academia.edu/24601203//La_matanza_de_los_inocentes_Intelectuales_cubanas_en_defensa_del_ni%C3%B1o_espa%C3%B1ol (07-09-2022)

Camprubí, Zenobia, *Diario 1. Cuba (1937-1939),* Graciela Palau de Nemes (ed.), Madrid/Puerto Rico, Alianza Editorial / Universidad de Puerto Rico, 1991.

Depestre Catony, Leonardo, "Don Ramón Menéndez Pidal en La Habana", 6 de abril de 2017. http://www.lajiribilla.cu/don-ramon-menendez-pidal-en-la-habana/ (10-09-2022)

Domingo Cuadriello, Jorge, *El exilio republicano español en Cuba*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2009.

Domingo Cuadriello, Jorge y González Martell, Roger (eds.), *Sentido de la derrota*. Selección de textos de escritores españoles exiliados en Cuba, Barcelona, Gexel/UAB, 1998.

Espinosa Domínguez, Carlos, "Feminismos sin subrayados", 13 de diciembre de 2019. https://www.cubaencuentro.com/cultura/articulos/feminismo-sin-subrayados-336590 (11-09-2022)

Gómez Ferrals, Martha, "Gerardo Machado en su laberinto", 10 de agosto de 2022. http://www.acn.cu/especiales-acn/97910-gerardo-machado-en-su-laberinto (13-09-2022)

Gómez Ferrals, Martha, "Sufragio femenino: un triunfo sobre espinas y azahares", 10 de enero de 2020. http://www.acn.cu/especiales-acn/60029-sufragio-femenino-un-triunfo-sobre-espinas-y-azahares(13-09-2022)

González Martell, Roger y Amado Blanco, Germán (eds.), *Juan Ramón Jiménez. Primero y último*, Moguer, Fundación Juan Ramón Jiménez, 2001.

González Pagés, Julio César, "Cuba: Feminismo, sufragismo y machismo", 20 de marzo de 2009. http://oge.cl/cuba-feminismo-sufragismo-y-machismo/ (15-09-2022)

Grupo Minorista. https://untref.edu.ar/icaatom/uploads/r/archivo-sibuntref/3/4/3454/Grupo_Minorista.pdf (18-09-2022)

Historia en breve de la Comisión Interamericana de Mujeres, Creación de la CIM - La Habana, 1928. https://www.revistas-culturales.de/es/bibliografie/revista-de-avance (18-09-2022)

Hurtado, Amparo, "El Lyceum Club Femenino (Madrid, 1926-1939)", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, II época, 36, 1999, pp. 23-40.

Iturria, Miguel, *Españoles en la cultura cubana*, Sevilla, Renacimiento, 2004.

Le Riverend, Julio, *Historia económica de Cuba*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1974.

López-Cabrales, María del Mar, "La mujer revolucionaria antes de la Revolución cubana: logros y vicisitudes". https://cvc.cervantes.es/literatura/mujer_independencias/lopez.htm (18-09-2022)

"Los empeños de un impresor. Camila Henríquez Ureña y la *Revista Lyceum*", Dossier, *Revista de Historia de América*, 158, 2020. http://portal.amelica.org/ameli/journal/52/52832005/html/ (19-09-2022)

Lyceum: Memoria 1929-1930, La Habana, [s.a]

Lyceum. Estatutos, Marianao, Imprenta de El Sol, 1931.

Lyceum y Law Tennis Club, *Memoria 1937-1939*, La Habana, Imprenta La Verónica, [s.a.] y *Memoria 1949-1951*, La Habana, Editorial Lex, 1952.

Macías Martín, Francisco J., "El perfil de un dictador antillano: el general Gerardo y Machado y Morales, presidente de la República de Cuba (1925-1933)", *Tebeto: Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, 15, 2002, pp. 233-258. https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2227187 (19-09-2022)

Méndez Paz, Yasvily, "El sufragio femenino en Cuba", 22 de febrero de 2019. https://jovencuba.com/sufragio-femenino/ (20-09-2022)

Merino Acosta, Luz, "El Lyceum y Lawn Tennis Club y las artes plásticas cubanas". https://espaciolaical.net/wp-content/uploads/053-061-El-Lyceum-y-Lawn-Tennis-Club.pdf (21-09-2022)

Montoya Deler, Whigman, "Lyceum de la Habana y el Lawn Tennis Club, 93 años después", 22 de febrero de 2022. https://www.hypermediamagazine.com/sociedad/lyceum-habana-lawn-tennis-club/ (23-09-2022)

Montoya Deler, Whigman, *El Lyceum y Lawn Tennis Club. Su huella en la cultura cubana,* Houston, TX, Ediciones Laponia, 2022.

Naranjo Orovio, Consuelo, *Cuba, otro escenario de lucha. La guerra civil y el exilio republicano español*, Madrid, CSIC, 1988.

Piñero Fernández, Ahmed, "Evocación del Auditorium y Pro-Arte Musical", 21 de noviembre de 2018. https://www.juventudrebelde.cu/cultura/2018-11-21/evocacion-del-auditorium-y-pro-arte-musical (24-09-2022)

Ramírez Almanza, Antonio, "Zenobia en Cuba", en Cortés Ibáñez, Emilia (coord.), *Zenobia Camprubí y la Edad de Plata de la cultura española*, Universidad Internacional de Andalucía, pp. 329-360.

Ramírez Chicharro, Manuel, *Más allá del sufragismo: las mujeres cubanas en la construcción del estado democrático, 1933-1959*, Tesis doctoral, Universidad de Castilla-La Mancha, 2017. https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7702823 (24-09-2022)

Revista de Avance, HeberhardKarls. UniversitatTubingen. Revistas culturales 2.0. y https://www.ecured.cu/Revista_de_Avance (12-09-2022)

Rivera, Zoia, "Lyceum Lawn Tennis Club: El inicio de la formación de los bibliotecarios en Cuba", *Bibliotecas. Anales de investigación*, 1, 2005, pp. 80-95.

Romero, Cira, "Social y los minoristas", 15 de enero de 2016. http://www.lajiribilla.cu/social-y-los-minoristas/ (09-09-2022)

The Cuban Studies Institute Publications, "Este día en la historia de Cuba. Las mujeres obtienen el derecho al voto. 3 de febrero de 1934". https://cubanstudiesinstitute.us/este-dia-en-la-historia-de-cuba/las-mujeres-obtienen-el-derecho-al-voto-3-de-febrero-de-1934/ (03-09-2022)

Toro González, Carlos del, *Fernando Ortiz y la Hispanocubana de Cultura*, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 1996, University of Mia-

mi Library. Cuban Heritage Collection. https://digitalcollections.library.miami.edu/digital/search/searchterm/lyceum (05-09-2022)

Viñalet, Ricardo, "España y españoles en la Hispano-Cubana de Cultura". https://docplayer.es/64845474-Espana-y-espanoles-en-la-hispano-cubana-de-cultura.html (02-09-2022)

Querer y deber: la complicidad de Zenobia Camprubí y Gabriela Mistral en tierras americanas

Francisca Montiel Rayo
GEXEL-CEDID-Universitat Autònoma de Barcelona

La correspondencia mantenida por Zenobia Camprubí y Gabriela Mistral, parcialmente exhumada hasta la fecha, da cuenta de la existencia de una relación cuyo alcance todavía no ha podido ser acreditado fehacientemente, como tampoco ha sido posible determinar con seguridad cuándo y cómo se conocieron.[1] Al parecer, a finales de 1924, durante el primer viaje de la poeta chilena a España —donde vería la luz *Ternura*. *Canciones de niños*, su segundo poemario—, María de Maeztu —directora de la Residencia de Señoritas de Madrid, en la que estuvo hospedada— propició un encuentro que no llegó a producirse.[2]

[1] En 1960 Julio Rodríguez Luis, editor de las misivas enviadas por Gabriela Mistral al matrimonio Jiménez Camprubí que había podido localizar hasta entonces ("Cartas de Gabriela Mistral a Juan Ramón Jiménez", *La Torre*, 31, julio-septiembre, pp. 187-195), lamentó "la escasez de datos" relacionados con el vínculo que los unió, lo que le llevó a elucubrar acerca del año en el que se conocieron ("Relaciones entre Gabriela Mistral y Juan Ramón Jiménez", *La Torre*, 32, pp. 93-95).

[2] La periodista Ruth Prada reprodujo hace algunos años, aunque sin mencionar su procedencia, el texto de una carta que María de Maeztu le remitió supuestamente a Zenobia Camprubí el 4 de diciembre de 1924 para invitarla a asistir al té en honor a Gabriela Mistral que iban a ofrecer el día 7 en la Residencia de Señoritas. Su directora, que había convocado también a un grupo de escritores y amigos, deseaba contar asimismo con la presencia de Juan Ramón Jiménez ("María de Maeztu: Las cartas donde muestra su obra y su personalidad", *Yorokobu*, 13 de agosto de 2018, Las cartas de María de Maeztu, pedagoga y feminista, https://www.yorokobu.es/maria-de-maeztu/, [consultado el 15-12-2022]). Desde hace años se ha dado por hecho que el matrimonio estuvo presente en dicha reunión, por lo que habría sido allí donde Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez conocieron a la poeta chilena, pero no nos ha sido posible localizar la documentación que avala dicha afirmación. No la aportan ni Elvira M. Melián ("En la frontera: Señas de identidad de la labor pedagógica hispano-americanista en María de Maeztu (1924-1936)", *Historia de la educación. Revista interuniversitaria,* 34, 2015), ni Raquel Vázquez Ramil y Ángel Serafín Porto Ucha ("Desde el castillo interior: Cartas de María de Maeztu a María Martos de Baeza", *Historia de la educación. Revista interuniversitaria*, 37, 2018), aunque todos ellos aseguran que Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí asistieron al té en homenaje a Gabriela Mistral que le ofreció la Residencia de Señoritas (pp. 295-296 y 425-426, respectivamente). De lo que sí hay constancia, según la prensa de la época, es de que no acudieron al homenaje que le tributó el PEN Club en el Savoy Hotel de Madrid,

De regreso a la capital de España, a la que se trasladó en 1928 para asistir a la XII Conferencia de la Federación Internacional de Mujeres Universitarias —en la que actuó como representante de Chile y de Ecuador—, tampoco hubo ocasión de que coincidieran,[3] aunque desde hacía varios años sus nombres —y el de Juan Ramón Jiménez— habían aparecido públicamente unidos gracias a la labor desarrollada por la actriz Berta Singerman, en cuyos recitales incluyó poemas del autor de *Eternidades* y de la poeta chilena, así como textos de Rabindranath Tagore vertidos al español por Camprubí, la única persona autorizada a hacerlo en dicha lengua.[4]

Su común admiración por la figura, el pensamiento y la obra del autor hindú era, precisamente, lo que más las emparentaba por aquel entonces,[5] como bien sabía Gabriela Mistral, quien se refirió a las

---

celebrado el 16 de diciembre, y al que asistió casi un centenar de personalidades de la vida cultural de la capital ("Banquete del PEN Club a Gabriela Mistral", *El Heraldo de Madrid*, 16 de diciembre de 1924, p. 4). En el acto, Enrique Díez Canedo hizo un elogio de la poeta, y María de Maeztu esbozó su biografía, texto que fue publicado posteriormente en *Revista Pedagógica*, suplemento de *El Magisterio Español* (núm. 10, 27 de diciembre de 1924, pp. 245-248). En suma, Zenobia Camprubí no participó en ninguno de los dos actos referidos —probablemente confundidos por los autores de la bibliografía antes citada—, actos que tuvieron lugar a finales de 1924, un año "especialmente luctuoso" para ella, en el que fallecieron cuatro miembros de su familia (Emilia Cortés, *Zenobia Camprubí. La llama viva*, Madrid, Alianza Editorial, 2020, p. 132).

[3] En el verano de 1928, tras agravarse las enfermedades que padecían, fallecieron la madre de Juan Ramón Jiménez y la de Zenobia Camprubí (*Ibídem,* p. 146), razón por la que ambos dejaron de asistir durante algunos meses a actos públicos. De no haber sido así, es de suponer que, a pesar de la intensa actividad profesional en la que estaba inmersa entonces, Zenobia Camprubí habría participado en la citada conferencia ya que era miembro de la Federación Universitaria de Mujeres Españolas (*Ibídem,* p. 129).

[4] Berta Singerman debutó ante el público español en el Teatro de la Comedia, de Madrid, el 27 de noviembre de 1925. Desde el día siguiente la prensa se hizo eco de la buena acogida que se le había dispensado al recital, reparando en la inclusión en el mismo de textos del poeta de Moguer y del autor bengalí. El nombre de Zenobia Camprubí, traductora de algunos de los textos seleccionados, se consignó en un primer momento solo con sus iniciales Z. C. A. (José de Laserna, "Presentación de Berta Singerman, en la Comedia", *El Imparcial*, 28 de noviembre de 1925, p. 3). Tras la realización de la cuarta audición, Enrique Díez Canedo publicó una breve reseña en la que destacó la extraordinaria recepción que tuvieron en dicha sesión las composiciones de Juan Ramón Jiménez y de Gabriela Mistral, entre otros autores ("Información teatral", *El Sol*, 14 de diciembre de 1925), p. 4). Algunos años después, las recitaciones protagonizadas en esta ocasión por la actriz cubana Dalia Íñiguez contaron también con poemas de ambos escritores, consignándose ya de forma explícita el nombre de Zenobia Camprubí como traductora de los de Tagore ("Información teatral. Segundo recital de Dalia Íñiguez en la Comedia", *Ahora*, 17 de febrero de 1934, p. 20).

[5] De hecho, ambas se habían interesado en su producción por las mismas fechas,

traducciones de Camprubí en un artículo escrito en 1930.[6] La periodista María Luz Morales, con la que la autora de *Desolación* llegaría a establecer sinceros lazos de amistad, reparó en dicha coincidencia en *El Sol*, diario en el que dirigía desde 1926 "La mujer, el niño y el hogar", una sección dedicada a dichos temas en cuya entrega del 12 de agosto de 1928 apareció publicado su artículo "El poeta de la madre y el niño". Mistral, recordó Morales tras mencionar los nombres de las primeras traductoras de la obra de Tagore al francés, había reproducido varios textos del hindú en su libro *Lecturas para mujeres*,[7] antes citado. En

coincidiendo con la concesión del Premio Nobel al autor bengalí en 1913. Zenobia Camprubí compartió con Juan Ramón Jiménez su entusiasmo por sus escritos a finales de ese año (Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí, *Monumento de amor. Epistolario y lira. Correspondencia 1913-1956*, edición de María Jesús Domínguez Sío, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2017, p. 81), lo que aprovechó el poeta para avanzar en su relación con ella y para animarla a verter al español las versiones inglesas realizadas por el propio Tagore, convirtiéndose así en la primera persona que traducía a dicha lengua un libro del autor. Sobre su labor en ese ámbito puede verse el trabajo de Soledad González Ródenas, "Zenobia, traductora", en Emilia Cortés Ibáñez (coord.), *Zenobia Camprubí y la Edad de Plata de la cultura española*, Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía, 2010, pp. 239-264. Gabriela Mistral reparó en su obra en el tiempo en el que, ávida de nuevas lecturas, empezó a tener la posibilidad de dar a conocer algunas de sus creaciones en las publicaciones periódicas de su país. En una carta fechada a finales de 1915 le habló al crítico chileno Hernán Díaz de Arrieta, Alone, del "Canto al Señor", de Tagore, del que se había publicado una traducción en prosa en la *Revista de Educación Nacional*, realizada, según dio a entender, por la propia Mistral (Biblioteca Nacional de Chile, signatura AEOO2995). Ya en México, adonde llegó en 1922 a petición del ministro José Vasconcelos para contribuir a la reforma educativa del país, publicó, por encargo de la Secretaría de Educación, *Lecturas para mujeres destinadas a la enseñanza del lenguaje* (1924), una antología en la que incluyó varios textos de Tagore, cuya obra recomendó leer en su totalidad, a diferencia de la sugerencia que consignó en el caso de otros autores, centrada solo en una parte de su producción (pp. 74, 75, 92, 93, 216 y 297).

[6] Al rememorar la visita que realizó al poeta bengalí en el apartamento de Nueva York en el que se hospedaba, Mistral confeso "el cariño" que le tenía, "cariño de su literatura y de su pedagogía de cera y miel, de sus muchos poemas y de su única escuela". Después, escribió: "Me acuerdo yo recibiéndole esta mirada viril de sus traducciones. Las españolas de Zenobia de Jiménez ["la señora de Jiménez", en el manuscrito] dan en demasía la dulzura tagoreana y anegan en cierta melaza la fuerza ardiente" (Gabriela Mistral, *Obra reunida. Tomo VII. Prosa*, Santiago de Chile, Ediciones Biblioteca Nacional, 2020, p. 103, https://www.bpdigital.cl/info/obra-reunida-vii-obras-reunidas-00207578 / [Consultado el 13-01-2023]). Mistral escribió el artículo "Un Tagore en Nueva York" en dicha ciudad en diciembre de 1930, según consta en el manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de Chile (signatura AEOO13260). El artículo se publicó inicialmente en *La Nación*, de Buenos Aires, y fue reproducido en *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 12 de septiembre de 1931.

[7] El volumen fue, para Morales, "libro de cabecera", según aseguró muchos años después al rememorar el tiempo en el que conoció a Mistral en la Residencia de Señoritas de Barcelona, donde se hospedó en los años treinta (María Luz Morales, *Alguien a quien*

el caso de Zenobia Camprubí, prosiguió la periodista, su incansable labor como traductora de la poesía de Tagore al español resultaba impagable. ″¿Qué lazo misterioso y estrecho ata la voz y las palabras de este austero poeta oriental de las barbas blancas y la blanca veste a la emoción, al sentimiento de estas mujeres nuestras, mujercitas occidentales, mujercitas modernas, frívolas y superficiales, al decir de muchos?″, se preguntó a continuación Morales, para quien la razón de esta atracción por la obra de Tagore no era ajena a los cambios que los tiempos estaban operando en sus congéneres. Y es que, a su parecer,

> a pesar de lo que esos muchos dicen, la mujer siente hoy más hondamente que nunca. Y hastiada de halagos y ansiosa de sinceridades, ha creído hallar en el poeta indio a su poeta. No ya el de los engañosos madrigales floridos que durante una corta época de su vida de mujer celebran la fugaz belleza de ojos, cabellos, talle, boca, risa, sino el que la ve y la admira en su augusta esencia, en su ser profundo; el que en sencillas palabras exalta y ennoblece lo que en la mujer, tenga hijos o no los tenga, es toda la mujer: la maternidad.[8]

Gabriela Mistral y Zenobia Camprubí tardarían todavía algunos años en poder hablar de estas y de otras cuestiones de su interés. La poeta chilena llegó de nuevo a la capital de España en 1933, en esta ocasión para ejercer el cargo de cónsul de su país en la ciudad. Poco dada a asistir a actos públicos, acostumbraba a recibir en su residencia de Ciudad Lineal a sus amistades, muchas de las cuales pertenecían al Lyceum Club Femenino, centro creado en 1926 cuya primera secretaria fue Zenobia Camprubí. Según recordó muchos años después Carmen Conde —asidua a la casa de la poeta chilena entonces—[9], fue ella quien, "en uno de aquellos 'descansos' de las visitas", logró "conectarla con la maravillosa Zenobia Camprubí, a fin de que una visita de ella a Juan

conocí, Sevilla, Renacimiento, 2019, p. 134).

[8] María Luz Morales, "El poeta de la madre y del niño", *El Sol* (12 de agosto de 1928), p. 10.

[9] Carmen Conde abandonó su Cartagena natal para fijar su residencia en la provincia de Madrid, donde entre 1934 y 1935 desempeñó el cargo de inspectora-celadora de Estudios del Orfanato Nacional de El Pardo. Desde dicha localidad se trasladó con frecuencia a la capital, donde frecuentó a Gabriela Mistral y a las escritoras españolas de su promoción, miembros en su mayoría del Lyceum Club Femenino, con las que había entrado en contacto a finales de la década de los veinte. Sobre dichas relaciones y su difícil continuidad a causa de la Guerra Civil y del exilio puede consultarse mi artículo "Un puente epistolar entre las dos Españas: Cartas de escritoras exiliadas a Carmen Conde (1940-1980)", *Romance Quarterly*, vol. 70, nº 2, 2023, pp. 66-86.

Ramón Jiménez, o de él a ella, acabara con cierto malentendido entre ambos poetas".[10]

Tras aquel primer contacto, fueron Juan Ramón y Zenobia quienes visitaron a Mistral, como ella misma recordó en una carta en la que lamentó no haberles devuelto nunca aquella cortesía.[11] El encuentro se produjo en el mes de noviembre de 1934.[12] Un año después, en octubre de 1935, tras suscitarse un enojoso e interesado revuelo a causa de su supuesto antiespañolismo, la poeta fijó su residencia en Lisboa,[13] donde continuó ejerciendo las labores consulares que le fueron encomendadas. La sublevación militar de julio de 1936 y el inmediato traslado del matrimonio a Washington, donde Juan Ramón fue destinado como agregado cultural honorario de la Embajada de la República española, acrecentó la distancia geográfica que los separaba, pero fue

[10] Carmen Conde, *Gabriela Mistral*, Madrid, EPESA, 1970, p. 59. Karen Benavente considera que "el retrato que pinta Conde sobre estas presentaciones contiene algo de fantasía" porque supone que Mistral ya estaba en contacto con el matrimonio Jiménez desde algunos años antes, aunque no lo documenta ("Carmen Conde: Contadora de Gabriela Mistral", *Mapocho. Revista de Humanidades*, nº 74, 2013, p. 191). Desconocemos el motivo del malentendido entre Mistral y Juan Ramón Jiménez al que alude Carmen Conde. En sus memorias, la autora cartagenera recordó que conoció a Juan Ramón Jiménez y a Zenobia Camprubí en su casa de Madrid, adonde acudió acompañada de Ernestina de Champourcín el 3 de marzo de 1929 (Carmen Conde, *Por el camino, viendo sus orillas. III,* Barcelona, Plaza & Janés, 1986, pp. 66-69).

[11] Carta de Gabriela Mistral a Zenobia Camprubí y a Juan Ramón Jiménez fechada en Lisboa el 28 de octubre de 1937, en "Cartas de Gabriela Mistral a Juan Ramón Jiménez", art. cit., pp. 187-188; y en Gabriela Mistral, *Obra reunida. Tomo VIII. Cartas*, Santiago de Chile, Ediciones Biblioteca Nacional, 2020, pp. 240-241, https://www.bpdigital.cl/info/obra-reunida-viii-descarga-libre-00207577 [consultado el 15-02-2023].

[12] Juan Ramón Jiménez, escribió Juan Guerrero Ruiz el 30 de noviembre de 1934, "me habla de que recientemente estuvo a visitarle Enrique Díez-Canedo a su regreso de Montevideo, y que como Gabriela Mistral había insistido mucho en su deseo de visitarle, fue él una tarde con Zenobia a verla, no hace muchos días" (Juan Guerrero Ruiz, *Juan Ramón de viva voz. Volumen II (1932-1936),* Valencia, Pre-Textos, 1999, p. 271).

[13] El episodio, profusamente citado pero carente, a día de hoy, de un relato definitivo, se inició cuando una revista chilena publicó el contenido de una carta privada en la que la escritora había vertido sus opiniones sobre los defectos de los españoles y sobre los problemas del país. La instrumentalización política de los hechos no se hizo esperar. La colonia española en Santiago de Chile, muy conservadora, protestó ante el embajador, Rodrigo Soriano, y, al parecer, intentó que se actuara en su contra. Con el fin de atajar el revuelo que generó a uno y a otro lado del Atlántico la publicación referida, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile ordenó, de forma inmediata, su traslado a Lisboa. Gabriela Mistral no olvidó nunca la experiencia vivida, a la que se refirió en numerosas ocasiones (*cfr.* Francisca Montiel Rayo, "Solidaridad y cooperación con la España leal: cartas de escritores e intelectuales del exilio republicano de 1939 a Gabriela Mistral", *Laberintos. Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles*, nº 24, 2022, pp. 167-202).

precisamente a partir de entonces cuando se produjo una aproximación afectiva y solidaria entre todos ellos que propició el contacto epistolar de ambas mujeres, una comunicación exigua pero muy reveladora de las razones que las unirían a partir de entonces.

Guerra en España

Mistral, "la amiga fiel a la causa republicana española, durante la Guerra Civil y siempre" —tal como la recordaron Victoria Kent y Louise Crane tras su fallecimiento—[14], recibió la noticia del inicio del conflicto bélico en Lisboa. "El corazón se me va con la gente de Madrid, por cuestión de ideas y de eso tan bien nombrado y tan bulto de aire que llaman justicia", le confesó apenas un mes después del estallido del conflicto a la argentina Victoria Ocampo.[15] Dispuesta a ayudar desde el primer momento a amigos y conocidos, no pudo lograr que algunos destacados representantes de la cultura española fueran acogidos por el Gobierno de Chile, como era su deseo. Por ello, cuando supo que Daniel Cosío Villegas, encargado de negocios de la Embajada de México en Portugal, había conseguido que su Gobierno invitara a trabajar en su país a unos cuantos intelectuales republicanos,[16] preparó con él, primero en Lisboa y después en París, la lista inicial de los seleccionados, con quienes no les resultó precisamente fácil comunicarse.[17]

[14] Victoria Kent y Louise Crane, "Gabriela Mistral, la eximia poeta y escritora chilena", *Ibérica por la libertad*, 5. 1 (15 de enero de 1957), p. 3; texto reproducido en Elizabeth Horan, Carmen de Urioste Azcorra y Cynthia Tompkins (eds.), *Preciadas cartas (1932-1979). Correspondencia entre Gabriela Mistral, Victoria Ocampo y Victoria Kent*, Sevilla, Renacimiento, 2019, p. 637.

[15] Gabriela Mistral y Victoria Ocampo, *Esta América nuestra. Correspondencia 1926-1956,* introducción y notas de Elizabeth Horan y Doris Meyer, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2007, p. 54.

[16] "Esto de México, logrado desde este Portugal por ministro amigo, me [alivia] la conciencia americana", le confesó a Ocampo en la carta que le remitió el 24 de enero de 1937, en la que le comunicó que iban a ser llevados a ese país "diez, nada menos que diez, profesores" españoles (*Ibídem,* p. 57).

[17] Daniel Cosío Villegas le reconoció a Mistral su decisiva intervención en el proyecto, y la informó del desarrollo del mismo y de las dificultades que estaban teniendo para ponerse en contacto con los intelectuales seleccionados en la carta que le remitió el 4 de mayo de 1939 (Biblioteca Nacional de Chile, signatura AEOOO7094). Como recordó años después, tras viajar a París, Cosío Villegas se trasladó a Valencia, capital provisional de la República, para tratar con el Gobierno el tema de la acogida de intelectuales republicanos en México (*cfr*. Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, Ciudad de México, Joaquín Mortiz, 1976, pp. 169-172).

Desde Río de Janeiro, en el transcurso de una breve estancia en Brasil, Mistral les escribió una carta a Juan Ramón Jiménez y a Zenobia Camprubí fechada el 28 de octubre de 1937 en la que resumió así las gestiones que habían realizado en favor de ambos:

> Hace unos 6 o 7 meses, el ministro mexicano en Lisboa, Daniel Cosío Villegas, y esta servidora de ustedes se ocuparon en saber si JR quería ir a México con el doble de su Zenobia. Lo pusimos en nuestra lista (Daniel Cosío había ya obtenido de su presidente la autorización para llevar un equipo de doce españoles que anduviesen fuera). Pero por esos mismos días supo mi amigo por la prensa de México que JR iba. Lo retiramos de la lista. En París, dos días antes de venirme, supe que JR no fue al fin y pensé en que Margot Arce, la portorriqueña, les buscase en su isla para preguntarles si querían hacer ese viaje. Se trataría solo de que JR hablase allí lo que bien quisiese y de que viese el país. M. Arce ya no encontró a JR en la isla.[18]

Era, a lo que parece, la primera vez que se ponía en contacto con la pareja después de que esta acudiera a su casa en 1934, como ha sido dicho. "Hace mucho tiempo que ustedes me penan, me rondan", les confesó al iniciar su escrito. "Les parecerá extraño", prosiguió, "que una mujer que no fue a pagarles su preciosa visita les piense tanto. Así es, sin embargo. Me dejaron ustedes una estampa doble austera-dulce, como dicen los italianos, y fue de veras 'día de gracia' ese en que ustedes pasaron por mi puerta provisoria de chilena errante".[19]

Y es que aquel encuentro alumbró para siempre, a los ojos de Mistral, el alcance de Juan Ramón Jiménez como poeta, una trascendencia de la que es probable que no hubiera sido plenamente consciente —o no hubiera querido serlo— hasta entonces.[20] Así se desprende del saludo que situó al frente de la carta —en el que lo identificó como "maestro de todos"— y de la confesión que incluyó en ella:

[18] Carta de Gabriela Mistral a Zenobia Camprubí y a Juan Ramón Jiménez fechada en Lisboa el 28 de octubre de 1937, en "Cartas de Gabriela Mistral a Juan Ramón Jiménez", art. cit., p. 187.

[19] *Ibídem.*

[20] A su llegada a Madrid para ejercer el cargo de cónsul de su país, Mistral fue entrevistada por Xesús Nieto Pena, al que le habló de sus gustos poéticos de entonces. "Estimo mucho la labor de Juan Ramón Jiménez, y la de Alberti, Salinas, García Lorca, Altolaguirre… Esto no significa olvido de los grandes poetas como los hermanos Machado y tantos otros, cuya personalidad dejó surcos profundos en la lírica moderna…", aseguró. Sus palabras no debieron de agradar al poeta de Moguer ("Conversando con Gabriela Mistral", *La Libertad*, 21 de julio de 1933, p. 5).

> Poco antes de sobrevenir la desgracia tremenda, yo leía y releía tantas veces como no se cuenta, el libro *Poesía*, que desde entonces camina conmigo siempre. Cuanto hallé en él para mi alma, cuanto allí supe de J.R., cuanto allí entendí de la línea española que yo venero —angosta, pero que llega al centro de la Tierra— ya lo tengo dicho en unas lentas páginas que les mandaré cuando sepa dónde están.[21]

Además, se había sentido muy complacida con el contenido del prólogo que Juan Ramón Jiménez había escrito para el volumen *La poesía cubana en 1936*, libro publicado en La Habana en agosto de 1937 en el que el poeta de Moguer adoptó una posición claramente alejada de todo hispanocentrismo poético —algo que no podía dejar de valorar Mistral—, y donde expresó su convicción de que estaba por llegar una lírica hispanoamericana verdaderamente nueva, porque no lo era la "vieja o andrajosa, chocanera o nerudona que 'quiere' pasar" por tal".[22] La alusión a Neruda, con quien Juan Ramón Jiménez había entrado en conflicto en los años treinta,[23] no pasó inadvertida para Mistral, quien, sin dejar de reconocer la valía de su compatriota,[24] no dudó en mostrarle su apoyo al poeta español:

> Hoy leo la Antología Cubana y me remueve el prólogo de él, me remueve otros sedimentos. Alguien me dijo que J.R. daba a su choque con nuestro Neruda un sentido un poco de grupo racial, que, más o menos, él pensaba en "una sensibilidad del Sur que no lo entiende y que lo maltrata por falta de sentido de ciertas esencias". No, J.R., Maestro de todos, no; hasta tendría la soberbia buena de decir a usted que me tengo por su admiradora más cabal, más íntegra en los dos sentidos de la palabra.

[21] Carta de Gabriela Mistral a Zenobia Camprubí y a Juan Ramón Jiménez fechada en Lisboa el 28 de octubre de 1937, en "Cartas de Gabriela Mistral a Juan Ramón Jiménez", art. cit., p. 187. No nos ha sido posible localizar esas "lentas páginas" sobre el poeta a las que alude Mistral.

[22] Juan Ramón Jiménez, "Prologo", en *La poesía cubana en 1936*, ed. facsímil, Sevilla, Renacimiento, 2008, p. XVI.

[23] *Cfr*. Ricardo Gullón, "Relaciones Pablo Neruda-Juan Ramón Jiménez", *Hispanic Review*, vol. 39, nº 2, abril de 1971, pp. 141-166.

[24] La relación personal de Gabriela Mistral y Pablo Neruda no fue fácil, sobre todo desde que en 1935 la poeta se vio obligada a abandonar su puesto en el Consulado de Chile en Madrid, cargo al que aspiraba su compatriota —destinado entonces en Barcelona— y del que finalmente tomó posesión. Por ello, Mistral llegó a sospechar en algún momento de su vida que Neruda estuvo detrás de la campaña de desprestigio que la obligó a partir hacia Lisboa.

> Una veneración lisa y llana he conocido yo, chilena, hacia usted, desde mi lectura de *Poesía* (la edición pequeña) y de *Belleza*. Se ha completado el círculo de la perfección después de la lectura de la Antología general de que ya le hablé. Yo admiro a Neruda. Yo le quiero además. Y nada me ha sido más doloroso, más duro y agrio de ver, como ciertas brusquedades criollas de él para usted. Esto quería decírselo alguna vez y aquí va por fin.[25]

La veneración que decía sentir por el poeta y su preocupación por la situación de excepcionalidad en la que se encontraban él y su esposa a causa de la guerra la aproximó al matrimonio, con quien deseaba mantenerse en contacto a través de la correspondencia, una comunicación epistolar que, como bien intuía, solo sería posible si se establecía de mujer a mujer:

> Desearía que Zenobia quisiese decirme en unas palabritas de su mano cómo van viviendo. Supongo que han regresado a N. York. Quisiera saberles tranquilos, todo lo tranquilo que se puede vivir siendo español, en este momento de sangre viva del mundo y de sangre fuera de España. —Si logro saber de ustedes veré, según el parecer de los dos, si se rehace aquello de México. —Yo quedo en Río hasta diciembre. Sigo a Buenos Aires, Chile, el Perú y no sé qué tierras más.[26]

En su despedida, Mistral anotó: "Dios les guarde para ustedes, y para nosotros más que para ustedes mismos. Les saluda con un cariño traspasado de una ternura grande".[27]

Mistral había emprendido en 1937 un largo viaje por tierras americanas que la llevó a varios países, donde dictó conferencias y participó en actividades previamente programadas, oportunidades que aprovechó para procurar la adhesión a la causa de la República española, lo que no fue bien recibido por la prensa y por los sectores sociales partidarios de los sublevados de los países que visitó.[28] Procedente de Ecuador, a

[25] Carta de Gabriela Mistral a Zenobia Camprubí y a Juan Ramón Jiménez fechada en Lisboa el 28 de octubre de 1937, en "Cartas de Gabriela Mistral a Juan Ramón Jiménez", art. cit., p. 188.

[26] *Ibídem.*

[27] *Ibídem.*

[28] A Pablo Neruda, en cambio, le pareció que Mistral estaba eludiendo una responsabilidad inexcusable, lo que supuso un nuevo motivo de distanciamiento entre ambos poetas (*cfr.* Francisca Montiel Rayo, "Solidaridad y cooperación con la España leal: cartas de escritores e intelectuales del exilio republicano de 1939 a Gabriela Mistral", art. cit.,

principios de octubre de 1938 llegó a La Habana, donde permaneció algunos días más de lo previsto para poder ver a Juan Ramón Jiménez y a Zenobia Camprubí.[29] Antes de que tuvieran ocasión de hacerlo, cuando el matrimonio se hallaba viajando desde Estados Unidos hacia la isla, Mistral le remitió una carta a Zenobia Camprubí para "pedirle una gracia", la de que consiguiera de su marido la firma de una solicitud, que le adjuntó, dirigida al secretario de Relaciones Exteriores de Cuba a fin de que el poeta Eugenio Florit —a quien la pareja había conocido durante su primera estancia en la isla— fuera nombrado titular de un puesto en el extranjero, cargo que, debido a su modestia y a su pudor, no se había atrevido a solicitar él mismo. "Si lo logra", añadió la poeta chilena, "que su firma sea la primera, como es natural. A mí me da timidez pedírsela directamente; prefiero pedirle a su ángel sonriente... Dígale mi perdón (mis excusas) junto con el ruego".[30]

A poco de llegar, el matrimonio visitó a la poeta chilena, según dejó escrito Zenobia Camprubí en su diario el lunes 5 de diciembre de 1938: "Salimos para la aduana y la encontramos cerrada, fuimos a recoger a Quevedo, después a ponerles marco a los cuadros que habíamos traído, después a ver a Gabriela Mistral, que según J. R. mejoraba con el trato".[31] El encuentro fue, a lo que parece, satisfactorio para el poeta de Moguer, cuya idiosincrasia y cuyo estado de salud condicionaron enormemente, como es sabido, las relaciones personales y los intercambios sociales. Mistral también poseía un carácter singular, lo que la ayudó sin duda a comprender en ese sentido al autor de *Platero y yo*.

El 18 de diciembre de 1938 la autora de *Desolación* —esta vez sí— les devolvió el cumplido. Zenobia Camprubí se refirió a este encuentro en su diario, en el que anotó el martes 20 de diciembre de 1938 lo

pp. 177-178).

[29] Elizabeth Horan, Carmen de Urioste Azcorra y Cynthia Tompkins (eds.), *Preciadas cartas (1932-1979). Correspondencia entre Gabriela Mistral, Victoria Ocampo y Victoria Kent*, *op. cit*, p. 329.

[30] Carta de Gabriela Mistral a Zenobia Camprubí fechada en La Habana el 2 de diciembre de 1938, en "Cartas de Gabriela Mistral a Juan Ramón Jiménez", art. cit, p. 189. Mistral adjuntó a esta nota la carta dirigida a Juan Ramón Jiménez, en la que le informaba de que la petición para la que solicitaba su firma sería suscrita por siete escritores hispanoamericanos. "No sobra añadir, para el conocimiento de Ud.", aseguró, "que Eugenio Florit no milita en ningún partido político cubano" (p. 190). En 1940 Florit fue destinado al Consulado General de Cuba en Nueva York, lo que contribuyó a que se afianzara la relación y la colaboración del poeta cubano con el matrimonio Jiménez.

[31] Zenobia Camprubí, *Diario 1. Cuba (1937-1939)*, traducción, introducción y notas de Graciela Palau de Nemes, Madrid, Alianza Editorial y Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1991, p. 309.

siguiente: "Se me olvidó apuntar la visita de despedida de Gabriela Mistral, anteayer, en la que me preguntó cuál era el mejor modo no político de ayudar a los niños vascos. Le escribí a Miss Lewishon sobre el asunto",[32] añadió en alusión a su amiga Irene, que había creado en 1937 la Spanish Child Welfare Association con el fin de ayudar a los niños españoles víctimas de la Guerra Civil.[33] Su encuentro en Cuba, según se desprende de estas palabras, les había permitido hablar sobre el curso de la contienda —cuyo final resultaba ya enteramente previsible— y sobre el auxilio que todos ellos podían prestar en la distancia a los menores, los más necesitados. Juan Ramón y Zenobia, como es sabido, no habían dejado de hacerlo desde el inicio del conflicto. Mistral, por su parte, que acababa de ceder los derechos de autor de la edición de su libro *Tala*, publicado por Victoria Ocampo, continuó socorriendo a los necesitados en colaboración con su buena amiga Victoria Kent.[34] Este objetivo común los aproximó un poco más, como sin duda debió de suceder también cuando, en el curso de sus conversaciones, compartieron sus posicionamientos ideológicos en relación con la situación política de España.[35]

[32] *Ibídem*, p. 316.

[33] Emilia Cortés Ibáñez, *Zenobia Camprubí. La llama viva, op. cit*., p. 406.

[34] A la vista del desarrollo de los acontecimientos, Mistral, que había previsto ayudar a los niños vascos víctimas de la Guerra Civil con el dinero recaudado por la venta de *Tala*, tuvo que cambiar de planes. "Habría que ayudar a estos desgraciados niños errantes, que Francia tira y no tira a la vez, con su sabida manera. Quiere a los padres para soldados de la guerra que viene, y pone mala cara al cargar con las mujeres y los hijos. Anoche escribí a uno de los dirigentes republicanos y le pregunté si no piensan hacer algo estable y digno con los millones que aún velan en bien de esas familias repartidas por Francia y España, pero que se pueden acomodar en Francia siempre que a nuestra Madre idealista se le paguen comida, techo, agua, etc. Si algo así hicieran, podrían usted y Victoria Kent comprar –hacer comprar– un dormitorio para esas criaturas", le escribiría a Victoria Ocampo en febrero de 1939 (Gabriela Mistral y Victoria Ocampo, *Esta América nuestra. Correspondencia 1926-1956, op. cit*., pp. 99-100).

[35] Firmes defensores de la República, los tres se mostraron muy críticos con algunas de las políticas de partido practicadas entonces. "Soy hombre libre, lo fui siempre y estoy seguro de seguir siéndolo hasta el fin", escribió Juan Ramón Jiménez, que añadió a continuación: "Nunca he querido encadenarme a ningún partido político, aunque tenga mi lójica preferencia, porque los partidos suelen imponer complicación y volubilidad y yo quiero ser claro y seguido idealista" (*Guerra en España*, introducción, organización y notas de Ángel Crespo, Barcelona, Seix Barral, 1985, p. 52). Mistral era, según sus propias palabras, "una mujer sin partido" (Carta de Gabriela Mistral a Pedro Aguirre Cerda, presidente de Chile, fechada en Río de Janeiro el 25 de julio de 1940, Biblioteca Nacional de Chile, signatura AEOO21196); "socialista" de un "socialismo particular […], que consiste exclusivamente en ganar lo que se come y en sentirse prójimo de los explotados", había declarado en 1933 (Xesús Nieto Pena, "Conversando con Gabriela Mistral", *Repertorio*

En el mes de marzo de 1939, pocos días antes de que se declarara oficialmente el fin de la contienda, sus nombres aparecieron reunidos en la petición de "Ayuda a los intelectuales españoles" que, impulsada por Tomás Navarro Tomás, se publicó en *La Prensa*,[36] periódico neoyorquino propiedad de José Camprubí, el hermano de Zenobia para quien Mistral les había transmitido sus saludos en la carta que les remitió en octubre de 1937.[37]

Tiempo de exilio

A su común preocupación por la difícil situación en la que se hallaban los republicanos vencidos se unieron muy pronto los desvelos que generaron en todos ellos el inicio y el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, a los que se refirieron de forma habitual en su correspondencia. En lo personal, Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí tuvieron que asumir las consecuencias derivadas de su condición de exiliados.[38] Instalados en Miami desde 1939, en 1942

americano, 36, 2 de septiembre de 1933, p. 136). En sus escritos, Zenobia Camprubí dejó constancia en numerosas ocasiones de la distancia que la separaba de los militantes comunistas, con algunos de los cuales, como fue el caso de Constancia de la Mora, había mantenido años antes una estrecha relación (*cfr*. Zenobia Camprubí, *Epistolario III, 1936-1951*, edición de Emilia Cortés Ibáñez, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2022, p. 180).

[36] El texto ha sido reproducido por Emilia Cortés Ibáñez en *Cartas de Tomás Navarro Tomás a Juan Ramón Jiménez y Juan Guerrero (1917-1950),* Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses, 2014, p. 50. Sobre las actuaciones de Tomás Navarro Tomás, en colaboración con Federico de Onís, en favor de los intelectuales republicanos exiliados y sobre los contactos que estableció con la escritora chilena puede verse mi artículo "Solidaridad y cooperación con la España leal: cartas de escritores e intelectuales del exilio republicano de 1939 a Gabriela Mistral", art. cit., pp. 183-187.

[37] "Les ruego saludar al Dr. Camprubí. Su diario publicó algo en contra mía a propósito de cierta publicación dolosa y perversa de la cual algún día les hablaré. Si ustedes lo consienten. A él también", escribió Mistral en relación con el episodio que la obligó a abandonar Madrid en 1935, ya referido (Carta de Gabriela Mistral a Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez fechada en Río de Janeiro el 28 de octubre de 1937, en "Cartas de Gabriela Mistral a Juan Ramón Jiménez", art. cit., p. 188).

[38] Mientras Zenobia Camprubí se ocupó de resolver los asuntos relacionados con la casa del matrimonio en Madrid y con su nueva vida en Estados Unidos, donde "el *status* de refugiado", al que se refirió en una carta remitida desde Miami a su amiga Olga Bauer el 1 de julio de 1939 (*Epistolario III, 1936-1951*, *op. cit*., p. 179), les condicionó enormemente desde el punto de vista económico, Juan Ramón Jiménez cifraba su condición de "desterrado" en el hecho de no tener "lenguas mías a mi alrededor", escribió en Nueva York en septiembre de 1939. "No hago nada, no soy nadie, estoy más muerto que muerto, estoy perdido", aseguró (Juan Ramón Jiménez, *Guerra en España, op. cit.,* p. 48).

fijaron su residencia en Washington, donde realizaron diferentes trabajos que culminaron con su contratación como profesores en la Universidad de Maryland. La vida de Gabriela Mistral —una "chilena errante", según sus propias palabras—[39] trascurrió desde 1940 —año en el que abandonó el Consulado de Niza para desempeñar el mismo cargo en Niteroi— en Brasil, donde tuvo que afrontar el dolor que le produjo el fallecimiento de su ahijado, Yin Yin, ocurrido en 1943. No hay constancia de que Juan Ramón y Zenobia se pusieran en contacto con ella por ese motivo, ni que lo hicieran con otro objetivo en estos años, pero es sabido que el 17 de diciembre de 1945, cuando supieron que le había sido concedido el Premio Nobel de Literatura, le enviaron un telegrama de felicitación a Petrópolis, donde residía entonces.[40]

El matrimonio pudo cumplimentar personalmente a Mistral unos meses después, en la primavera de 1946, durante un encuentro que tuvo lugar en Washington en la fiesta que ofreció el encargado de negocios de Chile, "precisamente porque sabía que J. R. no iría a la fiesta grande de la Embajada", para celebrar la concesión del Premio Nobel a Gabriela Mistral".[41] De la citada reunión trascendió una conocida fotografía, en la que puede verse a la homenajeada con Juan Ramón Jiménez y con el poeta y diplomático chileno Humberto Díaz Casanueva.[42] El matrimonio Jiménez y la poeta chilena se reencontraron de nuevo en el almuerzo que organizó Catherine Biddle, traductora de algunos poemas de Mistral y amiga de Zenobia. "En esta ocasión no hubo fotos pero sí anécdotas graciosísimas que algún día le contaré", le prometió esta última a Juan Guerrero Ruiz.[43] Al parecer, la autora de *Tala* había defendido ante Juan

[39] Carta de Gabriela Mistral a Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez fechada en Río de Janeiro el 28 de octubre de 1937, en "Cartas de Gabriela Mistral a Juan Ramón Jiménez", art. cit., p. 187.

[40] "Nuestra más cariñosa enhorabuena. Juan Ramón y Zenobia" (Biblioteca Nacional de Chile, signatura AEOOO6138). La Biblioteca Nacional de Chile fecha el telegrama, que presenta manchas y fragmentos de difícil lectura, en Washington el 17 de diciembre de 1945; Emilia Cortés Ibáñez lo reproduce como enviado el día 24 de ese mismo mes (Zenobia Camprubí, *Epistolario III, 1936-1951, op. cit*., p. 566).

[41] Carta de Zenobia Camprubí a Juan Guerrero Ruiz fechada en Washington el 14 de agosto de 1946 (Zenobia Camprubí, *Epistolario I. Cartas a Juan Guerrero Ruiz, 1917-1956*, edición de Graciela Palau de Nemes y Emilia Cortés Ibáñez, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006, p. 540).

[42] La imagen se divulgó en algunas publicaciones periódicas inmediatamente, como Zenobia Camprubí, a quien le pareció "una excelente foto", le explicó a Juan Guerrero Ruiz en la carta que le remitió el 14 de agosto de 1946 (Zenobia Camprubí, *Epistolario I. Cartas a Juan Guerrero Ruiz, 1917-1956*, *op. cit*., p. 540).

[43] *Ibídem.*

Ramón la supuesta superioridad poética del portugués frente al español,[44] una afirmación que incomodó al autor de *Eternidades*[45] y a la que su esposa no debió de darle mayor importancia.[46]

El episodio no alteró la relación que el matrimonio venía manteniendo con la escritora chilena, una relación casi inexistente desde hacía años por lo que ha podido saberse hasta ahora. "Yo soy animal de rumia y a Uds. dos los rumio con frecuencia", le confesó Mistral a Zenobia Camprubí en 1951[47] durante el intercambio epistolar que propició ella misma al tener conocimiento del empeoramiento del estado de salud de Juan Ramón. Algunos meses antes, en diciembre de 1950, sin saber que desde el pasado verano se hallaba inmerso en una profunda crisis, le envió al poeta una "esquelita" desde Washington, adonde había viajado procedente de México —país en el que había vivido en los últimos años— para recoger el Premio Anual de la Academia Norteamericana de la Historia Franciscana. Tal vez tenía la esperanza de verlo, pero no recibió respuesta. Por aquellas fechas, Juan Ramón se hallaba en el sanatorio de Takoma Park, de Washington, ingresado por segunda vez después de haber viajado a Puerto Rico en el mes de noviembre para comprobar si allí encontraba alguna mejoría.[48]

A finales de aquel invierno de 1950-1951, desde Rapallo —localidad en la que había fijado su residencia tras tomar posesión de su nuevo cargo como cónsul de Chile en Nápoles—, alarmada por la salida de la isla del matrimonio a causa del estado en el que se encontraba el poeta —según había podido leer en la prensa italiana—, Mistral le escribió a

[44] La anécdota la relató la chilena Marta Vergara en sus *Memorias de una mujer irreverente* (1962), según asegura Luis Vargas Saavedra, que transcribe un breve ensayo de Juan Ramón, sin fecha, sobre la polémica (*cfr. Castilla, tajeada de sed como mi lengua. Gabriela Mistral ante España y España ante Gabriela Mistral, 1933 a 1935*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2002, pp. 219-220).

[45] El 10 de mayo de 1946, Pedro Salinas le escribió a Jorge Guillén lo siguiente: "Según me dice Picón Salas, regañó la Nobel con J. R. J., y este anda ramoneando o juanramoneando por Washignton, es decir, mordiendo a Gabriela" (Pedro Salinas y Jorge Guillén, *Correspondencia (1923-1951*), edición, introducción y notas de Andrés Soria Olmedo, Barcelona, Tusquets, 1992, p. 389).

[46] Zenobia Camprubí se refirió así a esa comida en la carta que le remitió a su amiga Olga Bauer el 19 de marzo de 1946: "El domingo te pude escribir una carta más alegre, cuando volví de un almuerzo literario en honor de Gabriela Mistral, en casa de mi amiga Catherine Biddle, en el que se habían reunido unos cuantos amigos de los que más me gustan" (Zenobia Camprubí y Olga Bauer, *Epistolario, 1932-1956*, edición de Emilia Cortés Ibáñez, Huelva, Biblioteca de Estudios Juanramonianos, 2017, p. 282).

[47] Carta de Gabriela Mistral a Zenobia Camprubí, sin fecha [1951], escrita en Rapallo, en "Cartas de Gabriela Mistral a Juan Ramón Jiménez", art. cit., p. 193.

[48] *Cfr.* Emilia Cortés Ibáñez, *Zenobia Camprubí. La llama viva, op. cit*., pp. 218-222.

Margot Arce para que la puertorriqueña le explicara lo que estaba sucediendo y para que le hiciera llegar a Zenobia Camprubí una carta en la que anotó lo siguiente:[49]

> La salud de JR es y será siempre preciosa para todos nosotros. Muchos callamos por el hábito de los mestizos y de los indios. Suele ser un callar muy sensible y atento, con el cual buscamos no alarmar o no dar afán mandando cartas. Pero todos vemos a JR como una piedra preciosa. ¡Ay, ojalá él, según ellas, nos dure mucho.[50]

Estaba convencida de que Margot Arce hallaría el modo de que su destinataria recibiera, según escribió, "estos 'garabatos' de una fiel que les piensa con ansiedad a veces, otras veces tranquila de saber que 'el hombre precioso', 'la criatura querida' está todavía en la prueba de la dolencia o bien que ha mejorado". A continuación, Mistral se ofrecía a hacerle llegar los libros italianos que Juan Ramón pudiera necesitar. "Que me los pida como a una hermana 'chica, aunque vieja'… Yo quiero servirle de algo", añadió antes de enviarles "un abrazo para los dos".[51]

El 20 de marzo de 1951, Arce informó a Gabriela Mistral de la reciente llegada del matrimonio Jiménez a Puerto Rico, donde, al parecer, pensaban residir permanentemente. "JR está muy mal", le comunicó. "Tiene la obsesión de que va a morirse muy pronto y su neurastenia ha subido de punto. Creo que la pobre Zenobia es la víctima de sus manías. Por lo demás, está lúcido como siempre".[52]

Estas palabras debieron de impactar doblemente a Mistral, no solo por la información sobre Juan Ramón que contenían, sino también por

[49] Gabriela Mistral conoció a Margot Arce en 1928 en la Residencia de Señoritas de Madrid mientras realizaba estudios de doctorado en la capital de España. Posteriormente trabajó para ella durante un año en Lisboa. De regreso a su país, donde se casó con el escultor exiliado español Francisco Vázquez Díaz —conocido como Compostela—, trabajó en la Universidad de Río Piedras, donde Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí coincidieron con ella. Margot Arce es autora de un volumen preparado en su memoria titulado *Gabriela Mistral. Persona y* poesía (San Juan de Puerto Rico, Ediciones Asomante, 1958). Consuelo Saleva, otra puertorriqueña vinculada a la escritora chilena, de la que fue secretaria durante muchos años y con la que enemistó en la década de los cuarenta, fue un gran apoyo para el matrimonio Jiménez durante el período final de sus vidas, en el que trabajó como secretaria de Jaime Benítez, rector de la Universidad de Río Piedras.

[50] Carta de Gabriela Mistral a Zenobia Camprubí, sin fecha [1951], escrita en Rapallo, en "Cartas de Gabriela Mistral a Juan Ramón Jiménez", art. cit., p. 192.

[51] *Ibídem.*

[52] Carta de Margot Arce a Gabriela Mistral fechada en Río Piedras (Puerto Rico) el 20 de marzo [de 1951] (Biblioteca Nacional de Chile, signatura AEOOO2164).

lo que se refiere a Zenobia, cuya realidad hubo de suscitar en ella lógicos sentimientos de empatía y de sororidad. Por ello, a pesar de no haber recibido respuesta a su primer envío, no dudó en escribirle de nuevo. Deseaba ayudarla en la distancia, en primer lugar, advirtiéndola —de acuerdo con su propia experiencia— del carácter nocivo de algunos alimentos; después, de los efectos adversos para los nervios —"el alma manifestada en el cuerpo"— del clima.[53] En esta segunda misiva se ofreció de nuevo a remitirle a Juan Ramón los volúmenes editados en Italia que pudiera precisar, pero su objetivo principal —además de saber algo más de ellos— era otro. Si cuando recibió el Premio Nobel en 1945 manifestó públicamente su convicción de que, en rigor, debería haber sido concedido a Juan Ramón Jiménez, del que se consideraba discípula,[54] ahora creía que había llegado el momento de que se le otorgara por fin dicho galardón, por lo que había decidido trabajar en ese sentido desde ese preciso momento. "El próximo PN español que venga debe ser para JR. Todos sabemos eso",[55] escribió antes de explicarle cómo debería llevarse a cabo el proceso:

> Debe presentar la candidatura alguien que sea muy alto en Europa y JR es sabido de gente europea importante. Escogida esa persona por Uds., tenemos derecho a apoyar la candidatura los otros PN. Solo el año pasado se nos declaró eso oficialmente por la Acad. Sueca. No hay franquistas en ella y los miembros que he tratado repudian a F[ranco]. Hablé aquí hace días con una Sra. Sueca que es jefe de la Editorial 1ª de su país; le hablé de JR. Lo ha leído —lee español— y lo admira mucho. Ella podrá ayudar-

[53] Mistral le recomendaba que Juan Ramón no tomara grasa, muy habitual allí "tal vez por falta de aceite", ni "ese café de P. R. tan bueno de calidad como dañino para los hipertensos como yo o para los muy sensibles como él". "Peor aún es el calor, querida. Pero tal vez Uds. viven allí solo el invierno", añadió al desconocer cuáles eran los planes de futuro que albergaban (Carta de Gabriela Mistral a Zenobia Camprubí, sin fecha [1951], escrita en Rapallo, en "Cartas de Gabriela Mistral a Juan Ramón Jiménez", art. cit., p. 193).

[54] *Cfr.* Alfonso Alegre Heitzmann, *Juan Ramón Jiménez, 1956. Crónica de un Premio Nobel (Memoria, cartas y documentos)*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2008, p. 61.

[55] Carta de Gabriela Mistral a Zenobia Camprubí, sin fecha [1951], escrita en Rapallo, en "Cartas de Gabriela Mistral a Juan Ramón Jiménez", art. cit., p. 193. Aunque en los años previos se habían producido algunos intentos de promover la candidatura del poeta de Moguer, Mistral apoyó en 1949 la de Alfonso Reyes (*cfr.* Gabriela Mistral, *Obra reunida. Tomo VIII. Cartas*, *op. cit*., pp. 421-422), una apuesta fallida que, en el caso de la del autor de *Sonetos Espirituales,* resultaría mucho más efectiva, aunque tardara todavía algunos años en fructificar.

> nos también a lo de hacer ambiente 'con los viejos'… Hable Ud., querida, con Margot sobre esto.[56]

Parecía decidida a que se activara la propuesta. "Dígame 4 letras sobre este asunto", añadió en su carta. "Si lo hacemos debe ser con miras al año 52 o 53. Disponer [*sic*] de mí como de una buena criada: mandarme [*sic*] con toda confianza, en toda confianza", le pidió a Camprubí. Estaba dispuesta a entregar en mano —en Roma y en Nápoles, adonde se iba a trasladar en breve huyendo del frío de Rapallo—, y a expedir por correo al resto de ciudades del país los libros que Juan Ramón y Zenobia quisieran que tuvieran los intelectuales italianos más influyentes,[57] le comunicó después de enviarles "un abrazo tierno y fuerte a la vez para mis dos bien queridos".[58]

Las dos cartas de Mistral se cruzaron con las respuestas de Zenobia, que contestó por primera vez a los envíos de su interlocutora el 7 de abril de 1951. Era consciente de que debía haberle escrito cuando recibieron su primera carta en el mes de diciembre —"esquelita" que Juan Ramón colocó en el marco del espejo de la cómoda del hospital—[59], y le pidió disculpas por no haber podido verla a su paso por Washington.[60] Cumplía, por ello, explicarle brevemente lo sucedido desde que se inició lo que calificó como "nuestro calvario", una "catástrofe" de la que parecía que estaban empezando a salir. Su marido se encontraba mejor,[61] y, claro está, ajeno a las preocupaciones de orden práctico que la afligían a ella, inquietudes que quiso compartir con Mistral.

Jaime Benítez, rector de la Universidad de Puerto Rico y buen amigo de Mistral, le había ofrecido trabajo, una propuesta que Zenobia estaba valorando y que finalmente acabaría por aceptar. Por lo pronto, andaba ocupada traduciendo manuales escolares, una labor poco gratificante

[56] Carta de Gabriela Mistral a Zenobia Camprubí, sin fecha [1951], escrita en Rapallo, en "Cartas de Gabriela Mistral a Juan Ramón Jiménez", art. cit., pp. 193-194.

[57] "Para buscar yo las firmas italianas debo tener libros de J. R., ¿los pido a librerías españolas o argentinas? ¿A cuáles? Basta darme nombres y direcciones. Yo haré el resto", añadió (*Ibídem*, p. 195).

[58] *Ibídem*, pp. 194-195.

[59] Carta de Zenobia Camprubí a Gabriela Mistral fechada en Santurce (San Juan de Puerto Rico) el 7 de abril de 1951 (en *De mujer a mujer. Cartas desde el exilio a Gabriela Mistral (1942-1956)*, edición, introducción y notas de Francisca Montiel Rayo, Madrid, Fundación Banco Santander, 2020, p. 101).

[60] *Ibídem*, p. 103. "Es probable que J. R. no hubiese querido que Vd. lo viera…, porque dice que 'todos tenemos derecho a esconder nuestras miserias'", añadió.

[61] *Ibídem*, pp. 101-102.

pero obligada por razones económicas.[62] En su despedida, le pidió que les escribiera y que les contara "cosas suyas", una demanda que, más allá de la mera cortesía, trasluce cierto interés por lograr un acercamiento entre ambas, aunque fuera a través de la correspondencia.[63]

Ante el temor de que su carta no hubiera llegado a su destino, Zenobia le volvió a escribir el 29 de mayo de 1951, envío en el que le habló de nuevo de la mejora que el poeta había experimentado. Estaba convencida de lo decisivo que resultaba para él estar "en un ambiente 'español'", por lo que empezaba a considerar la posibilidad de "renunciar a vivir ya en los Estados Unidos", donde ella deseaba permanecer. En cualquier caso, tras haber realizado continuos cambios de residencia durante los quince años que llevaban fuera de España, Zenobia le confesó que necesitaba instalarse en un lugar donde, en sus palabras, "pudiéramos descansar de estos ejercicios mecánicos para redondear el presupuesto, y dedicarnos los dos a publicar toda la obra inédita de J.R., que es mucha".[64] Arrepentida de haber hablado en primera persona del plural al aludir a la obra de su marido, antes de concluir su escrito quiso explicarle a su interlocutora por qué lo había hecho: "Ni por un momento he querido dar otra impresión de colaborar con él, sino de serle una secretaria fiel para desbrozar el camino, catalogando, poniendo a máquina, ayudando a corregir pruebas, etc., para evitarle el perder tiempo en alrededores de 2º y hasta de tercer orden".[65]

En su carta, escrita para ofrecerle a Mistral el "relato fiel del estado de […] salud" de Juan Ramón,[66] como ella deseaba, no pudo o no quiso evitar ciertas confesiones personales, revelaciones que sin duda sirvieron para que la poeta chilena comprendiera los difíciles momentos vividos por Zenobia. Esta le reconoció que también ella necesitaba recobrar la tranquilidad que les había proporcionado su llegada a Puerto Rico, pues, desde que el poeta empeoró en julio de 1950, habían pasado ambos "una temporada tan horrible que hubo momentos en que", añadió, "no sé cuál de los dos estaba más deprimido". Le había disgustado, prosiguió, que Juan Ramón no quisiera recibir a algunas visitas amparándose en su convicción de que todos tenemos "derecho

[62] *Ibídem*, p. 102.

[63] *Ibídem.* "La abraza con gran cariño", escribió Zenobia para cerrar su envío (p. 103).

[64] Carta de Zenobia Camprubí a Gabriela Mistral fechada en Santurce (Puerto Rico) el 29 de mayo de 1951 en *De mujer a mujer. Cartas desde el exilio a Gabriela Mistral (1942-1956), op. cit.*, p. 105. Al concluir su escrito, Zenobia consignó la fecha final del mismo, 30 de mayo de 1951.

[65] *Ibídem*, p. 106.

[66] *Ibídem*.

a ocultar nuestras miserias",[67] por lo que celebraba poder reanudar las relaciones sociales en su nueva residencia. Ambas mujeres tenían conocidos comunes, de los que le habló en su carta,[68] en la que le comunicó asimismo la tristeza que le había producido saber, a través de una de las personas presentes en la representación teatral a la que había asistido recientemente, que Mistral no se encontraba muy contenta en Rapallo. "Si se va Vd. de Italia, ¿hacia dónde irá?", le preguntó después de agradecerle su interés —a "su bondad ocupándose de nosotros" se había referido al iniciar su escrito— y de enviarle un abrazo. Para finalizar, le advirtió que no le daba ningún recado de Juan Ramón "para no enseñarle la carta",[69] contraviniendo así su costumbre de dejar que su marido cerrase sus misivas, una práctica que ella, que había asumido el monopolio de la correspondencia familiar,[70] denominaba "la aduana"; esto es, "la lectura y P[ost] D[ata] de JR".[71]

El 27 de junio de 1951 Zenobia respondió a la última carta remitida por Mistral a través de Margot Arce, a la que ya se ha aludido en estas páginas. Suponía que había recibido las suyas porque, de no ser así —bromeó—, se habría llevado "un estirón de orejas".[72] En su escrito se refirió primero a las recomendaciones alimentarias que le había hecho su interlocutora, describiendo "la inapetitosa comida" que le preparaba a diario a su marido para ayudarle a mejorar su salud. Por esta razón, venía librando con él una lucha constante que, añadió, "sería capaz de dejar hecho un guiñapo aun a quien fuera mucho más tesonero que yo".[73] En cuanto al clima, sobre el que también había mostrado su preocupación Mistral, Zenobia le escribió:

[67] *Ibídem*, pp. 105 y 106.

[68] Entre otros, Zenobia mencionó al chileno Jorge Millas, entonces profesor en la Universidad de Puerto Rico; a Cipriano de Rivas Cherif, exiliado republicano español en la isla, o a la ya aludida Catherine Biddle.

[69] Carta de Zenobia Camprubí a Gabriela Mistral fechada en Santurce (San Juan de Puerto Rico) el 29 de mayo de 1951 en *De mujer a mujer. Cartas desde el exilio a Gabriela Mistral (1942-1956), op. cit*., p. 106.

[70] Zenobia Camprubí, *Epistolario III, 1936-1951, op. cit*., p. 158.

[71] *Ibídem*, p. 75. Dicha práctica le ocasionó innumerables disgustos, como puede observarse en sus epistolarios, en los que se queja de la demora con la que salían las cartas por culpa de su esposo.

[72] Carta de Zenobia Camprubí a Gabriela Mistral fechada en Santurce (San Juan de Puerto Rico) el 27 de junio de 1951 en *De mujer a mujer. Cartas desde el exilio a Gabriela Mistral (1942-1956), op. cit*., p. 108.

[73] *Ibídem*. Zenobia Camprubí aludió a los esfuerzos empleados para conseguir alimentar a su esposo de forma análoga a la utilizada comúnmente para que coman los niños, un detalle que sin duda no le pasó inadvertido a su interlocutora, a quien su amiga

> El dato calor, sin bromas, es un punto "candente" que más vale no *meneallo*, porque quien más lo padece (y me embarqué con plena conciencia de ello) soy yo, y me echo a temblar de lo que pueda ocurrir cuando empiece el curso de invierno —que ocurre el 25 de agosto, por si fuera poco vivir en el trópico—.[74]

Con sus palabras le dejaba claro a su interlocutora el sacrificio que estaba suponiendo para ella su traslado a la isla, padecimientos que daba por bien empleados a la vista del apoyo que estaba recibiendo allí para conseguir que su marido —que no hacía "el menor esfuerzo por ayudarse" a sí mismo— superara el declive en el que llevaba inmerso desde hacía casi un año.[75]

A continuación, quiso responder por su cuenta —"porque JR no lo hará", le advirtió— a la iniciativa de activar la candidatura de Juan Ramón Jiménez al Premio Nobel que le había comunicado Mistral. Era consciente del "inmenso bien moral que para JR sería" conseguir dicho galardón, reconocimiento que les permitiría disponer del dinero suficiente para que ambos pudieran dedicarse a "organizar y editar la enorme cantidad de obra inédita" del poeta.[76] Aunque había experimentado una evidente mejoría que le había permitido asistir a algunos actos sociales,[77] todavía necesitaba recuperar la confianza en sí mismo.[78] El Premio Nobel, continuó Zenobia, le proporcionaría "la inyección de optimismo que necesitaba", por lo que se mostró de acuerdo en acudir

---

Victoria Kent le había escrito el 23 de noviembre de 1935, a poco de instalarse en Lisboa, lo siguiente: "Me alegra y tranquiliza saber que su salud va mejor, no se abandone y cuando llegue Connie [Consuelo Saleva], si usted me lo permite, le escribiré diciendo que usted necesita cuidados de niño, que hay en su casa dos pequeños, a los efectos del celo en los cuidados, Gabriela y Yin Yin". En Elizabeth Horan, Carmen de Urioste Azcorra y Cynthia Tompkins (eds.), *Preciadas cartas (1932-1979). Correspondencia entre Gabriela Mistral, Victoria Ocampo y Victoria Kent*, *op. cit.*, p. 217.

[74] *Ibídem,* pp. 108-109.

[75] *Ibídem,* p. 109. Como es sabido, la actuación del doctor José García Madrid, exiliado en la isla, resultó determinante para la salud del poeta durante los años que vivió en Puerto Rico. También lo fue para el matrimonio el apoyo de Jaime Benítez, rector de la Universidad de Puerto Rico. "Amigo más incondicional" que él "no lo hay", anotó Zenobia en esta misma misiva (p. 108).

[76] *Ibídem*, p. 109.

[77] Zenobia detalló en su carta algunas de las excursiones a diferentes enclaves de la isla que habían realizado, así como los espectáculos musicales o teatrales y las invitaciones privadas a las que Juan Ramón había accedido a asistir (*Ibídem*, pp. 101-111).

[78] *Ibídem,* p. 110. "Ahora no quiere ni firmar porque dice que tiene la letra temblona, cuando lo que la tiene es desentrenada porque hace un año que se ha declarado en huelga", añadió.

a quienes podían apoyar la propuesta, tanto en América como en Europa.[79] Muy agradecida por "acordarse tanto de nosotros", se ofreció a enviarle los últimos libros de Juan Ramón de los que tenía ejemplares. Algunos se habían quedado en su casa de Riverdale, residencia que parecía echar de menos, aunque daba por bien empleado un traslado que provocaba en ella sentimientos encontrados. "Esta aventura por ahora va bien, pero es muy precaria", le confesó. "De todos modos estamos juntos, en vez de perder peso, lo gana, y espera con gran interés la hora de la velada con los españoles peregrinos". Sin embargo, ella, aunque dispuesta a atenderlo en todas sus necesidades,[80] se sentía algo atrapada en su vida diaria. "¡Quién estuviera con Vd. mirando el atardecer rosa-gris de aquella bahía!", exclamó al concluir su escrito.[81]

Años finales

La correspondencia conocida se interrumpe de nuevo a partir de entonces. Cabe pensar que, superada la crisis que había llevado al matrimonio a Puerto Rico y que había alertado a Mistral, la comunicación entre ellos —siempre dificultada por los continuos cambios de destino de la chilena— quedó circunscrita a las puntuales felicitaciones navideñas que se remitieron anualmente.[82] Zenobia retomó la costumbre cuando se sintió algo recuperada de los graves problemas de salud que la obligaron a someterse a una intervención quirúrgica en Boston en diciembre de 1951, grave contratiempo del que Juan Ramón le habló a Mistral en la carta que le remitió el 5 de enero de 1953. En su escrito, el primero que le hacía llegar después de que la poeta chilena y Zenobia Camprubí intercambiaran las últimas cartas a las que se ha hecho alusión en estas páginas,[83] se mostraba interesado en

[79] *Ibídem,* pp. 109-110.

[80] Tras regalarle para el día de su santo la biografía recién aparecida de Toscanini, obra de Howard Taubmann, Juan Ramón le pedía constantemente que le leyera un capítulo. "No sé qué vamos a hacer cuando se nos acabe el libro", le confesó a Mistral (*Ibídem*,, p. 111).

[81] *Ibídem.*

[82] A pesar del silencio epistolar, todo parece indicar que los contactos establecidos por Gabriela Mistral con distintas personalidades vinculadas a la Academia Sueca en ese tiempo resultaron decisivos para la concesión del Premio Nobel a Juan Ramón Jiménez. *Cfr.* Alfonso Alegre Heitzmann, *Juan Ramón Jiménez, 1956. Crónica de un Premio Nobel (Memoria, cartas y documentos), op. cit*., p. 63.

[83] "Gabriela muy querida: ¡Después de 2 años! de corazón descompuesto, empiezo a vivir de nuevo", le escribió Juan Ramón al inicio de su carta. "Y una de mis primeras

saber si había pensado visitar Puerto Rico aprovechando el viaje a Cuba que tenía previsto realizar con motivo de la celebración del centenario de José Martí, en el que iba a participar. "¡Cuánto nos gustaría verla!", escribió el poeta. Zenobia, como hiciera su marido habitualmente, añadió unas breves palabras, en ese mismo sentido, al final de la carta: "¿Cuándo nos volvemos a ver?", le preguntó.[84] Algunos días después, la traductora de Tagore le envió una tarjeta postal informándola de la posibilidad de viajar en barco desde el puerto de Brooklyn hasta San Juan de Puerto Rico, lo que revela que pudo existir alguna intención por su parte —comunicada por ella misma o referida por algún tercero— de reencontrarse con ellos. Quizá fue simplemente una iniciativa de Zenobia tendente a ayudarla a tomar la decisión de visitarlos. "En este caso cuente con mi viejo pero perfectamente útil auto para esperarla y llevarla adonde sea. De este último detalle me ocuparé en cuanto Vd. me diga lo que quiere", le escribió también.[85]

Gabriela Mistral fue a Cuba, según lo previsto, pero no a Puerto Rico, como Juan Ramon y Zenobia deseaban. Con toda probabilidad, sus continuos viajes, la asunción de compromisos adquiridos y sus ya habituales cambios de dirección postal impidieron que la escritora chilena leyera los escritos que el matrimonio le envió en su momento. No lo hizo hasta que se instaló en Long Island tras haber sido nombrada cónsul adscrita al Consulado General de Chile en Nueva York en agosto de 1953. Además de la carta de Juan Ramón y de la tarjeta postal de Zenobia antes mencionadas, en su nueva residencia le aguardaba también un escrito reciente de su interlocutora, remitido a finales de ese año. "Esta es para que vea que no la hemos olvidado ni en estas Pascuas ni en las pasadas, sino que, cuando quisimos confirmar la dirección, nos enteramos de que ya no estaba en Italia", inició Zenobia su envío, en el que le expresó asimismo su deseo de que hubiera recibido "una carta

devociones es escribir a usted. Su carta tan buena me llegó en días muy malos. Luego, yo mejoré […]. Cuando me cuentan de enfermedades suyas, yo pienso en las mías; siempre cayéndome y levantándome" (Carta de Juan Ramón Jiménez a Gabriela Mistral fechada el 5 de enero de 1953, Biblioteca Nacional de Chile, signatura AEOOO7873). Como ya le había sucedido a la escritora chilena, también el poeta se sentía identificado con ella a causa de sus continuos problemas de salud.

[84] *Ibídem.* Este añadido no ha sido incluido en las reproducciones de la carta que han sido localizadas. *Cfr.* Juan Ramón Jiménez, *Selección de cartas (1899-1958),* Barcelona, Ediciones Picazo, 1973, p. 274; Juan Ramón Jiménez, *Cartas literarias*, Barcelona, Editorial Bruguera, 1977, p. 219; y Alfonso Alegre Heitzmann, *Juan Ramón Jiménez, 1956. Crónica de un Premio Nobel (Memoria, cartas y documentos), op. cit*., p. 81.

[85] Tarjeta de Zenobia Camprubí a Gabriela Mistral sin fecha [enero de1953], en *De mujer a mujer. Cartas desde el exilio a Gabriela Mistral (1942-1956), op. cit*., p. 113.

larga y cariñosa que le escribió JR al principio de su estancia en ese preciosísimo país";[86] esto es, en Estados Unidos, de donde la traductora de Tagore se había visto obligada a partir definitivamente a principios de 1951. La respuesta de Mistral, enviada sin fecha —como la mayoría de las que escribió—, data de ese mismo invierno. La dirigió a la "muy querida y muy pensada" Zenobia, a quien le confesó la alegría que le había producido encontrar los escritos que le habían mandado, pero también la dificultad que tenía para descifrar la letra de su esposo. "Estoy… traduciendo la carta de nuestro *regalón*, alias Juan Ramón", le advirtió, razón por la que no respondió a lo que el poeta le decía en ella, que tal vez no entendió,[87] sino que, muy agradecida por la "linda cartita" que ella le había enviado,[88] se mostró algo más expansiva de lo habitual al hablarles de sí misma. Se encontraba en casa de su inseparable Doris Dana, acompañada también por Margaret Jane Bates,[89] a la que llamaba La Niña de Roma porque también ella tenía "un poquito de picardía española" en su costumbre de poner apodos, "pero cariñosos, no feos".[90] Ese reconocimiento de su origen, traído a colación a propósito de un comentario completamente banal, la llevó a desmentir a continuación la leyenda antiespañola que pesaba sobre ella, y a explicarle a reglón seguido lo sucedido cuando en 1935 se vio obligada a abandonar Madrid, un episodio de su vida sobre el que había prometido hablarles, tanto a ellos como a José Camprubí, en la carta que les envió el 28 de octubre de 1937, como ha sido dicho.[91]

[86] Tarjeta postal de Zenobia Camprubí a Gabriela Mistral sin fecha. Catalogada erróneamente en la Biblioteca Nacional de Chile (signatura AEOOO8004) como enviada en diciembre de 1952, repetimos dicho error, que ahora subsanamos, en la edición de la carta incluida en el volumen *De mujer a mujer. Cartas desde el exilio a Gabriela Mistral (1942-1956), op. cit.*, p. 112.

[87] Carta de Gabriela Mistral a Zenobia Camprubí sin fecha [Nueva York, principios de 1954] (en "Cartas de Gabriela Mistral a Juan Ramón Jiménez", art. cit., p. 190).

[88] *Ibídem*, p. 191. La tarjeta de Zenobia Camprubí remitida en diciembre de 1953 llevaba impreso el dibujo de una madre con su hijo en brazos, obra del exiliado Baltasar Lobo. En *De mujer a mujer. Cartas desde el exilio a Gabriela Mistral (1942-1956), op. cit.*, p. 112.

[89] Gabriela Mistral conoció a Doris Dana, incipiente escritora norteamericana, en 1946. Desde entonces, la acompañó en sus sucesivos cambios de residencia, hasta que en la última etapa de su vida la poeta se instaló en su casa de Long Island. La también norteamericana Margaret Jane Bates, que por entonces había publicado algún trabajo sobre Gabriela Mistral, editó años después de su muerte un volumen con sus poesías completas.

[90] Carta de Gabriela Mistral a Zenobia Camprubí sin fecha [Nueva York, principios de 1954] (en "Cartas de Gabriela Mistral a Juan Ramón Jiménez", art. cit., p. 190).

[91] "Cuando mis madrileños me echaron por descastada no tuvieron mucha razón", aseguró. "Lo que hubo de verdad en aquello de mi expulsión —como cónsul en Ma-

Mistral era feliz en Estados Unidos —"este país da paz, mejor que nuestra Cuba", escribió—[92]; se sentía segura desde el punto de vista médico, pues en California —donde vivió algunos años tras la concesión del Premio Nobel— habían logrado hallar el origen de los problemas de visión que venía padeciendo desde hacía tiempo[93]. Por ello, se ofrecía a ayudarla si Juan Ramón tenía alguna recaída, y ponía a su disposición la casa de Doris Dana —tan *ramonista* como Bates y como ella misma, a quien se refirió como la Vagabunda—[94] si deseaban ir a Nueva York. Una vez más, como ya había hecho desde otros países, les brindó la posibilidad de enviarles los libros que Juan Ramón —al que calificó, con elocuente complicidad, como "Nuestro Niño-Genial y muy querido"—[95] pudiera necesitar.

Sus vidas a partir de entonces —en las que es posible observar un cierto paralelismo— no les dieron demasiadas oportunidades de seguir en contacto. Los trabajos emprendidos por el matrimonio Jiménez Camprubí y por Gabriela Mistral y los reconocimientos recibidos por ambos poetas se alternaron con las épocas en las que los problemas de salud de todos ellos no les permitieron ocuparse más que de sus propios cuidados. Hoy sabemos que estaban viviendo sus años finales, un tiempo en el que siguieron albergando la esperanza de reencontrarse. Así se desprende del contenido de la tarjeta postal que Zenobia y Juan Ramón le enviaron a Gabriela Mistral en las Navidades de 1955. Además del texto impreso —una felicitación para el Año Nuevo—[96], la postal incluía un dibujo de Isla Verde, el nuevo aeropuerto internacional de San Juan de Puerto Rico, obra de E. O. Nielsen, ilustración que Zenobia aprovechó para iniciar así su texto:

> Mire Vd. lo que han hecho para recibirla en su próxima visita.
> Nos acordamos mucho de Vd en las subidas y bajadas que nos

drid— fue una cosa muy… criolla. Dos candidatos, un colega de letras y una ídem deseaban mucho ser cónsul y consulesa respectivamente allí, en Madrid. La segunda fue quien hizo publicar en Santiago una carta mía" (*Ibídem,* pp. 190-191).

[92] *Ibídem,* p. 191.

[93] Tras detectarle la diabetes que padecía, Mistral adoptó nuevas pautas de alimentación, que fueron las que le recomendó a Zenobia para su marido cuando le escribió en 1951 desde Rapallo, como ha sido visto.

[94] Carta de Gabriela Mistral a Zenobia Camprubí sin fecha [Nueva York, principios de 1954] (en "Cartas de Gabriela Mistral a Juan Ramón Jiménez", art. cit., p. 190).

[95] *Ibídem*, p. 191.

[96] "Que la dicha le sonría durante el Año que se aproxima", podía leerse en la tarjeta que, escrita por Zenobia, firmó también Juan Ramón en las "Navidades [de] 1955" (Biblioteca Nacional de Chile, signatura AEOO21339).

> depara el destino. G.M, estuvimos muy mal en las Navidades pasadas, pero ahora vamos subiendo hacia nuestro nivel normal. La queremos y esperamos tener noticias directas.[97]

Mistral anotó en esa misma tarjeta lo siguiente:

> Estoy mirando a los dos, a la linda que cree en el amor de los suyos y al testarudo que no cree. Pongo en las manos de ella esta tarjeta porque ella puede obtener de él quemarle la porfía.
>
> Este invierno es demasiado duro para mí y él es quien no me deja llegar hasta la querida pareja.[98]

Este pensamiento íntimo, muy revelador de la imagen que la poeta chilena tenía de ambos y del estado en el que se encontraba la escritora, pudo servir de borrador de su respuesta, que es probable que no escribiera ella misma.[99] Sea como fuere, la autora de *Lagar* tuvo que ponerse en contacto de alguna manera con su interlocutora, puesto que el 1 de febrero de 1956 esta incluyó en su diario esta lacónica anotación: "Contesté a Gabriela Mistral".[100]

El 27 de octubre de 1956, logrado el objetivo común de que la Academia Sueca le concediera el Premio Nobel a Juan Ramón Jiménez, la poeta les envió un telegrama desde Nueva York con el siguiente mensaje: "Hoy es el triunfo merecido de nuestro Juan Ramón. Van abrazos y besos para los dos queridos".[101] La felicitación fue remitida a la Clínica Mimiya, de Santurce (San Juan de Puerto Rico), donde Zenobia había sido ingresada tras el último viaje realizado a Boston a causa del agravamiento de su enfermedad. Falleció al día siguiente. Jaime Benítez se lo comunicó a Gabriela Mistral inmediatamente.[102]

[97] *Ibídem.*

[98] *Ibídem.*

[99] Con letra de una tercera persona, en la tarjeta aparecen anotados los nombres "Cenobia [sic] y Juan Ramon Gimenez [*sic*]", seguidos de su apartado de correos en la Universidad, Río Piedras (Puerto Rico) (*Ibídem).*

[100] Zenobia Camprubí, *Diario 3. Puerto Rico (1951-1956),* edición, traducción, notas y epílogo de Graciela Palau de Nemes, Madrid, Alianza Editorial y Editorial Universidad de Puerto Rico, 2006, p. 251.

[101] Telegrama de Gabriela Mistral a Juan Ramón Jiménez fechado en Nueva York el 27 de octubre de 1956, en Alfonso Alegre Heitzmann, *Juan Ramón Jiménez, 1956. Crónica de un Premio Nobel (Memoria, cartas y documentos), op. cit*., p. 230.

[102] El rector de la Universidad de Puerto Rico le envió este breve y elocuente texto: "Zenobia murió tranquila domingo" (Telegrama de Jaime Benítez a Gabriela Mistral fechado el 29 de octubre de 1956, Biblioteca Nacional de Chile, signatura AEOOO6732).

Muy afectada por la noticia, y seriamente enferma, Mistral redactó las cartas de pésame que le dictó su corazón, pero, al parecer, no llegó a enviarlas a sus destinatarios. Murió en Nueva York el 10 de enero de 1957 tras haber sido hospitalizada a causa del cáncer de páncreas que le había sido diagnosticado unos meses antes. Para Juan Ramón preparó dos envíos. En uno de ellos, también con el nombre de Doris Dana, puede leerse lo siguiente: "Pensando en vuestro dolor y compartiéndolo con el amigo. Ojalá nos haga la gracia de su visita. Disponga usted de nosotros. Seremos muy felices de servirlo".[103] El segundo, sin duda posterior, fue escrito en una hoja del Hempstead General Hospital de Nueva York y aparece firmado solo por Gabriela Mistral. Dice así: "A Juan Ramón va mi dolor y su dolor. N[uestro] S[eñor] lo endulce de día a día".[104] La poeta pensó también en la familia de Zenobia, y preparó una nota firmada para remitirla al periódico *La Prensa*, todavía en manos de los Camprubí, con algunos de cuyos miembros, como Inés, hija de José —que había fallecido en 1942—, había estado en contacto en los últimos años:

> Dígnese aceptar la familia de madame Camprubí mi conmovido pésame por la desaparición de la ilustre y dignísima dama, honra de nuestra raza y de nuestro sexo. Creo que un libro sobre ella valdría como ejemplo para todas las mujeres de su raza.[105]

Para Gabriela Mistral, siempre empeñada en alentar el empoderamiento y la profesionalización de la mujer hispana —del *mujerío* al que se refirió en más de una ocasión—, Zenobia no había sido únicamente "la cola del cometa" de la que hablara María Teresa León para referirse a ella misma en relación con Rafael Alberti,[106] ni una más de aquellas "maridas de sus maridos" que frecuentaban el Lyceum Club Femenino de Madrid, en palabras de Concha Méndez.[107] Fue una cualificada escritora y traductora cuya trayectoria profesional se vio condicionada

[103] Biblioteca Nacional de Chile, signatura, AEOO11300. Se trata de una hoja de cuaderno escrita a lápiz en cuyo encabezamiento puede leerse "Juan Ramon Gimenez" [*sic*].

[104] Biblioteca Nacional de Chile, signatura AEOO11333.

[105] Biblioteca Nacional de Chile, signatura AEOO11312.

[106] María Teresa León, *Memoria de la melancolía*, edición de Gregorio Torres Nebrera, Madrid, Editorial Castalia, 1999, p. 222. Para León, cuando le sobrevino la muerte, Zenobia acababa de recibir el Premio Nobel de Literatura. "Me diréis", escribió. "No, estás confundida, el Premio Nobel fue para Juan Ramón. Pero yo contestaré: ¿Y sin Zenobia hubiera habido premio?" (p. 513).

[107] Paloma Ulacia Altolaguirre, *Concha Méndez. Memorias habladas, memorias armadas*, Sevilla, Renacimiento, 2018, p. 50.

por lo que para ella resultó no una disyuntiva posible, sino un binomio indisociable, a pesar de los pesares: querer y deber. Querer consagrar sus trabajos y sus días al cuidado de la vida y de la obra de Juan Ramón Jiménez y entender a su vez que era su deber hacerlo.

***

La correspondencia entre ambas autoras a la que se ha podido tener acceso revela que Mistral también asumió, en su medida, ese doble compromiso, una responsabilidad autoimpuesta que, al pasar de los años, la unió a Zenobia Camprubí en la distancia. Dando muestras de una evidente complicidad, en sus cartas le habló siempre de Juan Ramón —nuestro *regalón*, nuestro Niño-Genial y muy querido, dijo de él, como ha sido visto—, un ser excepcional al que, como poeta y como persona, debían cuidar. En ellas, Mistral obvió lo que las emparentó en un primer momento, su común admiración por Rabindranath Tagore, vínculo que no se olvidó en la España de Franco.[108] Tampoco aludió a sus graves problemas de salud, de los que es de suponer que estuvo al tanto. Tal vez consideró que no hacía falta mencionarlos explícitamente; acaso pensó que Zenobia no le ofrecía la suficiente confianza para hacerlo. Pese a todo, la poeta chilena comprendió perfectamente a su interlocutora, una ciudadana errante igual que ella a la que se sintió unida como mujer y como intelectual de su tiempo, razones más que suficientes para que su figura y su labor no cayeran en el olvido, como reivindicó al recibir la noticia de su fallecimiento y como, desde hace algunos años, se viene haciendo. Es justo que así sea.

[108] "La obra literaria de Tagore es bien conocida en España gracias al celo y arte de Zenobia Camprubí de Jiménez, que mereció del delicadísimo vate la autorización exclusiva para traducirla al castellano, según el texto inglés, escrito por el propio autor, siendo publicada y representada aquí y en la América latina con una refinada armonización", pudo leerse en un semanario madrileño con motivo del fallecimiento del autor bengalí (Jesús Alsina, "Rabindranath Tagore, creador de una nueva lírica", *Tajo*, II. 66, 30 de agosto de 1941, p. 7). Apenas unos días después de la muerte de la poeta chilena, la prensa la recordó así: "Una de las raíces más fuertes y fecundas de su estro procede del universal poeta hindú —también Premio Nobel— Rabindranath Tagore, al que precisamente Zenobia Camprubí, la recién fallecida esposa de Juan Ramón, tradujo y popularizó entre nosotros" (Lope Mateo, "La poesía de Gabriela Mistral", *Imperio. Diario de FET y de las JONS*, 20 de enero de 1953, p. 3).

Bibliografía

Alegre Heitzmann, Alfonso, *Juan Ramón Jiménez, 1956. Crónica de un Premio Nobel (Memoria, cartas y documentos)*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2008.

Alsina, Jesús, "Rabindranath Tagore, creador de una nueva lírica", *Tajo*, II. 66, 30 de agosto de 1941, p. 7.

Arce, Margot, *Gabriela Mistral. Persona y* poesía, San Juan de Puerto Rico, Ediciones Asomante, 1958.

"Banquete del PEN Club a Gabriela Mistral", *El Heraldo de Madrid*, 16 de diciembre de 1924, p. 4.

Benavente, Karen, "Carmen Conde: Contadora de Gabriela Mistral", *Mapocho. Revista de Humanidades*, nº 74, 2013, pp. 179-239.

Camprubí, Zenobia, *Diario 1. Cuba (1937-1939)*, traducción, introducción y notas de Graciela Palau de Nemes, Madrid, Alianza Editorial y Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1991.

Camprubí, Zenobia, *Diario 3. Puerto Rico (1951-1956),* edición, traducción, notas y epílogo de Graciela Palau de Nemes, Madrid, Alianza Editorial y Editorial Universidad de Puerto Rico, 2006.

Camprubí, Zenobia, *Epistolario I. Cartas a Juan Guerrero Ruiz, 1917-1956*, edición de Graciela Palau de Nemes y Emilia Cortés Ibáñez, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006.

Camprubí, Zenobia, *Epistolario III, 1936-1951*, edición de Emilia Cortés Ibáñez, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2022.

Camprubí, Zenobia y Olga Bauer, *Epistolario, 1932-1956*, edición de Emilia Cortés Ibáñez, Huelva, Biblioteca de Estudios Juanramonianos, 2017.

"Cartas de Gabriela Mistral a Juan Ramón Jiménez", *La Torre*, vol. VIII, nº 31, 1960, pp. 187-195.

Conde, Carmen, *Gabriela Mistral*, Madrid, EPESA, 1970.

Conde, Carmen, *Por el camino, viendo sus orillas (III),* Barcelona, Plaza & Janés, 1986.

Cortés Ibáñez, Emilia, *Cartas de Tomás Navarro Tomás a Juan Ramón Jiménez y Juan Guerrero (1917-1950),* Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses, 2014.

Cortés Ibáñez, Emilia, *Zenobia Camprubí. La llama viva,* Madrid, Alianza Editorial, 2020.

Cosío Villegas, Daniel, *Memorias*, Ciudad de México, Joaquín Mortiz, 1976.

De mujer a mujer. Cartas desde el exilio a Gabriela Mistral (1942-1956), edición, introducción y notas de Francisca Montiel Rayo, Madrid, Fundación Banco Santander, 2020.

González Ródenas, Soledad, "Zenobia, traductora", en Emilia Cortés Ibáñez (coord.), *Zenobia Camprubí y la Edad de Plata de la cultura española,* Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía, 2010, pp. 239-264.

Guerrero Ruiz, Juan, *Juan Ramón de viva voz. Volumen II (1932-1936),* Valencia, Pre-Textos, 1999.

Gullón, Ricardo, "Relaciones Pablo Neruda-Juan Ramón Jiménez", *Hispanic Review*, vol. 39, nº 2, abril de 1971, pp. 141-166.

Horan, Elizabeth, Carmen de Urioste Azcorra y Cynthia Tompkins (eds.), *Preciadas cartas (1932-1979). Correspondencia entre Gabriela Mistral, Victoria Ocampo y Victoria Kent*, Sevilla, Renacimiento, 2019.

"Información teatral", *El Sol*, 14 de diciembre de 1925, p. 4.

"Información teatral. Segundo recital de Dalia Íñiguez en la Comedia", *Ahora*, 17 de febrero de 1934, p. 20.

Jiménez, Juan Ramón, *Selección de cartas (1899-1958),* Barcelona, Ediciones Picazo, 1973.

Jiménez, Juan Ramón, *Cartas literarias*, Barcelona, Editorial Bruguera, 1977.

Jiménez, Juan Ramón, *Guerra en España*, introducción, organización y notas de Ángel Crespo, Barcelona, Seix Barral 1985.

Jiménez, Juan Ramón, "Prólogo", en *La poesía cubana en 1936*, ed. facsímil, Sevilla, Renacimiento, 2008, pp. XI-XXI.

Jiménez, Juan Ramón y Zenobia Camprubí, *Monumento de amor. Epistolario y lira. Correspondencia 1913-1956*, edición de María Jesús Domínguez Sío, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2017.

Kent, Victoria y Louise Crane, "Gabriela Mistral, la eximia poeta y escritora chilena", *Ibérica por la libertad*, vol. 5, nº 1, 15 de enero de 1957, p. 3.

Laserna, José de la "Presentación de Berta Singerman, en la Comedia", *El Imparcial*, 28 de noviembre de 1925, p. 3.

León, María Teresa, *Memoria de la melancolía*, edición de Gregorio Torres Nebrera, Madrid, Editorial Castalia, 1999

Maeztu, María de, "Homenaje a Gabriela Mistral", *Revista Pedagógica*, suplemento de *El Magisterio Español*, 10, 27 de diciembre de 1924, pp. 245-248.

Mateo, Lope, "La poesía de Gabriela Mistral", *Imperio. Diario de FET y de las JONS*, 20 de enero de 1953, p. 3.

Melián, Elvira M., "En la frontera: Señas de identidad de la labor pedagógica hispano-americanista en María de Maeztu (1924-1936)", *Historia de la educación. Revista interuniversitaria*, nº 34, 2015, pp. 287-303.

Mistral, Gabriela, *Lecturas para mujeres destinadas a la enseñanza del lenguaje*, Ciudad de México, s. e., 1924.

Mistral, Gabriela, *Obra reunida. Tomo VII. Prosa*. Santiago de Chile, Ediciones Biblioteca Nacional, 2020, https://www.bpdigital.cl/info/obra-reunida-vii-obras-reunidas-00207578 [consultado el 13-01-2023].

Mistral, Gabriela, *Obra reunida. Tomo VIII. Cartas*, Santiago de Chile, Ediciones Biblioteca Nacional, 2020, https://www.bpdigital.cl/info/obra-reunida-viii-descarga-libre-00207577. [consultado el 15-02-2023].

Mistral, Gabriela y Victoria Ocampo, *Esta América nuestra. Correspondencia 1926-1956*, introducción y notas de Elizabeth Horan y Doris Meyer, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2007.

Montiel Rayo, Francisca, "Solidaridad y cooperación con la España leal: cartas de escritores e intelectuales del exilio republicano de 1939 a Gabriela Mistral", *Laberintos. Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles*, nº 24, 2022, pp. 167-202.

Montiel Rayo, Francisca, "Un puente epistolar entre las dos Españas: Cartas de escritoras exiliadas a Carmen Conde (1940-1980)", *Romance Quarterly*, vol. 70, nº 2, 2023, pp. 66-86.

Morales, María Luz, "El poeta de la madre y del niño", *El Sol*, 12 de agosto de 1928, p. 10.

Morales, María Luz, *Alguien a quien conocí*, Sevilla, Renacimiento, 2019.

Nieto Pena, Xesús, "Conversando con Gabriela Mistral", *La Libertad*, 21 de julio de 1933, pp. 5-6.

Nieto Pena, Xesús, "Conversando con Gabriela Mistral", *Repertorio americano*, 36, 2 de septiembre de 1933, pp. 136 y 141-142.

Prada, Ruth, "María de Maeztu: Las cartas donde muestra su obra y su personalidad", *Yorokobu* (13 de agosto de 2018), https://www.yorokobu.es/maria-de-maeztu/ [consultado el 15-12-2022]

Rodríguez Luiz, Julio, "Relaciones entre Gabriela Mistral y Juan Ramón Jiménez", *La Torre*, vol. VIII, nº 32, 1960, pp. 93-95.

Salinas, Pedro y Jorge Guillén, *Correspondencia (1923-1951*), edición, introducción y notas de Andrés Soria Olmedo, Barcelona, Tusquets Editores, 1992.

Ulacia Altolaguirre, Paloma, *Concha Méndez. Memorias habladas, memorias armadas*, Sevilla, Renacimiento, 2018.

Vargas Saavedra, Luis, *Castilla, tajeada de sed como mi lengua. Gabriela Mistral ante España y España ante Gabriela Mistral, 1933 a 1935*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2002.

Vázquez Ramil, Raquel y Ángel Serafín Porto Ucha, "Desde el castillo interior: Cartas de María de Maeztu a María Martos de Baeza", *Historia de la educación. Revista interuniversitaria*, nº 37, 2018, pp. 417-443.

Memoria de una amistad: Zenobia Camprubí y Ernestina de Champourcin*

María Payeras Grau
Universitat de les Illes Balears

* Capítulo vinculado al proyecto *"Escrituras de la identidad en tiempos de conflicto: Max Aub y la memoria generacional"*. Proyecto de Investigación de la Generalitat Valenciana (AICO/2021/180). M. Consuelo Candel Vila (IP).

Unidas por su común afecto y admiración por Juan Ramón Jiménez, Zenobia Camprubí y Ernestina de Champourcin comparten la intensa amistad de los años jóvenes y compartirán también -en distintos lugares y circunstancias- el exilio republicano de 1939. Las dos autoras forman parte del grupo más destacado de aquellas mujeres que en las primeras décadas del siglo XX abrieron en España el camino hacia la modernidad, dejando atrás, a través de acciones resueltas y muy concretas, el modelo tradicional de feminidad. Literariamente, sin embargo, cada una de ellas ha tenido una proyección muy distinta. Zenobia, en gran medida a la sombra de Juan Ramón, es autora de un ingente epistolario, de algunos relatos, de un ramillete poético y de varios volúmenes de diarios que cubren casi toda su trayectoria vital. Su dimensión en este sentido está siendo todavía aquilatada, igual que su posición en el conjunto de las redes culturales femeninas formadas a ambos lados del Atlántico, antes y después de la Guerra Civil española. El caso de Ernestina de Champourcin es diferente, con una obra literaria, formada por numerosos libros de poemas, una novela, un libro de memorias, etc., es una de las poetas más reconocidas de su generación, habiéndose destacado desde el principio por ser una de las dos únicas mujeres que figuraron en la famosa antología de Gerardo Diego, *Poesía española contemporánea*, en su segunda edición,[1] ya que en la primera no figuró ninguna mujer. Ambas crearon un vínculo en torno a la figura de Juan Ramón Jiménez, como esposa y colaboradora Zenobia y como discípula Ernestina, si bien ese vínculo tomó carta de naturaleza propia entre las dos mujeres, que crearon lazos de afecto y amistad autónomos y sostenidos a lo largo del tiempo, sin que la diferencia de edad ni la obligada distancia geográfica que el exilio les impuso pudieran empañarlos.

Fue, desde luego, antes del estallido de la Guerra Civil española cuando la amistad entre estas dos mujeres vivió su etapa más intensa,

[1] Gerardo Diego, *Poesía española contemporánea*, Madrid, Signo, 1934.

siendo Ernestina de Champourcin quien relata principalmente los detalles de esa relación en sus memorias juanramonianas.[2] La joven poeta había entrado en contacto con Juan Ramón Jiménez, en primer lugar, como lectora -*Platero y yo*[3] y la *Segunda antología*[4] habían sido sus deslumbramientos iniciales-, convirtiéndose después en discípula y amiga suya a partir de un encuentro casual que tuvo lugar durante un paseo por La granja de San Ildefonso al poco de haberle enviado *En silencio…* su libro recién publicado.[5] A partir de ahí se iniciaron encuentros regulares, tanto en el domicilio de los Jiménez, como en la tienda de artesanía –«Arte popular»- que Zenobia fundó para contribuir con este y otros negocios a la economía doméstica.

Historia de una amistad

Iniciada alrededor de Juan Ramón Jiménez, la amistad entre estas dos mujeres se consolidaría en torno a las afinidades de ambas, a la modernidad de sus personalidades y a la confianza que lograron mantener pese a la diferencia de edad que las separaba. Las unía su carácter independiente, su capacidad de gestionar autónomamente la economía, su capacidad de adaptación y resiliencia ante la adversidad, etc. Ambas representaban la superación de la feminidad tradicional que empezaba a visibilizarse en determinados sectores socioeconómicos a principios del siglo XX.

Ciertamente, los posicionamientos feministas de estas escritoras no están exentos de contradicciones, pero representan una de las bases más sólidas en las que su amistad se afirma, llevándolas a colaborar con instituciones creadas por y para la promoción cultural de la mujer, en especial en torno a las actividades del Lyceum Club Femenino Español, fundado en 1926, del que Zenobia Camprubí fue secretaria y del que Ernestina de Champourcin fue socia y co-responsable con María Baeza de la sección literaria. Esta institución feminista estuvo en funcionamiento hasta el estallido de la guerra civil, momento en que la amistad de estas dos mujeres tomó un rumbo forzosamente nuevo.

[2] Ernestina de Champourcin, *La ardilla y la rosa (Juan Ramón en mi memoria)*, Madrid, Los libros de Fausto, 1981.

[3] Juan Ramón Jiménez, *Platero y yo*, Madrid, Ediciones de La Lectura, 1914.

[4] Juan Ramón Jiménez, *Segunda antolojía poética 1898-1918*, Madrid-Barcelona, Colección Universal, 1920.

[5] Ernestina de Champourcin, *En silencio…*, Ilustraciones de Carlos A. Castellanos, Madrid, Espasa-Calpe, 1926.

No fue esta la única actividad social compartida. A solicitud de Zenobia, Ernestina cooperó con la Junta de Protección de Menores[6] hasta que se hizo demasiado peligroso, momento en que ella misma buscó hacerse útil en uno de los hospitales de sangre improvisados en el Madrid de la guerra.

El exilio forzó entre las dos escritoras la necesidad de adaptarse a unas condiciones totalmente diferentes que afectaron al desarrollo de su amistad, pero no al afecto mutuo. La secuencia de las respectivas expatriaciones fue distinta: Zenobia y Juan Ramón salieron de España el 22 de agosto de 1936, al poco de iniciarse la Guerra civil, apenas a un mes de iniciada la contienda. Si hasta entonces los viajes y los cambios de domicilio habían sido frecuentes en la vida del matrimonio, a partir de ese momento la itinerancia se hacía forzosa y vinculada a la acuciante necesidad de ganarse la vida en un medio y unas circunstancias desfavorables. Ernestina y Juan José salieron unos meses más tarde, después de contraer matrimonio el 6 de noviembre de 1936. Domenchina, secretario de Manuel Azaña, siguió al presidente en el sucesivo desplazamiento del gobierno, en compañía de Ernestina, primero a Valencia, luego a Barcelona y, desde ahí, a Francia, hasta que la invitación de Alfonso Reyes los llevó a instalarse de forma permanente en México.

Sorprende el poco espacio que ocupa en la obra de cada una de las amigas el relato de las circunstancias que rodearon a su matrimonio y los detalles de su celebración. En el caso de Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez, sabemos que se habían conocido en 1913, y que colaboraron en la traducción conjunta del escritor bengalí Rabindranath Tagore. Los inicios de la relación entre ambos no fueron del todo fluidos: ya desde el principio, Zenobia había rechazado la sensualidad de la poesía juanramoniana y el posterior cortejo del poeta de Moguer tampoco fue visto con buenos ojos por la familia de la pretendida, que decidió poner tierra y mar de por medio para alejarlos, mediante un viaje a Norteamérica de Zenobia con su madre. Allí se presentó Juan Ramón en febrero de 1916 y, apenas dos semanas después de su llegada, el 2 de marzo, la pareja contrajo matrimonio. La escritora registraba su boda en el segundo diario, que abarca desde la llegada a Nueva York de Juan Ramón para casarse con ella hasta finalizar el viaje de novios.[7]

En otras circunstancias muy distintas se había producido el matrimonio de Ernestina de Champourcin con Juan José Domenchina. Parece que el republicanismo de la poeta aconsejaba su alejamiento de

[6] Ernestina de Champourcin, *La ardilla y la rosa, op. cit.,* p. 63.

[7] Zenobia Camprubí, *Diario. Cuaderno de 1916. Vivir con Juan Ramón,* Edición de Arturo del Villar, Madrid, Los Libros de Fausto, 1986.

Madrid y, después de seis años de amistad con Domenchina, que, como he dicho anteriormente, tenía un cargo político e iba a seguir el camino del gobierno republicano, tomó la decisión de casarse y, también en su caso, la referencia es escueta: "como la situación en Madrid se hacía cada vez más grave, el 6 de noviembre —ese día en que parecía seguro que las tropas de Franco entrarían en la capital— Juan José Domenchina y yo nos casamos".[8] Tal como lo cuenta, no parece una decisión muy meditada ni tampoco aconsejada por razones sentimentales, sino una resolución pragmática que permite al nuevo matrimonio salir del Madrid asediado siguiendo la ruta del gobierno republicano y encarar en compañía una etapa incierta de sus vidas:

> Es probable que […]Ernestina no lleg[ara] a considerar sus salidas con Juan José Domenchina como las características de un noviazgo. Ella declararía con los años que se consideraban sobre todo buenos amigos, que compartían intereses comunes, pero que, de no haber tenido lugar el estallido de la guerra civil, quizá nunca habrían llegado a contraer matrimonio.[9]

Zenobia y Juan Ramón salieron de España el 20 de agosto de 1936, rumbo a París, con la disculpa de un cargo diplomático para él que, en puridad, nunca llegó a ejercer. También las circunstancias de su huida de España y de los años transcurridos en América, primero en Cuba, luego en Estados Unidos y, finalmente, en Puerto Rico, están minuciosamente detalladas en los diarios de ella.

Esta separación física abrió inevitablemente un hiato en la estrecha relación de los dos matrimonios. Como relata Ernestina, en los primeros tiempos, la relación epistolar se mantuvo, pero la distancia geográfica y la lucha por la vida les impidieron mantener un contacto más estrecho. La nueva situación en que se encontraron al terminar la guerra civil exigiría de ellas un enorme esfuerzo, siendo necesario todavía calibrar en justicia la aportación de las mujeres a la promoción cultural de las sociedades de acogida. Es cierto que tanto Zenobia Camprubí como Ernestina de Champourcin tuvieron mejores posibilidades para situarse en el entorno americano, tanto por sus contactos personales en Estados Unidos en el caso de Zenobia, como por las características específicas del exilio mexicano en el caso de Ernestina:

[8] María Cristina Mabrey, *Ernestina de Champourcín, poeta de la generación del 27, en la oculta senda de la tradición poética femenina*, Madrid, Torremozas, 2007, p. 131.

[9] Mª Elena Antón Remírez, "Diarios y memorias de Ernestina de Champourcin: algunos fragmentos inéditos", *Rilce*, vol. 24, nº 2, 2008, pp. 239-274.

> A su llegada a México estas mujeres se integraron en los círculos profesionales y culturales de los exilados españoles. […] Las escritoras más destacadas en España eran en su mayoría mujeres maduras, casadas con intelectuales de prestigio […], y, en consecuencia, podían situarse con facilidad dentro del ambiente profesional y aprovechar las redes de relaciones personales que tenían en ese medio social.[10]

Estas facilidades, que no pueden ser negadas, son también aplicables al papel que les cupo en la difusión y reconocimiento de la obra de sus maridos.

Es inestimable -y tuvo que ser abrumadora a tenor de su propio relato y de testimonios como el de Ricardo Gullón-[11] la colaboración en la edición, revisión y difusión de la obra juanramoniana por parte de Zenobia. Y es de conocimiento general que la consecución del Nobel hubiera sido imposible sin su activa cooperación. Pero, antes de todo eso, debe tenerse en cuenta que ni siquiera la obra poética de su marido hubiera sido posible si ella no hubiera organizado su entorno para favorecer el espacio creativo.

La difusión de la obra de Domenchina también contó con el apoyo de su esposa. A través de la transcripción, edición y divulgación de su obra, sobre todo después de su muerte, contribuyó al reconocimiento de su figura literaria.

El trabajo de ambas mujeres resultaba esencial para el buen desarrollo de la economía doméstica. Postergar el desarrollo de la propia obra -en el caso de Zenobia, renunciar a ella completamente- fue una decisión necesaria para Ernestina y una determinación de Zenobia que desestima tempranamente su propio talento. En el exilio, la primera tuvo que relegar su actividad poética frente a las acuciantes necesidades materiales, llevando a cabo una ingente actividad profesional como traductora e intérprete. Zenobia, ya antes de la guerra, había desarrollado buenas iniciativas empresariales, y en el exilio, tuvo que reinventarse como profesora universitaria y también como traductora. Las muchas actividades desplegadas por estas mujeres tanto en el entorno doméstico como en el terreno profesional no siempre tuvieron el reconocimiento debido, pasando por ocupaciones ancilares, sin

[10] Pilar Domínguez Prats, *Mujeres españolas exiliadas en México (1939-1950)*, Tesis doctoral, 1992, p. 290. Disponible en https://eprints.ucm.es/id/eprint/2340/ (Consultado el 20-5-2022).

[11] Ricardo Gullón, "Estudio preliminar" en Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí, *Poemas y cartas de amor*, Santander, La Isla de los Ratones, 1986.

reconocerse la complejidad de las tareas realizadas y la especialización requerida para su desempeño.

Ya en el exilio, la relación entre Zenobia y Ernestina se haría, por fuerza, discontinua y remota, de modo que el reencuentro de las dos amigas sólo pudo llegar a producirse en 1949, debido a un viaje profesional de la segunda a Washington, que acudió a esa ciudad para trabajar en un congreso de la UIT (Unión Internacional de Comunicaciones) como traductora.[12] Allí vivían entonces Juan Ramón y Zenobia, dando ella clases de literatura española en el Pentágono. Un segundo encuentro, en 1950, estuvo empañado por la enfermedad de Juan Ramón, que tuvo que ser ingresado sucesivamente en varios sanatorios.[13] Y, aunque a lo largo de los años sus maridos tuvieron algunas diferencias alimentadas por los respectivos egos, ninguna circunstancia vino a enturbiar el afecto de las dos mujeres entre sí.

Dos relatos del exilio

Tanto Zenobia Camprubí como Ernestina de Champourcin desarrollan un relato personal del exilio. Zenobia lo hace en sus diarios -y en algún texto de corte autobiográfico- de forma muy minuciosa, exponiendo toda clase de detalles sobre lugares visitados, hoteles, viviendas, comidas, relaciones sociales, actividades culturales y lúdicas, trabajos domésticos, encargos, contabilidad, etc. Por supuesto, sus anotaciones incluyen una descripción pormenorizada de su relación matrimonial, precisando los cuidados prodigados al poeta, el trabajo desarrollado conjuntamente, los altibajos de salud y humor de Juan Ramón, las desavenencias más o menos ocasionales, etc. El relato de Zenobia es puntilloso en la descripción de hechos acaecidos, pero, por lo general, es contenido en la expresión de sus emociones. Hay un momento, no obstante, en que el entusiasmo se traslada al papel y es cuando, por fin, logra situarse profesionalmente y tener una rutina laboral fuera de casa. Acostumbrada a emplear sus esfuerzos en tareas no remuneradas y a administrar celosamente la austera economía matrimonial, la perspectiva de emplear su excedente de energía en un trabajo que no solo iba a reportarle unos ingresos complementarios, sino que también iba a permitirle sentirse socialmente útil, la alegraba tanto como la perspectiva de liberarse algunas horas de las tareas domésticas. Y siempre,

[12] Ernestina de Champourcin, *La ardilla y la rosa, op. cit.,* pp. 83-84.

[13] *Ibídem,* p. 99.

la contemplación de la naturaleza o el disfrute de placeres artísticos e intelectuales son fuentes de placer que describe emocionada.

Los diarios de Zenobia tienen algunas características formales a las que me referiré más adelante, pero, abordando los que son posteriores a su casamiento con Juan Ramón, considero muy interesante la perspectiva planteada por Nuria Pérez Vicente, quien se aproxima a la "diarística" como un subgénero de la autobiografía, y expone que las mujeres, desde su posición marginal, logran a menudo expresar en los diarios una identidad "cautiva", "oculta en un segundo plano", logrando así rebasar el "discurso patriarcal del que es portadora".[14] Y eso es aplicable al caso de los diarios de esta autora, donde el protagonismo de Juan Ramón es muy evidente sin llegar a sofocar la personalidad "cautiva" de ella.

Los tres diarios escritos por Zenobia en el exilio son bastante explícitos en cuanto a las dificultades de la vida cotidiana. No tienen precio como documento histórico y como testimonio personal, además de contener un sinnúmero de precisiones valiosas acerca de los métodos de trabajo y del desarrollo creativo juanramoniano. Sus anotaciones nos facilitan el entendimiento de los problemas que hubo de afrontar, especialmente los económicos, en los que es muy minuciosa, y relatan también numerosas circunstancias de su día a día, incluyendo, como he dicho, los pequeños placeres cotidianos, a menudo asociados a la belleza artística o paisajística hacia la que muestra una gran sensibilidad. Pero su prosa es parca en la expresión de sus emociones, lo que deja un cierto vacío en su lectura, si entendemos que la adaptación pragmática y la adaptación emocional al exilio pueden confluir en mayor o menor medida, pero ambas son necesarias para el bienestar integral del individuo.

Hay, no obstante, un escrito de Zenobia que resulta especialmente interesante para comprender su asimilación de las circunstancias. Se trata de un relato titulado "Mis dormitorios"[15] donde describe minuciosamente las habitaciones que ha venido ocupando a lo largo de su vida. Es interesante que ese texto se integre en un período de escasa actividad diarística: en el año 1948 solo se registran seis anotaciones y cinco en 1949, dos de las cuales preceden a la transcripción del relato

[14] Nuria Pérez Vicente, "Zenobia Camprubí o la identidad cautiva: La autobiografía del otro", en Antonio Ramírez Almanza, *et al*., *Congreso Internacional en Homenaje a Zenobia. Moguer-Huelva 25 a 28 de octubre de 2001*, Moguer, Fundación Juan Ramón Jiménez, 2001, pp. 57-81.

[15] Zenobia Camprubí, *Diario 1. Cuba*, edición de Gabriel Palau de Nemes, Madrid, Alianza Editorial/Universidad de Puerto Rico, 1991, pp. 318-331; Zenobia Camprubí, *Diario de juventud. Escritos. Traducciones*, edición e introducción de Emilia Cortés Ibáñez, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2015, pp. 119-130.

y los tres restantes la siguen. El texto intercalado, un singular relato autobiográfico, introduce una anacronía y se aleja de la naturaleza diarística, una de cuyas marcas habituales es el registro cronológico de cada apunte. Ciertamente, uno de los rasgos del diario que corresponde a la etapa estadounidense es su "discontinuidad en la redacción".[16] Las ocupaciones y preocupaciones materiales, las tensiones en el matrimonio, el visible desaliento de Zenobia durante largos períodos, dificultan, entre otros factores, la regularidad de sus anotaciones que, en ocasiones, como en este caso, dejan más espacio a la memoria que a la cotidianidad presente. El período en que se inserta el relato al que me estoy refiriendo, corresponde a agosto de 1949, encontrándose "en su casa de 4310 Queensbury Road, Riverdale, Maryland".[17] Y, pese a la capacidad de adaptación de Zenobia, a su temperamento activo y pragmático, a sus estrechos vínculos con el país de acogida, no podemos pasar por alto, y menos aún en el caso del relato mencionado, que la fatiga exílica sea uno de los elementos catalizadores de su escritura.

La itinerancia del matrimonio queda reflejada en este delicioso escrito de Zenobia, y hasta los desplazamientos forzados por la guerra civil se integran, como una circunstancia más, en la evolución individual de un sujeto que, en su incesante devenir natural, asimila el desarraigo sobrevenido por circunstancias exógenas -en este caso vinculadas al trauma histórico- a una subjetividad nómada. En este contexto, el sujeto acepta su propia inestabilidad, su constante evolución, asumiendo la continua negociación identitaria que cada nueva circunstancia exige.

"Mis dormitorios" es una recapitulación de corte autobiográfico que recorre significativamente la memoria de esos espacios de total intimidad, tanto los que ocupó de soltera como de casada, que debían responder a criterios muy estrictos. Ernestina de Champourcin, que tan bien conoció la historia de sus amigos, hace hincapié en la importancia que la vivienda tenía en la toma de decisiones de la pareja: "Las distintas casas de los Jiménez merecerían un renglón aparte, pues a las condiciones habituales que se piden a un alojamiento moderadamente confortable, JR exigía otras más difíciles de satisfacer: en primer lugar, la proximidad de un hospital, clínica o puesto de socorro; falta de ruidos, y ade-

[16] Emilia Cortés Ibáñez, "Zenobia Camprubí en su Diario de Estados Unidos", *Signa: Revista de la Asociación Española de Semiótica,* nº 6, 1997, pp. 119-138. Disponible en https://www.cervantesvirtual.com/portales/signa/obra-visor/signa-revista-de-la-asociacion-espanola-de-semiotica--4/html/dcd92e0c-2dc6-11e2-b417-000475f5bda5_29.html (Consultado el 11-5-2022)

[17] Emilia Cortés Ibáñez, en Zenobia Camprubí, *Diario de juventud, op. cit.,* p. 119, n. 45.

más luz, sol y paisajes gratos".[18] La sutura entre el pasado y el presente, entre la reconstrucción autobiográfica y el apunte diarístico se encuentran al principio y al final del texto: "Hace un momento ha entrado J.R en mi cuarto y me ha despertado de la siesta con la exclamación jubilosa: '¡En la vida has tenido un cuarto tan bonito como este!' "[19] -escribe al empezar-, y termina diciendo "Esta casa lo único satisfactorio que tiene para mí es que J.R. está satisfecho en ella".[20] Esta casa que es del gusto de su marido no es, sin embargo, la que ella hubiera elegido. Y el entusiasmo de su marido es lo que desencadena la reconstrucción de esos lugares de la memoria, a cuyo recuerdo encadena hechos y circunstancias muy significativos de su experiencia personal. Y no es el menor de ellos el que decide su alejamiento de España: "La guerra civil nos echó de allí", dice respecto a su última casa madrileña.[21] El estallido de la guerra civil, abriendo un prolongado período de incertidumbre para la pareja, conlleva un relativo y transitorio aislamiento social, menos penoso, no obstante, que el vacío causado por la ausencia del habitual círculo familiar y amistoso que, en el contexto de la tragedia española, es uno de los aspectos más penosos del desarraigo experimentado. En este sentido, "Mis dormitorios" constituye una narración fragmentaria, aunque selectiva, acerca de su curso vital. En esa sucesión temporal se inscribe el devenir de la autora, su construcción identitaria.

Estas memorias, adheridas a lo más íntimo de la experiencia, cobran especial sentido en un contexto de inestabilidad laboral y económica, de crisis en la salud física y emocional de Zenobia y de su pareja, donde la autora del diario se muestra como un ser resiliente y adaptable, dotada de un temperamento práctico capaz de idear y sostener un conjunto de estrategias que garanticen la supervivencia de ambos en condiciones de relativo bienestar.

En cuanto al relato de Ernestina, debe decirse que tiene importantes variaciones formales y cronológicas respecto al de su amiga. En primer lugar, se presenta, principalmente, en forma de obra poética y, en segundo lugar, a diferencia de los diarios zenobianos, no es contemporáneo en el tiempo a los hechos narrados, sino que tiene lugar a una importante distancia cronológica de los mismos.

El primer efecto que tuvo el exilio sobre la poesía de Ernestina de Champourcin fue el de enmudecer su voz, cosa que ni mucho menos

[18] Ernestina de Champourcin, *La ardilla y la rosa, op. cit.,* p. 84.

[19] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud*, *op. cit.,* p. 119.

[20] *Ibídem,* p. 130.

[21] *Ibídem,* p. 128.

fue general entre los exiliados. Pese a residir en un país de habla hispana y a su integración en la realidad social y cultural del mismo, la absorbente labor de supervivencia limitó el impulso creador de la autora. Solo pasados dieciséis años desde su último libro publicado, la crisis espiritual que derivó en su incorporación al Opus Dei dio lugar a la aparición de su libro *Presencia a oscuras*.[22] Ernestina de Champourcin y Juan José Domenchina habían fijado su residencia en México a lo largo de ese exilio del que solo regresaría ella. Champourcin se había sentido bien acogida en ese país, y allí había tenido lugar un proceso íntimo -en alguna medida compartido con su compañero- que, profundizando en sus creencias religiosas de siempre, desembocaría en una espiritualidad convertida en razón de vida y, desde entonces, en motivo principal de su palabra poética. Acacia Uceta,[23] que ha señalado la escasa conexión entre la obra de Champourcin y la poesía mexicana de su tiempo, apunta, no obstante, la gran trascendencia que tuvo para ella el conocimiento de otras tierras y culturas. No fue ni mucho menos en vano su contacto con el país de adopción, al que, sin olvidar su raíz española, se sintió pertenecer hondamente.

En 1959, veinte años después de su salida de España, falleció Domenchina. De los dos, sin duda, el que más dificultades tenía para poder regresar al país de origen, por la importancia del cargo político que había ocupado durante la República, pero Ernestina no volvió de inmediato, sino que demoró más de tres lustros su retorno, efectuado en pleno tardofranquismo. El camino de regreso la devolvió a un lugar que ya no era el suyo, donde había perdido el arraigo, y que prolongó, indudablemente, el concepto del exilio que su poesía transmite: no se trata ya de un el exilio geográfico, sino de un exilio existencial, que sólo concibe su verdadero asentamiento en la última morada espiritual. Es significativo que no fuese durante su etapa americana cuando la autora sintió la necesidad de tematizar su vivencia del destierro, sino que surgiera ya de regreso en España, cuando la nueva realidad de la escritora vino a inducir la evocación del camino recorrido o, dicho de otro modo, la necesidad de revisar la experiencia y evaluarla.

El viraje espiritual de Champourcin, su proximidad a un movimiento católico firmemente aliado a la trayectoria del franquismo impidió que su regreso fuera aclamado como el de una republicana ilustre. En una situación de semiaislamiento social -del que ella se lamenta en sus escritos- y de progresivo aislamiento físico por la barrera que sus difi-

[22] Ernestina de Champourcin, *Presencia a oscuras*, Madrid, Rialp, 1952.

[23] Acacia Uceta Malo, "Ernestina de Champourcin, poesía y trascendencia", en VV. AA., *Escritoras del exilio*, Madrid, Fundación Españoles en el mundo, 1999.

cultades auditivas y oculares representaban, escribió *Primer exilio*[24] cuyo título es, de por sí, significativo, pues indica, desde la posición relativa del sujeto poético, la conciencia de conocer exilios sucesivos. El primer exilio, el primer desgarro, aparece con la característica serenidad que posee la poética de Champourcin, aunque las palabras se cargan de intensidad significativa. La mirada de la poeta encuadra escenas, fija en la palabra imágenes fragmentarias de una experiencia vital extrema, narrando, simultáneamente, una situación personal y colectiva. El carácter autobiográfico del poemario es indudable a pesar de que la autora elude cuidadosamente el empleo de la primera persona del singular. Los poemas se suceden enhebrando acciones de sujetos indeterminados –"alguien", "las voces sorprendidas"-, atribuyendo actividades a sustantivos personificados –"el jardín", "la noche"- o, las más de las veces, insertando la voz personal en un "nosotros", que protagoniza la historia, historia con minúscula y con mayúscula. El "nosotros" en el que se engloba el sujeto poético revela, asimismo, una duplicidad: por un lado, se refiere al plural de la pareja, al modo en que las circunstancias del exilio inciden en esa pequeña unidad emocional, mientras que, por otro, esboza un conjunto de anécdotas recuperando la memoria colectiva y fijando la historia trágica común a todos los exiliados.

Conviene anotar, asimismo, que las repercusiones de la situación histórica en la pareja proyectan en alguna medida la situación que padece todo el colectivo, en una poesía que, en este tramo, exhibe tintes narrativos y autobiográficos. La palabra de la autora opera por síntesis, por condensación: seleccionando episodios y anécdotas significativas logra describir un proceso que conduce al lector por las fases sucesivas de la retirada de los vencidos hacia la frontera, dejando atrás un vacío que se percibe tanto en el plano real como en el simbólico: la llegada a Francia, dejando atrás el horror vivido y afrontando un futuro incierto, la vida y el arte abriéndose paso entre las ruinas, el dolor y la muerte.

Especialmente interesantes son, a mi modo de ver, los poemas referidos a la travesía marítima por el Atlántico, rumbo a América. Champourcin poetiza su experiencia en el mar, representándose de camino, durante la propia travesía. El mar simboliza entonces, simultáneamente, el nexo y la separación, ambos aspectos proyectados, a su vez, hacia el espacio y el tiempo de lo perdido, de cuanto queda atrás, así como al espacio y el tiempo de lo que el futuro depara, del nuevo lugar a cuya perspectiva se abre la experiencia. Entre los dos mundos inaccesibles, el presente es un vacío abierto a todos los interrogantes, que promueve en el seno del discurso una sensación de irrealidad: "Se van abriendo

[24] Ernestina de Champourcin, *Primer exilio*, Madrid, Rialp, 1978.

puertas./¿Hacia dónde? Es la hora/ de mover lo soñado/ de recurrir a aquello/ que parecía imposible.//Un destino se cierra,/ otro se abre oscuro/ con un poco de luz/ agazapada al fondo".[25] La travesía empieza a revelar, también, la realidad psicológica y emocional del destierro: la incertidumbre ante el futuro y el trauma de la pérdida ocupan en el ánimo individual el espacio que antes llenaba el temor inmediato por la supervivencia. La urgencia cede paso al desconcierto, y nace, entonces, la evidencia de que el exilio opera una transformación sobre las conciencias. Nada saldrá indemne de la nueva situación. Tampoco lo hará la identidad individual de cada exiliado, que va a sufrir en su interior un proceso doloroso. Eso se hace transparente en versos como los que citaré a continuación. El primer fragmento corresponde al poema «Saint Nazaire» (puerto de partida hacia América): "Adiós a lo que fuimos./Aunque tú me acompañas/ sé que roza mi hombro/otro tú diferente" (Champourcin, 1991: 354). El segundo, igualmente significativo, corresponde al poema "Alta mar": "Quisiera llegar pronto/porque el mar nos aleja./Este navegar juntos/extiende entre los dos/una enorme distancia".[26]

El tiempo de la navegación abre un paréntesis en cuanto a la acción individual. Después de los incesantes afanes impuestos por la guerra, en que los objetivos diarios se han delimitado con toda precisión, se abre un período crítico de forzosa inacción, pero de intensa actividad mental. La travesía contiene un innegable significado de transición entre dos espacios reales y simbólicos de la experiencia individual representados por la orilla de origen y la de destino. En la primera orilla radican el dolor y la derrota. En la otra aguarda un nuevo comienzo ante cuyo advenimiento abrirá cada uno de los exiliados un proceso interior de adaptación que, en el caso de la pareja formada por Ernestina de Champourcin y Juan José Domenchina, tomará orientaciones bifurcadas, tal como la poesía de la autora refleja. El discurso poético da cuenta de la transformación del "tú" y del "yo" que provoca inevitablemente la transformación del "nosotros". La pareja deberá renegociar su relación, establecer las bases de una primera persona del plural que nunca más será la misma. Al principio, la expectativa de futuro se empeña en ser voluntariosamente esperanzada: "¿Llegamos de verdad?/Nuestros yos se licúan/ esperando nacer/hacia algo distinto".[27] El poema, desde la memoria remota de la experiencia, revela una fractura en la identidad individual de los personajes que evoca la situación real vivida en

[25] I*bídem*, pp. 352-353.

[26] I*bídem*, p. 354.

[27] I*bídem*, p. 355.

la pareja Domenchina-Champourcin ya que, la experiencia posterior revelaría que el marido, a pesar de que su posición en el destierro fue relativamente ventajosa en comparación con la de otros, fue sumiéndose en una severa depresión que atestigua su obra correspondiente a ese período, estado que no le abandonaría hasta su muerte. Opuestamente, Champourcin supo adaptarse a la nueva situación, llegando a declarar años más tarde que había sido muy feliz en México.

Primer exilio no renuncia a cierta dimensión diarística -podría decirse que es su propio diario de la poeta recién casada, no por comparación con la obra juanramoniana, sino como registro de lo que, paradójicamente fue su viaje de novios y, simultáneamente, su camino hacia el exilio: ″De esta manera, se asemeja a las notas de un libro de viajes y a la estructura del diario debido a la presentación de los hechos de forma cronológica″.[28]

Como es bien sabido, Zenobia nunca regresó a España. Ernestina sí: regresó para un nuevo exilio, más duro e incomprensible para ella, si cabe, que el primero, pero esta es otra historia y se desarrolla poéticamente en su obra *La pared transparente*.[29]

Hay un hecho incuestionable, sin embargo, que no puede pasarse por alto respecto al exilio de estas dos mujeres y de sus respectivas parejas: que gozaron de una expatriación mucho más protegida y confortable que la de infinidad de compatriotas. No diré que gozaron de un exilio privilegiado, porque no sé si tal cosa es posible, pero, desde luego, el amparo que les daba el apoyo de las que eran las fuerzas políticas legítimas del país, les facilitó salvoconductos, contactos, etc., que, obviamente, no les libraron de las consecuencias morales y materiales de su nueva situación, pero facilitaron su incorporación a la misma. Puede también constatarse que, al menos en el caso de Zenobia, muy dada a cuestionarse sus privilegios de clase, estas desigualdades le suponían un conflicto moral. Esto es muy visible en el relato -originalmente mecanografiado en inglés- que se ha publicado bajo el título ″En el tren de Madrid a Barcelona″- donde la autora narra su viaje desde Madrid hacia el exilio: ″Era la hora del almuerzo y nos llamaron al vagón restaurante. Yo habría preferido haber ido sin comer que andar millas atravesando los vagones de tercera clase repletos de miserable e

[28] Iker González Allende, "El exilio como viaje y destino final en la poesía de evocación y deseo de Ernestina de Champourcin", *Sancho el sabio: Revista de cultura e investigación vasca,* nº 20, 2004, pp. 147-170.

[29] Ernestina de Champourcin, *La pared transparente*, Madrid, Los libros de Fausto, 1984.

indigente humanidad",[30] escribe con el recuerdo mixto de la vergüenza y el temor a posibles reproches.

Igualmente, en el caso de Ernestina, las prerrogativas de que gozaron, no solamente en cuanto a comodidad en el transporte sino también en cuanto a la alimentación recibida en el Flandre -buque que los llevaba a México-, es un tema que trata con plena conciencia de privilegio. Así es como lo recuerda el 17 de junio de 1987, de vuelta ya en España:

> El barco crujía a más y mejor porque había estado en la Primera Guerra Mundial, pero me cuentan que murió en la Segunda. Eso sí, el servicio era francés, el cocinero estupendo, cinco comidas diarias y los primeros tiempos invitábamos a la "merienda de las once" a los amigos que venían en intermedia y tercera, a los que mataban de hambre.[31]

Otro paralelismo que puede advertirse en las circunstancias del exilio vivido por las dos amigas es que, también en el matrimonio Jiménez-Camprubí, la nueva realidad genera importantes tensiones. Pese a lo mucho que Zenobia se frena a la hora de registrar en el diario sus pequeñas o grandes decepciones diarias -incluso, según se advierte, a la hora de informar de ellas al marido -, hay un momento, al comienzo de su exilio, en la etapa cubana, cuando la incertidumbre acerca del futuro es máxima, en que a Zenobia no le parecen adecuadas las relaciones y la actitud general de Juan Ramón, y eso desencadena una ráfaga de reproches que ella describe con las siguientes palabras en su apunte del 21 de diciembre: "Armé un infierno". A continuación, relata: "Le dije que todos los hombres que él tanto desprecia y critica, por lo menos se mantienen, y a su mujer y a sus hijos, y él, que no tiene que preocuparse por casa y comida, no puede resolver ni los problemas más pequeños y está desperdiciando su vida".[32] La escena es lo bastante elocuente y la concomitancia con el distanciamiento de la otra pareja habla asimismo de que las secuelas emocionales de la situación exílica se dejaban sentir a todos los niveles.

La importancia de estos relatos no se circunscribe al testimonio autobiográfico, sino que revela el modo en que las voces femeninas son capaces de fortalecerse y legitimarse en los intersticios del sistema lite-

[30] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud*, *op. cit.*, p. 275.

[31] Mª Elena Antón Remírez, "Diarios y memorias de Ernestina de Champourcin: algunos fragmentos inéditos", *Rilce,* vol. 24, nº 2, 2008, p. 258.

[32] Zenobia Camprubí, *Diario 1. Cuba*, Edición de Graciela Palau de Nemes, Madrid, Alianza Editorial/Universidad de Puerto Rico, 1991, pp. 135-136.

rario: "[…] la escritura autobiográfica, considerada hace algunas décadas todavía como literatura en los márgenes, ha pasado a ser piedra de toque inevitable en los estudios literarios de género".[33]

Mujeres de poetas

Aunque los casos particulares de las escritoras mencionadas son los que aquí nos interesan, la situación de estas dos mujeres puede muy bien extrapolarse al de otras intelectuales y mujeres modernas durante su etapa del exilio. En palabras de Inmaculada Cordero, "Paradójicamente, las *mujeres modernas*, las intelectuales y artistas de aquel nuevo tiempo republicano, vivieron en el exilio una situación inversa. En general, perdieron protagonismo político e independencia profesional".[34]

Un punto de coincidencia entre quienes desarrollan estudios acerca de las escritoras en el exilio es el que detecta afinidades, por grupos, en relación a experiencias personales que se producen vinculadas a su condición de esposas, muchas veces más pendientes de las necesidades de su pareja y de los hijos que de las suyas propias, lo que las lleva a asumir la responsabilidad total de la gestión doméstica, incluyendo un papel de cuidadoras físicas y emocionales que llegaba a absorber todas sus energías. Así lo refleja Saiz Viadero[35] cuando pone en paralelo las experiencias de Zenobia Camprubí, Ernestina de Champourcin y Margarita Bonmatí, esposas las tres de poetas famosos que se vieron muy supeditadas al carácter de sus respectivos maridos, en un contexto de mayor amplitud, donde se evidencia la desconsideración que padecen repetidamente: dedicadas enteramente a la salud de sus parejas, descuidan la suya propia y les preceden a veces en el fallecimiento, como le sucedió a Zenobia, o sufren el abandono del marido, como le sucedió a Concha Méndez, o tienen que renunciar a su propio desarrollo creativo, como le pasó a Ernestina durante muchos años. Para que sus méritos -artísticos y no artísticos-, al final, quedasen invisibilizados, en la sombra. El máximo exponente es el de María de la O Lejárraga, escri-

[33] Pilar Nieva de la Paz, "Voz autobiográfica e identidad profesional: las escritoras españolas de la generación del 27", *Hispania,* nº 89, 2006, p. 21.

[34] Inmaculada Cordero, "A la intemperie. Las mujeres en el exilio de 1939", en Ángeles Egido *et al.*, *Mujeres en el exilio republicano de 1939. Homenaje a Josefina Cuesta*, Madrid, Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática, 2021, p. 103.

[35] José Ramón Saiz Viadero, "Zenobia Camprubí y las mujeres republicanas en el exilio", Emilia Cortés Ibáñez (coord.), *Zenobia Camprubí y la Edad de Plata de la cultura española*, Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía, 2010, pp. 307-328.

biendo las obras que su marido -incluso cuando ya era exmarido- presentaba como propias.

La idea de cuáles pudieran ser las funciones esperables en la mujer de un poeta preocupaba ya a Ernestina antes de que lo fuera, según ella misma relata:

> En lo que a mí atañe, debo confesar haberle dado muchas vueltas en mi juventud y en mi inagotable imaginación a la idea, imagen o concepto "mujer de poeta". Después de haberlo sido y practicado sin apenas haberme dado cuenta de ello, tampoco se puede asegurar que quede un sustrato claro o una definición precisa. […] Hubo tiempos en que se confundieron, lamentablemente, los papeles de esposa y de musa, colmando de exigencias a una sola persona, vituperándola si no las satisfacía todas (pues no se había definido aún el papel de *compañera* que tan natural nos parece ahora).[36]

En la práctica, como pudo comprobar, no solamente conllevaría para ella y para otras la asunción de todas las funciones, sino que eso no acarrearía siempre la satisfacción ni la gratitud de los beneficiarios de esa absoluta entrega. Es significativa la observación de Zenobia cuando, en "Confesiones de una refugiada", afirma:

> Soy en parte americana y paso la mayor parte del tiempo mecanografiando para impresionar a mi marido para que se percate de que, si se hubiese casado con una chica perfecta, no habría encontrado una mejor guía en América.
>
> Mi marido, que no es americano en ningún sentido, debería impresionarse, pero es triste decir que pasa la mayor parte del tiempo intentando pillarme.[37]

Las evidentes concomitancias entre el matrimonio de Juan Ramón Jiménez con Zenobia Camprubí y de Juan José Domenchina con Ernestina de Champourcin parten, desde luego, de la posición de ellos como poetas reconocidos -cada uno en la correspondiente medida- y de las funciones que como esposas se veían abocadas a adoptar.

La propia Ernestina percibe las similitudes de carácter entre los dos maridos cuando los describe como "interlocutores, independientes e individualistas hasta el colmo".[38] La amistad entre estos dos hombres,

[36] Ernestina de Champourcin, *La ardilla y la rosa, op. cit.,* p.123.

[37] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud*, *op. cit.,* p. 289.

[38] Ernestina de Champourcin, *La ardilla y la rosa, op. cit.,* p. 57.

que se mueve entre el plano de la alta cultura, el juego literario -que incluye la invención de apócrifos menores por puro divertimento- y la travesura casi infantil, tiene tintes entrañables, tal como Ernestina lo describe:

> Entonces se inició una amistad que perduró en plena guerra civil y en parte del exilio. Eran dos caracteres, aunque bastante distintos, hechos para entenderse, sobre todo en sus rasgos más extremosos. Los dos de una pieza, de una gran intransigencia moral y sinceros hasta la exageración en sus críticas, sin que les molestase la crítica ajena cuando era honrada y leal.[39]

Aunque la relación de Juan Ramón Jiménez y Domenchina acabó enfriándose por malentendidos típicos de egos poéticos, llegándose a recuperar sólo muy tardíamente, la de las dos mujeres, en cambio, se mantuvo inquebrantable, a veces por correspondencia -muy espaciada por el duro trabajo de ambas, primero, y a causa de la enfermedad de Zenobia, que estaba entrando en fase terminal, después, pero lo cierto es que se comprendían muy bien y se aconsejaban mutuamente por teléfono: "Muchas noches, cuando ya me disponía a dormir, después de unas jornadas de trabajo intensísimas, sonaba de pronto el teléfono y la voz de Zenobia. Cada vez más preocupada por el estado de Juan Ramón, me pedía un consejo, con el pretexto de que yo también tenía un marido poeta y propenso a la neurosis".[40] El consejo de Ernestina, refrendado por el médico, de que Juan Ramón necesitaba estar donde pudiera comunicarse en español, determinó su marcha a Puerto Rico. El final de la amistad fue tan abrupto como desolador:

> La noticia de la concesión del premio a Juan Ramón -cuenta Ernestina- nos llegó a México antes que la de la muerte de Zenobia, que sucedió el 28 de octubre. Recuerdo con qué alegría les pusimos un cable, e incluso le dolió a Juan José no tener respuesta. Y es que hasta pasados unos días no supimos el terrible trance por el que el poeta estaba pasando. Y ya no volvimos a saber de él hasta su muerte, el 29 de mayo de 1958.[41]

En la evocación de su amiga, Ernestina destaca la capacidad de adaptación al exilio por parte de Zenobia, facilitado por sus raíces y

[39] *Ibídem*, p. 54.

[40] *Ibídem,* pp. 102-103.

[41] *Ibídem*, p. 115.

sus experiencias americanas previas. Pero considero muy significativa una reflexión posterior, en la que, sin dejar de hablar de Zenobia, habla también de ella misma, diciendo: "…las mujeres gozamos por naturaleza de una facilidad de adaptación mayor que los hombres, y quizá también de la consciencia muy viva de las consecuencias que puede tener nuestro hundimiento".[42] Es una forma muy elegante de exponer la verdad de lo que fue su vida y también la de otras muchas mujeres exiliadas:

> La mayoría de las mujeres se enfrentan al exilio de un modo distinto a los hombres. Incluso serán sustento de sus parejas en muchas ocasiones (Zenobia, Ernestina). Cogerán las riendas de la unidad familiar sacando adelante lo económico y lo personal ante la incapacidad de sus maridos de afrontar la nueva situación. Ernestina de Champourcin también asume este papel. Juan José rechaza el trabajo que le había ofrecido Alfonso Reyes en la Casa de España, como profesor. La poeta de Vitoria, desde este momento, se incorpora al Fondo de Cultura Económica en calidad de traductora. Esta ocupación y la nueva situación económica a la que se enfrenta la mantendrán sin publicar hasta 1952.[43]

Integración en los países de acogida

En el caso de Ernestina esta integración se produjo mediante una rápida transición de un activismo cultural desarrollado en condiciones naturales, a un activismo social y cultural desarrollado en tiempos de guerra y, de este, a un activismo cultural transatlántico forzado por el exilio: "…llegamos a México por invitación de la Casa de España -relata ella misma-, fundada y presidida por el ilustre escritor mexicano Alfonso Reyes, y que se abrió para recibir a los intelectuales españoles. Allí poco a poco se reanudaron las actividades literarias, y en publicaciones como *Romance*, *Las Españas* o *Rueca* reaparecieron nuestras firmas. Esta última revista fue lanzada por un grupo de señoras que estudiaban en la Universidad, en la Facultad de Letras, con las que Díez-Canedo me puso en contacto para que las ayudara".[44] La mediación de Ernestina supuso la inclusión en la revista de colaboraciones de Jarnés, Bergamín, Max Aub, Paulino Massip y, por supuesto, de Juan Ramón.

[42] *Ibídem*, p. 133.

[43] Sara Isabel García Mendoza, "Los exilios de Ernestina de Champourcin", *Estudios Alaveses*, nº 25, 2006, pp. 181-202.

[44] Ernestina de Champourcin, *La ardilla y la rosa*, pp. 73-74.

Zenobia contaba, como hemos dicho, con su conocimiento del inglés y con una cierta red familiar y social en los Estados Unidos, pero no era ciudadana norteamericana, como otros presuponían -ella misma explica que tuvo que conseguir la nacionalidad- ni se había desempeñado como profesora más que de forma muy temprana y ocasional y hubo de convertirse en profesora universitaria capacitándose a sí misma sobre la marcha.

Capacidad de adaptación

Las dos mujeres comparten un destino vital ligado a las circunstancias de su tiempo, con las excepcionales consecuencias para sus vidas derivadas de la guerra civil, demostrando una capacidad de adaptación muy superior a la de sus esposos.

Bajo el punto de vista de Ernestina, Zenobia se encontraba en Washington, la primera vez que se vieron en el exilio, como pez en el agua: "Observé que en América se movía aún con más seguridad que en España".[45] Pero no le debió ser fácil llegar a ese punto. El exilio de la pareja, aunque facilitado por la formación y el carácter de Zenobia, se vio dificultado por razones como la falta de estabilidad. Los sucesivos traslados de país, de ciudad y de casa, no solo eran operaciones logísticas complejas, sino que requerían procesos de adecuación constantes a nuevas situaciones, con resultados distintos para cada uno de ellos. Por ejemplo, en Cuba, donde Juan Ramón parecía estar a gusto, Zenobia se crispaba por la inactividad y por otras circunstancias a las que no se aclimataba. En Estados Unidos, en cambio, las dificultades de Juan Ramón Jiménez para encontrar interlocutores con los que hablar español complicaban la vida social. La necesidad de encontrar una vivienda adecuada en cada nuevo destino es la primera preocupación de cada traslado, una preocupación muy acuciante, seguida por la de procurarse medios de subsistencia. Pero, por encima de todo, de aquellos asuntos prácticos que Zenobia sabe manejar con destreza, se vislumbra una cuestión de fondo que afecta a la identidad individual. La situación del exilio obliga, forzosamente, a la negociación con uno mismo, acerca de cómo reconstruir un yo desgajado de su realidad anterior, a partir de la experiencia adquirida, de las habilidades personales y de las nuevas condiciones de vida.

[45] *Ibídem,* p. 86.

Activismo

La superación personal del trauma experimentado se centra también para ellas en su apoyo a causas sociales.

Zenobia ya se había entregado a actividades humanitarias al inicio de la guerra, participando en acciones relativas a la Junta para la Protección de Menores y habilitando las casas que antes alquilaba en Madrid como espacios de acogida para niños en situación de desamparo. De las dos amigas, fue Zenobia la que tuvo mayor iniciativa en este sentido.

Ernestina colaboró con la Junta -según cuenta ella misma, durante un breve período de tiempo y sin mucha destreza para ello- trabajando como cocinera. Poco después, pasó a colaborar como enfermera -para lo que tampoco tenía cualificación- en uno de los hospitales de sangre improvisados en Madrid, situado en el barrio de Chamberí.

Cuando Zenobia Camprubí salió de España, sus primeras actividades estuvieron encaminadas al sostén económico de sus iniciativas y a la sensibilización de la sociedad americana con la tragedia española. Su carácter reflexivo la lleva a comprender que las necesidades varían al ritmo de los acontecimientos derivados de la guerra y que la intervención ha de hacerse en lugares estratégicos distintos.

Una de sus conferencias estuvo destinada a la promoción del talento femenino español. El 29 de octubre de 1936, en una conferencia en el Club de Mujeres de la Facultad de la Universidad de Puerto Rico, daba a conocer su labor como secretaria de la Junta para Becas a Mujeres Españolas en los Estados Unidos. Relata la frustrante situación de no encontrar candidatas adecuadas, hasta que pudieron adaptarse las ayudas a la realidad social del momento, favoreciendo a un escogido grupo de mujeres que tuvo la ocasión de desarrollarse intelectual y científicamente gracias a ello. Habla también de la importancia de instituciones como la Residencia de Señoritas, el Comité Femenino de Higiene Popular -para extender buenos hábitos que ayudasen a la prevención de enfermedades-, la fundación del Lyceum Club femenino, la lucha por el sufragio universal, etc., dando cuenta del nacimiento de una feminidad moderna en la España tradicional de siempre, para la que era importante el apoyo económico y académico estadounidense. Una segunda conferencia, divulgada en varios centros culturales y universitarios, estaba pensada para recabar fondos -con escaso éxito- para la Junta de Protección de Menores, pensando en las necesidades de los niños que habían dejado atrás.

También Ernestina continuó apoyando la promoción artística e intelectual de la mujer a través de su relación, en México, con el colectivo Rueca y con su revista. Pero, obviamente, nunca pudieron retomar proyectos de parecido alcance a los que habían desarrollado antes de

la guerra. La lucha por la vida y la nueva situación en su país de origen lo impedían.

La escritura como estrategia (autoconocimiento y resistencia)

Es sabido que la literatura puede ser, para quien la practica, un recurso de resistencia contra la adversidad. Un modo de pasar en limpio el pensamiento y poner en orden el caos. En este sentido, tanto Zenobia Camprubí como Ernestina de Champourcin son autoras de una literatura íntima, en la que están presentes obras que obedecen al modelo del diario, la memoria, etc. En el caso de Ernestina, asimismo, la experiencia personal tiene reflejo en determinados aspectos de su obra poética, algunos de los cuales se han puesto de manifiesto anteriormente.

En su introducción a los diarios de Camprubí, Palau de Nemes señala que, debido a la situación traumática del destierro, el diario se convirtió en una herramienta introspectiva para "reencontrar el perdido sentido de la vida" y que "se convierte en un modo de observar la propia supervivencia, por lo que pasa a ser un instrumento de supervivencia",[46] de este modo, registrando la lucha cotidiana, la autora aprende a encarar la adversidad y ordena, en lo posible, el caos vital.

Podrían constatarse importantes diferencias entre los diarios de Zenobia y los de Ernestina. Hay que salvar, naturalmente, la diferencia en las épocas vitales de cada una de las autoras, así como el volumen de cada una de esas manifestaciones. Sin embargo, cotejando la perspectiva desde la que ambas abordan la escritura de su intimidad, hay una diferencia esencial: Zenobia anota, fundamentalmente, hechos, muchos de ellos de carácter totalmente pragmático, consignando toda clase de circunstancias externas y pocas veces -de manera muy sucinta- sus propias reacciones emocionales. Quizá este proceder obedezca a las recomendaciones de su madre, que la instó a llevar un diario. En la primera entrada de su diario de juventud -25 de setiembre de 1905- dice:

> Este diario no es un registro de mis pensamientos y sentimientos, no es para ordenar lo que hay en sus páginas. Podría seguir los estadios de evolución que ha habido desde mi infancia hasta mi etapa de mujer, que se han mantenido conforme a los deseos de mi madre. Recientemente, me ha pedido que haga una entrada diaria en este libro para registrar mis acciones durante el día. Puedo usar un lenguaje telegráfico si lo prefiero porque el objeto de este libro simplemente es hacer que me dé cuenta de las pocas cosas útiles

[46] Graciela Palau de Nemes, "Introducción" en *Diario 1. Cuba*, edición de Graciela Palau de Nemes, Madrid, Alianza Editorial/Universidad de Puerto Rico, 1991, p. XII.

> que hago durante el día. Mi único deseo es que mi madre me dé una referencia de qué cosas útiles contar de mi vida.[47]

Concebido así, el diario se convierte en un registro de actividades, mucho más que en un instrumento de reflexión íntima, aunque sí acabaría teniendo también esa dimensión introspectiva. No es el caso de Ernestina: lo que ella anota atañe, esencialmente, a las emociones experimentadas a lo largo del día. Relata sus actividades, pero de una forma mucho más introspectiva. Y, en las anotaciones actuales transitan los ecos del pasado: la memoria irrumpe a cada paso, de modo más que comprensible si consideramos que en un mismo cuaderno se anotan fragmentos diarísticos y fragmentos memorialísticos. "La desmemoria de mi memoria -dice Champourcin- es como la de un pintor que no traza bocetos ni usa modelos, pero va sacando del almacén de su cabeza imágenes desvaídas que la imaginación reconstruye, abrillanta o borra".[48]

La memoria -o la desmemoria- condiciona un relato fragmentario y cronológicamente desordenado, pero vívido y, a menudo, lleno de interesantes detalles, ya sean costumbristas, históricos o personales. También en los diarios de Zenobia se atisban esta clase de detalles, aportando algunos de ellos precisa información sobre la vida cotidiana del matrimonio, pero de forma mucho más constante.

Otra diferencia esencial entre los diarios de Ernestina y los de Zenobia -aparte del volumen reducido de los que se conservan de la primera- radica en la cuestión lingüística. La fluctuación entre el inglés y el español que practica Zenobia es uno de los aspectos más curiosos y que han suscitado interpretaciones diversas, como la lectura psicológica de Palau de Nemes, que, en el prólogo al primer volumen del *Diario*[49] atribuye su uso del inglés, en los primeros tiempos de su estancia en Estados Unidos, al reencuentro con la cultura materna y la vuelta al español, todavía en un medio social anglosajón, cuando la vence la nostalgia de su tierra, después de muchos años de exilio. El empleo de una lengua que no es la habitual en su entorno suscita también la hipótesis de que la autora desearía preservar su privacidad.

Un dato nada irrelevante consiste en la subordinación de sus escritos a la imagen de otro: de su marido en el caso de Zenobia, de su maestro en el caso de Ernestina. Pero a pesar de vivir supeditadas a

[47] Zenobia Camprubí, *Diario de juventud*, p. 31.

[48] Mª Elena Antón Remírez, "Diarios y memorias de Ernestina de Champourcin: algunos fragmentos inéditos", *art. cit.*, pp. 239-274.

[49] Zenobia Camprubí, *Diario 1. Cuba*, edición de Graciela Palau de Nemes, Madrid, Alianza Editorial/Universidad de Puerto Rico, 1991.

necesidades ajenas, a trabajos domésticos y profesionales muy absorbentes, la literatura diarística y memorialística permite a estas mujeres escribir en los intersticios, en las grietas del sistema literario, expresando su verdad más íntima.

Bibliografía

Antón Remírez, Mª Elena "Diarios y memorias de Ernestina de Champourcin: algunos fragmentos inéditos", *Rilce*, vol. 24, nº 2, 2008, pp. 239-274.

Camprubí, Zenobia, *Diario 1. Cuba*, edición de Graciela Palau de Nemes, Madrid, Alianza Editorial/Universidad de Puerto Rico, 1991.

Camprubí, Zenobia, *Diario de juventud. Escritos. Traducciones,* edición e introducción de Emilia Cortés Ibáñez, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2015, pp. 119-130.

Camprubí, Zenobia, *Diario. Cuaderno de 1916. Vivir con Juan Ramón,* edición de Arturo del Villar, Madrid, Los Libros de Fausto, 1986.

Cordero, Inmaculada, "A la intemperie. Las mujeres en el exilio de 1939", en Ángeles Egido *et al., Mujeres en el exilio republicano de 1939. Homenaje a Josefina Cuesta*, Madrid, Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática, 2021, pp. 95-108.

Cortés Ibáñez, Emilia, "Zenobia Camprubí en su Diario de Estados Unidos", *Signa: Revista de la Asociación Española de Semiótica,* nº 6, 1997, pp. 119-138. Disponible en https://www.cervantesvirtual.com/portales/signa/obra-visor/signa-revista-de-la-asociacion-espanola-de-semiotica--4/html/dcd92e0c-2dc6-11e2-b417-000475f5bda5_29.html (Consultado el 11.5.2022)

De Champourcin, Emestina, *En silencio…*, Ilustraciones de Carlos A. Castellanos, Madrid, Espasa-Calpe, 1926.

De Champourcin, Ernestina, *La ardilla y la rosa (Juan Ramón en mi memoria)*, Madrid, Los libros de Fausto, 1981.

De Champourcin, Ernestina, *La pared transparente*, Madrid, Los libros de Fausto, 1984.

De Champourcin, Ernestina, *Presencia a oscuras*, Madrid, Rialp, 1952.

De Champourcin, Ernestina, *Primer exilio*, Madrid, Rialp, 1978.

Diego, Gerardo, *Poesía española contemporánea*, Madrid, Signo, 1934.

Domínguez Prats, Pilar, *Mujeres españolas exiliadas en México (1939-1950)*, Tesis doctoral, 1992, Disponible en https://eprints.ucm.es/id/eprint/2340/ (Consultado el 20-5-2022).

García Mendoza, Sara Isabel, "Los exilios de Ernestina de Champourcin", *Estudios Alaveses,* nº 25, 2006, pp. 181-202.

González Allende, Iker, «El exilio como viaje y destino final en la poesía de evocación y deseo de Ernestina de Champourcin», *Sancho el sabio: Revista de cultura e investigación vasca,* nº 20, 2004, pp. 147-170.

Gullón, Ricardo, "Estudio preliminar" en Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí, *Poemas y cartas de amor*, Santander, La Isla de los Ratones, 1986.

Jiménez, Juan Ramón, *Platero y yo*, Madrid, Ediciones de La Lectura, 1914.

Jiménez, Juan Ramón, *Segunda antolojía poética 1898-1918*, Madrid-Barcelona, Colección Universal, 1920.

Mabrey, María Cristina, *Ernestina de Champourcín, poeta de la generación del 27, en la oculta senda de la tradición poética femenina*, Madrid, Torremozas, 2007.

Nieva de la Paz, Pilar, "Voz autobiográfica e identidad profesional: las escritoras españolas de la generación del 27", *Hispania,* vol. 89, nº 1, 2006, pp. 20-26.

Pérez Vicente, Nuria, "Zenobia Camprubí o la identidad cautiva: La autobiografía del otro", en Antonio Ramírez Almanza, *et al*., *Congreso Internacional en Homenaje a Zenobia. Moguer-Huelva 25 a 28 de octubre de 2001*, Moguer, Fundación Juan Ramón Jiménez, 2001, pp. 57-81.

Saiz Viadero, José Ramón, "Zenobia Camprubí y las mujeres republicanas en el exilio", en Emilia Cortés Ibáñez (ed.), *Zenobia Camprubí y la Edad de Plata de la cultura española*, Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía, 2010, pp. 307-328.

Uceta Malo, Acacia, "Ernestina de Champourcin, poesía y trascendencia", en VV.AA., *Escritoras del exilio*, Madrid, Fundación Españoles en el mundo, 1999.

"Las amigas molestas": mujeres, trabajo y hogar en el exilio de María Teresa León

Lorena Paz López
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

En julio de 1958, la escritora María Teresa León (1903-1988) publicaba en Argentina, donde vivió exiliada entre 1940 y 1963, un artículo titulado "Los amigos molestos" para la revista dirigida a las mujeres porteñas *Mucho Gusto* del editor Jacobo Muchnik, donde la española colaboró desde 1954 a 1963. En este escrito, León criticaba la mala costumbre de las amistades que hacen llamadas telefónicas o visitas inoportunas, a deshoras, o que se quedan demasiado tiempo charlando, lo que resulta molesto y enturbia el ritmo de la vida en la casa. León rememoraba, de forma anecdótica, que el origen del Lyceum Club Femenino de Madrid, asociación de mujeres fundada en 1926 por María de Maeztu, había sido precisamente el deseo de que las amistades recibidas en casa de la intelectual y traductora española Zenobia Camprubí (1887-1956) no molestaran a su marido, el poeta Juan Ramón Jiménez (1881-1958). Las quejas constantes de Juan Ramón motivaron que Zenobia se uniera "a otras amigas" para fundar el Lyceum Club: "La lección de Juan Ramón sirvió para crear una institución que tuvo mucha importancia en la vida española femenina de los venturosos años de la República y Juan Ramón pudo trenzar sus versos en soledad".[1] Esta historia, en realidad, le sirve de excusa a León para homenajear al escritor español Juan Ramón Jiménez, muerto el mismo día que León escribe el artículo: "Hoy, Juan Ramón ha muerto", versa el último párrafo de su escrito, y para reivindicar la actividad de su esposa Zenobia, fallecida dos años antes.

León describe a Zenobia como la "asombrosa compañera" de Juan Ramón, cuya "bondad recibía a innumerables amigas molestas"[2] (molestas para Juan Ramón). El adjetivo "asombrosa" que León emplea para describir a Zenobia pone de manifiesto la admiración que la autora sentía por la figura de la traductora, con quien compartía muchas características intelectuales y personales; entre ellas, pertenecer a la

[1] María Teresa León, "Los amigos molestos", *Mucho Gusto*, 141, 1958, p. 39.

[2] *Ibídem*.

elitista generación de mujeres integrantes del Lyceum, estar casada con un poeta y trabajar desaforadamente para tratar de compaginar vida doméstica y vida intelectual. La anécdota desarrollada por León en "Los amigos molestos" y la mención a Zenobia y al Lyceum ilustra el tema que pretendo analizar en este trabajo, esto es, por un lado, cómo en los textos escritos desde el exilio, por ejemplo en *Memoria de la melancolía* (1970), León rememora y reivindica el trabajo realizado por las mujeres de su generación, que han combinado la domesticidad con el ejercicio intelectual, y los logros obtenidos por el feminismo de su época en España décadas después de su partida del país. Por otro lado, me interesa explorar la forma en que León, que participó durante la primera ola del feminismo y que cuenta con más de cincuenta años cuando escribe los textos para la revista *Mucho Gusto*, interpreta y dialoga con los cambios de actitud de las mujeres de generaciones más jóvenes pertenecientes a la segunda ola del movimiento a través de sus crónicas mensuales.

Sororidad desde el exilio

María Teresa León y Zenobia Camprubí son dos ejemplos de lo que Shirley Mangini denominó "mujer moderna" en su ensayo *Las modernas de Madrid* (2001), para aplicar al contexto español el arquetipo global de *flapper,* producto de la cultura estadounidense y europea de entreguerras, también llamada "mujer nueva", caracterizada como una mujer independiente y joven, blanca, soltera, con fuertes inquietudes culturales que reclama un lugar en la esfera pública. León había sido becada por la Junta de Ampliación de Estudios para investigar el teatro de la URSS y el norte de Europa, comenzó a escribir temprano, bajo el pseudónimo de "Isabel Inghirami", intensa viajera, militante política con participación en la esfera pública, divorciada desde muy joven. Por su parte, Zenobia había crecido y se había formado entre España y Estados Unidos, cursando estudios en la Universidad de Columbia, transitando diversos ambientes culturales de la época y dedicándose a la escritura desde edad muy temprana. Ambas intelectuales participaron de la tendencia del asociacionismo femenino de la época perteneciendo, entre otras, al ya mencionado Lyceum Club Femenino de Madrid, del que Zenobia fue, además de miembro, secretaria.[3] Como ha señalado Julia Varela Fernández, se trata de mujeres que "provie-

[3] Para un análisis detallado de la relevancia del Lyceum Club para el feminismo español véase el artículo de Shirley Mangini: "El Lyceum Club de Madrid un refugio feminista en una capital hostil", *Asparkía*, nº 17, 2006, pp. 125-140.

nen de la burguesía liberal española con un elevado capital cultural, integradas en familias de clases medias con una posición acomodada"[4] que, colectivamente en la primera mitad del siglo XX, trataron de romper con los "dispositivos de feminización"[5] para "trascender en cierta medida el sistema de normas y prácticas que las destinaba exclusivamente a ser buenas madres y esposas hacendosas".[6] El adverbio "exclusivamente" es muy importante en esta cita, ya que, pese a que las mujeres accedían cada vez más a espacios antes vetados para ellas en la esfera pública como fueron el ocio y el trabajo asalariado, sus roles como madres y como esposas no siempre fueron cuestionados, sino que estas nuevas actividades se sumaron a sus labores más tradicionales. De este modo, María Teresa León y Zenobia Camprubí, además de ser figuras públicas con proyección en las esferas intelectuales y activas en la acción social, también mantuvieron, no sin conflictos, las actividades tradicionales en la esfera doméstica y fueron las responsables de la gestión técnica de sus hogares.

El acceso al trabajo asalariado y, más concretamente en el caso de Zenobia y León, el trabajo intelectual remunerado fue uno de los derechos que los feminismos de los años 20 trataron de conquistar en España.[7] La formación profesional de León y Zenobia fue crucial cuando tras el estallido de la Guerra Civil en 1936 y el consecuente exilio de ambas tuvieron que instalarse en diferentes países y desarrollar una urgente actividad laboral que proporcionase ingresos no solo para ellas, sino también para sus respectivas parejas. León trabajó incansablemente, sobre todo en su exilio argentino, en el mundo editorial, como traductora y escritora, como conferenciante en diversas asociaciones y como locutora de radio en las principales emisoras del país: Radio El Mundo, Radio Splendid y Radio Belgrano.[8] A este respecto, es significativa la

[4] Julia Varela Fernández, "La larga lucha por la emancipación de las mujeres. Carmen Baroja y Nessi, Zenobia Camprubí Aymar y María Teresa León Goyri", *Papers*, vol. 98, nº 4, 2013, p. 613.

[5] *Ibídem.*

[6] *Ibídem.*

[7] Laura Branciforte ofrece en su artículo "Experiencias plurales del feminismo español en el primer tercio del siglo pasado: un balance en la historiografía reciente" en *Revista de Historiografía*, nº 22, 2015, pp. 22-54, los principales objetivos de los feminismos desarrollados en España hasta la guerra civil española y cómo la historiografía los ha abordado en su producción científica.

[8] Antes de instalarse en Argentina en 1940, León y Alberti se exiliaron en Francia, donde también trabajaron para la radio francesa Paris-Mondial. En Argentina residieron hasta 1963, cuando la mala economía tras la crisis de 1959 y la política convulsa de los años anteriores les hizo tomar la decisión de instalarse de nuevo en Europa, concreta-

carta que León envía al periodista uruguayo Juvenal Ortiz Saralegui para organizar las vacaciones de verano austral de 1942, donde León le escribe "estoy muerta de trabajo en la radio" y hacia el final "soy un remero de la radio y hasta el día 1 no toco puerto".[9] También Rafael Alberti en el breve texto titulado "Cuando tú apareciste", que sirve como introducción a la reedición de *Memoria de la melancolía* (1970) que Círculo de Lectores lanzó en 1987 recuerda el intenso trabajo de León:

> El exilio de veinticuatro años en aquellas orillas del Río de la Plata, y todo lo que allí trabajaste, creaste, hiciste. ¿Qué decir de aquellas, entre otras, dos películas, *La dama duende*, de Calderón, premiada internacionalmente, y aquel *Gran amor de Gustavo Adolfo Bécquer*, hoy alabada por tantos que han tenido la suerte de verla? […] Tus emisiones diarias en la radio, tus charlas en la televisión, y tus primeros libros en Losada y otras editoriales de América.[10]

Alberti reconoce la polifacética y diversa actividad laboral de León, que nace de la estrecha necesidad de generar ingresos económicos para rehacer la vida en el exilio, y que incluye no solo la participación en medios tradicionales de escritura, sino también en los medios de comunicación de masas novedosos en la época, como la radio, donde León tenía su programa *Charlas de María Teresa León* y, posteriormente, la televisión, donde al parecer participó cuando la revista *Mucho Gusto* inició su etapa televisiva en 1960.

En el exilio, Zenobia se desempeñó principalmente en el ámbito de la educación, dando clases de lengua y cultura españolas en la Universidad de Maryland y en la Universidad de Puerto Rico, y ejerciendo también como conferenciante en alguna ocasión. Los esfuerzos de Zenobia por obtener capital económico regular que sirviera para mantener al matrimonio, sobre todo para ofrecer estabilidad financiera ante la salud constantemente delicada e incapacitante de Juan Ramón, fueron muy notorios y visibles por el entorno de la pareja. De este modo, Juan Ramón escribía para justificarse por no tener un rol exclusivo de masculinidad proveedora en el hogar una carta, en marzo de 1953, al crítico literario Guillermo Díaz-Plaja:

---

mente en Roma, donde vivieron hasta 1977.

[9] "Cartas de María Teresa León y Rafael Alberti a juvenal Ortiz Saralegui (1)", *Calandrajas: papeles de arte, pensamiento y demás cosas*, nº 25, 1991, p. 10. Disponible en: https://descargasarchivo.toledo.es/viewer.vm?id=21953&view=global&lang=es

[10] María Teresa León, *Memoria de la melancolía,* Barcelona, Círculo de Lectores, Losada, 1987, pp. III-IV.

> Nada más falso que ese equívoco de mis calumniadores ruines, vividores circunstanciales (Bergamín, Salinas, Guillén etc.) sobre el trabajo de mi extraordinaria mujer, mujer de mujeres. Ella, de educación americana, trabajaba en cosas públicas antes de casarse conmigo. No tuvimos hijos y ella no gusta del trabajo casero a la española. Tuvo siempre su independencia y sus asuntos con otras amigas españolas y americanas, y los dos nos ayudamos en lo de cada uno. Juntos hemos traducido mucho, aparte de lo de Tagore; y si yo no he tenido cargos públicos, los he tenido particulares, en la "Residencia de Estudiantes", en la casa editorial Calleja, etc.[11]

En esta cita se evidencia cómo Juan Ramón justifica el trabajo extradoméstico de Zenobia por su "educación americana", asociando su independencia económica a su formación estadounidense, y añade dos factores más que explican las actividades de su esposa: no haber tenido descendencia y que a ella no le guste el "trabajo casero a la española", esto es, el trabajo doméstico no remunerado como única ocupación de la mujer. Los diferentes diarios de Zenobia muestran una mujer extremadamente laboriosa a la que le gusta trabajar y que posee, según la investigadora Anna Caballé, una "ética del trabajo muy calvinista".[12] Que Juan Ramón tuviera que dar explicaciones sobre las actividades de Zenobia y que estas estuvieran mal vistas entre su círculo hace pensar en la excepcionalidad de la realización de trabajo remunerado entre las mujeres de su clase social.

El manejo simultáneo del trabajo doméstico y el trabajo remunerado es una constante que se percibe en los escritos más personales de Zenobia, así como en los de otras intelectuales coetáneas que, como ella, debido a las circunstancias del exilio, producen más escritos de carácter personal y autobiográfico.[13] El 6 de febrero de 1945, cuando el matrimonio residía en Riverdale y Zenobia daba clases en la Universidad de Maryland, ella escribe en su diario: "Me encanta mi doble vida:

[11] Citado en Anna Caballé, "Pasé la mañana escribiendo": el Diario de Zenobia Camprubí (1937-1956)", *Rilce. Revista de Filología Hispánica*, vol. 28, nº 1, 2012, pp. 65-66.

[12] *Ibídem*, p. 65.

[13] Los *Diarios* de Zenobia, las cartas de María de la O Lejárraga (también conocida como María Martínez Sierra) publicadas recientemente en su *Epistolario del exilio* (Renacimiento, 2021), el *Epistolario* de Carmen Muñoz Manzano (Ediciós do Castro, 2005) o *Memoria de la melancolía* de María Teresa León (Losada, 1970) ofrecen ejemplos que contienen numerosas referencias a la gestión simultánea de la vida doméstica y del trabajo extradoméstico.

la mitad en la universidad y la otra mitad dedicada a la vida doméstica".[14] Que Zenobia se ocupase de las obligaciones domésticas posibilitaba que su marido pudiera dedicarse en exclusiva a la producción intelectual. Es por esto por lo que María Teresa León, en las páginas que dedica a Zenobia en su *Memoria de la melancolía* (1970), afirma que el Premio Nobel de Literatura otorgado a Juan Ramón en 1956 es también mérito de Zenobia:

> Zenobia Camprubí acababa de recibir el premio Nobel. Me diréis: No, estás confundida, el premio Nobel fue para Juan Ramón. Pero yo te contestaré: ¿Y sin Zenobia hubiera habido premio? Y abriría una interrogación grande como sus vidas. Pasa tú primero. Todo estaba solucionado ya. ¿Qué era lo que Zenobia solucionaba tan imperiosamente? Pues la vida […] Los poetas comen, duermen, se agitan y desean como cualquier hombre. Bueno, no, peor, son más difíciles que cualquier hombre. Zenobia Camprubí sabía muy bien eso. Si Juan Ramón era el hilo tejedor de la más alta poesía española, si era el padre de la generación estupenda que nació después del año 1920, en España, Zenobia era para Juan Ramón la urdimbre.[15]

Al colocar exactamente a la par los méritos de Zenobia y los de Juan Ramón en la recepción del Nobel, León eleva, dignifica y visibiliza el trabajo feminizado de la gestión del hogar (el "solucionar la vida") y lo pone a la misma altura la actividad intelectual y la escritura de poesía, situada en el imaginario colectivo en un lugar más privilegiado que las ocupaciones diarias y domésticas. León baja de la esfera de lo elevado la actividad intelectual masculina y la sitúa en el mundo terrenal cuando afirma que "los poetas comen, duerme, se agitan y desean como cualquier hombre", al mismo tiempo que reconoce lo esencial de la presencia y actividad de Zenobia al calificarla como la "urdimbre", la base sin la cual el poeta no habría sido, según León, lo que fue.

León despliega en sus escritos un pensamiento complejo y contradictorio acerca de la relación de las mujeres y los hombres que gira en torno a la tensión entre la subordinación y la independencia de estas con respecto a aquellos. León no hace una crítica radical a un sistema patriarcal y no presenta a Zenobia como una víctima de Juan Ramón, sino que reivindica su trabajo en un segundo plano y lo describe desde la admiración: "fue la suya una decisión hermosísima: vivir al lado del

[14] Zenobia Camprubí, *Diario 2. Estados Unidos (1939-1950),* Madrid, Alianza Editorial, 2006, p. 324.

[15] María Teresa León, *Memoria de la melancolía,* Buenos Aires, Losada, 1970, p. 310.

fuego y ser la sombra".[16] La misma León se describió a sí misma en sus memorias como "cola del cometa", siendo el cometa Rafael Alberti. Puede parecer paradójico que una mujer que reivindica la igualdad social y política de las mujeres se sitúe en un segundo plano con respecto a una figura masculina, sin embargo, se trata de un comportamiento que, aunque pudiera calificarse de contradictorio, resultaba habitual en la época. La historiadora Mary Nash ha apuntado que los "discursos de la domesticidad" que veían en las mujeres características esenciales para el cuidado del hogar, del marido y de los hijos, convivieron con el aprendizaje en el feminismo durante las primeras décadas del siglo XX, también entre algunas intelectuales de izquierdas.[17]

En este pasaje citado de *Memoria de la melancolía* León trata de poner en el centro no solo el nombre de Zenobia, si no el de muchas de las mujeres españolas que formaron parte de su generación o que fueron precursoras en el ejercicio de la vida pública intelectual y en el reclamo por la igualdad de las mujeres: "Dentro de mi juventud se han quedado algunos nombres de mujer: María de Maetzu, María Goyri, María Martínez Sierra, María Baeza, Zenobia Camprubí…"[18] a los que más adelante añade los nombres de Blanca de los Ríos, Concha Espina y Emilia Pardo Bazán. La mención a otras coetáneas, así como la publicación de semblanzas biográficas y antologías de mujeres fue una práctica común desde la época colonial y muy especialmente durante el siglo XIX que funcionaba, según Ana Peluffo, como "espacio compensatorio de apoyo frente a la exclusión que sufrieron en los círculos hegemónicos".[19] En el contexto desde el que escribe León, en el siglo XX y tras la Guerra Civil, la expulsión de los círculos hegemónicos se acentúa ya que, a la marginalidad por ser mujeres se debe añadir el factor de ser exiliadas y, en algunos casos también se sumaría la característica de compartir la vida con figuras públicas masculinas que sitúan en un segundo plano la vida propia de las mujeres. Por lo tanto, el gesto que desarrolla León nombrando a estas intelectuales españolas es triplemente significativo

[16] *Ibídem*, p. 312.

[17] Mary Nash, "Un/Contested Identities: Motherhood, Sex Reform and the Modernatization of Gender Identity in Early Twentieth-Century Spain", en Victoria Lorée Enders y Pamela Beth Radcliff (eds.), *Constructing Spanish Womanhood: Female Identity in Modern Spain*, Nueva York, State University of New York Press, 1999, pp. 25-50.

[18] María Teresa León, *Memoria de la melancolía*, 1970, *op. cit.*, p. 310.

[19] Ana Peluffo, "Rizomas, redes y lazos transatlánticos: América Latina y España (1890-1920)", en Pura Fernández (ed.), *No hay nación para este sexo: la Re(d)pública transatlántica de las Letras: Escritoras españolas y latinoamericanas* (1824–1936), Madrid, Iberoamericana, 2015, p. 219.

y podría interpretarse como una continuidad a través de la escritura de la sororidad gestada en esos años importantes de la época en los que las mujeres unieron fuerzas y consiguieron avances sociales y políticos.

León no solo reivindica el trabajo realizado por las mujeres que encarnaron los feminismos de las primeras décadas del siglo XX en España, sino también recuerda instituciones fundamentales para el desarrollo de su vida intelectual. Teniendo la escritura como espacio de lucha contra el olvido,[20] la autora dedica reflexiones al papel del Lyceum Club como un núcleo esencial en torno al cual se organizaron las diferentes experiencias de las mujeres que lo conformaron hasta el estallido de la guerra. Además de la mención ya citada en "Los amigos molestos", León le dedica varias líneas en su *Memoria* a la centralidad del Lyceum Club en la época. Escribe León que "el Lyceum Club se fue convirtiendo en el hueso difícil de roer de la independencia femenina" y que "no era una reunión de mujeres de abanico y baile", sino que "se había propuesto adelantar el reloj de España".[21] La autora desvincula el Lyceum de los clubes de ocio femenino para agregarle también su valor político: el Lyceum nace como motor de la modernización del país al que pretendía "adelantar" cultural, social y políticamente, prestando especial atención a la situación de las mujeres. A través de la escritura de sus *Memorias*, León pretende que quede registrada la lucha de los intelectuales que defendieron los ideales de la Segunda República ante, durante y después de la Guerra Civil y destaca, entre estos, el empeño de las mujeres que, reunidas en el Lyceum y en otras instituciones, trataron de hacer de España un lugar mejor partiendo del derecho de las mujeres a la igualdad política y social y que, tras la contienda, al igual que ella, muchas se encuentran en el exilio.

Mujeres y cambios generacionales en *mucho gusto*

Formada en las corrientes de los feminismos que se extendieron por España en los primeros años de 1900 y quisieron consolidarse durante los años republicanos, logrando entre otras iniciativas, la aprobación del voto femenino en octubre de 1931, María Teresa León se va al exilio con la impronta que han dejado estas luchas y su especial sensibilidad

[20] Varios estudios críticos han incidido en que el motor de escritura de María Teresa León fue, en muchas ocasiones, su deseo de preservar la memoria, tanto individual como colectiva, y de luchar contra el olvido. Véanse a este respecto, por ejemplo, los trabajos de Gregorio Torres Nebrera (1996), José Luis Ferris (2017) o María Lourdes Núñez Molina (2019).

[21] María Teresa León, *Memoria de la melancolía*, 1970, *op. cit.*, p. 311.

para con la situación de las mujeres. Durante sus años en Argentina, recupera figuras de mujeres españolas e internacionales, por ejemplo, con la publicación de su libro *Doña Jimena Díaz de Vivar* (Losada, 1960) dedicado a la esposa del Cid Campeador, o con la intercalación de breves homenajes a mujeres relevantes de la historia que hace en su libro comercial para el público femenino *Nuestro hogar de cada día. Breviario para la mujer de su casa* (Fabril Editora, 1958), donde ensalza, entre otras, a las escritoras argentinas Victoria Ocampo y María Rosa Oliver, a la novelista francesa George Sand (Aurore Dupin) o a la intelectual chilena Gabriela Mistral.[22] En sus años de exilio argentino, el espacio donde más desarrolló sus ideas acerca de la problemática y los diferentes cambios sociales que atañen a las mujeres, fue en su columna mensual para la revista ya mencionada *Mucho Gusto*. *Mucho Gusto* pertenecía a la corriente de revistas enfocadas en un público femenino que en Argentina se expandieron desde la década de 1920 en adelante y que combinaban breves textos literarios, columnas de opinión, consejos para el ama de casa y, sobre todo, mucha publicidad para fomentar el consumo. El objetivo de la revista era preservar los valores tradicionales de la familia y el hogar en medio de los cambios de la modernidad, pero sin renunciar del todo o rechazar frontalmente la evolución de los tiempos. Es por eso por lo que incorpora recetas y consejos que fomentan el uso de electrodomésticos y de nuevas técnicas para la manipulación de los alimentos que hacen la vida doméstica menos sacrificada, como las conservas, al mismo tiempo que reproduce un discurso conservador donde las mujeres son el eje central de la casa que deben esforzarse para lograr la paz y el buen desarrollo del hogar.

En *Mucho Gusto* León escribió sin interrupción casi una década entre los años 1954 y 1963, es decir, en los años de expansión de la llamada segunda ola feminista. Durante esa época, en Argentina, se produjeron cambios cruciales en los derechos sociales y políticos de las mujeres y en el pensamiento feminista: aumentó considerablemente el número de universitarias matriculadas en carreras antes casi exclusivamente masculinas, como las de derecho y medicina, se produjo una separación entre lo afectivo y lo sexual y las mujeres reclamaron su liberación de la moral sexual a través del hábito ya extendido de las relaciones prematrimoniales y los amantes, y el consumo de la píldora anticonceptiva.[23]

[22] Trabajos como los de Nancy Vosburg (2005) o Ana Martínez García (2014) se han ocupado de analizar la especial atención que León prestó a los problemas de las mujeres, que se tradujo, en muchas ocasiones en el predominante protagonismo femenino de sus obras literarias.

[23] Dora Barrancos, *Mujeres, entre la casa y la plaza*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008,

León participó de los debates de la época a través de la escritura de sus crónicas en la revista en las que expuso su punto de vista acerca de diferentes temas como la experiencia de la maternidad, el amor y las relaciones sentimentales o la independencia de las mujeres modernas. Todo ello, atravesado por la mirada comparativa y el punto de vista intergeneracional de quien tiene más de 50 años y experimenta los cambios del contexto argentino recordando los avances del feminismo en España y en el contexto internacional de tres décadas atrás.

En el artículo "Espejo del alma" (noviembre de 1956), León despliega una mirada retrospectiva anclada en su propia experiencia con respecto a los cambios y también a las constantes problemáticas en la historia de las mujeres. "Espejo del alma" tiene como tema central la crueldad e injusticia que la opinión pública ha ejercido históricamente contra las mujeres. Esta opinión pública es el "espejo" en el que estas se reflejan y que condicionan su bienestar. León explica que "hay épocas enteras en que la opinión pública devolvía a las mujeres de alma preciosa, pero rebelde, una imagen equivocada, según cierta moral convencional a punto de desaparecer"[24] y cita como ejemplo el caso de George Sand, pseudónimo de Aurore Dupin, escritora francesa del siglo XIX que tuvo que emplear un pseudónimo masculino para poder escribir profesionalmente. Y, más adelante, escribe que el alma de madame Bovary, protagonista de la novela más famosa de Flaubert, "no era tan fea como el espejo que le tendían las otras mujeres de su época".[25] León ejemplifica injusticias y represalias para con las mujeres que recorren el siglo XIX hasta la actualidad y reconoce el trabajo y los logros del feminismo: "las sufragistas añaden a estos derechos el despertar del alma femenina, el político, reclamado voto", "se le reconoció su mérito [el de la mujer] en la guerra mundial del 14" y "ascendió los escalones universitarios".[26] Son muchas las victorias obtenidas, pero la escritora advierte que "la revolución [feminista] no ha completado su obra",[27] por lo que queda mucho trabajo por hacer, que empieza por cuidar el trato entre las mujeres mismas. En la parte final de su crónica, León apela a las generaciones más jóvenes y a la necesidad de tener una perspectiva y un conocimiento del pasado: "tal vez hay también una cara de generación -su cara colectiva- que puede mirarse al espe-

pp. 137-138.

[24] María Teresa León, "Espejo del alma", *Mucho Gusto*, nº 121, 1956, p. 39.

[25] *Ibídem.*

[26] *Ibídem.*

[27] *Ibídem.*

jo con satisfacción y miedo de los tiempos pasados"[28] y pide que las mujeres actuales no tengan tanta dureza de moral para juzgar a sus compañeras: "Ahora una muchacha, nos deja al pasar un rastro de luz inteligente. Querramos para esa alma que reflejamos un perfecto día de sol feliz".[29] León demanda un ejercicio de sororidad entre sus lectoras basado quizás, en el recuerdo de la dura crítica moral que ella misma recibió a lo largo de su juventud cuando decidió divorciarse, militar en política o dedicarse al oficio de la escritura, todas estas actividades poco adecuadas para la moral convencional de la época.

Hay crónicas de León en *Mucho Gusto* que defienden posturas tradicionales y conservadoras, acordes con la línea ideológica de la revista que conviven con pensamientos más rupturistas que están en línea con los reclamos del feminismo de la época. Escritos como "Alicia en el país de las preocupaciones" publicado en noviembre de 1958, o "La vocación", de abril de 1961, exponen una concepción de la maternidad totalmente abnegada y subordinada a los deseos de los hijos y del esposo. En "Alicia", León reflexiona sobre el miedo a la vejez que tienen las mujeres y a la pérdida de belleza que esta conlleva en un mundo donde prima la exaltación de la juventud en el estereotipo de la joven bella. Los espejos, según la autora, puede ser fuente de preocupaciones al señalarnos todos los defectos e imperfecciones que podamos tener. En forma de consuelo, León afirma en su artículo que la pérdida de la belleza y la juventud es inevitable porque estas son "circunstancias", pero "lo importante, amigas mías, es haber sido rosa. Adorno de tu casa, quiero decir con esto, centro de atención para atraer al marido, a los hijos, a los amigos. Tú eres el eje de tu hogar, no te olvides".[30] León sitúa el manejo y control perfecto del hogar y de la crianza como la base para conseguir "la seguridad en ti misma, riéndote de los espejos".[31] León otorga a la mujer la responsabilidad del buen funcionamiento de la domesticidad, pero, como ha señalado Nancy Vosburg, aunque León nunca rehusó el rol de la mujer como madre y esposa, lo importante es que "amplió sus límites con el rechazo, por medio de su activismo político y su voz literaria, de la restricción de la labor femenina a la esfera privada".[32]

[28] *Ibídem.*

[29] *Ibídem.*

[30] María Teresa León, "Alicia en el país de las preocupaciones", *Mucho Gusto*, 145, 1958, p. 39.

[31] *Ibídem*.

[32] Nancy Vosburg, "El tapiz de una vida feminista: María Teresa León (1903-1988)", en Lisa Vollendorf (coord.), *Literatura y feminismo en España (s.XV-XXI),* Barcelona, Icaria,

"La vocación" es un claro ejemplo de la combinación que León desarrolla entre los valores tradicionales y las actitudes más progresistas con respecto a los derechos y ocupaciones de las mujeres. En este texto, la autora reflexiona sobre la importancia de la vocación a la hora de elegir una profesión o una actividad a la que dedicarse en la vida porque "se conseguiría un mundo muchísimo más feliz si los hombres cumplieran sus trabajos según sus vocaciones".[33] Y señala más adelante que "para nosotras [las madres lectoras de *Mucho Gusto*], lo más importante, amiga mía, es velar porque la vocación de nuestros hijos no tome un rumbo equivocado".[34] De nuevo, señala el papel crucial y conservador de la madre (y nunca del padre, a quien León no menciona en sus artículos) en la educación y en el futuro de los hijos. Sin embargo, en esta contribución de León se puede rastrear también la incitación que la autora hace a sus lectoras para que se animen a seguir sus vocaciones: "estudiémonos nosotras mismas, señora amiga mía, estudiémonos también. ¿No se nos habrá extraviado alguna vocación entre nuestros deseos incumplidos?".[35] Y León continúa con el ejemplo de una amiga suya quien, a sus casi setenta años, descubrió que su vocación era hacer grabados y ahora realiza exposiciones en diferentes países y "la ensalza la crítica como un valor 'nuevo'. Sí, eso es, un nuevo y heroico valor de vivir descubierto en su vocación soterrada".[36] Y finaliza su artículo así: "Todas las mujeres tenemos una habilidad latente, el caso es descubrirla. Apresurémonos a examinar nuestras posibilidades y, al descubrir nuestra vocación, traeremos el equilibrio a nuestro carácter y la paz a nuestra alma".[37] En "La vocación" León anima a las mujeres a pensar en sus actividades deseadas y a ejecutarlas, es decir, a dedicarse a otras ocupaciones más allá del hogar y de la esfera privada que quizás se puedan convertir también en trabajos remunerados. León admira la valentía de su amiga, la autora de grabados, porque ha tenido el "heroico valor de vivir"[38] realizando la actividad que la satisface. Es importante en este artículo que la autora reconoce el valor que las ocupaciones más allá del hogar y la crianza tienen para que la mujer tenga "equilibrio" en el carácter y "paz" en su alma. La realización profesional es el antí-

2005, p. 254.

[33] María Teresa León, "La vocación", *Mucho Gusto*, nº 174, 1961, p. 39

[34] *Ibídem.*

[35] *Ibídem.*

[36] *Ibídem.*

[37] *Ibídem.*

[38] *Ibídem.*

doto para el sentimiento de vacío que las mujeres de clase media (que son las lectoras ideales de *Mucho Gusto*) pueden llegar a experimentar si se dedican solo al hogar cuando en realidad tienen más aspiraciones; es el "problema que no tiene nombre" que describiría solo un par de años más tarde, en 1963, la feminista estadounidense Betty Friedan en su *Mística de la feminidad* para referirse al sentimiento de falta de plenitud vital de las amas de casa tras la Segunda Guerra Mundial.

El tono habitual de las crónicas de León en *Mucho Gusto* es el de la madre que habla, en forma de confidencia, a otras madres acerca de los cambios generacionales con respecto al desenvolverse de las mujeres en el mundo de los que están siendo testigos. Como señaló Alicia Ovando, "el tono que [León] utiliza es intimista, quiere entablar una relación cálida y de confianza" con sus lectoras, "les habla a las mujeres, pero también se habla a sí misma".[39] A través de sus artículos en la revista, León trata de escribir y reflexionar sobre una modernidad que a veces la sorprende, por distar de sus costumbres y de su aparato conceptual para descodificar el mundo, y escribe también para tratar de entenderla. León no critica severamente las actitudes de generaciones más jóvenes, sino que las describe, las compara con sus tiempos e intenta explicar los comportamientos de acuerdo con un contexto histórico. En el texto "La razón", escrito para el número del mes de agosto de 1961, explica su sorpresa y preocupación por la nueva tendencia extendida entre las mujeres jóvenes de tratar de tener la razón en las discusiones con las parejas. La autora achaca esta nueva sublevación de las mujeres en las relaciones amorosas a haber permanecido durante siglos silenciadas:

> ya sabemos que en la mujer esa última palabra de la discusión acalorada, le viene de su voluntad de dominio. Ha estado demasiados siglos sin voz ni voto para no ejercerlo ahora con toda intensidad. Y es que esas hijas nuestras inauguran, por decirlo así, un nuevo mundo de las relaciones entre los sexos. Nosotras representamos un postrer temblor romántico.[40]

León afirma encontrarse en un "mundo de transición" entre las relaciones de pareja concebidas al más puro estilo romántico, con una jerarquía en la que el hombre ocupaba la posición privilegiada y la mujer era la subordinada, y un nuevo reparto de poder entre las relaciones producto de la mayor independencia y confianza de las mujeres, y

[39] Alicia Ovando, "Amigas mías. María Teresa León y las lectoras argentinas", *Cuadernos del Hipogrifo*, nº 16, 2021, p. 73.

[40] María Teresa León, "La razón", *Mucho Gusto*, nº 178, 1961, p. 39.

también de la mayor implicación de los hombres en las cuestiones de la familia. La autora se pregunta si esta nueva actitud en las discusiones de la convivencia es un cambio "¿para bien o para mal?", pero no adopta ninguna postura premonitoria catastrofista, sino que finaliza su artículo sembrando la duda y afirmando que "nada sabemos" sobre el futuro que vendrá.

Las actitudes y actividades que León y sus "amigas molestas" –es decir, las mujeres de su generación nucleadas en torno al Lyceum– encarnaron en las primeras décadas del siglo XX fueron también un cambio en el "mundo de las relaciones entre los sexos" que suponía un mayor acceso de estas a la vida pública y unas relaciones personales y profesionales con respecto a las figuras masculinas basadas en la tensión entre la independencia y la subordinación donde la primera iba ganando terreno a la última. Estos cambios implicaron también un hábil manejo de la vida doméstica y la vida intelectual que, en sus escritos durante el exilio, León trató de recordar, reconocer y reivindicar. Sus comportamientos resultaron rupturistas en su época y ahora son descritos por León como un "postrer temblor romántico", pero no en clave nostálgica, sino dejando entrever cierto sentido optimista que percibe en las transformaciones de la modernidad y también oportunidades de mejora en las luchas de las generaciones de mujeres más jóvenes.

Bibliografía

Archivo Municipal de Toledo, *Revista: Calandrajas: papeles de arte, pensamiento y demás cosas*, 1991, nº 25, pp. 10-12 https://descargasarchivo.toledo.es/viewer.vm?id=21953&view=global&lang=es (21/02/2024)

Barrancos, Dora, *Mujeres, entre la casa y la plaza*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

Branciforte, Laura, "Experiencias plurales del feminismo español en el primer tercio del siglo pasado: un balance en la historiografía reciente", *Revista de Historiografía*, nº 22, 2015, pp. 235-254.

Caballé, Anna, "Pasé la mañana escribiendo": el Diario de Zenobia Camprubí (1937-1956)", *Rilce. Revista de Filología Hispánica*, vol. 28, nº 1, 2012, pp. 57-73.

Camprubí, Zenobia, *Diario 2. Estados Unidos (1939-1950),* Madrid, Alianza Editorial, 2006.

Ferris, José Luis, *Palabras contra el olvido. Vida y obra de María Teresa León*, Barcelona, Fundación José Manuel Lara, 2017.

Friedan, Betty, *La mística de la feminidad*, Madrid, Cátedra, 2009 [1963].

León, María Teresa, "Alicia en el país de las preocupaciones", *Mucho Gusto*, nº 145, 1958, p. 39.

León, María Teresa, "Espejo del alma", *Mucho Gusto*, nº 121, 1956, p. 39.

León, María Teresa, "La razón", *Mucho Gusto*, nº 178, 1961, p. 39.

León, María Teresa, "La vocación", *Mucho Gusto*, nº 174, 1961, p. 39.

León, María Teresa, "Los amigos molestos", *Mucho Gusto*, nº 141, 1958, p. 39.

León, María Teresa, *Memoria de la melancolía,* Barcelona, Círculo de Lectores, 1987.

León, María Teresa, *Memoria de la melancolía,* Buenos Aires, Losada, 1970.

Mangini, Shirley, *Las modernas de Madrid*, Madrid, Ediciones Península, 2001.

Mangini, Shirley, "El Lyceum Club de Madrid: un refugio feminista en una capital hostil", *Asparkía*, nº 17, 2006, pp. 125-140.

Mary Nash, "Un/Contested Identities: Motherhood, Sex Reform and the Modernatization of Gender Identity in Early Twentieth-Century Spain", en Victoria Lorée Enders y Pamela Beth Radcliff (eds.), *Constructing Spanish Womanhood: Female Identity in Modern Spain*, Nueva York, State University of New York Press, 1999, pp. 25-50.

Ovando, Alicia "Amigas mías. María Teresa León y las lectoras argentinas", *Cuadernos del Hipogrifo*, nº 16, 2021, pp. 68-74.

Peluffo, Ana, "Rizomas, redes y lazos transatlánticos: América Latina y España (1890-1920)", en Pura Fernández (ed.), *No hay nación para este sexo: la Re(d)pública transatlántica de las Letras: Escritoras españolas y latinoamericanas* (1824–1936), Madrid, Iberoamericana, 2015, pp. 207-24.

Torres Nebrera, Gregorio, *Los espacios de la memoria. La obra literaria de María Teresa León*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1996.

Varela Fernández, Julia, "La larga lucha por la emancipación de las mujeres. Carmen Baroja y Nessi, Zenobia Camprubí Aymar y María Teresa León Goyri", *Papers*, vol. 98, nº 4, 2013, pp. 611-627.

Vosburg, Nancy, "El tapiz de una vida feminista: María Teresa León (1903-1988)", en Lisa Vollendorf (coord.), *Literatura y feminismo en España (s.XV-XXI),* Barcelona, Icaria, 2005, pp. 241-56.

Zenobia Camprubí a través de los recuerdos de Carmen de Zulueta y Zulueta a través de sus recuerdos de Zenobia

Nélida Devesa-Gómez
Howard University

Al conjugar la relación entre la memoria y los exiliados, María Zambrano afirma que éstos son memoria en sí mismos, "memoria que rescata"[1] y por este motivo, los exiliados se convierten en ofrenda de su testimonio. Carmen de Zulueta (Madrid 1916 - Nueva York 2010) constituye la materialización de dicha declaración debido a su especial relación con la memoria. Al consultar a sus amigos o regresar a alguno de los textos sobre ella, ninguno de éstos pasa por alto su asombrosa habilidad recordadora, capaz de reproducir los escenarios de su niñez, en la España de la Segunda República o los ambientes de las diferentes ciudades en las que transcurrió su dilatado exilio. Tan fértil era su memoria que Zulueta dedicó los últimos años de su vida a relatar dichos espacios, tiempos y círculos intelectuales en los volúmenes de sus memorias. Éstas, a pesar de trazar una línea narrativa que sigue sus pasos biográficos, se alejan de sí misma y de su intimidad, y buscan colocar el foco en los intelectuales republicanos, sus amigos, familiares, con los que creó su propio círculo social; aquellos españoles que reconstruyeron una España republicana simbólica en Nueva York. Los protagonistas de los ensayos de sus memorias son numerosos, pero este capítulo se centra en el titulado "Zenobia Camprubí en mis recuerdos", dedicado a la protagonista de este volumen, y que, a su vez, me permite rescatar ese modo de relatar y reconstruir tan particular de Zulueta, así como a otros personajes de relevancia en su trayecto exílico.

Zulueta y su narración

La vida de Zulueta estuvo marcada por su itinerario exílico, que cercenó su existencia liberal acomodada en el Madrid intelectual y republicano de su niñez y juventud, y la transformó en una vida itinerante y de destierro. Zulueta nació en 1916 en el barrio de Chamberí en

[1] María Zambrano, *"Carta sobre el exilio", Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, 1961, p. 69.

Madrid. Desde la cuna, ella y sus cuatro hermanos fueron educados de acuerdo a los principios liberales de la Institución Libre de Enseñanza (ILE)[2] y posteriormente, de la Segunda República. Su padre, Luis de Zulueta y su tío, Julián Besteiro, profesores y políticos, fueron mentores y grandes influencias para ella durante toda su vida. En 1934, Zulueta inició en la Universidad Complutense la carrera de Filología y Letras, que no pudo terminar en España debido al golpe militar contra la Segunda República y la posterior Guerra Civil y conflicto internacional. De hecho, ambos la sorprendieron con su familia en Roma, donde su padre ejercía de Embajador de la Segunda República ante la Santa Sede. Este momento fue clave en la vida de la entonces joven Carmen ya que puso en marcha su periplo en el exilio. Su padre y su hermano mayor se marcharon a Colombia mientras que el resto de los hermanos y su madre se refugiaron en París, donde residieron dos años. Su siguiente destino fue Norwich, al Este de Inglaterra, donde consiguió una colocación como profesora ayudante de español durante dos años. En 1939, la familia al completo se reunió en Colombia, donde finalizó los estudios que había comenzado en la Complutense y obtuvo el título de doctora en Filosofía y Letras.

Esta circunstancia le permitió obtener una beca para estudiar en Radcliffe, la entonces sección femenina de la Universidad de Harvard, e iniciar su vida en Estados Unidos, país que se convirtió en su residencia permanente. Tras enseñar en Wheaton College, contrajo matrimonio con Richard Greenebaum, con el que se trasladó a Brasil durante nueve años. A su regreso, se doctoró en Literatura Española en la Universidad de Nueva York (1961-1966), bajo la dirección de Francisco Ayala, y desarrolló su labor docente en Lehman College hasta 1984. A pesar de jubilarse de la enseñanza universitaria, Zulueta no cesó su actividad académica; al contrario, dedicó su tiempo a la investigación y publicación de volúmenes sobre las instituciones de la España anterior a la guerra, así como sobre las personalidades de la misma. Entre dichos tomos, se

[2] La Institución Libre de Enseñanza fue un proyecto pedagógico fundado en 1876 por un conjunto de profesores liberales y coordinado por Francisco Giner de los Ríos cuyo objetivo fue "inculcar ideas de neutralidad y de transigencia en aquellos puntos en que los españoles se mostraban irreconciliablemente divididos, y promover una reforma profunda de la educación y de la enseñanza", como señala Antonio Jiménez-Landi en *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente*, Madrid, Taurus, 1973, p. 8, mediante las ideas liberales de la época, y las corrientes de pensamiento que se estaban desarrollando en Europa, como el Krausismo. El factor que dio el gran impulso para extender sus principios al resto de territorios, no sólo Madrid (donde se hallaba el centro), fue la participación de personalidades del liberalismo, que pusieron en marcha "una inquietud espiritual" intelectual en toda España.

encuentran *Cien años de educación de la mujer española* (1992), *Julián Besteiro. Cartas desde la prisión* (1988), y cuatro volúmenes de memorias: *La España que pudo ser. Memorias de una institucionalista republicana* (2000), *Compañeros de paseo* (2001), *Caminos de España y América* (2004) y *Mi vida en España (1916-1936)* (2011). En el segundo de estos volúmenes se encuentra el ensayo sobre el que versa este capítulo, "Zenobia Camprubí en mis recuerdos".

Las obras de evocación de Zulueta tienen un estilo propio. Cada una presenta una colección de ensayos o artículos independientes, parte de los recuerdos de la autora; es más, cada capítulo nace de un recuerdo concreto, ya sea un espacio, un tiempo, o un personaje. Ignacio Sotelo Martínez explica que en las memorias "se rememoran acontecimientos a los que se ha asistido, como protagonista o como simple testigo, así como personas, relevantes o curiosas, con las que se ha tropezado en la vida, tratando de recuperarlos de la manera más objetiva, por mucho que una visión inevitablemente personal los perciba de manera bastante subjetiva".[3] La autora insiste en que ella no relata su vida sino la de los tiempos y las gentes que ella vivió y con las que interactuó, pero siempre lo hace desde su mirada, su circunstancia. Es más, afirma sobre *La España que pudo ser* que "no es este libro mi autobiografía, ya que no me considero lo bastante importante para llamarlo así. Es, simplemente, una colección de recuerdos de mi vida y de las gentes que fueron parte importante de ella".[4] De esta afirmación despuntan aspectos significativos: por un lado, la distinción que la autora discierne entre los géneros de autobiografía y memoria, considerando la primera un retrato de vida de personalidades, entre las que ella no se incluye; y por otro, la relevancia del factor social de éstas; Zulueta no se eleva como protagonista, sino que sitúa momentos concretos de su vida junto a ciertos personajes en el mismo horizonte.

La presencia constante de estas figuras se convierte en el mecanismo esencial de escritura, que le permite emplear sus recuerdos como pantalla de una época, más que como receptáculo de sus experiencias y emociones. La aparición de estos protagonistas de gran interés le posibilita distanciarse como personaje aun estando siempre presente. Así, el tiempo (yuxtapuesto al espacio) se destila de las redes de intelectuales, que se funden en la narración de tal manera que las redes se tornan el gran soporte del relato. Las postales de memoria que la autora comparte no

[3] Ignacio Sotelo Martínez, "Experiencia de dos exilios", *Revista de libros de la Fundación Caja Madrid*, nº 151-152, 2009, p. 31.

[4] Carmen de Zulueta, *La España que pudo ser. Memorias de una institucionalista republicana,* Murcia, Universidad de Murcia, 2000, p. 13.

son meras imágenes estáticas, sino que adquieren movimiento y fluidez a causa de dichos intelectuales españoles republicanos en el exilio, que se mueven de ambiente en ambiente, de postal en postal, y que dotan a sus memorias de fluidez más allá de las coordenadas de espacio y tiempo (que en el exilio se convierte en "destiempo").[5] Así, Zenobia Camprubí se erige como una de estas protagonistas a través de su ensayo "Zenobia Camprubí en mis recuerdos".

Zenobia a través de Zulueta y Zulueta a través de Zenobia

La primera mención que Zulueta realiza de Zenobia en sus memorias no se halla en el ensayo que le dedica en *Compañeros de paseo* sino en su primer volumen memorístico, en el capítulo "Floresta de prosa y verso", destinado a la revista del mismo título que Zulueta fundó junto a otros compañeros universitarios, hijos de personalidades de la política, la prensa y la cultura del Madrid de los años 30 como Joaquín Díez-Canedo, Francisco Giner o Antonio Jiménez-Landi, entre otros. Esta publicación en la que compartieron sus primeros versos fue enviada a Juan Ramón Jiménez, que no tardó en responderles la atención con una invitación a su casa. De dicho encuentro, centrado en las impresiones sobre el poeta, Zenobia aparece muy brevemente. Sobre ella, traza unas pequeñas pinceladas: afirma que les dio la bienvenida, que "ganaba dinero alquilando a extranjeros pisos amueblados"[6] y que había acolchado el despacho de Jiménez con corcho para que los ruidos callejeros no molestaran al poeta. A pesar de la concisión, la presencia de Zenobia y su caracterización son significativas. En primer lugar, para referirse al poeta en dicha interacción sí incluye su nombre completo en la mayoría de las ocasiones, no obstante, no lo hace con ella, dotándola de proximidad y cercanía, como a los otros protagonistas de sus ensayos, insistiendo en el afecto hacia los mismos. En segundo lugar, los dos datos que señala sobre Zenobia son muy dispares, y sin una correlación evidente, pero perfilan diferentes facetas de la intelectual. Así, la dibujan como una mujer emprendedora y astuta, tanto en el interior de su hogar como fuera, ya que es soberana de su casa, capaz de sortear

[5] Joseph Witlin en "Sorrow and Grandeur of Exile", *The Polish Review*, Vol. 2, nº 2-3, 1957, p. 105, define el destiempo como la condición del exiliado, que ha sido privado de su tiempo, pues en el destierro, vive dos tiempos simultáneos, el presente del país que lo acogió y el pasado del hogar que tuvo que abandonar.

[6] Carmen de Zulueta, *La España que pudo ser. Memorias de una institucionalista republicana*, *op. cit.*, p. 136.

las dificultades de Jiménez en su mundo y acogedora con las visitas, y como una mujer de negocios, con talento para labrarse un salario.

En el mismo capítulo, vuelve a nombrarla, en un salto temporal que los ubica en el exilio en Estados Unidos, concretamente a su temporada en la zona de Washington, donde su hermana Concha visitaba a la pareja (y a cuyos encuentros se sumó Zulueta en una ocasión). Respecto a esta cortesía, delinea una separación en su concepción del matrimonio pues los diferencia al afirmar que "Juan Ramón vivía entonces en esa ciudad y Zenobia, amiga de mis padres, invitaba frecuentemente a mi hermana a su casa".[7] Tal y como los describe, Juan Ramón se limitaba a "ocupar" el espacio mientras que Zenobia lo dotaba de vida, y por esto, era la que mantenía la relación y se ocupaba del contacto entre ellas. Esta línea refleja también el desencanto que la autora profesa al poeta al final de su vida, tras esos encuentros, pues algunos compañeros del exilio habían recriminado su falta de auxilio y sus comentarios nocivos.[8]

La escueta comparecencia es retomada por Zulueta en su siguiente tomo de memorias. Esto constituye una práctica habitual en la autora, pues sus personajes habitan las páginas de sus diferentes volúmenes, deambulan secciones y regresan con fluidez a sus páginas, como si cada rincón fuera un espacio de tres dimensiones y se personase frente al lector, con el movimiento de sus protagonistas. Zenobia, así, retorna en *Compañeros de paseo*, el segundo libro de memorias de Zulueta con un afán más patente por retomar personajes que encontró en su camino de exilio, y celebrar sus itinerarios, ya que cada ensayo está escrito en torno a una personalidad (su trayectoria vital por sí solos). En esta ocasión, aunque Juan Ramón tiene una presencia importante, Zulueta se centra en el recorrido vital de Zenobia, que guía la narración, así como los recuerdos que las unen a ambas a través de encuentros.

Son los encuentros precisamente los que ponen de manifiesto la relevancia del componente social en sus obras. Para entenderlo, me sirvo del motivo "encuentro" delineado por Mijaíl Bahktin en su itinerario cronotópico. Éste lo considera clave en la narración del espacio-tiempo literario, pues no sólo funciona como marcador temporal y espacial, sino que sirve como arquitectura narrativa en cuanto a que modula el punto de partida y la culminación o el final de una trama. Según

[7] *Ibídem,* p. 137.

[8] Zulueta insiste en que otros amigos intelectuales del exilio, como Jorge Guillén y Pedro Salinas, censuran el comportamiento de Juan Ramón e incluso lo denominan "el putrefacto". Según Zulueta, su hermana Concha dejó de visitar al matrimonio porque contaba de la autora que se "había casado con un militar que [había conocido] en un tren, ¡nada más conocerle!". En *Ibídem,* p. 137.

Bahktin, un cronotopo de encuentro en la vida real se presenta continuamente en organizaciones sociales y en la vida gubernamental. En realidad, todos estamos familiarizados con encuentros sociales de todo tipo y somos conscientes de lo inherentes que son en nuestro día a día. En la experiencia exílica, el encuentro eleva su importancia, pues sus protagonistas acuden continuamente a otros personajes, con los que establecen relaciones personales, literarias y políticas, tanto en España como en los países de acogida. Precisamente, en este segundo espacio, estas comunidades que crean adquieren relevancia en cuanto a que se acompañan en la adversidad y generan espacios liminales de su cultura, donde pueden compartir ciertos códigos culturales, literarios, idiomáticos, gastronómicos, etc.

En las memorias de Zulueta, el motivo del encuentro efectúa tres funciones principales: presenta a personas de su ambiente en España antes de 1939; descubre a figuras cuya asistencia en el exilio resultó de vital importancia y relaciona las amistades (españolas principalmente) que se retomaron o generaron en el destierro. Los encuentros del primer tipo que se describen se destacan porque conforman la cosmovisión y la manera de mirar de la narradora, al fin y al cabo, corresponden a los años de niñez y adolescencia, descubrimiento del mundo y su formación. Curiosamente, los encuentros con Zenobia corresponden a los tres tipos. Y también funcionan como el marcador temporal que Bakhtin refiere en su ensayo, pues son estos encuentros con la intelectual los que sirven de armazón para los diversos detalles sobre el contexto propio de Zenobia, el ambiente republicano exiliado de Estados Unidos e incluso algunas imágenes personales de la misma autora.

El primero de los encuentros entre las dos intelectuales, no puede ser otro que el literario, pues no interactúan personalmente, sino que Zulueta la descubre mediante su traducción de *La luna nueva* de Rabindranath Tagore. Por entonces, para la Zulueta niña, Zenobia era "la mujer de Juan Ramón, uno de los poetas de la Institución [Libre de Enseñanza]"[9] así que la lectura de los poemas le abre no sólo un nuevo mundo, sino que le descubre una faceta mucho más interesante y compleja que la de "esposa". Esa introducción a la traductora se produce desde una perspectiva mágica, puesto que tanto el volumen de poemas, que la trasladan a la India, un espacio fantástico y lejano, como el propio nombre de la traductora se lo parecen a la entonces niña y amplían su cosmovisión del mundo, a través de espacios que nada tienen que ver con el Madrid de su infancia. Supone entonces un encuentro de los del primer tipo, de construcción de una mirada.

[9] Carmen de Zulueta, *Compañeros de paseo*, Sevilla, Renacimiento, 2001, p. 169.

Esta primera imagen le permite conectar con diversos principios inherentes en ella. Insiste en que la ILE "reconocía el valor de la memoria para la vida en general; por eso teníamos que ejercitarla, no aprendiendo listas de reyes godos o de dioses romanos o griegos, sino aprendiendo toda clase de poesías que iban quedándose almacenadas en nuestros pequeños cerebros".[10] Estas estampas del pasado, sus primeras lecturas, inciden en una de las nociones que Zulueta enfatiza en sus escritos, y es la metodología de la ILE, basada en los principios del Krausismo, que proponía una educación práctica, sin libros de texto, pero también a una práctica extendida popularmente (Misiones Pedagógicas)[11] durante la Segunda República, la cual mimetizaba una importante tradición oral popular estudiada por el historicismo tradicionalista: el aprendizaje por los niños en las escuelas de poemas destacados. Daniel Aguirre Oteiza expone cómo esta experiencia reflejaba la creencia de que la poesía española siempre había sido popular y volvía a serlo mediante la repetición en voz alta y la memorización de sus poemas.[12] Este mecanismo ponía en evidencia, además, su potencial didáctico, puesto que estos poemas eran memorizados en la infancia y permanecían en el recuerdo hasta el final de la vida, acercando así la literatura al pueblo y no alejándola como un arte propio de élites.

La lectura de *Platero y yo* y la memorización de otros poemas como "La marcha triunfal" de Rubén Darío y "Caminante no hay camino" de Antonio Machado guían la narración de su ensayo hasta sus estudios de doctorado en la Universidad de Columbia y sus exámenes, en otro salto temporal. Sobre éstos, afirma haber dejado atónitos a sus profesores al recordar dichos poemas de memoria, resultado de sus estudios en la ILE y el cultivo de la memoria que, a su vez, le permite recordar minuciosamente las estampas de su pasado.

Antes de pasar a aludir al segundo encuentro o periodo de encuentros que comparten Zulueta y Zenobia, procede a establecer un vínculo entre ésta y su propia familia. Su padre, Luis de Zulueta, periodista republicano, nacido y criado en Cataluña, entra en contacto con distinguidos catalanes, como Joan Maragall y José Camprubí, el hermano mayor de Zenobia. Para Zulueta, estas relaciones personales

[10] *Ibídem,* p. 174.

[11] Las Misiones Pedagógicas fueron un proyecto del gobierno de la Segunda República Española para alfabetizar y mejorar el nivel educativo y cultural de los sectores más atrasados de la población española, en particular, los campesinos, obreros, niños y habitantes de zonas más alejadas.

[12] Daniel Aguirre Oteiza, *This Ghostly Poetry: Reading Spanish Republican Exiles between Literary History and Poetic Memory*, Ontario, University of Toronto Press, 2020.

entre familias son muy relevantes, ya que funcionan como puntos de conexión en la extensa red social que va tejiendo en sus obras. Y por ello, la delineación de las genealogías de sus protagonistas se repite. Ella establece la suya en *La España que pudo ser* y aquí efectúa la misma operación con Zenobia: "La familia materna de José y de Zenobia eran los Aymar, de origen hugonote francés, que habían dejado Francia y algunos de ellos habían ido a vivir a los Estados Unidos, donde tenían extensas posesiones en el estado de Connecticut".[13] Zulueta incide en las raíces internacionales del linaje materno, no sólo de origen europeo, pero con importantes conexiones en Estados Unidos, evidenciando el poder económico de los mismos. Respecto al lado paterno, se limita a mencionar al padre, Raimundo Camprubí, "ingeniero español […] que había sido enviado a construir una carretera"[14] en Puerto Rico, donde conoció a la madre de Zenobia.

Los vínculos con Estados Unidos y el origen de los abuelos y la madre de Zenobia naturalizan la presencia del inglés en sus vidas y esto le fascina a Zulueta ya que lo reitera en numerosas ocasiones en el texto. Primero, sobre la capacidad bilingüe tanto de la madre y de los tíos como de sus hijos: "Los hijos del matrimonio Aymar-Lucca fueron todos bilingües desde la infancia"[15] y "José y sus hermanos eran bilingües, ya que de niños habían hablado con inglés con su madre y su abuela".[16] Segundo, respecto a la influencia que la abuela tuvo en la enseñanza del idioma: "[Zenobia] vivió allí largas temporadas con su abuela materna, con la que hablaba en inglés"[17] o esta abuela, con la que Zenobia pasó muchas temporadas, le hablaba en inglés".[18] Por lo tanto, esta cualidad le resulta a Zulueta de vital importancia para comprender los orígenes y el propio carácter de Zenobia. En 1993, la autora había publicado junto a Alicia Moreno *Ni convento ni college: La Residencia de Señoritas* en la que ya hacía mención a esta cualidad de la intelectual: "es muy valiosa porque conoce perfectamente el inglés, cosa indispensable para llevar la correspondencia con los *colleges*"[19] aludiendo a su participación en dicha institución en la sección de becas.

[13] Carmen de Zulueta, *Compañeros de paseo, op. cit.,* p. 171.

[14] *Ibídem,* p. 171.

[15] *Ibídem*.

[16] *Ibídem*.

[17] *Ibídem*.

[18] *Ibídem,* p. 172.

[19] Carmen de Zulueta y Alicia Moreno, *Ni convento ni college. La Residencia de Estudiantes*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 1993, p. 165.

En cualquier caso, resulta llamativa esta reiteración que Zulueta realiza del inglés en Zenobia. Tal vez se deba a que el aprendizaje de este idioma coincidió con el momento de mayor dificultad y desarraigo en su propio exilio, en su época en Norwich. Pero una vez superado, le permitió involucrarse en la cultura propia del lugar y le abrió las puertas a Estados Unidos. Augé afirma que "learning the other's tongue, or the other's dialect, means establishing an elementary symbolic relation with him, respecting and joining him; crossing the frontier"[20] y en el caso de Zenobia, dominar este idioma suponía la puerta a otros mundos, uno que ella ya había habitado en su propia casa.

Esta idea conecta con la siguiente caracterización que Zulueta realiza de Zenobia en sus orígenes. Declara que "Zenobia nació en Magrat, en un pueblo de la Costa Brava próximo a Barcelona donde sus padres habían alquilado una torre, expresión catalana que designa una casa de campo donde la familia pasa los fines de semana y las vacaciones. Vivió allí largas temporadas con su abuela materna".[21] En esta pintura hay una ausencia consciente de referencias temporales; frente a éstas, predomina el espacio y la protagonista y su lugar se complementan. El detalle respecto al tipo de vivienda en que se crio Zenobia es singular, pero una práctica común de Zulueta en su narración. Tanto es así que dedica un capítulo en dos de los volúmenes (*La España* y *Mi vida*) a pormenorizar la casa que ocupó su familia tras la proclamación de la Segunda República. La insistencia en dibujar las casas de la infancia físicamente y llenarlas de recuerdos enlaza directamente con el concepto del hogar. En la representación de la infancia, la voz narrativa asocia el lugar físico de la casa literalmente como el hogar, un espacio de intimidad, familia y nostalgia. De modo que, mediante esta representación del hogar de nacimiento y de infancia de Zenobia, apela a su mayor intimidad, a pesar de desconocerla en primera persona, porque recrear la casa es revivir el hogar. "For many exiles, pining for home is a nostalgic dream inhabited by lost life projects and social networks, by memories of childhood landscapes",[22] así, la descripción constante de las casas de la infancia supone una ensoñación, un retorno a ese hogar fosilizado en el pasado hacia momentos, personas y lugares, en la memoria, y en el retrato de Zenobia, supone el regreso al inicio de su historia.

[20] Marc Augé, *Non-Places: An Introduction to Supermodernity*, translation by John Howe, London, Verso, 2008, p. XV.

[21] Carmen de Zulueta, *Compañeros de paseo, op. cit.,* p. 171.

[22] Luis Roniger (ed.), *Exile, Diaspora, and Return: Changing Cultural Landscapes in Argentina, Chile, Paraguay, and Uruguay*, New York, Oxford University Press, 2018, p. 173.

Ese lugar fosilizado es ocupado mediante el conocimiento sobre la abuela, figura esencial en la crianza de la intelectual: "Esta señora había nacido en Puerto Rico, cuando era colonia española. Se llamaba Zenobia Lucca y de niña fue interna a un colegio de Nueva Jersey, Linden Hall. Allí aprendió el inglés igual de bien que su lengua materna, el español. Se casó con Augustus Aymar, americano, de una rica familia mercantil de Nueva York".[23] La presencia de la figura de la abuela, como en una espiral, determina ese origen de Zenobia (su cultura y su hogar) pues ella en cierto modo se convirtió en figura esencial del clan y de la torre en la que creció la intelectual. Como narra la autora, la abuela se trasladó a Barcelona para estar cerca de su hija y sus nietos y, además de hablarle en inglés, como se mencionó antes, "tuvo mucha influencia en su formación",[24] junto con su madre ya que Zenobia "no fue a la escuela; se educó en casa con una institutriz francesa y con la madre, que le enseñó a hablar inglés. Fue esa la lengua de Zenobia, aunque aprendió bien el español".[25] La instrucción de la intelectual fue impecable y curiosamente, se conformó a través de la visión que las mujeres conformaron de ella, pues son su madre y su abuela las que se ocuparon de esa labor. Esta relevancia de figuras femeninas destacadas e inspiradoras también la vivió Zulueta en su propia piel. No sólo el tío y el padre inculcaron la relevancia de la educación para todos los hijos por igual, sino que las figuras femeninas de la familia encarnaron dicho ejemplo. En la distancia, la abuela materna supuso un modelo de inteligencia; y de manera más próxima, su madre, Amparo Cebrián,[26] y su tía, Dolores, progresaron en su carrera académica pues ambas estudiaron pedagogía, trabajaron como maestras y, pensionadas por la Junta de Ampliación de Estudios, investigaron los modelos pedagógicos para el parvulario en Francia, Bélgica y Holanda, y la Sección de Pedagogía de la Exposición Franco-Británica en 1908 respectivamente.

En el caso de Zenobia, las mujeres no sólo son una fuente de aprendizaje e inspiración, sino que componen un mundo propio, uno de hermandad. Entre las otras personalidades femeninas que la autora destaca, se encuentran la sirvienta que la abuela había traído, Bobita,[27] que

[23] Carmen de Zulueta, *Compañeros de paseo, op. cit.*, p. 171.

[24] *Ibídem,* p. 172.

[25] *Ibídem*.

[26] De su madre afirma: "Tengo el privilegio de haber sido hija de un miembro del Comité de las Misiones [Pedagógicas]. Mi madre, Amparo Cebrián, fue vocal de ese comité–presidido por el señor Cossío–y fue con la primera misión a Ayllón, un pueblo en la provincia de Segovia" en Carmen de Zulueta, *Compañeros de paseo, op. cit.,* p. 18.

[27] Respecto a la existencia de una esclava en la familia, Zulueta no realiza ningún

"seguía a Zenobia y la acompañaba por la casa, jugaba con ella, era amiga de los hermanos",[28] en un plano horizontal respecto a los hijos, como si tratara de uno más. También reseña la presencia de una única amiga de niñez, que tenía institutriz inglesa y por ello, era aceptada por la familia. Salvo el hermano José (ante la muerte del padre) las demás figuras masculinas de la familia son obviadas, pues Zulueta acentúa ese espacio femenino que se construye en el interior de la casa familiar. De algún modo, se trata de un avance de las actuaciones de sororidad que muchas republicanas exiliadas vivirían en el destierro, en condiciones en las que el auxilio mutuo y las redes que tejen entre ellas, permiten avanzar a su hogar. Entre ellas, la propia Zenobia, que desarrollaría sus redes de hermandad a través de las epístolas, como sugiere González-Allende: "estas cartas [que la protagonista manda a su amiga Pilar de Zubiaurre] resultan relevantes porque muestran el importante papel que las mujeres realizaron durante el exilio como transmisoras de información y mantenedoras de la cultura nacional en las comunidades de desterrados republicanos".[29]

A través de Zenobia, y la trayectoria de su hermano Luis, que se traslada a Estados Unidos para estudiar en Harvard, Zulueta reconstruye para el lector el contexto en cuanto a la relación entre España y Estados Unidos en los años veinte, otro de los elementos esenciales en la narrativa de la autora. España se convierte, expone, en una gran influencia cultural en Estados Unidos, y para ilustrarlo, alude a la Junta de Ampliación de Estudios, que envió a Federico de Onís a fundar el Instituto de las Españas (dependiente de la Universidad de Columbia) cuyo objetivo era promover las relaciones hispano-norteamericanas. También cita a Archer M. Huntington, heredero de un rico magnate que, interesado por la historia y el arte españoles, había constituido la Hispanic Society en 1904 con el propósito de "the advancement of the study of the Spanish and Portuguese languages, literature and history, and advancement of the studies wherein Spanish and Portuguese are or have been spoken".[30] En este contexto, José Camprubí fundó el semanario en español *La Prensa*, dirigido a la élite norteamericana y al

tipo de juicio de valor, más que defender su nombre, que no trata de ser despectivo sino cariñoso. Al contrario, caracteriza el hogar como uno "colonial" como dato anecdótico y afectivo.

[28] Carmen de Zulueta, *Compañeros de paseo, op. cit.*, p. 172.

[29] Iker González-Allende, "Hermandad femenina en el exilio: escritura terapéutica en cartas inéditas de Zenobia", *Rilce*, vol. 32, nº 2, 2016, p. 365.

[30] Richard L Kagan, *Spain in America: The Origins of Hispanism in the United States*, Urbana, University of Illinois Press, 2002, p. 197.

público hispano en Nueva York, interesado en las noticias referentes a España y Latinoamérica. Este entorno constituye el que años más tarde posibilitaría la llegada de intelectuales republicanos españoles, exiliados, reubicados como profesores en sus emergentes departamentos de español, entre otros.

La relación establecida entre Luis de Zulueta y José Camprubí en su itinerario vital y en el del ensayo, le permite a la narradora presentar el segundo encuentro entre ella y Zenobia, durante los veraneos compartidos en Sigüenza y Ávila. Dice Zulueta: "José Camprubí, Jo para sus amigos, transformado en 'Yo' volvía a España todos los veranos. Cuando nosotros veraneábamos cerca de Madrid– en Ávila y Sigüenza– venía acompañado de Juan Ramón y de Zenobia. En mis recuerdos infantiles de aquellos veranos de tierra castellana, que tan poco nos gustaban a los niños, se destacan estas visitas del poeta nuestro, Juan Ramón".[31] En esta ocasión, la presencia de Zenobia se limita a una mención, pero a modo de celebridad, pues se centra en el personaje de Juan Ramón, y en cómo su padre y él se conocen.

Mediante el apunte, introduce otro fundamento esencial de sus postales, y es el regreso a otros espacios de la infancia, en particular, los lugares de veraneo, cuya imagen idílica refuerza la concepción de que estos destinos como un espacio idealizado, de nostalgia, que la autora no trata de esconder puesto que afirma que esos primeros veranos de su vida están en su memoria como un pequeño paraíso terrenal.[32] Hasta ahora, los dos encuentros entre Zulueta y Zenobia mencionados corresponden a la primera tipología, la exposición de figuras relevantes en su vida en España antes del exilio, cuya comparecencia marca su existencia y su visión del mundo, que conecta de nuevo con los poemas de memoria y sus exámenes de doctorado. Y en esta nostalgia que caracteriza al pasado de los veraneos, la presencia del matrimonio le otorga esa magia y esa idealización del pasado cuando señala "volviendo a mi segundo encuentro con Juan Ramón y Zenobia, sus breves visitas acompañados de José Camprubí, dejaron una huella permanente en mí",[33] porque el poeta era considerado una leyenda en la ILE y estas interacciones, cercanas, con la familia, le permitían romper esa barrera y crear una relación tridimensional con estos seres de la intelectualidad literaria.

[31] Carmen de Zulueta, *Compañeros de paseo, op. cit.,* p. 174.

[32] Carmen de Zulueta, *Mi vida en España (1916-1936),* Barcelona, Plataforma, 2011, p. 50.

[33] Carmen de Zulueta, *Compañeros de paseo, op. cit.,* p. 175.

El siguiente encuentro que relata Zulueta es el mismo que daba comienzo a este capítulo, el ya descrito en su volumen anterior. Como joven universitaria, la narradora es invitada, junto a sus amigos, fundadores de la revista *Floresta*… a casa de los Jiménez. La propia Zulueta lo aclara al señalar: "Me he referido ya a esta visita, pero me permitiré ahora contarla con mayor detenimiento".[34] A pesar de su aclaración y del supuesto "detenimiento", la mención de Zenobia es aún más escueta que en el tomo anterior, pues sólo afirma que la protagonista los recibió "muy amable",[35] pero sí dedica más espacio a completar los detalles de la conversación con el poeta. De nuevo, menciona la visita que años más tarde su hermana y ella realizaron a la pareja, pero no reitera la relación familiar (probablemente debido a que ya había sido señalado en el encuentro anterior) ni que las invitaciones provenían de Zenobia.

Esta repetición y reescritura son una de las constantes del estilo de Zulueta en todos sus libros de memorias. No sólo reitera sucesos de gran relevancia en su periplo vital, como el estallido de la guerra y sus pasos por el exilio, o la obtención de su título en Colombia, sino que regresa a anécdotas infantiles protagonizadas por sus hermanos o detalles sobre paseos en Nueva York. En el suceso mencionado, es evidente la repetición, así como la reescritura para profundizar en la personalidad de Juan Ramón, sujeto al que admiraba como poeta, pero que desdeñaba como conocido. Se trata de una cuestión organizativa del texto es importante para el lector que ella presente cada uno de los momentos que compartieron, como si esos encuentros y detalles no pudieran ser eludidos para poder comprender la relación personal con Zenobia. Lo llamativo es que en el ensayo dedicado a la propia Zenobia no profundiza más en su carácter ni en sus comportamientos, al contrario, los reduce a una mera invitación. De este modo, la misma historia regresa y se transforma con el pasar de los años en la memoria de la narradora, pero, de manera casi obligada, recuenta con los considerados "datos esenciales".

Esta reiteración, a su vez, contiene un fundamento placentero al regresar a ciertos momentos, que provocan determinadas sensaciones. Considero que esta insistente reescritura dialoga con la idea de Zambrano de que "el exilio es un lugar privilegiado para que la Patria se descubra".[36] A través de la recordación continua y su plasmación sobre el papel, el pasado recobra vida, se aparecen diferentes pormenores que se unen como un rompecabezas y dan lugar a la Patria recreada,

[34] *Ibídem*, p. 175.

[35] *Ibídem*.

[36] María Zambrano, *Los bienaventurados*, *op. cit.*, p. 43.

y en este particular, a las experiencias compartidas con Zenobia. Para la narradora además cada recuerdo es una aproximación a este tiempo-espacio específicos, que supone poder revivirlo de tal modo que la acción de la escritura se convierte en un acto performativo.

Volviendo a ese último encuentro, en el hogar de los Jiménez en el exilio, descubre el tercer tipo de encuentro que se da en Zulueta, el más común, la relación de las amistades (españolas principalmente) que se retoman o generan en el destierro. La lectura de las memorias de Zulueta supone una puerta hacia ese mundo, esos círculos republicanos del exilio en Estados Unidos que se reúnen y construyen un espacio fuera de ese contexto auténtico, y reproducen una pequeña Patria en su circuito. Marc Augé acuña el término de "no-lugar", y aunque su concepción visualiza espacios de tránsito como aeropuertos o carreteras al presentar los "no-lugares", estimo que éstos presentan unas dinámicas que sí pueden aplicarse al contexto de los exiliados españoles en Estados Unidos pues se hallan en un tránsito mental y existencial continuo, un traslado constante entre el país de origen y el de acogida. El "no-lugar" no existe de forma pura, sus relaciones se retoman dentro de él, "nunca se completa totalmente, son como palimpsestos en los que el juego revuelto de la identidad y las relaciones se escriben sin cesar".[37] Por lo tanto, los "no-lugares" de exilio consisten en espacios abstractos que se crean y recrean a medida que se establecen diversos tipos de interacciones sociales y con el espacio. Debido a la compleja existencia de los exiliados en su país de acogida, respecto a cómo se relacionan con éste y con la patria despojada, la identidad se reescribe continuamente. En el caso de Zulueta y Zenobia, esa relación se reconstruye tras haberse iniciado en su vida en España en diferentes momentos, en circunstancias cambiantes.

Uno de estos "no-lugares" de exilio que Zulueta refiere en numerosas ocasiones consiste en las *open houses*, organizadas por el matrimonio compuesto por Ríos-Giner (Fernando de los Ríos y Gloria Giner), que, en palabras de Zulueta, acogían a los exiliados españoles y a todos los que odiaban a Franco, fuesen americanos del norte o sur",[38] y que se convertían en espacios de reunión, de omisión de Estados Unidos para recrear una tertulia de las que se disfrutaban en España. Esta era una práctica muy común entre el colectivo exiliado, en los diferentes destinos en los que fueron acogidos, pues crea una fuerte sensación de comunidad, refuerza los vínculos existentes y teje otros nuevos. De

[37] Marc Augé, *Non-Places: An Introduction to Supermodernity*, *op. cit.*, p. 64.

[38] Carmen de Zulueta, *La España que pudo ser. Memorias de una institucionalista republicana*, *op. cit.*, p. 22.

nuevo, la negación del espacio exterior en los momentos precisos de reunión crea un espacio complejo, "no-lugar", entre los que pertenecen a la cultura estadounidense de manera originaria o no. En Nueva York esta práctica se reiteró, y llegó a desarrollar un "auténtico barrio de españoles",[39] en el vecindario de la Universidad de Columbia y Barnard College, en lo que ya era *Spain on the Hudson*. De hecho, al repensar la propia casa de Zenobia en su niñez, compuesta por mujeres extranjeras, que hablaban inglés continuamente, y trasladaban su cultura de origen al espacio catalán del hogar, éste se puede considerar también un "no-lugar", el primero de Zenobia.

La siguiente mención sucede con su muerte en 1956, que Zulueta descubre por la prensa mientras visita a sus padres en Colombia. Esta circunstancia, de la que sólo añade el estado preocupante en el que deja a Juan Ramón, conecta con sus visitas posteriores a Puerto Rico, y concretamente a la Universidad en Río Piedras, a la sala museo de Juan Ramón, en la que lee un facsímil que anuncia el deseo del poeta de que tanto él como Zenobia sean enterrados en Puerto Rico. Sin embargo, Zulueta sentencia que esa voluntad no fue respetada y "el gobierno de Franco se apuntó un tanto"[40] trasladando los cadáveres a Palos de Moguer, donde descansan hoy en día.

Se produce un encuentro más entre ambas después del fallecimiento, y es a través del medio epistolar, ya que, pasados unos meses, Luis de Zulueta recibe una carta que Zenobia le había enviado con anterioridad. No podemos olvidar que las cartas suponen una reproducción de esas redes que los exiliados establecieron y que posibilitaron la comunicación aun hallándose en diferentes partes del mismo país o en distintos puntos del mundo. Zulueta no tiene oportunidad de leer el contenido de esa carta, ni tampoco es almacenada por su padre. Sin embargo, imagina que "probablemente era una recomendación para algún amigo que necesitaba trabajo o para que se ocupase de Juan Ramón, que iba a quedarse solo en Puerto Rico".[41] Al estallar la guerra, las relaciones de amistad y cultura que se habían tejido y mantenido a través de contacto epistolar funcionaron como "lazo de solidaridad" para ayudar a aquellos que tenían que exiliarse o buscar algún tipo de ayuda por parte de las potencias extranjeras. Por ejemplo, la propia Zulueta protagonizó este tipo de encuentros. En su periplo de exilio, José Castillejo, secretario de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones

[39] Carmen de Zulueta, *Caminos de España y América*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2004, p. 100.

[40] Carmen de Zulueta, *Compañeros de paseo, op. cit.*, p. 178.

[41] *Ibídem*, p. 184.

Científicas, fue el primero que tendió su mano hacia la autora, facilitándole la colocación en Inglaterra. En su traslado de París a Norwich, las hermanas Madariaga también le prestaron su ayuda, recibiéndola en Londres.[42] Por lo tanto, este encuentro epistolar casi espectral entre Zenobia y Luis de Zulueta (con la mirada de Zulueta) puede categorizarse como la segunda tipología mencionada en este capítulo, la del auxilio en el destierro, puesto que Zulueta destaca la labor benefactora de la protagonista de su ensayo, y asume como tal el objetivo de la misiva.

La primera parte del ensayo que Zulueta le dedica a Zenobia consiste en la recordación de los encuentros compartidos a lo largo de sus vidas. En éstos, Zenobia emerge de lado, aparentemente eclipsada por la presencia de su esposo. Sin embargo, la cercanía con la que Zulueta se refiere a ella y el hilo que traza para delinear sus trayectorias paralelas con puntos de confluencia, elimina ese aparente segundo plano. El título del ensayo "Zenobia Camprubí en mis recuerdos" indica que su ensayo no parte de la intención de reconstruir la vida de la intelectual, sino que constituye una reproducción de las imágenes del pasado, a veces, vagas, en otras ocasiones, más centelleantes, y vinculadas a otras estampas de relevancia y afecto en la vida de la narradora, de ahí, sus incisos y sus aparentes interrupciones sobre sí misma. De hecho, la segunda parte del ensayo no deja lugar a dudas de la admiración que la autora profesa a Zenobia, ya que rellena los vacíos del itinerario de su protagonista mediante la lectura de los textos críticos de otros y los propios diarios de Zenobia. Explica Zulueta que:

> Interesada por la vida de Zenobia, más que por la vida de Juan Ramón, compré dos tomitos de los diarios que Zenobia escribió durante el destierro. Publicados en 1991 por Alianza Editorial de Madrid, lleva una introducción y notas de Graciela Palau de Nemes, puertorriqueña que ha dedicado sus esfuerzos a dar a conocer al famoso matrimonio en colaboración con la Universidad de Puerto Rico, en Río Piedras.[43]

Si hasta este fragmento del ensayo, Zulueta había recurrido a sus recuerdos y a su mirada para presentar a Zenobia, a partir de ahora le cede la voz a la propia protagonista y a sus lectores más versados para reproducir esas facetas que no descubre desde su experiencia. Así,

[42] Zulueta hace mención a Nieves Mathews (Glasgow, 1917-2003), nacida Nieves de Madariaga, escritora y poeta británica, y a Isabel de Madariaga (Glasgow, 1919-2014), historiadora, hijas del diplomático y escritor Salvador de Madariaga y de la escosa Constance Helen Margaret Archibald, historiadora y traductora.

[43] Carmen de Zulueta, *Compañeros de paseo, op. cit.*, p. 179.

mediante las lecturas de los diferentes textos, Zulueta compone un retrato más detallado y fiel de la intelectual. De nuevo, inicia con el modo de organizar el hogar (que ya anticipaba en el capítulo anterior, como reflejo de su fijación al interior para comprender la psicología de cada personaje): "organizó muy bien su casa, en la que tenía tres muchachas de servicio, una proporción más que buena para dos personas",[44] con detalles que a primera vista pueden aparentar superficiales, como el número de asistentas del hogar.

Inmediatamente vincula esa faceta del hogar con la del exterior-profesional y agrega que "trabajó algún tiempo como voluntaria en la Residencia de Señoritas de Madrid, de la que era directora María de Maeztu".[45] De nuevo, saca a relucir detalles que aparentemente son más bien anecdóticos como que Maeztu no estaba satisfecha con su labor puesto que, en lugar de fechar las cartas, tan sólo indicaba el día de la semana, dejando de manifiesto que la temporalidad no era la prioridad, al menos del modo en que la directora esperaba. No obstante, los contactos de Zenobia les ayudaron en sus objetivos, puesto que el marqués de Comillas, dueño de la Compañía Transatlántica Española y amigo de la familia, les proveyó de pasajes baratos "para las chicas que iban desde España a estudiar al Smith College o a otro *college* del este de los Estados Unidos o a las americanas que venían a estudiar en Madrid"[46] ante las misivas en inglés de Zenobia.

Zulueta asimismo pormenoriza los negocios que acomete Zenobia durante su residencia en Madrid: abre una tienda de artesanía española en la que ofrece un sinfín de objetos de cerámica de Talavera o Granada, bordados de Lagartera, mantillas de blonda y otros, dirigidos a los extranjeros y a las aristócratas españolas. Posteriormente, funda su propio servicio de alquiler de pisos para extranjeros en pisos en el barrio de Salamanca y alrededores, que ella se ocupa de amueblar y preparar, "estos pisos se anticiparon al estilo de los paradores que inició la República y que se continuaron después. La decoración con muebles y cerámicas fue una copia del estilo que ya había empezado Zenobia".[47] Estas afirmaciones inciden en la visión de Zenobia como una mujer "moderna" y adelantada a su época, que no se restringe a las normas sociales del Madrid de los años 20 (que no veía con buenos ojos a una mujer española emprendedora), pues Zenobia disfrutaba de

[44] *Ibídem,* p. 178.

[45] *Ibídem*.

[46] *Ibídem*.

[47] *Ibídem,* p. 179.

la ocupación profesional. Zulueta valora profundamente esta cualidad de su protagonista, puesto que ella misma era una mujer activa y desdeñaba la pasividad.

A la vez, este retrato que realiza incide en la visión de Zenobia como una mujer "norteamericana", internacional, y de ahí, la insistencia previa en sus orígenes y su crianza y la relevancia del inglés como reflejo de su cultura, y la libertad para emprender. "Ella no era la 'señorita fina española'; era norteamericana, gozaba del trabajo y de hacer algo de dinero con el que complementaba lo poco que ganaba Juan Ramón al principio de su carrera como poeta y la pequeña renta que ella tenía en un trust de la familia Aymar-Camprubí".[48] Zenobia vive una educación norteamericana, en un espacio liminal norteamericano en España, un "no-lugar" estadounidense. De algún modo, las experiencias de Zenobia y Zulueta son similares, aunque en un sentido invertido, pues mientras Zenobia crece en España, en un espacio simbólico norteamericano, Zulueta en su exilio, construye un espacio español en su hogar en Norteamérica. Esta cualidad exiliada la transforma a ella en lo personal y en lo narrativo, de tal modo que afirma haberse convertido en un "ser internacional" (o transnacional), española pero también estadounidense, trazando de modo explícito el itinerario transatlántico que Zenobia también repite en España y posteriormente reproduce en Estados Unidos en un hogar español con Juan Ramón.

La salida al exilio (en agosto de 1936), precisamente, es el periodo de Zenobia más desconocido por Zulueta, del que se documenta en mayor medida y en el que inserta menos vínculos personales. Para desplegarlo, lo ordena según los dos destinos principales de su tránsito, Cuba y Estados Unidos (cada uno correspondiente a un volumen de sus diarios) que marcan a su vez los diversos estadios de su periplo exílico.

Cuba representa la adversidad. No sólo la enfrenta a los aprietos económicos (el contraste entre la vida que llevaban en Madrid, entre el minúsculo espacio en el que habitaban y las circunstancias que la obligaron a aprender las tareas del hogar, hacerse administradora de la casa y cuidar del poeta), sino que la añoranza hacia España y hacia su familia en Estados Unidos se vuelve más intensa. "La gran ambición de Zenobia era regresar a los Estados Unidos, su país, y sufría al estar tan cerca y a la vez tan distante".[49] La obra cumbre de Zambrano, *Los bienaventurados*, traza una delineación sobre los estadios del exilio y de acuerdo a su tipología, el primer destino de Zenobia, Cuba, constituye para ella, su exilio, pues siente el abandono. De acuerdo a Zambrano, el exiliado "se calla,

[48] *Ibídem,* p. 179.

[49] *Ibídem,* p. 180.

se refugia en el silencio, necesitando al fin refugiarse en algo, adentrarse en algo"[50] y Zenobia reproduce este comportamiento, y se cobija en la escritura. Zulueta refiere a Palau de Nemes y repite que ella sólo escribía cuando encontraban dificultades; así, sus diarios, escritos en inglés al hallarse en Cuba y en español, posteriormente, en Estados Unidos, se convierten en su isla, su espacio de exilio y de abrigo.

En este contexto del primer exilio, Zulueta se adentra más en el perfil de Zenobia. Destaca su lado maternal y se atreve a afirmar que Juan Ramón fue el niño mimado que ella siempre quiso tener, pues "[le] sirvió de secretaria" y "se preocupaba de que estuviera contento, bien alimentado y sin pasar frío"[51] y lo ensambla con su preocupación y el auxilio a los niños ya que, en su tiempo de destierro, siempre reservó una porción de su presupuesto para enviar a las colonias de niños fuera de España.

Zulueta acentúa su capacidad social y su habilidad para construir redes, en contraste al carácter huidizo de Juan Ramón, "Juan Ramón necesita[ba] a los seres humanos sólo en segundo término" según las palabras de Zenobia.[52] Es Zenobia quien despliega la red de contactos intelectuales que menciona Zulueta en sus narraciones. En Cuba, gracias a ella, entablan nuevas amistades con intelectuales cubanos, en especial en las reuniones de la Sociedad Hispano-Cubana y conocen también a Ramón Menéndez Pidal. Pero se produce asimismo a través del flujo epistolar. Las redes de los exiliados no sólo se tejen mediante los encuentros sino a través de la vía epistolar, la cual sustenta las amistades, crea oportunidades de colaboración y permite compartir las últimas investigaciones y obras editadas por ellos. Las cartas eliminan la distancia transatlántica que separa a muchos de ellos a causa del exilio y se valen del correo para extender sus redes y seguir creando nuevas conexiones. Zenobia se dedica a contestar el correo del matrimonio, a amigos de España y otros en Estados Unidos.

Durante su tiempo en Cuba, Zenobia sufre una transformación en muchos aspectos de su vida y de su personalidad. En primer lugar, respecto a la propia experiencia exílica. A lo largo de los meses, se adapta a su circunstancia y la sobrelleva, por lo que su condición de exiliada muda a desterrada; sigue sin sentirse sin tierra, y "patria y casa no son exactamente lo mismo",[53] pero comienza a asimilarlo. Su relación con la

[50] María Zambrano, *Los bienaventurados, op. cit.,* p. 33.

[51] Carmen de Zulueta, *Compañeros de paseo, op. cit.,* p. 180.

[52] *Ibídem,* p. 182.

[53] María Zambrano, *Los bienaventurados, op. cit.,* p. 32.

religión también muda; tras ser criada como católica, abandona los ritos y vive el catolicismo de manera más inmediata, más espiritual, pues ya no acude a las iglesias a oír misa, sino que las iglesias se convierten en espacios santuarios en los que meditar sobre su identidad y su concepción de Dios. Probablemente el cambio más significativo de todos los que sufre Zenobia en este periodo sea el que corresponde a su relación con Juan Ramón, al "que adora pero al que empieza a criticar. Los caprichos juanramonianos eran ahora muestra de su egocentrismo",[54] de modo que, en su propio espacio liminal, Zenobia pone sus límites y presenta una actitud más fortalecida.

El segundo destino de su destierro es Estados Unidos, que coincide con el segundo tomo de sus diarios, y se inicia en 1939. El traslado a Estados Unidos constituye una mejora pues "se siente ya en su país, dentro de un sistema que conoce y con familia y amigos"[55] que no encuentran muy lejos. De modo que esta venida supone el estadio "refugiado" para Zenobia, pues se halla cerca de su origen y su núcleo familiar. Probablemente, de acuerdo a Zulueta, que la considera norteamericana, éste ni siquiera sea del todo su exilio, pues ya se encuentra en su país. Para Juan Ramón, no obstante, este estadio entraña el exilio, debido a la ausencia de hispanohablantes a su alrededor y a su negativa a aprender inglés e involucrarse en el sistema.

En esta etapa, Zulueta resalta dos facetas de ella, la primera es la de corresponsal. "Al encontrar el correo, se dedicó a contestarlo. Muchas cartas son de amigos de en España y en los Estados Unidos. Las cartas de Juan Ramón las escribía Zenobia al dictado…".[56] Las misivas no funcionan sólo como el medio de comunicación pensador y creativo, sino que les permiten expresar su afecto y manifestar su hermandad a pesar de y debido a la distancia. Nora Bouvet afirma sobre ésta que "instaura profundas ambivalencias que son inherentes a la forma epistolar: presencia-ausencia, oralidad-escritura, privado-público, fidelidad-traición, realidad-ficción. En consecuencia, lo epistolar es por naturaleza doble, ambivalente, ambiguo, equívoco, contradictorio, contradictorio, paradojal".[57]

La segunda faceta que tiene oportunidad de explorar y que, sin duda, mejora la existencia de Zenobia en Estados Unidos es la oportunidad docente en la Universidad de Maryland, donde ejerce de profesora de

[54] Carmen de Zulueta, *Compañeros de paseo, op. cit.,* p. 181.

[55] *Ibídem,* p. 182.

[56] *Ibídem,* p. 183.

[57] Nora Esperanza Bouvet, *La escritura epistolar*, Buenos Aires, Eudeba, 2006, p. 65.

español. Según Zulueta, aquello que Zenobia deseaba "desde el año 37".[58] Para la preparación e investigación de sus clases, recurre a la vía epistolar con J. B. Trent, el hispanista inglés cuyo libro utilizaba para una clase de civilización española, así como con Gerald Brenan, muy conocido por sus libros *The Spanish Labyrinth* y *A Life of One's Own*. De este modo, la carta es un reflejo del flujo creador de los dos intelectuales, que se alimenta mediante el diálogo epistolar. El destino docente es uno muy repetido entre los exiliados españoles en Estados Unidos, que consiguen introducirse en los departamentos de español e impulsar los estudios del idioma y de su cultura y literatura. De hecho, la presencia de Zenobia en Maryland forjó una amistad con Palau de Nemes, que realizó su tesis doctoral sobre Juan Ramón, y que posteriormente sería la gran impulsora del reconocimiento de la obra de Zenobia.

Inmediatamente tras la descripción de su dimensión docente, Zulueta transita al periodo del matrimonio en Argentina, del que indica el aclamado recibimiento que recibió, para rápidamente introducir su enfermedad y fallecimiento en 1956.

Zulueta se vincula de una manera muy significativa con Zenobia por los encuentros relatados, vividos desde la niñez; porque aún sin conocerla, ya se había convertido en una inspiración a través de su traducción y por todos los paralelismos que las unen. Ambas tuvieron una formación impecable y las dos crecieron rodeadas de intelectuales que alimentaron sus propios intelectos, ya de por sí activos e inquietos; en ese sentido, formaron parte de una élite, "las mujeres intelectuales que salieron al exilio formaban parte de la élite cultural, principalmente capitalina, en la que el sufragismo, el arte y la política forman parte del ambiente".[59] Ambas disfrutaron con la ocupación y con el desarrollo profesional (aunque Zenobia fue más pionera en ese sentido que Zulueta): es más, las dos tuvieron oportunidad de dedicarse a la educación universitaria y enlazarla con su pasión por la literatura.

Sin embargo, respecto a todos los paralelismos que comparten, el de mayor relevancia es la escritura. Las dos compusieron obras de recordación. Zulueta escribió memorias, y Zenobia escribió diarios, que, en principio, no tenían el objetivo de ser publicados, pero de tal valor histórico y literario, que llegaron al público, para beneficio nuestro. Esa escritura íntima las conecta y este es el mecanismo, junto a todos esos elementos en común, que le permite a Zulueta llegar a Zenobia

[58] Carmen de Zulueta, *Compañeros de paseo, op.cit.,* p. 183.

[59] Josebe Martínez-Gutiérrez, "Margarita Nelken: Ideología y estética", *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: Madrid 6-11 de julio de 1998*, 4, 2000, p. 163.

y reconstruir el personaje que realiza. Porque ella anhela efectuar un homenaje, quiere evidenciar la impronta de Zenobia. De este modo, la escritura de una se torna el umbral para llegar a la otra, pero sucede debido a otra intelectual, Palau de Nemes, que posibilita conocerla y apreciarla en su totalidad.

> Los historiadores de la literatura han visto en Zenobia casi exclusivamente a la mujer de Juan Ramón Jiménez. Le dan el crédito debido por haber hecho posible el que Juan Ramón, neurótico y enfermo mental, produjera sus mejores obras. Pocos, sin embargo, ven en Zenobia a la escritora que hubiera podido ser, independiente de su marido. Graciela Palau de Nemes, la recopiladora de los diarios, es una de esos pocos. En su introducción relata como Zenobia, desde la infancia, escribía cuentos para una revista infantil norteamericana y nota también el buen estilo con que escribía sus diarios íntimos.[60]

En mi opinión, ésta es la clave del ensayo que Zulueta escribe sobre Zenobia, puesto que la autora cuestiona la visión limitadora de Zenobia tan sólo a una faceta, la de acompañante o impulsora de Juan Ramón y su obra, y a través de su ensayo, y sus imágenes, no solamente las revela en su conjunto, sino que posiciona la literaria como la de mayor peso. Lo efectúa a través de la locución "la escritora que hubiera podido ser", que resuena al título de su primera obra de memorias, *La España que pudo llegar a ser*, y así cobra aún mayor alcance, pues con estas palabras, Zulueta acentúa la impronta literaria que Zenobia dejó en sus traducciones, en sus primeros relatos, en sus epístolas, en sus diarios y que suponen la muestra de la magnitud de las obras que podría haber compuesto de haberlo elegido, pero que permanecieron en un plano imaginado porque escogió dedicarse a éstas en una segunda instancia, y en primera, a Juan Ramón Jiménez. El ensayo de Zulueta es el homenaje y la reivindicación a -y de- Zenobia Camprubí, a su obra y a sus labores, a la que fue y, por lo tanto, a la que podría haber sido.

Bibliografía

Aguirre Oteiza, Daniel, *This Ghostly Poetry: Reading Spanish Republican Exiles between Literary History and Poetic Memory*, Ontario, University of Toronto Press, 2020.

[60] Carmen de Zulueta, *Compañeros de paseo, op. cit.*, p. 181.

Augé, Marc, *Non-Places: An Introduction to Supermodernity*, translation by John Howe, London, Verso, 2008.

Brenan, Gerald, *A Life of One's Own. Childhood and Youth*, New York, Strauss and Cudahy, 1962.

Brenan, Gerald, *The Spanish labyrinth: An Account of the Social and Political Background of the Civil War*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1950.

De Zulueta, Carmen, *Julián Besteiro, Cartas desde la prisión,* Madrid, Alianza, 1988.

De Zulueta, Carmen, *Cien años de educación de la mujer española,* Madrid, Castalia, 1990.

De Zulueta, Carmen y Alicia Moreno, *Ni convento ni college. La Residencia de Estudiantes*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 1993.

De Zulueta, Carmen, *La España que pudo ser. Memorias de una institucionalista republicana,* Murcia, Univ. de Murcia, 2000.

De Zulueta, Carmen, *Compañeros de paseo*, s.l., Biblioteca del Exilio, 2001.

De Zulueta, Carmen, *Caminos de España y América*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2004.

De Zulueta, Carmen, *Mi vida en España (1916-1936)*, Barcelona, Plataforma, 2011.

Esperanza Bouvet, Nora, *La escritura epistolar*, Buenos Aires, Eudeba, 2006.

González-Allende, Iker, "Hermandad femenina en el exilio: escritura terapéutica en cartas inéditas de Zenobia", *Rilce*, vol. 32, 2, 2016, pp. 364-87.

Jiménez-Landi, Antonio, *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente,* Madrid, Taurus, 1973.

Martínez-Gutiérrez, Josebe, "Margarita Nelken: Ideología y estética", *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: Madrid 6-11 de julio de 1998*, 4, 2000, pp. 161-168.

Mikhaĭlovich, Mikhail, *The Dialogic Imagination: Four Essays*, trad. Caryl Emerson y Michael Hoquist, University of Texas P, 1981.

Richard L Kagan, *Spain in America: The Origins of Hispanism in the United States*, Urbana, University of Illinois Press, 2002.

Roniger, Luis, (ed.), *Exile, Diaspora, and Return: Changing Cultural Landscapes in Argentina, Chile, Paraguay, and Uruguay*, New York, Oxford University Press, 2018.

Sotelo Martínez, Ignacio, "Experiencia de dos exilios", *Revista de Libros*, nº 151-152, 2009, pp. 31-32.

Wittlin, Józef, "Sorrow and Grandeur of Exile", *The Polish Review*, vol. 2, nº 2-3, 1957, pp. 99-111.

Zambrano, María, "Carta sobre el exilio", *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, 1961, pp. 65-70.

Zambrano, María, *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 2003.

"Inclúyame, cuente conmigo": Graciela Palau de Nemes y Zenobia Camprubí

Mª Luz Bort Caballero
Universidad de Málaga

Uno de los últimos vínculos y amistades de Zenobia fue Graciela Palau de Nemes, la cual estuvo presente en la última década de su vida. Palau de Nemes fue amiga, vecina y estudiosa del matrimonio Jiménez. El empeño de Graciela por esta pareja se podría comparar con la más absoluta veneración de una devota hacia las obras y figuras tanto de Zenobia como de Juan Ramón, pues se consagró a los dos con total afecto, fervor y profunda admiración. Enarbolaba la impronta de ambos como referentes de la mayor insignia intelectual española exiliada en los EE.UU. y resaltaba los versos del poeta como la más alta literatura del siglo XX español.

Además de ser el último testimonio vivo cercano al matrimonio hasta 2019 y ser uno de los principales referentes "zenobianos" y "juanramonianos" para el mundo investigador y académico, Palau de Nemes tuvo también una vida singular, marcada por la superación y el empoderamiento que se inserta dentro de las primeras generaciones de mujeres latinoamericanas que se abrieron hueco en la universidad norteamericana. Fue principal promotora, contacto y vínculo de las visitas de los grandes escritores y escritoras hispanoamericanos que visitaron e impartieron seminarios en la Universidad de Maryland durante los años 60, 70, 80 y 90 como así lo demuestran los archivos personales de su fototeca, las noticias de prensa y su propia correspondencia personal.

A pesar de alcanzar la centuria, Graciela se sintió siempre afortunada y agradecida de haber conocido a Zenobia y a Juan Ramón, hecho que rememoró hasta sus últimos días de vida. El encuentro entre ellos se dio en 1947, cuando Graciela tenía 28 años. Desde entonces, Graciela formó parte de algunos días del matrimonio y parte de las cartas de Zenobia Camprubí. Lo compartido entre los tres dejó una huella por y para siempre en el recorrido vital y académico de Graciela Palau de Nemes. Adicionalmente a los estudios de Graciela, a su documentación personal recopilada en prensa, las entrevistas que le realizaron y al relato-testigo de su cariñosa voz cubana sobre lo que compartió con Zenobia, la correspondencia entre las dos compañeras y amigas revela

el vínculo y la ayuda mutua que las unió. Para ambas, las cartas conformaban un espacio común de inquietudes, ayuda y comprensión.

La amistad femenina

Actualmente, la palabra "referente" se usa de manera recurrente y con cierta facilidad, pero verdaderamente el/la referente es aquella persona que determina un cambio en la manera de pensar críticamente, alguien que, con su discurso, ideas o lucha influye en las personas o en las generaciones. A principios de octubre de 2022, relacionado con este asunto de modelos impuestos social y culturalmente como referentes, se publicó un breve vídeo de la *Revista Glamour*[1] en las redes sociales. En este, aparecía Nerea Pérez de las Heras, periodista, actriz de teatro, cómica y autora de *Feminismo para torpes* (2019), reflexionando, junto a imágenes que mostraban grupos de amigas, sobre la paz de los lugares felices que establecía la amistad femenina. Y decía así:

> Tenemos miles de millones de referentes, libros, películas, manuales sobre cómo tiene que ser el amor romántico o la familia, pero muy poco sobre la amistad. Hay pocos grandes relatos sobre la amistad, poca épica; está menos regulada quizás, porque es menos útil y productiva para la sociedad y, por eso, es una interacción humana tan libre y tan interesante. Las amistades son elegidas, […] son múltiples y no exclusivas, […], no van perdiendo la magia con el tiempo, sino que la van ganando… La amistad hay que revisarla, cultivarla, hacer concesiones, negociaciones y un *montón* de cosas muy saludables.[2]

Acababa reclamando un futuro con menos referentes románticos de fantasías tóxicas y con más épica de la amistad para los más jóvenes de hoy. De acuerdo con Pérez de las Heras, no hay muchos referen-

[1] La Revista *Glamour* empezó en 1939 en Estados Unidos. En España, empezó a publicarse en 2002. Esta recoge las mujeres destacadas del ojo público; desde los años 80, selecciona a la "Mujer del año" y la temática principal gira entorno a moda, belleza, tendencia y bienestar. Curiosa casualidad que Zenobia de joven, publicara en otra revista femenina, *Vogue*, de moda y asuntos culturales sociales: "Spain's welcome to the Spring" sobre la feria de Sevilla en 1912; ambas revistas de índoles parecidas y de Conde Nast Ediciones.

[2] Nerea Pérez de las Heras, "No sé, piénsalo: las amigas". Videocolumna para *Glamour España*, 2 de octubre de 2022. Difundido en redes sociales como Twitter y Facebook. https://www.facebook.com/GlamourEspana/videos/no-s%C3%A9-pi%C3%A9nsalo-las-amigas/408596861251345/ (8-10-2022)

tes o propaganda sobre la amistad femenina, sobre vínculos afectivos entre mujeres y la trascendencia de estos.[3] Si pensamos incluso a nivel literario, tenemos algunos ejemplos de amistad femenina en novelas, pero realmente se ha dicho muy poco sobre los mismos. De hecho, en numerosas ocasiones, esos ejemplos han destacado el papel de los personajes femeninos de manera virulenta y con visos patriarcales ligados a temáticas de competitividad en relación con figuras varoniles. Esto ha empañado y dificultado más los vínculos y la unión entre mujeres. También, los grandes iconos de la amistad en la literatura han sido por mucho tiempo, *ellos*: Don Quijote y Sancho, Huckleberry Finn y Tom Sawyer, Los tres Mosqueteros, Sherlock Holmes y Watson, etc.

No hay tampoco bibliografía sobre la amistad femenina y se está publicando bastante correspondencia entre autoras que necesita ser analizada desde los deseos, desde los proyectos y desde las preocupaciones que compartían. Parece que se da por hecho, pero no hay indagación ni revisión con base teórica sobre la emoción, la empatía y la responsabilidad afectiva generada en la amistad entre mujeres. Sin embargo, los avances progresistas y feministas en las tradiciones históricas y culturales se han dado gracias a la unión de mujeres, por la relación de paridad, amparo mutuo y afectivo que se crea en la amistad entre ellas y que, por supuesto, han desafiado el sometimiento patriarcal.

Hay todo un corpus de textos que confirma y conforma la ayuda, el apoyo, el afecto, la afinidad, la comprensión y el desahogo de la amistad femenina que se dio entre las intelectuales del siglo XX español. A pesar de que en España no se dio un movimiento feminista reconocido como el de las sufragistas en los países anglosajones y, que últimamente, a partir del rescate de las escritoras de la Edad de Plata se las ha considerado como las principales antecesoras de los avances para la mujer, no se puede olvidar una etapa previa que podría plantear la primera mitad del siglo XIX como la verdadera semilla y precedente de la amistad femenina que se desarrolló medio siglo después.

La condición social pobre y analfabeta en la que la España decimonónica estaba sumida, no favoreció y, la dispersión geográfica de las escritoras tampoco, pero precisamente por esas distancias y el acceso restringido al espacio público, hacen de las letras y de las epístolas un refugio que recoge los primeros indicios de la amistad entre las intelectuales. Las poetas románticas fueron las primeras conscientes de la necesidad de unión y formaron los primeros modelos de apoyo con relación a la amistad y a la admiración entre las mismas; establecieron así: la "hermandad lírica". Con Carolina Coronado en el epi-

[3] *Ibídem.*

centro, crearon un corpus de versos de amor dirigidos a otras poetas como muestra de acreditación de su valía unido a la correspondencia que les acortaba distancias. Esta les permitía compartir sensaciones y, metafóricamente, como si de un espejo se tratase, poder mirarse y reconocerse. Algunas llegaron a publicar en revistas, reivindicaron su autoría y denunciaron la asfixia del espacio doméstico. Sin embargo, la fuerte norma tradicional patriarcal las desacreditó e ignoró hasta debilitar y acabar con esa red de solidaridad. No obstante, luego apareció y permaneció sin derribo Doña Emilia Pardo Bazán que se encargó de denunciar la subordinación de la mujer, reivindicar la visibilidad femenina y la alteración de los roles tradicionales de género en sus obras y a través de su figura.

Una intelectual y escritora nacida en el último tercio del siglo XIX, trece años mayor que Zenobia Camprubí, fue María Lejárraga, cuyo marido, Gregorio Martínez Sierra, firmó todas las obras de esta bajo su nombre hasta su muerte. Lejárraga, a pesar de la sombra que le ocasionó su marido, fue una de las primeras mujeres que habló y usó la palabra "feminismo" como igualdad entre hombres y mujeres e instaba al reconocimiento y la proclamación de las mujeres como verdaderas feministas y salvadoras. Visionaba el proyecto de la modernidad asociado al futuro femenino de la nación y apelaba directamente a las mujeres a ser independientes. En 1916, en la Revista *Blanco y Negro*, Lejárraga desmontaba el amor romántico y bajo el concepto feminista y emancipador, hablaba sobre la necesidad de vivir para una misma y no para los demás: "el que pone su dicha a una sola carta antes de jugarla, la tiene perdida, y ustedes, estáis acostumbradas por tradición y siglos a ponerla exclusivamente en la carta del amor, que es la más caprichosa e insegura de todas."[4] Aconsejaba no confiar todas las "venturas al solo navío del amor", que había que lanzar "las naves por todos los rumbos del ancho mar", trabajos, ambiciones, estudios, creación e intereses de realizaciones fuera del amor.[5] Y que, por supuesto había que amar, pero también había que vivir, ser felices y dejar después de la muerte, testimonio de no haber vivido la vida en balde. Hacía notar que, en muchos libros, comedias y poemas, la mujer debía vivir para el varón, sonreír para él y vivir exclusivamente para el amor, pero que había que tener en cuenta que, esos libros eran escritos por los hombres.[6]

[4] María Lejárraga y Gregorio Martínez Sierra, *Cartas a las mujeres de España*, Sevilla, Renacimiento, 2023, pp. 241-242.

[5] *Ibídem*, p. 243.

[6] *Ibídem*, p. 245.

La amistad entre dos mujeres ha sido criticada y banalizada por mucho tiempo a partir de los valores patriarcales que la dictamina como una rivalidad. Por mucho tiempo, la visión patriarcal conllevaba la subordinación de la mujer ante el varón como uno de los máximos logros al que podía aspirar para sentirse realizada y, por tanto, ser competencia de otra mujer. Es por ello por lo que la construcción del amor romántico como meta jugó un rol importante en la configuración de las subjetividades femeninas y, la incidencia del amor incondicional, tanto en la familia como en la pareja, ha resultado a veces, "una encerrona" para las mujeres. Por tanto, es necesario constituir y prestar atención a las relaciones de solidaridad de las verdaderas referentes y predecesoras que permitieron superar el aislamiento y resaltar la importancia de la potencia colectiva, la amistad entre ellas, la apuesta por invertir en el trabajo conjunto, luchar por inquietudes, compartir deseos y actuar juntas también para algo tan importante como el avance de la emancipación femenina y el reconocimiento de los derechos. La amistad femenina como modelo afectivo, amparo y sostén mutuo "es la unidad de relación más revolucionaria".[7]

El género epistolar en las modernas

En la literatura, la crítica feminista ha destacado la importancia de las escrituras centradas en el "yo" femenino para subvertir ese mandato de abnegación vehiculizado por la figura del ángel del hogar. Desde esta perspectiva, escribir el yo, explorar distintas opciones de subjetivación, convertirse en sujetos de enunciación y de deseo, constituyen ejercicios fundamentales para enfrentar los discursos patriarcales que buscan aislar a las mujeres en el espacio de lo doméstico y en el rol único de madres y esposas.[8] La carta era un territorio favorable de apropiación desde la marginalidad de la mujer ante los discursos hegemónicos. Esta permite mantener una relación de paridad y, por tanto, de compartición y construcción de amistad.

Ernestina de Champourcin se lamentó en una carta a Carmen Conde sobre la encrucijada de prejuicios que no les dejaban "ser nosotras, senci-

[7] Nerea Pérez de las Heras, Podcast "Superlativas" Inés Hernand y Nerea Pérez de las Heras (2x01), 14 de febrero de 2024. https://www.youtube.com/watch?v=fxFMUtazul4 (22-02-2024).

[8] Mª Luz Bort Caballero, *"No he sido tan yo nunca en mi vida:* amor, refugio y subversión en las cartas y versos de Carmen Conde y Amanda Junquera", en Miguel Soler Gallo y Teresa Fernández-Ulloa (eds.), *Mujer y escritura subversiva durante el franquismo*, Berlín, Peter Lang, 2023, p. 34.

llamente".[9] Ser y querer ser, y ser de vocación, eran cuestiones e inquietudes que se repetían y anhelaban entre las escritoras de los años veinte como así se lee en sus testimonios vitales escritos. Rosa Chacel afirmó en sus escritos autobiográficos, que su vocación de escritora era vital.[10] Concha Méndez dijo en una carta que, lejos de España, consiguió realizarse como escritora y conocer a autores que le facilitaban la posibilidad de publicar y participar en círculos literarios. En sus memorias comentó: "Viajar era viajar, pero era también liberarme de mi medio ambiente, que no me dejaba crear un mundo propio, propicio para la poesía".[11] Por otro lado, Conde sabía por las cartas de Champourcin, las actividades que se desarrollaban en el círculo de mujeres intelectuales e, incluso le pedía que le comunicara y la introdujera en lo que desconocía. Además, le gustaba "enterarse de esas cosas extraordinarias de las chicas".[12]

Al grupo de María Lejárraga, Zenobia Camprubí, Clara Campoamor, Margarita Nelken, Victoria Kent, María de Maeztu, se las podría llamar como las "pre-modernas" ya que están a caballo entre las decimonónicas y la generación de autoras y artistas, coetáneas al 27: Concha Méndez, Ernestina de Champourcin, Carmen Conde, María Zambrano, Rosa Chacel, Margarita Manso, Josefina de la Torre, María Teresa León, Maruja Mallo, Luisa Carnés, Delhy Tejero etc. Todas fueron testigos de La Segunda República, clave para el desarrollo del nuevo modelo de mujer moderna que muchas de estas encarnaron: la ruptura de lo tradicional y la incorporación de esta al mundo cultural y profesional.[13] Fundaron o formaron parte de las principales instituciones encargadas de las contribuciones al cambio, la educación y a la inclusión femenina: La Residencia de Señoritas y el Lyceum Club Femenino. No obstante, las cartas muestran que, aunque hubo avance, la tarea no fue fácil y, a pesar de que muchas intelectuales fueron modernas, pioneras y vanguardistas, no estuvieron del todo exentas de discriminación por parte de algunos

[9] Ernestina de Champourcin y Carmen Conde, *Epistolario (1927-1995),* Madrid, Castalia, 2007, p. 153.

[10] Cit. en Mª Luz Bort Caballero, "No he sido tan yo nunca en mi vida: amor, refugio y subversión en las cartas y versos de Carmen Conde y Amanda Junquera", *op. cit.,* p. 29.

[11] Paloma Ulacia, *Concha Méndez. Memorias habladas, memorias armadas*, Sevilla, Renacimiento, 2018, p. 83.

[12] Ernestina de Champourcin y Carmen Conde, *Epistolario (1927-1995)*, *op. cit.,* p. 190.

[13] Como definió Carmen de Burgos en el tratado semanal feminista: *La mujer moderna y sus derechos* (1927), era un grupo restringido pertenecientes a familias liberales de la burguesía que consiguieron abrir las barreras impuestas, se desviaron del camino tradicional para buscar nuevos horizontes y realizarse como autónomas. También tenían aspecto físico nuevo: fumaban, conducían, viajaban practicaban deportes, se maquillaban, se bronceaban, vestían con ropas sueltas, llevaban el pelo corto, etc.

coetáneos, de opresión a nivel familiar y de los estereotipos normativos. Fueron poco leídas y tenidas en cuenta, situadas en cierta encrucijada de avance y falta de espacio. Posteriormente, el desenlace de la Guerra Civil y el exilio no ayudaron, además de la separación física que no hacía posible el asociacionismo que se dio anteriormente en Madrid. Para muchas de ellas supuso un retroceso, una vuelta al encumbramiento y a la recolocación en los márgenes. A gran parte de ellas, el destierro las resituó en el espacio familiar desempeñando funciones básicas de cuidado, apoyo anímico y económico: cargaron con ser el soporte anímico de sus maridos -en su mayoría, escritores- y llevaron las responsabilidades familiares y económicas; por tanto, sus producciones creativas pasaron a un segundo plano. Aquella red de artistas e intelectuales que crecía y se unía con ilusión durante la Segunda República se vio también interrumpida y olvidada en la memoria histórica y cultural que impuso el franquismo desde España borrando huella de todo lo anterior.

Si la comunicación por cartas se daba en casi todas ellas antes de la Guerra y servía tanto como desahogo como para crear un sentimiento de pertenencia y ser parte de una red de escritoras; después de la Guerra y la dispersión geográfica, la correspondencia fue el instrumento para seguir en comunicación, para mantener las redes y para "acortar" distancias. La carta es una comunicación en diferido, que, en cierta manera, hace presente lo ausente y recorre la distancia que separa a un yo de un tú. Tiene un doble efecto: la carta evoca la presencia de la otra persona y, al mismo tiempo, la coloca en un lugar no tangible, pero cercano. Igualmente, las cartas permiten crear un entramado de lealtad donde hay una literalidad.

Entre estas mujeres a las que me he referido, a través de los lazos de sororidad, la intimidad se expone en las cartas en base a códigos que se rigen por la paridad y el trato horizontal. En las mismas, se crea un ámbito afectivo basado en la amistad a través de afinidades espirituales o sintonías de caracteres construidas voluntariamente y, se genera una interacción permanente que terminan dado lugar a memorias colectivas. El espacio de las epístolas entre las mismas es un lugar íntimo de reciprocidad, desahogo, reconocimiento y apoyo de experiencias. Estas permitían hacer una habitación compartida de todos los cuartos propios como resquicio de alianza y permeabilidad de la amistad.

Las cartas de Zenobia en el exilio

En muchas ocasiones se ha comentado que Zenobia Camprubí aparentemente vivió un exilio distinto del de muchas de las escritoras e intelectuales exiliadas republicanas. A pesar de ser, innegablemente,

soporte anímico y gestora de Juan Ramón durante todo el exilio, gracias a su perfil internacional y a su constante capacidad resolutiva, el destierro le permitió reinventarse y continuar su desarrollo en los diferentes lugares en los que se asentó, participando en clubes y organizaciones sociales, formándose con cursos en universidades americanas e incluso, impartiendo clases. Y por supuesto, era principal encargada de mantener la correspondencia tanto propia como la de Juan Ramón.

Zenobia Camprubí había tenido grandes capacidades de adaptación a lo largo de toda su vida y, su identidad bicultural y cosmopolita ayudaba a que se sintiera cómoda en los círculos intelectuales y sociales tanto del Caribe como de Norteamérica, aunque prefería estos últimos. Juan Ramón Jiménez manifestó más añoranza de España con su constante estado anímico depresivo. Camprubí, al igual que Ernestina de Champourcin, Concha Méndez y otras intelectuales en el exilio, era consciente del sufrimiento del desarraigo en el exilio, aunque no lo revelaran en su vida cotidiana, pues por practicidad, ellas asumieron la tarea de "tirar del carro" para sobrevivir en tierras ajenas. Aparentar y sobreponerse no eximía que, a Camprubí, el exilio no le causara dolor, sufrimiento y nostalgia, pues así se ve en sus diarios. A pesar de dar cuenta de las actividades y tareas que desempeñaba, a los lugares donde iba y con la gente que se relacionaba, el diario también era refugio ante los altibajos de Juan Ramón, y del desánimo y desazón de los días llenos de nostalgia: "Día triste como domingo. No he sabido resolver hasta ahora lo abrumador de este día" (Puerto Rico, 4 de diciembre 1955). Frecuentemente, comienza con la misma fórmula en muchas entradas del diario: "Día francamente bueno" "Día bastante bien empleado" "Otro día sin acontecimientos" "Ayer fue un día duro" "Mal día el de ayer" "¡Qué día tan medianejo el de ayer! Por la mañana no vino nadie" "No he cruzado palabra con nadie en todo el día" "Estoy cansadísima", "Día supuestamente de descanso, que como de costumbre, resulta deprimente".[14]

Por otro lado, la guerra, sus destrucciones y la distancia física del exilio le supusieron parte de una pérdida social importante: la apartaba de las instituciones de las que había sido socia o fundadora, de sus amistades españolas y de aquella red de intelectuales, escritoras y artistas que se había forjado en el Madrid de los años 20 y 30, muchas de ellas también esparcidas por diferentes países. Y por supuesto, toda la desolación que este conflicto dejó y a todos los amigos y familiares que se llevó, le causaban dolor y tristeza.

[14] Zenobia Camprubí, *Diario 3. Puerto Rico (1951-1956*), Madrid, Alianza, 2006.

Según Iker González-Allende, Zenobia Camprubí usó la correspondencia epistolar para contrarrestar el malestar de la huida forzada y el desarraigo. Este distingue tres funciones principales que sus cartas desempeñaban: informativa, auxiliadora y terapéutica.[15] Las cartas le sirvieron para suplir la ausencia y mantenerse en contacto con sus amistades, estar informada de los acontecimientos de España y de otras amistades en el exilio. Creó así, una red de correspondencia de carácter transnacional basada en la sororidad y en la ayuda, pues Camprubí estuvo alerta de las necesidades de sus amigos y amigas exiliadas y los invitaba a conferencias y a visitas. Al leer las cartas de Camprubí se puede percibir la relación femenina establecida en base a la hermandad y a la amistad nacida de apoyo afectivo, social y profesional. Por otro lado, debido a la constante preocupación social de los más vulnerables, las cartas le servían para mandar ayuda a los niños evacuados durante la guerra. Palau de Nemes señalaba que, a Zenobia "en su vida le importaba sobremanera ser útil a si y a los demás".[16]

Zenobia también usó la correspondencia para pedir favores como el envío de materiales o recados a otras amigas. Y las cartas también sirvieron de consuelo en los momentos difíciles. Esto se nota en rasgos de oralidad y literalidad en la elección de palabras que confieren intimidad, muestras de afecto y cercanía, así como en el uso de datos autobiográficos. La amistad, al fin y al cabo, es la base que conformaba sus relaciones epistolares.

Zenobia Camprubí se ocupaba de la mayor parte de la correspondencia epistolar del matrimonio y mantenía así una amplia red de relaciones familiares y amigos. Al tener tanta correspondencia, las temáticas variaban y las características como la inmediatez y la fragmentación se adecuaban a su expresividad femenina. Tanto las cartas como los diarios de Camprubí revelan datos sobre el estado anímico de Juan Ramón, su preocupación por su bienestar, las actividades que desempeñaban, las ganas de volver a España, la preocupación por la protección y el cuidado de los niños que acogieron de la guerra en Madrid, el dinero, las casas donde vivieron, la experiencia de cursos que estudiaba en la universidad, los viajes en coche, los cursos que enseñaba en la Universidad de Puerto Rico y en la Universidad de Maryland y el cáncer que padeció. Sin embargo, Palau de Nemes consideró que el diario fue para Camprubí

[15] Iker González-Allende, "Hermandad femenina en el exilio: escritura terapéutica en cartas inéditas de Zenobia Camprubí", *RILCE*, vol. 32, nº 2, pp. 364-387.

[16] Graciela Palau de Nemes, "De Zenobia y Juan Ramón, los últimos años cartas (1951-1956)", *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 376-378, 1981, p. 45.

"su isla espiritual",[17] su propio retiro con ella misma, un espacio exclusivo para ella. Las cartas completarían otra arista de Zenobia Camprubí junto a los Diarios. El Epistolario que compone su correspondencia en el exilio se presenta como minucioso documento de archivo informativo y, a la vez, se puede leer como una novela que revela otra parte que la conecta con el exterior. Las cartas de Zenobia en el exilio son el medio por el que trata de ayudar, resolver gestiones, describir, compartir y dialogar sobre algunas inquietudes. El epistolario de Zenobia en el exilio completa su figura como eje y motor que sujeta, tramita y resuelve. Asimismo, se presenta como espacio de pertenencia vinculado con el ámbito afectivo con otras autoras e intelectuales y familiares.

Por un lado, tanto la dedicación al poeta como los *Diarios* conformaban parte de su intimidad y cotidianeidad. Por otro lado, sus salidas a los clubes sociales junto a su vasta correspondencia le permitían conectar con el exterior y establecer relaciones sociales. Así le escribía a Elisa Ramonet desde Miami, el 5 de junio de 1939: "como aquí hacemos una vida tan aislada, mi único consuelo son las cartas de familia y amigos."[18] Se establece así, incluso dentro del matrimonio, una transgresión de los roles tradicionales atendiendo a la contraposición del espacio privado e íntimo que preservaba el poeta en contraposición a la dedicación del espacio exterior y las relaciones sociales que ocupaba a Zenobia. Asimismo, el Epistolario del exilio de Zenobia transforma un texto íntimo e individual en una interacción que genera una memoria colectiva de la comunidad exiliada, muestra las redes de ayuda que se forjaron entre los exiliados y exiliadas, convirtiéndose en testigo de una ética personal que trata de dignificar la vida sometida al contexto de guerra, a la huida forzada y a la reinvención en un espacio ajeno que lucha con la soledad que muchos y muchas encontraron debido al aislamiento.

Graciela Palau de Nemes y su vida destinada a los Jiménez-Camprubí

Graciela Palau de Nemes nació en Camagüey, Cuba, el 24 de marzo de 1919, de madre mexicana y padre puertorriqueño. Era la única mujer de tres hermanos. Pasó la infancia temprana en Cuba, donde aprendió

[17] Graciela Palau de Nemes, "La Guerra Civil en el Diario de una exiliada: Zenobia Camprubí de Jiménez", Antonio Vilanova (ed.), *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, vol. 3. Barcelona, PPU, 1992, pp. 141-48.

[18] Zenobia Camprubí, *Epistolario III, 1936-1951*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2023, p. 171.

a leer con los poemas de Juan Ramón Jiménez. Sin embargo, debido a complejidades en la situación familiar, Graciela Palau se mudó con sus hermanos a Ponce, Puerto Rico, sin saber lo que le depararía el futuro allí. En 1936, el matrimonio Jiménez-Camprubí acababa de comenzar su exilio, estuvieron en Puerto Rico y fueron a visitar el centro donde Graciela estaba escolarizada. Ella tenía 17 años y así lo contaba:

> J.R. visitó mi clase, acabábamos de leer *Platero*. Se paró al mismo frente mío, contra el escritorio que daba a mi pupitre, ya que me sentaban en la primera fila. Yo, que tenía miles de preguntas, no me atreví a abrir la boca. Esa noche, en la misma escuela, aparecieron en el escenario de la Ponce High School, rodeados de escritores locales y autoridades. J.R. habló. A Zenobia la presentaron, dio un pasito adelante, sonrió y la aplaudieron mucho […] Yo recitaba muy bien y me escogían para hacerlo al frente de la escuela entera, los viernes, cuando teníamos ″convocación″ para saludar la bandera, en nuestro uniforme de gala. Yo recitaba a J.R. al lado de la bandera.[19]

Su adolescencia se desarrolló en Puerto Rico, donde ya destacaba en la vida cultural y artística de Ponce con la participación en obras de teatro. Se marchó becada a los Estados Unidos para estudiar en el Trinity College, en el estado de Vermont, una institución fundada en 1925 por las Hermanas de la Misericordia y conocida como la segunda universidad de mujeres católicas de Nueva Inglaterra. Durante su tiempo en Vermont, Graciela Palau conoció al que luego fue su marido, el neoyorquino John L. Nemes, graduado de la Universidad de Cornell.

Graciela Palau se casó en 1943, a sus 24 años. El matrimonio se mudó a Maryland durante la Segunda Guerra Mundial, ya que su marido comenzó a trabajar en defensa como bacteriólogo; y ella, aunque por poco tiempo, en una fábrica del alcohol junto a más muchachas de su generación. Poco después, mientras su marido estudiaba maestría y doctorado en la Universidad de Maryland y en la Universidad de Georgetown respectivamente, Graciela Palau de Nemes comenzaba como estudiante graduada e instructora de español en el Departamento de español y portugués de la Universidad de Maryland, concretamente, en 1946. Seguidamente, su vida se vio marcada por: Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez. Pues en Maryland, tuvo lugar el segundo encuentro:

[19] Emilia Cortés Ibáñez, "In Memoriam Graciela Palau de Nemes", *Al-Basit*, vol. 65, pp. 265-268.

> En el año académico, creo de 1947 (46 al 47), con oficina en el segundo piso del edificio Humanidades, una señora que caminaba gracioso y sonreía me preguntó quién era yo. Le dije. Al hablarle de Cuba y Puerto Rico, me dijo: ″Yo soy la Sra. Jiménez. Mi marido es el poeta J.R.J.″. ¡Fue decirme ella eso y empezar yo a recitarle todas sus poesías sin parar! Me dijo: ″¡Si esta criatura conoce toda la poesía de mi marido!"[20]

El matrimonio Jiménez-Camprubí se mudó a Riverdale, cerca de la Universidad de Maryland, donde Zenobia comenzó a trabajar impartiendo clases de lengua y cultura española. Y fue allí, en aquellos pasillos del Departamento de español y portugués de la Facultad de Lenguas, Literaturas y Culturas, cuando Graciela conoció primero a Zenobia Camprubí; y, luego, asistió a las clases graduadas del poeta que fue contratado en esta universidad poco después. Palau de Nemes contaba: "Empecé a hacerle preguntas a J.R. de toda la literatura, de la historia de España y de América, etc., y de allí surgió que Juan Ramón y Zenobia me invitaran a su casa para que él me ayudara con mis asignaturas. Y se volvió mi mentor."[21]

Ya Graciela Palau y su marido se habían mudado a vivir a University Park, un vecindario localizado entre la casa del poeta en Riverdale y la Universidad, a una distancia caminable entre ambos lugares. Graciela comenzó a acercarse a casa de su vecino, el poeta y maestro, durante un par de tardes cada semana para hablar de los cursos que hacía; y comenzaba así, una rutina de tutorías sobre el contenido y la temática de estos. Graciela contaba que se quedaba fascinada al escuchar "a su mentor" hablar sobre literatura. No cogía notas delante de él e intentaba retener cuanto podía de esos encuentros para poder apuntar la información al llegar a casa. Zenobia aprovechaba que Juan Ramón se quedaba bien acompañado y se iba a Washington DC para asistir a actividades, actos y encuentros culturales. Durante el tiempo que el matrimonio estuvo en Maryland, Graciela Palau hacía su tesis de maestría sobre Ezequiel Martínez Estrada.

Palau contaba que Zenobia y Juan Ramón sirvieron bien a la Universidad de Maryland. Llevaban a conferenciantes gratis, escritores, artistas y especialistas que residían o pasaban por la capital; eran consejeros del Club de Español y daban recibos y tés al estudiantado y profesorado de la Universidad en su casa.

[20] *Ibídem.*

[21] Memoria oral de Graciela Palau de Nemes recogida en archivo de audio (entrevista realizada por Mª Luz Bort Caballero, abril, 2012 [inédita]).

Una vez terminada la maestría, Palau decidió seguir dando clases, pero avanzar en los estudios y: "A la hora de escoger tópico para el doctorado, le dije que quería escribir sobre él."[22] Palau de Nemes contaba que Juan Ramón no se opuso, pero le advirtió que no quería adornos, complejidades ni "florituras" sobre su vida y obra. Al poco tiempo, debido al empeoramiento del estado de salud del poeta y la necesidad de ser atendido clínicamente en español, el matrimonio Jiménez-Camprubí se mudó a Puerto Rico sin saber que residirían allí hasta el final de sus días.

Graciela Palau confesaba que conoció más de cerca a Zenobia en Puerto Rico, aunque gran parte de su vínculo con ella lo mantuvo por carta: "¡Cómo me ayudaba leyéndole a J.R. todas las noches lo que yo escribía!, diciéndome o poniendo a mi disposición sus papeles en la Sala, que aún no eran públicos."[23]

Las cartas de Graciela y Zenobia

El epistolario de Zenobia y Graciela contiene correspondencia desde 1948 a 1956, aunque la mayor frecuencia de cartas ocupa los años 1954, 1955 y 1956. A ambas les unía la obra de Juan Ramón: Zenobia era la principal gestora e impulsora de la misma y Graciela Palau se dedicaba a escribir la primera tesis doctoral dedicada a la vida y obra del poeta. Sin embargo, las cartas reflejan la ayuda mutua no solo en torno al poeta: Graciela Palau también se encargó del envío de objetos de la casa de Riverdale (Maryland) a Puerto Rico por petición de Zenobia y también ayudó a la gestión de hacer posible el deseo de Zenobia en la obtención del premio Nobel para Juan Ramón Jiménez. Acorde con la clasificación que realizaba Gonzalez-Allende, prima la función auxiliadora. Sin embargo, el vínculo de amistad y confianza va creciendo a lo largo de la correspondencia.

Del 1948 al 1950 solo intercambiaron tarjetas y cartas de cortesía mientras Graciela Palau hacía unos cursos en la Universidad de Duke. De 1951, se incluyen cinco cartas de Zenobia donde le cuenta el estado de salud de Juan Ramón, su rutina y dónde vivían. Sin embargo, las muestras de afecto se daban desde entonces y la palabra "amiga" es constante y recurrente en las cartas de Zenobia, por ejemplo se despedía así: "Muchas cosas a su marido y un apretado abrazo para usted de

[22] *Ibídem.*

[23] *Ibídem.* Se refiere a la Sala de investigación: Zenobia y Juan Ramón de la Universidad de Puerto Rico (Río Piedras) donde ambos guardaban parte de su archivo.

su amiga que la echa muy de menos".[24] La salud de Zenobia empeoró y ese año, se operó en Puerto Rico y, posteriormente, en Boston.

En 1952 Graciela Palau le mandó las últimas preguntas a Zenobia sobre Juan Ramón para su tesis, la terminó y la tituló: "Juan Ramón Jiménez, su vida y su obra"; ese mismo año se graduó, y desde entonces, empieza a ser una académica reconocida. Además, en el verano de ese año nació su único hijo: Craig. A Zenobia no le faltaron consejos para su amiga y entre las puestas al día, en una carta del 4 de marzo de 1952, Zenobia le escribe a Graciela:

> Mi querida Graciela:
>
> Ya debiera haber contestado a su buena carta para darle las gracias por el artículo incluido, si no fuera que estoy bajo la égida del proverbio italiano *chi va piano, va lontano*, cosa que a mí no me cuadra de ninguna manera pero que el sentido común me obliga a aceptar… […] Aprenda usted conmigo y cuídese mucho y procure tomarse las cosas con calma este verano, como tengo que hacerlo yo. El calor desgasta y usted ha trabajado demasiado últimamente.[25]

Graciela le mandó la tesis terminada a Zenobia y Juan Ramón, pero con deseos de mejorarla y publicarla. Graciela les envió una carta larga el 11 de enero de 1954, poniéndoles al día de las navidades y siempre ofreciéndole su reiterada ayuda: "De cualquier modo, por favor, díganos si en algo podemos servirle, estamos tan cerca de la casa de ustedes, y en el verano uno está siempre más desocupado. No deje de avisarnos [de] cualquier cosa. […]".[26] En la misma, le expresa:

> Yo no he querido dejar mi trabajo en la universidad, por más que mi marido lo hubiera deseado; enseñar es mi vida, me llena y me satisface y el semestre que falté, para dedicarme al recién nacido, no me hallaba. Usted sabe bien cómo es, señora Jiménez. Los quehaceres del hogar satisfacen hasta cierto punto, pero no le dicen nada al espíritu.[27]

En este fragmento, Palau de Nemes le confiesa a Zenobia la necesidad de hacer tarea útil para el espíritu buscando la reafirmación en Camprubí. Parece que Graciela la tenía de referente en su

[24] Zenobia Camprubí y Graciela Palau de Nemes, *Epistolario: 1948-1956,* Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Madrid, Residencia de Estudiantes, 2009, p. 12.

[25] *Ibídem*, p.16.

[26] *Ibídem*, p.33.

[27] *Ibídem*, p.34.

desempeño de cultivarse y de dedicarse incluso a la pasión por la educación. Y continúa:

> Aunque temo haberlos cansado, no quisiera terminar sin decirles algo sobre mi tesis. Sé que está mal, puesto que no le gustó a don Juan Ramón; por el tono de su carta […] Quise decirle en aquel entonces que estaba dispuesta a volverla a escribir y a hacer todas las correcciones necesarias con sus indicaciones, cualesquiera que fueran. Pero me faltó el ánimo, […] Ahora que ya he recobrado […] me dedicaré gustosa a ello, aunque me tome años, ¡ese trabajo significa tanto para mí![28]

Ese mismo año, Zenobia comenzó a pedirle ayuda para deshacerse de la casa: "Mi querida Graziella: Como usted siempre ha sido tan buena con nosotros y me ha dicho y escrito tantas veces que está dispuesta a ayudarnos en cualquier cosa, aquí me tiene usted haciéndole una consulta, y usted me contesta que sí o que no con toda libertad".[29] La quería vender, pero necesitaba primero conseguir unos documentos de la buhardilla para Juan Ramón y, luego, vaciarla. Graciela Palau estuvo al frente de todo, hizo paquetes de los objetos que Zenobia le indicó y los envió con ayuda de su marido. Buscó diferentes empresas de transporte e incluso guardó algunos enseres del matrimonio, los vendió poco a poco y le envió el dinero a Zenobia.

El estado de salud de Juan Ramón decaía y Zenobia le escribió a Graciela: "se me consume el alma, la vida y el corazón" "¿Se acuerda de cómo volvía de John Hopkins? No me olvido de lo que usted me acompañó."[30] Asimismo, en una carta a Palau de Nemes fechada el 18 de noviembre de 1954, Camprubí reconocía precisamente el efecto de escribir como si fuera un proceso catártico para sopesar el empeoramiento de Juan Ramón, su delicada salud y el periplo que hicieron por tantos lugares que a la vez generaba una cierta sensación de inestabilidad: "Cuando empecé esta carta estaba tan cansada y deprimida yo misma que no veía más que negro pero, a medida que le he ido escribiendo, me he ido fortaleciendo un poco el espíritu".[31]

En 1955, comenzaron a hablar de un par de temas nuevos. Zenobia invitó a Graciela a Puerto Rico: estaba con la creación de la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez y puso a disposición de Graciela todo el mate-

[28] *Ibídem*, p. 36.

[29] *Ibídem*, p. 37.

[30] *Ibídem*, p. 122.

[31] *Ibídem.*

rial que necesitaba para que pudiera mejorar el estudio que hizo sobre el poeta. El 27 de julio de 1955, Graciela les contaba:

> Hasta ahora ha sido un sueño, pero parece que va a convertirse en realidad, pues voy a poder ir a Puerto Rico a mediados de agosto. […] Voy en misión cultural, como quien dice, a ponerme al tanto de la labor de Juan Ramón en Puerto Rico y a hablar muchos detalles de la tesis. […]Como lo que yo necesito es verle a ustedes y estar con Juan Ramón tanto como pueda, si él puede y quiere verme, yo no voy a ir a ver a mis parientes hasta que cumpla mi misión "poética".[32]

También Graciela la mantuvo informada de sus compañeros y compañeras del Departamento de Maryland, cumpliendo así la función informativa de las cartas. A la vez, le mandaba saludos y recuerdos de estos, lo que la hacía estar presente a pesar de su ausencia física. Otras veces, se hace alusión al momento de la escritura de las cartas o de la recepción de las enviadas, lo que establecía una mayor cercanía entre ellas. Las menciones espaciales del "aquí y allí" o temporales como el "ahora" también contribuyen a la presencia de la ausencia y a la cercanía entre ambas. Igualmente, se reflejaba al describir la alegría que sentían al recibir sus cartas: "[Hato Rey, Puerto Rico, 2 de agosto de 1955] ¡Qué alegría tan grande me dio usted con su carta recibida ayer! Si no la contesté enseguida fue porque quería hablar primero con mi vecina...".[33] En la misma carta, Zenobia le decía que solo le asustaba que Juan Ramón no estuviera lúcido esos días, pero que "no tiene más que telegrafiar la hora, la línea y el vuelo para que yo vaya a buscarla al aeródromo, y lo demás corre de mi cuenta."[34]

La estancia de Graciela fue estupenda, así Zenobia lo dice en su diario: "Hoy se fue Graciela, que no pesa nada y fue magnífica para J.R, porque en los 3 últimos días tuvo conversaciones largas con J.R. Muy satisfactorias por todos los estilos. […] Mr. Toth le propuso editarle el libro, y ella se ha ido con la idea de que MD.U [Universidad de Maryland] proponga a J.R. para el premio Nobel."[35] En el *Diario*, también aparecen menciones de los trámites de Graciela y los momentos cuando Zenobia recibe o le escribe cartas (enero de 1956): "Por la mañana mandé a Graciela 2 págs.

[32] *Ibídem,* p. 132.

[33] *Ibídem,* p. 136.

[34] *Ibídem,* p. 138.

[35] Zenobia Camprubí, *Diario 3, op. cit.,* p. 152.

de datos y muchas fotocopias", "En la semana pasada despaché para Graciela Nemes todo lo que ella me había pedido para Suecia…"[36]

Entonces, las cartas se enfocaron en dos nuevos temas: el Nobel y el anhelado viaje a España de Zenobia. Al volver a Maryland, Graciela se dispuso a preparar la candidatura del Nobel y la recopilación del material para la Academia sueca. Tramitó toda la burocracia pertinente y propuso la obra de *Platero y yo* para dicho reconocimiento. Graciela lo nominó contando con el apoyo de la Universidad:

> Hyattsville, Maryland, 22 de enero de 1956
>
> Queridísima Señora Jiménez:
>
> Ya me parece que los veo camino a Suecia. Cuando usted reciba la buena noticia nos manda un cable. Me imagino que entonces le harán un homenaje muy grande a J.R en PR. Que nos inviten para que vaya el doctor Zucker (director del departamento de lenguas) y vaya yo. ¡Qué alegría!
>
> No creo que fallemos esta vez con todo lo que estamos enviando, que saldrá por correo aéreo mañana por la mañana, gracias a la cooperación de todos. Nos informaron que el correo aéreo toma cuatro días pero, por lo que pueda suceder, va con ocho días de anticipación. Ya está todo listo.[37]

Por otro lado, Zenobia le contó que Juan Ramón se negaba a ir a España por lo que Zenobia decidió ir sola. El hecho de un viaje puntual de regreso fue también común entre las exiliadas, pues ellas tenían menos apego "aparente" a la cuestión política y, en algún momento, volvían para ver a la familia. Zenobia confiaba que Graciela pudiera volver, ayudar y acompañar a Juan Ramón en Puerto Rico mientras también aprovechase para la consulta de materiales:

> Hato Rey, Puerto Rico, 8 de febrero de 1956
>
> Querida Graciela:
>
> Yo, siempre con complicaciones y éstas me las he buscado yo por ambiciosa, pero estoy viendo que corre mucho peligro el viaje en cuanto a J.R se refiere. Yo no quisiera tener que dejar de ir, por muy difíciles que se pongan las cosas, porque ahora todavía estoy en condiciones de hacerlo y mañana pudiera ser tarde. Claro que, si me tengo que ir sola, no me estaré más de un mes o cinco semanas. Lo que quiero saber para tomar mis decisiones

[36] *Ibídem,* p. 244.

[37] Zenobia Camprubí y Graciela Palau de Nemes, *Epistolario: 1948-1956, op.cit,* p. 187.

> es si usted se siente con arrestos para venirse de todos modos, y Dios quiera que me diga que sí. En la parte material no hay problema, empezando porque ya nada correría de cuenta de usted, si desgraciadamente, J.R no va; como es fácil de comprender […] me gustaría saber más o menos cuándo podría estar aquí para ajustar yo mi itinerario al suyo. Lo que pasa con J.R es que no quiere volver a España. Me lo ha dicho bien en serio.[38]

Graciela le respondió el 11 de febrero de 1956: "Yo voy de todos modos. Cuente conmigo"[39] y realizaba las compras que Zenobia le encargaba para llevar a España cuando hiciera su viaje: vestidos, maletas, medias, etc. La implicación de Graciela para todas las tareas del matrimonio fue total. El 14 de febrero de 1956, Zenobia, después de barajar diferentes posibilidades para cuadrar su viaje, le comentó a Graciela:

> Mi querida Graciela:
>
> No sé cómo agradecerle su inquebrantable amistad y le quiero decir que ya no voy tampoco con Gloria Muñoz Lee, sino que estoy completamente libre y voy a acomodar mis fechas a las suyas porque quiero quedarme aquí y estar con usted, explicándole toda la organización de la biblioteca y viendo cómo marcha todo antes de tomar un avión probablemente por NY. […] yo no quiero, estando separada de JR tardar más que el máximo de un mes […] ya no tengo que encajar mis fechas con nadie más que usted, y no tengo prisa.[40]

Sin embargo, la enfermedad de Zenobia empeoró y no pudo viajar. El 9 de mayo de 1956, Zenobia le escribía:

> Llevo treinta y dos aplicaciones de rayos X y estoy tan quemada que, a pesar de lo que dice el médico, no me veo en España […] Lo que me gustaría sería, si no voy a España, mudarnos a las residencias de la UPR, en donde podría estar con nosotros, o en el Carlota Matienzo y trabajar juntas en la biblioteca ¡que bien atrasado llevo el archivo y el libro![41]

Es patente el vínculo de cercanía, amistad y confianza que se estableció entre ambas. Zenobia usaba las cartas con Graciela como desahogo

[38] *Ibídem*, p. 195.

[39] *Ibídem*, p. 196.

[40] *Ibídem*, p. 201.

[41] *Ibídem*, p. 217.

del mal que le causaban los rayos X, (9 junio 1956): "siento mucho tenerlo que decir, que mi enfermedad en vez de mejorar me ha llevado cada vez más hacia la debilidad, hasta sentirme, después de tantos rayos, convertida en pura piltrafa, que ya no podía ni ir a la universidad".[42]

Continuaron las conversaciones del próximo viaje de Graciela a Puerto Rico, las compras para Zenobia y las ocupaciones de Zenobia para la preparación de la *Tercera antolojía*. Zenobia acabó en el Massachusetts General Hospital de Boston ante su gran malestar y el estado avanzado de su enfermedad. Graciela se fue a Puerto Rico a trabajar y a acompañar a Juan Ramón. Desde el hospital, Zenobia le mandaba indicaciones sobre el material de la biblioteca y la documentación de la publicación de la *Tercera antolojía*; se sentía responsable de saber que Graciela estaba allí sin ella (2 de julio 1956): "Siento pensar que no estoy guiando sus primeros pasos por la biblioteca"[43], (3 julio de 1956) "Querida Graciela: esta carta es para usted sola, aunque no hay que engañar demasiado. Las impresiones no son nada optimistas. Las quemaduras brutales impiden intervenir por ahora y no se sabe si lo permitirán".[44] Aunque Zenobia se aliviaba pensando que Graciela estaba en PR (8 de julio de 1956): "No sabe el descanso que me da saberla allí".[45]

Zenobia volvió a Puerto Rico y Graciela a Maryland, no obstante, hubo ciertas intenciones por ambas partes de volverse a ver y seguir trabajando juntas en los remates del trabajo de Graciela y en la *Tercera antolojía*. La última carta del epistolario es de Graciela a Zenobia con fecha del 26 de septiembre de 1956. Graciela le contaba sobre las premoniciones del Nobel para Juan Ramón que leyó en la revista francesa *Paris Match*, colocando a JR como número 1 en el ranking. Seguía mandándole ropa a Zenobia: "le mando una camisa de dormir para el invierno, digo, porque tiene mangas largas y cuello alto."[46] Y como Zenobia tendría mucha correspondencia a su vuelta de Boston le dice: "Queridísima señora Jiménez, ocúpeme si puedo servirle. […] Tanto que quisiera poder ayudarla. No me conteste bastante tiene con la correspondencia forzosa."[47]

A través de las cartas, se intuyen que los objetivos de Zenobia eran claros: conseguir el Nobel para Juan Ramón, la publicación de la *Tercera*

[42] *Ibídem,* p. 219.

[43] *Ibídem,* p. 227.

[44] *Ibídem,* p. 228.

[45] *Ibídem,* p. 231.

[46] *Ibídem,* p. 237.

[47] *Ibídem,* p. 238.

antolojía, la organización de la Sala de Puerto Rico y ayudar a Graciela en la elaboración de la biografía de Juan Ramón a pesar de que estaba cada vez más enferma. Ayudar a Graciela también suponía la publicación de una biografía que erigiría la figura del poeta. Por otro lado, Graciela desempeñaba multitud de tareas: gestionar el empaquetado de enseres y enviarlos, estar en contacto con las personas que eran amistades del matrimonio, preparar la documentación de la nominación del Nobel con Adolph E. Zucker, Anne Häggvist y Donald F. Foquelquist e intentar complacer a Zenobia en asuntos domésticos conjuntamente a las tareas propias que ella tenía que hacer en la universidad, su trabajo sobre Juan Ramón y la conciliación con la vida familiar.

Ambas amigas eran abiertas, habladoras, se contaban cierta cotidianidad, sus preocupaciones y sus alegrías. Entre ellas eran cercanas, siempre dispuestas a brindarse ayuda. La correspondencia muestra un vínculo de hermandad y de sostén. Para Zenobia, Graciela era su gran apoyo, en la que confiaba para poder dejar a Juan Ramón y poder ir a España, viaje que quedó en un sueño. Una de las inquietudes de Camprubí para volver a España era para que Jiménez estuviera atendido por su familia en caso de que ella falleciera. En su *Diario* de 1955, refugio de sus confesiones y pensamientos, Zenobia escribía:

> Pienso más y más en la posibilidad de volver a Sevilla para terminar allá apaciblemente nuestros días; es donde Juan Ramón tiene más familiares cercanos y buenos amigos. He escrito hoy a Paco (Hernández-Pinzón) pidiéndole datos exactos para construir o desechar este plan. A J.R ni una palabra por ahora.[48]

Ante la negativa del poeta por motivos políticos, pensó en viajar sola, aunque el estado de su enfermedad se lo impidiese. Además, otra de las principales motivaciones de Zenobia para ir a España era también por necesidad de volver a la tierra de sus raíces y cerrar el círculo vital, sentimiento también compartido por muchos exiliados y exiliadas.

Graciela y Zenobia se complementaban, mientras que Graciela se encargaba de los trámites del Nobel, Zenobia tumbada en la cama le corregía la biografía del poeta. Tanto sus tareas dedicadas mutuamente como sus cartas sobre estos temas cumplían una función auxiliadora y terapéutica refugiada en la importancia de la amistad. Además, la mentoría que Zenobia hacía con esas correcciones provenía también de ese impulso educativo y social que ya ella desempeñaba desde su juventud

[48] Zenobia Camprubí, *Diario 3, op. cit.,* p. 97.

con los niños y que luego sigue desarrollando en las instituciones del Madrid de la Segunda República.

La amistad, como se mencionaba al principio, se basa en la unión, el afecto, la afinidad y la comprensión o el desahogo e incluso implica una responsabilidad de apoyo, ayuda y respeto. Ambas se reconocían la predisposición de asistencia, y por tanto de la importancia de su amistad. Así Graciela escribía:

> Hyattsville, Maryland, 9 de abril de 1956
>
> Mi querida Sra. Jiménez:
>
> He pensado tanto en usted y le he pedido a Dios, y se lo pido todos los días, que la saque adelante una vez más, no importa si ahora no puede ir a España, quizás Él le tenga deparado ir con don Juan Ramón a Suecia en el invierno. Lo importante es que gane usted su batalla y se sienta bien. […] Cualquier cosa que quiera usted hacer durante mi estancia en ésa, para aliviarse, inclúyame, cuente conmigo; por eso me alegro de ir sola, y puedo dedicarme a lo de ustedes por completo. […] Y claro, que esta vez no tendrá usted que entenderse de lo mío en lo más mínimo, si yo pudiera aliviarla en algo me daría más que por satisfecha.[49]

> Hyattsville, Maryland, 13 de junio de 1956
>
> Mi queridísima Sra. Jiménez:
>
> Las cosas que yo quisiera decirle de cariño y de gratitud son muchas, las que nunca se dice. Tengo convertidos todos estos sentimientos en oraciones por su mejoría, en votos, en buenos deseos. Su actitud y su buena disposición son un ejemplo que yo recordaré todos los los días de mi vida. […] qué generosa es usted para todos, acordarse de mí y de mi trabajo a través de la crisis que usted está pasando. Que Dios me dé inteligencia y luz para yo saber escribir sus páginas…[50]

En octubre de 1956, Graciela Palau fue avisada unos días antes del fallecimiento de Zenobia y le comunicaron el estado de gravedad en la que se encontraba. Graciela decidió viajar a Puerto Rico para visitarla, pero ya a Zenobia le quedaban pocas horas de vida. El recuerdo narrado de Graciela sobre su visita al hospital para ver a Zenobia ha sido ya documentado en varias ocasiones, y registrado incluso en varias entrevistas. Resultó que ella ya había fallecido y no se encontraba

[49] Zenobia Camprubí y Graciela Palau de Nemes, *Epistolario: 1948-1956*, *op. cit.*, p. 209.

[50] *Ibídem*, p. 222.

allí. Al lado de la cama que ocupaba en el hospital, se quedó una mañanita prendida que Graciela le había mandado días antes. Hasta el final de sus días, Graciela sollozaba al recordarlo. Zenobia Camprubí se fue sabiendo que Juan Ramón era el premiado para el Nobel de Literatura.

La dedicación y el legado de Graciela Palau de Nemes

Que Zenobia fuera referente para Graciela, no hay dudas. Igualmente, ella dedicó toda su vida laboral y académica tanto a Zenobia Camprubí como a Juan Ramón Jiménez. Su tesis publicada sobre la vida y obra del poeta se convirtió en fuente de consulta para todos los estudiosos y estudiosas que han realizado trabajos sobre el escritor. En 1957, sería Dámaso Alonso quien reclamaría a la editorial Gredos la publicación de la tesis doctoral de Graciela sobre Juan Ramón Jiménez, primera biografía autorizada por el propio poeta. Esa obra fue su punto de partida para las numerosas publicaciones que Graciela Palau hizo posteriormente sobre aspectos de la poesía juanramoniana. Igualmente, fue la primera estudiosa en dedicarle a Zenobia Camprubí un espacio propio, realzando su vida y obra como una mujer sin igual.

Graciela Palau también fue una mujer destacada. A través de la estela y aprendizaje de Zenobia, fue una mujer de energías equiparables. Graciela Palau conoció a los literatos más reconocidos del siglo XX: Pedro Salinas, Camilo José Cela, Pablo Neruda, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Carmen Conde, Vicente Aleixandre, Vargas Llosa, Jorge Luis Borges, García Márquez, Octavio Paz, Ana María Matute, Carmen Martín Gaite, Carmen Laforet, Azorín, Miguel Delibes, Ángel Rama, José Emilio Pacheco, etc. La gran mayoría de ellos asistieron a la Universidad de Maryland y alrededores para dar charlas sobre literatura. Al igual que Zenobia y Juan Ramón en otra época durante sus estancias en Washington DC y Maryland, Palau de Nemes fue la encargada de poner en contacto todo el movimiento cultural de intelectuales que pasaban por Washington D.C., Baltimore y alrededores con la Universidad de Maryland, la que creaba los lazos entre estos y la comunidad académica universitaria. Fue promotora, impulsora y una visionaria divulgadora cultural que estaba al frente de esos encuentros que acercaban y hacían tangible la literatura a la comunidad estudiantil de lenguas y literaturas, pues así se enriquecía la experiencia del aprendizaje. Así, lo han reseñado también numerosos artículos de prensa del estado de Maryland.

A comienzos de los sesenta, Graciela Palau introdujo una renovación en el programa de estudios hispánicos del Departamento de español y portugués con nuevos cursos de literatura hispanoamericana ya que, previamente, solo se impartían cursos de literatura española. Desde

aquel momento, el Departamento de español de la Escuela de Lenguas, Literaturas y Culturas de la Universidad de Maryland fue uno de los pioneros y más reconocidos en los Estados Unidos por ofrecer estas clases de literatura hispanoamericana que ponían en diálogo y abarcaban la riqueza cultural tanto de España como de Latinoamérica. La revisión de su material docente en su archivo también da muestras de su innovación en el diseño de los cursos que impartía y, ya por aquel entonces, dedicaba algunos de sus cursos al rescate y estudio de autoras hispanoamericanas.

En 1969, Graciela Palau de Nemes fue profesora visitante en la Universidad de Wisconsin-Madison. En 1973, fue reconocida por el Gobierno de España con la medalla del Orden de Mérito Civil por su trabajo en la difusión de la cultura española. En 1981, recibió la medalla de Honor de la Casa Museo Zenobia-Juan Ramón Jiménez. Y en 1983, propuso el cambio de nombre al edificio de la Escuela de Lenguas, Culturas y Literaturas de la Universidad de Maryland para honorar al poeta premio Nobel. Así el edificio pasó a ser reconocido como "Jiménez Hall" hasta nuestros días.[51]

En 1989, el presidente de la Universidad de Maryland le otorgó una medalla de reconocimiento por sus contribuciones a la universidad. Graciela Palau fue la primera mujer hispana en recibir un reconocimiento así en dicha Institución. En 2001, Moguer le puso su nombre a una de sus calles. Y en 2006 recibe uno de los premios más reconocidos en el mundo hispano: la Cruz de Alfonso X El Sabio. Por aquella fecha, en el 50 aniversario del Premio Nobel a Juan Ramón, Graciela fue invitada como ponente plenaria de los actos y congresos en Madrid, Sevilla, Huelva y Moguer. En 2007 fue invitada como conferenciante magistral sobre Juan Ramón Jiménez en CUNY (Nueva York). Y volvió a Madrid, a Moguer y a La Rábida (UNIA) para actos de clausura sobre eventos de Zenobia y Juan Ramón en esos años, en 2009 y en 2010, cuando también recibió el Perejil de Oro y el Perejil de Plata por el estudio y dedicación del matrimonio.[52]

La Catedrática Emérita Graciela Palau de Nemes fue reconocida como una de las críticas más destacadas de Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí. Fue líder en la enseñanza de lenguas y literaturas de la Universidad de Maryland y puente que unía y abarcaba dos orillas y dos continentes: los que atañan los estudios hispanoamericanos. Sin duda, Graciela Palau de Nemes, fue también una de esas mujeres prodigiosas y deslumbrantes: referente.

[51] Mª Luz Bort Caballero, "Trazos de una vida singular: Graciela Palau de Nemes" en *Un siglo con Graciela, inéditos*, Huelva, Casa Museo Zenobia-Juan Ramón, 2019, pp. 13-17.

[52] *Ibídem.*

***

Graciela Palau de Nemes hizo su última mentoría para una estudiante que realizaba su tesis de máster sobre la Zenobia Camprubí joven en abril de 2012. Esa estudiante, que por aquel entonces andaba por Harvard, era yo. Posteriormente, Graciela fue también mi amiga y vecina durante mis (casi) 7 años en Maryland. Una de sus señas de identidad hasta sus últimos días fue la sonrisa perenne, el sonido de su carcajada, la dulzura de su voz y el uso de diminutivos que vestían sus palabras de ternura. Cuando reflexionaba sobre el paso del tiempo y su recorrido vital, recordaba *El trabajo gustoso* del que hablaba su querido maestro y me decía: "yo siempre quise ayudar a los demás, y con mi profesión y trabajo, me di cuenta de que lo hacía."

Graciela murió a los 100 años, tres días más tarde de yo haber depositado mi tesis doctoral al tribunal evaluador del Departamento de español y portugués de la Universidad de Maryland. Actualmente, coordino la donación de su legado y la catalogación de su archivo en el Centro de Estudios Juanramonianos de Moguer. Este se compone de material que describe sus roles en la gestión cultural y literaria. Una parte importante lo conforma el material de su labor docente y numerosos ensayos dedicados al matrimonio Jiménez-Camprubí en su dedicación a la investigación. Además, contiene colecciones inéditas de recortes de prensa tanto sobre Zenobia como sobre Juan Ramón y se destaca su vasta correspondencia con intelectuales, compañeras, familiares y amigos. Estas cartas dan cuenta del espacio íntimo de sus inquietudes, conforman el testigo de sus labores, de su dedicación y continúan con la creación de redes tanto académicas como de amistad. Este repositorio muestra parte de la memoria posterior a la vida del matrimonio Jiménez-Camprubí y de la estela trasatlántica que dejaron: otras urdimbres que se crearon y continuaron con relación a ellos con Graciela Palau como vínculo y motor principal de los mismos.

Bibliografía

Bort Caballero, Mª Luz, "*No he sido tan yo nunca en mi vida*: amor, refugio y subversión en las cartas y versos de Carmen Conde y Amanda Junquera", en Miguel Soler Gallo y Teresa Fernández-Ulloa (eds.), *Mujer y escritura subversiva durante el franquismo*, Berlín, Peter Lang, 2023, pp. 29-47.

Bort Caballero, Mª Luz, "Trazos de una vida singular: Graciela Palau de Nemes" en *Un siglo con Graciela, inéditos*, Huelva, Casa Museo Zenobia-Juan Ramón, 2019, pp. 13-17.

Camprubí, Zenobia y Graciela Palau de Nemes, *Epistolario: 1948-1956*, Emilia Cortés Ibáñez (ed.), Madrid, Residencia de Estudiantes, 2009.

Camprubí, Zenobia, *Diario 3. Puerto Rico (1951-1956*), Graciela Palau de Nemes (ed.), Madrid, Alianza, 2006.

Camprubí, Zenobia, Epistolario *III, 1936-1951,* Emilia Cortés (ed.), Madrid, Residencia de Estudiantes, 2023.

Cortés Ibáñez, Emilia, "In Memoriam Graciela Palau de Nemes", *Al-Basit*, vol. 65, pp. 265-268.

De Burgos, Carmen, *La mujer moderna y sus derechos*, Madrid, Huso, 2018.

De Champourcin, Ernestina y Carmen Conde, *Epistolario (1927-1995),* Madrid, Castalia, 2007.

González-Allende, Iker, "Hermandad femenina en el exilio: escritura terapéutica en cartas inéditas de Zenobia Camprubí", *RILCE, vol.* 32, nº 2, pp. 364-387.

Lejárraga, María y Gregorio Martínez Sierra, *Cartas a las mujeres de España*, Sevilla, Renacimiento, 2023.

Palau de Nemes, Graciela, "De Zenobia y Juan Ramón, los últimos años cartas (1951-1956)", *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 376-378, 1981, pp. 44-63.

Palau de Nemes, Graciela, "La Guerra Civil en el Diario de una exiliada: Zenobia Camprubí de Jiménez", Antonio Vilanova (ed.), *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Vol. 3. Barcelona, PPU, 1992, pp. 141-48.

Palau de Nemes, Graciela, Memoria oral recogida en archivo de audio (mediante entrevista realizada por Mª Luz Bort Caballero, abril, 2012 [inédita]).

Paloma Ulacia, *Concha Méndez. Memorias habladas, memorias armadas*, Sevilla, Renacimiento, 2018.

Pérez de las Heras, Nerea, "No sé, piénsalo: las amigas" Videocolumna para *Glamour España*, 2 de octubre de 2022. Difundido en redes sociales como Twitter y Facebook. https://www.facebook.com/GlamourEspana/videos/no-s%C3%A9-pi%C3%A9nsalo-las-amigas/408596861251345/ (8-10-2022).

Pérez de las Heras, Nerea, Podcast "Superlativas" Inés Hernand y Nerea Pérez de las Heras (2x01), 14 de febrero de 2024. https://www.youtube.com/watch?v=fxFMUtazul4 (19-02-2024).

Se acabó de editar
Zenobia & Co. el día
20 de septiembre,
estando al cuida-
do de la edición la
Editorial de la Uni-
versidad de Huelva